



La **era** de la migración

Movimientos internacionales de población en el mundo moderno

Stephen Castles
Mark J. Miller



Universidad
Autónoma
de Zacatecas



COLOSIO



SECRETARÍA DE
GOBERNACIÓN

SEGOB

SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN

I·N·M

INSTITUTO NACIONAL DE MIGRACION



La era de la migración

Movimientos internacionales de población en el mundo moderno



La **era** de la migración

**Movimientos internacionales de
población en el mundo moderno**

Stephen Castles
Mark J. Miller

Traducción: Luis Rodolfo Morán Quiroz



Universidad
Autónoma
de Zacatecas



Esta investigación, arbitrada por pares académicos, se privilegia con el aval de la institución coeditora, propietaria de los derechos correspondientes.

La H. CÁMARA DE DIPUTADOS, LIX LEGISLATURA,
participa en la coedición de esta obra al incorporarla
a su serie CONOCER PARA DECIDIR

Coeditores de la presente edición:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ZACATECAS
SECRETARÍA DE GOBIERNO
Instituto Nacional de Migración
FUNDACIÓN COLOSIO
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Primera edición en español, diciembre del año 2004

La presente emana de la 3a. corregida en lengua inglesa bajo
el título *The Age of Migration, International Population Movements
in the Modern World*, MacMillan Publisher, LTD; junio de 2003.
ISBN 0333948807

© 2004 Traducción al español

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ZACATECAS

© 2004 Edición en español

Características tipográficas y de diseño editorial

MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Derechos reservados conforme a la ley

ISBN 970-701-541-1

Imagen en portada en base a la fotografía de Ricardo Ramírez
Arriola, tomada de *Los que aquí estamos*, Grupo Editorial Miguel
Ángel Porrúa, México, 2001

IMPRESO EN MÉXICO



PRINTED IN MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ZACATECAS
Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000 México, D.F.

Prefacio a la tercera edición

Stephen Castles y Mark J. Miller

LA ERA de la migración se publicó por primera vez en 1993, con la intención de proporcionar una introducción asequible al estudio de las migraciones globales y sus consecuencias para la sociedad. Fue diseñada para combinar el conocimiento teórico básico con la información más actualizada de los flujos migratorios y sus efectos en la sociedad. La migración internacional se ha convertido en un tema importante de debate público, y *La era de la migración* se utiliza con amplitud por quienes diseñan políticas, por académicos y periodistas. Se recomienda en todo el mundo como libro de texto en cursos de estudios políticos y ciencias sociales. Al igual que la segunda edición, la tercera es prácticamente un nuevo libro. Se ha revisado y actualizado en su totalidad. Se añadió un nuevo capítulo, el que examina la creciente preocupación sobre la trascendencia de la migración para la seguridad y la soberanía nacionales. Se presta particular atención a la creciente importancia que tiene para las políticas migratorias la migración indocumentada y el asilo.

En la década transcurrida desde la publicación de la primera edición han cambiado muchas cosas en el mundo; sin embargo, el argumento central del libro es el mismo. Los movimientos internacionales de población están transformando los estados y las sociedades en todo el planeta, de manera que afectan las relaciones bilaterales y regionales, la seguridad, la identidad y la soberanía nacionales. Como dinámica clave dentro de la globalización, la migración internacional contribuye al cambio fundamental del orden político internacional. No obstante, lo que hacen los estados soberanos en el ámbito de las políticas de migración aún es de gran importancia. La noción de fronteras abiertas continúa siendo escurridiza, incluso en marcos de integración regionales, con excepción de los ciudadanos europeos que circulan en la Unión Europea.

Los cambios importantes de la última década incluyen la importancia política creciente de la migración, la cual se ha convertido en tema sustancial de la política nacional e internacional. Otras tendencias son las del rápido crecimiento de la migración laboral hacia las nuevas economías industriales del mundo en desarrollo, el incremento de los movimientos de solicitantes de asilo a países desarrollados y el crecimiento de la violencia racial vinculada con la migración

y la diversidad. A nivel internacional hay una firme tendencia a la colaboración intergubernamental con intención de mejorar el control de la migración.

Al inicio del nuevo milenio un solo acontecimiento parece haber transformado las percepciones públicas de la migración internacional: los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001. No obstante, argumentamos que este evento no trajo consigo cambios fundamentales en los complejos procesos que definen la actual era de la migración. Efectivamente, el 11 de septiembre testimonió la necesidad de entender cómo la movilidad internacional de la población ha transformado las alternativas de seguridad del Estado más poderoso del orbe. Los gobiernos en todo el mundo luchan por ajustarse a las circunstancias cambiantes. Los conceptos obsoletos de la seguridad, testimonio mudo de la importancia que tiene comprender los cambios trascendentales que caracterizan este periodo de globalización y creciente movilidad poblacional.

Otras características de la tercera edición incluyen el análisis a la proliferación de la doble ciudadanía y de estados que son al mismo tiempo tierras de emigración e inmigración. El tráfico de personas va en aumento, combatirlo se ha vuelto una de las preocupaciones más importante de los estados y las organizaciones regionales e internacionales. De igual forma, los años recientes han sido testigos de un mayor debate sobre la conexión entre el cambio demográfico y la migración internacional, de manera particular en el contexto europeo. Son cada vez más las sociedades que se ven a sí mismas como culturalmente diversas –tendencia que se hace evidente por cambios significativos en las normas de ciudadanía de muchos lugares. Sin embargo, los ciudadanos de un buen número de países se muestran escépticos sobre los beneficios del multiculturalismo, lo cual lleva en varios lugares a cambios significativos en las políticas de integración.

Los autores agradecen su ayuda en la preparación y la edición de los manuscritos de las diversas ediciones a: Gloria Parisi, Mary McGlynn, Debjani Bagchi, Aaron C. Miller y Mary McGlynn en Delaware; Colleen Mitchell, Kim McCall y Lyndal Manton en Wollongong; y a Margaret Hauser en Oxford. Mark Miller agradece su incansable ayuda al equipo secretarial del Departamento de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales de la Universidad de Delaware y del Center for Migration Studies en Staten Island, Nueva York. David Martin de Cadmart Drafting, Wollongong llevó a cabo la elaboración de los mapas.

Deseamos agradecer a nuestro editor, Steven Kennedy, por sus consejos y estímulo, lo mismo que por su paciencia a lo largo del proyecto. Estamos en deuda con John Solomos, Fred Halliday, Ellie Vasta y Jock Collins por sus útiles y constructivos comentarios. Los autores desean reconocer las muchas críticas valiosas que realizaron reseñistas y colegas a las ediciones previas, aunque no ha sido posible atenderlas todas.

Siglas y abreviaturas

ARIIRI	Acta de Reforma a la Inmigración Ilegal y Responsabilidad del Inmigrante
ARCI	Acta de Reforma y Control a la Inmigración
AUE	Acta Única de Europa
AGCA	Acuerdo General en Aranceles y Comercio
AEFE	Administración de Empleo Filipino en el Extranjero
ABTE	Administración para el Bienestar de los Trabajadores en el Extranjero
ACI	Agencia Central de Inteligencia
ACRNU	Alto Comisionado para los Refugiados de las Naciones Unidas
AAE	Amigos de los Argelinos en Europa
CEPIR	Comisión Exclusiva para la Política de Inmigración y Refugiados
CEMICDE	Comisión para el Estudio de la Migración Internacional y Cooperativa de Desarrollo Económico
CIR	Comisión por la Igualdad Racial
CICR	Comité Internacional de la Cruz Roja
CIR	Comité Internacional de Rescate
CDSA	Comunidad de Desarrollo Sudafricano
CEEAO	Comunidad Económica de los Estados de África Occidental
CE	Comunidad Europea
CECA	Comunidad Europea del Carbón y el Acero
CGT	Confederación General del Trabajo
CNA	Congreso Nacional Africano
CCG	Consejo de Cooperación del Golfo
CNI	Consejo Nacional de Investigación
CSI	Consejo Superior para la Integración
CEAP	Cooperación Económica Asia-Pacífico
DIAM	Departamento de Inmigración y Asuntos Multiculturales
DPNU	División de Población de las Naciones Unidas
EAU	Emiratos Árabes Unidos

EA	Experiencia Angloparlante
FAT-COI	Federación Americana del Trabajo-Congreso de Organizaciones Industriales
FN	Frente Nacional
FNUN	Fondo de las Naciones Unidas para la Niñez (formalmente Fondo Internacional de Emergencia de las Naciones Unidas para la Niñez, UNICEF)
FAS	Fondos de Acción Social
MSF	Médicos Sin Fronteras
MERCOSUR	Mercado Común del Sur de América Latina
NEA	No Experiencia Angloparlante
OAE	Oficina Australiana de Estadísticas
OMOEA	Oficina de Mano de Obra, Empleo y Adiestramiento
OPEP	Organización de Países Exportadores de Petróleo
OFT	Oficina Federal del Trabajo
ONI	Oficina Nacional de Inmigración
OIT	Organización Internacional del Trabajo
OIM	Organización Internacional para la Migración
OMC	Organización Mundial de Comercio
ONG	Organización no Gubernamental
OCDE	Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico
OUA	Organización para la Unidad Africana (ahora UA)
PAT	Partido Australiano del Trabajo
PDK	Partido Democrático Kurdo
PKI	Partido Kurdo de los Trabajadores
PIR	País Industrializado Recientemente
PID	Personas Internamente Desplazadas
PIB	Producto Interno Bruto
PMA	Programa Mundial Alimentario
PAB	Protestantes Anglosajones Blancos
RDA	República Democrática Alemana
RDC	República Democrática del Congo
RSA	República de Sudáfrica
REA	República Federal de Alemania
RFY	República Federal de Yugoslavia
SIN	Servicio de Inmigración y Naturalización
SGI	Sociedad General de Inmigración
TI	Tecnología de la Información
TEC	Trabajador Extranjero por Contrato
TEV	Trabajador Europeo Voluntario

TUE	Tratado de la Unión Europea
TLCAN	Tratado de Libre Comercio con América del Norte
UA	Unión Africana
UDC	Unión Democrática Cristiana
UE	Unión Europea
UN	Naciones Unidas
UPK	Unión Patriótica del Kurdistan
VPT	Visa de Protección Temporal
VCB	Viviendas de Costo Básico

Introducción

EL PERIODO posterior a la Guerra Fría se inició con una llamarada de optimismo acerca de la democracia, el capitalismo y los prospectos para la humanidad. Muchos veían la globalización como irreversible. Los científicos sociales, los sociólogos y los economistas escribían sobre el fin de los estados nacionales, la necesidad de la adaptación a las fuerzas del mercado y el imperativo de la democratización global. Entonces, en el año 2001, 19 terroristas secuestraron tres aviones llenos de combustible, haciéndolos volar contra el World Trade Center en Manhattan y el Pentágono en Washington; el mundo cambió para siempre. ¿Para siempre?

Una de las características que definen la etapa posterior a la Guerra Fría ha sido la importancia creciente de la migración internacional en todas las regiones del mundo. Los movimientos internacionales de población constituyen una dinámica clave dentro de la globalización –proceso complejo que se intensificó a partir de mediados de la década de 1970. Entre las características más notorias de la globalización están el crecimiento de los flujos entre fronteras de diversos tipos, lo cual incluye la inversión, el comercio, los productos culturales, las ideas y las personas; y la proliferación de redes transnacionales con nodos de control en múltiples localidades (Castles, 1996; Held *et al.*, 1999). De manera esencial, una de las consecuencias de la globalización es que aumenta el transnacionalismo: comportamientos o instituciones que de forma simultánea afectan a más de un Estado. Los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 constituyeron de hecho un comportamiento político transnacional, pues quienes los perpetraron eran extranjeros que hicieron uso de violencia contra blancos civiles en otro Estado, con el objeto de alcanzar fines políticos. Al-Quaeda puede verse como una red internacional extremadamente efectiva, con múltiples nodos de control.

Una de las cuestiones analíticas clave que debe plantearse acerca del 9-11 (como ha sido etiquetado el episodio del 2001 por parte de los observadores estadounidenses) es la de cómo afectó éste la migración internacional. El que uno se sienta obligado a plantear el tema da una idea del significado de la in-

vestigación que da forma a este libro. Es sólo hasta recientemente que los movimientos internacionales de población se han visto con tal importancia que merezcan un escrutinio de alto nivel. En el ambiente posterior al 9-11 los argumentos centrales que conforman esta investigación adoptan una nueva urgencia.

Después de la primera ola de euforia por el fin de la Guerra Fría, la nueva era se vio marcada por enormes cambios e incertidumbres. Varios estados imploraron y la naturaleza misma de la guerra cambió, de ser una violencia entre estados, a la lucha dentro de los límites de un Estado (UNHCR, 2000b: 277; Kaldor, 2001). Cerca del 90 por ciento de los conflictos en la etapa posterior a la Guerra Fría no involucran la clásica guerra convencional entre estados y muchos de éstos han generado grandes cantidades de desplazados internos o PID. Regiones enteras en Europa, África, América Latina y Asia central estuvieron al borde de la anarquía y la ruina. Sin embargo, al mismo tiempo, las instituciones democráticas, las estrategias económicas liberales y la integración regional, si bien todavía con problemas, van en ascenso de manera global. La naturaleza ambivalente de esta etapa se puede ver en la yuxtaposición de las normas globales de los derechos humanos, con los episodios de horrible barbarie que implican asesinatos masivos y expulsiones de poblaciones enteras.

Para algunos observadores, el mundo al comienzo del siglo XXI está en medio de la transformación sistémica. El orden global basado en los estados nacionales soberanos está dando lugar a algo nuevo. Sin embargo, los contornos del nuevo orden emergente son nebulosos. La esperanza y el optimismo coexisten con la tristeza y la desesperanza. Otros observadores dudan de que un cambio fundamental pueda o vaya a darse. El sistema de los estados-nación aún resiste, a pesar del crecimiento del poder de los mercados globales, el multilateralismo y la integración regional. Los estados-nación rigen las lealtades de la mayor parte de los seres humanos, millones han luchado y muerto por ellos en tiempos recientes.

Estas nociones y tendencias contradictorias constituyen el telón de fondo del drama contemporáneo que ha capturado la atención de los pueblos y los líderes: el surgimiento de la migración internacional como una fuerza para la transformación social. Mientras que los movimientos de personas a través de las fronteras han dado forma a estados y sociedades desde tiempos inmemoriales, lo que es distinto en años recientes es su alcance global, su carácter central para la política doméstica e internacional y sus enormes consecuencias económicas y sociales. Los procesos migratorios se han vuelto tan arraigados y resistentes al control gubernamental que emergerán nuevas formas de control político. Esto no implica necesariamente la desaparición de

los estados-nación; en efecto, dicho prospecto es remoto. No obstante, nuevas formas de interdependencia, de sociedades transnacionales y de cooperación bilateral y regional están transformando rápidamente las vidas de millones de personas, entretejiendo inextricablemente el destino del Estado y la sociedad. Los determinantes principales del cambio social rara vez se transforman de manera profunda por un solo evento. En cambio, acontecimientos singulares como el 9-11 reflejan las principales dinámicas y determinantes de nuestro tiempo. Escasamente es una coincidencia que la migración figurara tan centralmente en la cadena de eventos que condujeron a los ataques terroristas.

En su mayor parte, el crecimiento de la sociedad y de la política transnacionales, de las que la migración internacional es una dinámica, implica un proceso benéfico. Pero no es inevitable ni tampoco inherente el que así sea. En efecto, la migración internacional con frecuencia es causa y efecto de diversas formas de conflicto. Sucesos importantes en el mundo enfatizan por qué es así y por qué el 9-11 representó una culminación en las tendencias y patrones en vez de un nuevo punto de partida. Dos casos que se tratan luego con mayor detalle bastan para ilustrarlo.

La lucha en Argelia, que enfrentó a los musulmanes con un gobierno bajo control militar se difundió en Francia a mediados de los noventa. Los musulmanes radicales bombardearon túneles urbanos y trenes; una brigada que tripulaba un avión amenazó con estrellarlo contra importante edificio público debido a que el gobierno francés apoyaba al argelino en su campaña de contrainsurgencia. La amenaza que representaban los rebeldes musulmanes que se infiltraban en Francia o movilizaban apoyos entre la gran población de argelinos que vivían en Francia o de ciudadanos franceses con antecedentes argelinos musulmanes, era claramente, para 1995, el tema central de la seguridad nacional en Francia.

En Alemania, de manera similar, la insurgencia kurda contra el gobierno turco se extendió al suelo alemán en los años noventa. El Partido Kurdo de los Trabajadores declaró que estaba librando una guerra en dos frentes en contra tanto de Turquía como de Alemania, debido a que el gobierno alemán se inclinaba hacia los turcos. Los analistas de la seguridad alemana calculaban que había miles de miembros del Partido Kurdo de los Trabajadores entre los más de dos millones de ciudadanos turcos que vivían en Alemania. Para mediados de los noventa, la violencia política que involucraba a los kurdos se convirtió en la preocupación central de seguridad nacional del gobierno alemán. Mientras tanto, los analistas políticos turcos que simpatizaban con el gobierno de su país consideraban las actividades turco-islámicas en suelo alemán como una grave amenaza al Estado turco.

Estos eventos estaban ligados a una creciente migración internacional y a los problemas de vivir juntos en una sociedad para grupos étnicos cultural y socialmente diversos. Tales sucesos a la vez estaban relacionados con transformaciones económicas, sociales y políticas fundamentales, que dieron forma al periodo posterior a la Guerra Fría. Millones de personas buscan trabajo, un nuevo hogar o simplemente un lugar seguro donde vivir fuera de sus países de nacimiento. Para muchos países menos desarrollados, la emigración es un aspecto de la crisis social que acompaña la integración en el mercado mundial y la modernización. El crecimiento de la población y la "revolución verde" en las áreas rurales provocaron en las poblaciones excedente masivo. La gente se mueve a ciudades florecientes donde las oportunidades de empleo son inadecuadas y las condiciones sociales miserables. La urbanización masiva logra prioridad por encima de la creación de empleos en las etapas tempranas de la industrialización. Algunos de los migrantes que antes se iban del campo a la ciudad, emprenden una segunda emigración en busca de mejorar sus vidas trasladándose a países recientemente industrializados en el sur o hacia los altamente desarrollados en el norte.

Los movimientos adoptan muchas formas: las personas emigran como obreros, especialistas altamente calificados, empresarios, refugiados o como parientes de migrantes previos. Independientemente de si la intención original es un movimiento temporal o permanente, muchos se establecen de manera definitiva. Se crean redes de migrantes que vinculan las áreas de origen y destino y ayudan a impulsar importantes cambios en las dos. Las migraciones pueden cambiar las estructuras demográficas, económicas y sociales y conllevar una nueva diversidad cultural, lo que con frecuencia cuestiona su identidad nacional.

Este libro trata sobre las migraciones internacionales contemporáneas y la manera en que éstas cambian a las sociedades. La perspectiva es internacional: los movimientos de personas a gran escala surgen del acelerado proceso de integración global. Las migraciones no son un fenómeno aislado: los movimientos de mercancías y de capital casi siempre hacen surgir movimientos de personas. El intercambio cultural global, que se facilita por un mejor transporte y la proliferación de medios impresos y electrónicos, conduce también a la migración. La migración internacional no es una invención de finales del siglo xx, ni siquiera de modernidad en sus disfraces gemelos del capitalismo y el colonialismo. Las migraciones han sido parte de la historia humana desde tiempos remotos. Sin embargo, la migración internacional ha crecido en volumen e importancia a partir de 1945; de manera más particular desde mediados de los ochenta. La migración ocupa un rango de primera importancia en el cambio global.

Hay varias razones para esperar que se prolongue lo que llamamos la era de la migración: las crecientes desigualdades de riqueza entre el norte y el sur tal vez impulsarán a un número creciente de personas a moverse en busca de mejores condiciones de vida; las presiones políticas, ecológicas y demográficas pueden forzar a muchos otros a buscar refugio fuera de sus propios países; el creciente conflicto político o étnico en gran cantidad de regiones puede llevar a futuros traslados masivos; y la creación de nuevas áreas de libre comercio causará movimientos de mano de obra, sea o no que esto se halle en las intenciones de los gobiernos involucrados. Los estados en el mundo entero se verán cada vez más afectados por la migración internacional, sea como sociedades receptoras, como países de emigración o como las dos cosas.

No se sabe con exactitud cuántos migrantes internacionales existen. Un reporte de la Organización Internacional para la Migración (OIM) afirma que el número de migrantes en el mundo se habría doblado entre 1965 y 2000, de 75 a 150 millones (OIM, 2000b). Para 2002, La División de Población de las Naciones Unidas estimaba que 185 millones de personas habían vivido fuera de su país de nacimiento por al menos 12 meses —ligeramente arriba del 2 por ciento de la población mundial (Crossette, 2002b). Algunas épocas anteriores se han caracterizado también por migraciones masivas. Entre 1846 y 1939, cerca de 59 millones de personas salieron de Europa, sobre todo hacia áreas importantes en América del norte y del sur, Australia, Nueva Zelanda y África del sur (Stalker, 2000: 4). Una comparación de datos sobre la migración internacional antes de la Primera Guerra Mundial, con estadísticas sobre los movimientos contemporáneos de población, sugiere una continuidad notoria en el volumen entre ambos periodos (Zlotnik, 1999).

Sin embargo, existen grandes incógnitas, entre ellas la cantidad de inmigrantes ilegales. Las estadísticas de las Naciones Unidas sobre la migración internacional contemporánea reflejan las que han compilado los estados miembros con respecto a la migración legal. Aun así, en muchas partes del mundo hacen falta estadísticas fiables. Además, hay muchas razones para creer que la migración ilegal ha crecido agudamente en décadas recientes. De ahí que la afirmación de que en el mundo moderno no se ha experimentado un crecimiento notable en la migración internacional; basada en la comparación de las estadísticas de los dos periodos, debe rechazarse. Buena parte de la migración internacional contemporánea simplemente ha quedado sin registrar y no se refleja en las estadísticas oficiales. En el año fiscal de 1998, se registraron 660,477 personas por el Servicio de Inmigración y Naturalización como individuos que entraron de manera legal a Estados Unidos (Kramer, 1999: 1). No obstante, los análisis del censo del año 2000 sugieren fuertemente que unos nueve millones de extranjeros vivían ilegalmente en Estados Unidos, con unos 200,000 a

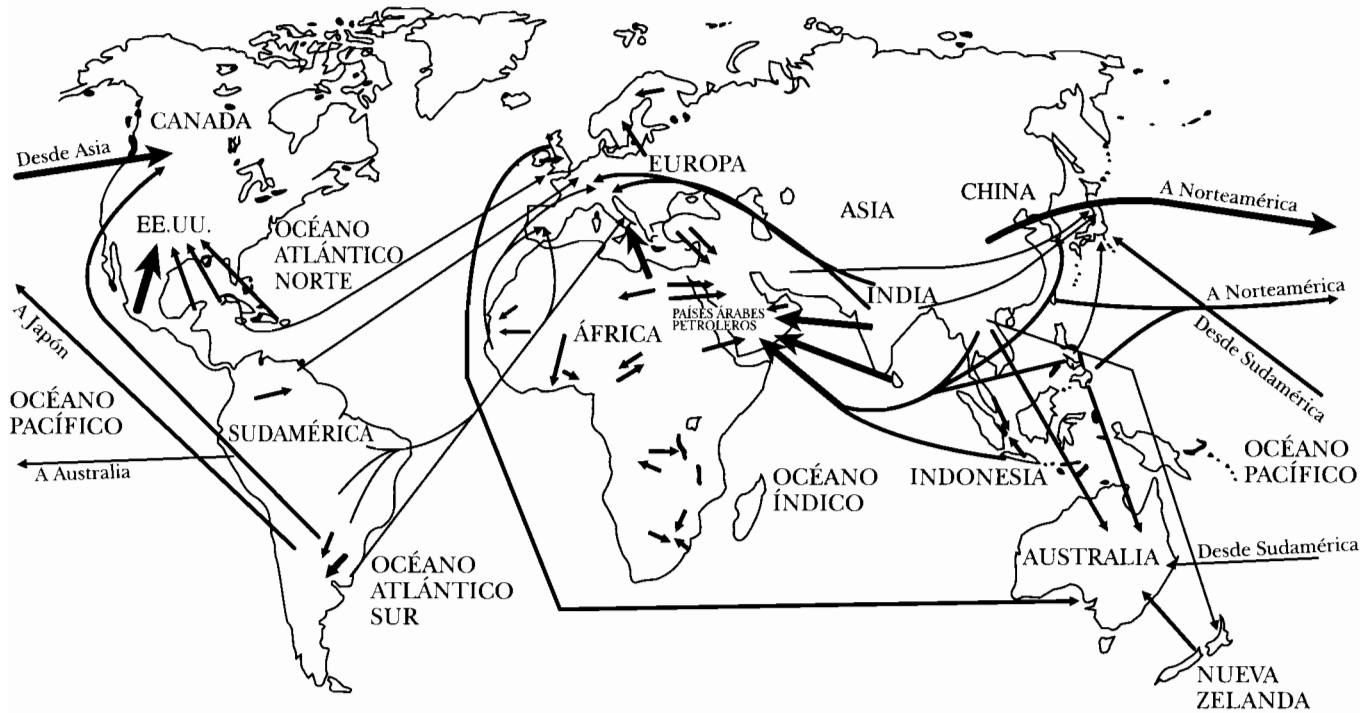
300,000 nuevos arribos cada año. De manera similar, se estima que cada año se llevaron a cabo en Europa septentrional entre 250,000 y 300,000 ingresos ilegales (Widgren, 1994).

Durante 2001 hubo unos 15 millones de refugiados y solicitantes de asilo en necesidad de protección y ayuda (USCR: 2002). Total que puede compararse con los 16 millones de 1993, lo que sugiere que los movimientos internacionales de población no son inexorables ni unidireccionales. Políticas de repatriación exitosas y el fin de los conflictos en algunas áreas entre 1993 y 2001, tuvieron como consecuencia una reducción en los números totales. Sin embargo, de manera simultánea, la cantidad de personas que se encontraban en situaciones similares a las de refugiados, pero que no eran reconocidos oficialmente como tales, o solicitantes de asilo, se incrementó en forma rápida después de 1990, como sucedió con el número de personas desplazadas internamente (PID). La cantidad de personas que solicitó asilo en Europa occidental, Australia, Canadá y Estados Unidos en conjunto, se elevó de 90,000 en 1983 hasta alcanzar un máximo de 829,000 en 1992. Tras las medidas restrictivas, las solicitudes de asilo descendieron a 480,000 en 1995, pero luego comenzaron a incrementarse, alcanzando 535,000 en 2000. Otros tipos de migrantes forzados, quienes permanecen dentro de su país de origen, incluyen grandes cantidades de desplazados por los proyectos de desarrollo (como presas, aeropuertos y áreas industriales), pero que se asientan de nuevo en forma inadecuada. Se estima que unos 10 millones de personas se desplazan cada año de este modo y muchos de ellos pueden continuar hasta convertirse en migrantes internacionales (Cernea y McDowell, 2000).

La mayor parte de los seres humanos reside en su país de origen. Convertirse voluntariamente en residentes de otros países o ser víctimas de expulsión, es la excepción y no la regla. Sin embargo, el impacto de los flujos de migración internacional, con frecuencia es más grande que lo sugerido por cálculos como los hechos por la OIM. Las personas tienden a moverse en grupos y no de manera individual. Su partida puede tener consecuencias considerables para las relaciones sociales y económicas en el área de origen. Las remesas (dinero enviado al terruño) de los migrantes pueden mejorar las condiciones de vida y estimular el desarrollo económico. En el país de inmigración, el asentamiento está vinculado estrechamente con la oportunidad de empleo, concentrada por lo general en las áreas industriales y urbanas, donde es considerable el impacto sobre las comunidades receptoras. La migración afecta así no sólo a los migrantes mismos sino a las sociedades de origen y receptoras en su totalidad. Hay pocas personas en los países industriales o en los menos desarrollados en la actualidad que no tengan una experiencia personal de la migración y sus efectos; esta experiencia universal se ha convertido en la marca de la era de la migración.

MAPA 1
MOVIMIENTOS MIGRATORIOS GLOBALES DESDE 1973

Nota: las dimensiones de las flechas dan sólo aproximaciones del tamaño del movimiento



Migraciones contemporáneas: tendencias generales

La migración internacional es parte de una revolución transnacional que está reconformando las sociedades y la política en todo el globo. Las diferentes formas en que ésta ha afectado las regiones del mundo es un tema toral a lo largo de este libro. Áreas como las de Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelanda o Argentina, son consideradas “países clásicos de inmigración”. Sus actuales pueblos son resultado de historias de inmigración a gran escala –con frecuencia en detrimento de las poblaciones aborígenes. Hoy en día, la migración continúa bajo nuevas formas. Prácticamente todo el norte y el oeste de Europa se convirtieron en áreas de inmigración laboral y de subsecuente asentamiento desde 1945. Desde los años ochenta los estados del sur de Europa como Grecia, Italia y España, que durante tanto tiempo fueron zonas de emigración, se han convertido en áreas de inmigración. En la actualidad, los estados del centro y el este europeos, en particular Hungría, Polonia y la República Checa, se están tornando en países de inmigración.

La región árabe y el Medio Oriente están afectados por complejos movimientos de población. Algunos países como Turquía, Jordán y Marruecos, son importantes fuentes de mano obrera migrante. Los estados del golfo del petróleo experimentan flujos masivos de ingreso temporal por parte de los obreros. El desorden político en la región ha llevado flujos masivos de refugiados. En años recientes, Afganistán ha sido la principal fuente de refugiados, mientras que Irán y Pakistán han sido los principales países receptores. En África, el colonialismo y los asentamientos de blancos condujeron al establecimiento de sistemas de mano de obra migrante para las plantaciones y las minas. La descolonización desde los años cincuenta ha conservado patrones migratorios antiguos –como el flujo de mineros a África del sur– y ha comenzado otros nuevos, como los movimientos a Libia, Gabón y Nigeria. África tiene más refugiados y PID en proporción con su población que cualquier otra región del mundo. El cuadro es similar en otros lugares. Asia y América Latina tienen complicados patrones migratorios dentro de la región, al igual que flujos crecientes hacia el resto del mundo. En los recuadros 1, 2 y 3 se discuten tres ejemplos de desarrollos recientes para dar una idea de las complejas ramificaciones de los movimientos migratorios.

En todo el mundo, los esquemas migratorios de larga data persisten con nuevas formas, mientras se desarrollan nuevos flujos en respuesta al cambio económico, las luchas políticas y los conflictos violentos. Aun así, a pesar de la diversidad, es posible identificar ciertas tendencias que tal vez desempeñen un papel protagónico.

RECUADRO 1
EUROPA DEL ESTE Y LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN

La migración desempeñó un importante papel en la transformación política de Europa central y del este. El gobierno húngaro, a finales de 1989, bajo la presión de una ola de aspirantes a emigrar al oeste, desmanteló las barreras de la frontera con Austria. Esto puso fin a un importante símbolo de la Guerra Fría y creó la primera oportunidad de emigración para los alemanes orientales desde la construcción del muro de Berlín en 1961. Decenas de miles se apresuraron a partir. La continuada hemorragia hacia el oeste originó una crisis política en la República Democrática Alemana, lo que forzó a un cambio en el liderazgo. En una apuesta final por conservar el control, el nuevo gobierno abrió el muro, permitiendo a los alemanes orientales transitar libremente a Alemania occidental. El régimen comunista cayó rápidamente y Alemania se reunificó en 1990. Continuó la migración en gran escala: cuando menos un millón de alemanes del este se trasladaron al occidente desde la apertura del muro hasta finales de 1991.

El colapso de Alemania del este tuvo un "efecto dominó" en los otros regímenes comunistas. La transformación política de la región permitió emigrar a cientos de miles. Tan sólo en 1989, alrededor de 1.2 millones de personas dejaron la antigua área del Pacto de Varsovia. La mayor parte estaba constituida por minorías étnicas que fueron bienvenidas en otra parte: miembros de grupos étnicos alemanes que tenían derecho a entrar a Alemania, de etnias griegas a Grecia, o judíos que automáticamente se convirtieron en ciudadanos de acuerdo con la Ley Israelí del Retorno. La llegada masiva de los judíos rusos a Israel fue vista con alarma por parte de los árabes quienes temían como resultado un despojo mayor de los palestinos.

El espectro de la migración masiva sin control desde Europa del este se convirtió en un tema público en el occidente. No habría de pasar mucho tiempo antes de que Italia preparara sus tropas para evitar la llegada de quienes buscaban asilo, mientras que Austria utilizó a su ejército para detener a los gitanos de Rumania. Para los líderes de Europa del este, la euforia inicial desatada por la destrucción de las barreras al movimiento, fue seguida pronto de nostalgia por la facilidad con que se controlaba la migración en la época anterior.

La desintegración de la URSS condujo a la creación de una plétora de estados sucesores. Algunos de los casi 25 millones de miembros de etnias rusas se enfrentaron súbitamente con la posibilidad de perder su ciudadanía. La crisis económica y el potencial para la violencia interétnica que gravitaban en la reconfiguración de la antigua área del Bloque de Varsovia, hicieron de la emigración la opción preferida de muchos. Pero la gran masa de europeos del este no vio extenderse el tapete de bienvenida. Incluso en Alemania e Israel hubo resentimiento por la llegada masiva de la ex URSS y los estados del bloque de Varsovia.

ILUSTRACIÓN I
FRONTERA MÉXICO-EE.UU. POR TIJUANA



Fotografía: Castles/Vasta.

1. *La globalización de la migración*: la tendencia a que cada vez más países se vean afectados críticamente en forma simultánea por los movimientos migratorios. Además, la diversidad de las áreas de origen también se incrementa, de modo que la mayor parte de los países de inmigración reciben a quienes provienen de un amplio espectro de antecedentes económicos, sociales y culturales.

2. *La aceleración de la migración*: en la actualidad los movimientos internacionales de personas incrementan su volumen en todas las regiones importantes. Este crecimiento hace que aumenten tanto la urgencia como las dificultades de las políticas gubernamentales. No obstante, como se indica por el descenso en el total mundial de los refugiados desde 1993, la migración internacional no es un proceso inexorable. Las políticas gubernamentales pueden evitar o reducir la migración internacional y existe la posibilidad de repatriación.

3. *La diferenciación de la migración*: la mayoría de los países no tienen sólo una clase de inmigración, como la de tipo laboral, de refugiados o de quienes se establecen en forma permanente; sino que presentan al mismo tiempo toda una gama. Es característico de las cadenas migratorias que se inician con un tipo de

RECUADRO 2
LA "LUNA DE MIEL DE LA INMIGRACIÓN"
ENTRE ESTADOS UNIDOS Y MÉXICO

Las elecciones de George W. Bush Jr. y de Vicente Fox en 2000, parecían augurar buenos tiempos para cambios importantes en las relaciones de Estados Unidos y México. Ambos querían mejorarlas y hablaban de reformas concernientes a las políticas de migración.

Durante el gobierno del presidente Clinton se había enfatizado la prevención de la migración ilegal. En 1994 se implementó la Operación Guardián, en un intento por estrechar la seguridad a lo largo de la frontera Estados Unidos-México. El Servicio de Inmigración y Naturalización introdujo dobles cercas de acero, helicópteros, luces de gran intensidad y equipo de alta tecnología. Se dobló la cantidad de agentes que vigilaban. Para financiar este programa se triplicó el presupuesto entre 1994 y 2000 y alcanzó los 5,500 millones de dólares. Sin embargo, no hubo disminución en la cantidad de cruces ilegales de la frontera; en efecto, las cifras oficiales sugerían un incremento y la agricultura californiana no experimentó ninguna escasez en la mano de obra migrante. El número de personas muertas al tratar de cruzar la frontera se incrementó también a medida que éstas se arriesgaban más: en el año 2000 murieron 499, en comparación con 23 de 1994. Además se modificó la causa de la muerte, ya que la gente se trasladaba a áreas cada vez más remotas en su intento por pasar. Para el 2000 morían sobre todo por deshidratación, hipotermia o insolación al tratar de cruzar el desierto de Arizona o ahogados al querer atravesar a nado el canal All American. El costo promedio al contratar "coyotes" —quienes pasan de contrabando a las personas por la frontera— se incrementó de 143 a 1,500 dólares en seis años (Cornelius, 2001).

El presidente Bush había apoyado una ampliación en las admisiones de trabajadores temporales de origen mexicano mientras fue gobernador de Texas. El Presidente mexicano apoyó un programa de amnistía o legalización para mexicanos que residían ilegalmente en Estados Unidos —que se calculaban entre cuatro y cinco millones. La primera visita al extranjero de Bush como Presidente fue al rancho de Vicente Fox; la iniciativa migratoria Estados Unidos-México estaba en la cima de la agenda. Se anunció la formación de un grupo de alto nivel de funcionarios estadounidenses y mexicanos. Deberían congregarse en forma regular para dar forma al contenido de la iniciativa. Los asuntos a discutir incluían desde las modalidades de legalización hasta la cooperación intergubernamental para prevenir la migración ilegal y el tráfico de personas. A principios de septiembre de 2001, el presidente Fox hizo un viaje triunfal por Estados Unidos, para anunciar la iniciativa, que culminó en un discurso dirigido al pleno del Congreso estadounidense. Sin embargo, era claro que algunos elementos del plan, cuyos detalles nunca se mostraron en su totalidad, se topaban con resistencia en el Congreso de Estados Unidos, por ejemplo de los republicanos que se oponían a la política de legalización.

RECUADRO 2 (continuación)

Los ataques terroristas del 9-11 llevaron la iniciativa al congelador. Muchos funcionarios de Estados Unidos se indignaron por la respuesta del gobierno mexicano; los ataques cambiaron dramáticamente el ambiente político en Estados Unidos, con lo que prácticamente el Congreso no autorizaría en un momento próximo la legalización de amplios sectores. La administración de Fox empezó a mostrar frustración con su vecino del norte. Un año después del discurso de Fox en la sesión plenaria del Congreso, poco había cambiado en la relación de inmigración enormemente compleja entre los dos países.

movimiento y frecuentemente continúan en otras formas, a pesar (o a veces por eso) de los esfuerzos del gobierno por detener o controlar el movimiento. Esta diferenciación presenta un obstáculo mayor para las medidas políticas nacionales e internacionales.

4. *La feminización de la migración*: las mujeres juegan un papel significativo en todas las regiones y en la mayor parte (aunque no en todos) de los tipos de migración. En el pasado, la mayoría de las migraciones laborales y muchos de los movimientos de refugiados tenían dominio masculino y con frecuencia las mujeres eran tratadas bajo la categoría de reunificación familiar. Desde los sesenta, las mujeres han desempeñado un importante papel en la migración laboral. En la actualidad, las trabajadoras femeninas forman la mayoría en movimientos tan diversos como los de inmigrantes de Cabo Verde en Italia, los filipinos en el Medio Oriente y los thais en Japón. Algunos movimientos de refugiados, incluidos los de la antigua Yugoslavia, contienen una mayoría significativa de mujeres, al igual que en ciertas redes de tráfico de personas. Las variables de género siempre han sido significativas en la historia de la migración global, pero la conciencia de la especificidad de las mujeres en las migraciones contemporáneas se ha incrementado.

5. *La creciente politización de la migración*: La política doméstica, las relaciones bilaterales y regionales y las políticas de seguridad nacional de los estados en el mundo se ven afectadas cada vez más por la migración internacional.

Migración internacional en el gobierno global

La globalización ha desafiado la autoridad de los gobiernos nacionales desde arriba y desde abajo. El crecimiento de la sociedad transnacional ha hecho surgir temas y problemas novedosos y ha difuminado esferas de autoridad y de toma de decisiones que antes eran bastante distintas. Como resultado, la toma de

ILUSTRACIÓN 2
FRONTERA MÉXICO-EE.UU. POR TIJUANA: CADA CRUZ REPRESENTA
UN MIGRANTE MUERTO AL CRUZAR LA FRONTERA



Fotografía: Castles/Vasta.

decisiones autorizada para las organizaciones políticas es concebida cada vez más como gobierno global (Rosenau, 1997). La complejidad y fragmentación del poder y la autoridad, consecuencia de la globalización, requieren típicamente que diversos niveles de gobierno interactúen con otras organizaciones e instituciones, tanto públicas como privadas, extranjeras y nacionales, para lograr las metas deseadas. Una manifestación importante del gobierno global es la significativa expansión de los procesos de consulta regionales que se centran en la migración internacional. Un reporte de la OIM sobre los 11 foros no obligatorios que emergieron en 2001 citaba cuatro razones para que se adoptaran sus resoluciones: el incremento de la migración irregular, incluyendo el tráfico de personas, después del fin de la Guerra Fría; el incremento en el número de estados y áreas afectados por la migración internacional; el alcance regional de la mayor parte de la migración internacional; y la naturaleza informal y no obligatoria de los mismos procesos de consulta (Klekowski von Koppenfels, 2001).

En general, la migración internacional no ha sido vista por los gobiernos, hasta recientemente, como un tema político central. En cambio, los migrantes

se han dividido en categorías como la de establecidos permanentemente, trabajadores extranjeros o refugiados, y han lidiado con una variedad de agencias especiales; como los departamentos de inmigración, oficinas del trabajo, policía de extranjeros, autoridades de beneficencia y ministerios de educación. Fue sólo hasta finales de los años ochenta que se le empezó a dar atención sistemática y de alto nivel. Por ejemplo, a medida que los países de la Unión Europea retiraron sus fronteras internas, se preocuparon más sobre cómo fortalecer sus fronteras externas, con el objeto de evitar la afluencia del sur y del este. Para los años noventa, la exitosa movilización de grupos de extrema derecha respecto a la inmigración y las supuestas amenazas a la identidad nacional, contribuyeron a llevar estos temas al centro del escenario político.

Diversidad étnica, racismo y multiculturalismo

La regulación de la migración internacional es uno de los dos temas centrales surgidos de los movimientos masivos de población de la época actual. El otro es el efecto de la creciente diversidad étnica en las sociedades de los países de inmigración. Quienes llegan a establecerse, con frecuencia son diferentes a las poblaciones receptoras: pueden venir de diversos tipos de sociedades (por ejemplo, de agrarias-rurales en vez de urbanas-industriales) con otra clase de tradiciones, religiones e instituciones políticas. Muchas veces hablan otra lengua y siguen prácticas culturales distintas. Pueden ser visiblemente desiguales, por su apariencia física (color de piel, rasgos, tipo de pelo) o por su estilo de vestir. Algunos grupos migrantes se concentran en ciertos tipos de trabajos (por lo general de bajo estatus social) y viven sus vidas segregados en áreas de residencia de bajos ingresos. La posición de los inmigrantes con frecuencia está marcada por una condición legal específica: la del extranjero o no ciudadano. Las diversidades con frecuencia se sintetizan en los conceptos de “etnicidad” o “raza”. En muchos casos, la inmigración complica los conflictos o divisiones existentes en sociedades con minorías étnicas de larga data.

El significado social de la diversidad étnica depende en gran medida del significado que le asigna la población y los estados de los países receptores. Los países clásicos de inmigración han visto, por lo general, a los inmigrantes dispuestos a establecerse en forma permanente (*settlers*), quienes se asimilarían o integrarían. Sin embargo, no a todos los inmigrantes potenciales se les ha considerado adecuados: hasta los años sesenta, Estados Unidos, Canadá y Australia tuvieron políticas para evitar la entrada de no europeos, e incluso establecieron categorías de europeos. Los países que enfatizaban la contratación temporal de mano de obra –de Europa occidental en los sesenta y principios de los setenta; más recientemente los estados del golfo del petróleo y algunos de

las economías asiáticas de rápido crecimiento— han tratado de evitar la reunificación familiar y el establecimiento permanente. A pesar del surgimiento de poblaciones de establecimiento permanente, han declarado no ser países de inmigración y negado la ciudadanía y otros derechos a los establecidos. Entre estos extremos hay un amplio rango de variaciones que se discutirá en capítulos posteriores.

Casi siempre los grupos establecidos, culturalmente distintos, conservan sus idiomas y otros elementos de las culturas de origen, al menos por unas cuantas generaciones. Donde los gobiernos han reconocido el establecimiento permanente, se ha dado una tendencia de cambio de las políticas de asimilación individual a la aceptación, en cierto grado, de diferencia cultural en el largo plazo. El resultado ha sido que se les concedan derechos culturales y políticos como minoría, como se ha visto desde los años setenta, en la inclusión de estos derechos en las políticas de multiculturalismo puestas en práctica en Canadá, Australia y Suecia. Los gobiernos que rechazan la idea de establecimiento permanente se oponen también al pluralismo, que ven como una amenaza a la unidad e identidad nacionales. En esos casos, los inmigrantes tienden a convertirse en minorías marginadas. En otros (Francia, por ejemplo), los gobiernos pueden aceptar la realidad del establecimiento, pero exigen asimilación cultural individual como precio, a cambio de la concesión de derechos y ciudadanía.

Cualesquiera que sean las políticas de los gobiernos, la inmigración puede inducir a fuertes reacciones de algunos sectores de la población. La inmigración con frecuencia se da al mismo tiempo que la reestructuración económica y el cambio social de gran alcance. Las personas cuyas condiciones de vida ya están cambiando, a menudo de manera imprevisible ven a los recién llegados como el origen de la incertidumbre. En la actualidad una de las imágenes dominantes en los países altamente desarrollados de la actualidad es la de multitudes que fluyen del sur pobre y del este turbulento, llevándose los trabajos, elevando los precios de la vivienda y sobrecargando los servicios sociales. De la misma manera, en los países de inmigración del sur, como Malasia y Sudáfrica, se culpa a los inmigrantes del crimen, las enfermedades y el desempleo. Los partidos de extrema derecha han crecido y florecido a través de campañas antiinmigrantes. El racismo es una amenaza no sólo para los propios inmigrantes, sino también para las instituciones democráticas y el orden social. El análisis de las causas y efectos del racismo, por tanto, debe tener un lugar central en cualquier discusión sobre migración internacional y de sus efectos en la sociedad.

La migración internacional no siempre crea diversidad. Algunos migrantes, como los bretones en Australia o los austriacos en Alemania, son prácticamente

RECUADRO 3

LIMPIEZA Y CONFLICTO ÉTNICOS EN ÁFRICA CENTRAL

En los años noventa, los eventos en la antigua Yugoslavia y en África central hicieron de la limpieza étnica –violencia dirigida contra poblaciones civiles específicas para sacarlas de un territorio determinado– un problema trascendente del orden mundial posterior a la Guerra Fría. En Ruanda, país densamente poblado, una lucha crónica entre la mayoría hutu y la minoría tutsi había generado una diáspora de tutsi de Ruanda. Los exiliados tutsi con apoyo del gobierno ugandés lanzaron una campaña desde el territorio de Uganda para derrocar al gobierno de Ruanda, dominado por los hutu. Los avances de los rebeldes llevaron a negociaciones, pero en 1994 el avión del Presidente de Ruanda fue destruido por un cohete, matando al Presidente y, con él, al frágil acuerdo. El asesinato del presidente hutu sirvió como pretexto para una campaña de violencia por una fracción dominada por los hutu, dirigida contra la minoría tutsi y los hutu moderados. Cientos de miles fueron atacados con hachas hasta la muerte, en un frenesí de violencia, a medida que avanzaban las fuerzas rebeldes dominadas por los tutsi. La caída de las fuerzas gubernamentales y sus aliados extremistas hutu hizo que millones de hutu escaparan de Ruanda a Tanzania y Zaire. Muchos de los que perpetraron las matanzas masivas huyeron con ellos.

Los gobiernos de Tanzania y Zaire y las agencias de ayuda internacional se desvivían por lidiar con los flujos de entrada. Eventualmente, Tanzania obligaría a muchos refugiados de Ruanda a que se repatriaran. Algunos de estos refugiados de retorno fueron asesinados. En Zaire, el gobierno amenazó con expulsar en masa a los refugiados de Ruanda, pero tal vez careciera de capacidad para hacerlo. Las agencias internacionales y los gobiernos en todo el mundo se opusieron al retorno forzado de los refugiados de Ruanda. Para 1996, se contempló la intervención militar por parte de los estados occidentales, incluidos Estados Unidos y Francia, en coordinación con las Naciones Unidas. Sin embargo, una milicia étnica tutsi de zaire oriental y otros insurgentes opuestos al gobierno se movilizaron contra los militantes hutu de Ruanda que se atrincheraban en los campos de refugiados. Esto permitió que muchos de los hutu de Ruanda se repatriaran hacia un futuro incierto mientras que decenas de miles de otros refugiados hutu huían internándose en Zaire para evitar a los insurgentes.

En 1997, el agobiado gobierno de Zaire empezó a dar armas a los refugiados hutu restantes, como parte de un esfuerzo más amplio que implicaba a mercenarios extranjeros para acabar con la insurgencia antigubernamental en Zaire oriental. Sin embargo, pronto cayó la dictadura de Mobuto en Zaire, misma que había tenido gran apoyo de los gobiernos occidentales. A los insurgentes los apoyó Uganda y el nuevo gobierno tutsi de Ruanda. Además, hubo señales de diseminación del enfrentamiento entre los hutu y los tutsi hacia Burundi, donde ambos conforman también la mayoría de la población.

Ruanda y Uganda retiraron en 1998 al gobierno que sucedió a la dictadura de Mobuto su apoyo, encabezado éste por su antiguo aliado y ex rebelde, Laurent Kabila, que había sido nombrado Presidente de la nueva República Democrática del Congo. Se desató la lucha entre antiguos aliados. Un total de seis ejércitos nacionales y numerosos grupos no estatales estuvieron involucrados y cerca de un millón de personas fueron desplazadas para finales de 1999. Luego, Kabila fue asesinado y sucedido por su hijo, mientras que 5,000 soldados de las Naciones Unidas intentaban vigilar las acciones de un débil acuerdo de paz entre los protagonistas. La lucha se recrudeció de nuevo en 2002 y el saldo de vidas humanas perdidas por los enfrentamientos, el hambre y las enfermedades asociadas, llegó entre 1998 y 2002 a los dos millones, sin que se viera una posibilidad de que terminara.

La crisis de los noventa en África central, fue tan emblemática de los asuntos mundiales del periodo posterior a la Guerra Fría como el TUCAN o el Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (CEAP). La violencia étnica originó movimientos masivos de personas; una insurgencia encabezada por emigrados derrocó dos gobiernos y amenazó varios más. Los flujos masivos de refugiados desestabilizaron una región completa, de tal forma que las Naciones Unidas y los principales poderes occidentales contemplaron un mayor uso de fuerza militar para proteger a los refugiados y evitar una mayor escalada de violencia.

imposibles de distinguir de la población receptora. Otros grupos, como los europeos occidentales en Norteamérica, son rápidamente asimilados. Los “profesionales en tránsito” –el personal altamente capacitado que se traslada temporalmente dentro de mercados de trabajo especializados– rara vez son vistos como un problema presente de integración. Pero éstas son las excepciones; en la mayoría de los casos, la migración internacional incrementa la diversidad dentro de una sociedad. Esto presenta una cantidad de problemas para el Estado. El más obvio tiene que ver con la política social: puede ser que los servicios sociales y la educación tengan que planearse y prestarse en formas nuevas que correspondan a diferentes situaciones de vida y prácticas culturales.

Más serio todavía es el reto a la identidad nacional. El Estado-nación, según se desarrolló desde el siglo XVIII, está basado en la idea de la unidad cultural y política. En muchos países, la homogeneidad étnica, definida en términos de lengua, cultura, tradiciones e historia comunes, se ha visto como la base del Estado-nación. A menudo esta unidad ha sido ficticia –construcción de la élite gobernante–, pero ha proporcionado poderosos mitos nacionales. La inmigración y la diversidad étnica amenazan ideas como las de nación porque crean un pueblo sin un origen étnico común. Los países clásicos de inmigración

han sido capaces de lidiar con esta situación de la manera más fácil, dado que la absorción de los inmigrantes ha sido parte de su mito de construcción nacional. Ahora bien, los países que ponen la cultura común en el corazón de su proceso de construcción nacional han encontrado muy difícil resolver la contradicción. Los movimientos contra la inmigración se han vuelto, además, contra del multiculturalismo, y tales sentimientos populares han llevado a un retroceso en las políticas multiculturales en muchos lugares, incluyendo Australia y Holanda.

Una de las maneras centrales en que se expresa el vínculo entre el pueblo y el Estado es a través de las normas que rigen la ciudadanía y la naturalización. Los estados que conceden en forma rápida la ciudadanía a los inmigrantes, sin requerir una etnicidad común o la asimilación cultural, parecen más capaces de lidiar con la diversidad étnica. Por otra parte, los estados que vinculan la ciudadanía con la pertenencia cultural tienden a crear políticas de exclusión que marginan y dejan en desventaja a los inmigrantes. Uno de los temas centrales de este libro es que los continuos movimientos internacionales de población aumentarán la diversidad étnica en más países cada vez. Esto en realidad ha llamado la atención sobre el debate, prevaleciendo las nociones de ciudad, Estado y ciudadanía. Los debates acerca de nuevas aproximaciones a la diversidad darán forma a la política de muchos países en las próximas décadas.

Propósitos y estructura del libro

El primer propósito de este libro es describir y explicar la migración internacional contemporánea. Nos proponemos mostrar la enorme complejidad del fenómeno y comunicar tanto las variaciones como los factores comunes en los movimientos internacionales de población a medida que afectan cada vez más partes del mundo.

El segundo es explicar cómo el establecimiento de migrantes ha traído consigo un incremento en la diversidad étnica en muchas naciones y cómo esto se relaciona con desarrollos sociales, culturales y políticos más amplios. El entender estos cambios es una condición previa para la acción política que aborda los problemas y conflictos vinculados con la migración y la diversidad étnica.

El tercer propósito es vincular los dos discursos mostrando la compleja interacción entre la migración y la creciente diversidad étnica. Hay grandes cuerpos de trabajo empírico y teórico en ambos temas. Sin embargo, con frecuencia se les vincula inadecuadamente. Existe una tendencia hacia la especialización tanto en círculos académicos como entre quienes diseñan las políticas. Muchos de los institutos de investigación que abordan la migración se distinguen de aquellos dedicados a las relaciones étnicas. Por ejemplo, la Asociación Internacional

de Sociología tiene comités de investigación separados para las “relaciones étnicas, de razas y de minorías” y para la “sociología de la migración”. De manera similar, muchos gobiernos tienen un ministerio o agencia que trate con la migración y otra para tratar con las relaciones étnicas o de razas. Todavía no hay un régimen internacional que regule la migración, los esfuerzos por establecer una agencia de las Naciones Unidas responsable de esta área han progresado poco.

La inmigración y las relaciones étnicas están estrechamente interrelacionadas en una variedad de formas. Los vínculos pueden entenderse mejor analizando el proceso migratorio en su totalidad. Resulta una empresa ambiciosa (algunos dirían escurridiza) el tratar de hacer esto a nivel global en un libro breve. De ahí que las exposiciones de los diversos movimientos migratorios deban ser inevitablemente concisas, pero una visión global de la migración internacional es condición previa para entender cada flujo específico. El propósito central de este libro es, por tanto, proporcionar una introducción al tema de la migración internacional y el surgimiento de sociedades multiculturales, lo que ayudará a los lectores a situar en contexto las exposiciones más detalladas de procesos migratorios específicos.

El libro está estructurado de la siguiente manera: el capítulo 1 examina algunas de las teorías y conceptos utilizados para explicar la migración y la formación de minorías étnicas; enfatiza, además, la necesidad de estudiar el proceso migratorio como un todo. El capítulo 2 describe la historia de la migración internacional hasta 1945. Hay cierta discusión sobre el papel de la migración en el surgimiento de los estados-nación europeos, mas el foco central es la migración que se dio como consecuencia del capitalismo y el colonialismo en el proceso de crear un mercado mundial.

El capítulo 3 se ocupa de la migración a los países industriales desde 1945, incluyendo las nuevas migraciones a Europa meridional y del este. Muestra los patrones de la migración de mano de obra que se desarrollaron durante el resurgimiento de la posguerra; discute las diferencias y similitudes entre los sistemas de migración permanente, poscolonial y de trabajadores huéspedes. Se examinan los principales cambios en los patrones migratorios tras la crisis del petróleo de 1973. Para finalizar, se abordan el volumen y la complejidad crecientes de las migraciones desde finales de los ochenta. El capítulo 4 evalúa las capacidades de los estados industriales para regular la migración internacional. Examina la migración ilegal, el tráfico de personas y las políticas diseñadas para evitarlos. Compara, además, el significado de los marcos de integración regional para el control de la migración, y las respuestas al 9-11.

Los capítulos 5 y 6 examinan algunas de las nuevas áreas de migración, mostrando la forma en que las transformaciones políticas, sociales y económicas conducen a movimientos masivos de población. El capítulo 5 se ocupa del

Medio Oriente, África y América Latina, mientras que el capítulo 6 trata de Asia. Estas áreas son importantes fuentes de migrantes hacia países altamente desarrollados y es probable que de ahí surjan las “siguientes olas”. Pero los movimientos dentro de estas naciones son de creciente importancia, en particular ahí donde el surgimiento de nuevos países industriales conlleva desequilibrios económicos y demográficos.

El capítulo 7 considera la posición económica de los inmigrantes en países altamente desarrollados; se examina la segmentación del mercado laboral, el papel desempeñado por los inmigrantes en la crisis económica y por qué el empleo de los migrantes puede continuar a pesar de un alto desempleo. El capítulo 8 presenta un estudio comparativo del proceso migratorio en dos países que a primera vista parecen haber tenido experiencias de inmigración casi diametralmente opuestas: Australia y Alemania. El propósito es mostrar tanto los paralelos como las diferencias y discutir los factores que los determinan. El capítulo 9 continúa el examen de la posición de los inmigrantes dentro de las sociedades de algunos de los otros países de inmigración altamente desarrollados, echando una mirada a factores como la condición legal, la política social, la formación de comunidades étnicas, el racismo, la ciudadanía y la identidad nacional.

El capítulo 10 examina algunos de los efectos políticos clave de la creciente diversidad étnica; revisa la participación de las minorías en política y la manera en que la política dominante cambia como reacción al establecimiento de los migrantes. Se discuten las perspectivas para el surgimiento de las sociedades multiculturales. El último capítulo sintetiza los argumentos del libro, además, presenta algunas conclusiones sobre el futuro de la migración internacional, lo que tal vez llegue a significar para las sociedades individuales y para la comunidad global en su conjunto.

Lecturas recomendadas

Información importante sobre todos los aspectos de la migración internacional se puede encontrar en gran número de revistas especializadas, de las que sólo unas cuantas se pueden mencionar aquí. *International Migration Review* (Nueva York, Center for Migration Studies) se fundó en 1964 y proporciona información comparativa de excelencia. *International Migration* (Ginebra, OIM) también es una valiosa fuente comparativa. *Social Identities* comenzó a publicarse en 1995 y se ocupa del “estudio de la raza, la nación y la cultura”. *Diáspora*, que se publica en Estados Unidos, está dedicada a “estudios transnacionales.” Otra revista con enfoque transnacional es *Global Networks* (Oxford, Blackwells). Las revistas con enfoque europeo incluyen: *Journal of Ethnic and Migration Studies* (Brighton, Sussex Centre for Migration Research, University of Sussex), *Migration* (Berlín,

Edition Parabolis, en inglés y alemán) y la *Revue Européenne des Migrations Internationales* (París, en francés e inglés). Gran Bretaña tiene varias revistas, entre las que se encuentran: *Race and Class* (Londres, Institute for Race Relations) y *Ethnic and Racial Studies* (Nueva York y Londres, Routledge). En Australia existe el *Journal of Intercultural Studies* (Melbourne, Monash University). El *Asian and Pacific Migration Journal* (Quezon City, Filipinas, Scalabrini Migration Center) ofrece información y analiza los movimientos en la región más populosa del mundo. *Frontera Norte* (México, El Colegio de la Frontera Norte) incluye artículos en español e inglés.

Hay además muchas publicaciones con formato de “revista” que ofrecen información actualizada y comentarios más breves, como *Asian Migrant* (Quezon City, Filipinas, Scalabrini Migration Center) y *Hommes et Migrations* (París). Un recurso muy valioso es la publicación mensual *Migration News* (Davis, University of California) disponible en versión impresa, correo electrónico o la Internet.

Varias organizaciones internacionales proporcionan información comparativa sobre las migraciones. La más útil es la publicación anual de la OCDE *Trends in International Migration* (París, OCDE), que hasta 1991 era conocida como OCDE Sopemi, *Continuous Reporting System on Migration*. Proporciona estadísticas comprensivas sobre la mayoría de los países de inmigración miembros de la OCDE, al igual que algunos datos sobre países de emigración. La OIM publicó por primera vez su *World Migration Report* en el año 2000 y se planean versiones posteriores. La exhaustiva *Survey of World Migration* de Cohen (1995) es un valioso trabajo de consulta que presenta contribuciones sobre todos los aspectos de nuestro tema.

Hay muchos portales de Internet que se ocupan de los temas de la migración y la diversidad étnica. Enumeramos enseguida algunos de los más significativos. Dado que están vinculados con muchos otros, la lista proporciona un punto de partida para otras exploraciones:

Asia Pacific Migration Research Network (APMRN): <http://www.capstrans.edu.au/apmrn/>

Centre for European Migration and Ethnic Studies: <http://www.cemes.org/>

Centre for Migration Studies, New York: <http://www.cmsny.org/>

European Council on Refugees and Exiles: <http://www.ecre.org/>

European Migration Information Network (EMIN): <http://www.emin.geog.ucl.ac.uk/>

European Research Centre on Migration and Ethnic Relations (ERCOMER): <http://www.ercomer.org/>

Federation of Centers for Migration Studies, G.B. Scalabrini:

<http://www.scalabrini.org/fcms/index.html>

Forced Migration Online: <http://www.forcedmigration.org/>

Immigration History Research Centre, Minnesota: <http://www1.umn.edu/ihr/>

Institute for Migration and Ethnic Studies (IMES), amsterdam: <http://www.geog.ucl.ac.uk/mru/imes.html>

Institute for Migration Research and Intercultural Studies (IMIS), Osnabrück: <http://www.imis.uni-osnabrueck.de/english/index.htm>

International Centre for Migration and Health: <http://www.icmh.ch/>

International Metropolis Project: <http://www.international.metropolis.net/>

International Organization for Migration: <http://www.OIM.int/>

Inter-University Committee on International Migration: <http://web.mit.edu/cis/www/migration/>

Migration-Ethnicity-Racism-Refugees, amsterdam: <http://www.pscw.uva.nl/sociosite/TOPICS/Ethnic.html>

Migration Information Source: <http://www.migrationinformation.org/index.cfm/>

Migration News: <http://migration.ucdavis.edu/>

Migration Policy Institute, Washington DC: <http://www.migrationinformation.org/>

Multicultural Skyscraper: <http://www.multicultural.net/>

Refugee Net: EU Networks on the Integration of Refugees: <http://www.refugeenet.org/>

Refugee Studies Centre, University of Oxford: <http://www.rsc.ox.ac.uk/>

Southern African Migration Project: <http://www.queensu.ca/samp/>

Swiss Forum for Migration and Population Studies: <http://www.unine.ch/fsm/libri/publications.htm>

INHCR: <http://www.unhcr.ch/>

US Committee for Refugees: <http://www.refugees.org/>

Capítulo 1

El proceso migratorio y la formación de minorías étnicas

LA MIGRACIÓN internacional difícilmente es una simple acción individual por la que una persona decide trasladarse en busca de mejores oportunidades de vida, deja sus raíces en el terruño y se asimila de forma rápida en el nuevo país. Con mucha mayor frecuencia, la migración y el establecimiento son un proceso a largo plazo que se desarrollará por el resto de la vida del migrante y que afectará también a generaciones subsecuentes (la migración puede, incluso, trascender la muerte: se sabe que los miembros de algunos grupos de migrantes han pagado a sociedades funerarias, las que, después de la muerte, transportan sus restos para ser enterrados en su terruño. Véase Tribalat, 1995: 109-111). La migración es una acción colectiva que se origina en el cambio social y que afecta a toda la sociedad, tanto en las áreas de salida como en las de llegada. Además, la experiencia de la migración y de vivir en otro país, con frecuencia lleva a modificar los planes originales, de modo que las intenciones del migrante en el momento de la partida no son buenas predictoras del comportamiento real. De manera similar, ningún gobierno se ha dado a la tarea de construir una sociedad étnicamente diversa a través de la inmigración, aun cuando las políticas de reclutamiento de mano de obra, con frecuencia conducen a la formación de minorías étnicas, lo que tiene consecuencias a largo plazo para las relaciones sociales, las políticas públicas, la identidad nacional y las relaciones internacionales.

El propósito de este capítulo es vincular dos cuerpos teóricos que con frecuencia son tratados de manera individual: las teorías sobre la migración y el establecimiento y las teorías sobre las minorías étnicas y su posición en la sociedad. Se proporciona un marco teórico para entender las exposiciones más descriptivas de la migración, el establecimiento y la formación de minorías; las cuales se verán en capítulos posteriores. Sin embargo, tal vez el lector prefiera leer primero aquellos capítulos que contienen material empírico y volver después a la teoría.

La explicación del proceso migratorio

El concepto de *proceso migratorio* sintetiza intrincados sistemas de factores e interacciones que conducen a la migración internacional e influyen en su curso. La migración es un proceso que afecta todas las dimensiones de la existencia social, que desarrolla una compleja dinámica propia.

La investigación sobre la migración es por tanto intrínsecamente interdisciplinaria: sociología, ciencia política, historia, economía, geografía, demografía, psicología y derecho son todas disciplinas relevantes (Brettell y Hollifield, 2000). Éstas examinan diferentes aspectos de la movilidad poblacional; una comprensión plena requiere contribuciones de todas ellas. Dentro de cada disciplina científico-social, se presenta una diversidad de aproximaciones basadas sobre diferencias en teoría y métodos. Por ejemplo, los investigadores que fundamentan su trabajo en el análisis cuantitativo de grandes conjuntos de datos (como los censos o encuestas representativas), plantearán distintas preguntas y obtendrán resultados diferentes en comparación con quienes hacen estudios cualitativos de pequeños grupos. Los que examinan el papel de la mano de obra migrante dentro de la economía mundial utilizando aproximaciones históricas e institucionales también llegarán a diferentes hallazgos. Todos estos métodos tienen su sitio en la medida en que ninguno de ellos afirme ser el único correcto. No es posible hacer aquí una revisión detallada sobre la teoría de la migración (véase Massey *et al.*, 1993, 1994, 1998), sin embargo, es posible hacer una distinción útil entre tres de las aproximaciones fundamentales utilizadas en los debates contemporáneos: la teoría económica neoclásica, la aproximación histórica-estructural y la teoría de sistemas migratorios (Hugo, 1993: 7-12).

Teorías económicas de la migración

La *perspectiva económica neoclásica* tiene sus antecedentes en la primera teoría sistemática sobre la migración: aquella propuesta por Ravenstein, el geógrafo decimonónico que formuló leyes estadísticas de la migración (Ravenstein, 1885, 1889). Fueron enunciados generales, sin vínculos con cualquier movimiento migratorio real (Cohen, 1987: 34-35; Zolberg, Suhrke y Aguao 1989: 403-405). Tradición que sigue viva en el trabajo de muchos demógrafos, geógrafos y economistas. Estas "teorías generales" enfatizan las tendencias de la gente a trasladarse de áreas densamente pobladas a escasamente pobladas; o bien de bajos a altos ingresos; o vinculan las migraciones con las fluctuaciones en el ciclo de los negocios. Estas aproximaciones seguidas se conocen como las teorías de "rechazo-atracción" (*push-pull*) porque perciben las causas de la migración como una combinación de "factores de rechazo" que impelen a la gente a dejar

sus áreas de origen, con “factores de atracción” que la atraen a ciertos países receptores. Los “factores de rechazo” incluyen: crecimiento demográfico, bajos niveles de vida, falta de oportunidades económicas y represión política; mientras que los “factores de atracción” son como la demanda de mano de obra, la disponibilidad de tierras, buenas oportunidades económicas y libertades políticas.

Este modelo se basa, sobre todo, en la economía neoclásica, aunque también ha recibido la influencia de la sociología, la demografía social y otras disciplinas. Es individualista y ahistórico. Enfatiza la decisión individual de migrar, basada en una comparación racional de los costos y beneficios relativos de permanecer en el área de origen o trasladarse a otros destinos alternativos. Los factores limitantes, como restricciones gubernamentales en la emigración e inmigración se tratan más que nada como distorsiones del mercado racional, las cuales deberían retirarse. Su concepto central es el de “capital humano”: la gente decide invertir en la migración de la misma forma que podría invertir en educación o en entrenamiento vocacional, porque aumenta su capital humano y trae ganancias potenciales en el ingreso futuro. La gente migrará si la tasa de beneficio esperada por salarios más altos en el país de destino es mayor que los costos originados por la migración (Chiswick, 2000). Borjas presenta el modelo de un mercado de inmigración:

La teoría neoclásica supone que los individuos maximizan la utilidad: los individuos “buscan” el país de residencia que maximice su bienestar... La búsqueda se restringe por los recursos financieros individuales, por las reglas de inmigración impuestas por los países anfitriones en competencia y por las reglas de emigración de los países de salida. En el mercado de inmigración se intercambian diversas piezas de información y se comparan las diferentes opciones. En cierto sentido, los países anfitriones en competencia hacen “ofertas de migración” a partir de las cuales los individuos comparan y escogen. La información recopilada en el mercado lleva a muchos individuos a concluir que es “rentable” permanecer en su terruño... Inversamente, otros individuos concluyen que les irá mejor en algún otro país. El mercado de inmigración distribuye a estos individuos de manera no aleatoria en los países receptores (Borjas, 1989: 461).

Borjas afirma que “esta aproximación lleva a una categorización clara y empíricamente comprobable de los tipos de flujos inmigrantes que se dan en un mundo en el cual los individuos buscan «el mejor país»” (Borjas, 1989: 461). Con base en lo anterior, la mera existencia de disparidades eco-

nómicas entre diversas áreas debería ser suficiente para generar flujos migrantes. En el largo plazo, esos flujos habrían de ayudar para que se equipararan los salarios y las condiciones en las regiones subdesarrolladas y desarrolladas, lo que llevaría al equilibrio económico. Borjas afirma que esto puede tener efectos negativos para los países de inmigración, en especial en el descenso de los niveles de promedio de capacitación (Borjas, 1990). Sin embargo, el hallazgo no carece de contradicciones dentro de la investigación neoclásica: Chiswick dice que los migrantes se seleccionan a sí mismos de manera positiva en el sentido de que los que tienen mayores habilidades tienen más probabilidades de trasladarse, porque obtienen un beneficio mayor en su inversión de capital humano que en su movilidad. Esto tiene efectos negativos para los países de origen al causar una “fuga de cerebros” (Chiswick, 2000).

Los estudios empíricos hacen dudar del valor de la economía neoclásica. Raramente la gente más pobre de los países menos desarrollados se traslada a los países más ricos; con mayor frecuencia los migrantes son personas de estatus social intermedio que provienen de áreas que atraviesan cambios económicos y sociales. De manera similar, el modelo de rechazo-atracción predice traslados de áreas densamente pobladas a regiones escasamente pobladas, aunque de hecho los países de inmigración como Holanda y Alemania están entre los de mayor densidad de población. Finalmente, el modelo de rechazo-atracción no puede explicar por qué un cierto grupo de migrantes va a un país en vez de a otro: por ejemplo, ¿por qué la mayoría de los argelinos migraron a Francia y no a Alemania, mientras que lo opuesto se aplica a los turcos?

Las teorías neoclásicas de la migración se han criticado tanto por simplistas como por ser incapaces de explicar los movimientos existentes o de predecir los futuros (véanse Sassen, 1988; Boyd, 1989; Portes y Rumbaut, 1996: 271-278). Parece absurdo tratar a los migrantes como participantes individuales en el mercado, que disponen de toda la información acerca de sus opciones y de la libertad para hacer decisiones racionales. Los historiadores, antropólogos, sociólogos y geógrafos han mostrado que el comportamiento de los migrantes se ve fuertemente influido por las experiencias históricas al igual que por las dinámicas familiar y comunitaria (Portes y Böröcz, 1989). Asimismo, los migrantes disponen de información limitada y con frecuencia contradictoria y están sujetos a una gama de limitaciones (en especial la falta de poder frente a los patrones y los gobiernos). Los migrantes compensan por medio del desarrollo del capital cultural (conocimiento colectivo de su situación y estrategias para lidiar con ella) y del capital social (las redes sociales que organizan los procesos de migración y de formación de comunidades).

Parece, por lo tanto introducir una gama más amplia de factores en la investigación económica. Un intento de ello es la “teoría del doble mercado laboral”, que mostraba la importancia de los factores institucionales, al igual que de raza y el género para segmentar el mercado de trabajo (Piore, 1979). La aproximación de la “nueva economía de la migración laboral” surgió en los años ochenta (Stark, 1991; Taylor, 1987). Argumentaba que los mercados rara vez funcionan en la forma ideal que sugerían los neoclasicistas. La migración necesita explicarse no sólo por las diferencias de ingresos en los dos países, sino también por factores como la oportunidad de un empleo seguro, la disponibilidad de capital para la inversión y la necesidad de manejar el riesgo por largos periodos. Por ejemplo, Massey *et al.* (1987) señalan que los campesinos mexicanos pueden migrar a Estados Unidos porque, aun cuando tengan suficiente tierra, carecen del capital para hacerla productiva. De manera similar, el papel de las remesas en la migración no se puede entender con estudiar nada más el comportamiento de los migrantes. En cambio, es necesario examinar los efectos de las remesas a largo plazo, en la inversión, el trabajo y las relaciones sociales de la comunidad (Taylor, 1999).

El modelo neoclásico tiende a tratar el papel del Estado como una aberración que altera el funcionamiento “normal” del mercado. Borjas, por ejemplo, sugiere que el gobierno de Estados Unidos debería “desregular el mercado de la inmigración” vendiendo visas al mejor postor (Borjas, 1990: 225-228). Pero el examen de las migraciones históricas y contemporáneas (véanse más adelante los capítulos 2-6) muestra que los estados (en particular los países de recepción) desempeñan un papel importante para iniciar, moldear y controlar los movimientos. La razón más común para permitir la entrada es la necesidad de trabajadores –con los estados que a veces asumen el papel de reclutadores laborales en nombre de los patrones– pero las consideraciones demográficas o humanitarias pueden ser también importantes. La inmigración como parte de la construcción de la nación ha desempeñado un rol importante en los países del nuevo mundo como Estados Unidos, Canadá, Argentina, Brasil y Australia. Las políticas sobre los refugiados y los solicitantes de asilo son determinantes de peso en los movimientos contemporáneos de población.

De ahí que la idea de migrantes individuales toman decisiones libres, que no sólo “maximizan su bienestar” sino también llevan a un “equilibrio en el mercado” (Borjas, 1989: 482), está tan alejada de la realidad histórica que tiene poco valor explicativo. Parece mejor, como sugiere Zolberg, analizar la migración laboral “como un movimiento de trabajadores impulsado por la dinámica de la economía capitalista transnacional, la que en forma simultánea determina tanto la “atracción” como la “expulsión” (Zolberg, Suhrke y Aguao, 1989:

407). Esto implica que las migraciones son fenómenos colectivos que deberían examinarse como subsistemas de un sistema económico y político cada vez más global.

La aproximación histórica estructural

Una explicación alternativa de la migración internacional la proporcionó a partir de los años setenta lo que llegó a denominarse la *aproximación histórica estructural*. Ésta tuvo sus raíces intelectuales en la economía política marxista y en la teoría del sistema mundial. Esta aproximación enfatizaba la distribución desigual del poder económico y político en la economía mundial. La migración era vista principalmente como una manera de movilizar fuerza de trabajo barata a cambio de capital. Perpetuaba el desarrollo desigual, explotando los recursos de los países pobres para hacer los ricos aún más ricos (Castles y Kosack, 1985; Cohen, 1987; Sassen, 1988). Mientras que las teorías de “expulsión-atracción” tendían a centrarse principalmente en las migraciones voluntarias de los individuos, como las de Europa a Estados Unidos antes de 1914, las explicaciones históricas estructurales examinaban el reclutamiento masivo de mano de obra por el capital; ya fuera para las fábricas en Alemania, los negocios agrícolas de California o los proyectos de infraestructura como el Plan Hidroeléctrico de Snowy Mountain en Australia. La disponibilidad de la mano de obra fue al mismo tiempo una herencia del colonialismo como resultado de la guerra y de las desigualdades regionales dentro de Europa. Para las teorías del sistema mundial, la migración laboral era una de las principales formas en que se forjaban los lazos de dominación entre las economías centrales del capitalismo y su periferia subdesarrollada. La migración era tan importante como la hegemonía militar, el control del comercio mundial y la inversión para conservar dependiente al Tercer Mundo respecto del primero.

Pero la aproximación histórica-estructural fue a su vez criticada por muchos estudiosos de la migración: si la lógica del capital y los intereses de los estados occidentales eran tan dominantes, ¿cómo podría explicarse la ruptura frecuente de las políticas de inmigración, cambio no planeado de la migración laboral hacia el establecimiento permanente en ciertos países? Tanto la perspectiva neoclásica como la aproximación histórico-estructural parecían demasiado tendenciosas para analizar de forma adecuada la gran complejidad de las migraciones contemporáneas. La aproximación neoclásica dejaba de lado las causas históricas de los movimientos y minimizaba el papel del Estado, mientras que la aproximación histórico-funcional veía los intereses del capital como absolutamente determinantes y no prestaba atención adecuada a los motivos y acciones de los individuos y grupos involucrados.

Teoría de sistemas migratorios y tendencia a una nueva aproximación interdisciplinaria

A partir de esas críticas surgió una nueva aproximación, la *teoría de sistemas migratorios*, que trata de incluir una amplia gama de disciplinas y cubrir todas las dimensiones de la experiencia migratoria. Un sistema migratorio está constituido por dos o más países que intercambian migrantes entre sí. La tendencia es analizar los sistemas migratorios regionales como el Pacífico del sur, África occidental o el cono sur de América Latina (Kritz *et al.*, 1992). Sin embargo, regiones distantes pueden estar intervenculadas, como el sistema migratorio que abarca el Caribe, Europa occidental y América del norte; o aquel que vincula el norte y el oeste de África con Francia. La aproximación de los sistemas migratorios implica examinar ambos extremos del flujo y estudiar todos los nexos entre los lugares involucrados. Éstos se pueden clasificar como “relaciones y comparaciones de estado a estado, conexiones de cultura de masas y redes familiares y sociales” (Fawcett y Arnold, 1987: 456-457).

La teoría de sistemas migratorios sugiere que los movimientos migratorios por lo general se generan por la existencia de vínculos previos entre los países de envío y recepción basados en la colonización, la influencia política, el intercambio, la inversión o los vínculos culturales. De ahí que la migración de México a Estados Unidos se haya originado en la expansión hacia el sur y el oeste por parte de Estados Unidos en el siglo XIX y el reclutamiento deliberado de trabajadores mexicanos por los patrones estadounidenses en el siglo XX (Portes y Rumbaut, 1996: 272-276). La migración de la República Dominicana a Estados Unidos se inició por la ocupación militar estadounidense de los sesenta. De manera similar, tanto la migración coreana como la vietnamita fueron consecuencia a largo plazo de la participación militar estadounidense (Sassen, 1988: 6-9). Las migraciones de India, Pakistán y Bangladesh a Gran Bretaña están asociadas con la presencia colonial británica en el subcontinente hindú. De igual forma, los migrantes caribeños tienden a trasladarse a sus respectivos poderes coloniales previos: por ejemplo, Jamaica a Gran Bretaña, La Martinica a Francia y Surinam a Holanda. La migración argelina a Francia (y no a Alemania) se explica por la presencia colonial francesa en Argelia, mientras que la presencia turca en Alemania es consecuencia del trabajo directo de reclutamiento por parte de Alemania en los años sesenta y principios de los setenta.

La aproximación de los sistemas migratorios es parte de una tendencia hacia una comprensión más inclusiva e interdisciplinaria, que surge como una nueva corriente dominante de la teoría migratoria –al menos fuera del dominio de la ortodoxia neoclásica. El principio básico es que cualquier movimiento

migratorio puede ser visto como la consecuencia de la interacción entre macroestructuras y microestructuras. Las macroestructuras se refieren a factores institucionales a gran escala, mientras que las microestructuras abarcan las redes, prácticas y creencias de los migrantes mismos. Estos dos niveles están vinculados por un conjunto de mecanismos intermedios a los que con frecuencia se les llama "mesoestructuras".

Las macroestructuras incluyen la economía política del mercado mundial, las relaciones entre los estados y las leyes, estructuras y prácticas establecidas por los países de origen y destino para controlar el establecimiento migratorio. La evolución de la producción, distribución e intercambio dentro de una economía mundial cada vez más integrada en los últimos cinco siglos, claramente ha sido un determinante de peso en las migraciones. El papel de las relaciones internacionales y de los estados tanto de las áreas de origen como receptoras, para organizar o facilitar los traslados también es importante (Dohse, 1981; Böhning, 1984; Cohen, 1987; Mitchell, 1989; Hollifield, 2000).

Las microestructuras son las redes sociales informales, desarrolladas por los propios migrantes para lidiar con la migración y el establecimiento. La literatura del pasado utilizaba el concepto de "migración en cadena" en este contexto (Price, 1963: 108-110). La investigación sobre los migrantes mexicanos en los años setenta mostró que el 90 por ciento de los encuestados había obtenido la residencia legal en Estados Unidos a través de contactos familiares y patronales (Portes y Bach, 1985). En la actualidad, muchos autores enfatizan el papel de la información y del "capital cultural" (el conocimiento de otros países, capacidad de organizar el viaje, encontrar trabajo y adaptarse a un nuevo ambiente) para comenzar y sostener los movimientos migratorios. Las redes informales incluyen las relaciones personales, patrones de organización familiar y del hogar, los vínculos de amistad y comunitarios y la ayuda mutua en asuntos económicos y sociales. Esos vínculos aportan recursos vitales para los individuos y grupos; pueden considerárseles "capital social" (Bourdieu y Wacquant, 1992: 119). Las redes informales vinculan "a los migrantes y a los no migrantes entre sí en una compleja red de papeles sociales y relaciones interpersonales" (Boyd, 1989: 639).

La familia y la comunidad son críticas en las redes migratorias. La investigación sobre la migración asiática muestra que las decisiones migratorias no son hechas por los individuos, sino por las familias (Hugo, 1994). En situaciones de cambio brusco, una familia puede decidir enviar a uno o más miembros a trabajar en otra región del país, para maximizar el ingreso y las oportunidades de supervivencia. En muchos casos, las decisiones de migrar son hechas por los más viejos (en especial los hombres) y se espera que los jóvenes y las mujeres obedezcan la autoridad patriarcal. La familia puede decidir si envía a las

mujeres jóvenes a la ciudad o al extranjero, porque el trabajo de los hombres jóvenes es indispensable en los cultivos. Las jóvenes son vistas también, a menudo, como más fiables para enviar remesas. Tales motivos se corresponden con una creciente demanda internacional de mano de obra femenina para cubrir los puestos de trabajadoras fabriles en el ensamblado de precisión, o como empleadas domésticas, lo cual contribuye a una feminización creciente de la migración.

Los vínculos familiares con frecuencia proporcionan tanto el capital financiero como el cultural que hacen posible la migración. Es típico que las cadenas migratorias comiencen por un factor externo, como el reclutamiento o el servicio militar, o por un movimiento inicial de jóvenes pioneros (casi siempre varones). Una vez que se establece un movimiento, los migrantes siguen sobre todo “rutas conocidas” (Stahl, 1993); reciben la ayuda de parientes y amigos que ya están en el área de inmigración. Las redes basadas en la familia o en el origen común, ayudan a proporcionar albergue, trabajo, orientación en los procedimientos burocráticos y apoyo en las dificultades personales. Estas redes sociales hacen que el proceso migratorio sea más seguro y manejable para los migrantes y sus familias. Los movimientos migratorios, una vez iniciados, se convierten en procesos sociales autosostenidos.

Las redes de migración aportan, además, la base para los procesos de establecimiento y formación de comunidades en el área de inmigración. Los grupos migrantes desarrollan su propia infraestructura social y económica: lugares de oración, asociaciones, tiendas, cafés, servicios profesionales como los de abogados y médicos, amén de otros servicios. Esto se vincula con la reunificación familiar: a medida que se incrementa el tiempo de estancia, los migrantes originales (sean trabajadores o refugiados) comienzan a traer a sus cónyuges e hijos o fundan nuevas familias. La gente comienza a ver sus perspectivas de vida en el nuevo país. El proceso está ligado de manera particular con la situación de los hijos de los migrantes: una vez que van a la escuela en el nuevo país aprenden el idioma, forman relaciones de grupo entre iguales y desarrollan identidades biculturales o transculturales, con lo que se hace cada vez más difícil que los padres regresen a sus territorios.

En años recientes, las “mesoestructuras”, situadas en medio de las anteriores, han ejercido una atracción creciente para los investigadores. Algunos individuos, grupos o instituciones pueden adoptar el papel de mediadores entre los migrantes y las instituciones políticas y económicas. Surge una “industria de la migración” que consiste en organizaciones de reclutamiento, abogados, agentes, contrabandistas y otros intermediarios (Harris, 1996: 132-136). Esas personas pueden ser tanto apoyos como explotadores de los migrantes. En especial en situaciones de migración ilegal o exceso en la oferta de migrantes potenciales,

puede sobresalir el papel explotador: muchos migrantes se han visto despojados de sus ahorros para encontrarse a la deriva, sin trabajo o recursos en un país extraño. El surgimiento de una industria de la migración con fuerte interés en la continuidad de la migración ha confundido a menudo los esfuerzos del gobierno por controlar o detener los traslados.

Las macro, meso y microestructuras están interrelacionadas en el proceso migratorio y no hay claras líneas divisorias entre ellas. Ninguna causa por sí sola es suficiente para explicar por qué la gente decide dejar su país y establecerse en otro. Es esencial tratar de entender todos los aspectos del proceso migratorio planteando preguntas como las que siguen.

1. ¿Qué factores económicos, sociales, demográficos, ambientales o políticos han cambiado tanto como para que la gente sienta la necesidad de dejar su área de origen?
2. ¿Qué factores proporcionan oportunidades para los migrantes en el área de destino?
3. ¿Cómo se desarrollan redes sociales y otros vínculos entre las dos áreas, dando así a los aspirantes a migrar la información, medios de traslado y la posibilidad de ingreso?
4. ¿Qué estructuras y prácticas legales, políticas, económicas y sociales existen o surgen para regular la migración y el establecimiento?
5. ¿Cómo los migrantes se convierten en colonos (*settlers*) y por qué esto lleva a la discriminación, el conflicto y el racismo en algunos casos, pero a sociedades pluralistas o multiculturales en otros?
6. ¿Cuál es el efecto del establecimiento en la estructura social, la cultura y la identidad nacional en las sociedades receptoras?
7. ¿Por qué la emigración cambia al área de origen?
8. ¿En qué medida las migraciones llevan a nuevos vínculos entre las sociedades de origen y las receptoras?

Teoría transnacional

Este último aspecto –nuevos vínculos entre las sociedades a partir de la migración– ha sido objeto de atención en los últimos años, lo que ha llevado al surgimiento de un nuevo cuerpo teórico sobre el “transnacionalismo” y “comunidades transnacionales”. Un aspecto de la globalización es el rápido mejoramiento en las tecnologías de transporte y comunicación, lo que hace cada vez más fácil para los migrantes el conservar vínculos estrechos con sus áreas de origen. Estos desarrollos también facilitan el crecimiento de la movilidad circulatoria o repetitiva, por medio de la cual la gente migra de manera regular entre un deter-

minado número de lugares donde tienen vínculos económicos, sociales o culturales. Los debates sobre el transnacionalismo se vieron estimulados por el trabajo de Basch *et al.* (1994), quienes argumentaban que estaban surgiendo “estados-nación desterritorializados”, con consecuencias potencialmente serias para la identidad nacional y la política internacional. Portes define las actividades transnacionales como:

aquellas que se dan de manera recurrente a través de las fronteras nacionales y que requieren un compromiso de tiempo regular y significativo de parte de los participantes. Estas actividades pueden realizarse por actores relativamente poderosos como los representantes de los gobiernos nacionales y las corporaciones multinacionales o pueden iniciarse por individuos más modestos, como los inmigrantes y sus parientes y conocidos. Estas actividades no se limitan a las empresas económicas, sino que incluyen asimismo iniciativas políticas, culturales y religiosas (Portes, 1999: 464).

La noción de comunidad transnacional enfatiza la entidad humana. En el contexto de la globalización, el transnacionalismo puede ampliar las comunidades de contacto personal previamente constituidas con base en el parentesco, la vecindad o el trabajo hacia comunidades virtuales muy desarrolladas, que se comunican a distancia. Portes y sus colaboradores enfatizan la importancia de las comunidades transnacionales de negocios (sean empresas a gran escala o pequeños empresarios étnicos), pero también hacen notar la importancia de las comunidades políticas y culturales. Distinguen entre el *transnacionalismo desde arriba* –las actividades que son “conducidas por poderosos actores institucionales, como las corporaciones multinacionales y los estados”– y el *transnacionalismo desde abajo* –las actividades “que son resultado de iniciativas de base por parte de los inmigrantes y sus contrapartes en el terruño” (Portes *et al.*, 1999: 221). Las comunidades transnacionales pueden desarrollar un poder de equilibrio para oponerse al poder de las corporaciones, los gobiernos y las organizaciones intergubernamentales. Efectivamente, los vínculos informales encarnados en las redes migratorias con frecuencia debilitan las políticas migratorias oficiales que ignoran los intereses de los migrantes.

El término *transmigrante* puede utilizarse para identificar a la gente cuya existencia se ve moldeada por la participación en las comunidades transnacionales basadas en la migración (Glick-Schiller, 1999: 203). Debe evitarse el uso excesivo del término: la mayoría de los migrantes todavía no se ajustan a ese patrón. Los migrantes laborales temporales que permanecen en el extranjero por algunos años envían dinero, se comunican con sus familias en el terruño y las visitan ocasionalmente no son transmigrantes. Tampoco lo son los migrantes

permanentes que se van para siempre y simplemente conservan un contacto laxo con su tierra. La característica definatoria clave es que las actividades transnacionales sean una parte central de la vida de la persona. Cuando esto se aplica a un grupo de personas, entonces se puede hablar de una comunidad transnacional.

Las comunidades transnacionales no son nuevas, aunque el término sí lo sea. El concepto de diáspora se remonta a viejos tiempos y fue utilizado para los pueblos desplazados o dispersados por la fuerza (*v.gr.*, los judíos, los esclavos africanos en el Nuevo Mundo). También se aplicó a ciertos grupos de mercaderes como los griegos en Asia occidental y África, o los mercaderes árabes que llevaron el Islam al sudeste asiático, así como a los migrantes laborales (hindúes en el Imperio británico, lo italiano desde la década de 1860) (Cohen, 1997; Van Hear, 1998). El término diáspora con frecuencia tiene importantes connotaciones emotivas, mientras que la noción de comunidad transnacional es más neutral. El factor nuevo es la rápida proliferación de las comunidades transnacionales bajo las condiciones de la globalización (Vertovec, 1999: 447). Es probable que el transnacionalismo continúe creciendo y las comunidades transnacionales se conviertan en una forma cada vez más importante de organizar actividades, relaciones y la identidad para una cantidad creciente de personas con filiación en dos o más países.

De la migración al establecimiento

Si bien cada movimiento migratorio tiene patrones históricos específicos, es posible generalizar sobre la dinámica social de sus procesos. Es necesario, no obstante, diferenciar entre la migración motivada por cuestiones económicas y la migración forzada. La mayor parte de las migraciones económicas comienzan con personas jóvenes económicamente activas. Con frecuencia son “devengadores con un objetivo” que quieren ahorrar suficiente dinero en una economía con más altos sueldos, para mejorar sus condiciones en el terruño al comprar tierras, construir una casa, establecer un negocio, pagar la educación o una dote. Tras un periodo en el país receptor, algunos de estos “migrantes primarios” regresan al terruño, pero otros prolongan su estancia o regresan y emigran nuevamente. Esto puede deberse al éxito relativo presente cuando los migrantes encuentran que las condiciones de vida y de trabajo en el nuevo país son mejores que en el terruño. Pero también puede ser por el fracaso relativo que se da cuando es imposible para los migrantes ahorrar lo suficiente para cumplir sus propósitos, por lo que necesitan una estancia más prolongada. A medida que pasa el tiempo, muchos de los migrantes que antes se consideraban temporales hacen venir a sus esposas o encuentran pareja en el nuevo país. Con

el nacimiento de los hijos, el establecimiento se vuelve de un carácter más definitivo.

Esta poderosa dinámica interna del proceso migratorio con frecuencia hace que se confundan las expectativas de los participantes y torna vulnerables los objetivos de los diseñadores de política, tanto en los países de origen como en los de llegada. En muchas migraciones no hay una intención inicial de reunificación familiar y establecimiento definitivo. Empero, cuando los gobiernos intentan detener los flujos –por ejemplo a raíz de una disminución en la demanda de mano de obra– pueden encontrarse con que ese movimiento se sostiene por sí mismo. Lo que comenzara como un flujo laboral temporal se transforma en un flujo de reunificación familiar, de migración indocumentada o incluso de solicitantes de asilo. Esto es consecuencia de la maduración del movimiento migratorio y de los migrantes mismos a medida que pasan por su ciclo de vida. Puede ser también porque la dependencia de los trabajadores migrantes se ha convertido en ciertos sectores en una característica estructural de la economía.

El hecho de que quienes diseñan las políticas y los analistas no hayan logrado ver la migración internacional como un proceso social dinámico, ha sido el origen de muchos problemas políticos y sociales. La razón de esta falta de visión, con frecuencia tiene su origen en que se centran sólo en modelos económicos de la migración, los que, de manera errada, afirman que la migración es una respuesta individual a factores del mercado. Esto ha llevado a la creencia de que la migración puede abrirse o cerrarse como si fuera un grifo, al cambiar las condiciones de las políticas que influyen en los costos y beneficios para la movilidad de los migrantes. La migración puede continuar debido a factores sociales, aun cuando los económicos que iniciaron el movimiento, se hayan transformado por completo.

Esos desarrollos se ilustran de manera adecuada por la experiencia del occidente de Europa de los movimientos del tipo de “trabajadores huéspedes” desde la cuenca del Mediterráneo, a partir de 1945 y hasta 1973. Otras situaciones en las que los factores sociales han conducido a resultados inesperados, incluyen las migraciones desde las antiguas colonias hacia Gran Bretaña, Francia y Holanda, amén de la que se da desde Europa, América Latina y Asia a Estados Unidos, Australia y Canadá (véase capítulo 3). Una lección del último medio siglo es que para los países con derechos democráticos y fuertes sistemas legales es extremadamente difícil evitar que la migración se convierta en establecimiento. La situación es un tanto diferente para los países que reclutan mano de obra y que carecen de garantías efectivas para los derechos humanos, como en los estados del golfo Pérsico o algunos países del este y el sudeste asiáticos. Hay una dinámica social del proceso migratorio pero las restricciones de los

países receptores pueden obstaculizar la reunificación familiar o el establecimiento permanente (capítulos 5 y 6).

Las dinámicas son diferentes en el caso de los refugiados y los solicitantes de asilo, quienes dejan sus países porque la persecución, la violación de los derechos humanos y la violencia generalizada hacen que la vida en ellos sea insostenible. La mayoría de los migrantes a la fuerza permanecen en los países vecinos de primer asilo –los que con frecuencia son pobres y políticamente inestables. La migración subsecuente a países que ofrecen mejores oportunidades económicas y sociales sólo es posible para una pequeña minoría. No obstante, hay evidencia de cierta selectividad: sobre todo son quienes tienen los recursos financieros, el capital humano (especialmente la educación) y las redes sociales en los países de destino, los que tienen capacidad de migrar subsecuentemente (Zolberg y Benda, 2001). Esta migración posterior está motivada tanto por el imperativo de dejar un país de origen en el que peligra la vida, como por la esperanza de construir una vida mejor en otro lugar. Los intentos de los diseñadores de políticas por hacer claras distinciones entre los migrantes con motivaciones económicas y los migrantes a la fuerza se ven obstaculizados por estas “motivaciones mezcladas”.

Esto ha llevado a la noción del “nexo migración-asilo” que apunta a vínculos complejos entre las diversas razones para la migración. Los migrantes laborales, los colonos permanentes y los refugiados se trasladan bajo diferentes condiciones y regímenes legales. Aun así, todos estos movimientos poblacionales son síntomas de la modernización y la globalización. El colonialismo, la industrialización y la integración en la economía mundial destruyen las formas tradicionales de producción y de las relaciones sociales; conducen a la reformulación de las naciones y estados. El subdesarrollo, el empobrecimiento, el gobierno ineficaz, el conflicto endémico y la violación de los derechos humanos están estrechamente ligados. Estas condiciones conducen tanto a la migración motivada económicamente como a la huida por motivos políticos.

La formación de minorías étnicas

Los efectos a largo plazo de la inmigración surgen en la sociedad en etapas tardías del proceso migratorio, cuando los migrantes se establecen permanentemente y forman grupos distintos. Los resultados pueden ser muy diferentes, según sean las acciones de las sociedades y los estados receptores. En un extremo, la apertura al establecimiento, la concesión de la ciudadanía y la aceptación gradual de la diversidad cultural pueden permitir que se formen *comunidades étnicas* que serán vistas como parte de una sociedad multicultural. En el otro, la negación de la realidad del establecimiento, no conceder la ciudadanía o no aceptar los dere-

chos de los colonos y el rechazo de la diversidad cultural pueden llevar a la formación de *minorías étnicas* cuya presencia se considera en amplios sectores como indeseable y generadora de divisiones. La mayoría de los países de inmigración han tendido a situarse en un punto intermedio entre estos dos extremos.

Los críticos de la inmigración consideran a las minorías étnicas como una amenaza para el bienestar público, el orden público y la identidad nacional. Aun así, éstas pueden ser de hecho creación de las mismas personas que las temen. Las minorías étnicas se pueden definir como grupos:

- a los que se les ha asignado una posición subordinada en la sociedad por parte de los grupos dominantes, sobre la base de marcas socialmente construidas desde el fenotipo (esto es, la apariencia física o “raza”), los orígenes o la cultura;
- que tienen cierto grado de conciencia colectiva (o sentimiento de ser una comunidad), basado en una creencia, un idioma, tradiciones, religión, historia y experiencias compartidos.

Una minoría étnica es, por tanto, un producto, tanto de la “heterodefinition”, como de la “autodefinition”. La *heterodefinition* significa la adscripción de características indeseables y la asignación de posiciones sociales inferiores por los grupos dominantes. La *autodefinition* se refiere a la conciencia de los miembros del grupo a una pertenencia en común sobre la base de características culturales y sociales compartidas. La fuerza relativa de estos procesos puede variar. Algunas minorías se constituyen sobre todo a partir de procesos de exclusión (a los que puede hacerse referencia como *racismo*) por parte de la mayoría. Otras se constituyen sobre la base de una conciencia cultural e histórica (o *identidad cultural*) entre sus miembros. El concepto de minoría étnica implica siempre cierto grado de marginación o exclusión, lo que lleva a situaciones de conflicto real o potencial. Es raro que la etnicidad sea un tema de importancia política cuando se trata de un simple tema de prácticas culturales de diferentes grupos.

Etnicidad

En el uso popular, la etnicidad se ve, por lo general, como un atributo de los grupos minoritarios, pero la mayoría de los científicos sociales argumentan que todo mundo tiene una etnicidad, definida como sentido de pertenencia a un grupo, basado en ideas de orígenes, historia, cultura, experiencia y valores compartidos (véase Fishman, 1985: 4; Smith, 1986: 27). Estas ideas cambian de manera lenta, lo cual da a la etnicidad durabilidad a lo largo de generaciones

e incluso siglos. Pero eso no significa que la conciencia étnica y la cultura dentro de un grupo sean homogéneas y estáticas. Cohen y Bains argumentan que la etnicidad, a diferencia de la raza, “refiere a un proceso real de individuación histórica —es decir a las prácticas lingüísticas y culturales a través de las cuales se produce y es transmitido un sentido de identidad colectiva o de «raíces», que va de una generación a otra, y *es transformado en el proceso*” (Cohen y Bains, 1988: 24-25, cursivas en el original).

Los orígenes de la etnicidad se pueden explicar de diferentes maneras. Geertz, por ejemplo, la ve como un “apego primordial” que resulta “de haber nacido en una comunidad religiosa particular, hablar un idioma particular, o incluso un dialecto de un idioma y seguir prácticas sociales particulares. Estas congruencias de sangre, habla, costumbre y demás, se ven como si tuvieran por sí mismas una capacidad de coerción inefable y a veces apabullante” (Geertz, 1963, citado en Rex, 1986: 26-27). En esta aproximación, la etnicidad no es un asunto de opción; es algo presocial, casi instintivo, en lo que se nace.

En contraste, muchos antropólogos utilizan un concepto de etnicidad “situacional”. Los miembros de un grupo específico deciden “invocar” la etnicidad como un criterio de autoidentificación en una situación en la que ésta es necesaria o útil. Lo cual explica la variabilidad de las fronteras étnicas y los cambios en su importancia en diferentes momentos. Las marcas escogidas para las fronteras también son variables y por lo general enfatizan las características culturales como el idioma, la historia, las costumbres y la religión compartidas, pero algunas veces incluyen características físicas (Wallman, 1986: 229). En esta visión no existe una diferencia esencial entre establecer fronteras sobre la base de la diferencia cultural o sobre la de la diferencia fenotípica, a la que popularmente se hace referencia como “raza”. Nosotros evitamos utilizar el término “raza” hasta donde nos es posible desde que se da un acuerdo creciente entre biólogos y científicos sociales respecto a que no hay características mensurables entre las poblaciones humanas que permitan clasificarlas en “razas”. La variación genética dentro de cualquier población es mayor que las supuestas diferencias entre diferentes poblaciones. La “raza” es por tanto una construcción social que se genera por el proceso al que nos referimos como racismo.

De manera similar, muchos sociólogos ven la identificación étnica o la movilización, como un proceder racional diseñado para maximizar el poder de un grupo en una situación de competencia de mercado. Tales teorías echan raíces en el concepto de Max Weber de “encierro social”, según el cual un grupo de estatus establece reglas y prácticas para excluir a otros, con la intención de lograr una ventaja competitiva (Weber, 1968: 342). Para Weber (como para Marx), la organización de acuerdo con “criterios afectivos” (como la religión, la

identificación étnica o la conciencia comunitaria), en el largo plazo quizás estaría supeditada a la organización de acuerdo con los intereses económicos (clase) o a la racionalidad burocrática. No obstante, el uso instrumental de estas afiliaciones podría ser racional si condujera a una movilización exitosa.

Otros sociólogos rechazan por completo el concepto de etnicidad y lo ven como “mito” o “nostalgia”, que no puede sobrevivir frente a las fuerzas racionales de la integración económica y social en las sociedades industriales de gran escala (Steinberg, 1981). No obstante, es difícil ignorar la creciente importancia de la movilización étnica, de modo que se han llevado a cabo muchos intentos por mostrar los vínculos entre etnicidad y poder. Los estudios del “avivamiento étnico” de los sociólogos estadounidenses Glazer y Moynihan (1975) y Bell (1975) enfatizan el papel instrumental de la identificación étnica: las características fenotípicas y culturales se utilizan para fortalecer la solidaridad de grupo, con la intención de luchar de manera más efectiva para obtener ventajas en el mercado, o bien una mayor recepción de los recursos provenientes del Estado. Bell ve la movilización étnica como sustituto del decreciente poder de la identificación de clase en las sociedades industriales avanzadas; la decisión de organizarse siguiendo las líneas étnicas parece una “decisión estratégica” casi arbitraria. Esto no implica que marcas como color de piel, idioma, religión, historia y costumbres compartidas no sean reales, sino que la decisión de usarlas para definir un grupo étnico no está predeterminada.

Sea que la etnicidad tenga carácter “primordial”, “situacional” o “instrumental”, es algo que no debe ocuparnos más. El punto es que lleva a la identificación con un grupo específico, pero sus marcas visibles –fenotipo, idioma, cultura, costumbres, religión, comportamiento– se pueden usar además como criterios de exclusión de parte de otros grupos. La etnicidad sólo adquiere significado social y político cuando se le vincula con procesos de establecimiento de fronteras entre los grupos dominantes y las minorías. Convertirse en minoría étnica no es resultado automático de la inmigración, sino consecuencia de mecanismos específicos de marginación que afectan a diferentes grupos de maneras diferentes.

Racismo

El racismo hacia determinados grupos se encuentra prácticamente en todos los países de inmigración. Se puede definir como el proceso por el cual los grupos sociales clasifican a otros grupos como diferentes o inferiores, sobre la base de marcas fenotípicas o culturales. Este proceso implica el uso del poder económico, social o político, que por lo general tiene el propósito de legitimar la explotación o la exclusión de un grupo definido.

El racismo significa hacer predicciones (y actuar de acuerdo con ellas) acerca del carácter de las personas, habilidades o comportamiento con base en marcas de diferencia socialmente construidas. El poder del grupo dominante se sostiene por estructuras en desarrollo (las leyes, las policías y las prácticas administrativas), las cuales excluyen o discriminan frente al grupo dominante. Este aspecto del racismo por lo general se conoce como racismo institucional o estructural. Las actitudes racistas y el comportamiento discriminatorio por parte de los miembros del grupo dominante se conocen como racismo informal. Muchos científicos sociales utilizan ahora el término “racialización” para referirse a los discursos públicos que implican que un conjunto de los problemas sociales o políticos son una consecuencia “natural” de ciertas características físicas o culturales adscritas de los grupos minoritarios. La racialización puede utilizarse para abordar la construcción social de un grupo específico como un problema o en el sentido más amplio de la “racialización de la política” o la “racialización del espacio urbano”.

En algunos países, en particular Alemania y Francia, hay resistencia a hablar de racismo. Se usan eufemismos como “hostilidad ante los extranjeros”, “etnocentrismo” o “xenofobia”. Pero el debate acerca de la etiqueta parece estéril: es más importante entender el fenómeno y sus causas. El racismo opera de formas diferentes según la historia específica de cada sociedad y los intereses del grupo dominante. En muchos casos, las supuestas diferencias biológicas no son las únicas marcas: cultura, religión, idioma u otros factores se toman como indicadores de diferencias fenotípicas. Por ejemplo, el racismo antimusulmán en Europa se basa en símbolos culturales que, sin embargo, están vinculados con marcas fenotípicas (como los rasgos árabes o africanos).

La explicación histórica para el racismo en Europa occidental y en las sociedades de asentamientos poscoloniales (como Australia) descansa en las tradiciones, ideologías y prácticas culturales que se han desarrollado a través de conflictos étnicos asociados con la construcción de la nación y la expansión colonial (cfr. Miles, 1989). Las razones del incremento reciente en el racismo descansan en cambios económicos y sociales fundamentales que cuestionan la visión optimista del progreso encarnado en el pensamiento occidental. Desde principios de la década de los setenta, la reestructuración económica y el creciente intercambio cultural internacional se han experimentado por varios sectores de la población como una amenaza directa a su forma de vida, sus condiciones sociales e identidad. Dado que estos cambios han coincidido con la llegada de nuevas minorías étnicas, la tendencia ha sido percibir a los recién llegados como causa de los cambios amenazadores: interpretación estimulada con gusto no sólo por la extrema derecha, sino también por los políticos de las corrientes dominantes.

Por otra parte los cambios reales que amenazaban perjudicar secciones de la población también disminuyeron el movimiento laboral y la cultura de clase obrera, que puede, de otra forma, haber proporcionado algunas medidas de protección. La decadencia de los partidos laborales y los gremios de obreros de los sistemas comunicativos locales han creado el espacio social para que el racismo se vuelva más virulento (Wieviorka, 1995; Vasta y Castles, 1996). No pretendemos ser originales con respecto a esta definición y discusión del racismo. Nuestra discusión está orientada por los actuales debates sociológicos, los que han generado un gran cuerpo de literatura. Véase, por ejemplo, CCCS (1982); Rex y Mason (1986); Cohen y Bains (1988); Miles (1989); Wieviorka (1991, 1992); Solomos (1993); Goldberg y Solomos (2002). No hay unanimidad entre los científicos sociales acerca de la definición y la explicación correctas del racismo, pero no tenemos espacio aquí para una discusión más detallada de estos asuntos.

Etnicidad, clase, género y ciclo de vida

Las divisiones raciales y étnicas son nada más un aspecto de la diferenciación social. Otros incluyen la clase social, el género y la posición en el ciclo de vida. Ninguna de estas distinciones puede reducirse a cualquier otra, a pesar de que se cruzan e interactúan en forma constante, afectando las oportunidades vitales, los estilos de vida, la conciencia cultural y social. Los grupos inmigrantes y las minorías étnicas son, simplemente, tan heterogéneos como el resto de la población. El migrante es un sujeto con género, incorporado en una amplia gama de relaciones sociales.

En los primeras etapas de la movilidad laboral internacional posterior a 1945, el nexo vital parecía ser el existente entre la migración y la clase. La migración era analizada en términos de los intereses de diversos sectores del trabajo y el capital (Castles y Kosack, 1985) o bien de la incorporación de diferentes tipos de trabajadores en mercados laborales segmentados (Piore, 1979). La migración internacional sigue siendo un factor importante que ayuda a conformar los patrones del mercado laboral y las relaciones de clase (véase capítulo 8). Empero, hay una conciencia en desarrollo de los vínculos críticos entre clase, etnicidad y género.

Incluso, en las etapas iniciales, el papel de la mujer para mantener a las familias y reproducir los trabajadores en el país de origen era crítico para los beneficios económicos de la migración laboral. Además, una gran proporción de los trabajadores migrantes eran femeninos. Como señala Phizacklea (1983: 5), es muy fácil adscribir inferioridad a las trabajadoras migrantes sólo porque sus papeles primarios en las sociedades patriarcales se definían como esposa y madre,

dependientes de un sostén masculino. Por ello se les podían pagar sueldos más bajos y ser controladas con más facilidad que a los hombres. Desde los años setenta la reestructuración y el desempleo han hecho que para algunas minorías el empleo pleno sea más la excepción que la regla. Las altas tasas de desempleo entre la juventud de las minorías étnicas ha significado que “ellos no sean los desempleados, sino los nunca empleados” (Sivanandan, 1982: 49). Los miembros de las minorías étnicas han experimentado el racismo por parte de algunos trabajadores blancos, por tanto, encuentran difícil definir su conciencia política en términos de conciencia de clase.

La experiencia de trabajo de las mujeres migrantes con frecuencia es diferente a la de los hombres. Tienden a estar sobrerrepresentadas en las ocupaciones menos deseables, como el trabajo repetitivo en las fábricas y en las posiciones que requieren poca capacitación en los sectores de personal y servicios comunitarios. Sin embargo, en años recientes se ha dado cierta movilidad hacia trabajos burocráticos, en parte a consecuencia de la disminución de la manufactura. El empleo profesional con frecuencia se vincula con los papeles tradicionales de cuidado de los demás. Las mujeres de las minorías han experimentado la casualización del empleo e incremento en el desempleo (lo que a menudo no aparece en las estadísticas dada su condición de “dependientes”).

Se han desarrollado complejos patrones de división del trabajo siguiendo las líneas étnicas y de género (Waldinger *et al.*, 1990). En un estudio de la industria del vestido en los países europeos, Phizacklea (1990: 72-93) argumentaba que esta industria era capaz de sobrevivir a pesar de la nueva división global del trabajo, por medio del desarrollo de “redes de subcontratación”: grandes compañías de venta al detalle eran capaces de presionar para que bajaran los precios las pequeñas firmas controladas por los empresarios étnicos masculinos, dado que su posición en el mercado estaba limitada por la discriminación racial. Estos empresarios podían a su vez utilizar las relaciones de poder patriarcal y la vulnerable posición legal de las mujeres inmigrantes, para poner en práctica en los talleres y el detallado, el pago de sueldos extremadamente bajos, además de malas condiciones de trabajo. Collins *et al.* (1995: 180-181) presentan una imagen similar en Australia de los vínculos entre la racialización y el género en los pequeños negocios étnicos.

El racismo, el sexismo y el dominio de clase son tres formas específicas de “normalización y exclusión sociales”, intrínsecas al capitalismo y la modernidad que se han desarrollado en estrecha relación recíproca (Balibar, 1991: 49). Tanto el racismo como el sexismo implican predecir el comportamiento social sobre la base de características biológicas o culturales supuestamente fijas. Según Essed, el racismo y el sexismo “se intercalan y combinan estrechamente bajo

ciertas condiciones para volverse un fenómeno híbrido. Por tanto, es útil hablar de *racismo sexuado* para referirse a la opresión racista de las mujeres negras, según se estructura en las percepciones racistas y etnicistas de los roles de género (Essed, 1991: 31, cursivas en el original).

Anthias y Yuval-Davis (1989) analizan los vínculos entre las relaciones de género y la construcción de la nación y la comunidad étnica. Las mujeres no son nada más las reproductoras biológicas de un grupo étnico, sino también las “portadoras culturales” que juegan el papel clave en la transmisión del idioma y los símbolos culturales a la juventud (véase también Vasta, 1990, 1992). En los discursos nacionalistas las mujeres sirven como encarnación simbólica de la unidad nacional y el rango de distinción. Nutren y apoyan a los guerreros-ciudadanos (varones). En la derrota y el sufrimiento, la nación es representada como una mujer en peligro. Ese simbolismo legitima la inferioridad política de las mujeres: encarnan a la nación mientras que los hombres la representan política y militarmente (Lutz *et al.*, 1995).

El papel del género en el enclaustramiento étnico se hace evidente en las reglas de inmigración, que aún con frecuencia tratan a los hombres como los principales inmigrantes, mientras que a las mujeres y a los niños se les considera meros “dependientes”. Gran Bretaña ha utilizado medidas que distinguen por género para limitar el crecimiento de la población negra. En los años setenta, las mujeres del subcontinente hindú que llegaban a reunirse con sus esposos o novios eran sujetas a “pruebas de virginidad” en el aeropuerto de Heathrow. Las autoridades evitaron además que las mujeres afrocaribeñas y asiáticas ingresaran a sus maridos, con el argumento de que el “lugar natural de residencia” de la familia sería el domicilio del marido (Klug, 1989: 27-29). En muchos países, las mujeres que entran como dependientes no tienen derecho a la residencia por sí mismas y pueden enfrentar la deportación si se divorcian.

Las etapas del ciclo de vida –niñez, juventud, madurez, edad avanzada y ancianidad– también son determinantes significativas de las posiciones económica y social, la cultura y la conciencia. Con frecuencia existe un abismo entre las experiencias de la generación migrante y las de sus hijos, quienes crecieron y fueron a la escuela en el nuevo país. La juventud de las minorías étnicas puede hacerse consciente de la contradicción entre las ideologías predominantes de igualdad de oportunidades y la realidad de la discriminación y el racismo en su vida cotidiana. Esto puede llevar al surgimiento de contraculturas y a la radicalización política. A su vez, esta juventud de minorías étnicas es percibida como una “bomba de tiempo social” o amenaza al orden público que debe contenerse por medio de instituciones de control social como la policía, las escuelas y las burocracias de la beneficencia (véase capítulo 9).

Cultura, identidad y comunidad

En el contexto de la globalización, la cultura, la identidad y la comunidad, con frecuencia sirven como foco de resistencia a las fuerzas centralizadoras y homogeneizadoras (Castells, 1997). Éstos se han tornado temas centrales en los debates de las nuevas minorías étnicas. En primer lugar, como se esbozó ya, la diferencia cultural sirve como una marca de las fronteras étnicas. En segundo, las culturas étnicas desempeñan un papel central en la formación de comunidades, cuando los grupos étnicos se concentran, establecen sus propios barrios marcados por el uso distintivo de los espacios privado y público. En tercero, los barrios étnicos son percibidos por algunos miembros del grupo mayoritario como la confirmación de sus temores a “la invasión de los extranjeros”. Las comunidades étnicas son vistas como una amenaza a la cultura dominante y a la identidad nacional. En cuarto lugar, los grupos dominantes pueden ver a las culturas migrantes como primordiales, estáticas y regresivas. La conservación lingüística y cultural se considera prueba de la incapacidad para adaptarse a una sociedad industrial avanzada. Quienes no se asimilan “son culpables por sí solos” de sus posiciones marginadas.

Para las minorías étnicas, la cultura desempeña un papel clave como fuente de identidad, foco de resistencia a la exclusión y la discriminación. La referencia a la cultura de origen ayuda a la gente a mantener la autoestima en una situación en la que sus capacidades y experiencias se ven minusvaloradas. Pero una cultura estática, primordial, no puede cumplir esta tarea, ya que no proporciona orientación en un ambiente hostil. La naturaleza dinámica de la cultura descansa en su capacidad de vincular la historia y las tradiciones de un grupo con la situación real en el proceso migratorio. Las culturas migrantes o minoritarias son recreadas constantemente sobre la base de las necesidades y experiencias del grupo y su interacción con el ambiente social real (Schierup y Ålund, 1987; Vasta *et al.*, 1992). Una regresión aparente, por ejemplo hacia el fundamentalismo religioso, puede ser precisamente el resultado de una forma de modernización que se ha experimentado como discriminatoria, explotadora o destructora de la identidad.

Es necesario, por lo tanto, entender el desarrollo de las culturas étnicas, la estabilización de las identidades personales y de grupo y la formación de comunidades étnicas como facetas de un solo proceso. Éste no se encuentra autocontenido: depende de una constante interacción con el Estado, las diversas instituciones y grupos en el país de inmigración, al igual que con la sociedad del país de origen. Los inmigrantes y sus descendientes no tienen una identidad étnica estática, cerrada y homogénea, sino que poseen, en cambio, *identidades múltiples*, influidas por una variedad de factores culturales, sociales y de otros tipos.

El concepto de *cultura e identidad nacionales* se ha vuelto dudoso. La creciente integración económica y cultural lleva a una homogeneización y fragmentación simultáneas de la cultura. A medida que las compañías multinacionales se apoderan de los artefactos de las culturas locales y los reempacan, es posible consumir toda clase de productos culturales en el lugar que sea, pero al mismo tiempo éstos pierden su significado como símbolos de identidad grupal. Las culturas nacionales o étnicas pierden su carácter distintivo y se convierten en una celebración más del dominio cultural del aparato industrial internacional. De ahí la constante búsqueda de nuevas subculturas, estilos y fuentes de identidad, en particular de parte de la juventud.

Gilroy ve el foco de esta recreación de la cultura en los movimientos sociales de las comunidades locales, asimismo en las subculturas juveniles. Argumento que los legados de las luchas anticoloniales se han reformulado en Gran Bretaña en la reproducción de las clases y "razas" que se convierten en cultura juvenil:

Las instituciones que crean templos, iglesias, clubes, cafés y tipos de baile, confunden cualquier idea eurocéntrica de dónde ha de trazarse la línea que divide a la política y la cultura. La distinción entre las esferas pública y privada atraviesa la vida de sus hogares y comunidades de manera similar. La solidaridad tradicional media entre las instituciones y las adapta al sistema político británico frente al cual ésta se define (Gilroy, 1987: 37).

La cultura se politiza cada vez más en todos los países de inmigración. A medida que las ideas de superioridad racial pierden su fuerza ideológica, las prácticas de exclusión contra las minorías se enfocan cada vez más en los temas de la diferencia cultural. Al mismo tiempo, la política de resistencia de las minorías cristaliza más y más en torno a los símbolos culturales. No obstante, estos símbolos se basan sólo parcialmente en formas importadas de etnicidad: su principal poder como definidores de la comunidad y la identidad, proviene de la incorporación de nuevas experiencias de grupos étnicos minoritarios en el país de inmigración.

Estado y nación

Las migraciones a gran escala y la creciente diversidad pueden tener efectos importantes en las instituciones políticas y la identidad nacional. En el mundo contemporáneo, los estados-nación (de los que hay unos 200) constituyen la forma predominante de organización política. Derivan su legitimidad de su declaración de representar las aspiraciones de su pueblo (o ciudadanos). Esto im-

plica dos afirmaciones más: que el consenso cultural de fondo permite el acuerdo sobre los valores o intereses del pueblo y que hay un proceso democrático para que se exprese la voluntad de los ciudadanos. Tales afirmaciones con frecuencia son lemas vacíos, ya que la mayoría de los países están marcados por la heterogeneidad basada en la etnicidad, la clase y otras divisiones. Sólo una minoría de países utiliza mecanismos democráticos de manera consistente para resolver los conflictos de valores e intereses. No obstante, el Estado-nación democrático se ha convertido en la norma global.

La inmigración de personas culturalmente diversas enfrenta a los estados-nación con un dilema: la incorporación de los recién llegados como ciudadanos puede minar los mitos de la homogeneidad cultural; pero el no incorporarlos puede llevar a sociedades divididas, señaladas por una severa desigualdad y por el conflicto. Este problema surge del carácter del Estado-nación según se desarrolló en Europa occidental y América del norte, en el contexto de la modernización, la industrialización y el colonialismo. Los estados premodernos basaban su autoridad en el poder absoluto de un monarca sobre un territorio específico. Dentro de esta área, la población está sujeta al monarca (en vez de ser ciudadanos). No había un concepto de cultura nacional que trascendiera el abismo entre gobernantes aristocráticos y campesinos. El moderno Estado-nación, en contraste, implica un estrecho vínculo entre la pertenencia cultural y la identidad política (Castles y Davidson, 2000).

Un Estado, según Seton-Watson (1977: 1), “es una organización legal y política con poder para exigir obediencia y lealtad a sus ciudadanos”. Regula las relaciones económicas, políticas y sociales en un territorio delimitado. La mayoría de los estados-nación está formalmente definida por una constitución y leyes, de acuerdo con las cuales todo el poder deriva del pueblo (o la nación). Por lo tanto, es esencial definir quién pertenece al pueblo. La membresía está marcada por el estatus de ciudadanía, que establece derechos y obligaciones. Los no ciudadanos quedan excluidos de al menos algunos de éstos. La ciudadanía es el vínculo esencial entre el Estado y la nación y obtener la ciudadanía es de vital importancia para los recién llegados a un país.

Seton-Watson describe la nación como “una comunidad de personas, cuyos miembros están ligados por un sentido de solidaridad, una cultura común y una conciencia nacional” (Seton-Watson, 1977: 1). Estos fenómenos esencialmente subjetivos son difíciles de medir. Además, no queda claro cómo difiere la nación respecto a un grupo étnico, que se define de manera muy similar (véase arriba). Anderson aporta una respuesta con la definición de la nación: “es una comunidad política imaginada –e imaginada a la vez como inherentemente limitada y soberana” (Anderson, 1983: 15). Este concepto apunta al carácter político de la nación y sus vínculos con un territorio específico: un grupo

étnico que logra soberanía en un territorio delimitado se convierte en una nación y establece un Estado-nación. De acuerdo con Smith (1991: 14): “una nación puede... definirse como una población humana con nombre que comparte un territorio histórico, mitos y memorias históricas comunes, una masa, cultura pública, una economía común y derechos y deberes legales comunes para todos sus miembros”.

Anderson (1983) considera al Estado-nación como un fenómeno moderno que nace al mismo tiempo que la Constitución estadounidense de 1787. Gellner (1983) argumenta que las naciones no podían existir en las sociedades premodernas debido a la brecha entre las élites y los campesinos, mientras que las modernas sociedades industriales requieren homogeneidad cultural para funcionar y, por tanto, generar las ideologías necesarias para crear las naciones. No obstante, Seton-Watson (1977) y Smith (1986) afirman que la nación es de mucha mayor antigüedad y se remonta a las antiguas civilizaciones de Asia oriental, el Medio Oriente y Europa. Estos autores parecen estar de acuerdo en que la nación es esencialmente un sistema de creencias basado en nexos culturales y sentimientos, que otorgan un sentido de identidad y pertenencia que se pueden pensar como conciencia nacional.

El vínculo de la conciencia nacional con el principio de la democracia es específico del moderno Estado-nación: toda persona que sea calificada como miembro de la comunidad nacional tiene un derecho similar en la formulación de la voluntad política. Este vínculo de la nacionalidad y la ciudadanía es profundamente contradictorio. En la teoría liberal se propone que todos los ciudadanos son personas libres e iguales a las que se trata de manera homogénea dentro de la esfera política. Lo anterior necesita de una separación entre los derechos y las obligaciones políticos de una persona y la membresía de grupos específicos basada en la etnicidad, la religión, la clase social o la situación regional. La esfera política se caracteriza por el universalismo, lo que significa hacer abstracción de la particularidad y la diferencia culturales. La diversidad ha de restringirse a la “identidad no pública” (Rawls, 1985: 232-241).

Esto entra en conflicto con la realidad de la formación del Estado-nación, donde, no obstante, ser ciudadano depende de la membresía en una cierta comunidad nacional, basada por lo general en el grupo étnico dominante del territorio al que se hace mención. Por ello, un ciudadano es también siempre un miembro de una nación, un nacional. Las ideologías nacionalistas exigen que el grupo étnico, la nación y el Estado sean facetas de la misma comunidad y tengan los mismos límites: todo grupo étnico habría de constituirse como nación y debería tener su propio Estado, con los atavíos del caso: bandera, ejército, equipo olímpico y sellos postales. De hecho, tal congruencia rara vez se ha

logrado: el nacionalismo ha sido siempre una ideología que intenta lograr esa condición en vez de ser el estado real de las cosas.

La construcción de los estados-nación ha involucrado la extensión espacial del poder del Estado y la incorporación territorial de los que hasta ese momento eran grupos étnicos distintos. Con el tiempo, éstos pueden unirse o no en una sola nación. Los intentos por consolidar el Estado-nación pueden significar, para los grupos minoritarios, la exclusión, la asimilación o incluso el genocidio. Es posible conservar grupos relativamente pequeños en situaciones de subyugación y exclusión permanentes en relación con la “comunidad imaginada”. Esto se ha aplicado por ejemplo a los judíos y gitanos en diversos países europeos, a los pueblos indígenas en las colonias y a los descendientes de los esclavos y trabajadores por contrato en algunas áreas de colonización europea. La dominación política y la exclusión cultural resultan mucho más difíciles si la nación subyugada conserva una base territorial, como los escoceses, galeses e irlandeses en el Reino Unido y los vascos en España.

La experiencia de las “minorías históricas” ha contribuido a moldear las estructuras y las actitudes que afectan las condiciones de los nuevos grupos inmigrantes. El difundido miedo a los *ghetos* o “enclaves étnicos” indica que las minorías parecen más amenazantes cuando se concentran en áreas específicas. Para los nacionalistas, un grupo étnico es una nación potencial que (todavía) no controla territorio alguno o que no tiene su propio Estado. La mayoría de los estados modernos han hecho esfuerzos conscientes por lograr la integración cultural y política de las minorías. Tales mecanismos incluyen la ciudadanía misma, las instituciones políticas centralizadas, la propagación de las lenguas nacionales, los sistemas de educación universal y la creación de instituciones nacionales como el ejército o una Iglesia establecida (Schnapper, 1991, 1994). En todas partes el problema es similar, se trate de minorías “viejas” o “nuevas”: ¿cómo puede definirse una nación si no es en términos de una identidad étnica compartida (y única)?, ¿cómo han de establecerse los valores y normas de comportamiento si hay una pluralidad de culturas y tradiciones?

Tratar la diversidad se ha hecho aún más difícil en la era de la globalización. En los estados-nación del siglo XIX y principios del XX, la política, la economía, las relaciones sociales y la cultura estaban organizadas todas dentro de las mismas fronteras. Incluso los movimientos a favor del cambio, como el movimiento laboral o los partidos de izquierda, basaban sus estrategias en el Estado-nación. La globalización ha desestabilizado este modelo. La dinámica de la vida económica trasciende ahora las fronteras y se ha hecho cada vez menos controlable para los gobiernos nacionales. La desindustrialización de las antiguas naciones industriales ha llevado a profundos cambios sociales. El Estado-

nación todavía es la unidad básica para la defensa, el orden público y el bienestar, pero su espacio para la acción autónoma se ha reducido severamente. Ningún gobierno puede establecer políticas que ignoren los imperativos de los mercados globales. El nexo entre el poder y las fronteras nacionales está disminuyendo.

Ciudadanía

Los estados de los países de inmigración han tenido que establecer una gama de políticas e instituciones para responder a los problemas de una creciente diversidad étnica (véase Aleinikoff y Klusmeyer, 2000, 2001). Éstos se relacionan con ciertos temas centrales: definir quién es ciudadano, cómo los recién llegados pueden convertirse en ciudadanos y qué significa la ciudadanía. En principio, el Estado-nación permite sólo una membresía única, pero los inmigrantes y sus descendientes tienen relación con más de un Estado. Pueden ser ciudadanos de uno o dos estados y vivir en otro. Estas situaciones pueden conducir a "lealtades divididas" y debilitar la homogeneidad cultural que establece el ideal nacionalista. De ahí que el establecimiento a gran escala lleve inevitablemente a un debate sobre la ciudadanía.

La ciudadanía designa igualdad de derechos para todos los ciudadanos dentro de la comunidad política, al igual que el correspondiente conjunto de instituciones que garantizan estos derechos (Bauböck, 1991: 28). Sin embargo, la igualdad formal raramente conlleva igualdad en la práctica. Por ejemplo, la ciudadanía siempre ha significado algo diferente para los hombres y para las mujeres, debido a que el concepto de ciudadano se fundamenta en el padre de familia, un varón que representa a su mujer y a sus hijos (Anthias y Yuval-Davis, 1989). El ciudadano por lo general ha sido definido en términos de las culturas, valores e intereses del grupo étnico mayoritario. Al final de cuentas, explícita o implícitamente, con frecuencia ha sido concebido en términos de clase, de manera que obtener derechos reales de participación para los miembros de la clase trabajadora ha sido una de las tareas históricas centrales del movimiento laboral. La historia de la ciudadanía, por tanto, es la de los conflictos respecto al contenido real de la categoría en términos de los derechos civiles, políticos y sociales (Marshall, 1964).

No obstante, la primera preocupación para los inmigrantes no es el contenido exacto de la ciudadanía, sino de qué manera obtenerla, con objeto de lograr un estatus legal que les conceda igualdad formal con los otros residentes. Este acceso ha variado considerablemente en diferentes países según el concepto prevaleciente de nación. Podemos distinguir los siguientes tipos ideales de ciudadanía.

1. El modelo imperial: define la pertenencia a la nación en términos de ser un súbdito del mismo poder o gobernante. Esta noción es anterior a las revoluciones francesa y americana. Permitió la integración de diversos pueblos de imperios multiétnicos (el británico, el austrohúngaro y el otomano). Este modelo siguió funcionando formalmente en Gran Bretaña hasta el Acta de la Nacionalidad de 1981, la que creaba por primera vez un tipo moderno de ciudadanía. También tuvo cierta validez para la antigua Unión Soviética. El concepto casi siempre tiene un carácter ideológico, en la medida que ayuda a ocultar el dominio real de un grupo étnico o nación particular sobre los demás pueblos que pertenecen al conjunto de los súbditos.
2. El modelo *folk* o étnico: define la pertenencia a la nación en términos de etnicidad (ascendencia, idioma y cultura comunes), lo que implica la exclusión de las minorías del ámbito de la ciudadanía y de la comunidad de la nación (Alemania estuvo cerca de este modelo hasta la introducción de las nuevas reglas de ciudadanía en 2000).
3. El modelo republicano: define la nación como una comunidad política, basada en una constitución, leyes y ciudadanía, con la posibilidad de admitir a los recién llegados a la comunidad, suponiendo que se adhieran a las reglas políticas y que deseen adoptar la cultura nacional. Esta aproximación asimilacionista data de las revoluciones francesa y americana. Francia es el ejemplo actual más evidente.
4. El modelo multicultural: define la nación como una comunidad política que se fundamenta en una constitución, leyes y ciudadanía, con la posibilidad de admitir en la comunidad a los recién llegados, mismos que pueden conservar diferencias culturales y formar comunidades étnicas bajo la premisa de que se adhieran a las reglas políticas. Esta aproximación pluralista o multicultural se tornó dominante en los años setenta y ochenta en Australia, Canadá y Suecia y también fue influyente en otros países de occidente. No obstante, en muchos lugares se dio una tendencia a alejarse del multiculturalismo durante los noventa.

Todos estos tipos ideales tienen un factor en común: están fundamentados en ciudadanos que pertenecen a un solo Estado-nación. El establecimiento de migrantes es visto como un proceso de transferencia de una lealtad primaria del Estado de origen al nuevo Estado de residencia. Este proceso, que puede ser de larga duración e incluso abarcar generaciones, está marcado simbólicamente por la naturalización y la adquisición de la ciudadanía del nuevo Estado. La teoría transnacional (véase arriba) afirma que esto ya no se aplica para grupos cada vez mayores de migrantes que forman comunidades transnacionales y mantienen fuertes filiaciones a través de las fronteras

–posiblemente a lo largo de generaciones. Esto se ve como desafío a los modelos tradicionales de la identidad nacional. De ahí que parezca surgir un tipo ideal adicional de ciudadanía.

5. El modelo transnacional: las identidades sociales y culturales trascienden las fronteras nacionales y conducen a formas múltiples y diferenciadas de pertenencia. El transnacionalismo podría tener importantes consecuencias futuras para las instituciones democráticas y la pertenencia política. Esto se corresponde con el hecho de que, a través de la globalización, una gran parte del poder político y económico se traslada a las corporaciones transnacionales y a las agencias internacionales, las que en la actualidad no están abiertas al control democrático (Castles y Davidson, 2000). La supervivencia de la democracia puede depender de encontrar formas de inclusión de personas con identidades múltiples en una gama de comunidades políticas. También significa asegurar la participación ciudadana en nuevos lugares de poder, sea en los ámbitos supranacionales o subnacionales, públicos o privados.

El grado en que se aplican estos modelos en países específicos se discutirá con mayor detalle en el capítulo 9. De hecho, no son aceptados universalmente, ni son estáticos, incluso dentro de un mismo país (Bauböck y Rundell, 1998: 1273). Además, la distinción entre ciudadanos y quienes no lo son se torna cada vez menos tajante. Los inmigrantes que durante muchos años han residido legalmente en un país, con frecuencia pueden obtener un estatus especial equivalente a la “casi-ciudadanía”. Esto puede conferirles derechos como un estatus residencial seguro, derecho al trabajo, a la búsqueda de empleo y a establecer negocios, posibilidad de acceso a los beneficios de la seguridad social, los servicios de salud, a la educación y la capacitación, derechos políticos limitados, como los de asociación y de asamblea. En algunos países los residentes extranjeros de larga data tienen derecho al voto en las elecciones locales. Estos arreglos generan una nueva condición legal que es más que la de un extranjero, pero menos que la de un ciudadano. Hammar (1990: 15-23) ha sugerido el término *denizen* para “quienes son ciudadanos extranjeros con un estatus legal y permanente como residente”. Esto se aplica a millones de residentes extranjeros de larga data en Europa occidental, de hecho, muchos de ellos nacieron en sus países de residencia.

Un elemento más del surgimiento de la casi-ciudadanía es el desarrollo de parámetros internacionales de derechos humanos, según los han establecido organismos como las Naciones Unidas, la ILO y la Organización Mundial de Co-

mercio (OMC). Toda una gama de derechos civiles y sociales están garantizados por igual para los ciudadanos y quienes no lo son en los estados que adoptan estas normas internacionales (Soysal, 1994). No obstante, la protección legal que proporcionan las convenciones internacionales puede ser deficiente cuando los estados no incorporan las normas en sus códigos nacionales, a pesar de que ratifican las convenciones.

La UE aporta el ejemplo de mayor alcance para la ciudadanía transnacional. El Tratado de Maastricht de 1991 estableció la noción legal de ciudadanía de la Unión Europea, que incluye los siguientes derechos individuales:

- libertad de movimiento y residencia en el territorio de los estados miembros;
- derecho a votar y ser votados en el Estado de residencia, en elecciones locales y las del parlamento europeo;
- derecho a la protección diplomática en un tercer país, por parte de los funcionarios consulares de cualquier Estado de la UE;
- derecho de petición ante el parlamento europeo y la posibilidad de apelar ante un *ombudsman* (Martiniello, 1994: 31).

Empero, los ciudadanos de la UE que viven en otro Estado miembro, no tienen derecho a votar en las elecciones para el parlamento nacional de ese Estado. Las personas que dependen de la seguridad social no tienen derecho a establecerse en otro país miembro; y el acceso al empleo público todavía se restringe, con frecuencia, a los nacionales (Martiniello, 1994: 41). Por lo pronto, parece más adecuado tratar a la ciudadanía de la UE como un caso de casi-ciudadanía. Su carácter limitado se hace aún más claro por el hecho de que un “pasaporte de la UE” es todavía legalmente un pasaporte de uno de los países miembros. Hasta el momento, la ciudadanía de la UE no ha hecho cosa alguna en favor de la mayoría de los inmigrantes que provienen de fuera de la UE. Sin embargo, el proceso de integración europea continúa: el Tratado de Ámsterdam de 1997 (artículo 63), establece la competencia de la comunidad en las áreas de la migración y el asilo, y traza los principios para una política común por parte de la reunión del Consejo Europeo en Tampere durante 1999. La nueva política –que se planea entre en vigor en el año 2004– puede significar criterios comunes de ingreso para los inmigrantes y refugiados y libertad de movimiento dentro de la UE para los nacionales de terceros países que residan legalmente.

La pregunta a largo plazo es si los estados democráticos podrán operar exitosamente con una población que se diferencia en ciudadanos plenos, casi ciudadanos y extranjeros. El principio central del Estado democrático es que

todos los miembros de la sociedad civil han de incorporarse en la comunidad política. Esto significa darles plena ciudadanía a todos los residentes permanentes. Es probable que las migraciones continúen y que exista un número creciente de personas con filiaciones a más de una sociedad. La ciudadanía doble o múltiple se dará cada vez con mayor frecuencia. De hecho, casi todos los países de inmigración han cambiado sus reglas de ciudadanía en los últimos 40 o 50 años, algunos de ellos varias veces. Cada vez es mayor el número de países que acepta la doble ciudadanía (al menos en cierto grado). Un foco importante de la reforma es la introducción de medidas para integrar a la segunda generación en la comunidad política, a través de la ciudadanía por derecho de nacimiento o a través de una naturalización más expedita (véanse Aleinikoff y Klusmeyer, 2000; Castles y Davidson, 2000: capítulo 4). La consecuencia es que el significado de la ciudadanía probablemente haya de cambiar y que el vínculo exclusivo con un Estado-nación se haga más tenue. Esto podría llevar a alguna forma de “ciudadanía transnacional”, como sugiere Bauböck (1994). Pero al mismo tiempo hace surgir la pregunta de cómo regularán los estados la inmigración si la ciudadanía se hace más universal.

Conclusión

Este capítulo se ha ocupado de algunas de las explicaciones teóricas de la migración y de la formación de minorías étnicas. Un argumento central es que la migración y el establecimiento están relacionados de manera estrecha con otros vínculos económicos, políticos y culturales que se forman entre diferentes países en un acelerado proceso de globalización. La migración internacional –en todas sus formas– se debe ver como parte integral de los desarrollos mundiales contemporáneos. Es probable que crezca en volumen en los años por venir debido a las fuertes presiones de la continua integración global.

Un segundo argumento es que el proceso migratorio tiene cierta dinámica interna que se basa en las redes sociales que lo fundamentan. Ésta puede conducir a desarrollos que no formaban parte de las intenciones de los migrantes mismos o de los estados involucrados. La consecuencia más común de un movimiento migratorio, cualquiera que sea su carácter inicial, es el establecimiento de una proporción significativa de los migrantes y la formación de comunidades o minorías étnicas en el nuevo país. De ahí el surgimiento de sociedades que son más diversas étnica y culturalmente, pero que pueden verse como resultado de inevitables decisiones iniciales de reclutar trabajadores extranjeros o permitir la inmigración.

Un tercer argumento es que cantidades crecientes de migrantes internacionales no simplemente se trasladan de una sociedad a otra, sino que conservan vínculos recurrentes y significativos en dos o más lugares. Forman comunidades transnacionales que viven a ambos lados de las fronteras. Esta tendencia se facilita por la globalización, tanto el mejoramiento del transporte y la tecnología de las comunicaciones como a través de la difusión de valores culturales globales. Las comunidades transnacionales abarcan en la actualidad sólo una minoría de los migrantes pero en el largo plazo pueden tener consecuencias enormes para la identidad social y las instituciones políticas.

El cuarto argumento tiene que ver con la naturaleza de las minorías étnicas y el proceso por el cual se forman. La mayoría de las minorías se forman por una combinación de heterodefinición y autodefinición. La heterodefinición se refiere a las diversas formas de exclusión y discriminación (o racismo). La autodefinición tiene un doble carácter. Incluye la afirmación y la recreación de la identidad étnica, centrada en los símbolos y prácticas culturales previos a la migración. Incluye, además, la movilización política en contra de la exclusión y la discriminación, echando mano de los símbolos y prácticas culturales de manera instrumental. Cuando se dan el establecimiento y la formación de la minoría étnica en momentos de crisis económica y social, pueden tornarse altamente politizadas. Los temas de la cultura, la identidad y la comunidad pueden alcanzar gran significado, no sólo para los inmigrantes, sino también para la sociedad receptora en su conjunto.

El quinto argumento se centra en la importancia de la inmigración para el Estado-nación. Parece probable que una creciente diversidad étnica contribuya a los cambios en las instituciones políticas centrales, como la ciudadanía y pueda afectar la naturaleza misma del Estado-nación.

Estas conclusiones teóricas ayudan a explicar la creciente importancia política de los temas relacionados con la migración y las minorías étnicas. Los movimientos migratorios de los últimos 50 años conllevan cambios irreversibles en muchos países. La continuación de las migraciones dará origen a nuevas transformaciones, tanto en las sociedades ya afectadas como en otros países que entran ahora en la arena de la migración internacional. Los relatos más descriptivos que siguen proporcionarán una base para la discusión posterior de estas ideas. Los capítulos 2 al 6 tratan sobre todo las primeras etapas del proceso migratorio, muestran cómo los movimientos iniciales dan lugar a cadenas migratorias y al establecimiento a largo plazo. Los capítulos 7 al 10 abordan de manera prioritaria las etapas posteriores del proceso migratorio. Se discuten ahí las maneras en que el establecimiento y la formación de minorías afectan las economías, las sociedades y los sistemas políticos de los países de inmigración.

Lecturas recomendadas

Entre los muchos trabajos recientes sobre globalización, los siguientes constituyen introducciones de utilidad: Castells (1996, 1997, 1998), Held *et al.*, (1999), Bamann (2000) y Cohen y Kennedy (2000). Dos obras recientes ofrecen visiones panorámicas de la teoría de la migración internacional: Massey *et al.*, (1998), presenta una discusión y crítica sistemáticas (basadas en dos artículos previos: Massey *et al.*, 1993 y 1994), mientras que Brettell y Hollifield (2000) incluyen capítulos que abordan las contribuciones de algunas de las principales disciplinas de las ciencias sociales para el estudio de la migración. El texto de Boyle *et al.* (1998) es un buen trabajo introductorio escrito por geógrafos. Un compendio previo, pero aún valioso, acerca de teorías de la migración, se encuentra en un número especial de *International Migration Review* (1989, 23: 3). El libro de Kritz *et al.* (1992) constituye una excelente compilación sobre teoría de los sistemas de migración. Phizacklea (1983), Morokvasic (1984) y Lutz, Phoenix y Yuval-Davis (1995) han compilado útiles volúmenes sobre la relación entre la migración y el género. Sassen (1988) aporta una perspectiva original sobre la economía política de la migración, mientras que Borjas (1990) presenta la visión neoclásica.

Goldberg y Solomos (2002) proporcionan una amplia compilación de ensayos sobre diversos aspectos de los estudios raciales y étnicos. Rex y Mason (1986) aportan exposiciones detalladas de las aproximaciones teóricas a las relaciones raciales y étnicas. Mosse (1985), Cohen y Bains (1988), Miles (1989) y Balibar y Wallerstein (1991), Wieviorka (1995) y Essed (1991) ofrecen buenos textos sobre el racismo. Anderson (1983), Gellner (1983) e Ignatieff (1994) aportan análisis estimulantes del nacionalismo, mientras que Smith (1986, 1991) discute la relación entre etnicidad y nación. Para encontrar análisis de la relación entre la migración y la ciudadanía se pueden consultar Bauböck (1991, 1994), Bauböck y Rundell (1998), Aleinikoff y Klusmeyer (2000, 2001) y Castles y Davidson (2000). Gutmann (1994), Schnapper (1994), Soysal (1994) y Kymlicka (1995) presentan diversas perspectivas sobre el mismo tema. DeWind *et al.* (1997) ofrece una compilación de artículos sobre el carácter cambiante de la incorporación de los inmigrantes a Estados Unidos. Entre las buenas introducciones al campo emergente de las comunidades transnacionales se encuentran Basch *et al.* (1994), Cohen (1997), Portes *et al.* (1999), Vertovec (1999) y Faist (2000). Van Hear (1998), discute la teoría transnacional desde la perspectiva de los movimientos de refugiados. La obra de Zolberg y Benda (2001) es muy útil para entender los vínculos entre la migración económica y los movimientos de refugiados.

Capítulo 2

Migración internacional antes de 1945

LAS MIGRACIONES posteriores a 1945 podrán ser nuevas en escala y alcance, pero los movimientos poblacionales en respuesta al crecimiento demográfico, el cambio climático, el desarrollo de la producción y el intercambio, han sido siempre parte de la historia humana. La guerra, la conquista, la formación de naciones y el surgimiento de estados e imperios han conllevado migraciones, tanto voluntarias como forzadas. La esclavitud y la deportación de gente de pueblos conquistados ha sido desde épocas tempranas una forma frecuente de migración laboral. Desde finales de la Edad Media, el desarrollo de los estados europeos y la colonización emprendida por ellos, del resto del mundo, dio un nuevo ímpetu a las migraciones internacionales de muchas clases.

En Europa occidental, “la migración fue una faceta importante y de larga duración de la vida social y de la economía política”; a partir de la década de 1650 en adelante, jugó un papel vital en la modernización y en la industrialización (Moch, 1995: 126; véase también Moch, 1992). El carácter central de la migración no se refleja adecuadamente en las visiones prevalecientes sobre el pasado: como ha señalado Gérard Noiriel (1988: 15-67), la historia de la inmigración ha sido un “punto ciego” de la investigación histórica en Francia. Esto se aplica de la misma manera a otros países europeos. La negación del papel de los inmigrantes en la construcción de la nación ha sido crucial para la creación de los mitos de homogeneidad nacional. Obviamente, esto era imposible en los países clásicos de inmigración como Estados Unidos. Es apenas en tiempos muy recientes que los historiadores franceses, alemanes y británicos han comenzado a hacer investigaciones serias acerca de la importancia de la inmigración. El recuadro 4 proporciona una ilustración del significado de la migración en los procesos tempranos de construcción nacional.

La libertad individual es representada como uno de los grandes logros morales del capitalismo, en contraste con sociedades anteriores donde la libertad se veía restringida por la esclavitud y la servidumbre. Los teóricos neoclásicos representan a la economía capitalista como fundamentada en los mercados li-

RECUADRO 4
LA MIGRACIÓN Y LA NACIÓN EN LA HISTORIA FRANCESA

La antigua Galia abarcaba buena parte del área de la Francia moderna. En el momento del colapso del imperio romano de occidente, en el siglo v, estaba habitada de manera dispersa por pueblos cultural y políticamente diversos, que incluían ciudadanos romanos y soldados, esclavos, tribus germanas establecidas y otros recién llegados. Había múltiples centros de poder político. Los celtas del oeste de Gran Bretaña se trasladaron a través del canal de la Mancha a lo que en la actualidad es la Bretaña, para escapar de los sajones invasores. Estos celtas lucharon con el naciente Estado franco del que surgiría el reino francés medieval.

Los jinetes nórdicos entrarían a sembrar el desorden en el territorio franco; estableciéndose a partir del año 900 en el área llamada hoy Normandía. La expansión del Estado franco, además, su continuada incorporación de tierras y pueblos adyacentes fue un largo proceso; poco a poco surgieron la identidad y la conciencia francesas. Para la mayoría de los habitantes de la Francia medieval la vida se limitaba a la villa y sus entornos, pero había conciencia de un mundo exterior. Para los habitantes del Estado franco, los pueblos de Bretaña, Normandía y Languedoc, eran extranjeros.

Sin embargo, también hubo recién llegados: comerciantes y artistas de Italia, mercenarios, clero itinerante, intelectuales, músicos, esclavos musulmanes del norte de África, el este mediterráneo y España, al igual que judíos y gitanos. Los judíos vivían entremezclados con el resto de la población —parece que la mayoría hablaba los idiomas locales. Durante las cruzadas, los judíos se convirtieron en chivos expiatorios, víctimas de la violencia y la persecución. La segregación residencial vigilada —*ghettos*— se tornó cotidiana. En 1306, el rey francés Felipe “El Justo” ordenó la expulsión de los judíos, quienes para entonces eran ya cerca de 100,000 lo que le permitió hacerse de las propiedades judías. Pero en 1715, por consideraciones económicas, el rey Luis X se vio obligado a reabrirles las puertas. Fue sólo con la Revolución francesa de 1789 que los judíos lograron la igualdad legal como ciudadanos frente a la población cristiana. No obstante, algunas personas siguieron concibiendo a los judíos como extranjeros en la nación francesa. Incluso en la actualidad, la propaganda del Front National (FN) tiene marcados tintes antisemitas.

Los gitanos, llamados también romanos o cingaros, son los descendientes de un pueblo que emigró del área de la actual India. Viajaban en grupos de 50 a 100, se distribuyeron a lo largo y ancho del reino, intercambiando sus mercancías. Pronto hubo manifestaciones de hostilidad hacia ellos. Las ciudades francesas como Angers los proscibieron en 1498; esto siguió pronto al edicto de Francisco I que les prohibía entrar a su reino. Los gitanos regresaron y se convirtieron en parte de la sociedad francesa, pero nunca fueron plenamente aceptados por algunas personas. Como los judíos, fueron seleccionados para el exterminio por parte de los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Las raíces del genocidio del siglo xx tenían alcances profundos en la historia de la in-

migración hacia los países europeos. Los judíos y los gitanos han sido quizá los blancos más duraderos del racismo europeo.

El siglo xv fue un parteaguas en el que surgieron los primeros estados modernos. Este sería el inicio de la era del descubrimiento en el que los europeos circunnavegaron el globo, con lo que comenzó un largo proceso por el cual el mundo quedaría eventualmente bajo el dominio europeo. Para el siglo xviii, el "divino derecho de los reyes" había sido cuestionado. Las ideas que desataron la Revolución francesa en 1789 incluían el principio de la soberanía popular, el concepto del Estado-nación y la idea de que todo ser humano pertenece a un Estado. Estas ideas son particularmente significativas para nuestro tema: la migración internacional carecería de significado en un mundo que no estuviera organizado en Estado-nación. Uno de los atributos clave de la soberanía es la idea, ahora aceptada universalmente, de que los estados tienen autoridad para regular el movimiento hacia adentro y hacia afuera de su territorio. La inmigración ilegal se ha convertido en un tema tan políticamente volátil en la actualidad, en parte porque se le ve como una violación de las principales prerrogativas de los estados soberanos.

Fuente: Lequin (1988).

bres, incluido el mercado de mano de obra, en el que los patrones y trabajadores se encuentran en condición de sujetos legales libres, con derechos iguales para hacer contactos. La migración internacional es presentada como un mercado en el que los trabajadores deciden libremente moverse al área en la que recibirán el ingreso más alto (cfr. Borjas, 1990: 9-18). Pero con frecuencia esta imagen armoniosa no se ajusta a la realidad. Como muestra Cohen (1987), el capitalismo ha utilizado trabajadores libres y a los que no lo son, en cada una de las fases de su desarrollo. Es frecuente que los migrantes laborales no sean libres, sea porque hayan sido apresados a la fuerza para situarlos en donde se necesita su mano de obra, sea porque se les niegan los derechos básicos de que gozan otros trabajadores, y por lo tanto, no pueden competir bajo condiciones iguales. Incluso cuando la migración es voluntaria y carece de regulaciones, la discriminación institucional e informal pueden limitar la libertad e igualdad reales de los trabajadores involucrados.

Dado que el poder económico por lo general está vinculado con el poder político, la movilización de los trabajadores con frecuencia tiene un elemento de coerción, que a veces implica violencia, fuerza militar y control burocrático. Ejemplos de ello son la economía esclava de las Américas; el trabajo colonial obligado en Asia, África y las Américas, los mineros en África del sur en los siglos xix y xx; los trabajadores extranjeros en Alemania y Francia antes de la Segunda Guerra Mundial; los trabajadores forzados en la eco-

nomía de guerra nazi; los “trabajadores huéspedes” en la Europa posterior a 1945 y los “ilegales” a los que se niega la protección de la ley en muchos países en la actualidad.

Un tema importante que no abordamos aquí, debido a que requiere un tratamiento más intensivo de lo que es posible en este trabajo, es el de los efectos devastadores de la migración internacional en los pueblos aborígenes de los países colonizados. La conquista europea de África, Asia, América y Oceanía tuvo como consecuencia la dominación y la explotación de los pueblos nativos, o el genocidio, tanto físico como cultural. La construcción de la nación –en particular en las Américas y Oceanía– se basó en la importación de nuevas poblaciones. De esa forma, la inmigración contribuyó a la exclusión y a la marginación de los pueblos aborígenes. Un punto de partida para la construcción de nuevas identidades nacionales fue idealizar que se destruyeran las sociedades indígenas: imágenes tales como “de qué manera se ganó el oeste” o la lucha de los pioneros australianos contra los aborígenes se convirtieron en mitos poderosos. Las raíces de los estereotipos racistas –dirigidos en la actualidad contra los nuevos grupos inmigrantes– se detectan con frecuencia en el tratamiento histórico de los pueblos colonizados. En nuestros días hay una creciente conciencia de que los modelos adecuados para las relaciones intergrupales tienen que abordar las necesidades de las poblaciones indígenas, así como las de los grupos inmigrantes.

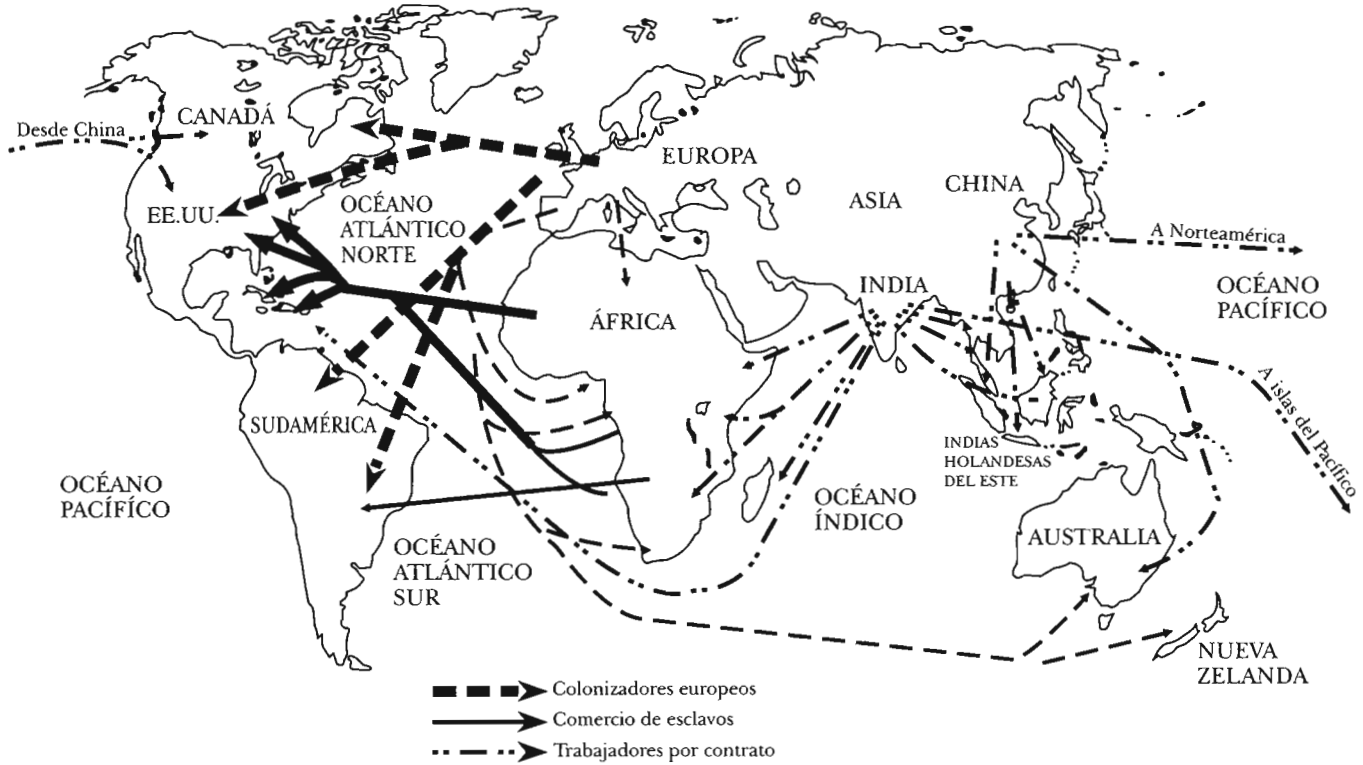
Colonialismo

El colonialismo europeo dio lugar a diversos tipos de migración. Uno fue el gran movimiento de salida desde Europa, primero a África y Asia, luego a las Américas y más tarde a Oceanía. Los europeos migraron de manera permanente o temporal, como marineros, soldados, granjeros, comerciantes, sacerdotes y administradores. Algunos de ellos ya habían migrado dentro de Europa; Lucassen (1995) ha mostrado que en los siglos XVII y XVIII cerca de la mitad de los soldados y marineros de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales no eran holandeses, sino “transmigrantes”, principalmente de áreas pobres de Alemania. La mortalidad de estos trabajadores migrantes a raíz de naufragios, guerras y enfermedades tropicales era muy alta, pero el servicio en las colonias, con frecuencia era el único modo de escapar de la pobreza. Estas migraciones de ultramar ayudaron a lograr cambios en las estructuras económicas y en las culturas tanto de los países europeos de origen como en las colonias.

Un antecedente importante de la moderna migración laboral es el sistema de esclavitud en el sentido de bienes muebles, que formó la base de la produc-

MAPA 2
MIGRACIONES COLONIALES DE LOS SIGLOS XVII AL XIX

Nota: las dimensiones de las flechas dan sólo aproximaciones del tamaño del movimiento



ción de mercancías en las plantaciones y minas en el Nuevo Mundo desde finales del siglo XVII hasta mediados del XIX. La producción de azúcar, tabaco, café, algodón y oro, por parte de mano de obra esclava, era crítica para el poder económico y político de Gran Bretaña y Francia –los estados dominantes del siglo XVIII– jugó asimismo un papel de importancia para España, Portugal y Holanda. Para 1770 había cerca de 2.5 millones de esclavos en las Américas, que producían un tercio del valor total del comercio europeo (Blackburn, 1988: 5). El sistema de esclavos estaba organizado bajo el famoso “comercio triangular”: barcos cargados con bienes manufacturados, entre armas e implementos domésticos, que zarpaban de puertos como Bristol y Liverpool, Burdeos y La Havra hacia las costas de África occidental. Los africanos eran sacados a la fuerza o comprados a cambio de bienes a los jefes o comerciantes locales. Luego los barcos zarpaban al Caribe o a las costas del norte o sur de América, en donde los esclavos se vendían en efectivo. Éste se utilizaba para comprar los productos de las plantaciones, que eran llevados a Europa para ser vendidos.

Se calcula que unos 15 millones de esclavos fueron llevados a las Américas antes de 1850 (Appleyard, 1991: 11). Para las mujeres, el trabajo duro de las minas, las plantaciones y los hogares iba acompañado de la explotación sexual. Los hijos de los esclavos se convertían en los bienes muebles de los dueños. En las colonias inglesas, la esclavitud no se abolió sino hasta 1834, en las colonias holandesas en 1863 y en los estados del sur de Estados Unidos en 1865 (Cohen, 1991: 9). A pesar de las rebeliones de esclavos y la abolición del tráfico del Atlántico por los grandes poderes entre 1807 y 1815, la esclavitud continuó creciendo en importancia económica. El número de esclavos en las Américas se duplicó de tres millones en 1800 a seis millones en 1860, con el correspondiente incremento en el área de agricultura de plantación en el sudeste de Estados Unidos, Cuba y Brasil (Blackburn, 1988: 544).

La esclavitud había existido en muchas sociedades precapitalistas pero el sistema colonial era de un carácter nuevo. Su fuerza motora era la emergencia de los imperios globales, los que comenzaron a construir un mercado mundial dominado por el capital mercantil. Los esclavos eran transportados a grandes distancias por comerciantes especializados, comprados y vendidos como mercancías. Eran una propiedad económica y estaban sujetos a duras formas de control para maximizar sus resultados. A la mayor parte se le explotaba en plantaciones que producían para la exportación, como parte de un sistema de agricultura y manufactura integrado internacionalmente (Fox-Genovese y Genovese, 1983; Blackburn, 1988).

En la segunda mitad del siglo XIX, los esclavos fueron reemplazados por trabajadores bajo contrato como la fuente principal de mano de obra en las

plantaciones. El contrato (o "sistema de peones") implicaba el reclutamiento de grandes grupos de trabajadores, en ocasiones por la fuerza, y su transporte a otra área para trabajar. Las autoridades coloniales británicas enganchaban trabajadores del subcontinente hindú para las plantaciones de Trinidad, Guyana y otros países del Caribe. Otros eran empleados en Malaya, África del este y Fiji en las plantaciones, las minas y la construcción del ferrocarril. Los británicos reclutaban también "peones" chinos para Malaya y otras colonias. En las Indias holandesas orientales las autoridades coloniales utilizaban mano de obra china en los proyectos de construcción. Hasta un millón de trabajadores bajo contrato se reclutaron en Japón, sobre todo para trabajar en Hawaii, Estados Unidos, Brasil y Perú (Shimpo, 1995).

Según Potts (1990: 63-103), los trabajadores bajo contrato se utilizaron en 40 países por parte de todos los poderes coloniales. Calcula que el sistema incluyó de 12 a 37 millones entre 1834 y 1941, cuando se abolió finalmente esta forma de trabajo "contratado" en las colonias holandesas. Los trabajadores bajo contrato estaban obligados por estrictos contratos de trabajo durante periodos de varios años. Los salarios y las condiciones por lo general eran muy precarios, estaban sujetos a una rígida disciplina y las faltas en el contrato se castigaban severamente. Con frecuencia, para los patrones, los trabajadores bajo contrato resultaban más baratos que los esclavos (Cohen, 1991: 9-11). Por otro lado, el trabajo de ultramar ofrecía una oportunidad de escapar de la pobreza y situaciones represivas, como el sistema de castas de la India. En África del este, el Caribe, Fiji y otros lugares, donde podían obtener tierras o establecer negocios, muchos trabajadores se establecieron como colonos libres (Cohen, 1995: 46).

El trabajo contratado constituía el epítome del principio de divide y goberna; gran cantidad de conflictos poscoloniales (por ejemplo, la hostilidad contra los hindúes en África y Fiji y contra los chinos en el sudeste asiático) echa raíces en tales divisiones. La experiencia caribeña muestra el efecto de las cambiantes prácticas de trabajo coloniales en los pueblos dominados, los habitantes originales, caribes y arawaks fueron exterminados completamente por las enfermedades y la violencia. Con el desarrollo de la industria azucarera en el siglo XVIII, a los africanos se llevaron como esclavos. Después de la emancipación en el siglo XIX, éstos, por lo general, se convirtieron en pequeños agricultores de subsistencia y fueron reemplazados por trabajadores bajo contrato provenientes de la India. Al terminar sus contratos, muchos hindúes se establecieron en el Caribe y trajeron a su dependientes. Algunos siguieron trabajando en las grandes propiedades, mientras que otros se establecieron como una clase mercante, mediando entre la clase blanca gobernante y la mayoría negra.

Industrialización y migración hacia América del norte y Australia antes de 1914

La riqueza acumulada por la explotación colonial en Europa occidental, aportó gran parte del capital que desataría las revoluciones industriales de los siglos XVIII y XIX. En Gran Bretaña, las ganancias de las colonias se invirtieron en nuevas formas de manufactura, así como para estimular la producción agrícola comercial y agilizar la delimitación de la tierra arable para los pastizales. Los jornaleros con tierra que eran desplazados, engrosaron las masas urbanas empobrecidas que estaban disponibles como mano de obra para las nuevas fábricas. A esta clase emergente de trabajadores asalariados pronto habrían de unírsele los artesanos desposeídos, como los tejedores manuales, que habían perdido su forma de vida ante la competencia de manufacturas recientes. Aquí se encuentra el fundamento de la nueva clase, que sería de importancia para la economía industrial británica: el “proletariado libre”, exento ya de los lazos tradicionales, pero también de la propiedad de los medios de producción.

Ahora bien, desde un principio, el trabajo no libre jugó un importante papel. A lo largo y ancho de Europa, se aprobaron draconianas leyes de pobres para controlar a los agricultores y artesanos desplazados, a las “hordas de pordioseros” que amenazaban el orden público. Los talleres domésticos y los albergues de pobres, con frecuencia eran las primeras formas de manufactura donde los instrumentos disciplinarios del futuro sistema de fábricas habrían de desarrollarse y ponerse a prueba. En Gran Bretaña, los “aprendices de parroquia”, niños huérfanos bajo el cuidado de las autoridades locales, eran contratados por las fábricas como una forma de trabajo no calificado. Ésta era una clase de trabajo forzado que conllevaba severos castigos por insubordinación negativa a trabajar.

El periodo de migración británica hacia América: entre 1800 y 1860, constituyó la cima de la Revolución Industrial; el 66 por ciento de los migrantes a Estados Unidos provenían de Gran Bretaña y un 22 por ciento adicional de Alemania. Entre 1800 y 1930, 40 millones de europeos migraron de forma permanente al extranjero, sobre todo a Norteamérica, Sudamérica y Australia (Declôtres, 1967: 22). Entre 1850 y 1914, la mayoría de los migrantes provenía de Irlanda, Italia, España y Europa del este, áreas donde la industrialización llegaría más tarde. América ofrecía el sueño de convertirse en agricultor o comerciante independiente en las nuevas tierras de oportunidad. A menudo este sueño se veía frustrado: los migrantes se convertían en trabajadores asalariados, “cowboys”, gauchos o arrieros en los grandes ranchos, construían caminos y tendían las vías del ferrocarril a través de las vastas extensiones del nuevo mundo, o en trabajadores fabriles en las emergentes industrias del noreste de Estados Unidos. No obstante, muchos colonizadores eventualmente realizaron su sueño al

convertirse en agricultores, burócratas o gente de negocios, mientras que otros al menos fueron capaces de ver que sus hijos accedieran a la educación y lograsen una movilidad ascendente.

Por lo general Estados Unidos es visto como el más importante de los países de inmigración. Se calcula que 54 millones de personas entraron entre 1820 y 1987 (Borjas, 1990: 3). El máximo periodo fue entre 1861 y 1920, durante el cual entraron 30 millones de personas. Hasta la década de 1880, la migración carecía de regulación: cualquiera que pudiera pagar el pasaje oceánico sería capaz de buscar una nueva vida en América. No obstante, los patrones estadounidenses organizaban campañas para atraer trabajadores potenciales y multitud de agencias y compañías navieras ayudaban a organizar el traslado. Muchos de los migrantes eran jóvenes varones solteros que esperaban ahorrar lo suficiente para regresar a casa y establecer una familia. Pero también había mujeres solteras, matrimonios y familias. Las campañas racistas trajeron como resultado leyes de exclusión para mantener fuera a los chinos y otros asiáticos a partir de la década de 1880. Para los europeos y latinoamericanos, la entrada era libre hasta 1920 (Borjas, 1990: 27). El censo de ese año muestra que en Estados Unidos había 13.9 millones de personas nacidas en el extranjero y conformaban el 13.2 por ciento de población total (Briggs, 1984: 77).

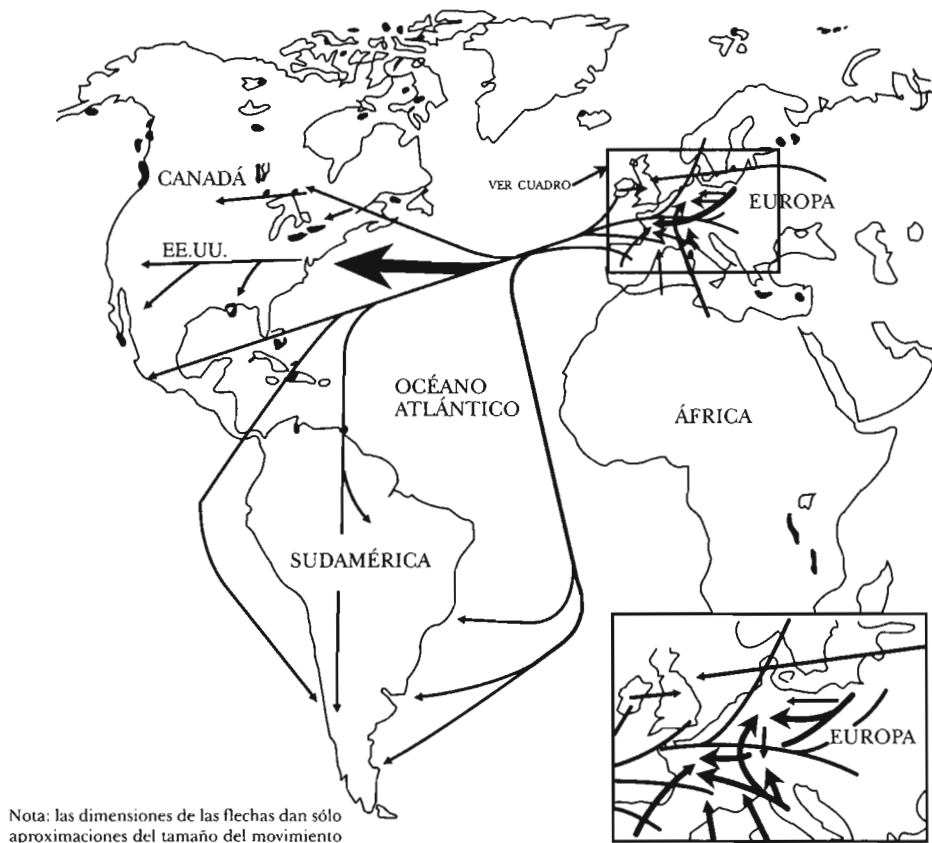
En los inicios de Estados Unidos, la esclavitud había sido una fuente muy importante de acumulación de capital, pero el despegue industrial después de la Guerra Civil (1861-1865) se vio alimentado por la inmigración masiva proveniente de Europa. Al mismo tiempo, el sistema racista conocido como "Jim Crow" se utilizó para mantener a los afroamericanos, hoy nominalmente libres, en las plantaciones en los estados del sur, pues el algodón barato y otros productos agrícolas eran cruciales para la industrialización. Los mayores grupos de inmigrantes entre 1860 y 1920 fueron irlandeses, italianos y judíos de Europa del este, pero hubo gente de casi todos los otros países europeos, al igual que de México. Los patrones de establecimiento estaban estrechamente ligados con la economía industrial emergente. El reclutamiento de mano de obra por las compañías ferrocarrileras y pluviales llevó al establecimiento de los irlandeses y los italianos junto a las rutas de construcción. Algunos grupos de irlandeses, italianos y judíos se establecieron en los puertos de llegada de la costa este, donde había oferta de trabajo en la construcción, el transporte y en fábricas. Lo mismo puede decirse de los chinos en la costa oeste. Algunos grupos de Europa central y del este se concentraron en el medio oeste, mientras que el desarrollo de la industria pesada, en el cambio de siglo, significó oportunidades laborales (Portes y Rumbaut, 1996: 29-32). La clase trabajadora de Estados Unidos se desarrolló así a través de procesos de migración en cadena, lo que condujo a patrones de segmentación étnica.

Después de la Revolución americana, Canadá recibió a muchas personas de origen británico que permanecían leales a la Corona. Desde finales del siglo XVIII, hubo inmigración proveniente de Gran Bretaña, Francia, Alemania y otros países de Europa septentrional. Muchos afroamericanos cruzaron la larga frontera provenientes de Estados Unidos, para escapar de la esclavitud: en 1860, había unas 40,000 personas negras en Canadá. En el siglo XIX, la inmigración se vio estimulada por la fiebre del oro, mientras que los inmigrantes rurales eran estimulados a establecerse en las vastas praderas. Entre 1871 y 1931, la población de Canadá se incrementó de 3.6 a 10.3 millones. La inmigración de China, Japón e India comenzó también a finales del siglo XIX. Los chinos llegaron a la costa oeste, en particular a Columbia Británica, donde ayudaron a construir el ferrocarril canadiense del Pacífico. A partir de 1886 se aprobó una serie de medidas para detener la inmigración asiática (Kubat, 1987: 229-235). Canadá recibió un gran flujo proveniente de Europa del sur y del este entre 1895 y 1914. En 1931 se establecieron cuatro clases favoritas de inmigrantes: súbditos británicos con medios financieros adecuados, provenientes del Reino Unido, Irlanda y otros cuatro dominios territoriales de la Corona; ciudadanos estadounidenses; dependientes de residentes permanentes de Canadá; y agricultores. Canadá desalentó la migración proveniente del sur y el este de Europa, mientras que la inmigración asiática se prohibió entre 1923 y 1947.

Para Australia, la inmigración ha sido un factor crítico en el desarrollo económico y la construcción de la nación desde que comenzó la colonización británica en 1788. Las colonias australianas se integraron en el Imperio británico en calidad de proveedoras de materias primas como lana, trigo y oro. El estado imperial adoptó un papel activo al aportar trabajadores que favorecieran la expansión a través del transporte de convictos (otra forma de trabajo forzado) y la promoción de colonización gratuita. Inicialmente había grandes excedentes de varones, en especial en las áreas de frontera, donde eran frecuentes las sociedades de "hombres sin mujeres". Pero muchas convictas acabaron siendo transportadas ahí, e incluso hubo planes especiales para llevar mujeres solteras como trabajadoras domésticas y como esposas para los colonos.

Cuando la población excedente de Gran Bretaña no fue suficiente para las necesidades laborales de mediados del siglo XIX, Gran Bretaña apoyó a los patronos australianos en su demanda de mano de obra barata de otras partes del imperio: China, India y las islas del sur del Pacífico. Los intereses económicos de Gran Bretaña entraron en conflicto con las demandas del naciente movimiento obrero australiano. El clamor por sueldos decentes empezó a formularse en términos racistas (y sexistas), como una exigencia de sueldos "adecuados para hombres blancos". La hostilidad hacia los chinos y otros trabajadores asiáticos se tornó violenta. Las fronteras de exclusión de la emergente nación aus-

MAPA 3
MIGRACIONES LABORALES RELACIONADAS
CON LA INDUSTRIALIZACIÓN, 1850-1920



traliana se establecieron sobre líneas raciales y uno de los primeros decretos del nuevo parlamento federal en 1901 fue la introducción de la política de una Australia blanca (véase De Lepervanche, 1975).

Migración laboral dentro de Europa

En Europa, la migración a ultramar e intraeuropea se dieron al mismo tiempo. De los 15 millones de italianos que emigraron entre 1876 y 1920, casi la mitad (6.8 millones) se trasladó a otros países europeos (sobre todo Francia, Suiza y Alemania: véase Cinanni, 1968: 29). Mientras que los europeos occidentales iban a ultramar en un intento (con frecuencia vano) por escapar de la proleta-

rización, los trabajadores de áreas periféricas como Polonia, Irlanda e Italia, eran atraídos como mano de obra de reemplazo en la industria y la agricultura a gran escala.

Como el primer país industrial, Gran Bretaña experimentó antes que los demás la inmigración laboral a gran escala; las nuevas ciudades fabriles pronto absorbieron los excesos de mano de obra provenientes del campo. Las atroces condiciones de trabajo y de vida tuvieron como consecuencia mala salud, alta mortalidad infantil y una baja expectativa de vida. Los bajos niveles salariales obligaron a trabajar a las mujeres y a los niños, con desastrosas consecuencias para la familia. El incremento natural en la población fue inadecuado para cubrir las necesidades laborales, de modo que Irlanda, la más cercana colonia de Gran Bretaña, se convirtió en fuente de mano de obra. La devastación de la agricultura campesina irlandesa por ausencia de los terratenientes y por las demarcaciones, se conjugó con la ruina de la industria doméstica por la competencia británica, para resultar en una extendida pobreza. Las hambrunas de 1822 y 1846-1847 desataron las migraciones masivas hacia Gran Bretaña, Estados Unidos y Australia.

Para 1851, había más de 700,000 irlandeses en Gran Bretaña, era un 3 por ciento de la población de Inglaterra y Gales y el 7 por ciento de Escocia (Jackson, 1963). Se concentraban en las ciudades industriales, de manera especial en las fábricas textiles y en ocupaciones de la construcción. Los "navis" irlandeses (un término coloquial derivado de "navegantes") cavaron los canales británicos y construyeron sus ferrocarriles. Engels (1962) describió la impactante situación de los trabajadores irlandeses; afirmaba que la inmigración irlandesa constituía una amenaza para los salarios y las condiciones de vida de los trabajadores ingleses (véase también Castles y Kosack, 1973: 16-17). La hostilidad y la discriminación contra los irlandeses eran marcadas todavía entrado el siglo xx. Esto resultaba cierto también para Australia, donde la inmigración irlandesa acompañó la colonización británica desde el principio. En ambos países el papel activo de los trabajadores irlandeses en el movimiento obrero fue lo que finalmente habría de superar la división en la clase trabajadora, para ser reemplazada casi de inmediato por las nuevas divisiones después de 1945, cuando llegaron a Gran Bretaña los trabajadores negros y a Australia los europeos provenientes del sur.

La siguiente migración importante a Gran Bretaña fue entre 1875 y 1914, en que 120,000 judíos llegaron como refugiados a partir de los pogromos de Rusia. La mayoría se estableció inicialmente en el *East End* de Londres, donde muchos se emplearon como trabajadores en la industria del vestido. La colonización judía se convirtió en el centro de las campañas racistas, lo que condujo a la primera legislación restrictiva de la inmigración: el Acta de Extranjeros de

1905 y el Acta de Restricción de Extranjeros de 1914 (Foot, 1965; Garrard, 1971). La experiencia judía de movilidad social se presenta a menudo como ejemplo del éxito del migrante. Muchos de los miembros de la primera generación se las arreglaron para dejar el empleo asalariado y convertirse en pequeños empresarios en el comercio de textiles o el sector detallista. Pusieron gran énfasis en la educación de sus hijos. Muchos de los miembros de la segunda generación lograron ascender al empleo en los negocios o en la burocracia, preparando el camino para las carreras profesionales de la tercera generación. Es interesante que uno de los grupos inmigrantes más recientes de Gran Bretaña –los bengalíes de Bangladesh– vivan ahora en las mismas áreas del *East End*, por lo general trabajando en los mismos talleres y orando en los mismos edificios (las sinagogas se convirtieron en mezquitas). No obstante, están aislados por el racismo y la violencia, muestran, además, pocos indicios de seguir la trayectoria de los judíos. Parece que el racismo británico actual es más rígido que el de hace un siglo.

Los trabajadores migrantes irlandeses y judíos no pueden ser clasificados como “trabajadores no libres”. Los irlandeses eran súbditos británicos, con los mismos derechos formales que los otros trabajadores, mientras que los judíos rápidamente se convirtieron en súbditos británicos. Las limitaciones en su libertad dentro del mercado laboral no eran legales sino económicas (la pobreza y la falta de recursos los obligaban a aceptar trabajos y condiciones inferiores) y sociales (la discriminación y el racismo restringían su libertad de movimientos). En Alemania y Francia es donde se encuentra el primer uso a gran escala del estatus de “extranjero” para restringir los derechos de los trabajadores.

Las industrias pesadas del Ruhr, que surgieron a mediados del siglo XIX, atrajeron a los trabajadores agrícolas que antes estaban en las grandes extensiones de Prusia oriental. Las condiciones en las minas eran duras, pero aun así preferibles a la opresión semifeudal bajo los *junkers* (grandes propietarios de tierras). Los trabajadores que se trasladaban al oeste tenían antecedentes polacos aunque eran poseedores de la ciudadanía prusiana (y más tarde alemana), ya que Polonia en ese entonces estaba dividida entre Prusia, el Imperio austro-húngaro y Rusia. Para 1913, se calcula que 164,000 de los 410,000 mineros del Ruhr tenían antecedentes polacos (Stirn, 1964: 27). Los *junkers* compensaban la escasez resultante de mano de obra a través del reclutamiento de “polacos extranjeros” y ucranianos como trabajadores agrícolas. Con frecuencia los trabajadores eran reclutados en parejas –un hombre como cortador y una mujer como cosechadora– lo que llevaba a los llamados “matrimonios de cosecha”. No obstante, existía temor de que el establecimiento de los polacos pudiera debilitar el control alemán de las provincias orientales. En 1885, el gobierno pru-

siano deportó a 40,000 polacos y cerró la frontera. Los terratenientes protestaron al perder hasta dos tercios de su fuerza de trabajo (Dohse, 1981: 29-32), argumentando que esto amenazaba su supervivencia económica.

Para 1890, se estableció un acuerdo entre los intereses políticos y económicos bajo la forma de un sistema de control rígido. Los "polacos extranjeros" eran reclutados tan sólo como trabajadores temporales, no se les permitía que trajeran a sus parientes y eran obligados a abandonar el territorio alemán durante varios meses cada año. Al principio se les restringía al trabajo agrícola, pero más tarde se permitió que tomaran trabajos industriales en Silesia y Turingia (pero no en áreas occidentales como el Ruhr). Sus contratos de trabajo especificaban pagos y condiciones inferiores que las disponibles para los trabajadores alemanes. Se establecieron secciones policíacas especiales para lidiar con la "violación de los contratos" (esto es, trabajadores que dejaron el puesto para ir a trabajos mejor pagados) a través del regreso forzado de los trabajadores con sus patrones, prisión o deportación. De ahí que las medidas policíacas contra los extranjeros fueran utilizadas deliberadamente como un método para mantener bajos los salarios y crear un mercado de trabajo dividido (Dohse, 1981: 33-83).

El trabajo de los extranjeros desempeñó un papel importante en la industrialización alemana, se encontraban italianos, belgas y holandeses junto a los polacos. En 1907, había 950,000 trabajadores extranjeros en el Reich alemán, de los que cerca de 300,000 desempeñaban su trabajo en la agricultura, 500,000 en la industria y 86,000 en el comercio y el transporte (Dohse, 1981: 50). Las autoridades hacían sus mejores esfuerzos por evitar la reunificación familiar y el establecimiento definitivo. De hecho los dos fenómenos se suscitaban, pero no queda claro con exactitud hasta qué grado. El sistema que se desarrolló para controlar y explotar la mano de obra extranjera fue precursor del trabajo forzado en la economía de guerra de la Alemania nazi y del "sistema de trabajadores huéspedes" de la República Federal de Alemania desde alrededor de 1955.

La cantidad de extranjeros en Francia se incrementó en forma rápida de 381,000 en 1851 (1.1 por ciento de la población total) a un millón (2.7 por ciento) en 1881 y luego más lentamente hasta alcanzar 1'200,000 (3.1 por ciento) en 1911 (Weil, 1991b: apéndice, tabla 4). La mayor parte era de los países vecinos: Italia, Bélgica, Alemania y Suiza, más tarde de España y Portugal. Los movimientos eran relativamente espontáneos, aunque había ciertas actividades de reclutamiento por parte de las minas y las asociaciones de agricultores (Cross, 1983: capítulo 2). Los trabajadores extranjeros eran sobre todo varones que realizaban trabajos manuales no calificados en la agricultura, en las minas y en los talleres del acero (los trabajos pesados, desagradables, que los trabajadores franceses no estaban dispuestos a realizar).

La peculiaridad del caso francés se encuentra en las razones para la escasez de mano de obra durante la industrialización. Las tasas de nacimientos se redujeron marcadamente después de 1860. Los campesinos, los tenderos y los artesanos seguían prácticas de control de la natalidad “maltusianas”, lo que llevó a familias pequeñas antes que en cualquier otro lugar (Cross, 1983: 5-7). Según Noiriél (1988: 297-312) esta *grève des ventres* (huelga de vientres) estaba motivada por la resistencia a la proletarianización. Conservar una familia pequeña significaba que la propiedad podría pasarse intacta de una generación a la siguiente y que habría suficientes recursos para permitir a los hijos una educación decente. A diferencia de Gran Bretaña y Alemania, Francia fue testigo, por ende, de relativamente poca emigración a ultramar durante la industrialización. La única excepción importante la constituyó el movimiento de colonos hacia Argelia, país al que Francia invadió en 1830. La migración rural-urbana también se vio bastante limitada. Se desarrolló el “trabajador campesino”: granjero pequeño que complementaba la agricultura de subsistencia con trabajo esporádico en las industrias locales. Cuando la gente dejaba el campo era frecuente que lo hiciera para trasladarse directamente hacia los nuevos cargos del gobierno que proliferaron a finales del siglo XIX: directo del sector primario al terciario.

En estas circunstancias, el cambio de las pequeñas empresas a las de gran escala que se convirtió en una necesidad por la competencia internacional a partir de la década de 1880, sólo podía realizarse a través de emplear a trabajadores extranjeros. De ahí que la inmigración laboral desempeñara un papel vital en la emergencia de la industria moderna y en la constitución de la clase trabajadora en Francia. La inmigración era vista también como algo importante por razones militares. La ley de nacionalidad de 1889 fue diseñada para convertir en concriptos a los inmigrantes y sus hijos, con miras al inminente conflicto con Alemania (Schnapper, 1994: 66). Desde mediados del siglo XIX hasta el presente, el mercado laboral ha sido alimentado con regularidad por la inmigración extranjera, colaborando con un promedio del 10 al 15 por ciento de la clase trabajadora. Noiriél calcula que sin la inmigración la población francesa actual sería de tan sólo 35 millones en vez de más de 50 (Noiriél, 1988: 308-318).

El periodo entre guerras

Al inicio de la Primera Guerra Mundial, muchos migrantes retornaron a sus territorios para participar en el servicio militar o la producción de municiones. Sin embargo, pronto se suscitó escasez de mano de obra en los países beligerantes. Las autoridades alemanas evitaron que los “polacos extranjeros” dejaran el país; enrolaron mano de obra por la fuerza en las áreas ocupadas de Rusia y

Bélgica (Dohse, 1981: 77-81). El gobierno francés estableció sistemas de reclutamiento para los trabajadores provenientes de colonias del norte de África, Indochina y China (casi 225,000 en total). Eran alojados en barracas, se les pagaban sueldos mínimos y los supervisaban antiguos inspectores coloniales. También en Portugal, España, Italia y Grecia se reclutaban trabajadores para las fábricas y la agricultura francesas (Cross, 1983: 34-42). Gran Bretaña reclutó a su vez trabajadores coloniales durante el conflicto, aunque en menores cantidades. Todos los países beligerantes utilizaron el trabajo forzado de los prisioneros de guerra.

El periodo entre 1918 y 1945 fue de menor migración laboral internacional. Esto se debió en parte al estancamiento, la crisis de carácter económico y en parte a la creciente hostilidad en muchos países hacia los inmigrantes. La migración a Australia, por ejemplo, decayó a niveles bajos ya desde 1891, y no creció de manera sustancial sino hasta después de 1945. Los europeos meridionales que llegaron a Australia en la década de 1920 eran tratados con cierta suspicacia. A los barcos de inmigrantes se les negaba el permiso para entrar a puerto y hubo rebeliones “anti-Dago” en los años treinta. Queensland estableció leyes especiales que prohibían a los extranjeros poseer tierras y los restringían a ciertas industrias (De Lepervanche, 1975).

En Estados Unidos, los grupos “nativistas” afirmaban que los europeos provenientes del sur y el este de Europa eran “inasimilables” y representaban una amenaza tanto para el orden público como para los valores americanos. El Congreso estableció una serie de leyes en la década de 1920, diseñada para limitar drásticamente los ingresos de cualquier área del planeta, a excepción de Europa noroccidental (Borjas, 1990: 28-29). Este sistema de cuotas según los orígenes nacionales, detuvo la inmigración a gran escala hasta los años sesenta. Pero las nuevas industrias de producción masiva de la era fordista habrían de sustituir la fuerza laboral que se encontraba a mano: los trabajadores negros del sur. El periodo que va más o menos de 1914 a 1950 fue el de la “gran migración”, en la que los afroamericanos huyeron de la segregación y la explotación en los estados del sur para acceder a mejores salarios y –esperaban– derechos iguales en el noreste, el medio oeste y el oeste. Con frecuencia simplemente se encontraron con nuevas formas de segregación en los guetos de Nueva York o Chicago y nuevas formas de discriminación, como la exclusión de los sindicatos de la Federación Obrera Americana (American Federation of Labor).

Mientras tanto, se lanzaron campañas de americanización para asegurar que los inmigrantes aprendieran inglés y se hicieran ciudadanos estadounidenses leales. Durante la gran depresión, los inmigrantes mexicanos fueron repatriados por los gobiernos locales y las organizaciones cívicas, con cierta

cooperación de ambos gobiernos (Kiser y Kiser, 1979: 33-66). Muchos de los cerca de medio millón de mexicanos que regresaron a su terruño fueron obligados a irse, mientras que otros lo hicieron porque no había trabajo. En estas circunstancias, poco se hizo para ayudar a los judíos que huían del ascenso de Hitler. No existía el concepto de refugiados en la ley estadounidense y era difícil encontrar apoyo para su admisión, cuando millones de ciudadanos estadounidenses estaban desempleados. El antisemitismo también fue un factor de peso y nunca hubo un buen prospecto para que grandes cantidades de judíos europeos encontraran un lugar seguro antes de la Segunda Guerra Mundial.

Francia fue el único país de Europa occidental que experimentó una inmigración sustancial en los años de entreguerras. El "déficit demográfico" se había exacerbado por las pérdidas de la guerra: 1'400,000 de hombres habían muerto y 1'500,000 habían quedado discapacitados permanentemente (Prost, 1966: 538). No hubo retorno a las políticas de traslados libres previas a la guerra; en cambio, gobiernos y patronos refinaron los sistemas de mano de obra extranjera establecidos durante la guerra. Se implementaron acuerdos de reclutamiento con Polonia, Italia y Checoslovaquia. Gran parte del reclutamiento estuvo organizado por la *Société Générale d'Immigration* (SGI), un organismo privado establecido por los intereses agrícolas y mineros. Los trabajadores extranjeros eran controlados a través de un sistema de tarjetas de identidad y contratos de trabajo; eran canalizados hacia la agricultura, la construcción y la industria pesada. El movimiento sindical no comunista cooperó con la inmigración a cambio de medidas diseñadas para proteger a los trabajadores franceses del desplazamiento y el corte salarial (Cross, 1983: 51-63; Weil, 1991b: 24-27).

Poco menos de dos millones de trabajadores extranjeros entraron a Francia entre 1920 y 1930, unos 567,000 reclutados por la SGI (Cross, 1983: 60). Se calcula que un 75 por ciento del crecimiento de la población francesa entre 1921 y 1931 fue consecuencia de la inmigración (Declôtres, 1967: 23). En vista del gran superávit femenino en Francia, se reclutaron principalmente hombres y se realizó un monto considerable de matrimonios mixtos. Para 1931, había 2'700,000 extranjeros en Francia (6.6 por ciento de la población total). El grupo más grande era de italianos (808,000), seguido por polacos (508,000), españoles (352,000) y belgas (254,000) (Weil, 1991b: apéndice, tabla 4). La migración del norte de África a Francia también se desarrolló. Grandes colonias de italianos y polacos surgieron en los pueblos mineros y de industria pesada en el norte y el este de Francia: en algunos pueblos, los extranjeros alcanzaban un tercio o más de la población total. Había colonias agrícolas españolas e italianas en el sudeste.

En la depresión de la década de 1930 se incrementó la hostilidad hacia los extranjeros, lo que condujo a una política de discriminación a favor de los

trabajadores franceses. En 1932 se fijaron cuotas máximas para los trabajadores extranjeros en las firmas. Fueron seguidas por leyes que permitían el despido de los trabajadores extranjeros en los sectores en los que hubiera desempleo. En consecuencia muchos migrantes fueron despojados y deportados; para 1936 la población extranjera disminuyó en medio millón (Weil, 1991b: 27-30). Cross concluye que en la década de los veinte los trabajadores extranjeros “aportaban una fuerza de trabajo barata y flexible, que era necesaria para la acumulación de capital, así como del crecimiento económico; al mismo tiempo, los extranjeros permitían al trabajador francés un cierto grado de movilidad económica. En la década de 1930, por otro lado, la inmigración “se atenuó y facilitó un chivo expiatorio para la crisis económica” (Cross, 1983: 218).

En Alemania, la República de Weimar, agobiada por la crisis, tenía poca necesidad de trabajadores extranjeros: para 1932 su cifra se había reducido a unos 100,000, en comparación con casi el millón de 1907 (Dohse, 1981: 112). No obstante, se desarrolló un nuevo sistema de regulación de la mano de obra extranjera. Sus principios eran: estricto control estatal del reclutamiento laboral, preferencia en el empleo para los nacionales, sanciones en contra de quienes emplearan migrantes ilegales y poder policial irrestricto para deportar a los extranjeros no deseados (Dohse, 1981: 114-117). Este sistema era atribuible en parte a la influencia del poderoso movimiento obrero que deseaba medidas de protección para los trabajadores alemanes, pero confirmaba la débil posición legal de los trabajadores migrantes. El recuadro 5 describe el uso del trabajo extranjero forzado durante la Segunda Guerra Mundial.

Conclusión

Los movimientos y políticas migratorios contemporáneos con frecuencia se ven influidos profundamente por precedentes históricos. Este capítulo ha descrito el papel clave de la migración laboral en el colonialismo y la industrialización. La migración laboral siempre ha sido un factor de peso en la construcción del mercado mundial capitalista. En Estados Unidos, Canadá, Australia, Gran Bretaña, Alemania y Francia (al igual que en otros países que no se discuten aquí), los trabajadores migrantes han jugado un papel que varía en carácter, de acuerdo con las condiciones económicas, sociales y políticas. Pero en todos los casos la contribución de la migración a la industrialización y la construcción de la población fue importante, incluso en ocasiones decisiva.

¿En qué medida se aplica el modelo teórico del proceso migratorio sugerido en el capítulo 1 a los ejemplos históricos que se han dado? Los movimien-

RECUADRO 5
TRABAJO EXTRANJERO FORZADO
EN LA ECONOMÍA NAZI DE GUERRA

El régimen nazi reclutó enormes cantidades de trabajadores extranjeros –principalmente a la fuerza– para reemplazar a los 11 millones de trabajadores alemanes conscriptos para el servicio militar. La ocupación de Polonia, la reserva tradicional de mano de obra de Alemania, en parte fue motivada por la necesidad de trabajadores. En espacio de semanas después de la invasión, se establecieron oficinas de reclutamiento laboral; la policía y el ejército apresaron a miles de hombres y mujeres jóvenes (Dohse, 1981: 121). En todos los países invadidos por Alemania se dio el reclutamiento forzado, mientras que algún trabajo voluntario se obtuvo en Italia, Croacia, España y otros “países amigos o neutrales”. Al final de la guerra, había unos 7.5 millones de trabajadores extranjeros en el *Reich*, de los cuales 1.8 millones eran prisioneros de guerra. Se calcula que en 1944 una cuarta parte de la producción industrial la realizaban trabajadores extranjeros (Pfahmann, 1968: 232). La maquinaria de guerra nazi se habría derrumbado mucho antes de no haber sido por la mano de obra extranjera.

El principio básico para tratar a los trabajadores extranjeros, según fue declarado por Sauckel, el plenipotenciario del trabajo, era que “todos los hombres sean alimentados, hospedados y tratados de manera tal que se les explote al máximo posible con el grado mínimo concebible de gasto” (Homze, 1967: 113). Esto significaba albergar a los trabajadores en barracas bajo control militar, los salarios más bajos posibles (o ninguno en absoluto), apabullantes condiciones sociales e higiénicas y una completa privación de sus derechos civiles. Los polacos y los rusos eran obligados, al igual que los judíos, a portar bordados especiales que mostraran su origen. Muchos trabajadores extranjeros murieron por los malos tratos y los castigos crueles. Éstos eran sistemáticos; en un discurso a los patrones, Sauckel enfatizaba la necesidad de una disciplina estricta: “No me importan [los trabajadores extranjeros] lo más mínimo. Si cometen la menor de las ofensas, repórtenlos a la policía de inmediato, cuélguenlos, dispárenles. No me importa. Si son peligrosos, deben ser liquidados” (Dohse, 1981: 127).

Los nazis llevaron al extremo la explotación de los migrantes sin derechos, extremo que sólo puede compararse con la esclavitud, aun cuando su meollo legal –la marcada división entre el estatus del nacional y del extranjero– habría de encontrarse en sistemas de trabajo tanto previos como posteriores.

tos involuntarios de esclavos y trabajadores bajo contrato no encajan fácilmente en el modelo, ya que las intenciones de los participantes jugaban una pequeña parte. No obstante, se aplican algunos aspectos: el reclutamiento laboral como el ímpetu inicial, el predominio de hombres jóvenes en las primeras etapas, la formación de familias, el establecimiento a largo plazo y el surgimiento de

minorías étnicas. Las migraciones de trabajadores hacia Inglaterra, Alemania y Francia en los siglos XIX y XX se ajustan bien al modelo. Sus intenciones originales eran temporales pero llevaron a la reunificación familiar y al establecimiento. En cuanto a las migraciones hacia América y Australia en el siglo XIX y principios del XX, por lo general se cree que la mayoría de los migrantes llevaban la intención del establecimiento permanente. Pero muchos hombres y mujeres jóvenes se trasladaron con el objeto de trabajar por unos cuantos años y luego regresar a casa. Algunos regresaron, pero en el largo plazo la mayoría permaneció en el Nuevo Mundo, formando, con frecuencia, nuevas comunidades étnicas. Aquí también parece aplicarse el modelo.

Es claro que el estudio del trabajo migrante no es la única manera de ver la historia de la migración. Los movimientos que resultan de la persecución política y religiosa siempre han sido importantes; además, han jugado un papel importante en el desarrollo de países tan diversos como Estados Unidos y Alemania. A menudo es imposible establecer líneas claras entre los distintos tipos de migración. Los sistemas de migración laboral siempre han conducido a un cierto grado de establecimiento, al igual que los movimientos de colonos y refugiados siempre han estado vinculados con la economía política del desarrollo capitalista.

El periodo que se extendió más o menos entre 1850 y 1914 fue una era de migración masiva en Europa y América del norte. La industrialización fue causa tanto de la emigración, como de la inmigración (algunas veces en el mismo país, como muestra el caso de Gran Bretaña). Después de la guerra de 1914, la xenofobia y el estancamiento económico causaron una baja considerable en la migración; los movimientos a gran escala del periodo precedente parecían las consecuencias de una constelación única e irrepetible. Cuando se suscitó un crecimiento económico rápido y sostenido, después de la Segunda Guerra Mundial, la nueva era de la migración habría de tomar al mundo por sorpresa.

Lecturas recomendadas

Cohen (1987) ofrece una valiosa visión panorámica del trabajo migrante en la división internacional del trabajo, mientras que Potts (1990) presenta una historia de la migración que va desde la esclavitud y el trabajo contratado, hasta los modernos sistemas de trabajadores huéspedes. Blackburn (1988) y Fox-Genovese y Genovese (1983) analizan la esclavitud y su papel en el desarrollo capitalista. Archdeacon (1983) examina la inmigración en la historia de Estados Unidos, y muestra cómo oleadas sucesivas de recién llegados se han "convertido en americanos". Para los lectores en lengua alemana, Dohse (1981) proporciona un interesante análisis histórico del papel del Estado en el control de la mano de

obra migrante en Alemania. Cross (1983) narra en detalle el papel de los trabajadores migrantes en la industrialización francesa, De Lepervanche (1975) muestra cómo las divisiones jugaron un papel central en la formación de la clase trabajadora australiana, en tanto que Homze (1967) describe la explotación extrema de la fuerza de trabajo migrante practicada por la máquina de guerra nazi. Moch (1992) hace un buen trabajo sobre las primeras experiencias de migración europea, mientras que muchas contribuciones que se incluyen en Cohen (1995) versan sobre la historia de la migración.

Capítulo 3

La migración a los países altamente desarrollados a partir de 1945

DESDE QUE la Segunda Guerra Mundial llegó a su fin, las migraciones internacionales han crecido en volumen y cambiado su carácter. Se han dado dos fases. En la primera, de 1945 a principios de los años setenta, la principal estrategia económica del gran capital era la concentración de la inversión y la expansión de la producción en los países que ya estaban altamente desarrollados. En consecuencia, grandes cantidades de trabajadores migrantes eran atraídos desde los países menos desarrollados hacia las áreas industriales que se expandían rápidamente: Europa occidental, Norteamérica y Australia. El final de esta fase estuvo marcada por la “crisis petrolera” de 1973-1974. La recesión que vino después impulsó una reestructuración de la economía mundial, lo cual implicó inversión de capital en las nuevas áreas industriales, patrones modificados de intercambio mundial e introducción de nuevas tecnologías. Resultado de ello fue una segunda fase de migración internacional, que inició a mediados de los años setenta y alcanzó su punto más alto en los años ochenta y noventa. Esta fase implicó nuevos y complejos patrones que afectaron tanto a los viejos países de inmigración como a los nuevos países de recepción. Este capítulo discute los movimientos migratorios posteriores a 1945 hacia los países altamente desarrollados, que incluyen Europa, Norteamérica y Australia. La migración laboral hacia Japón, que no era significativa antes de mediados de los ochenta, se discute en el capítulo 6, en el contexto de la migración de la región asiática.

Migración durante la gran prosperidad

Una revisión minuciosa de literatura no es posible aquí. Para Europa la descripción se basa principalmente en nuestros propios trabajos: Castles y Kosack (1973); M.J. Miller (1981); Castles, Booth y Wallace (1984); Castles (1986); Castles (1989). Para Estados Unidos recomendamos Briggs (1984); Portes y Rumbaut (1996). Para Australia, véase Collins (1991). Para visiones generales útiles, véase Kritz, Keely y Tomasi (1983); Cohen (1987); *International Migration Re-*

view (1989). Las referencias precisas se dan sólo cuando son absolutamente necesarias.

Entre 1945 y principios de 1970, tres tipos principales de migración fueron la base de la formación de nuevas poblaciones étnicamente distintas en los países industriales avanzados:

- migración de los trabajadores desde la periferia europea a Europa occidental, con frecuencia a través de los “sistemas de trabajadores huéspedes”;
- migración de “trabajadores coloniales” hacia los antiguos poderes coloniales;
- migración permanente a Norteamérica y Australia, al principio desde Europa y más tarde desde Asia y América Latina.

El momento preciso de estos movimientos tuvo variaciones: comenzaron más tardíamente en Alemania y terminaron más temprano en Gran Bretaña, en tanto que la migración hacia Estados Unidos creció en forma rápida tras las reformas migratorias de 1965 y, a diferencia de las migraciones hacia Europa occidental y Australia, no disminuyó en absoluto sino hasta mediados de los setenta. Aquí examinamos estos tres tipos que dieron lugar a la reunificación familiar y a otros tipos de migración en cadena. También hubo otros tipos de migración que no abordamos, dado que no contribuyeron de manera decisiva a la formación de minorías étnicas, estos son:

- movimientos masivos de refugiados europeos al final de la Segunda Guerra Mundial (los movimientos de refugiados posteriores a 1945 fueron más significativos en el caso de Alemania, como se discute en el capítulo 7);
- migraciones de retorno de antiguos colonizadores hacia sus países de origen cuando las colonias lograron su independencia.

Los trabajadores extranjeros y los sistemas de “trabajadores huéspedes”

Todos los países altamente industrializados de Europa occidental, hicieron uso del reclutamiento de mano de obra en algún momento entre 1945 y 1973, aunque ello en ocasiones tuvo un papel menos importante que los ingresos espontáneos de trabajadores extranjeros. Las economías en rápida expansión eran capaces de utilizar las reservas de mano de obra de la periferia europea: los países mediterráneos, Irlanda y Finlandia. En algunos casos el atraso económico era consecuencia de la colonización anterior (Irlanda, Finlandia, África del norte). En el caso del sur de Europa, el subdesarrollo era resultado de

estructuras políticas y sociales anticuadas, reforzadas por la devastación de la guerra.

Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, el gobierno británico ingresó 90,000 personas de los campos de refugiados e Italia, sobre todo trabajadores varones a través del esquema trabajador europeo voluntario (TEV). Los TEV estaban limitados a puestos asignados, no tenían derecho a la reunificación familiar y podían ser deportados por indisciplina. El esquema era bastante pequeño y sólo operó hasta 1951, debido a que era más fácil hacer uso de los trabajadores coloniales (véase más adelante). Otros 100,000 europeos entraron a Gran Bretaña con permisos de trabajo entre 1946 y 1951 y cierta migración europea continuó posteriormente, aunque no fue un flujo significativo (Kay y Miles, 1992).

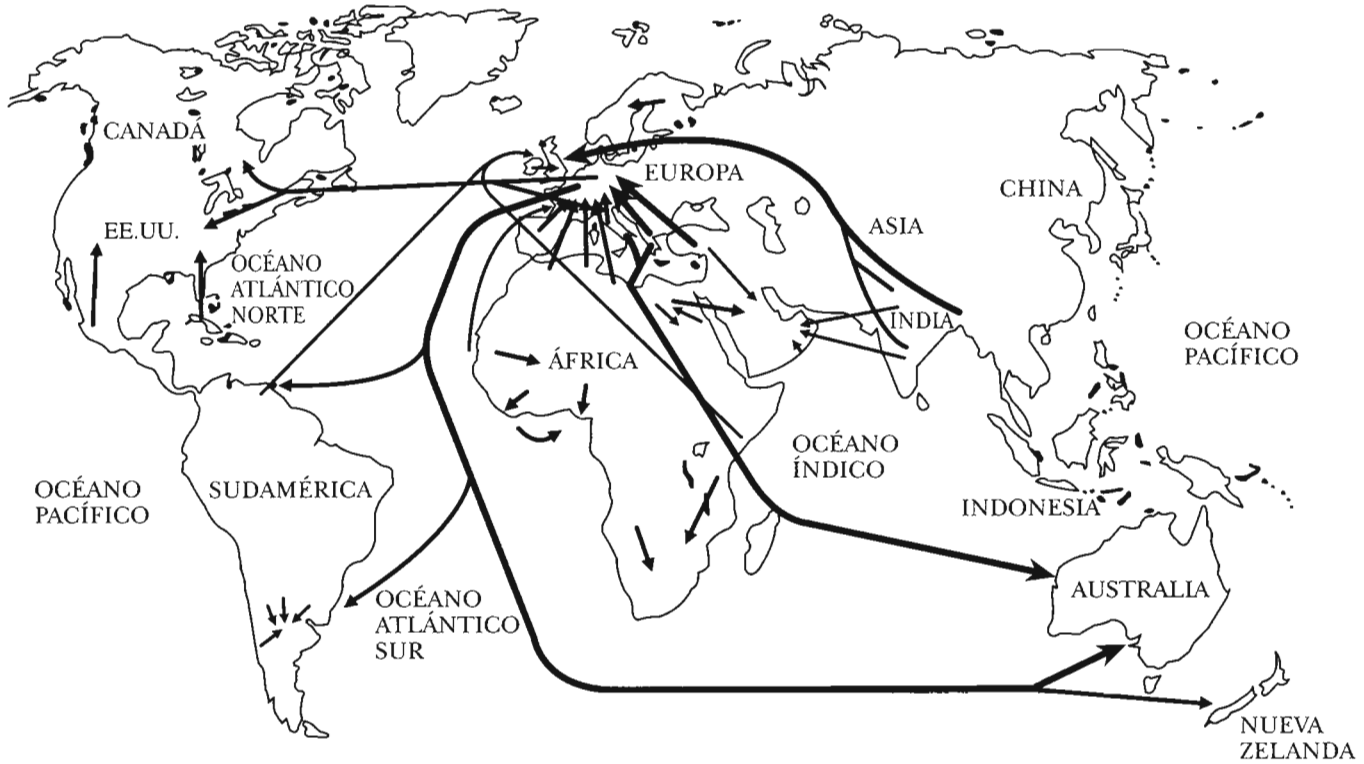
Bélgica también empezó a reclutar trabajadores extranjeros inmediatamente después de la guerra. Se trataba en forma primordial de italianos empleados en las minas de carbón y en la industria del hierro y el acero. El sistema funcionó hasta 1963, tras de que a los trabajadores extranjeros se les permitió llegar por sí solos. Muchos llevaron consigo a sus dependientes económicos y se establecieron de manera permanente, alterando la composición étnica de las áreas industriales de Bélgica.

Francia estableció una Office National d'immigration (ONI) en 1945 para organizar el reclutamiento de trabajadores del sur de Europa. La migración se veía como una solución a las carencias de empleo en la posguerra y a lo que Francia denominó su "insuficiencia demográfica". En vista de que continuaban las bajas tasas de nacimiento y las pérdidas por la guerra, se preveía un establecimiento familiar masivo. La ONI coordinaba también el empleo de hasta 150,000 jornaleros temporales por año, provenientes sobre todo de España. Para 1970, residían en Francia dos millones de trabajadores extranjeros y 690,000 dependientes. Muchos percibían más fácil el llegar como "turistas", obtener un empleo y luego regularizar su situación. Esto se aplicaba en particular a los trabajadores portugueses y españoles que huían de sus respectivas dictaduras y que en general carecían de pasaportes. Para 1968, las estadísticas de la ONI revelaban que el 82 por ciento de los extranjeros que eran admitidos por ella habían llegado como "clandestinos". En todo caso, no tenía jurisdicción sobre ciudadanos franceses de departamentos y territorios en ultramar, o de algunas ex colonias (véase más adelante).

De 1945 a 1974 Suiza siguió una política de importación de mano de obra a gran escala. Los patrones reclutaban a los trabajadores extranjeros fuera del territorio suizo, mientras que el gobierno controlaba la admisión y la residencia. El cambio de empleo, el establecimiento permanente y la reunificación familiar se prohibieron a los trabajadores temporales hasta mediados de los años

MAPA 4
MIGRACIONES MUNDIALES, 1945-1973

Nota: las dimensiones de las flechas dan sólo aproximaciones del tamaño del movimiento



sesenta. Se hacía uso considerable de los trabajadores que cruzaban las fronteras cotidianamente. Las estadísticas suizas incluyen estos dos grupos como parte de la fuerza laboral pero no de la población: “trabajadores huéspedes” *par excellence*. La industria suiza se volvió dependiente en alto grado de los trabajadores extranjeros, los que componían cerca de un tercio de la fuerza de trabajo a principios de los años setenta. La necesidad de atraer y conservar a los trabajadores, en combinación con la presión diplomática de Italia, llevó a un relajamiento en la reunificación familiar y en la estancia permanente, de modo que Suiza también experimentó el establecimiento y la formación de comunidades migrantes.

Los ejemplos podrían continuar: Holanda llevó “trabajadores huéspedes” en los años sesenta y principios de los setenta, las industrias de Luxemburgo dependían en alto grado del trabajo extranjero y Suecia empleó trabajadores de Finlandia y países del sur de Europa. Otro caso que vale la pena mencionar es el de Italia, en el que la migración proveniente del sur subdesarrollado fue crucial para el despegue económico del triángulo industrial del norte entre Milán, Turín y Génova en los años sesenta: se trataba de migración interna, pero muy similar en su carácter económico y social a los movimientos de trabajadores extranjeros en otros países europeos. El caso clave para entender el “sistema de trabajadores huéspedes” lo constituyó la República Federal de Alemania (RFA), que estableció un aparato de reclutamiento altamente organizado por parte del Estado (véase recuadro 6).

En la RFA vemos en su forma más desarrollada todos los principios –pero también las contradicciones– de los sistemas de reclutamiento de mano de obra extranjera. Éstos incluyen la creencia en la estancia temporal, la restricción del mercado de trabajo y los derechos cívicos, el reclutamiento de trabajadores solteros (al principio varones, cada vez más mujeres con el transcurso del tiempo), la incapacidad para evitar por completo la reunificación familiar, el cambio gradual hacia una estancia prolongada, las presiones inexorables para el establecimiento y la formación de comunidades. Llevó más lejos al sistema, pero su elemento central –la distinción legal entre el estatus de ciudadano y el de extranjero como criterio para determinar los derechos políticos y sociales– habría de encontrarse en toda Europa (véase Hammar, 1985a).

Los acuerdos multinacionales y bilaterales se utilizaron también para facilitar la migración de mano de obra. El libre tránsito de los trabajadores dentro de la Comunidad Europea (CE) que entró en práctica en 1968, fue relevante sobre todo para los trabajadores italianos que iban a Alemania; mientras que el mercado laboral nórdico afectó a los finlandeses que iban a Suecia. Los acuerdos de la CE fueron el primer paso hacia la creación de un “mercado laboral europeo” que habría

RECUADRO 6
EL SISTEMA ALEMÁN DE "TRABAJADORES HUÉSPEDES"

El gobierno alemán empezó a reclutar trabajadores huéspedes a mediados de los años cincuenta. La Oficina Federal del Trabajo (OFT) (Bundesanstalt für Arbeit) estableció oficinas de reclutamiento en los países del mediterráneo. Los patrones que requerían mano de obra extranjera pagaban una cuota a la OFT, la que seleccionaba a los trabajadores poniendo a prueba las habilidades para el empleo, realizando exámenes médicos y revisando los archivos policiales. Los trabajadores eran llevados en grupos a Alemania, donde los patrones debían proporcionar el alojamiento inicial. El reclutamiento, las condiciones de trabajo y la seguridad social estaban regulados por acuerdos bilaterales entre la RFA y los países de salida: primero Italia, luego Grecia, Turquía, Marruecos, Portugal, Túnez y Yugoslavia.

La cifra de trabajadores extranjeros en la RFA ascendió de 95,000 en 1956 a 1'300,000 en 1966 y 2'600,000 en 1973. Esta migración masiva fue consecuencia de una rápida expansión industrial y del salto a nuevos métodos de producción masiva que requerían grandes cantidades de trabajadores con poca capacitación. Las trabajadoras extranjeras desempeñaron un papel importante, en especial en los últimos años: su mano de obra era muy solicitada en textiles, ropa, bienes eléctricos y otros sectores de la manufactura.

Las políticas alemanas concebían a los migrantes como unidades temporales de mano de obra que podían ser reclutadas, utilizadas y regresadas según requirieran los patrones. Para entrar y permanecer en la RFA, un migrante necesitaba un permiso de residencia y uno de trabajo. Éstos se concedían por periodos restringidos; con frecuencia sólo eran válidos para empleos y áreas específicas. Se desanimaba el ingreso de los dependientes. El permiso podría retirarse al trabajador por una diversidad de razones, lo que traía como resultado que se le deportara.

Sin embargo, era imposible evitar la reunificación familiar y el establecimiento. Con frecuencia los migrantes oficialmente reclutados convencían a sus patrones para que solicitaran a sus esposas o esposos como trabajadores. En los años sesenta, la competencia por los trabajadores con otros países de importación de mano de obra llevó a la relajación de las restricciones para la entrada de los dependientes. Las familias se establecieron y nacieron los hijos. La mano de obra extranjera comenzaba a perder su movilidad mientras sus costos sociales (vivienda, educación y salud) ya no podían evitarse. Cuando el gobierno federal detuvo el reclutamiento de mano de obra en noviembre de 1973, la motivación no fue sólo la "crisis petrolera" sino también el darse cuenta, tardíamente, que se estaba dando una inmigración permanente.

de hacerse realidad en 1993. Sin embargo, en los años sesenta, y principios de los setenta, el movimiento laboral dentro de la comunidad, de hecho estaba disminuyendo por la equiparación gradual de los salarios y los estándares de vida dentro

TABLA I
POBLACIÓN MINORITARIA EN LOS PRINCIPALES PAÍSES
DE INMIGRACIÓN DE EUROPA OCCIDENTAL, 1950-1975
(Miles)

<i>País</i>	<i>1950</i>	<i>1960</i>	<i>1970</i>	<i>1975</i>	<i>Porcentaje total de población</i>
Alemania (RFA)	548	686	2,977	4,090	6.6
Bélgica	354	444	716	835	8.5
Francia	2,148	2,663	3,339	4,196	7.9
Gran Bretaña	1,573	2,205	3,968	4,153	7.8
Holanda	77	101	236	370	2.6
Suecia	124	191	411	410	5.0
Suiza	279	585	983	1,012	16.0

Fuente: Castles *et al.* (1984: 87-88) (donde se enlistan en detalle las fuentes).

Notas: Las cifras para todos los países, con excepción de Gran Bretaña, son para residentes extranjeros. No incluyen a las personas naturalizadas y a los inmigrantes de las colonias holandesas o francesas. Los datos de Gran Bretaña son cifras de los censos de 1951, 1961 y 1971 y estimaciones para 1975. Los datos de 1951 y 1961 son para personas nacidas en el extranjero y no incluyen a los hijos de inmigrantes en Gran Bretaña. Las cifras de 1971 y 1975 incluyen a los hijos nacidos en Gran Bretaña de dos padres nacidos en el extranjero.

de la CE, mientras que la migración desde fuera de la comunidad aumentaba. La tabla 1 muestra el desarrollo de las poblaciones minoritarias que se suscitó a partir de la migración en países europeos seleccionados hasta 1975.

Trabajadores coloniales

La migración de las antiguas colonias fue importante para Gran Bretaña, Francia y Holanda. Entre 1946 y 1959, Gran Bretaña tuvo un flujo neto de entrada de alrededor de 350,000 personas provenientes de Irlanda, su reserva tradicional de mano de obra. Los trabajadores irlandeses aportaban trabajo manual para la industria y la construcción, muchos trasladaron a sus familias estableciéndose en forma permanente. Los residentes irlandeses en Gran Bretaña gozaban de todos los derechos cívicos, incluyendo el voto. La inmigración de trabajadores de la Nueva Commonwealth (las antiguas colonias británicas en el Caribe, el subcontinente hindú y África) empezó después de 1945 y se incrementó durante la década de los cincuenta. Algunos trabajadores llegaron a consecuencia del reclutamiento efectuado por el transporte de Londres, pero la mayoría migró de manera espontánea en respuesta a la demanda de mano

de obra. Para 1951 había 218,000 personas con orígenes en la Nueva Commonwealth (incluyendo a Paquistán, que más tarde dejó la Commonwealth), cantidad que se incrementó a 541,000 en 1961. El ingreso de los trabajadores provenientes de la Nueva Commonwealth casi se detuvo después de 1962, en parte por la introducción de severas restricciones a partir del Acta de Inmigrantes de la Commonwealth en 1962 y en parte como resultado del inicio temprano del estancamiento económico en Gran Bretaña.

No obstante, la mayoría de los inmigrantes de la Commonwealth habían llegado para quedarse; la reunificación familiar continuó hasta que fue restringida por el Acta de Inmigración de 1971. La población con origen en la Nueva Commonwealth ascendió a 1'200,000 en 1971 y 1'500,000 en 1981. En Gran Bretaña, la mayoría de los inmigrantes afrocaribeños y asiáticos, así como sus hijos gozaban de la ciudadanía formal (aunque esto ya no se aplica a los admitidos desde el Acta de Nacionalidad de 1981). Su estatus minoritario no estaba definido por ser extranjeros, sino por la extendida discriminación institucional e informal. La mayoría de los trabajadores negros y asiáticos encontraban en la industria y los servicios empleos manuales de baja capacitación; en los centros de las ciudades surgió un alto grado de segregación residencial. La desventaja educativa y social se convirtió en un obstáculo más para que la movilidad los sacara de sus posiciones iniciales de bajo estatus. Para los años setenta, era inevitable el surgimiento de minorías étnicas.

Francia experimentó una migración espontánea a gran escala, con origen en sus antiguas colonias, al igual que en el sur de Europa. Para 1970, había más de 600,000 argelinos, 140,000 marroquíes y 90,000 tunecinos. Muchos trabajadores negros llegaron también provenientes de las antiguas colonias de África occidental: Senegal, Malí y Mauritania. Algunos de estos migrantes arribaron antes de la independencia, cuando todavía eran ciudadanos franceses. Otros llegaron más tarde a través de arreglos de migración preferencial o de manera ilegal. La migración de Argelia estaba regulada por acuerdos bilaterales que daban a los migrantes argelinos un estatus único. Los marroquíes y tunecinos, en contraste, eran admitidos a través de la ONI. Muchas personas provenían también de los departamentos y territorios como Guadalupe, La Martinica y Reunión. Eran ciudadanos franceses, de modo que no existían estadísticas de migración, aunque en 1972 los cálculos los situaban entre 250,000 y 300,000. Estas migraciones estaban dominadas al principio por los hombres, pero hubo un crecimiento en la proporción de mujeres a medida que maduró el movimiento. Los inmigrantes no europeos en Francia eran relegados al fondo del mercado de trabajo, y laboraban con frecuencia bajo condiciones de gran explotación. La vivienda por lo regular estaba segregada y era de baja calidad; en efecto, en los años sesenta aparecieron "ciudades perdidas" (conocidas como *bi-*

donvilles). Los grupos de extrema derecha comenzaron a someter a los inmigrantes no europeos a campañas de violencia racial: en 1973, fueron asesinados 32 norafricanos.

Holanda recibió dos flujos principales provenientes de ex colonias. Entre 1945 e inicios de los años sesenta ingresaron hasta 300,000 "repatriados" de las antiguas Indias orientales holandesas (hoy Indonesia). Aunque la mayoría había nacido en ultramar y muchos de ellos tenían padres de origen mixto, holandés e indonesio, eran ciudadanos holandeses. La política oficial de asimilación parece que funcionó bien en este caso; hay poca evidencia de racismo o discriminación contra este grupo. La excepción la conforman los 32,000 molucanos que querían regresar a su terruño si éste lograba la independencia de Indonesia. Permanecieron segregados en campamentos, y rechazaron integrarse en la sociedad holandesa. A finales de los años setenta, su falta de apego provocó varios incidentes violentos. Después de 1965 llegó una cantidad mayor de trabajadores negros provenientes del territorio caribeño de Surinam. En 1975, se alcanzó una cima en los dos años previos a la independencia, momento en el cual los originarios de Surinam (a excepción de aquellos que ya vivían en Holanda) perdieron la ciudadanía holandesa. Para finales de los setenta se calculaba que había unos 160,000 surinameses en ese país.

Migración permanente a Norteamérica y Australia

La migración en gran escala hacia Estados Unidos se desarrolló más tarde que en Europa occidental, debido a la legislación restrictiva puesta en práctica en los años veinte. Ingresaban anualmente en promedio 250,000 personas en el periodo 1951-1960 y 330,000 por año entre 1961-1970: una gran distancia respecto al promedio de 880,000 inmigrantes anuales entre 1901 y 1910. El censo de 1970 mostró que la cantidad de personas nacidas en el extranjero había descendido a 9'600,00, tan sólo el 4.7 por ciento de la población (Briggs, 1984: 7). Las enmiendas de 1965 al Acta de Inmigración y Nacionalidad fueron vistas como parte de la legislación de los derechos civiles del periodo, diseñada para retirar el sistema de cuotas según origen nacional. No se esperaba ni se tenía la intención de que tuviera como consecuencia una inmigración a gran escala proveniente de Europa (Borjas, 1990: 29-33). De hecho, las enmiendas crearon un sistema de inmigración a nivel mundial donde el criterio más importante para la admisión era el parentesco con ciudadanos o residentes de Estados Unidos. El resultado fue un aumento dramático de migración proveniente de Asia y América Latina.

Los patrones de Estados Unidos, en particular de la agricultura, reclutaron en México y el Caribe también a trabajadores migrantes temporales, sobre todo

hombres. Los trabajadores nacionales organizados fueron bastante críticos y argumentaban que se verían desplazados y disminuirían los sueldos. Las políticas del gobierno variaban: en ocasiones se introdujeron sistemas de reclutamiento temporal de mano de obra como el Programa Bracero mexicano de los años cuarenta. En otros periodos el reclutamiento estuvo formalmente prohibido, pero se le toleraba tácitamente, lo que implicó la presencia de gran cantidad de trabajadores ilegales. Es significativo que las enmiendas de 1952 a la ley de inmigración de Estados Unidos incluyeran la "condición de Texas" que se interpretaba como una forma de evitar el castigo a los patrones que emplearan trabajadores extranjeros no autorizados.

Canadá instauró políticas de inmigración masiva después de 1945. Al principio sólo se admitían europeos. La mayoría de quienes llegaban eran británicos, pero pronto los europeos del sur y del este jugaron un papel de creciente importancia. Los mayores flujos de inmigrantes de los años cincuenta y sesenta eran de alemanes, italianos y holandeses. La introducción de un "sistema de puntos" que no discriminara al evaluar a migrantes potenciales después del Acta White Paper de 1966, abrió la puerta para migrantes no europeos. Los principales países de origen en los años setenta fueron Jamaica, India, Portugal, Filipinas, Grecia, Italia y Trinidad (Breton *et al.*, 1990: 14-16). A lo largo del periodo se estimuló la llegada familiar y los inmigrantes eran vistos como colonizadores y futuros ciudadanos.

Australia inició un programa de inmigración masiva después de 1945, pues los diseñadores de política creían que la población de 7'500,000 necesitaba aumentar por razones económicas y estratégicas. Para más detalles y fuentes sobre Australia, véase Collins (1991); Castles *et al.* (1992c). La política, que se resume en el lema popular "poblar o perecer" era de inmigración familiar permanente. El objetivo inicial era de 70,000 migrantes por año, con una proporción de 10 británicos por cada "extranjero". No obstante, resultó imposible atraer suficientes migrantes británicos. El Departamento de Inmigración empezó a reclutar refugiados de los países bálticos y eslavos, que eran percibidos como "racialmente aceptables", y anticomunistas. En forma gradual se amplió el concepto de "razas europeas aceptables" para incluir a los europeos del norte y del sur. En los años cincuenta, los principales puntos de origen de los migrantes eran Italia, Grecia y Malta. Los no europeos se rechazaban en forma absoluta ya que la idea de una Australia blanca seguía vigente. A pesar de la política de migración familiar, había exceso de varones entre quienes ingresaban, lo cual llevó a esquemas para estimular que mujeres solteras llegaran de Gran Bretaña y otros lugares. No fue sino hasta 1975 que se les permitió a las mujeres migrar como jefas de familia.

La inmigración era vista en gran parte como el motor del crecimiento de la posguerra: de 1947 a 1973 aportó el 50 por ciento del crecimiento de la fuer-

za de trabajo, lo que dio a Australia la tasa más alta de incremento de cualquiera de los países de la OCDE. Para finales de los años sesenta, se hizo más difícil atraer migrantes del sur de Europa, además, muchos regresaban a sus terruños como respuesta a los desarrollos económicos allá. La respuesta fue una mayor liberalización en la reunificación familiar, el reclutamiento en Yugoslavia y América Latina, aunado a cierta relajación de la política de Australia blanca. Para los años setenta, la industria de la manufactura se apoyaba fuertemente en la mano de obra migrante y los empleos en las fábricas eran conocidos popularmente como “trabajo migrante”.

Perspectivas comparativas

Una característica común en los movimientos migratorios del periodo 1945-1973 es el predominio de los motivos económicos. Las migraciones de los trabajadores extranjeros hacia Europa occidental estuvieron motivadas en forma primordial por consideraciones económicas, tanto de parte de los migrantes como de los patrones y los gobiernos. Lo mismo se aplica para el reclutamiento de trabajadores migrantes temporales en la agricultura estadounidense. Los motivos económicos desempeñaron un papel fundamental en el programa australiano de migración posterior a la guerra, aun cuando el fortalecimiento demográfico fue también un factor a considerar. Los trabajadores coloniales que migraron hacia Gran Bretaña, Francia y Holanda, tuvieron, por lo general, razones económicas, aunque para los gobiernos las consideraciones políticas también desempeñaron un papel (como el deseo de mantener vínculos con las antiguas colonias). La migración permanente hacia Estados Unidos fue quizá el movimiento en que los factores económicos eran menos dominantes. Aun así, los propios migrantes con frecuencia tenían motivaciones económicas y su mano de obra desempeñó un papel de importancia en el crecimiento de la economía estadounidense. Por supuesto que también hubo migraciones de refugiados en las que las motivaciones económicas eran de importancia secundaria. Los móviles básicamente económicos para la migración habrían de hacerse cada vez menos notorios en el periodo posterior a 1973.

¿Qué tan importante fue la migración de mano de obra para las economías de los países receptores? Algunos economistas argumentan que fue crucial para la expansión. Los migrantes reemplazaron a los trabajadores locales, los que durante la expansión estuvieron en posibilidad de conseguir trabajos que requerían más habilidades. Sin la flexibilidad que proporcionaba la migración, se habrían generado cuellos de botella en la producción, además de tendencias inflacionarias. No obstante, otros economistas han afirmado que la inmigración redujo el incentivo para la racionalización, lo que conservó como viables

las firmas de baja productividad y éstas retrasaron la transformación hacia formas de producción con mayor intensidad de capital. Esos observadores afirman también que el gasto de capital social en vivienda y servicios sociales para los inmigrantes redujo el capital disponible para la inversión productiva. En general hay pocas dudas de que los países de alta inmigración neta, como la RFA, Suiza, Francia y Australia tenían las tasas más altas de crecimiento en el periodo 1945-1973. Países con inmigración neta relativamente baja (como Gran Bretaña y Estados Unidos en esa época) tuvieron tasas mucho más bajas de crecimiento. Para mayor exposición sobre estos temas véase Castles y Kosack (1973: capítulo 9) y Castles *et al.* (1984: capítulo 2). De ahí que resulte convincente el argumento de que la inmigración fue económicamente benéfica en este periodo.

Otro rasgo general del periodo 1945-1973 fue una creciente diversificación en las áreas de origen, además de un incremento en las diferencias culturales entre los migrantes y las poblaciones receptoras. Al principio del periodo, la mayoría de los migrantes hacia todos los países receptores provenían de diferentes partes de Europa. Con el transcurso del tiempo, proporciones cada vez mayores provenían de Asia, África y América Latina. Esta tendencia habría de accentuarse aún más en el periodo siguiente.

Resulta ilustrativa la comparación de la situación de los trabajadores coloniales frente a la de los trabajadores huéspedes. Las diferencias son obvias: los trabajadores coloniales eran ciudadanos del antiguo poder colonial o tenían derechos preferenciales para entrar y vivir ahí. Por lo común llegaban de manera espontánea, con frecuencia siguiendo las líneas de comunicación establecidas en el periodo colonial. Una vez que ingresaban, por lo general gozaban de derechos civiles y políticos; la mayoría (aunque no todos) tenía la intención de quedarse permanentemente. Por otra parte, los trabajadores huéspedes y otros extranjeros no eran ciudadanos. Sus derechos se veían severamente restringidos; algunos llegaban de manera espontánea y eran capaces de regularizar su situación; otros llegaban ilegalmente y trabajaban sin documentos. Casi siempre eran vistos como trabajadores y se esperaba que se fueran después de unos cuantos años.

Aunque también hay similitudes, de manera especial en las situaciones económicas y sociales de las dos categorías. Las personas que componen éstas se concentraban abrumadoramente en el trabajo manual que requería escasa calificación, sobre todo en la industria y la construcción. Ambos tendían a sufrir por las condiciones deplorables de la vivienda, por las pobres condiciones sociales y por las desventajas educativas. Con el tiempo, llegaba a darse cierta convergencia en las situaciones legales, con alguna mejora en la reunificación familiar y los derechos sociales de los trabajadores extranjeros, mientras que los migrantes coloniales perdieron muchos de sus privilegios. Por último, ambos

grupos se vieron afectados por procesos de marginación similares, lo que llevó a cierto grado de separación del resto de la población al situarse en una posición de minoría étnica.

Migración en el periodo de reestructuración económica global

La restricción al reclutamiento organizado de trabajadores manuales por parte de los países industrializados, a inicios de los años setenta fue una reacción a la reestructuración fundamental de la economía mundial. El siguiente periodo se vio marcado por:

- a)* cambios en los patrones de inversión global, lo que incrementó la exportación de capital desde los países desarrollados y el establecimiento de industrias manufactureras en áreas previamente subdesarrolladas;
- b)* la revolución microelectrónica que ha reducido la necesidad de trabajadores manuales en la industria;
- c)* la erosión de las tradicionales ocupaciones manuales calificadas en los países altamente desarrollados;
- d)* la expansión en el sector de los servicios, que demanda a la vez trabajadores con alta capacitación y trabajadores con escasa calificación;
- e)* crecientes sectores informales en las economías de los países desarrollados;
- f)* crecimiento en el empleo informal, aumento en el trabajo de tiempo parcial, condiciones cada vez más inseguras de empleo;
- g)* una creciente diferenciación de las fuerzas laborales con base en el género, la edad y la etnia, a través de mecanismos que empujan a las mujeres, a los jóvenes y a los miembros de las minorías hacia el sector informal o casual del empleo; que fuerzan al retiro temprano de los trabajadores con habilidades obsoletas.

Estas transformaciones han tenido efectos dramáticos en África, Asia y América Latina. En algunos lugares se ha dado una rápida industrialización y un acelerado cambio social, lo que ha llevado a la emergencia de los “países industrializados recientemente” (PIR). En los países de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), la reinversión de las ganancias del petróleo después de 1973 llevó a la industrialización y al cambio social. Pero en grandes áreas de África, América Latina y Asia, han fracasado las estrategias de desarrollo poscoloniales. Muchos países están marcados por un rápido crecimiento poblacional, sobreexplotación y destrucción de los recursos naturales, urbanización sin control, inestabilidad política, condiciones de vida en deterioro, pobreza e

incluso hambre. De ahí que la idea del “Tercer Mundo” como un área con problemas económicos y perspectivas de desarrollo comunes ha perdido su significado; ha sido reemplazada en gran parte por la de un “abismo entre el norte y el sur”. La crisis económica y el cambio social en el sur generan nuevas presiones que empujan a la migración hacia el norte.

Estos desarrollos han llevado a transformaciones considerables en los patrones migratorios y nuevas formas de migración. Las tendencias principales incluyen:

- a) un notable descenso de la migración de mano de obra organizada por los gobiernos hacia Europa occidental, al que ha seguido en los años noventa, el surgimiento de una segunda generación de políticas de trabajadores extranjeros temporales;
- b) reunificación familiar de los que fueran trabajadores extranjeros y coloniales y la formación de nuevas minorías étnicas;
- c) transición de muchos países del sur y centro de Europa de ser de emigración a inmigración;
- d) continuidad de la migración hacia los “países clásicos de inmigración” de América del norte y Oceanía; sin embargo, ahora presenta grandes cambios en las áreas de origen y formas de migración;
- e) nuevos movimientos migratorios (tanto internos como internacionales) en conexión con el cambio económico y social en los PIR;
- f) reclutamiento por parte de los países ricos en petróleo de mano de obra extranjera proveniente sobre todo de países menos desarrollados;
- g) desarrollo de movimientos masivos de refugiados y solicitantes de asilo, por lo general en un traslado que va del sur hacia el norte, pero también (en especial después de la caída del bloque soviético) del este al oeste;
- h) movilidad internacional creciente de personal altamente calificado en flujos tanto temporales como permanentes;
- i) proliferación de la migración ilegal y de políticas de legalización.

Más adelante y en el capítulo 4 se examinan estos movimientos con mayor detalle. Los principales flujos de población del periodo posterior a 1973 se muestran en el mapa 1.

Los migrantes y las minorías en Europa occidental

El periodo posterior a 1973 fue de consolidación y normalización demográfica de las poblaciones inmigrantes en Europa occidental. El reclutamiento, tanto de trabajadores extranjeros como coloniales cesó en gran parte. Pero después de 1990

se desarrolló una nueva generación de programas para trabajadores extranjeros temporales. Pero su escala fue pequeña en comparación con el periodo 1945-1973. Para los migrantes coloniales en Gran Bretaña, Francia y Holanda continuaron las tendencias a la reunificación familiar y el establecimiento permanente. Al mismo tiempo, el proceso de establecimiento y el surgimiento de segundas y terceras generaciones nacidas en Europa occidental, llevó a la diferenciación interna y al desarrollo de estructuras y conciencia comunitarias. Para los años ochenta, los migrantes coloniales y sus descendientes se habían convertido en grupos claramente visibles.

Por lo general, el establecimiento permanente no se había contemplado para los trabajadores extranjeros. Cuando en 1973 el gobierno alemán detuvo el reclutamiento, y otros siguieron el ejemplo, esperaban que quienes ahora eran “huéspedes” no deseados, acabaran por retirarse. Muchos estados de Europa occidental se autoproclamaron “países de inmigración cero”. De hecho, algunos trabajadores extranjeros se fueron a casa, pero muchos permanecieron. Al principio los gobiernos intentaron evitar la reunificación familiar, pero con poco éxito. Al final se aceptó a regañadientes como un derecho humano. En muchos países los tribunales desempeñaron un papel de importancia para evitar las políticas que se dirigían a violar la protección de la familia, contenida en las constituciones nacionales. Las poblaciones extranjeras cambiaron su estructura. En la RFA, por ejemplo, la cifra de varones extranjeros disminuyó ligeramente entre 1974 y 1981, pero el número de mujeres extranjeras se incrementó en un 12 por ciento, mientras que la cantidad de niños menores de 15 años creció en un 52 por ciento (Castles, Booth y Wallace, 1984: 102). En vez de disminuir, como esperaban los diseñadores de políticas, la población extranjera total de la RFA permaneció más o menos constante en cerca de cuatro millones a finales de los años setenta, para aumentar de nuevo hacia los 4'500,000 a principios de los ochenta y a más de 5 millones antes de la reunificación alemana en 1990. En 1999, residían 7'300,000 extranjeros en la Alemania reunificada (OCDE, 2001: 172). La tabla 2 ofrece información sobre el crecimiento de las poblaciones extranjeras en algunos países de inmigración en Europa.

Para 1995, el total de la población extranjera en los países europeos de la OCDE era de 19'400,000, de los cuales sólo 6'700,000 eran ciudadanos de la UE. Había 2 millones de personas del norte de África, 2'600,000 de turcos y 1'400,000 de personas provenientes de la antigua Yugoslavia (OCDE, 1997: 30). Los extranjeros que se fueron después de 1973 eran sobre todo quienes provenían de países más desarrollados, donde había cierto prospecto de empleo para aquellos que retornaran. Los que permanecieron provenían de áreas menos desarrolladas, en particular Turquía y norte de África. Fue sobre los grupos de no

TABLA 2
 POBLACIÓN EXTRANJERA RESIDENTE
 EN PAÍSES SELECCIONADOS DE LA OCDE
 (Miles)

<i>País</i>	<i>1980</i>	<i>1985</i>	<i>1990</i>	<i>1995</i>	<i>1999</i>	<i>Porcentaje total de población 1999</i>
Austria	283	272	423	724	748	10.0 ^a
Bélgica	–	845	905	910	900	8.8
Dinamarca	102	117	161	223	259	4.9
Francia	3,714 ^b	–	3,597	–	3,263	5.6 ^c
Alemania	4,453	4,379	5,242	7,714	7,344	8.9
Irlanda	–	79	80	94	126 ^d	3.3 ^d
Italia	299	423	781	991	1,520 ^e	2.6 ^e
Luxemburgo	94	98	–	138	159	36.6
Holanda	521	553	692	757	651	4.1
Noruega	83	102	143	161	179	4.0
Portugal	–	–	108	168	191	2.0
España	–	242	279	500	801	2.9
Suecia	422	389	484	532	487	5.5
Suiza	893	940	1,100	1,331	1,440	19.2
Reino Unido	–	1,731	1,875	2,060	2,208	3.8

Fuente: OCDE (1992: 131, 1997: 29, 2000, 2001); Lebon (2000: 7); Strozza y Venturini (2002: 265).

^a Cifra para 1998.

^b Cifra para 1982.

^c Para Francia metropolitana únicamente.

^d Cifra para abril del año 2000.

^e Cifra para diciembre del año 2000.

Notas: Estas cifras son para población extranjera. Por tanto, excluyen a los inmigrantes naturalizados (de importancia en particular para Francia, el Reino Unido y Suecia). Tampoco incluyen a los inmigrantes de las colonias o de antiguas colonias con la ciudadanía del país de inmigración (importantes en particular para Francia, Holanda y el Reino Unido). Las cifras para el Reino Unido en esta tabla no son comparables con las de lugar de nacimiento que aparecen en la tabla 1. Las cifras para Alemania se refieren al área de la antigua República Federal de Alemania hasta 1990 y para toda Alemania a partir de entonces. Algunos de los cálculos son propios.

europeos que se experimentó la exclusión socioeconómica a través de la discriminación y el racismo, como sucedió a los trabajadores de las antiguas colonias.

El movimiento dentro de la Comunidad Europea (CE) continuó después de 1973. Era cada vez más una migración individual, sobre todo de trabajadores calificados o personal altamente capacitado. Para finales de los años ochenta era ya una costumbre tratar a la CE (desde 1993: la UE) como un solo mercado laboral y el ver a la movilidad dentro de la UE como análoga a la migración interna dentro de una economía nacional.

En la segunda mitad de la década de los ochenta, resurgió la migración hacia Europa occidental. La principal fuerza motora fueron los problemas económicos y políticos en los países de origen. Los nuevos migrantes llegaron como trabajadores (tanto legales como ilegales) pero también cada vez más como solicitantes de asilo. Muchos provenían de África, Asia y América Latina, pero a finales de los ochenta las crisis en la Unión Soviética y en Europa del este significaron nuevos traslados del este al oeste.

Para mediados de los años noventa, los flujos de inmigración a muchos países de Europa occidental se habían estabilizado y en varios decayeron desde los máximos niveles de 1991-1992. No obstante, empezó un nuevo debate acerca de la futura necesidad de inmigrantes. La baja fecundidad conducía a una nueva caída demográfica y a una población que aumentaba en edad (Münz, 1996). Alemania comenzó a reclutar nuevos tipos de “trabajadores huéspedes” de Europa del este, con frecuencia bajo condiciones incluso más onerosas que con el antiguo “sistema de trabajadores huéspedes” (Rudolph, 1996). Aun así, Europa del este no ofrece reservas demográficas a largo plazo: la tasa total de fecundidad es baja y la expectativa de vida de hecho se reduce en algunas áreas debido a los factores ambientales (la tasa total de fecundidad es el número promedio de nacimientos por mujer durante su vida, suponiendo una fecundidad constante; la tasa necesaria para mantener constante una población es poco más de dos hijos por mujer). La alta fecundidad aunada a las poblaciones jóvenes desempleadas del norte de África y Turquía se muestran bajo una luz ambivalente ante muchos europeos. Por un lado, son vistos como fuente de mano de obra para las fábricas y los sitios de construcción, además, como quienes podrían atender a los ancianos; por el otro, hay temores de ser “inundados” por los nuevos flujos de llegada.

El debate logró un nuevo ímpetu en el año 2000, a través de un reporte en *Replacement Migration*, de la División de Población de las Naciones Unidas (UNPD, 2000), que presentaba cálculos detallados sobre la caída en la fecundidad en los países desarrollados y cómo estos afectarían el tamaño y la edad de la población. Mostraba cómo, según las tendencias actuales, las poblaciones podrían disminuir de manera dramática. Por ejemplo, la población italiana podría descender de 57 millones en el año 2000 a tan sólo 41 millones para el 2050. Esto lleva a la pregunta de si un incremento en la inmigración podría compensar el cambio demográfico, mantener el tamaño de la población general, la población en edad de trabajar, o la proporción de trabajadores respecto a los dependientes. La División de Población de las Naciones Unidas mostró que serían necesarios niveles de inmigración altos en extremo para lograr dichos objetivos; además, dejó entrever que esto no sería deseable ni realista en el contexto de las otras metas sociales y políticas. Tal conclusión fue compartida por la mayor

parte de los comentaristas y diseñadores de política. No obstante, el fuerte impacto público del reporte abrió nuevos debates sobre la necesidad de migración laboral capacitada y no capacitada hacia los países desarrollados, además ayudó a debilitar el mito de las “políticas de cero inmigración”.

Una tendencia ascendente en el patrón general de la migración internacional hacia los estados del área de la OCDE se hizo visible para 1997 y se confirmó en 1998 y 1999 (OCDE, 2001: 13). Una diversidad de factores contribuyó a ello. En los 15 estados de la UE durante 1999 se recibieron 342,000 solicitudes de asilo, en comparación con 227,000 en 1996. También hubo un número creciente de traslados de trabajadores temporales y altamente capacitados. Varios gobiernos percibían una escasez real o inminente de trabajadores altamente calificados en los sectores de la información y la comunicación. Al mismo tiempo, el avance en la edad de la población afectaba la oferta y la demanda de mano de obra en sectores como salud, educación y servicios domésticos (OCDE, 2001: 14). Emblemáticas de ello serían la aprobación por parte de Alemania de una nueva ley de inmigración en el año 2002 autorizando un aumento en la inmigración, en particular de trabajadores altamente calificados, y la decisión de Estados Unidos de autorizar una ampliación en la disponibilidad de las visas H-1B para los profesionales altamente capacitados.

Sur de Europa

Italia, España, Portugal y Grecia comprenden un claro subgrupo de estados de la UE en lo que respecta a la migración internacional. Hasta 1973 se les veía como tierras de emigración. Pero más tarde, en diferentes coyunturas y en diversos grados, sufrieron transiciones migratorias (para más explicación sobre el término véase capítulo 6) convirtiéndose en tierras de importancia tanto para la emigración como para la inmigración. En el periodo posterior a la Guerra Fría su papel como tierras de emigración había disminuido, mientras que su papel como tierras de inmigración se había acentuado. Han llegado a compartir muchas de las preocupaciones y características de sus compañeros, los estados de la UE en el norte, aunque siguen marcadas por el papel clave que juega la economía subterránea en la conformación de los flujos de entrada, la preponderancia de la migración ilegal en la migración en general y por la débil capacidad de los gobiernos para regular la migración internacional (Reyneri, 2001).

En Italia se duplicó la cantidad de extranjeros con permisos de residencia entre 1981 y 1991, de 300,000 a 600,000 y en la siguiente década esta cifra se duplicó a 1'400,000. Incluyendo a los extranjeros de menos de 18 años que viven con sus padres y por lo tanto no tienen permisos de residencia, la población extranjera total que reside legalmente alcanzó aproximadamente

1'500,000, es decir, 2.6 por ciento de la población residente en Italia durante el año 2001 (Strozza y Venturini, 2002: 265). Se calcula que existen otros 300,000 residentes extranjeros indocumentados (Calavita, 2003). La mayoría de los extranjeros con residencia legal llegaron de manera ilegal o violaron las condiciones de su visa y posteriormente fueron legalizados. Las cuatro principales legalizaciones autorizadas desde 1986 han tenido requisitos variables. El procedimiento de 1998, conocido como Ley 40, estuvo abierto a los extranjeros con trabajo y a los miembros de las familias de los extranjeros legalmente residentes. Se esperaba que unas 300,000 personas obtuvieran su residencia, en comparación con las 118,700 del periodo 1987-1988, 217,700 en 1990 y 147,900 en 1996 (OCDE, 2000: 56). Al igual que en el caso de las recientes legalizaciones españolas, muchos extranjeros que se legalizaron en Italia perderían subsecuentemente su residencia legal debido a la pérdida del empleo, a la falta de renovación de sus permisos o a problemas administrativos y, por lo tanto, es frecuente que se legalicen de nuevo. Una quinta amnistía entraba en operación en el año 2002, pero estaba asociada con nuevas leyes dirigidas a reducir la inmigración, promovidas por el gobierno de coalición de centro-derecha. Ésta había sido diseñada para facilitar la deportación de quienes no cumplieran los requisitos.

El aumento en la inmigración ha coincidido con niveles persistentemente altos de desempleo a nivel nacional, una caída dramática en la fecundidad y una aguda crisis en las áreas vecinas como Bosnia, Kosovo y Albania. No obstante, el patrón predominante parece ser la demanda por parte de los empleadores –impulsada por la economía clandestina, que se supone está mucho más difundida en Italia y otros países del sur de Europa que en el norte. La mayoría de los inmigrantes se trasladan a áreas de Italia donde hay puestos de trabajo disponibles y no a otras con alto desempleo (Reyneri, 2001).

La composición de la población extranjera residente legal ha evolucionado de manera considerable en los años recientes. Los europeos del este ahora son más que los norafricanos, aunque los marroquíes siguen siendo la comunidad más grande, pues comprenden el 11.6 por ciento de todos los extranjeros con permisos de residencia. Los albanos conforman el 10 por ciento de quienes portan permisos de residencia. Los diferentes grupos nacionales varían notablemente en términos de género, pues los inmigrantes de África y el litoral mediterráneo son predominantemente varones, mientras que los del lejano oriente y América Latina son sobre todo mujeres (Strozza y Venturini, 2002: 271).

De manera similar, España, que todavía tiene 2'500,000 ciudadanos expatriados, sufrió una notable transformación cuando la población extranjera aumentó de los 279,000 en 1990 (0.7 por ciento de la población total) a 801,000 en 1999 (2 por ciento) (OCDE, 2001: 282). Mientras que la población extranjera

representaba todavía una pequeña fracción de la población total, su importancia era desproporcionada. En 1991, los partidos políticos españoles llegaron al acuerdo de “despolitizar” los temas migratorios. Pero el pacto se resquebrajó en 1999 cuando el Partido Popular, en el poder, se alejó de él y propuso una plataforma que apoyaba políticas más restrictivas. Entre 1991 y 1999, las legalizaciones sucesivas y las admisiones por cuota tuvieron como consecuencia medio millón de solicitudes de legalización. Se legalizaron unas 273,634, incluyendo a 105,861 marroquíes. Bajo la nueva ley adoptada en el año 2000, otras 243,392 personas solicitaron su legalización. Como en Italia en los años noventa, la inmigración a España se convirtió en un tema socioeconómico y político dominante.

Una preocupación importante ha sido el incremento de las pateras, embarcaciones improvisadas que utilizan los migrantes para llegar de África a España, lo que a menudo trae consecuencias fatales. Estadísticas provisionales e incompletas para el año 2000 revelaron un inmenso crecimiento en la cifra de personas aprehendidas al usar las pateras, de 3,569 en 1999 a 14,893 en el año 2000 (López García, 2001: 129). Los temas de la inmigración bilateral debilitaron la relación entre Marruecos y España. Cuando los líderes de la UE se reunieron para discutir los asuntos de la política de inmigración española en el año 2002, los migrantes del norte de África protagonizaron protestas para expresar que estaban siendo desplazados por los trabajadores de países de Europa del este como Rumania. En el año 2000 se dieron violentos ataques contra jornaleros del norte de África en el área de El Ejido de Andalucía, como secuela del homicidio de una mujer española y el arresto subsiguiente de un joven norafricano con desequilibrio mental (Lluch, 2002).

Las tendencias centrales que afectaron la migración hacia Portugal en el periodo posterior a la Guerra Fría incluyeron el crecimiento en el número de trabajadores no calificados de origen extranjero, en especial en los servicios de construcción y en los servicios domésticos así como la expansión de la economía informal (Baganha y Reyneri, 2001). La población extranjera residente aumentó de 108,000 (1.1 por ciento de la población) a 191,000 en 1999 (1.9 por ciento) (OCDE, 2001: 282). Además, Portugal experimentó el ingreso de las antiguas colonias (en especial Mozambique, Angola, las islas de Cabo Verde y Timor oriental) después de las guerras coloniales desatadas por la Revolución de 1974. Estos inmigrantes africanos y asiáticos tenían derecho a la ciudadanía portuguesa y por lo general hablaban portugués. Muchos de ellos estaban bien integrados y formaron un grupo privilegiado, en comparación con inmigrantes europeos de países no miembros de la UE (como los ucranianos o los rumanos). Esta es una inversión interesante de jerarquías raciales más usuales en Europa. Algunas legalizaciones de residentes extranjeros indocumentados se autorizaron en 1992, 1996 y 2001.

Aun cuando unos 4 de los 10 millones de ciudadanos de Portugal continuaban residiendo en el extranjero, los inmigrantes alcanzaban una cifra mayor que los emigrados después de 1993. Los europeos del este llegaron en grandes cantidades y muchos de ellos a través del tráfico ilegal. En esa época aumentó la preocupación por la explotación de los migrantes (Dieux, 2002).

Hasta 1990, la migración internacional hacia Grecia incluyó sobre todo la repatriación de personas de orígenes étnicos griegos desde el extranjero y la llegada de refugiados en tránsito. En el periodo posterior a la Guerra Fría, la inmigración ha aumentado y los extranjeros constituyeron el 8 por ciento de una población total de cerca de 11 millones y el 13 por ciento de la fuerza de trabajo para el año 2001 (Fakiolas, 2002: 281). En el intervalo de una década, a pesar del alto desempleo, Grecia se convirtió en uno de los estados de la UE más afectados por la migración internacional, que era fundamentalmente ilegal. Una corrupción profundamente enraizada en la administración pública griega contribuyó de manera significativa al flujo de entrada (Fakiolas, 2002: 283). Grecia vio con buenos ojos la repatriación de griegos del Ponto, principalmente de las áreas de la antigua Unión Soviética; unos 150,000 ingresaron entre 1989 y 1999. Se aplicaron además medidas y procedimientos especiales a las personas de origen étnico griego procedentes de Albania. Se encontró que cierta cantidad de certificados de etnicidad expedidos legalmente por parte de los consulados griegos en el extranjero habrían sido fraudulentos (Fakiolas, 2002: 285-286).

Los musulmanes albanos, mientras tanto, se enfrentaron con un tratamiento más duro. Unos 2'400,000 extranjeros han sido deportados desde 1990 y el 80 por ciento de ellos eran albanos (Fakiolas, 2002: 290). La incidencia desastrosamente alta de expulsiones y deportaciones reflejaba la escasa capacidad del estado griego para regular la migración internacional a través de medidas como vigilar que se aplicaran las leyes contra el empleo ilegal de extranjeros y la ausencia de una política de legalización hasta 1998. Los sindicatos griegos finalmente lograron una política de legalización, pero estaba mal administrada (Papantoniou-Frangouli y Leventi, 2000). Unos 37,000 extranjeros solicitaron su legalización, pero muchos otros no conocían el procedimiento o se negaron a participar, sobre todo por el temor a ser expulsados. Esto era cierto en particular para los albanos. Para muchos era difícil encontrar empleos que estuvieran protegidos por la seguridad social, o a patrones que quisieran declarar ante la administración de la seguridad social y que por tanto aceptarían la obligación de pagar los impuestos de la nómina (Papantoniou-Frangouli y Leventi, 2000: 955). La legalización, no obstante, incrementó 14 veces el número de inmigrantes que no eran de origen griego y que tampoco eran parte de la población de la Unión Europea (Fakiolas, 2002: 292).

La primera década del periodo posterior a la Guerra Fría, por ende, fue testigo de una dramática transformación del sur de Europa, a consecuencia, sobre todo, de la inmigración ilegal. Los procedimientos de legalización permitieron a millones de migrantes lograr un estatus legal, pero no alteraron los procesos subyacentes que facilitaban la migración ilegal. De ahí la necesidad de políticas de legalización recurrentes. Muchos de los migrantes pertenecían a círculos elitistas de jóvenes de las tierras de emigración de Europa del este y el norte de África. Tenían los recursos, tanto personales como materiales para intentar una migración típicamente agotadora y peligrosa, hacia sociedades con las que en gran parte no estaban familiarizados (Reyneri, 2001: 12).

Europa central y del este

El conjunto de los países que comprenden esta área buscan unirse a la UE. Polonia, Hungría, la República Checa, Estonia y Eslovenia comenzaron a negociar su membresía en 1998, mientras que Bulgaria, Lituania, Latvia, la República Eslovaca y Rumania les siguieron en el año 2000. Las dos oleadas de candidatos para la Unión Europea difieren en muchos aspectos, pues el primer grupo goza de un nivel marcadamente superior de desarrollo económico. La vasta región que se extiende desde la frontera del Oder-Niesse entre Polonia y Alemania hasta las estepas eurasiáticas de la Federación rusa y de los estados bálticos hacia el sudeste rumbo a los mares Mediterráneo y Negro es extremadamente heterogénea. Es claro que estados como Ucrania, Yugoslavia y Bielorusia no pueden ser denominados como altamente desarrollados, pero en cambio conforman la región de reserva en el este para una UE emergente de unos 25 miembros, según se espera para el año 2007.

Las negociaciones para conseguir membresía en la UE, han tenido como resultado cambios dramáticos en las políticas de inmigración en los estados que se plantean como candidatos, ya que se les exige aceptar el conjunto de *aquis communautaires* (legislación comunitaria) de la UE, incluyendo el Acuerdo de Schengen del 14 de junio de 1985, el cual buscaba abolir la revisión de pasaportes en las fronteras internas entre los estados signatarios y crear una frontera externa común. De ahí que los candidatos para ampliar la UE buscaron armonizar sus políticas relacionadas a la inmigración con una política emergente de inmigración para la UE, la que se espera haya sido conformada para el año 2004, pero cuyos perfiles aún son difíciles de discernir. De mayor importancia incluso es el hecho de que los estados candidatos han debido requerir visa a los ciudadanos de los estados vecinos que no aspiran a la membresía de la Unión Europea.

En tiempos pasados, viajar entre estados como Ucrania y Polonia no dependía de la obtención de una visa –herencia de los regímenes comunistas. Para

cumplir con los requisitos previos a la emisión, los estados solicitantes tienen que transferir importantes recursos presupuestales en el desarrollo de una dependencia gubernamental que cumpla con las funciones de control de las fronteras externas. Efectivamente, detrás de la fuerza motriz de la ampliación hacia el este de la Unión Europea ha estado el deseo de crear una zona de protección de la migración en Europa central y oriental que desplazaría hacia el este muchos de los problemas y temas asociados al control fronterizo (Nygård y Stacher, 2001). A cambio de la concesión hecha a los estados de la UE del área definida en el tratado de Schengen, de entrar sin visa, los estados candidatos han debido firmar acuerdos de readmisión para aceptar de regreso a los nacionales de terceros países que crucen su territorio y entren de manera ilegal a estados como Alemania y Austria.

Con la caída de la cortina de hierro en 1989-1990, se temió una migración masiva incontrolable proveniente de los países de la antigua área del bloque de Varsovia. No se materializaron los movimientos de la magnitud que se temía, aunque sí emigraron 1'200,000 personas en los primeros tres años. La mayor parte era de minorías étnicas, como alemanes o judíos, que se beneficiarían de tratamientos preferenciales por las políticas de inmigración alemana e israelita. Entre 1990 y 1997, hubo una migración neta total de 2'400,000 personas provenientes de Europa central y del este hacia la Unión Europea, lo que equivalía a alrededor de la mitad de la inmigración total hacia la UE durante ese periodo. Hasta 1'800,000 personas provenían de países que antes eran parte de la Unión Soviética (Hönekopp, 1999: 6-7). Pero después de 1993, disminuyó la emigración de Europa central y del este hacia la UE. Continuaron las salidas significativas de diversas categorías de trabajadores extranjeros temporales y de turistas que aceptaron trabajos temporales en la Unión Europea. Las cifras totales de los trabajadores extranjeros temporales oficialmente admitidos de Europa central y del este hacia Alemania fluctuaban entre 200,000 y 300,000 por año. Alemania y Austria recibieron al grueso de los trabajadores admitidos bajo acuerdos bilaterales (Hönekopp, 1999: 22).

Después de 1993, los estados más avanzados, candidatos a pertenecer a la UE, como Polonia, Hungría y la República Checa, de la noche a la mañana se convirtieron en tierras de inmigración. En general estaban mal preparados para regular la migración internacional, carecían de leyes y agencias administrativas para tratar con diversas categorías de migrantes. Las estadísticas oficiales de la migración internacional no reflejaban la migración no registrada de "turistas" que se empleaban en la economía clandestina o informal. Se calcula que en 1995 Polonia habría recibido unos 800,000 ucranianos que accedieron a un empleo (Okólski, 2001: 115); trabajaban sobre todo en la agricultura y la construcción pero también estaban involucrados en actividades comerciales.

Las disparidades en los niveles de desarrollo económico, salarios y oportunidades, desempeñaron un importante papel en las migraciones intrarregionales. El desempleo en estados como Bielorrusia y Ucrania es mucho más alto que lo señalado por las estadísticas oficiales. Quizá la mitad de los ucranianos que buscan empleo no lo encuentran (Bedzir, 2001). Además, muchos empleados no logran vivir con el ingreso que devengan en su trabajo. De ahí que busquen complementar sus ingresos a través del empleo temporal en el extranjero, sobre todo como turistas que se emplean en puestos a corto plazo, sin registro, o fuera de la contabilidad oficial (Wallace y Stola, 2001: 8).

La mayoría de los estados en la región registraron grandes incrementos en los cruces fronterizos en los años noventa. Polonia y la República Checa registraron, cada uno, más de un cuarto de millón por año (Stola, 2001: 84). Sin embargo, prevalecen la migración de tránsito y turismo para conseguir empleo, que demarcaron la región en la primera década del periodo posterior a la Guerra Fría (Stola, 2001:80). La migración de tránsito implicaba nacionales de un tercer país que se trasladaban a través de Europa central y del este hacia puntos en Europa occidental. Había tres flujos principales. El primero incluía a ciudadanos de países del antiguo Pacto de Varsovia, los que hasta recientemente podían entrar legalmente sin visa y que luego intentaban migrar ilegalmente hacia la UE. Participaban muchos gitanos (o rumanos) de países como Rumania. Un segundo flujo incluía a los refugiados de los conflictos en el oeste de los Balcanes, sobre todo en Bosnia y Croacia de 1991 a 1993 y en Kosovo en 1999. Quienes huían afectaban de manera desigual a los estados vecinos; Hungría y la República Checa recibían más que Polonia. Algunos de los kosovares admitidos a los centros de recepción de refugiados en Polonia, acabaron por arribar a Alemania (Stola, 2001: 89). El tercer flujo consistía en personas de tierras distantes en África y Asia. La URSS había servido como barrera a los migrantes lejanos. Cuando se desintegró, los estados que le sucedieron se convirtieron en un puente fácil de cruzar para pasar entre polos de desigualdad económica (Stola, 2001: 89). Los contrabandistas y traficantes de extranjeros proliferaron en este ambiente y siguen profundamente arraigados a pesar de las medidas en su contra (IOM, 2000a).

Dentro del área de la ex Unión Soviética, también hubo movimientos significativos de poblaciones entre los estados que quedaron tras la desintegración. Para 1996, se habían repatriado 4'200,000 personas, de manera fundamental rusos étnicos que se trasladaron a la Federación rusa. Además, había cerca de 1 millón de refugiados por diversos conflictos, y unos 700,000 refugiados por desastres ecológicos, provenientes sobre todo de áreas afectadas por el desastre de Chernobyl (Wallace y Stola, 2001: 15).

La categoría de falso turista o de turista en busca de empleo incluyó a muchos pequeños comerciantes. En conjunto, el periodo posterior a la Guerra Fría

ha tenido como consecuencia un patrón de migración enormemente complejo, el cual ha sido entendido de manera apenas parcial. Parte de esa complejidad se hizo evidente en las estadísticas de los extranjeros en los estados vecinos. En Hungría, la mayoría de los extranjeros provenía de Rumania; en Polonia y la República Checa, de Ucrania; y en la República Eslovaca, de la República Checa (OCDE, 2001: 69-74). La mayor parte de los movimientos migratorios se concebían como de naturaleza “pendular” o a corto plazo; lo que no era inusual en las etapas tempranas del proceso migratorio. La cuestión real tiene que ver con lo que pasará a las poblaciones migrantes después de que se amplíe la UE. Lo más probable es que la dinámica que defina la región después de 1990 se vea afectada en un volumen considerable. Mucho dependerá de la curva de aprendizaje de las administraciones públicas en esos países, qué tan rápido pueden absorber y poner en práctica políticas que sean consistentes con las operadas por estados como Alemania.

Los estudios acerca del tráfico de personas en Europa central y del este sugerían que había una distancia considerable por atravesar. Una preocupación de importancia se relacionaba con la arraigada corrupción e incapacidad de los gobiernos para contratar y entrenar personal suficiente por los salarios tan bajos (IOM, 2000a: 174-176). La República Yugoslava, Albania, Bosnia-Herzegovina y la antigua República Yugoslava de Macedonia no serían parte del proceso de ampliación de la UE; su proximidad e inestabilidad complicaban en gran parte el cuadro de la migración regional. Un desarrollo insuficiente de la capacidad gubernamental para regular la migración internacional obstaculizaba el prospecto de acceso para muchos de los países candidatos, a pesar de su participación en foros intergubernamentales como el del Proceso de Budapest y la estipulación de la asistencia de la UE para contribuir a la capacidad de los gobiernos para regular la migración (Geddes, 2000: 9 y IOM, 2000: 117). Austria hizo saber que se opondría a la ampliación hasta que Hungría y la República Checa hicieran más seguras sus fronteras (Hárs *et al.*, 2001: 269).

Las cifras de solicitantes de asilo en la República Checa y en Hungría en 1998, que alcanzaron los 4,086 y los 7,386, respectivamente, fueron más altas que las registradas en los estados miembros de la UE como Finlandia y Grecia, correspondientes, en ese orden, a 1,272 y 2,953. La mayoría de las solicitudes fueron rechazadas, pero pocos solicitantes retornaron a casa. En algunas instancias, esto era consecuencia de que los países de origen fueran inseguros, o porque los migrantes carecían de documentos oficiales. En otros casos, el costo de regresar a los solicitantes rechazados resultaba prohibitivo. Los estados de Europa central y del este en ocasiones no tenían presencia diplomática o consular en los estados distantes para facilitar la repatriación. Las naciones que planteaban los problemas más grandes en términos de repatriación eran la Re-

pública Federal de Yugoslavia, Afganistán, China, Vietnam, Sri Lanka, Irak y la India (Lazcko, 2001).

A pesar de la magnitud de las transformaciones que conlleva la migración internacional en el periodo posterior a la Guerra Fría, la política interna de los estados del centro y el este de Europa se vio relativamente libre de influencias. Se dio poca politización de los temas migratorios y las élites políticas no parecían prestarles mucha atención, aun cuando la tan importante apuesta hacia el acceso a la UE por los estados candidatos dependía de la reforma de las políticas de inmigración (Drbohlav, 2001: 216; Hárs *et al.*, 2001: 264 y Stola, 2001: 190-191). Esta situación empezó a cambiar en Hungría a finales de 1997. En marzo de 1998, el secretario de Estado del Ministerio del Interior declaró: "Schengen se ha convertido en el último elemento para el acceso. No hay posibilidad de derogación" (Hárs *et al.*, 2001: 268). Posteriormente, la coalición de los partidos conservadores hizo campaña en apoyo de la necesidad de fuertes controles fronterizos y de revisión de las políticas de concesión de visas. Ganaron las elecciones y pronto empezaron a poner en práctica las reformas.

Norteamérica y Australia

La migración a Estados Unidos se incrementó de manera constante después de 1970. La inmigración total, que se refiere a los extranjeros a quienes se les concedió la residencia legal permanente se incrementó de 4'500,000 de 1971-1980 a 7'300,000 entre 1981-1990 y a 9'100,000 entre 1991-2000. En el año fiscal de 2000, se admitieron 850,000 migrantes. La cantidad de residentes nacidos en el extranjero y de hijos de inmigrantes en Estados Unidos también creció en forma dramática durante ese periodo de 30 años, pues ascendió a 56 millones a partir de los 34 que había en 1970 (Scott, 2002). Las personas nacidas en México comprendían más de un cuarto de la población nacida en el extranjero en el año 2000. La mayoría de los inmigrantes pretendía residir sólo en seis estados (California, Nueva York, Florida, Texas, Illinois y Nueva Jersey), pero los años noventa fueron testigos de una dispersión espacial de los migrantes desde los seis estados de entrada hacia el área rural de Norteamérica. En el año fiscal 1999 se naturalizaron 840,000 personas, pero había un rezago de más de un millón de solicitudes de naturalización pendientes de resolver (US Immigration and Naturalization Service, 2002a: 12).

Las enmiendas al Acta de Inmigración y de Nacionalidad de 1965 tuvieron resultados inesperados (véase Borjas, 1990: 26-39). Los residentes en Estados Unidos con origen en América Latina y Asia, tuvieron posibilidades de apearse a los artículos de reunificación familiar para iniciar los procesos de migración en cadena, lo que implicó un cambio importante en la composición étnica. En

el periodo 1951-1960, los europeos representaban el 53 por ciento de los nuevos inmigrantes, en comparación con 40 por ciento provenientes de América y sólo el 8 por ciento de Asia. En 1999 los europeos representaban sólo el 15 por ciento de todos los migrantes, mientras que el 46 por ciento provenía de América (a excepción de Canadá) y el 30 por ciento de Asia. México ha sido el país de origen con la mayor cantidad de inmigrantes hacia Estados Unidos desde hace muchos años. En 1999, el 23 por ciento de todos los inmigrantes eran mexicanos (US Immigration and Naturalization Service, 2002a: 22). Otros países importantes de origen en 1999 (de 20,000 a 32,000 inmigrantes cada uno) fueron China, Filipinas, Vietnam y la India.

El Acta de Inmigración de 1990 fue diseñada para incrementar la cantidad de inmigrantes admitidos con base en la capacitación, pero también conservaba los niveles de reunificación familiar y de asentamiento de refugiados, lo que condujo a un aumento general en los ingresos. Establecía, además, nuevos programas de admisión para los grupos que se consideraban afectados por las enmiendas de 1965 (OCDE, 1995: 130). Una lotería mundial distribuye ahora al azar 55,000 visas por año, dependiendo de ciertas características básicas. Quedan excluidos los nacionales de los 11 países de origen de las mayores cantidades de inmigrantes legales a Estados Unidos. Los solicitantes sólo deben escribir sus nombres y los de su cónyuge e hijos en un papel que envían por correo junto con sus fotografías al centro de procesamiento en Estados Unidos.

Buena parte de la inmigración de mexicanos inició como traslado temporal (y con frecuencia ilegal) de mano de obra que cruzaba la frontera sur. Los jornaleros de México (y en menor grado de otros países centroamericanos y del Caribe) han desempeñado un papel central en las corporaciones agrícolas en Estados Unidos, las que se han opuesto a cualquier medida para un control efectivo, como pueden ser las sanciones contra quienes empleen a trabajadores ilegales. En el año 2000 la cantidad de residentes indocumentados se calculaba en casi 9 millones, en comparación con los cinco que había en 1996. El Acta de Reforma y Control de la Inmigración (ARCI) de 1986 autorizó una amnistía limitada que implicó unos tres millones de solicitudes (más del 70 por ciento de los mexicanos) (Borjas, 1990: 61-74). La mayoría de los solicitantes (cerca de 2'700,000) recibieron el estatus de extranjeros residentes, lo que les daba el derecho de traer consigo a sus dependientes y establecer así nuevas cadenas migratorias. La ARCI también impuso sanciones contra quienes emplearan trabajadores ilegales. De los casi 850,000 inmigrantes legales del año fiscal 2000, más de la mitad habían sido migrantes indocumentados, refugiados o asilados que estaban viviendo en Estados Unidos y que ajustaron su estatus a través del INS (Immigration and Naturalization Service) (INS, 2002b: 2).

La inmigración ilegal se disparó debido a la facilidad con que era posible falsificar los documentos de identidad, lo que redujo la posibilidad de sancionar a los patrones de trabajadores ilegales. Para 1996, el disgusto público por la inmigración ilegal llevó a la adopción de una nueva ley que incrementó significativamente el personal del INS, reforzó las barreras legales a la entrada ilegal (altas cercas, vigilancia con video y más patrullas en la frontera) y permitió la construcción de instalaciones de detención adicionales. Se introdujeron también medidas para negar los beneficios públicos a los residentes ilegales. El INS ha recibido el mayor incremento presupuestal que haya tenido agencia alguna del gobierno federal en años recientes. Quienes apoyan medidas de vigilancia más drásticas creen que la residencia y el empleo ilegales estarían más difundidos en su ausencia; mientras que los críticos consideran que una mayor vigilancia podría estar mal enfocada y en algunas instancias sería contraproducente además de peligrosa. Un número creciente de inmigrantes ilegales ha perecido porque los controles fronterizos más estrictos lo ha llevado a intentar formas más peligrosas de entrar por áreas remotas. Más de 71,000 extranjeros ilegales fueron repatriados en el año fiscal 2000 y más de 1'800,000 aprehendidos (INS, 2002b: 2). Es claro que la inmigración sigue siendo una de las principales fuerzas que conforman a la sociedad estadounidense. El volumen de ingresos, la concentración de asentamientos en ciertas áreas y la composición étnica cambiante son factores que tal vez traigan consigo cambios sociales y culturales considerables.

Canadá sigue siendo uno de los pocos países en el mundo con una política de inmigración activa y expansiva que se propone el establecimiento permanente. La cifra total de ingresos aumentó de 89,000 en 1983 a cerca de 190,000 en 1999. En 1990, el gobierno canadiense anunció un plan quinquenal de inmigración, diseñado para conservar los principios de la reunificación familiar y el apoyo a los refugiados e incrementar al mismo tiempo los ingresos de trabajadores calificados. La cifra de admitidos aumentó de 214,000 en 1990 a 255,000 en 1993, pero luego disminuyó a 212,000 en 1995, por las magras condiciones económicas. Los cinco millones de extranjeros residentes representaban el 17 por ciento de la población canadiense en el censo de 1996 (OCDE, 2001: 147). No obstante, las concentraciones eran mucho mayores en ciudades como Vancouver y Toronto. Los ingresos desde Asia, África y el Medio Oriente han aumentado en forma rápida, mientras que la migración europea se ha reducido. En 1999, el 51 por ciento de los inmigrantes provenía de Asia y el Pacífico, mientras que el 21 por ciento provenía de Europa (OCDE, 2001: 143). Más del 50 por ciento en 1999 eran trabajadores calificados o empresarios y menos de una tercera parte entró por motivos de reunificación familiar.

Los australianos, en contraste, se han vuelto escépticos respecto a la inmigración y las políticas de ingreso se han hecho más restrictivas desde 1996. Mientras se acentúa el criterio de la capacitación, se limita la reunificación familiar. Asimismo, Australia ha modificado dramáticamente su posición sobre los ingresos por razones humanitarias y se ha alejado de su política de admisión, tradicionalmente generosa, hacia una que se fundamenta en la exclusión y la detención obligatoria de quienes buscan asilo. Estos cambios se describen en detalle en el capítulo 8 y por ello no se presentan aquí. En el capítulo 9 se encuentra más información acerca de las comunidades étnicas (es decir, las etapas posteriores en el proceso migratorio) en muchos de los países de inmigración.

Conclusión

Este panorama de la inmigración internacional a los países desarrollados desde 1945 no puede decirse que esté completo. Hemos tratado en cambio de mostrar algunas de las tendencias principales y vincularlas con las diversas facetas de la economía política global. El aumento en los movimientos migratorios en el periodo posterior a 1945, en particular desde mediados de los años ochenta, indica que la migración internacional se ha convertido en parte crucial de las transformaciones globales. Está vinculado a la internacionalización de la producción, la distribución y la inversión y, de manera igualmente importante, con la globalización de la cultura. El final de la Guerra Fría y la caída del bloque soviético añadieron nuevas dimensiones a la reestructuración global. Una de éstas la constituye el cambio en la dirección de algunas inversiones de los países capitalistas avanzados que se retiraron del sur de Europa para dirigirse al este. Otra dimensión fue el crecimiento de la migración entre el este y el oeste y el ingreso de países previamente aislados en los flujos migratorios globales.

Muchas de las migraciones a gran escala se originan sobre todo por razones económicas. El reclutamiento de mano de obra y la migración laboral espontánea fueron particularmente significativas en el periodo 1945-1973. En los años siguientes, tomaron mayor importancia otros tipos de migración, como los traslados de reunificación familiar o de refugiados o solicitantes de asilo. Incluso las migraciones en las que han predominado las motivaciones no económicas, han tenido efectos significativos en los mercados de trabajo y en las economías tanto de las áreas de origen como las de destino. Sin embargo, es igualmente verdadero que ninguna migración puede entenderse adecuadamente sobre la base nada más de criterios económicos. Las causas económicas de la migración echan raíces en procesos de cambio social, cultural y político. El efecto en las

sociedades de origen y de destino es siempre más que económico: la inmigración cambia las estructuras demográficas y sociales, afecta las instituciones políticas y contribuye a transformar las culturas.

A principios de los años noventa, Europa occidental estaba en garras del temor a flujos de ingreso no controlados del este y el sur. Para 1995, el escenario se alejaba, tanto por los cambios en los países de origen como por el aumento en la severidad de las reglas de entrada y los controles fronterizos. En la segunda edición de este libro (publicada en 1998) hicimos notar una reducción en la migración hacia los países desarrollados, pero argumentamos que esta podría ser una faceta temporal, como la de finales de los setenta, que podría abrir camino para movimientos aún más grandes en el futuro. Ese ha resultado ser el caso, con incrementos significativos en los ingresos desde alrededor de 1997, al igual que se han diversificado los tipos de migración. El principal incremento se ha dado en el asilo, la migración ilegal y la migración calificada.

Buena parte depende de las decisiones políticas y de las acciones gubernamentales, incluyendo la distribución de recursos para vigilar que se cumplan las leyes de ingreso y de la cooperación internacional en el manejo de la migración. Los estados y los cuerpos regionales pueden afectar, y lo hacen, las consecuencias de la migración y existen razones para creer que las medidas de control tienen algún efecto para reducir la migración “no deseada”. Sin embargo, las políticas de control pueden tener también consecuencias inesperadas y negativas -como el crecimiento de los movimientos ilegales y el contrabando de personas. En el largo plazo, las medidas que cuentan son las que se dirigen a “las raíces” y hay todavía mucho por recorrer antes de que sean realmente efectivas. Éstas constituyen el tema del siguiente capítulo.

Lecturas recomendadas

Castles y Kosack (1973 y 1985) ofrecen un estudio comparativo de los trabajadores inmigrantes en Francia, Alemania, Suiza y Gran Bretaña durante la etapa de reclutamiento masivo de mano de obra entre 1945 y 1973. Castles *et al.* (1984) continúan la narración para el periodo posterior al fin del reclutamiento en 1973-1974. Portes y Rumbaut (1990) analizan en detalle el establecimiento reciente de los migrantes en Estados Unidos, en tanto que Collins (1991) ofrece una valiosa narración de la inmigración de la posguerra hacia Australia. Hammar (1985a) aporta un estudio comparativo de la posición de los inmigrantes en los países del occidente de Europa. Los números especiales de la *International Migration Review* 23: 3 (1989) y 26: 2 (1992) aportan también material comparativo. Los reportes de la OCDE (mencionados en las lecturas recomendadas de la introducción) aportan datos útiles sobre los movimientos migratorios y las

poblaciones inmigrantes. Harris (1996) ofrece una visión general de la migración global, mientras que Stalker (1994) presenta una imagen global, aporta tablas y cuadros muy útiles. Zolberg *et al.* (1989) examinan los movimientos globales de refugiados, en tanto que el UNHCR (1995) aporta amplia información más reciente. Los temas de la regulación se discuten en Teitelbaum y Weiner (1995).

Entre las compilaciones importantes sobre la migración en Europa se encuentran Rocha-Trindade (1993); Fassman y Münz (1994); Messina (2002) y OCDE (2001). Respecto a Europa central, véase Wallace y Stola (2001) y para el sur de Europa véase Baganha (1997); Luso-American Development Foundation (1999); King *et al.* (2000) y King (2001). Horowitz y Noiriel (1992) y Togman (2002) abordan comparaciones entre Francia y Estados Unidos.

Capítulo 4

El Estado y la migración internacional: la búsqueda de control

HACIA 1970 se empezó a perfilar una nueva etapa de la migración internacional hacia los países altamente desarrollados. Una característica definitoria era la proliferación de la migración ilegal. En esta coyuntura, las democracias industriales como Francia, Alemania y Estados Unidos se involucraron en lo que podría llamarse una búsqueda de control; esfuerzo sostenido por evitar la migración ilegal y el abuso, o las artimañas ante las regulaciones de inmigración.

Este capítulo examina los componentes centrales de las estrategias de gobierno para regular mejor la migración internacional, incluyendo la puesta en práctica de sanciones contra los patrones, los programas de legalización o amnistía, los programas de admisión de trabajadores extranjeros temporales, las políticas de asilo, las medidas en contra del contrabando y el tráfico de personas, las medidas de integración regionales y las estrategias para evitar la migración ilegal al impulsar un desarrollo sustentable a través de inversión o ayuda en el extranjero. La cooperación en la migración ha sido un elemento fundamental en la política internacional. El énfasis se ha trasladado desde las políticas de control de la migración nacional, basadas en los intereses (a veces a corto plazo) económicos y políticos, hacia estrategias más amplias de administración de la migración. Este capítulo se centra en Estados Unidos y Europa, pero muchos de los temas tratados son relevantes para otras áreas de migración, lo que se discutirá en los capítulos 5 y 6.

El saldo general que se deja entrever es ambiguo. Si bien es importante lo que hacen los gobiernos, en el mundo persisten niveles significativos de migración ilegal y se calcula que la población de extranjeros residentes ilegalmente en Estados Unidos se expandió en forma significativa durante los años noventa. En particular, la experiencia estadounidense en las últimas tres décadas ha hecho dudar acerca de la voluntad y la capacidad de los gobiernos democráticos para regular la migración internacional. No obstante, los eventos del 11 de septiembre de 2001 hicieron resaltar las limitaciones del control de la inmigración en Estados Unidos. Este país, y muchos otros

estados en el mundo entero, empezaron a reformar sus políticas y procedimientos para fortalecer la seguridad, lo cual puede traer como consecuencia que en el futuro se establezcan políticas más creíbles y coherentes (OCDE, 2001: 14).

Como se explicó en la introducción y capítulo 1, la actual fase de intensa globalización ha tenido diversas repercusiones en el Estado soberano. Ciertos analistas interpretan la persistencia de la migración ilegal, a pesar de los esfuerzos gubernamentales por evitarla, como la caída o la obsolescencia del Estado nacional (Hobsbawn, 1994). Algunos estudiosos del transnacionalismo ven sus manifestaciones erosionadoras de la soberanía del Estado como si entre los dos existiera una relación de suma cero. Pero esa visión ignora un cuerpo considerable de evidencia el cual muestra a algunos estados que deliberadamente impulsan el transnacionalismo para lograr ciertas metas (Smith, 2001). Otros analistas subrayan la capacidad de adaptación de los estados nacionales a circunstancias cambiantes, e interpretan el hecho de que la integración se haga más profunda, como sucede en el contexto europeo, a manera de estrategia para salvar al Estado (Milward, 1992). Otros teóricos han escrito acerca de las nuevas formas del Estado, sea que se trate de un conglomerado en el que los gobiernos nacionales todavía tienen gran importancia en conjunción con otros niveles de gobierno, sea que se trate de un Estado global centrado en el área trasatlántica y dominado por Estados Unidos (Habermas, 2001; Shaw, 2000). Algunos argumentan también que el mundo posterior a la Guerra Fría está dominado por un imperio cuyo centro se encuentra en Washington, D.C. Tal vez no en forma sorpresiva los extranjeros indocumentados y los solicitantes de asilo que apoyaban la legalización negaron a la vanguardia de resistencia del imperio las características del asilo (Hardt y Negri, 2000: 400). La autonomía de los movimientos internacionales de población, además de las dificultades y contradicciones con que se encontró el imperio para regularlos es vista como la fuente de nuevas formas de sociedad y conciencia sociopolítica para las masas trabajadoras, las multitudes.

A pesar de la importancia, tanto teórica como práctica, que se le asigna a la migración no regulada y a los esfuerzos gubernamentales por evitarla, el estudio de las estrategias de los gobiernos para evitar la migración ilegal ha sido sorprendentemente escaso. La comprensión de la capacidad del gobierno para regular la migración puede describirse cuando mucho como fragmentaria y limitada. Una limitación de peso se deriva de la naturaleza misma de la migración ilegal, su dificultad para ser medida y su resistencia al escrutinio. No obstante, se sabe mucho más ahora acerca de los movimientos ilegales y sobre asuntos como las legalizaciones y el tráfico de humanos de lo que se sabía cuando comenzó la era del control, alrededor de 1970.

Sanciones a los patrones

Las leyes que castigaban que se contratara para trabajar a extranjeros sin autorización, constituían la pieza central de muchas reformas a las políticas de inmigración en los años setenta en Estados Unidos y Europa occidental. Tales “sanciones a los patrones” suelen emparejarse con “programas de legalización”, que dan permisos de trabajo y residencia a trabajadores previamente indocumentados, a cambio de que cumplan ciertas condiciones. Estas medidas de la zanahoria y el garrote, se argumenta, quitan toda motivación al trabajo indocumentado, pues los patrones corren serios riesgos de ser castigados y los trabajadores se encuentran mejor con un estatus legal, por lo que ya no hacen descender los niveles de salarios locales. Sin embargo, en la práctica estos programas pueden ir contra intereses poderosos: los patrones pueden tener peso político para evitar que se vigilen de manera efectiva las reglas, mientras que los trabajadores migrantes rechazan la legalización por temor a que les hagan más difícil el encontrar trabajo.

La mayoría de los estados del occidente de Europa adoptaron sanciones contra los patrones en los años setenta. El Reino Unido fue una excepción importante –los funcionarios británicos afirmaban que la migración ilegal no representaba un problema significativo. Pero esta percepción cambió para la década de los noventa. Las estrategias de sanción de estados clave como Alemania y Francia, al principio se diferenciaban en forma notable, pues en el primero las autoridades abordaban el problema del empleo ilegal como algo vinculado al crecimiento de la economía clandestina, mientras que la aproximación francesa era menos amplia y se centraba en el castigo del empleo ilegal de los extranjeros. Para finales de los años ochenta, la aproximación francesa se transformó y convergía en general con la alemana.

Hasta 1986 la excepción principal al patrón general la constituyó Estados Unidos. La inquietud sobre la migración ilegal había aumentado en los años sesenta y setenta, cuando en 1964 se terminó el Programa Bracero acordado con México. La creación de plantas maquiladoras (plantas de ensamblaje al sur de la frontera entre Estados Unidos y México) se suponía que proporcionaría oportunidades alternativas de empleo para los antiguos braceros (trabajadores migrantes), pero muchos simplemente siguieron llegando a Estados Unidos para ser empleados. Efectivamente, se había alcanzado una cifra alta en la migración ilegal durante el periodo 1942-1964 en el que se autorizó a unos cinco millones de mexicanos realizar servicios temporales de mano de obra en Estados Unidos. En 1954 se deportó a un millón de mexicanos durante la operación espalda-mojada (*Operation Wetback*). Un académico señaló que el “Programa Bracero, en vez de desviar el flujo de espaldas-mojadas

hacia canales legales, como esperaban los funcionarios mexicanos, de hecho estimuló la emigración ilegal” (Select Commission on Immigration and Refugee Policy, 1981: 470).

El presidente Carter nombró una Comisión Exclusiva para la Política de Inmigración y Refugiados (CEPIR). En 1981, la CEPIR recomendó sanciones a los patrones, el uso de un documento de identificación para el empleo, a prueba de falsificaciones y una política de legalización. No recomendó la expansión de las admisiones de trabajadores extranjeros temporales. El Acta de Reforma y Control de la Inmigración (ARCI) del 6 de noviembre de 1986, convirtió en una ofensa penal contratar a extranjeros no autorizados, sin embargo, no planteó el uso de documentos infalsificables. En cambio, podía utilizarse una gama de documentos para satisfacer los requisitos de la nueva forma I-9, que habría de llenarse cada vez que el trabajador fuera contratado. Muchos de estos documentos podían ser falsificados u obtenidos fraudulentamente. Se pondrían en práctica las sanciones a los empleadores después de un periodo de capacitación que los familiarizaría con sus nuevas obligaciones (Montwieler, 1987).

El concepto se debatió acaloradamente en Estados Unidos, a diferencia de Europa occidental, donde las sanciones a los patrones tenían el apoyo de los principales partidos políticos. Algunos grupos de defensa de los hispanos argumentaban que la imposición de sanciones a los patrones incrementaría la discriminación en el empleo, la que ya sufrían las minorías. Otros veían el requisito de la I-9 como una pesada tarea más impuesta por el gobierno a los patrones estadounidenses. Algunos temían que la puesta en práctica de las sanciones desorganizara a industrias enteras, como la agricultura con mano de obra intensiva, lo que traería como resultado que las cosechas se pudrieran en los campos o que los precios de la comida se dispararan. Muchos de los argumentos en contra de las sanciones a los patrones carecían de bases pero de cualquier modo tuvieron efecto. Quedó muy claro que no existía un consenso político que apoyara su decreto y puesta en práctica.

En Europa occidental llevar a los hechos las sanciones apenas estaba libre de discusión a pesar del consenso político detrás de ella. Las principales barreras a una instrumentación efectiva incluían personal insuficiente, mala coordinación entre las diversas agencias de vigilancia, inadecuado seguimiento judicial hasta la sanción, lenta adaptación de los patrones y los empleados ilegales a las medidas de vigilancia. Los gobiernos de Europa occidental revisaban constantemente los textos legales relevantes y afinaban las estrategias de vigilancia.

El gobierno francés, por ejemplo, estableció en 1976 una misión interdepartamental para coordinar la instrumentación de las nuevas leyes contra el tráfico de mano de obra. Emitía un reporte anual sintetizando las acciones del

gobierno francés en contra del tráfico. En 1989 la misión cambió su nombre por el de Delegación Interministerial para Combatir el Trabajo Ilegal (*Délégation interministérielle à lutte contre le travail illégal*), reflejaba una visión muy similar a la de Alemania, centrada más ampliamente en la prevención de todas las formas de empleo ilegal (Miller, 1994). Las innovaciones en los años noventa incluyeron la obligación de los patrones de notificar al gobierno las contrataciones planeadas antes de que se iniciara el empleo. La mayor parte de las transgresiones a las leyes francesas contra el empleo ilegal en los noventa no implicaban a extranjeros. Sólo el 6 por ciento de las contrataciones ilegales en 1997 eran de ilegales sin documentos, en comparación con el 17 por ciento en 1992 (Marie, 2000: 119). Pero los extranjeros aparecían de manera desproporcionada entre los patrones que habían sido llamados a declarar por empleo ilegal a no nacionales y entre los citados por trabajo ilegal. Muchos extranjeros autorizados para empleo legal en Francia, no obstante, escogían o eran forzados a trabajar ilegalmente.

Una cantidad de analistas ha menospreciado los esfuerzos por parte de los gobiernos europeos para poner en práctica las sanciones a los patrones. Ignoran por tanto el desarrollo de una capacidad estatal fiable para evitar y castigar el empleo ilegal de extranjeros desde los setenta en varios estados europeos en el occidente y el norte. El registro general de la puesta en práctica de sanciones contra los patrones, sin embargo, parece bastante desigual. A veces se sugiere que la supervisión para sancionar a los empleadores en Estados Unidos había fracasado para 1999, porque el gobierno anunció que acabaría con la vigilancia. Las investigaciones a los empleadores por parte de los INS decayeron de 7,537 casos cerrados en 1997 y 17,552 arrestos a 3,898 casos cerrados y 2,849 arrestos en 1999 (INS, 2002a: 214). Ahora bien, nunca tuvo un régimen de sanciones a los patrones que fuera fiable, pues en 1986 era fácil evitar los requerimientos de la ley. Para 1994, la Comisión para la Reforma de la Inmigración concluyó que el sistema de sanciones a los patrones adoptado en 1986 había fracasado, porque muchos trabajadores extranjeros no autorizados presentaban documentos falsos a sus empleadores (Martin y Miller, 2000b: 46).

Para el año 2000, la AFL-CIO, la mayor confederación de sindicatos en Estados Unidos, anunció que ya no apoyaría las sanciones a los patrones. Ésta había sido una de las más importantes promotoras para castigar el empleo ilegal de los extranjeros en la época de la CEPPIR. ¿Qué había cambiado? Un nuevo liderazgo alcanzó el poder en la AFL-CIO, surgido de sindicatos con grandes cantidades de miembros inmigrantes, incluyendo ilegales. Esta facción tenía estrechos lazos con la Conferencia Estadounidense de Obispos Católicos, que apoyaba una amplia legalización de los millones de extranjeros que residían ilegalmente en Estados Unidos. El liderazgo católico favorecía ahora una visión bastante

cercana a la defendida por el nuevo Presidente de México, Vicente Fox, en el año 2000. Evolución que da testimonio sobre las condiciones de excepción duraderas con respecto a la migración ilegal.

Programas de legalización

En Estados Unidos, la legalización de facto de los trabajadores mexicanos ilegalmente contratados era rutinaria durante el lapso 1942-1964, cuando se le llamaba comúnmente “el secado de los espaldas mojadas”. Francia legalizaba de manera rutinaria a los extranjeros que aceptaban empleo contraviniendo los procedimientos de la ONI después de 1947. Entre 1945 y 1970, la legalización conformaba el modo más importante de ingreso legal a Francia (Miller, 1999: 40-41). Después de ello, el gobierno francés declaró que la legalización sería excepcional, pero hubo legalizaciones recurrentes a lo largo de la década de los setenta (Miller, 2002).

La elección de un presidente socialista y la mayoría de izquierda en la Asamblea Nacional en 1981, crea el escenario para una nueva aproximación francesa a la legalización. Estaba vinculada explícitamente con el refuerzo planeado de las medidas gubernamentales en contra de la migración y el empleo ilegales. Por primera vez, los sindicatos y las asociaciones de inmigrantes habrían de unirse en el esfuerzo; el gobierno movilizaría personal para facilitar el procesado de las solicitudes. Se suponía que la legislación socialista rompería con la política anterior, pero la postura general en cuanto a la política pública del gobierno aún se oponía claramente a la migración ilegal.

Unos 150,000 extranjeros hicieron solicitud, 130,000 se legalizaron. Las evaluaciones de la legalización variaron. Quedó claro que el fraude podría convertirse en un problema de importancia y que los procedimientos eran administrativamente difíciles de poner en práctica. Muchos extranjeros con posibilidades no sabían sobre el procedimiento o tenían participar en él. Había razón para creer que la legislación socialista tenía un efecto de imán y atraería más inmigrantes a Francia. La regularización ayudó a aquellos individuos que se beneficiarían de la oportunidad, pero no alteraba la dinámica del mercado de trabajo, que fortalecía la migración y el empleo ilegales. El periodo se amplió repetidamente y cambiaron los criterios de elegibilidad. Para los funcionarios del gobierno francés, la legislación socialista de 1981-1983 constituía un éxito notable que se prestaba a ser emulada en otros lugares.

La legalización del ARCI en Estados Unidos difería en aspectos clave de programas más o menos concurrentes en Europa occidental. El intervalo de cinco años entre la fecha límite para ser susceptible de legalización (1o. de enero de 1982) y la fecha efectiva de inicio del programa (4 de mayo de 1987) contrasta-

ba notablemente con el intervalo mínimo entre las dos fechas en los programas europeos. Las diferentes aproximaciones a los miembros inmediatos de la familia de quienes tuvieron éxito en sus solicitudes de legalización constituyeron otro contraste de importancia. Surgieron dos programas principales y varios de menor envergadura. El más importante estaba abierto a todos los extranjeros que pudieran probar su residencia previa al 1 de enero de 1982. El segundo en relevancia estaba abierto a quienes pudieran probar que habían trabajado por noventa días en la agricultura de temporal entre el 1o. de mayo de 1985 y el 1o. de mayo de 1986. Había también un procedimiento especial abierto a los inmigrantes haitianos y cubanos. Casi dos millones de extranjeros solicitaron estatus legal bajo el primer programa y el 97 por ciento fue aceptado. Una petición del Congreso para prorrogar la fecha límite de la solicitud fracasó.

El programa de jornaleros estaba normado por diferentes reglas. El periodo de legalización fue más largo y los beneficiarios atravesaron por un ajuste casi automático de estatus para tener la residencia permanente. Además, los solicitantes podían hacer el trámite desde fuera del país y trasladarse al trabajo también desde el extranjero. Un total de 1'300,000 extranjeros hicieron solicitud, pero la tasa de autorización fue mucho más baja que en el otro programa de importancia. Las difundidas prácticas fraudulentas contribuyeron a la baja tasa de aceptación. En total, 2'700,000 extranjeros se legalizaron bajo las cláusulas de ARCI (Kramer, 1999: 43).

Tras el acicate de la Conferencia Estadounidense de Obispos Católicos, el gobierno de Estados Unidos promulgaría más tarde una "doctrina de justicia familiar" que extendía de hecho la tolerancia hacia los dependientes residentes ilegales que fueran parte de la familia de los extranjeros que se legalizaran. Al principio, los comisionados de distrito fueron dotados de poderes para conceder un estatus legal temporal y protegido a esos miembros de la familia a partir de consideraciones humanitarias. El Acta de Inmigración de 1990 incluyó luego una cláusula de justicia familiar que permitía a los cónyuges y a los hijos de los extranjeros legalizados convertirse en extranjeros con residencia permanente (Miller, 1989: 143-144).

A pesar de las diferencias, surgieron algunos puntos en común entre las políticas a ambos lados del Atlántico. Los extranjeros que residían ilegalmente respondieron lenta y cautelosamente a la legalización. Los gobiernos se decepcionaron y simplificaron las reglas y las regulaciones para estimular las solicitudes. Quizá más importante aún, las legalizaciones permitieron a los gobiernos aprender sobre los flujos y procesos de migración ilegal. En general eran más complejos de lo que habían pensado e incluían sobre todo a nacionales de países que enviaban grandes cantidades de extranjeros admitidos legalmente (incluidos los que ya antes habían sido legalizados). Los beneficiarios tendían a ser

jóvenes trabajadores empleados en sectores con altas concentraciones de trabajadores extranjeros (OCDE, 2000: 57-59).

Los años noventa fueron testigos de legalizaciones recurrentes en Francia, España e Italia y la reanudación de la legalización en Estados Unidos bajo el procedimiento 245i, que permitía a los extranjeros recibir el estatus de residentes extranjeros permanentes sin necesidad de regresar a su terruño, a cambio de una cuota de 1,000 dólares. Muchos otros estados en el mundo llevaron a cabo legalizaciones. Incluso Suiza estableció un programa en el año 2000 para los extranjeros que hubiesen entrado antes del 31 de diciembre de 1992 y se encontraran en estado de emergencia. Unas 13,000 personas estaban en esa situación, provenientes sobre todo de Sri Lanka (OCDE, 2001: 251). En Alemania, donde las autoridades habían considerado por mucho tiempo la legalización como una política que podría tener efectos contraproducentes y estimular la migración ilegal, la defensa de ésta aumentó en forma similar. El cardenal católico Stazinsky, de Berlín, hizo un llamado para una política de legalización alemana en 2001, así como la Confederación Alemana de Sindicatos (Appenzeller, *et al.*, 2001). El 22 de julio de 2002, el líder de la minoría en el Congreso de Estados Unidos y anterior aspirante a la presidencia por el partido demócrata, Richard Gephardt, anunció su intención de proponer una legislación para que los inmigrantes ilegales que tuvieran una historia de empleo en Estados Unidos obtuvieran la residencia legal (Hulse, 2002). Gephardt develó su plan en la reunión anual del Consejo Nacional de La Raza, una organización en defensa de los hispanos; parecía ligado a las esperanzas demócratas de atraer el apoyo de los votantes hispanos.

Ahora bien, se debe matizar la evaluación de la importancia de políticas de legalización en la búsqueda de control. Por un lado, las legalizaciones dan testimonio de la realidad de que existen residencia y empleos ilegales entre los extranjeros. Por otro, permiten a los gobiernos "sacar a la luz a la gente" y darles la residencia legal. Las políticas de legalización se pueden interpretar como evidencia de la incapacidad del gobierno para evitar la migración ilegal, o bien una prueba de que los estados soberanos, a pesar de todas sus vicisitudes recientes, se pueden adaptar en la actual era de globalización y lidiar con los movimientos internacionales de población. Es típico que quienes se oponen a la legalización argumenten que esas políticas debilitan el estado de derecho y son contrarias a una búsqueda más amplia del control. Hay cierta evidencia de que las políticas de legalización en Francia contribuyeron al surgimiento del Frente Nacional Anti-inmigrante. Las legalizaciones recientes en el sur de Europa se han caracterizado por una reversión para los migrantes, tras la legalización, hacia el estatus irregular (OCDE, 2000: 63). No obstante, los beneficiarios de las legalizaciones por lo general han experimentado mejoras en sus prospectos generales en lo socioeconómico y el empleo (Laacher, 2002: 66).

Programas para la admisión temporal de trabajadores extranjeros

La etapa posterior a la Guerra Fría fue testigo del resurgimiento de modestas políticas dirigidas a los trabajadores extranjeros, en un cierto número de situaciones alrededor de 1973, en las que los gobiernos habían limitado el reclutamiento de trabajadores huéspedes. La segunda generación de estados europeos que autorizaron políticas temporales para los trabajadores extranjeros incluía algunos en los que antes se habían tenido políticas de trabajadores huéspedes, como Alemania, Holanda y Suecia, pero también del sur de Europa. La gran ironía se dio en la adopción de una política de trabajadores extranjeros temporales de parte de Italia, porque la República italiana había criticado con grandes aspavientos el estatus que se les daba a los trabajadores italianos temporales en Suiza. En 1964, tres décadas después de la negociación del acuerdo bilateral de trabajo entre Italia y Suiza de 1964, que había permitido a los trabajadores temporales originarios de Italia buscar la residencia en Suiza, Italia admitía a contingentes de trabajadores temporales provenientes de estados vecinos. Para 1999, había ya 20,000 trabajadores migrantes temporales en el país, un incremento de 10 veces a 1992; este total incluía algunos extranjeros legalizados que habían recibido contratos temporales (OCDE, 2001: 195).

En cierta forma, las políticas que se veían regresivas y discriminatorias en los años sesenta y setenta, podían considerarse innovadoras y progresistas después de 1990. De hecho, cuando se les compara con las de la era de los trabajadores huéspedes, muchas de las que se aplicaban a los trabajadores temporales tras la Guerra Fría, eran más rigurosas. ¿Llevaría la segunda generación de programas para trabajadores extranjeros temporales a resultados similares a los obtenidos por la generación de los trabajadores huéspedes? Una diferencia central tenía que ver con el volumen de admisiones: los programas de la segunda generación eran muy pequeños. En 1999, Alemania admitió a 40,000 trabajadores por contrato, 3,700 trabajadores huéspedes y 223,400 trabajadores temporales. Estos últimos eran admitidos por un máximo de tres meses por año (OCDE, 2001: 174). En comparación con 646,000 trabajadores extranjeros que entraron a Alemania en 1969 (Castles y Kosack, 1973: 40).

El reinicio en las admisiones de trabajadores extranjeros en Alemania se dio en un contexto de esfuerzos por apoyar a los nuevos gobiernos democráticos en Europa central y del este, además, para asegurar su cooperación en los esfuerzos alemanes y de la Unión Europea para evitar la migración ilegal y el tráfico de humanos. Las consideraciones de política exterior desafiaban la memoria histórica. Desde que en 1973 había cesado el reclutamiento, los representantes de ciertos grupos de patrones, en especial de hoteles, restaurantes y la agricultura, habían

defendido que se reanudara el reclutamiento de trabajadores extranjeros, pero esta vez de manera similar al reclutamiento de trabajadores temporales en Suiza. Poco entendían los alemanes que el gobierno suizo, de hecho había cambiado sus políticas respecto a los trabajadores temporales. Para los años ochenta, los antiguos trabajadores temporales y sus familias, conformaban el sector más grande de los nuevos extranjeros residentes en Suiza y para 1999, sólo se admitieron 10,000 trabajadores temporales, en comparación con más de 200,000 en 1964 (Miller, 1986: 71; OCDE, 2001: 50). Como Francia, que admitió 7,612 trabajadores temporales en 1999 en comparación con un promedio anterior de 100,000 personas por año, Suiza había vuelto obsoleta gran parte de su política respecto a los trabajadores extranjeros temporales (Tapinos, 1984: 47; Lebon, 2000: 45).

En España las políticas de trabajadores extranjeros temporales se dieron en un entorno confuso. Muchas de las visas que supuestamente se habían destinado al reclutamiento de trabajadores del extranjero, se adjudicaron en cambio a extranjeros ilegales que atravesaban por el proceso de legalización (López García, 2001: 114-115). El contingente anual para toda España variaba de 20,000 a 30,000 visas. En algunas localidades como Almería (lugar en que se suscitaron varios días de violencia contra los trabajadores árabes en el año 2000), las autorizaciones de visas eran mucho más bajas que los niveles requeridos por los patrones. Esto, en parte porque el procedimiento requería que el trabajador extranjero que tuviera un contrato tentativo regresara a su terruño a recibir una visa válida, pero también porque los patrones a menudo preferían trabajadores extranjeros que estuvieran empleados ilegalmente, en vez de los legales, ya que por éstos tenían obligación de pagar impuestos para el seguro social (Lluch, 2002: 87-88).

Las propuestas para los trabajadores temporales en Estados Unidos se proponen de manera similar, como una forma de legalizar las poblaciones ya existentes de trabajadores empleados ilegalmente. Había pocas razones para suponer, sin embargo, que la expansión de las admisiones de los trabajadores extranjeros temporales provenientes de México, como proponían Bush, el Presidente de Estados Unidos, y el presidente Fox, de México en 2001, reducirían el empleo ilegal en Delaware o Texas más de lo que había sucedido en Almería o en el mediodía de Francia en los años sesenta y setenta. Quizá las tendencias en las admisiones de trabajadores extranjeros temporales hacia Francia y Suiza tenían mucho más sentido en la búsqueda de control que la segunda generación de políticas para los trabajadores temporales que se suscitaron en la era posterior a la Guerra Fría. La situación evocaba recuerdos históricos que podrían sintetizarse, como lo hiciera una vez W.R. Böhning de la oficina de migrantes de ILO, quien perdiera su puesto por atreverse a exponer la realidad del empleo y las condiciones de vida de los migrantes en Medio Oriente en una publicación de ILO:

Los programas y las restricciones dirigidos a los trabajadores temporales no sólo son moralmente ofensivos, sino políticamente más insostenibles en las sociedades plurales del occidente. Es posible ahorrarse una inmensa conmoción nacional, política y administrativa, y una pérdida de capital político internacional al adoptar desde el principio una posición conforme con los valores democráticos a los que decimos ser leales, en vez de tener que ceder en circunstancias desfavorables a las presiones internas e internacionales (Böhning, 1984: 162).

Los refugiados y el asilo

Desde mediados de los años ochenta, se ha dado un incremento dramático en la cantidad de refugiados y solicitantes de asilo en el mundo entero. Se trata de “migrantes forzados”, que se trasladan para escapar de la persecución o el conflicto, y no de “migrantes voluntarios”, que lo hacen por beneficios económicos o de otra índole. El asilo se ha convertido en tema político de importancia en los países occidentales. Los reporteros sensacionalistas y los políticos de derecha señalan terribles consecuencias, como una escalada en las tasas delictivas, el terrorismo fundamentalista, la caída de los sistemas de bienestar y el desempleo masivo. Reclaman un estricto control fronterizo, la detención de quienes solicitan asilo y la deportación de los ilegales. El atractivo público de tales polémicas es obvio: los éxitos electorales de la derecha en países tan distintos como Dinamarca, Austria, Francia y Australia pueden atribuirse a los miedos de flujos masivos de ingreso desde el sur y el este. (Esta sección se basa parcialmente en dos trabajos de investigación escritos de manera conjunta por Stephen Castles y Sean Loughna del Centro de Estudios de Refugiados, de la Universidad de Oxford en el año 2002. Se agradece la contribución de Sean Loughna.)

Según la Convención de las Naciones Unidas en relación con el estatus de los refugiados, de 1951, refugiado es una persona que reside fuera de su país de nacionalidad, que no puede o no desea regresar por un “bien fundado temor de persecución por motivos de raza, religión, nacionalidad, membresía en un grupo social particular u opinión política”. Unos 140 de los 190 estados del mundo han firmado la convención o su protocolo de 1967. Los estados miembros se dan a la tarea de proteger a los refugiados y respetar el principio de *non-refoulement* (esto es, de no regresarlos a un país en el que podrían ser perseguidos). Los refugiados oficialmente reconocidos, con frecuencia están en mejores condiciones que otros migrantes forzados, pues tienen un estatus claro y gozan de la protección de una institución poderosa: el Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACRNU). Los refugiados obtienen con frecuencia el asilo en un país vecino al de su origen. Cuando las condiciones

son difíciles, el ACRNU puede buscar que los refugiados se establezcan en otro lugar, aunque los países tradicionales de reubicación (en especial Europa y América del norte) están cada vez menos dispuestos a aceptarlos.

La población de refugiados en el planeta creció de 2'400,000 en 1975 a 10'500,000 en 1985 y 14'900,000 en 1990. Se alcanzó una cifra máxima tras el final de la Guerra Fría con 18'200,000 en 1993. Para el año 2000, había descendido a 12'100,000 (ACRNU, 1995; 2000a). La categoría más amplia de "personas que preocupan al ACRNU" (incluye refugiados, algunas personas desplazadas en sus naciones y algunas de retorno) alcanzó el punto más alto de 27'400,000 en 1995 para reducirse a 21'100,000 en el año 2000. Los refugiados provenían sobre todo de países, sacudidos por la guerra, la violencia y el caos, como Afganistán (2'600,000 en el año 2000), Irak (572,000), Burundi (524,000), Sierra Leona (487,000), Sudán (468,000), Somalia (452,000), Bosnia (383,000), Angola (351,000), Eritrea (346,000) y Croacia (340,000) (UNHCR, 2000b: 315).

Los solicitantes de asilo son personas que cruzan fronteras internacionales en búsqueda de protección, pero cuya condición en cuanto al estatus de refugiado no se ha decidido. Algunos observadores aseguran que éstos no son víctimas reales de persecución, sino sólo migrantes económicos disimulados. No obstante, en muchas situaciones de conflicto no es fácil distinguir entre la huida que se origina en la persecución y la partida por la destrucción de la infraestructura económica y social necesarias para sobrevivir. Los solicitantes de asilo viven en una situación semejante al limbo, dado que los procedimientos de determinación y las apelaciones pueden llevar varios años. En algunos países no se les permite trabajar, deben sobrevivir con escasos recursos de la seguridad social. Hasta un 90 por ciento de las solicitudes son rechazadas –aun así, muchos solicitantes no pueden ser deportados porque su país de origen no acepta que regresen o porque no tienen pasaportes. Para algunos, esta categoría es sólo una fuente útil de mano de obra que nutre las economías informales de los países occidentales más afluentes.

Anualmente, las solicitudes de asilo en Europa occidental, Australia, Canadá y Estados Unidos en conjunto, se incrementaron de 90,400 en 1983 a 323,050 en 1988, para aumentar más al final de la Guerra Fría hasta alcanzar una cúspide de 826,645 en 1992 (UNHCR, 1995: 253). Las solicitudes descendieron en forma notable a 480,000 en 1995, pero ascendieron de nuevo hasta 534,500 en el año 2000 (OCDE, 2001: 280). Casi todo el descenso se puede explicar por los cambios en las leyes de refugiados en Alemania (438,200 solicitantes en 1992, pero sólo 127,900 en 1995) y Suecia (84,000 en 1992, 9,000 en 1995). El Reino Unido tenía relativamente pocos solicitantes a inicios de los años noventa, con 32,300 en 1992, pero las cifras ascendieron al final de la dé-

cada a 55,000 en 1998 y 97,900 en el año 2000 (OCDE, 2001: 280). Sin embargo, sólo una pequeña proporción del número total de solicitantes de asilo y de refugiados en el mundo llega a los países altamente desarrollados; la mayoría permanece concentrada en los países más pobres.

Otro tipo de migración forzada es la de los “refugiados ambientales”: personas desplazadas por el cambio ambiental (desertificación, deforestación, degradación de la tierra, contaminación del agua o inundación), desastres naturales (inundaciones, volcanes, deslaves, terremotos) y desastres causados por el hombre (accidentes industriales, radioactividad). Un reporte de 1995 afirma que existían al menos 25 millones de refugiados ambientales, número que podría duplicarse para el año 2010 y que unos 200 millones estarían eventualmente en riesgo de desplazamiento (Myers y Kent, 1995). Los expertos en refugiados rechazan esas visiones apocalípticas, para señalar que su propósito fundamental es asustar a los gobiernos occidentales para que realicen acciones de protección al ambiente. Por ejemplo, Black argumenta que no hay refugiados ambientales como tales. Mientras que los factores ambientales sí juegan un papel en la migración forzada, los desplazamientos por factores ambientales siempre están estrechamente vinculados con el conflicto social y étnico, estados débiles y violación de los derechos humanos. El énfasis en los factores ambientales distrae de los temas centrales del desarrollo, la desigualdad y la resolución de conflictos (Black, 1998).

La migración forzada se ha convertido en un factor de peso en la política global. Lo cual se refleja desde 1934 en la naturaleza cambiante del régimen internacional de refugiados, que consiste en un conjunto de normas legales basadas en leyes humanitarias y de derechos humanos, así como en cierto número de instituciones diseñadas para proteger y apoyar a los refugiados. El centro del régimen es la Convención de 1951, y la institución más importante el ACRNU, pero toman parte también muchas otras organizaciones: agencias intergubernamentales como el Comité Internacional de la Cruz Roja (ICRC), el Programa Mundial Alimentario (PMA) y el Fondo de las Naciones Unidas para los Niños (FNUN); al igual que cientos de no gubernamentales (ONG) como OXFAM, CARE Internacional, Médecins sans Frontières (MSF) y el Comité Internacional de Rescate (CIR).

El régimen internacional de refugiados se conformó a raíz de dos conflictos internacionales importantes que dejaron un saldo de más de 40 millones de desplazados en Europa al final de la Segunda Guerra Mundial y de la Guerra Fría. Muchos de los desplazados se reubicaron en Australia, Canadá y otros países, donde hicieron una importante contribución al crecimiento económico de la posguerra. En la Guerra Fría, ofrecer asilo a quienes “votaban con sus pies” contra el comunismo era una poderosa fuente de propaganda para occidente.

Dado que el “régimen de no partida” de la cortina de hierro conservaba bajas las cifras, occidente podía costear el ofrecer una cálida bienvenida a los pocos que conseguían salir. Las cantidades se elevaron después de eventos como la Revolución húngara de 1956, o la Primavera de Praga de 1968, sin embargo, todavía eran manejables.

Mientras tanto, situaciones muy diferentes para los refugiados se desarrollaban en el sur. El legado colonial llevó a estados débiles no democráticos, economías subdesarrolladas y una difundida pobreza en Asia, África y América Latina. Los países del norte buscaban mantener su dominio al influir sobre las nuevas élites, mientras que el bloque soviético estimulaba los movimientos revolucionarios. Muchos conflictos locales se convirtieron en guerras vicarias en la lucha entre el este y el oeste, en las que las superpotencias aportaban modernas armas. Esos factores dieron origen a situaciones de violencia generalizada, lo que condujo a huidas masivas (Zolberg *et al.*, 1989). La escalada en África desde los años setenta de luchas contra regímenes coloniales blancos o de ocupación, la resistencia contra los regímenes militares latinoamericanos apoyados por Estados Unidos en los años setenta y ochenta, así como las luchas de larga data de carácter político y étnico en el Medio Oriente y Asia llevaron a vastos flujos de refugiados.

Los países del norte y las agencias internacionales respondieron afirmando que tales situaciones eran cualitativamente diferentes de la persecución individual para la que se había diseñado la Convención de 1951 (Chimni, 1998). La solución de reubicación permanente en países desarrollados no era percibida como adecuada –a excepción de los refugiados indochinos y cubanos que se ajustaban al molde de la Guerra Fría. En 1969, la Organización de la Unidad Africana (OUA) aprobó su propia convención sobre refugiados, que ampliaba la definición para incluir a personas forzadas a huir de su país por la guerra, la violación de los derechos humanos o la violencia generalizada. La declaración de 1984 de Cartagena contendría una definición similar para América Latina.

El ACRNU empezó a asumir nuevas funciones como organización de ayuda humanitaria. Auxilió en la administración de campos, además, proporcionando comida y asistencia médica en todo el mundo. Se convirtió en el “punto focal” para coordinar las actividades de varias agencias de la ONU en emergencias graves (Loescher, 2001). Este papel en expansión se reflejó en el presupuesto del ACRNU, que se triplicó de 145 millones de dólares en 1978 a 510 en 1980 (UNHCR, 2000a), convirtiéndose en una de las agencias más poderosas de la ONU.

Para los años ochenta, un creciente flujo de solicitantes de asilo llegaba directamente a Europa y Norteamérica desde zonas de conflicto en América La-

tina, África y Asia. Las cifras se incrementaron notablemente con la caída del bloque soviético. Los flujos más dramáticos provenían de Albania con destino a Italia en 1991 y de nuevo en 1997, y de la antigua Yugoslavia durante las guerras de Croacia, Bosnia y Kosovo. Buena parte de los 1'300,000 solicitantes de asilo que llegaron a Alemania entre 1991-1995 eran miembros de minorías étnicas (como los gitanos) provenientes de Rumania, Bulgaria y otros lugares de Europa del este. Al mismo tiempo llegaban a Europa cantidades cada vez mayores de solicitantes de asilo provenientes del sur. La situación se complicaba aún más por las minorías étnicas que regresaban a sus terruños ancestrales, al igual que los trabajadores indocumentados de Polonia, Ucrania y otros estados post-soviéticos.

Los inicios de los años noventa fueron, así, un periodo de pánico en cuanto al asilo. La movilización de extrema derecha, los ataques incendiarios a los albergues de solicitantes de asilo y las agresiones a los extranjeros amenazaban el orden público. Los estados europeos reaccionaron con una serie de restricciones que parecían anunciar la construcción de un “Fuerte de Europa” (UNHCR, 2000a; Keeley, 2001):

- Cambios en la legislación nacional para restringir el acceso al estatus de refugiado;
- regímenes de protección temporal en vez del estatus permanente de refugiados para las personas que huían de las guerras en la antigua Yugoslavia;
- “políticas de no arribo” diseñadas para evitar que la gente que careciera de la documentación adecuada entrara a Europa occidental. Los ciudadanos de ciertos estados debían obtener visas antes de su salida. Se aprobaron “sanciones de transporte” por las que el personal de las aerolíneas tenía que revisar los documentos antes de permitir el embarque;
- políticas de distracción: al declarar “terceros países seguros” a estados de Europa central como Polonia, Hungría y la República Checa; los países de Europa occidental podrían regresar a los solicitantes de asilo a esos estados si los habían utilizado como rutas de tránsito;
- interpretaciones restrictivas de la Convención de Refugiados de 1951 de la ONU, al excluir, por ejemplo, la persecución por “actores no estatales” (como los Talibán en Afganistán);
- cooperación europea sobre las reglas de asilo y de inmigración como la Convención de Schengen y la Convención de Dublín. El Tratado de Ámsterdam de 1997 estableció el compromiso de aprobar políticas comunes para la UE en cuanto a la inmigración y el asilo para el año 2004.

La experiencia norteamericana fue similar. Centroamericanos, al huir del conflicto y la persecución en sus países de origen empezaron a llegar en grandes cantidades a Estados Unidos en los años ochenta. Muchos lo hicieron “ilegalmente” ya que Estados Unidos no reconocía a todos los países centroamericanos como productores de refugiados. La política de puertas abiertas hacia los cubanos que huían hacia este país, vigente desde 1959, se empezó a restringir en los años ochenta y la prohibición en el mar en los años noventa. A grandes cantidades de haitianos que intentaban llegar durante las décadas de los ochenta y noventa se les impidió hacerlo.

Esas medidas restrictivas –en vez de mejoras reales en los derechos humanos– son la razón por la cual el número de refugiados oficialmente reconocidos en el mundo se ha reducido desde 1995. El régimen de refugiados de los países ricos del norte se ha transformado de manera fundamental en los últimos 20 años. Ha cambiado de ser un sistema diseñado para acoger a los refugiados de la Guerra Fría provenientes del este, de reinstalarlos como exiliados permanentes en nuevos hogares, hacia un “régimen de no entrada”, creado para excluir y controlar a los solicitantes de asilo provenientes del sur.

Veamos brevemente a los refugiados y solicitantes de asilo en diversos países occidentales. Entre 1975-2000, Estados Unidos ofreció reasentamiento permanente a más de 2 millones de refugiados, incluidos cerca de 1'300,000 provenientes de Indochina. En este periodo aceptó más personas para ser reinstaladas permanentemente que el resto del mundo en su conjunto (UNHCR, 2000b). El total de solicitudes se elevó de 75,600 en 1990, hasta un punto máximo de 148,700 en 1995, luego se registró un descenso a 32,700 en 1999, antes de ascender de nuevo a 59,400 en el año 2001. A principios de los años noventa, en el contexto de una economía débil y un número creciente de migrantes indocumentados, hubo fuertes sentimientos contrarios a los inmigrantes. Los que se reflejaron en la aprobación del Acta de Reforma a la Inmigración Ilegal y de Responsabilidad Inmigrante (ARIIRI) en el año de 1996. La ARIIRI cambiaba de manera fundamental la forma en que el gobierno atendía las solicitudes de asilo y los derechos que se concedían a los solicitantes. Creaba un nuevo parámetro para seleccionar a quienes llegaban a sus fronteras, el que se enfocaba en determinar si debía dársele entrada al procedimiento de asilo. Autorizaba también las “remociones expeditas” y la detención de los solicitantes de asilo.

Para el periodo de 1990-2001, seis de los 10 principales países de origen de los solicitantes que llegaban a Estados Unidos eran países latinoamericanos o del Caribe. No obstante, se daban fluctuaciones importantes. En 1990, la gran mayoría de los solicitantes provenía de América Latina. En contraste, para el año 2001, el primer país de origen era México, seguido por China, mientras

que el resto de los primeros 10 incluía una amplia gama de áreas de origen. La tasa de aprobación del asilo para los mexicanos era de tan sólo el 7 por ciento en comparación con el 64 por ciento para los chinos y el 57 por ciento para los solicitantes de asilo en general (USCR, 2001: 275). Tras los ataques terroristas del 11 de septiembre del año 2001, Estados Unidos suspendió su Programa de Reasentamiento de Refugiados. Se autorizó la reanudación en noviembre, pero sólo admitió a 800 en los últimos tres meses. Un decreto de octubre de ese mismo año, autorizó poderes de aprehensión mucho más fuertes contra personas que no fueran ciudadanos, y de los que hubiera sospechas de participación en actividades terroristas. Aunque estas medidas no estaban dirigidas específicamente contra los solicitantes de asilo, se temía que pudieran llevar a un incremento en el uso ya sustancial de la aprehensión: un promedio de 3000 fueron detenidos durante ese año (USCR, 2001: 279).

Igual que Estados Unidos, Canadá aceptó grandes cantidades de personas provenientes de Indochina, unos 200,000 entre 1975 y 1995. Durante los años ochenta, Canadá ofreció el reasentamiento de un promedio anual de 21,000 refugiados. Entre 1989-1998, las admisiones para el reasentamiento disminuyeron de 35,000 a menos de 9,000. No obstante, se incrementaron a 17,000 en 1999, a raíz del programa de evacuación humanitaria para los refugiados de Kosovo (UNHCR, 2000b). La cifra de los solicitantes de asilo que llegaba a Canadá descendió de 36,700 en 1990 a 20,300 en 1993, aumentó de nuevo a 39,400 en 1999 y alcanzó su nivel más alto de la historia en 44,000 en el año 2001. En contraste con Estados Unidos, sólo uno de los 10 principales países de origen para el periodo 1990-2001 era latinoamericano: México. La mayor parte de los solicitantes en Canadá provenía del subcontinente hindú o de China, con Sri Lanka en el primer lugar de la lista. El cuadro general es de diversidad considerable y creciente en todo el periodo. En el año 2001, Canadá consideró 22,887 solicitudes, con una tasa de aprobación del 58 por ciento. Las tasas más altas fueron para Afganistán (97 por ciento), Somalia (92 por ciento), Colombia (85 por ciento), Sri Lanka (76 por ciento) y la República Democrática del Congo (76 por ciento). Las de menor éxito fueron para Hungría (27 por ciento) y México (28 por ciento) (USCR, 2001: 261).

Australia cuenta con un programa humanitario diseñado para acoger refugiados del extranjero, con metas relativamente constantes de unos 12,000 por año desde principios de los años noventa. La cantidad de solicitantes de asilo que llegaba en balsa sin permiso a Australia, promediaba sólo unos cuantos cientos por año hasta finales de los años noventa, pero aumentó a 4,175 en 1999-2000 y a 4,141 en 2000-2001 (Crock y Saul: 2000: 24). Aunque estas cifras son bastante bajas en comparación con otras partes del mundo, el crecimiento se ve como un debilitamiento de la tradición de un control gubernamental

estricto de los ingresos, lo que hasta el momento había sido posible debido a la situación remota de Australia. Esto conlleva una marcada politización de los temas de refugiados en Australia desde finales de los años noventa; lo cual se describirá en detalle en el capítulo 9.

En el caso de la Unión Europea, los 10 principales países de origen de los solicitantes de asilo para el periodo 1990-2000 fueron la República Federal de Yugoslavia (RFY), Rumania, Turquía, Irak, Afganistán, Bosnia-Herzegovina, Sri Lanka, Irán, Somalia y la República Democrática de El Congo (RDC). Los dos puntos más altos de los solicitantes coincidieron con las guerras en Croacia y Bosnia en 1991-1993 y la de Kosovo en 1998-1999, con un total de 836,000 solicitantes ingresados en total entre 1990-2000. El siguiente país de origen es Rumania, con un total apenas por debajo de los 400,000, concentrados sobre todo a principios de los años noventa, en una época de notable persecución de los gitanos y otras minorías étnicas. Le sigue Turquía, con 356,000 solicitantes distribuidos de manera bastante homogénea en el periodo. La mayoría aparenta estar compuesta por kurdos que huyen de los violentos conflictos con las fuerzas del gobierno en las áreas de supuesto apoyo para el Partido Separatista Kurdo, el PSK.

Los flujos de solicitantes de asilo de todos los países de origen muestran fluctuaciones considerables, ligadas con el desarrollo de conflictos internos y guerras civiles. En su conjunto, los 10 principales países de origen sumaron alrededor de 2'500,000 solicitantes que ingresaron a la UE entre 1990 y 2000. Esto equivale al 59 por ciento del total de 4'400,000 solicitantes en el periodo. Poco más de un tercio de éstos provenía de tres países europeos: FRY, Rumania y Bosnia-Herzegovina. Los siguientes 10 Bulgaria, Pakistán, la India, Nigeria, Rusia, Vietnam, Argelia, China, Albania y Líbano. Los 20 primeros países en conjunto suman un 77 por ciento de todos los solicitantes de asilo que entraron en la UE durante ese periodo de 11 años.

En general, los 10 principales países de origen de los solicitantes de asilo en la UE, son también parte de los 15 más importantes para cada país tomado aisladamente. No obstante, existen variaciones nacionales significativas. Lo que parece estar ligado con una cantidad de factores. El primero es la posición geográfica (o la proximidad): los países cerca de las fronteras orientales de la UE tienen más probabilidades de recibir solicitantes de Europa del este, tales como los rusos y búlgaros que llegan a Finlandia y Austria. Los países del sur de la UE, como Grecia, tienen más probabilidades de recibir solicitantes que provengan del sudeste europeo (Albania, Rumania) o el Medio Oriente (Irak, Irán, etcétera). El segundo es el de los vínculos previos, en especial a través de una presencia colonial en el pasado. Por ejemplo, Bélgica es anfitriona de muchos solicitantes de la RDC, su antigua colonia del Congo; Francia tiene muchos de Mali y Mauritania.

La integración regional

¿El progreso en la integración regional en el periodo posterior a la Guerra Fría ha ayudado o estorbado la búsqueda del control de la migración en Europa y Norteamérica? Las comparaciones trasatlánticas deben fundamentarse en la historia, ya que la evolución de los dos procesos de integración regionales es bastante disímil. El proyecto europeo es mucho más antiguo y de mayor alcance que el norteamericano del Tratado de Libre Comercio con América del Norte (TLCAN), además, no existe una lógica inevitable que asegure que el TLCAN evolucionará de la misma manera que la atravesada por la Unión Europea. Hay proyectos muy diferentes.

La Unión Europea (UE) y sus predecesores, que datan de la Comunidad Europea del Carbón y el Acero (CECA) de principios de los años cincuenta y de la Comunidad Europea (CE) hasta 1993, han incluido un proyecto federalista con un compromiso explícito de supeditación eventual de la soberanía de los estados miembros a través de la creación de instituciones y gobiernos europeos. El proyecto siempre ha estado inspirado por la seguridad. La integración regional era sobre todo una estrategia por evitar la recurrencia de una guerra entre los estados miembros. La estrategia adoptada, con base en tratados, fue una de las primeras en crear una autoridad europea sobre los sectores del carbón y del acero, seguida luego por la creación de un mercado común, gobernado de nuevo por instituciones europeas. El Acta Única de Europa (AUE) de 1986, se proponía lograr un mercado común más completo o genuino y preparó el camino para la firma del Tratado de la Unión Europea (TUE) en 1991, que tuvo como consecuencia el reforzamiento y la expansión de las instituciones federalistas europeas en el área de los 15 estados miembros. El Tratado de Ámsterdam de 1997 refinó y complementó el Tratado de la Unión Europea.

La migración ha figurado de manera importante en la historia de la integración europea. El Tratado de París de 1951, que creó la ECSC terminaba con las restricciones en el empleo basadas en la nacionalidad para los ciudadanos de los seis estados miembros (Geddes, 2000: 45). El Tratado de Roma de 1957 anticipaba la creación de un mercado común entre los seis estados signatarios. Según el artículo 48, los trabajadores de los estados miembros gozarían de libertad de movimiento si encontraban empleo en otro estado miembro. En los años 50, Italia impulsó la integración regional con el objeto de promover las oportunidades de empleo para su gran población de desempleados (Romero, 1993). Otros estados miembros de la CE (y también entre los predecesores de la actual OCDE), se resistieron. Para 1968, cuando entró en vigor el artículo 48, el problema de desempleo en Italia había disminuido. Los ciudadanos italianos, no obstante, fueron los principales beneficiarios del artículo 48, pero se dio relativa-

mente poca migración laboral dentro de la CE a pesar de las expectativas (Werner, 1973). Se estableció firmemente que la cláusula de libertad de movimiento en el empleo se aplicaba sólo a ciudadanos de los estados miembros de la CE, no a nacionales de terceros países que no pertenecieran a ella.

El acceso planeado de España y Portugal a la CE a mediados de los años ochenta desencadenó un importante debate sobre los efectos de su ingreso en la movilidad de la mano de obra. Algunos temían que el resto de la ampliada CE se viera inundada por trabajadores portugueses y españoles. Pero al final de un periodo de transición de siete años, no ocurrió el flujo masivo de ingreso predicho. En cambio, España y Portugal se convirtieron en importantes tierras de inmigración por su propio derecho cuando la inversión de la CE y privada se vertió en ambos países. La movilidad intraeuropea del capital sustituyó la movilidad intraeuropea de mano de obra (Kosłowski, 2000: 117). Las negociaciones entre la UE y Polonia para un acceso planeado desataron un debate similar en 2000-2001. Pero al final del periodo de transición propuesto, los expertos alemanes no anticiparon un considerable flujo de ingreso de polacos. Sin embargo, esto no detuvo a Stoiber, el candidato conservador para el puesto de canciller en septiembre del año 2002, de advertir de flujos masivos de ingreso desde el este debido a la nueva ley de inmigración de Alemania. El uso de la "tarjeta de raza" como medida desesperada en la elección, sigue siendo una tradición peligrosa en la política europea.

Para 1990, la población extranjera residente, que provenía de otros estados de la UE había crecido a más de 5'500,000 en una población total de 370 millones, cerca del 1.5 por ciento de la población total de la UE (Kosłowski, 2000: 118). Bajo el TUE, los extranjeros residentes de otros estados de la UE, tenían derecho a votar en sus países de residencia (en elecciones locales y europeas pero no nacionales); esto fue visto como un aspecto importante de la nueva ciudadanía europea de los 15 estados. Era más problemático el estatus de los nacionales de terceros países que llegaban a 11'700,000 en 1994, el 3.15 por ciento del total de la población europea (Geddes, 2000: 11). No se beneficiaban de la libertad de movimiento que se extendía a todos los ciudadanos de la UE. En cambio, los estados miembros conservaron en gran parte sus prerrogativas respecto al ingreso, permanencia y deportación de quienes no fueran ciudadanos de la UE. La Comisión Europea, la mitad del supranacional Poder Ejecutivo dual de la UE, favorecía el conceder a los nacionales de un tercer país, la libertad de movimiento dentro del espacio europeo, pero esto encontró oposición en el Consejo de Ministros que representa los intereses de los estados miembros. Entre otras objeciones, varios estados miembros de la UE argumentaron que la propuesta de la Comisión Europea devaluaría aún más la importancia de la ciudadanía nacional, algo que la ciudadanía europea no había reempla-

zado sino complementado. El Tratado de Amsterdam de 1997, dio cinco años al Consejo de Ministros para adoptar medidas que aseguraran la ausencia de controles para los nacionales de terceros países que cruzaran las fronteras internas (Geddes, 2000: 121).

El creciente apoyo para la creación de un mercado común más genuino impulsó a Francia, Alemania, Bélgica, Luxemburgo y Holanda, a firmar el acuerdo de Schengen en 1985. Se comprometían a acelerar la creación de una Europa sin fronteras donde los ciudadanos de la UE podrían circular libremente, además de controles compensatorios de las fronteras externas. El SEA de 1986 definió el mercado único como “un área sin fronteras internas en la que se garantiza el libre movimiento de bienes, personas, servicios y capital dentro de las cláusulas de este tratado” (Geddes, 2000: 70). Muchos europeos, incluidos los gobiernos de varios estados miembros de la UE, protestaron ante la idea de eliminar las fronteras internas, temiendo que ello condujera a una migración ilegal mayor y pérdida del control gubernamental respecto al ingreso y permanencia de extranjeros. Efectivamente, los partidos antiinmigrantes como el Frente Nacional, que eran hostiles a la UE por razones nacionalistas, hicieron de la oposición a esos acuerdos una parte de sus programas. Sin embargo, los signatarios del acuerdo de Schengen conservaron la prerrogativa de restaurar la imposición de controles fronterizos si las circunstancias lo ameritaban (varios se acogieron a esta opción posteriormente).

El 26 de marzo de 1995, finalmente entró en vigor el Acuerdo de Schengen para aquellos estados signatarios que habían establecido los procedimientos necesarios: Alemania, Bélgica, España, Francia, Portugal, Luxemburgo y Holanda. Esto significó una remoción completa de los controles fronterizos para quien se moviera entre estos países. Efectivamente, el acuerdo creó una nueva clase de “ciudadanos de Schengen”, que se habría de añadir a las categorías existentes de ciudadanos de la UE y de no ciudadanos de la UE. El Reino Unido se negó a unirse a Schengen, insistiendo en continuar con sus propios y estrictos controles fronterizos para las personas provenientes del continente.

¿La eliminación de las fronteras internas dentro del espacio europeo ha tenido como consecuencia una pérdida del control de los movimientos internacionales de personas, distintas a quienes son ciudadanos de la UE?, no hay evidencias concluyentes en ningún sentido. El efecto general del notable progreso en la integración regional de Europa en años recientes puede ser que haya logrado que la búsqueda europea de control sea más creíble, ya que los estados de la UE que participan en el grupo de Schengen han sido capaces también de sacar sus funciones de control creando una zona de protección en Europa central y del este y de una frontera común en el sur de Europa. Pero las ampliaciones

nes, los tratados y los cambios institucionales de años recientes se han visto afectados de manera importante por las preocupaciones en el control de la migración.

También ha sido así con el TLCAN, aunque éste contiene sólo cláusulas menores que se relacionan específicamente con los traslados entre Canadá, México y Estados Unidos. Los orígenes del TLCAN tienen mucho que ver con un repentino avance de la integración regional en Europa a mediados de los años ochenta. Con o sin bases, muchos socios en el intercambio de la CE temían que Schengen y el SEA condujeran a una fortaleza europea, una zona menos accesible a las exportaciones desde fuera de la CE. Esta percepción contribuyó en 1988 a acelerar la firma de un tratado de libre comercio entre Estados Unidos y Canadá. Mientras tanto, una cláusula de la ARCI autorizaba la creación de una comisión para el estudio de la migración internacional y el desarrollo económico cooperativo. Este grupo bipartidista habría de estudiar los factores de "expulsión" que motivan la migración no autorizada proveniente de México y otros países del hemisferio occidental.

El reporte de la comisión bipartidista en 1990, se inclinaba por una aproximación más comprensiva para la prevención de la migración ilegal de lo que era evidente en la ley de 1986, que apoyaba la liberalización del comercio con México. El presidente Salinas se acercó entonces a la administración del presidente George Bush (padre) con la idea de ampliar el pacto de libre comercio entre Estados Unidos y Canadá para incluir a México. El presidente Bush sometió la propuesta mexicana a su Consejo de Seguridad Nacional, que dio su apoyo. Así, existía una dimensión de seguridad en el TLCAN pero difería de manera significativa respecto de la posición central de seguridad concerniente a la integración regional europea. El TLCAN no implicó un proyecto federalista explícito que alentara la integración socioeconómica que motivara la cooperación y un gobierno regional que ayudaran a evitar la guerra. El TLCAN firmado en 1993, que entró en vigor el primero de enero de 1994, sólo creó un área de libre comercio. Este proyecto, mucho menos ambicioso, se topó con una oposición política considerable en Estados Unidos e incluso en México (donde contribuyó a desatar la revuelta zapatista) pero no en Canadá.

Paradójicamente, las preocupaciones respecto a la migración internacional ocuparon un lugar central en la génesis del TLCAN, pero parcamente en el texto del tratado. Las visiones de Estados Unidos y de México sobre la migración ilegal todavía se oponían de manera notable. Para México, la migración hacia Estados Unidos estaría determinada por la demanda de mano de obra en el mercado estadounidense. Para Estados Unidos, buena parte de la inmigración contravenía su legislación y surgía de la escasez de oportunidades socioeconómicas en México. Puesto en términos simples, la economía mexicana no gene-

raría suficiente crecimiento y puestos para emplear a su población en rápido crecimiento. La diferencia en las percepciones oficiales de ambos países sobre el tema de la migración ilegal en las relaciones bilaterales era tal, que se le denominó como “una píldora de veneno” que debería evitarse si se continuaba con las negociaciones.

Durante las negociaciones del TLCAN, tanto el Presidente de Estados Unidos (Bill Clinton) como el de México (Salinas de Gortari) festejaron el pacto como una forma de reducir la migración ilegal. Salinas advirtió que Estados Unidos estaba en la disyuntiva de aceptar tomates mexicanos o aceptar migrantes mexicanos que los cosecharan en Estados Unidos. Este optimismo presidencial respecto al impacto en la disminución de la migración del TLCAN desmentía el hallazgo clave de decenas de estudios generados por la comisión estadounidense, que analizaba la migración internacional después del ARCI en el sentido de que la liberalización del intercambio entre ambos países sólo disminuiría la migración ilegal en el largo plazo. Philip L. Martin refinó más tarde este hallazgo en su teoría de una “joroba migratoria” (Martin, 1993). La migración ilegal de México hacia Estados Unidos, de hecho creció de manera significativa al entrar en vigor el TLCAN. La liberalización de la economía mexicana en los años noventa golpeó muy fuerte a las clases pobres y medias en México. Los campesinos y sus familias en el sector de los ejidos (tierras colectivas) subsidiados, se vieron muy perjudicados y se trasladaron en gran número al norte, como predecía Martin (Martin, 1993: 101).

En general, el TLCAN sobrevivió al derrumbe económico mexicano de 1995 (OCDE, 1998a: 172-174). La amplia respuesta del gobierno de Estados Unidos jugó un papel decisivo. El TLCAN ha tenido como consecuencia una ampliación significativa del comercio entre los países signatarios y mayor interdependencia socioeconómica. La histórica elección de Vicente Fox como Presidente de México en el año 2000, dio inicio a una nueva era. Como se sintetiza en el recuadro 2, el nuevo Presidente mexicano y su recién electa contraparte estadounidense, buscaron un nuevo punto de partida en las relaciones entre Estados Unidos y México, específicamente, en los temas bilaterales de la migración, pero su iniciativa se debilitó tras los ataques del 11 de septiembre del año 2001.

El presidente Fox y su ministro del exterior se refirieron repetidamente a la experiencia europea e hicieron un llamado a la libertad de migrar dentro del TLCAN. Aparentemente, la meta es lograr movilidad para los trabajadores de manera similar a la establecida por los derechos de los ciudadanos europeos según el artículo 48 del Tratado de Roma. Aun así, como se dijo antes, los dos proyectos de integración regional difieren en forma notable. La situación norteamericana diverge también porque Norteamérica está dominada por la economía estadounidense; hay un gran abismo económico entre México y Estados Unidos y uno

mucho menor entre éste y Canadá (OCDE, 1998a: 7). La evocación de un referente europeo es síntoma del grado al que se ha malentendido la historia de la integración regional en Europa. Los estados miembros de la CE se resistían a los esfuerzos de Italia por exportar a sus desempleados hacia el norte en el periodo inmediatamente posterior a la guerra. La UE decidió negar el acceso de Turquía, en gran medida por la preocupación de que la membresía turca pudiera traer como resultado una mayor migración masiva, incluso después de un periodo de transición (Martin, 1991). La petición de Marruecos tampoco avanzó por razones similares. Ningún miembro de la UE, si se coloca en la misma situación que la de Estados Unidos, contemplaría la libertad de movimiento para los trabajadores debido a que las disparidades socioeconómicas son demasiado grandes entre Estados Unidos y México. La idea simplemente no encontraría eco.

Así, la integración regional en América del Norte y Europa, ha tenido implicaciones de importancia para las estrategias de control gubernamentales. Los dos proyectos y sus contextos históricos e institucionales varían en gran medida pero expresan una dimensión sobresaliente en cuanto a las tácticas generales para reducir la migración ilegal o no deseada. Podría ser que el TLCAN evolucione en algo similar a la UE, pero los primeros siete años desde la entrada en vigor, fueron testigos de un significativo incremento en la migración ilegal de México a Estados Unidos.

La "industria de la migración"

Una razón por la cual las políticas oficiales de migración con frecuencia no logran cumplir con sus objetivos, es el surgimiento de la llamada "industria de la migración". El término incluye a las muchas personas que se ganan la vida organizando los movimientos migratorios como agentes de viajes, reclutadores de mano de obra, intermediarios, intérpretes y agentes de alojamiento. Éstos van desde los abogados que dan asesoría acerca de la ley de inmigración, hasta los contrabandistas que transportan a los migrantes de manera ilegal a través de las fronteras (los "coyotes" que guían a los trabajadores mexicanos para cruzar el río Bravo o los pescadores marroquíes que trasladan a los africanos en bote hacia España). Los bancos se convierten en parte de la industria de la migración al establecer sistemas especiales de transferencia para las remesas. Algunos agentes de migración son miembros de una comunidad de migrantes; ayudan a sus compatriotas de manera voluntaria y de tiempo parcial: tenderos, sacerdotes, maestros y otros líderes comunitarios, a menudo asumen tales papeles. Otros son criminales sin escrúpulos que se dedican a explotar migrantes indefensos o solicitantes de asilo, extorsionándolos a cambio de empleos inexistentes. Y otros más son policías o burócratas que hacen dinero extra al mostrar a la gente los resquicios en las regulaciones.

El desarrollo de la industria de la migración es un aspecto inevitable de las redes sociales y de los vínculos transnacionales que forman parte del proceso migratorio. (véase capítulo 1). Cualquiera que sean las causas iniciales, una vez que empieza la migración surge una variedad de necesidades que requieren servicios especiales. Incluso cuando los gobiernos inician el reclutamiento de mano de obra, es raro que aporten la infraestructura necesaria. En los movimientos espontáneos o ilegales, la necesidad de agentes e intermediarios es aún mayor. Existe una amplia gama de oportunidades empresariales que son aprovechadas tanto por los migrantes como por los no migrantes. El papel de los agentes e intermediarios es vital: sin ellos, pocos migrantes tendrían la información o los contactos necesarios para una migración exitosa.

Con el tiempo, la industria de la migración puede convertirse en la principal fuerza motivadora del movimiento migratorio. Si el gobierno involucrado decidiera limitar la migración, tendría dificultades. Los agentes tienen interés en que continúe, siguen organizándola aunque cambie la forma (por ejemplo, de reclutamiento legal de trabajadores a ingresos ilegales). Harris (1996: 135) caracteriza a los agentes de la migración como “una vasta red invisible que subyace a un mercado laboral global: una horda de termitas...que minan las fortificaciones nacionales en contra de la migración y que cambian sociedades enteras.”

El contrabando y tráfico de personas

Un elemento inquietante y cada vez más sobresaliente de la industria de la migración es el surgimiento de organizaciones dedicadas al contrabando y al tráfico de migrantes. Es importante distinguir entre el contrabando de personas y el tráfico de personas. Las definiciones formales se encuentran en dos tratados internacionales conocidos como los “Protocolos de Viena”, adoptados por la Asamblea General de las Naciones Unidas en el año 2000. Según Anna Gallagher (2002) del Alto Comisionado para los Derechos Humanos:

Los migrantes que entran de contrabando son trasladados de manera ilegal para obtener ganancias; son socios, aunque lo sean de manera desigual, en una transacción comercial... En contraste, el movimiento de personas por tráfico se basa en el engaño y la coerción; tiene la explotación como propósito. La ganancia en el tráfico proviene, no del movimiento sino de la venta de los servicios sexuales o de la mano de obra de la persona que fue traficada en el país de destino.

El tráfico de mujeres y niños para la industria del sexo se da en todo el mundo. Los mafiosos de Tailandia y Japón colaboran para atraer a las mujeres

a la prostitución, al afirmar que les conseguirán empleos como meseras o artistas. Las víctimas de la guerra civil y del desplazamiento forzado en la antigua Yugoslavia, Georgia o Azerbaijón son vendidas a prostíbulos en Europa occidental. Las mujeres en zonas de guerra son obligadas a la esclavitud sexual por las fuerzas beligerantes, o son vendidas a las mafias internacionales. Es imposible cuantificar la cifra de personas afectadas por el tráfico y el contrabando pero ambas prácticas están muy difundidas. Los clientes de las mafias del contrabando incluyen no sólo a los migrantes económicos, sino también a los refugiados legítimos incapaces de hacer los trámites de asilo debido a las reglas que restringen atravesar las fronteras y evitan que entren a los países del asilo potencial (Gibney, 2000).

Una comparación perceptible de las tendencias en Alemania y Estados Unidos dan credibilidad a la ampliamente compartida suposición de que el contrabando y el tráfico de personas han crecido de manera exponencial. Las estadísticas alemanas sobre los contrabandistas y el contrabando de extranjeros registraban, respectivamente, un incremento de 1,847 y 1,794 en 1990 para alcanzar los 3,162 y los 12,533 en 1998 (OIM, 2000a: 32; Bundesgrenzschutzamt, 2001). Un reporte confiable del gobierno de Estados Unidos reveló que ha aumentado el contrabando: entre los años fiscales de 1997 y 1999, el porcentaje de extranjeros que pasaron como contrabando aumentó del 9 por ciento de todas las aprehensiones de la patrulla fronteriza al 14 por ciento. En el año fiscal de 1999, el Servicio de Inmigración y Naturalización (SIN) arrestó a 4,100 contrabandistas de personas y más de 40,000 extranjeros que pasaron de contrabando. El SIN procesó a 2,000 contrabandistas y el 61 por ciento de ellos fue condenado, recibiendo una sentencia promedio de 10 meses y una multa promedio de 140 dólares (US General Accounting Office, 2000: 2).

Se calcula que el tráfico mundial de personas alcanza millones. Un subsecretario general de las Naciones Unidas afirmó que a nivel mundial unos 200 millones de personas estaban involucradas de alguna manera. Señaló que “éste es el mercado criminal de más rápido crecimiento en el mundo, por la cantidad de personas implicadas, la magnitud de las ganancias que se generan las cuales van a dar a las organizaciones criminales, y por su múltiple naturaleza” (Crossette, 2000; véase también Parisot, 1998). La industria del tráfico de personas puede generar ganancias de 5,000 a 10,000 millones de dólares por año (Martin y Miller, 2000a: 969). Un estudio de Estados Unidos calculaba que de las 700,000 a 2 millones de mujeres traficadas globalmente al año, unas 50,000 eran llevadas a Estados Unidos (Richard, 1999: 3). La evidencia de una participación desproporcionada de mujeres y niños en el tráfico hacia Estados Unidos se refleja en numerosos reportes y encuestas de todo el mundo.

La OIM, que hizo del combate al tráfico de personas una de sus prioridades en los años noventa, ofrecía múltiples razones para el incremento (OIM 1999: 4). Los migrantes expulsados por la guerra, la persecución, la violencia y la pobreza buscan mejores oportunidades. Algunas veces aceptan de grado los servicios del traficante. Pero en otras instancias se les engaña para que los acepten, con promesas de buenos empleos y salarios. Las posibilidades de la inmigración legal han disminuido. La legislación para combatir el tráfico, a menudo es ineficiente o ineficaz y la vigilancia para asegurar que se cumplan las leyes es insuficiente. Muchos extranjeros sujetos a deportación consiguen para sí los servicios de un traficante.

A medida que aumentó la comprensión de las dimensiones del fenómeno del tráfico humano, muchas organizaciones del gobierno, no gubernamentales e internacionales respondieron —una muestra clave del imperativo del gobierno global discutido en la introducción. Koslowski argumenta que el diseño de las políticas evolucionó en tres etapas (Kyle y Koslowski, 2001: 342-347). La forma de hacer política exterior luego de la Guerra Fría se reestructuró para elevar la migración internacional y el crimen transnacional al nivel de “alta política”, es decir, a ser una cuestión similar a la seguridad, mientras que las dos se situaban juntas en las agendas de los nuevos marcos institucionales. El diseño subsecuente de políticas reforzó y justificó los nuevos vínculos institucionales. Finalmente, quienes diseñan las políticas para combatir el tráfico de personas volteaban cada vez más hacia la cooperación multilateral en los ámbitos regional y global.

Una agitada sucesión de reuniones, foros, nuevas leyes y modificación a las formas de vigilancia legal fue la consecuencia. Pero no quedaba claro cómo afectaban el tráfico de personas. Un reporte afirmaba que las medidas restrictivas adicionales en la UE generaban mayor demanda de los servicios de los traficantes (Morrison, 1998). Cierta número de analistas atribuía las muertes de 58 asiáticos que eran transportados a Dover, Reino Unido, en el año 2000 a las leyes restrictivas. Una consecuencia de leyes más estrictas y vigilancia más estrecha, cosa que lo más probable es que no se deseara, era la creciente demanda de contrabandistas y traficantes, cuya clientela con frecuencia incluía personas como los kurdos que huían de Iraq, quienes podrían haber tramitado de manera legítima sus solicitudes de refugiados (Kyle y Koslowski, 2001: 349).

Cierta número de gobiernos nacionales, incluido Estados Unidos, instituyeron nuevos procedimientos para ayudar a combatir el tráfico de personas. Se estableció una nueva categoría de visas para las víctimas del tráfico que ayudarían a las autoridades en el seguimiento de los traficantes. Estados Unidos empezó a vigilar también los esfuerzos contra del tráfico por parte de otros gobiernos

en el mundo, además, publica un reporte anual sobre el estado que guardan esos esfuerzos. El reporte del año 2002 estima que entre 700,000 y 4 millones de personas en el mundo son víctimas y situaron a 19 gobiernos, incluidos algunos de los aliados clave de Estados Unidos como Arabia Saudita y Turquía (Purdum, 2002), en la categoría de los estados que no hacían esfuerzo alguno por acabar con el tráfico de personas. La ley de Estados Unidos que obliga al Departamento de Estado norteamericano a publicar el reporte, no señala medidas contra esos 19 estados. En el reporte del año 2001 había incluso más estados, un total de 23.

Algunos países, como la República Popular China, instituyeron medidas muy estrictas para contrarrestar el tráfico de personas, incluida la pena máxima (Chin, 1999: 200). Los estudios acerca de los chinos que fueron víctimas de tráfico o contrabando revelaron complejas redes globales, difíciles de desmantelar a través de la aplicación de la ley. Los miembros de los escalones más bajos o “cabezas de víbora” podrían ser aprehendidos y castigados, pero los criminales de los escalones más altos son más escurridizos. Koslokowski evaluó el panorama de la efectividad de las medidas en contra del contrabando y el tráfico como “bastante dudosa” (Kyle y Koslokowski, 2001: 353). Hizo notar, sin embargo, que el miedo al crimen organizado podría “... reforzar la seria cooperación internacional y evitar el contrabando de personas...”

En síntesis: la restricción y las “causas de fondo”

La migración ilegal hacia los países industrializados se incrementó después de 1973. Junto con el aumento de los ingresos de refugiados y solicitantes de asilo desde mediados de los ochenta, se convirtió en el centro de campañas agresivas de la extrema derecha. Esto contribuyó a la politización de los temas migratorios y ayudó a incrementar la presión para controlar la migración. Las actuales iniciativas políticas adoptan dos formas: la primera es volver más rigurosas las medidas de control y la segunda es el intento por atacar a la que se hace referencia como la “causa de fondo” de la migración masiva: el abismo entre el sur y el norte.

Desde principios de los años noventa, la mayoría de los países de la OCDE han cambiado sus leyes y sus procedimientos de entrada, aprobando medidas como: controles fronterizos más estrictos, requerimientos para las visas, castigos para las aerolíneas que transporten pasajeros que carezcan de los documentos adecuados, revisiones de los documentos de identidad, inspecciones en los lugares de trabajo, técnicas para la detección de documentos falsos y castigos más severos para aquellos que sean sorprendidos infringiendo las reglas. Se diseñaron controles para evitar que la gente obtuviera los papeles necesarios

para conseguir empleo, beneficios del seguro social, escuelas o servicios médicos (para los cambios en algunos países véase OCDE, 1997: 52-57). Como ejemplo tenemos: Holanda reforzó las reglas para la detención y deportación de residentes ilegales, además aprobó e introdujo una nueva Acta de Empleo para Extranjeros. En Noruega se estableció una oficina central de lucha contra la inmigración ilegal para concentrar la información brindada por la policía, los gobiernos nacional y extranjeros, las compañías aéreas y las embajadas. Las autoridades francesas establecieron el requisito de que los patrones les notificaran antes de contratar algún trabajador extranjero, con el objeto de verificar sus posibilidades de ser elegido para el empleo. Estados Unidos y Canadá dieron pasos para hacer más difícil a los inmigrantes con niveles de ingreso bajos traer a sus parientes.

La caída del bloque soviético volvió aún más urgente la regulación de la migración. En 1991 la Convención Europea sobre Seguridad y Cooperación en ese continente, tenía la intención de crear una zona en la que se respetaran los derechos humanos básicos y los niveles mínimos de vida; de modo que los individuos de esta área no tuvieran fundamentos para solicitar asilo. El modelo fue Polonia, de donde habían llegado tantos solicitantes de asilo en los años ochenta. Para la década de los noventa, se consideraba que las solicitudes de asilo por parte de los polacos podían ser denegadas de manera sistemática. Se tomaron más acuerdos en 1991-1992 con ciertos países del este de Europa, para evitar el uso de sus territorios como lugares de tránsito de los migrantes ilegales hacia Europa occidental. Estos países firmaron también la Convención de las Naciones Unidas sobre los Refugiados y comenzaron a recibir solicitantes de asilo. La Convención Europea sobre Seguridad y Cooperación se supone que prevendría los desarrollos que llevaran a movimientos masivos de población. La guerra en la antigua Yugoslavia, que generó millones de refugiados, cuestionó la eficacia de este mecanismo para mejorar la seguridad.

Este clima general de restricciones llevó a algunos observadores a hablar del "fuerte Europa", que construía muros para dejar fuera a las masas pobres provenientes del sur y del este. Aun así, en los debates mundiales sobre migración internacional se ha dado cada vez un mayor acuerdo respecto a que las restricciones en el ingreso podrían tener un éxito limitado. La cantidad de control y vigilancia necesarias para hacer impenetrables las fronteras no es congruente con la tendencia hacia un intercambio y una comunicación en aumento. Tal es la razón por la que las sanciones contra el empleo no autorizado se han convertido en críticas para las estrategias de control. Algunos eruditos creen que las disparidades en las condiciones económicas y sociales entre el sur y el norte son de tal magnitud que lo más probable es que crezca la migración ilegal sin importar qué barreras se establezcan (Cornelius *et al.*, 1994). Otros son más

circunspectos y señalan que algunos países occidentales han desarrollado una capacidad considerable para evitar la migración ilegal en el último cuarto de siglo (Miller, 1994; Messina, 1996). No obstante, existe consenso, que se incrementa, sobre la necesidad de atacar las “causas de fondo” de la migración masiva, por vía del apoyo a los esfuerzos para mejorar las condiciones en los países de origen.

Las medidas para reducir la migración no sólo significan ayuda para el desarrollo, sino también iniciativas de políticas para el intercambio, además de las relaciones exteriores, diseñadas para lograr el desarrollo sustentable, mejorar la estabilidad política y los derechos humanos. Así se ha entendido desde hace mucho tiempo en Estados Unidos. No obstante, durante la presidencia de Reagan de 1980 a 1988, la política exterior se mostraba hostil al diálogo norte-sur (M.J. Miller, 1991: 36). La inclusión del país en varios movimientos de insurgencia y en guerras civiles algunas veces exacerbaba la inestabilidad política y generaba más migrantes. Irónicamente, la intervención estadounidense, específicamente en Centroamérica se justificó en parte por lo que se denominó “el miedo a los cuerpos morenos”. En otras palabras, si Estados Unidos no acababa con las insurgencias éstas podrían triunfar y la consecuencia sería el que millones de refugiados adicionales huyeran de los nuevos regímenes: el escenario cubano.

Indicador de una aproximación cambiante fue la conclusión a la que llega una comisión de estudio de Estados Unidos en 1990 respecto a que “el desarrollo y la disponibilidad de nuevos y mejores empleos en la nación es la única manera de disminuir las presiones migratorias en el largo plazo” (CSIMCED, 1990: XIII). Pero el reporte también encontró que el desarrollo incrementaría la migración internacional hacia Estados Unidos en el corto y mediano plazos. La persistencia de la migración ilegal a este país, a pesar de la legalización y la imposición de sanciones a los patrones, se tomó por muchos como prueba de que se necesitaba una nueva estrategia de “abatimiento” para reemplazar o complementar una que lograra evitar la llegada de que los migrantes a su territorio. Estas consideraciones jugaron una parte importante en la discusión que condujo al TLCAN en 1993, que de hecho desató la inversión y la creación de empleos en México, en especial a lo largo de la frontera con Estados Unidos. Pero no hay evidencias de que se haya dado algún efecto apreciable para reducir las presiones económicas y demográficas que hacen que los mexicanos emigren.

También en Europa occidental, las preocupaciones por la inmigración han aflorado en forma más prominente en los debates de política exterior que en el pasado. Había cierta inquietud en Europa del este y en el norte de África respecto a que un mercado europeo único generaría mayores barreras para el comercio exterior, dejando así fuera los productos de áreas con menos desarrollo.

En 1996, la UE estableció una alianza de aduanas con Turquía; firmó acuerdos por separado con Marruecos, Argelia y Túnez para remover las barreras al comercio. Como en el caso del TLCAN, sin embargo, no quedaba claro si en el largo plazo las medidas reducirían la migración “no deseada”. Se temía, por ejemplo, que la liberalización comercial pusiera en peligro muchas firmas medianas del norte de África, mientras que se conservarían las barreras a las exportaciones agrícolas norafricanas hacia la UE.

Se han sugerido tres tipos de cooperación internacional que podrían abatir la migración hacia Europa (Böhning, 1991b: 14-15). La primera es la liberalización del comercio. El problema es que las industrias de Europa occidental que se verían más afectadas por la liberalización comercial, como la agricultura y los textiles, eran precisamente aquellas que habían estado altamente protegidas. Por lo tanto, parecía que los gobiernos de Europa occidental tuvieran una capacidad limitada para liberalizar el intercambio, una conclusión que se confirma por la disputa comercial entre Estados Unidos y la CE durante las negociaciones de la Ronda de Uruguay del Acuerdo General de Aranceles y Comercio (AGCA) a principios de los noventa. El segundo medio de cooperación internacional es la inversión extranjera directa. Pero los gobiernos ejercen poco control sobre los inversionistas, quienes siguen, en cambio, las consideraciones respecto a la ganancia. Luego está la ayuda extranjera, que podría abatir la migración internacional si se diseñara para mejorar en forma rápida las condiciones económicas y sociales de la gente que de otro modo estaría inclinada a partir. No obstante, en el pasado la ayuda extranjera por lo general ha hecho poco para mejorar las condiciones promedio de vida. Si ha de ayudar a reducir la migración, la política de ayuda en el futuro tendrá que ocuparse en una proporción mucho mayor de los temas sociales y demográficos. Sobre todo, es esencial un alto a la ayuda militar.

Los ataques terroristas del 11 de septiembre del año 2001 hicieron poco por alterar el pronóstico general. El secretario general de las Naciones Unidas, Kofi Annan, convocó a una reunión cumbre sobre la pobreza global en Monterrey, México, en el 2002, donde instó a los estados donadores para que incrementaran su ayuda a los estados más pobres del mundo, en parte para atacar las causas de fondo de la violencia, la inestabilidad y el terrorismo. Aclaró que las raíces del terrorismo son más amplias que la pobreza, pero que “en donde se encuentran desigualdades masivas y sistemáticas en lo político, lo económico y lo social, y donde no existen medios legítimos de atacarlas, se crea un ambiente en el que las soluciones pacíficas con demasiada frecuencia son derrotadas por las alternativas extremas y violentas” (Crossette, 2002a).

Para sorpresa de muchos, el régimen de Bush dio marcha atrás y prometió incrementar la ayuda exterior de Estados Unidos en un 14 por ciento. Había

gastado previamente el .01 por ciento del producto interno bruto en ayuda al exterior (Blustein, 2002). Sin embargo, sólo unos meses después, su presidente firmó un decreto que elevaba a ley el subsidio a la agricultura estadounidense, en detrimento de las exportaciones agrícolas de todo el mundo. La nueva generosidad del gobierno estadounidense hacia su agricultura reflejaba el patrón usual de cabildeo y cálculo de posibles ganancias electorales que repetidamente frustra los esfuerzos por atacar las causas de fondo de la creciente migración ilegal y del tráfico de personas, además del terrorismo. Mientras que los meses que siguieron a los ataques del 11 de septiembre fueron testigos de una constricción de diversos elementos de los controles migratorios, como la concesión de visas y la vigilancia en la frontera, había pocas evidencias de los cambios enormes que se requerían para hacer más coherente y creíble la búsqueda del control.

Lecturas recomendadas

Respecto a la capacidad del estado para evitar la migración y el empleo ilegales, véase Cornelius *et al.* (1994 y 2003), Harris (1995), Bernstein y Weinder (1999), Martin y Miller (2000b), OCDE (2000) y Zolberg y Benda (2001). Sobre la migración y la integración regional en Europa y Norteamérica, véase OCDE (1998a), Geddes (2000) y Koslowski (2000). Para el contrabando y el tráfico de personas, véase Kyle y Koslowski (2001) y OIM (2000). Sobre las políticas de legalización, consúltese M.J. Miller, (2002), Bernstein y Weiner (1999) y OCDE (2000).

Las siguientes oleadas: la globalización de la migración internacional

LA BRECHA norte-sur –las diferencias en expectativa de vida, demografía, estructura económica, condiciones sociales y estabilidad política entre las democracias industriales y la mayor parte del resto del mundo– aparece como una barrera importante para la creación de una sociedad global pacífica y próspera. La migración internacional es consecuencia de primer orden de la brecha entre el norte y el sur. No obstante, el mundo simplemente ya no puede continuar dividido entre naciones ricas y pobres. Mucho antes del fin de la Guerra Fría, habían surgido nuevos polos de poder financiero, industrial y tecnológico en los ricos estados petroleros árabes y en Asia oriental. Las áreas de producción petrolera fuera de la región árabe, como Nigeria, Venezuela y Brunei, se han convertido también en áreas de inmigración. Una amplia gama de industrias atrae a los trabajadores migrantes: agricultura, construcción, manufactura, servicios domésticos y otras. Desorden económico y social, inseguridad política, gobierno autoritario y atraso tecnológico generan condiciones para la emigración.

El énfasis de este capítulo se hace en las tendencias actuales de la migración internacional hacia, desde y dentro de las regiones árabe, africana y latinoamericana. El siguiente capítulo trata la región del Asia-Pacífico, que es el hogar de más de la mitad de la población mundial. Las siguientes oleadas de migrantes provendrán de estas áreas. Gran parte de la migración internacional continuará siendo intrarregional, pero muchos querrán ir también a Europa, Australia o América del norte. Comprender la migración al interior del sur es una condición previa esencial para formular las políticas futuras de los países desarrollados.

La región árabe

Utilizamos el término “la región árabe” para incluir no sólo los países árabes del norte de África y el oeste asiático, sino también los estados no árabes de Turquía, Irán e Israel. Se refiere a un área geográfica más que a una política o

étnica y no es del todo satisfactorio, pero parece mejor que las alternativas posibles: el término “oriente medio” es eurocéntrico, excluye el norte de África; el término “Asia occidental” excluye también el norte de África.

El área que se extiende desde las playas del Atlántico en Marruecos, hasta las fronteras occidentales de Afganistán y Pakistán, encierra una enorme diversidad. Dentro de esta área hay cuatro subsistemas clave de mano de obra migrante: la emigración desde el litoral mediterráneo hacia Europa occidental, la laboral árabe hacia los estados petroleros, la que se dirige hacia los estados árabes no petroleros, y la migración proveniente del sur y el este asiáticos hacia los estados petroleros. Los tres primeros movimientos se tratarán aquí, mientras que la migración asiática hacia los estados petroleros se discutirá en el capítulo 6. También hay grandes flujos de refugiados, en especial hacia Irán y Turquía y una migración masiva para establecerse en Israel. En su conjunto, la situación de los migrantes en la región árabe se caracteriza por una extraordinaria falta de respeto de los derechos básicos. Prevalece la migración forzada que se encuentra vinculada con el fracaso de los sistemas políticos (Shami, 1994: 2).

No existe un vínculo causal directo entre el rápido crecimiento de la población y la migración internacional (Kritz, 2001). Sin embargo, la faja que va de Marruecos a Turquía es una de las áreas demográficamente más fértiles en el mundo. Hay un enorme crecimiento poblacional y la mayor parte es gente joven. Áreas como Beirut, Gaza y el bajo valle del Nilo están muy densamente pobladas. La densidad de la población más la brecha entre la creación de nuevos empleos y la llegada de nuevas cohortes al mercado de trabajo impulsan la emigración. En la cercanía existen tierras desérticas poco pobladas y zonas de rápido crecimiento económico, que han sido posibles sólo a través del reclutamiento masivo de mano de obra extranjera. Un reporte del año 2002 del Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas sobre los estados árabes, hacía notar que el ingreso promedio de los ciudadanos era el 14 por ciento del ingreso promedio en el área de la OCEDE. Vinculaba el anémico crecimiento económico de las dos décadas precedentes, un promedio de 0.5 por ciento, con los gobiernos autoritarios. La mitad de los jóvenes árabes expresó deseos de emigrar (*The Wall Street Journal*, 8 de julio de 2002: A22).

El norte de África y Turquía: ¿es aún la reserva de mano de obra de Europa occidental?

Para el año 2002, Marruecos y Turquía tenían las más grandes poblaciones de expatriados en la Unión Europea, con dos y tres millones, respectivamente, de sus ciudadanos residiendo como nacionales de un tercer país (Belguendouz, 2001: 4;

OCDE, 2001: 253). Grandes comunidades marroquíes vivían en Italia, España y Holanda además de Francia, donde un poco más de 500,000 marroquíes residían en 1999 (Lebon, 2000: 11). La gran mayoría de los argelinos y tunecinos, 500,000 y 150,000, respectivamente, vivía en Francia. La herencia colonial conformaba todos los flujos del norte de África, pero de manera menos plena en el caso marroquí.

La mayor dispersión de la población marroquí estaba vinculada con la decisión francesa en 1974, de una suspensión relativa del reclutamiento sucesivo de mano de obra extranjera. En 1973, Argelia suspendió de manera unilateral la emigración posterior de sus ciudadanos en busca de empleo en Francia, tras una ola de violencia contra los árabes. Repentinamente privados del acceso legal al mercado de trabajo francés, a excepción de un pequeño contingente de trabajadores temporales, los marroquíes buscaron empleo en Italia y España. La inmigración magrebí relacionada con la reunificación familiar continuó hacia Francia, cuando un esfuerzo del gobierno francés por detener la reunificación familiar sucesiva fue derrotado por una decisión legal.

Las tensiones franco-argelinas por la inmigración se intensificaron durante la presidencia de Valéry Giscard d'Estaing (1974-1981), quien intentó negar la renovación de las autorizaciones de residencia y empleo a varios cientos de miles de argelinos. En este contexto, el Presidente argelino, Houari Boumedienne, declaró que nada podría detener el movimiento de personas desde lugares como Argelia hacia Europa, en el norte. Su advertencia reforzó los temores franceses de una migración incontrolable desde el sur, que más tarde se ampliaron a través de libros como el tan influyente de Jean Raspail, *The Camp of the Saints*, y de películas como *The March* (Zolberg y Benda, 2001: 1-15). El Presidente argelino murió luego inesperadamente; Argelia pronto comenzó su larga caída en la guerra civil, conflicto que cobró 120,000 vidas entre 1991 y 2001 (Spencer, 2002: 44).

Pero la visión apocalíptica de Boumedienne no resultó profética. La elección del presidente Mitterand y los socialistas, en 1981, acabó con las tensiones franco-argelinas, cuando el gobierno francés abandonó sus esfuerzos por inducir la repatriación argelina por medio de la no renovación de los permisos. Una década más tarde, la intensificación de la guerra civil en Argelia encontró al gobierno francés preparándose para un inmenso flujo de llegada de argelinos. Pero pocos lograron salir de Argelia a pesar de los deseos de muchos de ellos por hacerlo, en particular de los jóvenes.

Francia restringió severamente la expedición de visas para los argelinos, lo cual hizo difícil que salieran incluso cuando tenían familiares residiendo en Francia. Marruecos y Túnez cerraron sus fronteras con Argelia para evitar la difusión del conflicto; tuvieron bastante éxito en ello. Algunos argelinos lograron

y solicitaron asilo en Europa occidental o Norteamérica, pero fueron la excepción, no la regla. Cuando se considera, junto con la evidencia relacionada con la temida *Völkerwanderung* proveniente de Europa del este después de 1989, que tampoco se materializó en la escala temida, la evolución de la emigración argelina en los años noventa va contra la afirmación categórica de que los estados no pueden regular la migración internacional. Si ello fuera cierto, se habría dado mucha más emigración argelina.

La migración sí tuvo un papel que desempeñar en la guerra civil, cuando los afganis, voluntarios argelinos que lucharon contra las tropas soviéticas y sus aliados en Afganistán durante los años ochenta, regresaron a Argelia al principio de la evacuación soviética. Contribuyeron de manera importante a la intensificación de las hostilidades hacia 1990 (A. Miller, 2002: 75). Y, como se considera en detalle en el capítulo 10, la lucha en Argelia se pasó a Francia a mediados de los noventa. Muchos argelinos y otros norafricanos fueron arrestados por sospecha de vinculación con Al-Quaeda u otras organizaciones radicales musulmanas en la época posterior al 11 de septiembre del año 2001. Pero conformaban una pequeña minoría de la población con origen en el norte de África dentro del área transatlántica.

En diciembre del año 2001, Argelia firmó un acuerdo con la Unión Europea (UE), siguiendo el ejemplo de Marruecos y Túnez (Mohsen-Finan, 2002: 94). Los acuerdos de libre comercio reclaman el movimiento libre de bienes, servicios, firmas y capital, por lo que adoptan ciertas reglas de competencia para la UE. Cómo afectará la relación cambiante con la UE a los movimientos de población, es algo que aún no se aclara. El prospecto de corto a mediano plazo era que los acuerdos intensificarían la emigración norafricana (White, 1999: 839-854).

Aunque en el año 2000 el nivel de violencia disminuyó en Argelia, continuaron los enormes problemas políticos y socioeconómicos. El 30 por ciento de la población económicamente activa estaba desempleada, así como lo estaba el 60 por ciento de los argelinos por debajo de los 30 años de edad (Mohsen-Finan, 2002: 28). La legitimidad democrática del presidente Bouteflika estaba en duda y las fuerzas armadas permanecían como las dominantes en el gobierno. Una iniciativa regional originada en 1995 en Barcelona, España, había alcanzado resultados modestos. En general, la historia de la cooperación internacional en asuntos migratorios, cuando se le contempla desde una perspectiva norafricana, para 1990 era ya bastante negativa (Boudahrain, 1991). Poco ha cambiado una década más tarde, a no ser por un reconocimiento más amplio de que las cuestiones de la migración norafricana afectaron de manera importante la seguridad del oeste del Mediterráneo y la trasatlántica.

La concesión de sociedad con la UE fue parte de una estrategia de la UE para estabilizar el oeste del Mediterráneo y reducir los movimientos de población hacia la UE. Túnez, Argelia y Marruecos se vieron presionados a cooperar. Argelia cumplió elevando su vigilancia en la larga y porosa frontera limitrofe con Libia y Nigeria. Los migrantes del África subsahariana viajaban a través de Nigeria hacia Libia buscando transitar hacia Europa a través de Argelia y Marruecos. Otros continuaban hacia Europa desde Libia. Las dimensiones de estos movimientos son desconocidas pero bastante grandes y han tenido como consecuencia muchas muertes cuando los migrantes africanos han perecido en los vastos desiertos. En el año 2001, en uno de esos incidentes cerca de Dirkou al norte de Nigeria, murieron cuando menos 23 migrantes, pero la cifra puede haber sido mucho mayor (Bensaâd, 2002: 15). Muchos otros africanos subsaharianos y norafricanos han muerto en el mar intentando llegar a Europa. En el año 2001, la Asociación de Trabajadores Marroquíes Inmigrantes en España calculaba que, en los cinco años anteriores, la cifra de migrantes muertos al intentar cruzar el estrecho de Gibraltar, tan sólo de nacionalidad marroquí, llegaba casi a 4,000 (Belguendouz, 2001: 5).

Una medida de las dimensiones de los flujos provenientes del sur del Sahara hacia Marruecos, puede intuirse a través de las estadísticas de vigilancia de la inmigración publicadas por las autoridades marroquíes por primera vez en 1999. En 1995 se detuvieron 444 africanos subsaharianos al intentar migrar ilegalmente. En el año 2000 fueron 10,000. En su conjunto, los servicios marroquíes de seguridad arrestaron a 19,037 personas que intentaban emigrar ilegalmente en 1999, y 25,613 en el año 2000. En los primeros ocho meses del 2001, fueron arrestadas un total de 20,995 personas, de las cuales 11,716 eran marroquíes (Belguendouz, 2001: 14).

Las relaciones marroquíes con España y la UE se deterioraron después de la firma del convenio de asociación. Los desacuerdos respecto a los movimientos poblacionales ocupaban un lugar central, aunque también había disputas respecto a los derechos de pesca, la antigua porción española del Sahara y la posesión española de una pequeña isla frente a la costa de Marruecos. Como Marruecos había cooperado durante largo tiempo con Francia y la UE para la regulación de la migración internacional, las tensiones relacionadas con ésta eran muy significativas. Durante mucho tiempo los marroquíes y los africanos subsaharianos transitaban a través de España hacia diversos puntos en Europa, sobre todo Francia, antes de 1973 y posteriormente Italia. Pero la adhesión de España al acuerdo de Schengen en 1991, llevó a la imposición de visas para los ciudadanos marroquíes. Este desarrollo coincidió, en términos generales, con las primeras pateras que transportaban migrantes hacia España (Belguendouz, 2001: 12).

Los marroquíes fueron los beneficiarios principales de las políticas de legalización en España, pero un nuevo gobierno español conservador declaró que ya no legalizaría extranjeros. El plan de los jefes de gobierno y de Estado y la UE, aprobado en la cumbre de Tampere en 1999, que tenía el apoyo de España, irritó a las autoridades marroquíes (Belguendouz, 2001: 7). En vez de convocar al diálogo, el gobierno español se puso en contacto con el embajador marroquí en el año 2001 para quejarse de la migración ilegal y la insuficiencia de los esfuerzos de Marruecos por evitarla. Posteriormente, éste repatrió a su embajador.

El plan de la UE esperaba que Marruecos impusiera la obligación de utilizar visa a los estados subsaharianos donde ésta no era obligatoria. Marruecos objetó que esto afectaría en forma adversa sus relaciones con esos estados, y por tanto, su posición con respecto al Sahara español, que se anexó unilateralmente en dos etapas en 1976 y 1978. Además, debería firmar acuerdos de readmisión con los estados africanos para facilitar la repatriación de los migrantes africanos detenidos ahí. No obstante, España y Marruecos firmaron un acuerdo en el año 2001, similar a los acuerdos firmados entre España, Colombia y Ecuador, para autorizar el reclutamiento de 10,000 a 20,000 trabajadores marroquíes por año (Belguendouz, 2001: 5).

Marruecos quería que el diálogo sobre la migración entre él y la UE incluyera medidas contra el racismo y la discriminación, ya que los marroquíes eran las principales víctimas de la violencia en España. Éstos ven la migración sobre todo como un fenómeno socioeconómico, no como asunto de seguridad, y los efectos económicos de la emigración marroquí fueron sustanciales. En el año 2000, Marruecos recibió 21,000 millones de dirhams en remesas de sus ciudadanos en el extranjero (cerca de 2,000 millones de dólares). Esta cantidad representó el equivalente a un tercio del valor total de las exportaciones marroquíes y el doble de la inversión extranjera directa percibida. Los ahorros bancarios de los marroquíes en el extranjero equivalían a más de 50,000 millones de dirhams (4,700 millones de dólares estadounidenses), alrededor del 40 por ciento de todos los ahorros en los bancos marroquíes (Belguendouz, 2001: 4).

Del mismo modo, las remesas de los migrantes tuvieron un efecto importante en las economías de Túnez y Argelia, aunque muchos flujos de efectivo hacia Argelia pasan sin registro. Ya para 1985, las transferencias totales consecuencia de la emigración norafricana hacia Europa se situaron entre 4,000 y 5,000 millones de dólares (Simon, 1990: 29).

La situación de Turquía se parecía y a la vez tenía diferencias, con los casos de la zona del Magreb. Como Marruecos, poseía una gran población expatriada en Estados Unidos. Quizás había recibido hasta unos cuatro millones de refugiados y migrantes que huían de la inestabilidad política y las tensiones eco-

nómicas en su región. En 1995, Turquía se graduó con el estatus de asociado de la UE al firmar un tratado que originaba una fusión aduanal con los 15 estados miembros. Sin embargo, Turquía continuó buscando obtener la membresía plena en la UE. De todos los estados candidatos, sus prospectos parecían los más débiles, lo cual sugería que la relación entre la migración laboral y la integración regional era más compleja de lo que solía asumirse. En su caso, la extensa migración laboral se puede haber convertido en un impedimento para su entrada en la UE. En los años noventa, la política de asilo de Turquía fue criticada duramente por los europeos antes de que se dieran las reformas para alinear sus políticas con las de la UE.

Una diferencia clave entre los estados norafricanos y Turquía surgió de la herencia otomana de ésta. Tradicionalmente, la política de inmigración de la república turca tenía cierta semejanza con la ley de retorno de Israel, o con la política alemana hacia las personas de origen étnico alemán en Europa del este. A medida que se expandió el imperio otomán, el gobierno ordenó a los súbditos musulmanes que se establecieran en áreas adquiridas recientemente, un proceso denominado *sürgün* (Tekeli, 1994: 204-206). Cuando el imperio se contrajo, estos colonizadores y sus descendientes se convirtieron a menudo en víctimas. Entre 1821, el inicio de la guerra griega de independencia, y 1922, que surgió la República Turca, se calcula que unos cinco millones de musulmanes otomanos fueron asesinados y más de cinco millones sacados de sus hogares, sobre todo de la península de Anatolia (McCarthy, 1995). De ahí en adelante, la población de la República Turca ha tenido siempre grandes cantidades de expulsados junto con sus descendientes. En 1934 se promulgó una Ley de Reasentamiento que autorizaba a las personas de origen étnico turco, provenientes de áreas que antes fueron del imperio otomano, a emigrar y establecerse en la República Turca (Tekeli, 1994: 217).

Apenas en los recientes años ochenta, 300,000 personas de origen étnico turco provenientes de Bulgaria, huyeron hacia Turquía para evitar la persecución. Muchos de ellos regresaron más tarde a Bulgaria. Algunos musulmanes desplazados por los conflictos en los Balcanes occidentales en los años noventa también encontraron refugio en Turquía. Para el año 2000, ésta había reformado su ley de inmigración para extender el asilo más allá de la preferencia tradicional que se concedía a las personas de origen étnico turco en el extranjero.

Este cambio legal reflejaba la nueva dinámica regional de la migración, que convirtió a Turquía en una tierra de inmigración al igual que en un importante espacio de tránsito migratorio hacia Europa. En las décadas de los ochenta y noventa, recibió varios millones de iraníes afganos e iraquíes que no estaban reconocidos formalmente como refugiados, pero cuya residencia se toleraba

por el gobierno turco. La solicitud de Turquía para obtener membresía plena en la UE necesitaría que se reformaran aún más las políticas turcas de inmigración y refugiados, acabando quizá con la política informal de tolerancia. Ese cambio tendría implicaciones de gran alcance para toda la región. La legislación propuesta se dirigía a evitar la migración ilegal a través de medidas como la puesta en práctica de sanciones a los patrones (OCDE, 2001: 254).

La inestable situación de Iraq era de especial preocupación para las autoridades turcas. Las implicaciones de la situación kurda para la migración internacional se consideran en el recuadro 8.

La interdependencia de migración internacional lograda durante décadas entre los estados del litoral mediterráneo y Europa occidental significaba que se había forjado un futuro común. Aunque es factible que persistiera un alto nivel de tensiones transmediterráneas respecto a este tema. Sólo el tiempo dirá si las tensiones, que se encuentran en la línea frontal de la división global entre el norte y el sur, se atenuarán por medio de un gobierno habilidoso o se exacerbarán por su ausencia. La conducción de la guerra contra el terrorismo parecía destinada a afectar en gran parte las implicaciones geoestratégicas de los movimientos poblacionales entre las dos zonas.

Migración árabe a los estados ricos en petróleo

Los movimientos, de trabajadores varones básicamente, desde los estados árabes más pobres a los más ricos, han tenido un enorme significado político en esta volátil región. En los años setenta y ochenta, Libia admitió grandes cantidades de egipcios y tunesinos. Pero cuando las relaciones entre Egipto y Libia se tornaron agrias a raíz de que el Presidente egipcio Anwar al-Sadat reorientó su política exterior hacia occidente, se expulsó a miles de migrantes egipcios. El gobierno egipcio recibió 18,000 quejas de ex migrantes después de una crisis en 1985 y estuvo de acuerdo en compensar a 6,000 por las pérdidas financieras sufridas (Farrag, 1999: 74). Suerte parecida corrieron los trabajadores tunesinos durante un periodo de tensiones, exacerbado por un saqueo de insurgentes tunesinos armados que provenían de Libia, el cual fue aplastado por el gobierno tunesino con ayuda militar francesa. Después de que Yasser Arafat firmó los acuerdos de Oslo en 1993, miles de palestinos recibieron la orden de irse. Muchos se quedaron estancados durante meses en la frontera entre Egipto y Libia, cuando Israel se rehusó a aceptar su "repatriación" al área controlada por la autoridad palestina.

Desde 1989, los ciudadanos de los otros cuatro estados del Magreb (Marruecos, Tunesia, Mauritania y Argelia) teóricamente han sido capaces de entrar libremente a Libia bajo los términos del Tratado de Marrakesh que creó la

Unión del Magreb Árabe. Pero el marco de la integración regional ha tenido poco efecto (Safir, 1999: 89). Libia gozaba del ingreso per cápita más alto en África, calculado en 5,410 dólares estadounidenses en 1990 (Farrag, 1999: 81). La migración a Libia de africanos subsaharianos se tornó sobresaliente en los años noventa, al crecer la influencia de Libia en la política y la diplomacia africanas; en contrapunto con sus pobres relaciones con Estados Unidos y el Reino Unido. El gobierno libio toleró en gran parte el flujo de ingreso de los africanos subsaharianos, pues había puesto en marcha un proyecto para verdecer el desierto. El proyecto generaba una demanda de mano de obra en condiciones muy difíciles (Bensaâd, 2002: 15). Al mismo tiempo, los trabajadores migrantes árabes, en especial de Sudán y Egipto, se había convertido en la base de apoyo para la oposición islámica radical a Kadafi (Silvestri, 1999: 167).

Esporádicamente, como había sido antes para los egipcios y tunesinos, surgía la violencia. Cientos de africanos fueron asesinados en una masacre en el año 2000 (Bensaâd, 2002: 19). Un éxodo masivo de africanos siguió a las muertes; algunos de ellos retornaron más tarde a Libia. Las autoridades libias retuvieron en el sur a miles de migrantes africanos en campos de detención, donde ejecutaron algunos migrantes por rebelión o por intentar huir (Bensaâd, 2002: 19). No obstante, el flujo de ingreso continuó a medida que los africanos, desesperados, se arriesgaban a todo con la esperanza de encontrar un trabajo en Libia, o de continuar desde ahí a Europa.

Libia ofrece un ejemplo extremo de la interconexión entre la migración internacional y los temas de la política exterior. Las expulsiones masivas dan testimonio también de la falta de respeto de las autoridades libias ante los parámetros de la Liga Árabe y del ILO. Como señala el académico marroquí Abdullah Boudahrain, la falta de respeto por los derechos de los migrantes es común en el mundo árabe, a pesar de la existencia de tratados diseñados para asegurar su protección (Boudahrain, 1985: 103-64).

En Iraq, el partido gobernante Ba'ath considera la libertad de ingreso, residencia y empleo para los árabes no iraquíes como consistentes con el ideal panárabe de unidad y nación, conceptos adoptados también por el gobierno libio. En 1975, Iraq firmó un acuerdo con Egipto para estimular el establecimiento de granjeros egipcios en Iraq. Pero Iraq rescindió unilateralmente el acuerdo en 1977 después de la histórica visita del presidente Sadat a Israel (El Sohl, 1994: 123). No obstante, permitió que varios millones de egipcios, en su mayoría sin capacitación, obtuvieran empleos y lograran la residencia en los años ochenta. El secretario de Estado para los egipcios en el extranjero calculaba que había 1'2500,000 egipcios trabajando en Iraq en 1983 (Roussillon, 1985: 642). El gobierno iraquí se tornó cada vez más crítico respecto a la proporción creciente de trabajadores no árabes empleados en los estados vecinos, lo que consideraba

una amenaza para el carácter árabe del golfo Pérsico (Roussillon, 1985: 650-655). Para finales de los años setenta, la cantidad de migrantes asiáticos en Iraq descendía a favor de los migrantes árabes, mientras que se daba la tendencia opuesta en los estados del sur ricos en petróleo. La apertura de Iraq a migrantes de otros estados árabes, ayuda a explicar la simpatía que se dejó sentir por Iraq durante la crisis del golfo, prácticamente en todo el mundo árabe. La importancia de la migración de árabes hacia Iraq se incrementó durante la larga y terrible guerra entre Iraq e Irán. A finales de los años ochenta, los reportes de tensiones entre migrantes egipcios y poblaciones aborígenes se hicieron frecuentes. Además, se intensificó la retórica de Ba'ath contra los migrantes no árabes.

En el recuadro 7 se examinan las consecuencias de la guerra del golfo Pérsico de 1990-1991. Iraq se transformó en un país significativo de inmigración en una zona de emigración cuando huyeron millones de migrantes y de ciudadanos iraquíes.

La migración árabe a los estados ricos en petróleo de la península arábiga fue incluso mayor. Algunas áreas, como Kuwait, habían tenido ya políticas de inmigración laboral bajo el gobierno británico, al reclutar trabajadores de las posesiones británicas en el sur de Asia, en particular en las actuales India y Pakistán. También inició una migración significativa del este de Asia rumbo al golfo Pérsico desde mucho antes de 1975 (Seccombe y Lawless, 1986: 548-574). Aquellas áreas bajo el dominio estadounidense, en particular Arabia Saudita, desarrollaron políticas laborales muy diferentes para los extranjeros. En los cincuenta y sesenta, los refugiados occidentales y palestinos a menudo aportaban la mano de obra calificada que requería la producción petrolera. Con las guerras árabe-israelíes de 1967 y 1973, la migración laboral se disparó, a medida que el aumento en el precio del petróleo contribuyó a financiar ambiciosos proyectos de desarrollo. Entre 1970 y 1980 los ingresos por petróleo en los estados árabes pertenecientes a la OPEP (estados del golfo Pérsico, con Iraq y Libia) se incrementaron de 5,000 millones a 200,000 millones de dólares. Los ingresos sauditas por sí solos se incrementaron de 1,000 a 100,000 millones de dólares (Fergany, 1985: 587).

Desde mediados de los años sesenta a mediados de los setenta, la mayor parte de migrantes internacionales a los estados del golfo eran árabes, sobre todo egipcios, yemenitas, palestinos, jordanos, libaneses y sudaneses. Sin embargo, durante los setenta las monarquías del golfo Pérsico empezaron a preocuparse cada vez más sobre las posibles repercusiones políticas. Los palestinos en particular eran vistos como políticamente subversivos. Estaban involucrados en los esfuerzos por organizar huelgas en los campos petroleros sauditas y en los movimientos civiles en Jordania y Líbano. Los yemenitas estaban involucrados en diversas actividades contra el régimen (Halliday, 1985: 674). Los árabes en el extranjero estuvieron involucrados en el ataque sangriento de 1979 a La Meca,

RECUADRO 7 LA GUERRA DEL GOLFO PÉRSICO

Después del aumento del precio del petróleo en 1973, los ricos países petroleros del golfo Pérsico reclutaron trabajadores extranjeros en forma masiva, provenientes de países árabes y asiáticos para la construcción e industrialización. Al principio, la mayoría eran varones; más tarde se reclutaron muchas trabajadoras domésticas de Filipinas y Sri Lanka. Los resentimientos por el estatus concedido a las diversas categorías de extranjeros en Kuwait se convirtió en un factor importante en las tensiones entre Iraq y Kuwait. A principios de la crisis del golfo, en 1990, había 1.1 millones de extranjeros en Iraq, de los cuales 900,000 eran egipcios y 100,000 sudaneses, Kuwait tenía 1.5 millones de extranjeros: dos tercios de la población total. Los principales países de origen eran Jordania/Palestina (510,000 personas), Egipto (215,000), la India (172,000), Sri Lanka (100,000), Paquistán (90,000) y Bangladesh (75,000).

La ocupación iraquí de Kuwait y la guerra subsecuente llevaron a deportaciones masivas de trabajadores extranjeros. La mayoría de los egipcios se fueron de Iraq, cientos de miles de palestinos y otros migrantes huyeron de Kuwait y quizá un millón de yemenitas fueron obligados a salir de Arabia Saudita, cuando su gobierno se puso del lado de Iraq. Se calcula que unos 5 millones fueron desplazados, lo que trajo como resultado enormes pérdidas en remesas e ingresos para los estados del sureste asiático y el norte de África.

La guerra del golfo Pérsico mostró, como quizá nunca antes, el carácter central de la migración en las relaciones internacionales contemporáneas. Los migrantes fueron vistos como potencialmente subversivos —una quinta columna— por los principales protagonistas árabes, y se convirtieron en chivo expiatorio de las tensiones nacionales e internacionales. Cientos de migrantes fueron asesinados en las explosiones de violencia. Las realineaciones políticas ocasionadas por el conflicto tuvieron repercusiones importantes en la sociedad y en la política en la región árabe e incluso más allá de ella.

que se reprimió sólo después de la intervención de las tropas francesas. Una consecuencia fue el aumento en el reclutamiento de trabajadores del sur y sudeste asiáticos, quienes eran vistos como menos inclinados a involucrarse en política y más controlables (véase capítulo 6).

Para mediados de los años ochenta el precio del petróleo se había desplomado y muchos observadores, como la Agencia Central de Inteligencia (ACI), concluyeron que la época de la migración masiva a la península arábiga había llegado a su fin (Miller, 1985). Cientos de miles de trabajadores árabes y del sur y este asiáticos perdieron sus empleos y regresaron a casa. Pero la conclusión de que la migración laboral masiva a los países petroleros había terminado fue prematura. La mano de obra migrante se había convertido en un componente

irremplazable de la fuerza de trabajo (Birks *et al.*, 1986: 799-814). A pesar de los esfuerzos gubernamentales por reducir la dependencia respecto de la mano de obra extranjera, incluyendo las exclusiones masivas de los extranjeros ilegales, los forasteros continuaban conformando el grueso de la fuerza de trabajo de Kuwait cuando se dio la invasión iraquí.

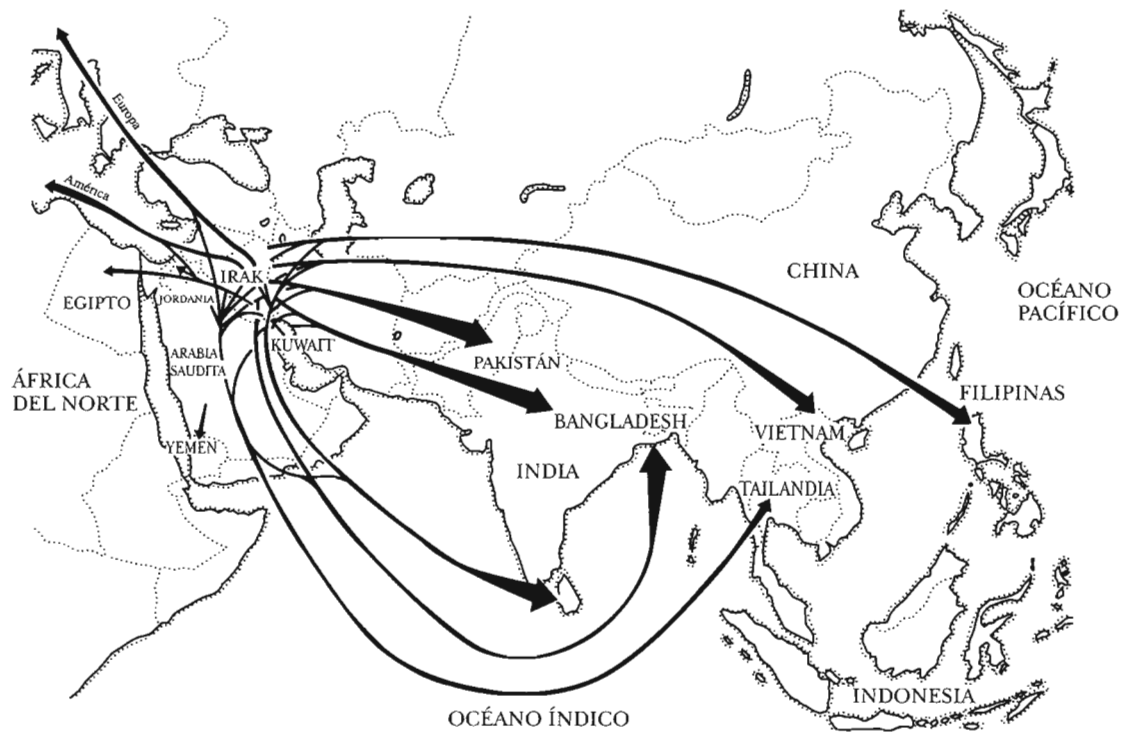
Después de la guerra de 1991 el gobierno de Kuwait anunció los planes que tenía para reducir su dependencia respecto de la mano de obra extranjera, aunque no podría reconstruirse sin recurrir a la mano de obra migrante de forma masiva. En Arabia Saudita los egipcios empezaron a ubicarse entre las poblaciones políticamente sospechosas, como los yemenitas y palestinos expulsados durante la crisis (J. Miller, 1991). Se dio una proporción creciente de trabajadores del sur y este de Asia en las fuerzas de trabajo migrantes de los estados petroleros del golfo Pérsico. A pesar de la victoria militar sobre Iraq, las monarquías del golfo habían erosionado aún más su legitimidad en la mayor parte del mundo árabe. Esto hizo que su aliado principal, Egipto, se volviera cada vez menos atractivo como fuente de mano de obra migrante.

Para el año 2002 se profundizó el sentimiento de la amenaza de crisis. Los cálculos más autorizados sostenían que la población no nacional conformaba cerca de un tercio del total de los estados que pertenecían al Consejo de Cooperación del Golfo (Arabia Saudita, Kuwait, Omán, Katar, Bahrein y los Emiratos Árabes Unidos) en 1995. Pero los extranjeros excedían con mucho a los nacionales en la fuerza de trabajo, pues eran 5'232,000 frente a 2'378,000 (Evans y Papps, 1999: 208). Las poblaciones nacionales crecían rápidamente mientras que los ingresos del gobierno disminuían y aumentaba el déficit. El desempleo de los jóvenes nacionales se incrementó, a medida que los gobiernos se veían presionados para crear puestos adicionales en el sector público, los medios tradicionales de asegurarle lealtad al Estado. Los esquemas de educación y entrenamiento tendían a exacerbar las barreras hacia el empleo para los jóvenes nacionales, lo que a su vez se relacionaba con la dependencia a largo plazo de la mano de obra extranjera, con efectos distorsionadores acumulativos en los mercados de trabajo. Tal situación cuestionó la sensatez de basarse en la mano de obra extranjera barata para las estrategias de desarrollo de los estados de la GCC (Evans y Papps, 1999: 227-233).

Con una población de 70 millones, Egipto es con mucho el país árabe más populoso y se ha visto afectado más que nadie por la migración laboral intrarregional. La evolución de la migración laboral egipcia correlaciona no sólo con las altas y bajas de los ingresos petroleros en los estados vecinos, sino también, con los cambios en las políticas egipcias nacionales y exteriores. Las remesas de salarios de los egipcios que trabajan en el extranjero se volvieron una preocupación económica crucial, dado que pueblos y regiones enteros dependían de ellas para el consumo y la inversión (Fadil, 1985).

MAPA 5
MIGRACIÓN DE RETORNO PROVENIENTE DEL GOLFO PÉRSICO
DURANTE LA CRISIS DE KUWAIT DE 1990-1991

Nota: las dimensiones de las flechas dan sólo aproximaciones del tamaño del movimiento



La emigración afectó en gran medida la vida misma de los campesinos, artesanos y profesionistas altamente calificados que eran atraídos con salarios que eran muchas veces más altos de lo que podían esperar en su tierra natal (Singaby, 1985: 523-532). La emigración de mano de obra sin duda aliviaba el desempleo crónico y el subempleo, pero también quitaba a Egipto muchos de sus trabajadores calificados, de los que tanto necesitaba, y desintegraba, para bien o para mal, las estructuras tradicionales de los pueblos y las familias. Entre los muchos efectos significativos de la migración masiva se encontraban la creciente dependencia egipcia de los desarrollos políticos y económicos de la región: hubo oleadas de retorno de migrantes libios en el clímax de las diferencias egipcias con el coronel Kadafi, durante la caída de precios del petróleo a mediados de los ochenta y durante la crisis del golfo Pérsico.

Para el año 2002 Egipto necesitaba crear 500,000 empleos por año para dar trabajo a las generaciones que entraban al mercado de trabajo. No podía hacerlo, y por lo tanto firmó 11 acuerdos bilaterales con los estados vecinos entre 1974 y 1993, para facilitar la emigración de los egipcios. A mediados de los años noventa, las estadísticas egipcias indicaban que cerca del 70 por ciento de los migrantes iban a Arabia Saudita (Farrag, 1999: 56-57).

Migración árabe hacia países no productores de petróleo

La migración árabe a los estados no petroleros dentro de la región árabe es cuantitativa y geopolíticamente menos significativa que la migración a los estados petroleros, no obstante es de importancia. Para mediados de los setenta, quizá el 40 por ciento de la mano de obra nacional estaba empleada en el extranjero, primordialmente en el golfo Pérsico (Seccombe, 1986: 378). Este flujo de salida estimuló la migración de reemplazo: la llegada de trabajadores extranjeros que sustituyeron en Jordán a los residentes jordanos y palestinos que emigraron al extranjero. Sin embargo, mucha de la mano de obra jordana que se trasladó al extranjero era calificada. Buena parte de la fuerza de trabajo que recibe Jordania también es calificada, pero también hay un gran flujo de llegada de egipcios y sirios sin capacitación. Se piensa que en los años ochenta este flujo de llegada contribuyó al creciente desempleo entre los ciudadanos jordanos y los extranjeros residentes. Los salarios en las industrias, afectados fuertemente por los trabajadores extranjeros, también descienden (Seccombe, 1986: 384-385). La expulsión masiva de palestinos por Kuwait en 1991 afectó en gran parte a Jordania, la que recibió la mayor parte de este flujo (Shami, 1999: 151, 179-195). En los años noventa entre 50,000 y 200,000 iraquíes residían en Jordania, muchos de los cuales eran indocumentados. Casi 7,000 solicitaron asilo en el año 2000 (USCR, 2001: 185).

Otro patrón importante de migración de mano de obra incluía a los árabes palestinos residentes en los territorios ocupados por Israel en la guerra de 1967. El mercado de trabajo israelí se abrió a los trabajadores de Gaza y el banco occidental. Esto era parte de una estrategia israelí dirigida a integrar los territorios ocupados en la economía de Israel (Aronson, 1990). La mayoría de los trabajadores tenían que trasladarse diariamente para trabajar en Israel y se les exigía que se retiraran por la tarde. Los palestinos encontraron empleo sobre todo en la construcción, la agricultura, los hoteles, restaurantes y en los servicios domésticos (Semyonov y Lewin-Epstein, 1987). La contratación ilegal de palestinos de los territorios estaba muy difundida (Binur, 1990). En 1984, en Israel se emplearon unos 87,000 trabajadores de los territorios ocupados, cerca del 36 por ciento de la fuerza de trabajo total de estos territorios.

Para 1991 la inmigración soviética judía afectó las oportunidades de empleo para los árabes. El gobierno israelí prefería ver judíos soviéticos empleados en la construcción o la agricultura en vez de palestinos, aunque sus esfuerzos por emplear a los primeros tenían escaso o ningún éxito. Los inmigrantes judíos soviéticos deseaban trabajos diferentes, o bien, la paga y las condiciones de trabajo no resultaban satisfactorias (Bartram, 1999: 157-161). Era difícil medir el desplazamiento de los palestinos debido a que operaban otros factores. La guerra del golfo Pérsico aumentó las animosidades y se dio una oleada de ataques por parte de los árabes de los territorios ocupados hacia los judíos en Israel. Las autoridades israelíes aprobaron nuevas regulaciones restrictivas y procedimientos de admisión con el propósito de debilitar la *Intifada*, al igual que para garantizar una mayor seguridad. Una combinación de todos estos elementos tuvo como consecuencia un agudo descenso en el empleo de los trabajadores palestinos después de 1991. Cada vez más se reclutaron los trabajadores provenientes de Rumania, Filipinas y Tailandia, para reemplazar a la mano de obra árabe palestina que provenía del banco occidental y Gaza. Al mismo tiempo el cierre de los mercados de trabajo de los estados del golfo para los palestinos, quienes sirvieron durante mucho tiempo como válvula de seguridad para la población de los territorios ocupados, empeoró sus condiciones económicas. Esta tensión amenazó el liderazgo de la autoridad palestina y todo el proceso de paz en la región.

En los años noventa Israel recibió de la antigua Unión Soviética unos 800,000 nuevos inmigrantes. En su conjunto la población de Israel creció de 800,000 en 1947 a seis millones en 1998: la inmigración neta conformaba el 40 por ciento del crecimiento total de la población (Kop y Litan, 2002: 23-25). Mientras tanto su población de trabajadores extranjeros creció a 250,000 (Kop y Litan, 2002: 107). Los cálculos sobre el número de trabajadores extranjeros en Israel se hicieron nebulosos cuando el ministro del interior concluyó, en

1996, que cerca de 100,000 personas habían permanecido en la década anterior más allá del vencimiento de sus visas. Otros cálculos situaban el total de trabajadores extranjeros ilegales en 250,000 sin ninguna base factual (Bartram, 1999:164-165). En el año 2002 el gobierno israelí se declaró en guerra contra el empleo ilegal de extranjeros, pero las medidas, como sanciones a los patrones y la deportación, parecían tener pocos efectos disuasivos, en parte a causa de las multas pequeñas. Era probable que algunos trabajadores “temporales” se convirtieran en parte permanente del complejo tejido de la sociedad israelí (Bartram, 1999: 167). El agudo contraste entre la generosidad gubernamental que se concedía a los inmigrantes judíos y la suerte de los trabajadores extranjeros en Israel, desencadenó peticiones de investigación en las políticas y la exigencia de terminar con el reclutamiento de trabajadores extranjeros (Kop y Litan, 2002: 108).

Refugiados y personas desplazadas al interior en la región árabe

En el año 2002, había unos 3.8 millones de refugiados palestinos esparcidos en el mundo y la región. Los acuerdos de paz palestinos-israelíes habían logrado poco para cambiar su suerte, aunque miles de funcionarios de la Organización para la Liberación de Palestina y personal militar o de la policía se habían autorizado para volver al área de la autoridad palestina, que consistía en parte de la franja de Gaza, Jericó, Herbón y otras áreas urbanas del banco occidental. Las negociaciones con respecto a los refugiados, la repatriación, la compensación, las reparaciones y el acceso al territorio de la autoridad palestina se veían como los aspectos más difíciles del proceso de paz. Las perspectivas y posiciones israelíes y palestinas diferían enormemente, empezando por la enumeración de los refugiados. Con la población palestina del banco occidental y Gaza en condiciones económicas precarias, además de altas tasas de desempleo complicadas por el tamaño de las nuevas generaciones que llegaban a la edad de trabajar, los prospectos lucían difíciles para la repatriación masiva de los refugiados palestinos desde Líbano o Siria. La mujer promedio en Gaza tenía 10 hijos, una de las tasas de fecundidad más altas del mundo. Había otras poblaciones significativas de refugiados y personas desplazadas internamente en la región que afectaban en gran medida de forma similar las políticas regionales (véanse recuadros 7 y 8).

Irán se convirtió en el asilo más importante en el mundo para los refugiados a principios de los años noventa. Tuvo éxito en la repatriación de grandes cantidades de repatriados afganos y anunció que éstos debían irse en 1997 (USCR, 1996: 111). Sin embargo, en el año 2002 permanecía medio millón, can-

RECUADRO 8
REFUGIADOS KURDOS EN LOS CONFLICTOS REGIONALES
DEL MEDIO ORIENTE

Los kurdos constituyen una considerable minoría étnica en el medio oriente, alcanzando entre 20 y 25 millones. Cerca de la mitad reside en Turquía donde conforman más o menos un cuarto de la población total. Son cerca de un cuarto de la de Iraq, casi el 12 por ciento de la de Irán y el 10 por ciento de la de Siria (Gurr y Harf, 1994: 30-32). Las esperanzas kurdas de un Estado independiente fueron estimuladas al inicio de la Primera Guerra Mundial. Desde entonces sus aspiraciones por alcanzar la independencia o autonomía desataron el conflicto.

La política kurda iraquí ha estado dominada durante muchos años por la familia Barzani y el Partido Democrático Kurdo (PDK). En 1976 el PDK se dividió y surgió un partido rival, la Unión Patriótica del Kurdistan (UPK), encabezada por Jalal Talaban. En 1975 el shah de Irán, quien junto con Israel aprobó la insurgencia kurda en Irán, hizo un trato con el gobierno iraquí, a cambio de que Iraq renunciara a su demanda de la vía fluvial de Shatt-al-Arab, Irán cerraría su frontera y no ayudaría más a los insurgentes kurdos iraquíes. Mustafá Barzani, el legendario líder del PDK, dejó de pelear y muchos de sus seguidores escaparon a Irán. Talaban y el UPK rechazaron la decisión de Barzani y siguió la lucha entre la UPK y la PDK.

Para 1987, las fuerzas de la UPK controlaban buena parte del área kurda de Iraq. Sin embargo, el ejército iraquí utilizó gas venenoso y bombardeó indiscriminadamente centros civiles para reafirmar su dominio. Decenas de miles de kurdos murieron y millones huyeron a Turquía e Irán. El flujo de refugiados kurdos resultó muy caro para el gobierno turco, que recibió poca ayuda externa para lidiar con los refugiados. Mientras tanto, crecía la insurgencia kurda en Turquía. Estaba encabezada por el Partido Kurdo de los Trabajadores (PKT), grupo marxista-leninista con importantes bases de apoyo en Siria, Líbano y Europa entre las poblaciones de trabajadores huéspedes turcos.

En la década de los noventa, millones de kurdos se desplazaron internamente por los conflictos en Turquía e Iraq. Millones más encontraron refugio en las regiones predominantemente kurdas de los estados vecinos. En 1991, tras la guerra del golfo Pérsico los rebeldes kurdos fueron aplastados por las tropas iraquíes. Millones huyeron hacia Turquía e Irán para evitar la venganza. Con la intención de evitar otro flujo masivo, Turquía cooperó en una operación autorizada por la ONU para crear un área protegida en el norte de Iraq. La mayoría de los kurdos regresó a casa y se proclamó un "Estado federado" autónomo. En 1993 se eligió un parlamento e instaló una administración autónoma. Sin embargo, las hostilidades en el PDK y la UPK empezaron de nuevo. La situación se complicó aún más por la entrada de las guerrillas del PKT. Cada vez más las fuerzas turcas lanzaron ataques hacia el norte de Iraq para destruir las bases del PKT; el gobierno turco declaró su intención de establecer una zona de seguridad junto a su frontera con Iraq.

Los riesgos que implicaban las rebeliones kurdas y la supresión de la política regional se incrementaban en forma constante. Estados Unidos generó una política doble de contención contra Iraq e Irán. Israel y Turquía empezaron a

RECUADRO 8 (*continuación*)

cooperar extensamente en los asuntos de seguridad nacional. Siria apoyó al PKT y le permitió utilizar campamentos de entrenamiento en el valle de Bekaa en Líbano. El líder del PKT etiquetó a Estados Unidos, Israel y Alemania como enemigos de los kurdos y posibles blancos sus guerrillas (las actividades de éste se analizan en el capítulo 10). Para 1997, Siria, Irán e Iraq intentaban mejorar sus relaciones para contrarrestar el eje Israel-Turquía apoyado por Estados Unidos.

Turquía finalmente tuvo éxito en capturar al líder del PKT, y la insurgencia kurda en el sudeste. Pero barcos llenos de kurdos llegaron a Francia, Australia, Grecia e Italia. Alarmada, la UE desarrolló un plan para estabilizar el área kurda, pero éste chocó con la extensión de la guerra contra el terrorismo hacia el Eje del Mal (Iraq, Irán y Corea del Norte), según declaró el presidente Bush en su mensaje de Estado de la Unión de enero 2002. Los planes estadounidenses de invadir Iraq corrían el riesgo de poner en movimiento mayores desplazamientos masivos de los kurdos y sus vecinos. La preocupación sobre los movimientos potenciales de población tenían un lugar importante en las objeciones europeas a las intimidaciones estadounidenses.

El desplazamiento, la expulsión, la huida, el estatus de refugiado o de no ciudadano han constituido la suerte de millones de kurdos en décadas recientes. Su condición dispersa y transnacional es con más frecuencia característica de la política en el mundo. Los estados promueven su política exterior y sus metas de seguridad nacional movilizándolo, entrenando y apoyando las poblaciones de refugiados kurdos. Atacan bases y refugios usados por los oponentes armados aun cuando, al hacerlo, violen la soberanía territorial de otro Estado. Quizá más importante aún, los movimientos de refugiados kurdos llevaron a una operación militar multinacional dirigida a evitar los flujos masivos de salida. La intervención humanitaria autorizada por la ONU en el norte de Iraq en 1991, se requirió por la negación de Turquía a convertirse en refugio para los kurdos iraquíes, como en 1987. El cuidado de éstos costaba demasiado y había complicado la política nacional turca, así como sus relaciones regionales. En 1991 Turquía sintió que estaban en riesgo los intereses vitales de la seguridad nacional. En todo el medio Oriente los estados empezaban a tener conclusiones similares.

tividad que se incrementó durante la invasión a Afganistán, en el año 2001, encabezada por Estados Unidos (USCR, 2001: 174). Mientras tanto, cientos de miles de ciudadanos iraníes habían huido de Irán hacia Turquía, Iraq y el occidente. Los disidentes iraníes ocasionalmente acometían blancos en Irán desde sus bases en Iraq y esto trajo consigo ataques punitivos. El gobierno iraní arremetió en el extranjero contra sus oponentes políticos. Los asesinatos de los líderes iraníes de la oposición en Europa occidental dañaron severamente las relaciones de Irán con Alemania y Francia. Irán recibió también a muchos azeris que huían de las fuerzas armenias en Azerbaiyán. Para controlar la oleada Irán

ILUSTRACIÓN 3
KURDOS IRAQUÍES DESPLAZADOS REGRESAN A CASA 1991



Fotografía: UNHCR/A. Roulet

estableció centros de recepción de refugiados cerca de su frontera con Azerbaiyán. La política de refugiados de Irán evolucionó durante los años noventa, de ser una de recepción de refugiados e integración, a la intervención más activa para evitar los flujos de llegada o para contenerlos en la frontera. El enorme costo de cuidar a los refugiados tuvo un papel en este cambio de orientación. Sin embargo, los intereses centrales iraníes estaban en riesgo en los conflictos como el de Azerbaiyán ya que los azeris conforman una importante minoría étnica en el norte de Irán.

Los ciudadanos turcos con antecedentes chechenos y circasianos han dado apoyo a los movimientos insurgentes en el extranjero, sobre todo en la federación rusa. La población chechenia había sido subyugada, sacrificada y dispersada por las reglas del imperio ruso antes de 1917; deportada luego durante la Segunda Guerra Mundial por orden de José Stalin. El apoyo dado por ciudadanos turcos de antecedentes chechenos a la rebelión chechenia era típico de la naturaleza transnacional de muchos conflictos políticos en la etapa posterior a la Guerra Fría. Mientras tanto, Rusia definió esta rebelión como terrorismo e

hizo notar que Al-Quaeda estaba fuertemente involucrada. La migración forzada en el pasado constituyó una importante razón de malestar para chechenos, palestinos, judíos, muchos turcos con antecedentes en los Balcanes y otros, además, fue un factor clave de los conflictos en Europa del este. La frecuencia de los desplazamientos no voluntarios de población en la región árabe, quizás estaba ligada a la extrema escasez de estudios sobre la migración en el área, en especial a principios de la guerra del golfo Pérsico (Shami, 1994: 4-6).

África al sur del Sahara

Algunos científicos sociales creen que África, con un cuarto de la masa territorial del mundo y una décima parte de su población, es el continente donde se da la mayor movilidad poblacional (Curtin, 1997: 63-64). El análisis de datos comparativos en la actualidad no podría ser utilizado para verificar o falsear esta afirmación, en parte porque las estadísticas confiables son muy deficientes, en particular respecto a los movimientos de población entre los estados africanos. Sin embargo, en 1990 se calcula que había 30 millones de migrantes internacionales voluntarios en África subsahariana, cerca del 3.5 por ciento de la población total. Los años noventa fueron testigos de un incremento importante de migración involuntaria o forzada; para mediados de la década refugiados y personas desplazadas internamente, excedían en algunos países a los migrantes internacionales voluntarios en razón de más de dos a uno. Para 1997, había aproximadamente 17 millones de migrantes forzados incluyendo a casi cuatro millones de refugiados (Findlay, 2001: 275-278).

África tiene una gran proporción de los estados más pobres del mundo. La migración es con frecuencia una manera de escapar a una pobreza aplastante, e incluso la muerte por desnutrición. Algunos de los estados jamás han tenido un censo. La escasez de la información elemental sobre la población, la ausencia frecuente de documentos de identidad y el hábito de algunos individuos de declararse como nacionales de un Estado, cuando en realidad lo son de otro, vuelven particularmente difícil el análisis de la migración internacional en África al sur del Sahara.

El África subsahariana genera flujos significativos de salida de migrantes intercontinentales, sobre todo a Europa occidental, aunque también a Norteamérica y el oriente. Muchos de estos flujos se dirigían tradicionalmente a los antiguos poderes coloniales, por ejemplo: los congolese emigraban a Bélgica, los senegaleses a Francia y los nigerianos al Reino Unido. Muchos emigrantes tienen educación universitaria, por lo que la pérdida del escaso capital humano a través de la "fuga de cerebros" ha sido una preocupación de hace tiempo. La migración intercontinental se ha diversificado, sin embargo, con mayor frecuencia

cada vez incluye a migrantes laborales escasamente educados. Los africanos subsaharianos emigran en números significativos a países como España, Portugal, Italia, Canadá y Estados Unidos. Pero el grueso de la migración internacional proveniente de los países permanece en el continente. Una pregunta clave para el futuro es: ¿se sostendrá este patrón? Algunos analistas afirman que las disparidades cada vez más amplias entre el norte y el sur en los aspectos socioeconómicos y demográficos ya están cambiando el patrón (Ouedraogo, 1994).

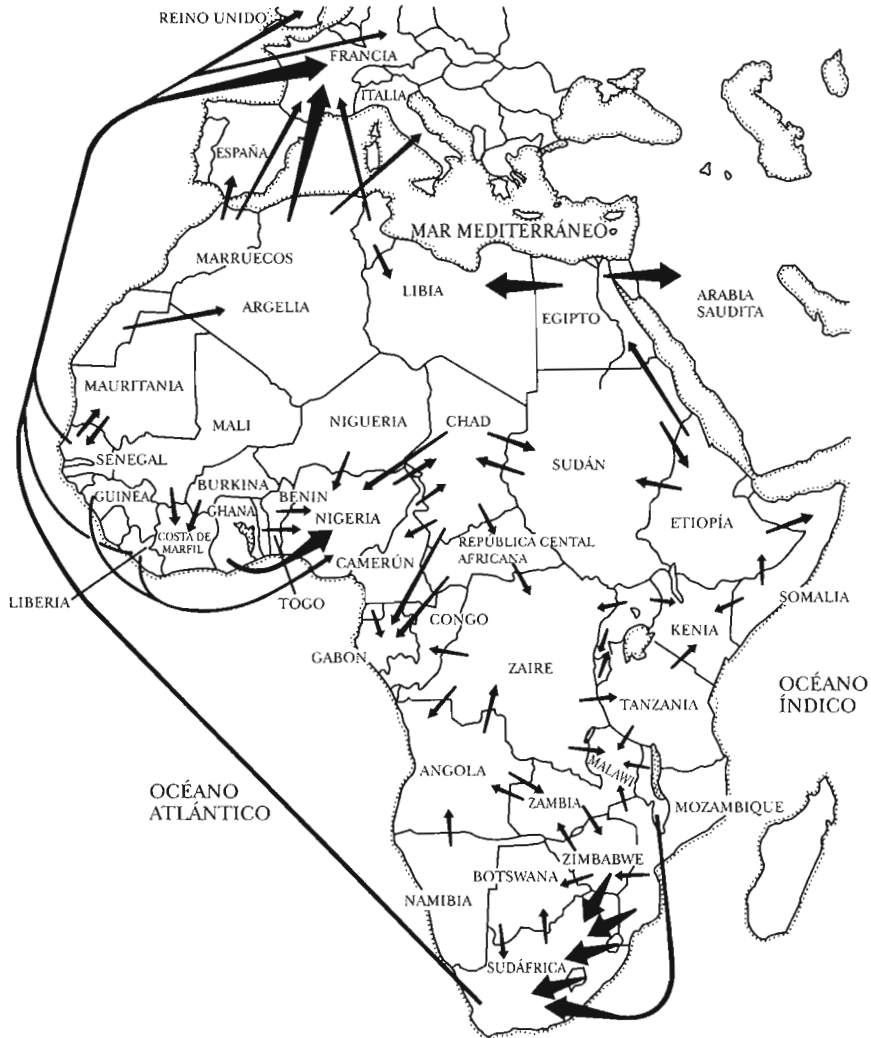
Aunque en la región árabe el legado del colonialismo influye aún con fuerza en los modelos migratorios, la presencia europea cambió la localización de la actividad económica y el comercio hacia áreas costeras, produciendo migraciones desde el interior que han persistido después de la independencia. Los poderes coloniales conformaron al continente en entidades político-administrativas (que más tarde se convirtieron en estados independientes) con poca atención por la congruencia de las fronteras étnicas y territoriales. Los miembros de un grupo étnico con frecuencia son ciudadanos de uno o más estados contiguos o cercanos, mientras que en muchos estados incluyen a miembros de varios grupos étnicos. Esto implica la confusión respecto al estatus legal o la identidad nacional, lo mismo que a tradiciones de movimiento por fronteras internacionales, que con frecuencia están escasamente demarcadas y controladas.

El periodo colonial no sólo trajo a África occidental administradores y granjeros europeos, sino también comerciantes sirio-libaneses, al igual que comerciantes y trabajadores del subcontinente hindú al este y sur de África. En el periodo posterior a la independencia, estas poblaciones por lo general se convirtieron en minorías privilegiadas pero vulnerables. Las poblaciones de colonizadores con orígenes europeos, a menudo partieron *en masse* cuando se concedió la independencia, con desastrosos resultados económicos, pues habían jugado un papel importante en la agricultura, los negocios y el gobierno. Los efectos en cascada del periodo colonial se sintieron mucho tiempo después de que hubo terminado.

En Kenia por ejemplo, las mejores tierras se destinaron y distribuyeron a los granjeros británicos. Cuando huyó la mayoría de los colonizadores europeos, éstas regresaron al gobierno keniano, que las distribuyó entre los kikuyus y otros grupos étnicos dominantes en ese entonces en el gobierno. Para los años noventa el poder dentro de éste había cambiado y el presidente Moy ayudó proveyendo los ataques de los miembros de las tribus de pastores como los masai que reclamaban las tierras usurpadas por los británicos. La violencia esporádica mató a 1,500 personas y desplazó internamente hasta 300,000 kenianos. La presión de los países donantes sobre el gobierno keniano llevó a que se aprobara de mala gana la iniciativa de un Programa de Desarrollo ONU para el establecer de nuevo a esos desplazados. La mayoría perdió sus tierras convirtiéndose

MAPA 6
MIGRACIONES DENTRO Y DESDE ÁFRICA, 1970-2000

Nota: las dimensiones de las flechas dan sólo aproximaciones del tamaño del movimiento



en marginado y gente sin hogar. Algunos lograban cultivar sus tierras durante el día pero las abandonaban en la noche por miedo a la renovada violencia. Muchos perdieron todo y subsistían como trabajadores temporales o gracias a la caridad. Estas secuelas del colonialismo explican por qué África incluía 16 de

las 41 poblaciones con mayor número de personas desplazadas internamente en el año 2000 (USCR, 2001: 6). Tan sólo en Sudán se calcula que hay cuatro millones de desplazados internamente.

En el periodo posterior a la Guerra Fría hubo repatriaciones a gran escala de refugiados y reasentamientos de desplazados internamente. A inicios de los años noventa se calculaba que existían 5.7 millones de personas originarias de Mozambique que habían sido desplazadas de su país, lo que incluía 1.7 millones de refugiados y cuatro millones internamente desplazados. Para 1996 la mayoría había retornado a casa (USCR, 1996: 12). De 1990 a 1996 unos cuatro millones de refugiados africanos fueron repatriados, sobre todo a Etiopía, Eritrea, Mozambique, Zimbabwe, Namibia, la República de Sudáfrica posterior al *apartheid* y Uganda. A finales de 1996 y principios de 1997 decenas de miles de ruandeses se repatriaron también desde Tanzania cuando el gobierno les ordenó partir. Muchos regresaron desde Zaire para escapar combatiendo entre los insurgentes, elementos de los ejércitos de Ruanda, Zaire y la milicia hutu de Ruanda y los ex soldados atrincherados en campos de refugiados. Algunos analistas señalaron estas repatriaciones y reasentamientos a gran escala de la era posterior a la Guerra Fría para refutar la “teoría del caos” que veía a África como condenada a la desintegración política, la miseria masiva y pérdida en gran escala de las raíces de sus poblaciones (USCR, 1996: 12). Esta visión regional más optimista se vio cuestionada por las tragedias que se desarrollaban en Sierra Leona y Liberia a finales de los años noventa al igual que por los eventos en la región de los Grandes Lagos en África central (véase recuadro 3).

África subsahariana ha sido testigo de la proclamación de numerosas organizaciones internacionales, con el propósito de retirar las barreras al comercio y el libre movimiento de bienes, capital y personas. Por lo general estos acuerdos han sido puestos en práctica de manera poco efectiva o se ven contradichos por las políticas y prácticas de los estados miembros (Ricca, 1990: 108-134; Adepoju, 2001). A pesar de la existencia de muchas zonas en las que nominalmente existe la libertad de movimiento para los nacionales de los signatarios de estos acuerdos, hay una gran cantidad de migración ilegal.

La migración ilegal en el África subsahariana es variada y compleja. Con frecuencia se le tolera en periodos de buenas relaciones y prosperidad económica, para luego ser reprimida durante las crisis económicas o periodos de tensiones internacionales. Las expulsiones masivas de Nigeria en 1983 y 1985 fueron las más significativas en términos de personas desarraigadas –hasta unos dos millones– pero son parte de un esquema mucho más amplio. Un choque entre los pastores de Mauritania y los granjeros de Senegal en el valle del río Senegal en 1989 cobró 250 vidas y trajo como resultado la repatriación de 70,000 senegaleses y 170 mauritanos. El conflicto tenía sus causas en una crisis

RECUADRO 9
MIGRACIÓN DE MANO DE OBRA
HACIA LA REPÚBLICA DE SUDÁFRICA

El reclutamiento de trabajadores extranjeros a la República de Sudáfrica (RSA) ilustra el vínculo entre la migración laboral y la dependencia económica y política; características de buena parte de África. Las raíces se remontan al periodo colonial. La mayoría de los trabajadores reclutados durante el *apartheid* de Mozambique, Botswana, Lesotho, Swazilandia y Malawi, laboraron en las minas de oro, menos del 10 por ciento en la agricultura y otras industrias no mineras. Lesotho y Swazilandia son estados mediterráneos con fronteras hacia la RSA (Lesotho de hecho está rodeado completamente por la RSA). Estas poblaciones apenas pueden obtener medios de la agricultura para subsistir. La ausencia de oportunidades económicas hizo del empleo en las minas de la RSA la única posibilidad para muchos, a pesar de los rigores del trabajo y el alto riesgo de lesiones o muerte.

El reclutamiento a la RSA estaba altamente organizado. Muchos de los candidatos eran rechazados pues se les sujetaba a una serie de pruebas físicas y de aptitud. Quienes tenían éxito eran transportados por aire, ferrocarril o autobús a las minas, donde vivían en albergues. Prácticamente sólo se contrataba a varones, la mayoría jóvenes. Se les daban contratos que les exigían volver a casa después de uno o dos años de trabajo. En 1960 había unos 600,000 trabajadores extranjeros en la RSA. La cifra descendió a 378,000 para 1986. En 1973 la proporción de extranjeros en la fuerza de trabajo minera compuesta por negros permanecía en el 79 por ciento. Para 1985 se había reducido a sólo 40 por ciento. Hubo un cambio en el reclutamiento de trabajadores extranjeros provenientes de los estados independientes, a favor de uno mayor de gente que provenía de las recién creadas "tierras de negros", debido al miedo del régimen sudafricano de ser desprovisto de mano de obra extranjera como resultado de las políticas que se oponían al *apartheid* (Ricca, 1990: 226-228).

Con el fin del *apartheid* se generó una nueva era en la RSA. La "internalización" del empleo en las minas continuó y algunos mineros extranjeros se convirtieron en residentes legales. Con las áreas previas de "terruño" (*homeland*) que enfrentaban una pobreza aplastante, no había escasez de trabajadores potenciales. La decadencia del *apartheid* permitió la normalización de relaciones diplomáticas y económicas largamente interrumpidas entre la RSA y sus vecinos. Uno de los problemas centrales que enfrentó el gobierno posterior al *apartheid* fue la migración no autorizada desde fuera. Se había dado una migración ilegal considerable desde los países vecinos como Mozambique durante la era del *apartheid*. Las medidas de seguridad, incluyendo una cerca electrificada en la frontera, hicieron bastante peligrosa la entrada ilegal. Desde la caída del *apartheid* el ingreso no autorizado creció enormemente. Los africanos provenientes desde tan lejos como Ghana, se dirigieron en masa hacia "El Dorado" sudafricano. Entre tanto hubo una repatriación substancial de sudafricanos, mientras que los que habían sido obligados a reubicarse en los *homelands*

buscaban regresar a casa. El desempleo general y la anarquía posterior complicaron el cuadro.

Los inquietos socios del gobierno posterior al *apartheid* con frecuencia tenían visiones contrastantes sobre la migración ilegal. Ciertos líderes sindicales y del Congreso Nacional Africano (CNA) favorecían las políticas que reflejaran la solidaridad internacional que había sido tan importante durante la larga lucha contra el *apartheid*. Otras facciones estaban a favor de políticas más draconianas para evitar más ingresos no autorizados y expulsar a los inmigrantes ilegales. Para 1996 el gobierno había dado inicio a un programa de legalización para extranjeros que cubrieran ciertos criterios. También planeaba sancionar a los patrones. La RSA siguió reclutando mano de obra extranjera de los estados vecinos, un total de 51,000 mineros y 200,000 de los estados miembros de la Comunidad de Desarrollo de África del Sur (CDAS) hicieron solicitud y se aprobaron 103,000 solicitudes para 1997. El censo de 1996 no proporcionaba información exacta sobre la migración ilegal a la RSA porque los cuestionarios no planteaban la pregunta acerca del estatus. De ahí que se siguieran haciendo cálculos ampliamente contradictorios de los inmigrantes ilegales, que iban de 2.5 a ocho millones (Bernstein *et al.*, 1999). Las deportaciones aumentaron de 158,000 en 1995 a 181,000 en 1996 (Adepoju, 2001: 63).

ecológica que se dio por una larga sequía, pero se exacerbó debido a las enemistades étnicas (Kharoufi, 1994: 140-144). En 1991 muchos zaireños que vivían en el Congo fueron expulsados. El director de la policía del aire y la frontera en el Congo dijo que tres cuartas partes del millón aproximado de zaireños en el Congo serían expulsadas (Noble, 1991). Las tensiones sobre la llegada no regulada de zaireños y otros extranjeros habían ido aumentando por algún tiempo. Los extranjeros eran vistos como una contribución al rápido crecimiento poblacional en las desordenadas áreas suburbanas y como culpables del abuso de los recursos. Los zaireños fueron señalados por un especialista como responsables del vicio (Loutete-Dangui, 1988: 224-226).

Esta situación contrastaba con el caso nigeriano, donde técnicamente el empleo ilegal de los extranjeros que procedían de la Comunidad Económica de los Estados Africanos Occidentales (CEEAO) era visto con beneplácito del gobierno nigeriano durante un periodo de expansión económica. A mediados de los años setenta muchos trabajadores de Ghana entraron y encontraron trabajo en la construcción y los servicios (Adepoju, 1988: 77). Un revés en la economía, junto con la inestabilidad en el gobierno de Nigeria, además de las deterioradas relaciones entre Nigeria y Ghana dieron lugar a una política más estricta y expulsiones masivas. Una académica enumeró 23 expulsiones masivas conducidas por 16 estados diferentes entre 1958 y 1996 (Adepoju, 2001: 60-61).

Tomando a África en su conjunto, hay razones para un profundo pesimismo respecto al futuro de la migración. Los estándares de vida han decaído y la inestabilidad política es endémica en muchas áreas. Por otro lado, se dieron algunas historias de notable éxito económico en los años noventa, como la de Ghana, así como una tendencia a la democratización en todo el continente (Chazan, 1994). El registro de las siete organizaciones y grupos regionales sobre la regulación de la migración internacional no parecía destinada a mejorar, debido a que las grandes disparidades socioeconómicas entre los estados miembros implicaban flujos tendenciosos y a veces unidireccionales hacia los estados miembros más ricos (Adepoju, 2001: 61-64). El tráfico de mujeres y niños parecía incrementarse. Los casos de jóvenes que se escondían en el tren de aterrizaje de las aeronaves y que luego se encontraban aplastados y congelados en Europa fueron emblemáticos de la falta de esperanzas y la tensión que se encuentran en la base de los crecientes movimientos poblacionales.

La gran cantidad de refugiados y PID en África es síntoma del proceso de construcción de la nación y de la formación de estados (Zolberg *et al.*, 1989), que se puede comparar con otros similares en Europa en los siglos XVI al XX. También ahí las minorías étnicas y religiosas se enfrentaron con la persecución, mientras la guerra y la dislocación económica eran rampantes. Los estados de Europa occidental tardaron siglos en resolver los temas básicos de la identidad nacional y la legitimidad política. El África subsahariana, como buena parte del mundo previamente colonizado, ha debido confrontar un amplio espectro de temas de la modernización en las décadas posteriores a la independencia. Esta es la causa que subyace en la proliferación de refugiados y personas desplazadas internamente.

Hasta el momento puede decirse que relativamente pocos refugiados africanos han salido del continente. En vista de los considerables recursos –tanto financieros como culturales– necesarios para trasladarse a los países desarrollados y las considerables barreras erigidas por las potenciales áreas de recepción, la probabilidad de que grandes cantidades de refugiados africanos puedan salir en el futuro parece pequeña. Desafortunadamente esto puede ayudar a explicar por qué la comunidad internacional respondió con tanto retraso y de manera tan inadecuada a la matanza masiva en Ruanda y ante las tragedias relacionadas en Zaire, hoy República Democrática del Congo.

América Latina y el Caribe: cambio de área de Inmigración a emigración

La enorme y diversa área al sur de Estados Unidos en ocasiones se representa conformada por cuatro áreas principales.

1. El cono sur comprende Brasil, Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay, sociedades en las que la mayor parte de la población es de origen europeo. Fue un área de establecimiento masivo de inmigrantes que provenían de Europa, aunque también tuvo flujos de otros lugares: por ejemplo, Brasil recibió esclavos africanos hasta el siglo XIX y trabajadores japoneses desde finales del siglo XIX hasta los cincuenta del XX.
2. El área de los Andes, al norte y al oeste, difiere porque los indios y mestizos (personas de antecedentes mixtos europeos e indios) comprenden el grueso de la población. La inmigración desde Europa durante los siglos XIX y XX fue menos significativa.
3. Centroamérica: las sociedades se componen sobre todo de personas con antecedentes indios y mestizos, aunque hay excepciones como Costa Rica.
4. El Caribe, compuesto en forma predominante por gente de origen africano, aunque también la hay con ascendencia europea y asiática.

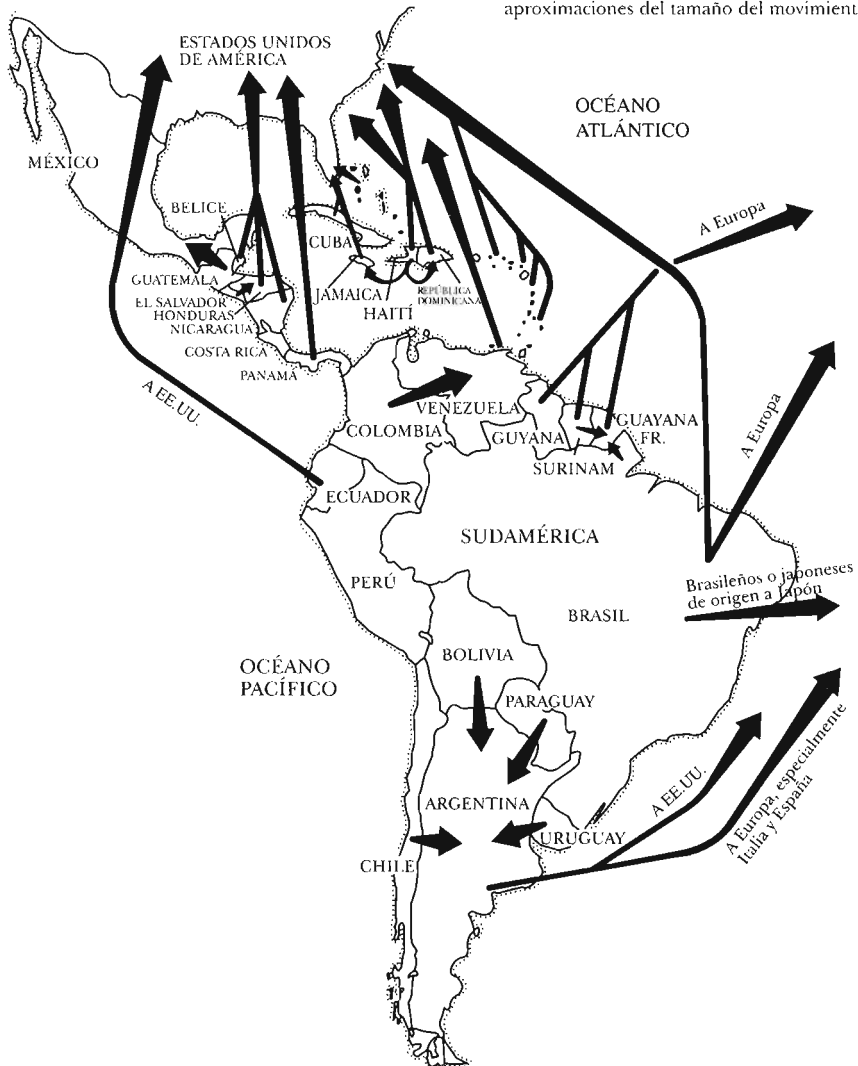
Buena cantidad de países no se ajusta a estas cuatro áreas, pero la categorización sirve para subrayar cómo, desde 1492, la inmigración ha afectado en formas diversas el área en su conjunto, cómo muchas de estas sociedades se forjaron por la inmigración.

De Lattes y De Lattes (1991) calculan que América Latina y el Caribe recibieron cerca de 21 millones de inmigrantes de 1800 a 1970. Se calcula que la migración más grande fue la de los tres millones de italianos que llegaron a Argentina. El grueso de inmigrantes llegó de España, Italia y Portugal; la mayoría de ellos fue al cono sur. Estados como Argentina y Uruguay estimularon la inmigración hasta el periodo de entreguerras. La depresión económica de los años treinta trajo consigo cambios significativos en las políticas de inmigración. Aparte del flujo de italianos que se dio de 1947 a 1955, para los años treinta la inmigración masiva proveniente de Europa era cosa del pasado (Barlán, 1988: 6-7). Venezuela constituyó una excepción notable a este patrón, pues hasta el gobierno de Pérez Jiménez (1950-1959) había recibido pocos inmigrantes de origen europeo. Casi 332,000 personas, sobre todo de origen italiano, se establecieron ahí bajo el régimen de Pérez Jiménez. Si bien la llamada política de puertas abiertas se acabó con el derrocamiento del gobierno militar en 1958 (Picquet *et al.*, 1986: 25-29).

A medida que disminuyeron los flujos intercontinentales de entrada provenientes de Europa, se desarrollaron migraciones intracontinentales (o intrarregionales). En el Caribe durante el siglo XIX predominó la migración laboral, el fin de la guerra de El Chaco entre Paraguay y Bolivia en 1935, por ejemplo, trajo consigo cantidades significativas de gente que desertaba del ejército boliviano hacia el noroeste de Argentina. Algunos se emplearon en la agricultura. Esto marcó el ini-

MAPA 7
MIGRACIÓN DENTRO Y DESDE LATINOAMÉRICA, 1970-2000

Nota: las dimensiones de las flechas dan sólo aproximaciones del tamaño del movimiento



cio de una migración laboral por temporadas de Bolivia a Argentina, la que duró más de tres décadas, hasta que la mecanización redujo la necesidad de mano de obra. Este flujo permaneció sin regulaciones hasta 1958, cuando se firmó un acuerdo bilateral para proteger a los migrantes bolivianos (Barlán, 1988: 8-9).

De manera similar, en los años cincuenta y sesenta, los migrantes laborales paraguayos y chilenos comenzaron a encontrar empleo en el noreste de Argentina y Patagonia, respectivamente. Los trabajadores extranjeros se difundieron de las áreas agrícolas a los principales centros urbanos. Los inmigrantes solteros, sobre todo varones, pronto se reunieron con sus familias, creando barrios de inmigrantes ilegales en algunas ciudades. Su ingreso y empleo parecen haber sido tolerados, en la medida en que se les veía como capaces de contribuir al crecimiento económico y la prosperidad; visión que sólo se cuestionó hasta los años setenta (Sanz, 1989: 233-248). A partir de 1948, el gobierno argentino ajustó sus leyes y políticas para permitir a los trabajadores extranjeros ilegales rectificar su estatus. La migración irregular o ilegal es la forma predominante de migración en América Latina, pero esto no se vio como un problema sino hasta finales de los años sesenta (Lohrmann, 1987: 258).

Venezuela es otro país donde se considera necesaria la legalización. Con el decremento de la inmigración proveniente de Europa y el crecimiento económico vinculado al petróleo, millones de colombianos se trasladaron a Venezuela. Muchos llegaron a través de los *Caminos Verdes*, sobre los cuales un guía los conduciría para cruzar las fronteras (Mann, 1979). Otros lo hicieron como turistas y se quedaron más allá de la vigencia de su visa. Para 1995 se pensaba que dos millones de personas residían ahí de manera ilegal, la mayoría de ellas colombianos (Kratochwil, 1995: 33). No sólo la industria petrolera, sino también la agricultura, la construcción y un conjunto de industrias, atrajeron a los migrantes. Los ingresos a la baja en Colombia y la atracción de la moneda venezolana más fuerte, constituyeron factores significativos para hacer atractivo el trabajo en Venezuela en los años ochenta (Martínez, 1989: 203-205). Muchos colombianos migraron a las áreas cercanas a la frontera entre Venezuela y Colombia y muchos se convirtieron en migrantes a corto plazo (Pelligrino, 1984: 748-766). Sin embargo, la mayor parte de la población extranjera con residencia ilegal, cerca del 10 por ciento de la población total de Venezuela, de 20 millones, vivía en las principales ciudades (Kratochwil, 1995: 33). Otros dos millones residían legalmente (Dávila, 1998: 18).

Los trabajadores colombianos temporales ayudaban por tradición a cosechar el café en Venezuela, y los acuerdos bilaterales de mano de obra entre los dos países se firmaron en 1951 y 1952. El Tratado de Tonchala en 1959, obligaba a los dos gobiernos a legalizar a los nacionales provenientes del otro país que estuvieran ilegalmente empleados, si era posible encontrar empleo legal. En 1979 se firmó el Pacto Andino que obligaba a los estados miembros a legalizar a los residentes ilegales provenientes de los otros estados (Picquet *et al.*, 1986: 30). Esto llevó a la legalización venezolana en 1980. A pesar de que los cálculos eran de 1.2 a 3.5 millones de residentes ilegales en una población total

de casi 13.5 millones, sólo de 280,000 a 350,000 extranjeros se legalizaron (Meissner *et al.*, 1987: 11). O las estimaciones eran muy altas, lo que parece probable, o el programa no tuvo éxito para transformar el estatus de muchos residentes ilegales.

En Colombia, en los años noventa, la violencia relacionada con las drogas y la inestabilidad política, pues el gobierno enfrentaba insurgencias de izquierda, empujó a decenas de miles hacia Venezuela (Kratochwil, 1995: 15). Una caída económica y medidas de austeridad en este país aceleraron un intento de golpe de Estado, también el creciente desorden político contribuyó a que se dieran flujos significativos de salida de ciudadanos venezolanos. En 1995, cientos de éstos solicitaron asilo en Canadá, lo que llevó a las autoridades canadienses a restablecer el requisito de visa para los turistas venezolanos (Kratochwil, 1995: 33). El gobierno venezolano amenazó con deportar en masa a la población extranjera residente ilegalmente, pero no es claro si tenía la intención y los medios para cumplir su amenaza.

Las políticas de legalización puestas en práctica en Argentina y Venezuela fueron testimonio del carácter cambiante de la migración dentro de América Latina. La migración laboral dentro de la región había sustituido la proveniente de Europa. Según un reporte de 1993, basado en análisis de la información del censo de 1980, unos dos millones de latinoamericanos y caribeños vivían en la región, fuera de su país de nacimiento. Aunque los extranjeros latinoamericanos y caribeños no excedían el 10 por ciento de la población total de cualquier país de la región “se ha dado un incremento en la última época, tanto de la magnitud total de la movilidad dentro de América Latina como de la importancia relativa de los latinoamericanos y caribeños en la migración entre regiones” (Maguid, 1993: 41).

El periodo posterior a la Guerra Fría en América Latina y el Caribe estuvo marcado por esfuerzos para renovar y expandir los instrumentos de integración regional como el Mercosur y el Grupo Andino (Gran) (Derisbourg, 2002). El primero incluye Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay, con una población total de 210 millones. El segundo lo conforman Bolivia, Colombia, Perú y Venezuela, con una población total de 113 millones. Los movimientos de personas que cruzan las fronteras nacionales dentro de estos bloques regionales eran una preocupación importante. Sin embargo, la coordinación y la cooperación se veían limitadas por una información inadecuada (Maguid, 1993). Al analizar los esfuerzos previos del Grupo Andino con respecto a la migración laboral, Kratochwil concluyó que “la cantidad significativa de trabajo ha sido ineficiente en última instancia y las agencias administrativas se han desplomado erráticamente” (Kratochwil, 1995: 17). Como en la región árabe y el África subsahariana, América Latina y la región caribeña tienen historias de proyectos de

integración regional con logros escasos en el manejo de la migración internacional.

Una segunda característica notable del periodo posterior a la Guerra Fría en América Latina y el Caribe reflejó los desarrollos que se suscitaron en otros lugares durante 1990. Hubo importantes repatriaciones de refugiados después de acuerdos de paz en algunos países, pero el surgimiento de nuevos conflictos en la región originó flujos de refugiados. Los acuerdos de paz más significativos se alcanzaron en Centroamérica, cuando las luchas en El Salvador, Nicaragua y Guatemala se abatieron. En los años ochenta cerca de dos millones de centroamericanos fueron desarraigados, pero la ACRNU sólo reconoció como refugiados unos 150,000 (Gallagher y Diller, 1990: 3). México, Estados Unidos y Costa Rica repatriaron guatemaltecos, nicaragüenses y salvadoreños, respectivamente.

Sin embargo, la situación política en los tres países siguió tensa. Hubo varios reportes de muertes de guatemaltecos al retornar, muchos de ellos eran indios. Los migrantes guatemaltecos continuaron llegando a Estados Unidos. Su presencia fue cada vez más evidente en la agricultura, con mano de obra intensiva, y en la industria de procesamiento avícola. La mayor parte de guatemaltecos, salvadoreños y nicaragüenses en Estados Unidos no se repatrió a pesar de los acuerdos de paz. Entre 1984 y 1994, más de 440,000 centroamericanos solicitaron asilo en este país. Se rechazó la mayor parte de las solicitudes, pero la generalidad de los solicitantes se quedó (Martin y Widgren, 1996: 35). En 1986 Estados Unidos aprobó una nueva ley para detener la inmigración ilegal el entonces Presidente de El Salvador, Napoleón Duarte, escribió al Presidente estadounidense quejándose de que ésta amenazaba la estabilidad de El Salvador porque las remesas de los salvadoreños en Estados Unidos eran vitales para la economía. Otros líderes latinoamericanos expresaron preocupaciones similares, pero en buena parte eran exageradas (Mitchell, 1992: 120-123). Mientras hubo algunas repatriaciones de nicaragüenses provenientes de Costa Rica, en un tono parecido, muchos otros permanecieron. En 1993, Nicaragua y Costa Rica firmaron un acuerdo laboral bilateral respecto al empleo de nicaragüenses en la agricultura costarricense (Maguid, 1993: 88). El empleo ilegal de los nicaragüenses estaba muy difundido en Costa Rica y constituyó una cuestión cada vez más importante en las relaciones bilaterales entre los dos países.

El flujo haitiano de salida hacia Estados Unidos formó parte de un cambio más amplio en los países latinoamericanos y caribeños. Para los años setenta, la región era exportadora neta de personas. Las razones que subyacen a este cambio histórico son muchas, además, la transición no ocurrió de la noche a la mañana. Desde el periodo colonial, los migrantes caribeños habían

arribado a las costas del este y sur de lo que es ahora Estados Unidos. Los flujos hacia el norte se acentuaron durante la Segunda Guerra Mundial, cuando los trabajadores caribeños fueron reclutados para cubrir puestos relacionados con la defensa en las posesiones caribeñas de Estados Unidos, en especial las Islas Vírgenes, y para trabajo agrícola en el continente. Los orígenes del programa de trabajadores temporales extranjeros en las Indias Occidentales británicas, que reclutó a miles de trabajadores anualmente para ser empleados en la agricultura estadounidense, que continuó hasta los años noventa como el llamado programa H-2A, no tuvieron muchas diferencias con el de trabajadores extranjeros temporales de mucho mayor tamaño que se estableció entre México y Estados Unidos.

El reclutamiento temporal de mano de obra, después de 1970, contribuyó a desencadenar los flujos masivos de inmigrantes ilegales y legales provenientes de América Latina y el Caribe hacia Estados Unidos y Canadá. Pero las causas del cambio han de encontrarse también en otros factores: el descenso en la fortuna económica de la región, su explosión demográfica, la migración rural-urbana, la inestabilidad política y la guerra. Muchos de estos factores adicionales no pueden verse como estrictamente internos. Las políticas establecidas por Estados Unidos, como la intervención en América central, tuvieron un papel claro en el enorme cambio que vio convertirse el área en una de emigración neta. El vínculo estaba más claro que en ninguna otra parte en el caso de República Dominicana, donde la participación de Estados Unidos en el asesinato de Trujillo, el Presidente dominicano, en 1961, trajo como resultado la emisión masiva de visas a los dominicanos para evitar una revolución al estilo cubano (Mitchell, 1992: 96-101).

Hasta 1990 el único factor importante de la emigración hacia Estados Unidos, Canadá y ciertos países de Europa occidental fue el nivel descendente en el desempeño económico. El PIB per cápita bajó agudamente en los años ochenta, lo que algunos llamaron la "década perdida por la deuda" (Fregosi, 2002: 443). La renovación democrática y una tendencia hacia la liberalización de las economías latinoamericanas a principios y mediados de los años noventa impulsó en forma breve las economías latinoamericanas antes de que una sucesión de crisis económicas acabara con el área. Para el año 2000 se estimaba que 78 millones, de una población total en América Latina de 480 millones, vivían debajo de la línea de la pobreza. La liberalización de las políticas incrementó la ya severa desigualdad en países como México y Argentina. En este último, el índice Gini, que mide la desigualdad, se incrementó de 34.5 en 1974 a 50.1 en 1998. Una consecuencia fue el creciente deseo de la población argentina por emigrar. Según una encuesta del año 2001, el 21 por ciento de los argentinos deseaba emigrar y un tercio de los que tenían entre 28 y 24 años de edad (Fregosi, 2002: 436).

RECUADRO 10
BRACEROS HAITIANOS EN LA REPÚBLICA DOMINICANA

Una de las migraciones más notables en la subregión caribeña es el empleo de *braceros* haitianos (algunos fuertemente armados), en la cosecha de caña de azúcar en República Dominicana. Esta migración se da entre dos estados históricamente antagonistas cuyas poblaciones combinadas conformaban en el año 2002 casi la mitad de la población total de la región caribeña.

Cada año, entre noviembre y mayo, los haitianos ingresan para obtener un empleo relacionado con la cosecha, tanto legal como ilegalmente. Estos trabajadores eran en forma predominante hombres, pero algunas familias los han seguido, lo que ha traído como resultado el establecimiento definitivo. A inicios de los años ochenta, el cultivo de azúcar representaba sólo el 12 por ciento de la tierra labrada, pero la mitad de todas las exportaciones y un quinto del ingreso recibido por el gobierno. A pesar del alto desempleo en República Dominicana, prácticamente toda la cosecha de azúcar la realizaban haitianos. Algunas razones por las que los dominicanos rechazaban ese empleo eran las terribles condiciones de trabajo y el pago a los *braceros* haitianos. En 1937, unos 15,000 haitianos fueron masacrados en el lado dominicano de la Isla de Española. En 1979, la sociedad en contra de la esclavitud, con sede en Londres, describió a los trabajadores haitianos de la caña de azúcar como sujetos a esclavitud (Péan, 1982: 10). Cada año el gobierno de la República Dominicana pagaba al haitiano para asegurar la provisión de *braceros*. En 1980-1981, pagó 2.9 millones de dólares por 16,000 *braceros* (French, 1990). Este arreglo se terminó sólo en 1986 cuando el dictador haitiano "Baby Doc" Duvalier se vio forzado a partir rumbo a su lujoso exilio en Francia.

Subsecuentemente los intereses del azúcar en la República Dominicana se basaron cada vez más en los reclutadores para encontrar los 40,000 trabajadores que se calcula son necesarios para la cosecha. En 1991, después de las elecciones democráticas en Haití y las críticas internacionales en ascenso acerca de las condiciones de los trabajadores haitianos, el gobierno dominicano ordenó una expulsión masiva de haitianos. Muchos de los más de 10,000 individuos expulsados eran de extracción haitiana que habían residido largamente en la República Dominicana o habían nacido ahí (French, 1991: 15). Esta expulsión masiva contribuyó a desestabilizar la frágil democracia haitiana. El derrocamiento del presidente Aristide en septiembre de 1991 llevó a un renovado flujo de salida de emigrantes a Estados Unidos. La guardia costera de Estados Unidos interceptó a la mayoría y la detuvo en la instalación naval estadounidense de la bahía de Guantánamo, en Cuba, antes de ser repatriados.

En 1994, la intervención militar estadounidense en Haití reinstaló a Aristide en el poder. Sin embargo, la crisis socioeconómica y política empeoró. El empleo de haitianos en la industria de la caña de azúcar en la República Dominicana, descendió a 20,000, pero creció en sectores como la construcción. En el año 2001, fuentes autorizadas situaban en 500,000 la población de haitianos y sus descendientes en la República Dominicana (Alexandre, 2000: 18), cerca del 6 por ciento de la población total. Casi la mitad de los haitianos era residente

RECUADRO 8 (*continuación*)

a largo plazo o nacida ahí, pero no se la consideraba ciudadana (Segura, 2002: 4).

Las deportaciones de los haitianos a gran escala continuaron. Entre agosto del año 2000 y enero del 2001, la Guardia Nacional Dominicana reportó un total de 45,000 deportados (Segura, 2002: 5). La negociaciones iniciadas por la IOM entre República Dominicana y Haití, empezaron en 1996, con el objeto de facilitar la cooperación bilateral en las deportaciones humanitarias, el registro de haitianos y un posible programa de legalización. Pero la violencia contra de haitianos siguió y miembros corruptos de la Guardia Nacional facilitaron el tráfico de migrantes haitianos (Alexandre, 2001: 51-53). Algunos líderes políticos dominicanos temían que la potencial implosión de Haití condujera a una crisis regional de migración, y veían ésta como una amenaza a la seguridad.

Entre las tendencias notables de la migración latinoamericana a principios del siglo XXI, se encuentra la emigración creciente hacia Europa occidental, en especial España, que firmó varios acuerdos bilaterales de reclutamiento de mano de obra con países sudamericanos. Los ecuatorianos ocupan un lugar prominente en las protestas en España a favor de la legalización. El crecimiento en la migración brasileña y argentina hacia Europa y Norteamérica también es notable. La mayor parte era ilegal y se dirigía a la región noreste de Estados Unidos, mientras que los solicitantes argentinos para la doble ciudadanía con España aumentaron del mismo modo que lo hicieron las solicitudes de visas hacia Estados Unidos entre los años 1999 y 2000 (Fregosi, 2002: 436). El tráfico creciente de personas se hizo evidente en América Latina y muchos países sirvieron como puntos de tránsito sobre todo hacia Estados Unidos y Canadá.

El combate a la migración irregular era una de las principales metas del Proceso de Puebla, formalmente, la conferencia regional sobre migración comenzaba en 1996. Once estados norteamericanos y latinoamericanos se habían convertido en participantes para el 2000 y otros cinco eran observadores. De los 11 procesos consultivos regionales supervisados por la IOM, el Proceso de Puebla se consideró como uno de los más exitosos (Klekowski von Koppenfels, 2001: 34-38). Sin embargo, la cooperación bilateral y regional en muchos temas relacionados con la migración irregular siguió siendo muy problemática.

El gobierno de México denunció el número creciente de muertes de migrantes en su frontera con Estados Unidos. Calculaba que 2,000 migrantes habían muerto desde 1994, y en el periodo más reciente de dos años, un promedio de uno por día (Nieves, 2002: A12). La mayoría de los observadores estuvieron de acuerdo en que el incremento en las muertes al cruzar la frontera estaba aso-

ciado con el reforzamiento de las medidas de vigilancia. Las medidas de la patrulla fronteriza como la Operación Guardián, iniciada en 1994, incluyeron el aumento en el personal de vigilancia de la frontera, barreras físicas y mejoras en el equipo de supervisión. Esto llevó a los migrantes a confiar más en los traficantes, quienes con frecuencia intentaban cruzar hacia Estados Unidos a través de áreas remotas y peligrosas (Andreas, 2001).

Tras la “luna de miel” en las relaciones entre Estados Unidos y México, que llegó a su fin en septiembre del año 2001 (véase recuadro 2 y capítulo 4) el futuro de la relación en la migración de ambos países, el nexo migratorio bilateral más importante en el mundo, siguió siendo nebuloso. Los 9,000 millones de dólares estadounidenses en remesas que México recibe cada año de los migrantes se han convertido en un punto de apoyo importante para la economía mexicana. Alrededor de la mitad de los 8 o 9 millones de mexicanos que viven en Estados Unidos, tiene estatus legal, y millones se han convertido en ciudadanos estadounidenses. Una reforma permitió a los ciudadanos estadounidenses con antecedentes mexicanos convertirse en dobles ciudadanos de México; el presidente Fox y su administración vieron con claridad a la población de origen mexicano en Estados Unidos como un aliado en las relaciones entre los dos países. En efecto, el gobierno mexicano estableció una estrategia de fortalecimiento del transnacionalismo entre las personas con antecedentes en México que residían en Estados Unidos, estado de cosas que ilustró que el transnacionalismo difícilmente depende de los estados (Smith, 2001).

Las tendencias y patrones generales en las migraciones de América Latina en los años noventa parecían susceptibles de prolongarse. La mayor parte de la emigración continuará hacia Estados Unidos y Canadá, y la escala de las migraciones intrarregionales, palidecerá en comparación.

Conclusiones

Es costumbre diferenciar entre categorías de migrantes y regiones de migración. Pero es importante darse cuenta que todos los movimientos tienen raíces comunes, y se encuentran estrechamente interrelacionados. La penetración occidental desencadenó profundos cambios en otras sociedades, primero a través de la colonización, luego del involucramiento militar, los vínculos políticos, la Guerra Fría, el comercio y la inversión. El aumento en la migración se debe a rápidos procesos de cambio económico, demográfico, social, político, cultural y ambiental, que surgen de la descolonización, la modernización y el desarrollo desigual. Estos procesos parecen destinados a acelerarse en el futuro, lo que llevará a dislocaciones y cambios aún más grandes en las sociedades, y por tanto a migraciones incluso mayores.

De ahí que el ingreso de los países del sur en el ámbito de la migración internacional pueda verse como resultado inevitable de la creciente integración de estas áreas en la economía mundial y en los sistemas globales de relaciones internacionales e intercambio cultural. Estos nuevos movimientos migratorios son una continuación de procesos históricos comenzados en el siglo XV, con la expansión colonial europea, la difusión subsiguiente de nuevos valores filosóficos amén de prácticas económicas y culturales en el globo.

El primer efecto de la inversión extranjera y el desarrollo es la migración rural-urbana, y el crecimiento de las ciudades. Dejar atrás las formas tradicionales de producción y las relaciones sociales, para trasladarse a las ciudades florecientes, es la primera etapa de cambios sociales, psicológicos y culturales fundamentales que crean las predisposiciones para migraciones posteriores. Trasládarse de la agricultura campesina hacia una ciudad como El Cairo, Sao Paulo o Lagos, puede ser un paso mayor para muchos, que el traslado subsiguiente hacia una "ciudad global" como París o Los Ángeles.

Resulta, por lo tanto, inadecuado analizar la migración como un fenómeno aislado; simplemente es una faceta del cambio social y del desarrollo global. Las diferentes formas de migración-emigración permanente, trabajo por contrato, profesionistas en tránsito, estudiantes y refugiados –surgen todas de estos cambios más amplios. Las categorías son interdependientes: por ejemplo, un movimiento de refugiados puede comenzar una migración permanente, o la suspensión del reclutamiento legal de trabajadores puede llevar a movimientos ilegales. Las migraciones surgen de vínculos complejos entre diferentes sociedades y ayudan a crear otros vínculos. La movilidad de las personas seguirá siendo un tema clave en las estrategias de desarrollo en el mundo menos desarrollado, al igual que un elemento de importancia en las relaciones norte-sur.

Lecturas recomendadas

Las publicaciones de la Organización Mundial del Trabajo y la Organización Internacional para la Migración, en especial la serie de los *International Migration Papers* de O.I.T., son particularmente útiles para la región árabe, la región subsahariana y América Latina. La serie de cuatro volúmenes publicada por Appleyard sobre *Emigration Dynamics in Developing Countries* (1998-1999) es invaluable, como lo son Stichter (1985), Appleyard (1988, 1991), Stahl (1988) y Stalker (1994, 2000). Para las perspectivas globales sobre la migración Harris (1995), Martin y Widgren (1996), Bernstein y Weiner (1999), Siddique (2001) y Zolberg y Benda (2001) son también obras iluminadoras.

Para la región árabe, Shami (1994) es una autoridad. Kerr y Yassin (1982) y Semyonov y Lewin-Epstein (1987) aportan información sobre las migraciones laborales respecto a los países árabes e Israel. Para el África subsahariana, Ricca (1990) y Adepojou en Siddique (2001) son los más valiosos. Mitchell (1992) ofrece un panorama excelente de la relación entre la política exterior de Estados Unidos y la migración del hemisferio occidental.

Capítulo 6

Las nuevas migraciones en la región Asia-Pacífico

MÁS de la mitad de la población mundial habita en la región del Asia-Pacífico. En los años setenta y ochenta la migración internacional proveniente de Asia se incrementó en forma dramática. (En sentido estricto, Asia incluye el medio oriente y Turquía. Sin embargo, estos países ya han sido tratados, así que esta sección se ocupa sobre todo del sur de Asia (el subcontinente hindú, el este y el sudeste.) Los destinos principales eran Norteamérica, Australia y las economías petroleras del medio oriente. Desde los años noventa, el principal crecimiento se ha dado en la migración dentro de Asia, en particular de los países menos desarrollados con grandes excedentes de mano de obra hacia los de rápido crecimiento (PIR). Los traslados internacionales con frecuencia están vinculados a la migración interna. En China, los flujos masivos desde las áreas rurales en el centro y el oeste hacia las nuevas áreas industriales del este (en especial Beijing, Shanghai, y el delta del río Perla) han generado una “población flotante” de más de 100 millones de personas. El programa de *transmigrasi* de Indonesia ha cambiado desde 1969, a casi 1.7 millones de familias desde la densamente poblada Java hacia las desahogadas islas de Sumatra, Sulawesi e Irian Jaya desde 1969 (Tirtosudarmo, 2001: 211). El desplazamiento interno es también un problema de consideración: más de cinco millones de asiáticos se han convertido en desplazados internos (PID) por los conflictos, la violencia o la violación de los derechos humanos (Deng, 2001). Otros millones más fueron desplazados por proyectos de desarrollo como grandes presas, mientras que otros huyen del cambio ambiental y los desastres naturales como los volcanes y las inundaciones. La migración interna no será tratada aquí, pero es necesario darse cuenta de que con frecuencia es un primer paso en un proceso que lleva al traslado internacional.

La inmigración está regulada de manera estricta en Asia y el golfo Pérsico. Quienes diseñan las políticas promueven la migración laboral temporal, pero prohíben la reunificación familiar y el establecimiento permanente. Están decididos a no repetir la experiencia de Europa occidental de los años setenta,

por la que los trabajadores huéspedes se convirtieron en residentes permanentes y formaron nuevas minorías étnicas (Weiner y Hanami, 1998). No obstante, las tendencias hacia la estancia a largo plazo se hacen evidentes en algunos lugares.

El desarrollo de la migración asiática

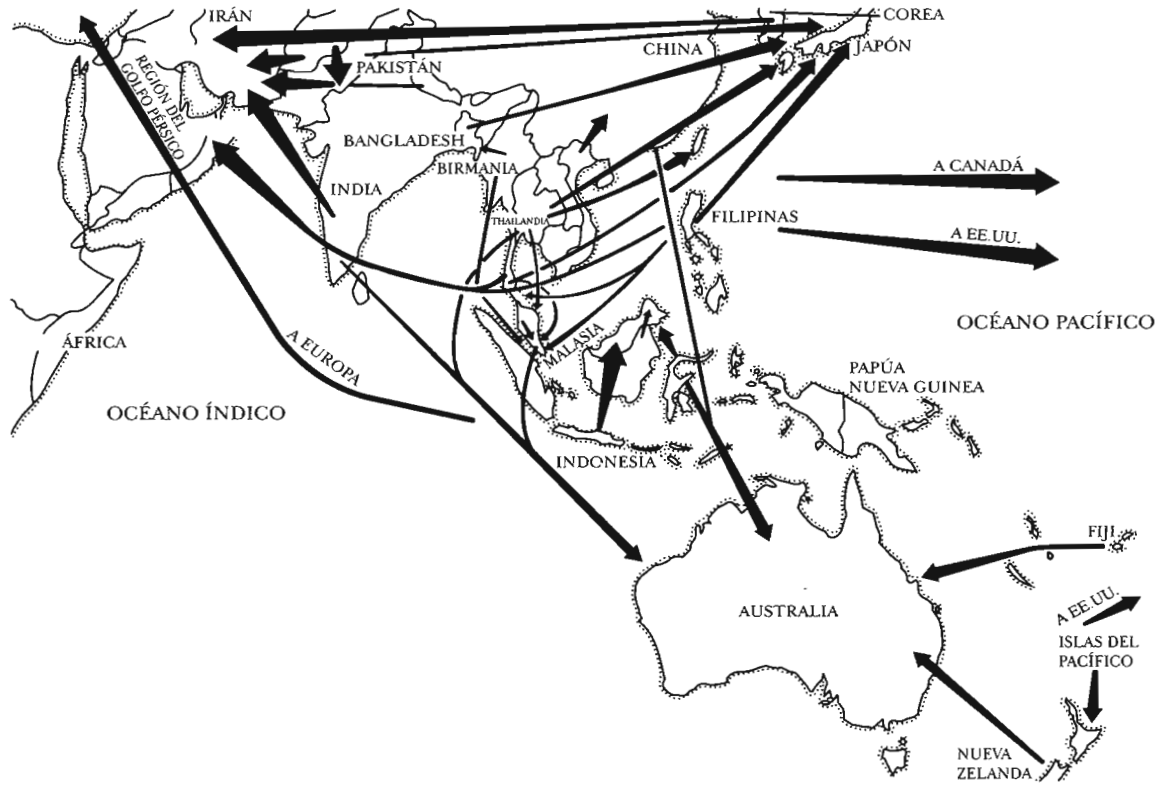
La migración asiática no es nueva: los movimientos hacia el occidente desde Asia central contribuyeron a formar la historia europea en la Edad Media, mientras que la migración china con destino al sudeste asiático se remonta siglos atrás. En el periodo colonial, millones de trabajadores se reclutaron bajo contrato (*indentured*), a veces por la fuerza (véase capítulo 2). Los colonos chinos en los países del sudeste asiático (Sinn, 1998) y los asiáticos provenientes del sur del continente que se trasladaron a África, se convirtieron en minorías comerciantes con un importante papel como intermediarios para el colonialismo. Esto con frecuencia produjo hostilidad en su contra –e incluso expulsiones masivas– después de la independencia. Sin embargo, también ayudó a generar redes étnicas que promovieron migraciones más recientes (OIM, 2000b: 69). En el siglo XIX se dio una considerable migración desde China y Japón hacia Estados Unidos, Canadá y Australia. En los tres países se aprobaron legislaciones discriminatorias para evitar esos traslados.

La migración proveniente de Asia era escasa en los primeros años del siglo XX debido a las políticas restrictivas de los países de inmigración y los poderes coloniales. Empero, continuaron los movimientos dentro de Asia, vinculados frecuentemente con las luchas políticas. Japón reclutó 40,000 trabajadores de la que entonces era su colonia, Corea, entre 1921 y 1941. Japón también utilizó en alto grado la mano de obra forzada en la Segunda Guerra Mundial. Manchuria experimentó una migración masiva desde finales del siglo XIX, al tiempo que dentro del subcontinente hindú se dieron grandes movimientos, en especial después de su independencia en 1947.

Los movimientos externos comenzaron a incrementarse a partir de los años sesenta. Las razones eran complejas (Fawcett y Cariño, 1987; Skeldon, 1992: 20-22). Las reglas discriminatorias contra los ingresos de asiáticos fueron rechazados en Canadá (1962 y 1976), Estados Unidos (1965) y Australia (1966 y 1973). El incremento en la inversión y el comercio extranjeros contribuyeron a generar las redes de comunicación necesarias para la migración. La presencia militar de Estados Unidos en Corea, Vietnam y otros países asiáticos estableció vínculos transnacionales, al igual que estimuló directamente el traslado para el personal militar estadounidense. La guerra de Vietnam fue la causa de grandes movimientos de refugiados. La apertura de Estados Unidos, Canadá y

MAPA 8
MIGRACIONES DENTRO DE LA REGIÓN ASIA-PACÍFICO

Nota: las dimensiones de las flechas dan sólo aproximaciones del tamaño del movimiento



Australia para la migración familiar significó que los movimientos primarios, cualquiera que fuera su causa, dieran lugar a ingresos posteriores de colonos permanentes. Los grandes proyectos de construcción en los países petroleros del golfo Pérsico tuvieron como consecuencia el reclutamiento masivo de trabajadores temporales por contrato. El rápido crecimiento económico en varios países asiáticos conllevó movimientos de trabajadores tanto calificados como de escasa capacitación.

La entrada masiva de Asia en la escena mundial de la migración a mediados del siglo xx, puede verse como resultado de la apertura del continente a las relaciones económicas y políticas con los países industrializados en el periodo poscolonial. La penetración occidental a través del comercio, la ayuda y la inversión generaron los medios materiales y el capital cultural necesarios para la migración. Al mismo tiempo, por la industrialización, la “revolución verde” y las guerras (con frecuencia alimentadas por los grandes poderes como parte de la Guerra Fría) se desarticulan las formas existentes de producción y las estructuras sociales forzando a la gente a dejar el campo en busca de mejores condiciones en las ciudades en expansión o en el extranjero. Más tarde, el rápido despegue industrial de algunas áreas y el continuo estancamiento o caída de las demás creó nuevas presiones para la migración.

En años recientes, los científicos sociales desarrollaron la noción de “transición migratoria”. Las sociedades atraviesan por una serie de cambios fundamentales en relación con el desarrollo económico. La “transición industrial” se refiere al cambio de la actividad económica y el empleo de la agricultura hacia la manufactura y luego hacia los servicios. La “transición demográfica” implica el descenso tanto en la mortalidad como en la fecundidad, lo que lleva a un crecimiento poblacional más lento y a poblaciones con edades más avanzadas. Al principio del proceso de industrialización es frecuente que haya un incremento en la emigración debido al crecimiento poblacional, una caída en el empleo rural y bajos niveles salariales. Este fue el caso en la Gran Bretaña de principios del siglo xix, como lo fue a finales de ese siglo en Japón, o Corea en los años setenta del siglo xx. A medida que avanza la industrialización, desciende la oferta de mano de obra y aumentan los niveles salariales en el país; como consecuencia, la emigración desciende y la inmigración de mano de obra comienza a ocupar su lugar. De ahí que los países industrializados tiendan a atravesar una etapa inicial de emigración, seguida por una etapa de flujos de entrada y salida, hasta que finalmente se convierten en países predominantemente de inmigración (Martin *et al.*, 1996: 171-172). La etapa inicial en que se presenta un aumento de la emigración, ligada con el desarrollo económico, se ha denominado también la “joroba migratoria”. Tiene implicaciones de importancia para las políticas: los intentos por reducir la migración estimulando el

desarrollo puede lograr lo opuesto en el corto plazo y funcionar sólo en el largo plazo (Martin y Taylor, 2001).

Para el año 2000, se estimaba que había unos 6.2 millones de asiáticos empleados fuera de sus países pero dentro de la región asiática, y otros cinco en el medio oriente. La emigración en busca de empleo desde la región aumentó en cerca de 6 por ciento anual de 1995 a 1999, a pesar de la crisis financiera de 1997-1999 en Asia (Abella, 2002). Además existen millones de refugiados y familiares. Todos los países experimentan tanto emigración como inmigración, pero es posible diferenciar entre los que son predominantemente importadores de mano de obra: Japón, Singapur, Taiwán y Brunei; de los que importan algunos tipos de fuerza de trabajo pero exportan otros: Hong Kong, Tailandia, Malasia, y los que son predominantemente exportadores: China, Filipinas, India, Bangladesh, Pakistán, Sri Lanka, Indonesia. (Los nombres oficiales para algunos países son diferentes de los que se utilizan por costumbre. Usamos Taiwán para el país al que la ONU conoce como Taipei chino, y Hong Kong para lo que, desde 1997, se ha convertido en la Región Administrativa Especial de Hong Kong –Hong Kong Special Administrative Region, SAR– de China. La República de Corea –Corea del Sur– es llamada Corea, a menos que haya riesgo de confundirla con Corea del Norte. Utilizamos Burma, en vez de Myanmar).

En este capítulo se examinarán los principales sistemas asiáticos de migración: traslado hacia países occidentales, mano de obra por contrato hacia el medio oriente, migración dentro de Asia, movimiento de trabajadores altamente calificados, movilidad estudiantil, movimientos de refugiados. La mayoría de éstos incluye una migración irregular sustancial. Ésta a menudo adopta la forma de portadores de visa de turista que permanecen más allá de lo estipulado por sus permisos, pero también hay mucho contrabando de trabajadores indocumentados. La cantidad de migrantes irregulares en Japón, Corea, Taiwán, Malasia y Tailandia, en conjunto, se estimó en 845,000 para 1997 (Scalabrini Migration Center, 2001), aunque esta cifra debe verse como muy aproximada.

Migración asiática hacia Europa occidental, Norteamérica y Australasia

Tres países europeos experimentaron grandes migraciones asiáticas vinculadas con la descolonización: Holanda, proveniente de las antiguas Indias Orientales holandesas (Indonesia); Francia, de Vietnam; y Gran Bretaña del subcontinente hindú y Hong Kong, también hubo algunos movimientos menores, como los procedentes de Goa, Macau y Timor Oriental hacia Portugal. Estos habían descendido en forma considerable para finales de los años setenta. En los ochenta, la Unión Soviética y la República Democrática Alemana reclutaron trabajadores

vietnamitas. Aunque a menudo se les denominaba aprendices, estos migrantes compartían muchas de las características de los trabajadores bajo contrato.

Desde la década de los noventa se ha dado un incremento en la migración laboral de Asia a Europa, en ella se incluye el reclutamiento de personal médico y relacionado con el manejo de tecnologías de la información. Las trabajadoras domésticas de Filipinas y China se han trasladado en cantidades crecientes hacia Italia. Los flujos irregulares de trabajadores manuales hacia Gran Bretaña y otros destinos van en aumento. Una tendencia reciente es el incremento de la migración del este de Asia con rumbo a Europa: en 1999, China se hallaba entre los 10 primeros lugares de origen de los traslados a Hungría, Italia y Finlandia, mientras que Japón estaba entre los 10 primeros para Francia y Holanda (OCDE, 2001: gráfica 1.4).

El traslado de mayor tamaño fue el que se dirigió a Estados Unidos después del Acta de Inmigración de 1965; la cifra de migrantes provenientes de Asia se incrementó de 17,000 en 1965 a un promedio de más de 250,000 por año en la década de los ochenta (Arnold *et al.*, 1987), y más de 350,000 por año a principios de los noventa (OCDE, 1995: 236). La mayor parte de los asiáticos llegó a través de las cláusulas de reunificación familiar del Acta de 1965, aunque los movimientos de refugiados o de trabajadores calificados eran a menudo el primer eslabón de la cadena migratoria. Desde 1992, Asia ha sido el lugar de origen de cerca de un tercio de todos los inmigrantes, y para marzo del año 2000 había más de siete millones de residentes de origen asiático. En 1999, China era el segundo lugar de origen por cifra de inmigrantes, con 37,000 (después de México, con 132,000). La India, Filipinas, Vietnam y Corea se encontraban también entre los 10 principales países de origen (OCDE, 2001: gráfica 1.4).

La inmigración asiática hacia Australia se desarrolló después del rechazo de la política de Australia blanca a finales de los años sesenta, con un impulso adicional por parte del traslado de refugiados indochinos de finales de los setenta. A principios de los años noventa, cerca de la mitad de los nuevos inmigrantes provenía de Asia. Entre los 10 principales países de origen en 1999 estaban China (tercero después de Nueva Zelanda y el Reino Unido), la India, Vietnam, Filipinas y Taiwán (OCDE, 2001: gráfica 1.4). Los cálculos oficiales para 1999 colocan a la población nacida en Asia en más de un millón de personas, casi un cuarto de la población inmigrante y cerca del 5 por ciento de la población total (OCDE, 2001: tabla B 1.4).

En Canadá, el Acta de Inmigración de 1976, que incluía criterios de selección no discriminatorios y su énfasis en el ingreso familiar y de refugiados, fue la que abrió la puerta a la migración asiática. El censo de 1981 mostraba la presencia de 674,000 personas de origen étnico asiático (Kubat, 1987: 238). Des-

de 1993, más de la mitad de todos los inmigrantes han salido de Asia. Entre 1995 y 1998, los seis países de origen de mayor importancia fueron China, Taiwán, Hong Kong, la India, Paquistán y Filipinas. En el censo de 1996, los cerca de 1'600,000 residentes de origen asiático conformaban casi un tercio de toda la población inmigrante (OCDE, 2001: 66).

Nueva Zelanda es un país tradicional de inmigración que desarrolló su población a partir de la inmigración de Gran Bretaña, con políticas de ingreso racialmente selectivas para dejar fuera a los no europeos. No obstante, desde la década de los cincuenta, los vínculos económicos y políticos con las islas cercanas en el Pacífico, como Tonga y las Islas Cook, han dado lugar a nuevos flujos de entrada (Trlin, 1987). Desde 1991, las políticas estimularon la inmigración de gente con habilidades profesionales y con capital para realizar inversiones. La mayoría provenía de Hong Kong, Taiwán, Corea y Japón (Lidgard, 1996: 6). En 1995, 22,000 de un total de 56,000 personas que ingresaron de manera permanente provenían de Asia. Para 1999, los ingresos asiáticos habían disminuido a 11,000 de un total de 29,000 (IOM, 2000b: 279). La composición étnica de Nueva Zelanda se ha tornado más compleja: el pueblo maorí ha crecido para constituir más del 10 por ciento de la población total; los originarios de las islas del Pacífico conforman cerca del 5 por ciento y los asiáticos alrededor del 3 por ciento (Pool y Bedford, 1996). Esto ha llevado a debates acalorados y campañas electorales que se concentran en la política de inmigración (IOM, 2000b: 282-283).

Los movimientos de Asia a los países clásicos de inmigración de América del norte y Oceanía tienen ciertas características en común. Se han desarrollado grandes movimientos de forma inesperada, basados en especial en las cláusulas de reunificación familiar. Se han diversificado los países de origen. Los vietnamitas y otros refugiados indochinos constituían un flujo de ingreso dominante en los años setenta y ochenta: Hong Kong se convirtió en una fuente de importancia en los años previos a su incorporación a China en 1997. Los traslados desde estos países continúan y a ello se han sumado los flujos que provienen de Filipinas, India, Japón y Corea. La tendencia más importante es el crecimiento de la migración proveniente de China. En los últimos años, todos estos países han cambiado las reglas de inmigración para estimular el ingreso de migrantes calificados y empresarios. Ha surgido un mercado global de fuerza de trabajo para personal altamente calificado, con Asia como principal punto de origen.

Migración hacia el medio oriente por contratos laborales

Las migraciones a gran escala desde Asia con destino al medio oriente se incrementaron en forma rápida tras el aumento en los precios del petróleo en 1973.

Al principio se importó mano de obra de la India y Paquistán, luego de Filipinas, Indonesia, Tailandia y Corea y más tarde de Bangladesh y Sri Lanka. Para 1985 había 3'200,000 trabajadores asiáticos en los estados del golfo Pérsico, de los cuales más de dos millones estaban en Arabia Saudita. La invasión iraquí de Kuwait y la guerra del golfo Pérsico en 1990-1991 implicó el retorno forzado de unos 450,000 asiáticos a sus países de origen. Después de la guerra, el reclutamiento se incrementó otra vez, en parte debido a las necesidades de la reconstrucción, pero también gracias al reemplazo de los palestinos en Kuwait y de los trabajadores originarios de Yemen en Arabia Saudita, pues se les consideraba "no confiables políticamente" (Abella, 1995; véase también el capítulo 6). Israel empezó a reclutar grandes cantidades de tailandeses y filipinos para la agricultura, la construcción y el trabajo doméstico, después de que las medidas de seguridad evitaron la entrada de palestinos del banco occidental y de Gaza.

Los mayores flujos de ingreso de trabajadores migrantes siguen siendo del sur de Asia a los seis países del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG). A finales de los años noventa, cerca de un millón de trabajadores por contrato salía cada año de Asia. En 1997, el flujo total de salida de mano de obra fue de 416,000 de la India (93 por ciento hacia el medio oriente), 231,000 de Bangladesh (cerca del 75 por ciento hacia el medio oriente), 154,000 de Paquistán (96 por ciento al medio oriente) y 150,000 de Sri Lanka (85 por ciento hacia el medio oriente) (OIM, 2000b: 110). Los contingentes nacionales relativamente pequeños de mano de obra de los estados de la CCG, trabajan sobre todo en el sector público, dejando grandes huecos en el privado. El resultado es una dependencia extrema respecto al trabajo extranjero. Arabia Saudita, con una población de 20 millones, tuvo una aportación al trabajo extranjero del 28 por ciento. Los estados más pequeños del CCG tenían proporciones aun más grandes: Kuwait 65 por ciento, Bahrain 37 por ciento, Fatar 77 por ciento, Emiratos Árabes Unidos (EAU) 73 por ciento y Omán 27 por ciento (OIM, 2000b: 108).

En los años setenta, la mayor parte de los migrantes estaba constituida por varones, empleados en varios proyectos de construcción financiados por petrodólares. Los gobiernos de los países de origen como la India, Paquistán y Filipinas, negociaban activamente su fuerza de trabajo en el extranjero y hacían acuerdos para aportar mano de obra a los países del golfo Pérsico. A las compañías coreanas de construcción se les estimulaba a realizar contratos en el medio oriente, lo que incluía aportar la fuerza de trabajo. Los países de origen de la mano de obra en Asia también permitían que agencias privadas organizaran el reclutamiento (Abella, 1995).

La caída temporal en el sector de la construcción después de 1985 estimuló el uso de trabajadores contratados de formas diversas, en particular el traslado hacia el sector de servicios como la hotelería y los personales. Hubo un au-

mento de la demanda de servidumbre doméstica, lo que llevó a la feminización de los flujos de mano de obra contratada. La mayoría de las trabajadoras provenía de Filipinas, Indonesia, Tailandia, Corea o Sri Lanka; Paquistán y Bangladesh no enviaron (Skeldon, 1992: 40-41). Muchos filipinos y coreanos eran trabajadores calificados que se desempeñaban como choferes, carpinteros, mecánicos o contratistas de obra. Otros eran profesionales o paraprofesionales (ingenieros, enfermeros y practicantes médicos). Los migrantes laborales no formaban parte de los pobres urbanos o rurales, sino que eran personas con formación escolarizada cuya partida podría tener efectos negativos en la economía (Skeldon, 1992: 38). A medida que se diversificaron los flujos, creció también en forma notable la migración indocumentada. La UEA expulsó a más de 160,000 trabajadores no autorizados en tres meses de 1996 y Arabia Saudita reportó haber expulsado de 350,000 a 450,000 anualmente. En el último caso, los intentos gubernamentales recientes por estimular a los nacionales a ocupar puestos en el sector privado han llevado a un incremento de las deportaciones (OIM, 2000b: 107-115).

Los asiáticos en los países árabes encuentran condiciones difíciles, tanto por la falta de derechos de los trabajadores como por las grandes diferencias en los valores culturales, en especial lo referente a la posición de las mujeres. La migración se da dentro de rígidos marcos de contratos laborales: los trabajadores no están autorizados a establecerse o a llevar consigo a sus dependientes; además, con frecuencia se les segrega en barracas. Pueden ser deportados por mala conducta y a menudo deben laborar largas jornadas. Las trabajadoras domésticas a menudo se les explota y abusa sexualmente. El gran atractivo son los sueldos; los trabajadores no calificados de Sri Lanka devengan ocho veces más en el medio oriente de lo que ganarían en su tierra de origen, mientras que los procedentes de Bangladesh ganan 13 veces más que en su terruño (OIM, 2000b: 119). Muchos migrantes son explotados por agentes e intermediarios, que obtienen grandes comisiones (más del 25 por ciento de la paga). Los agentes en ocasiones incumplen sus promesas de proporcionar trabajo y transporte; además, los salarios y las condiciones de trabajo a menudo son considerablemente inferiores a las ofrecidas originalmente.

Migración laboral dentro de Asia

Desde mediados de los años ochenta, el crecimiento económico acelerado y el descenso en la fecundidad han dado como resultado una demanda considerable de mano de obra migrante en las nuevas economías industriales del este y el sur de Asia. La migración laboral dentro de Asia creció de manera exponencial en la primera mitad de los años noventa. Hubo cierta migración de retorno

durante la crisis financiera asiática de 1997-1999, pero posteriormente se reanudó la migración de fuerza de trabajo. En todas las economías de los “tigres asiáticos”, los trabajadores migrantes están haciendo los trabajos de las tres “D” (*dirty, dangerous, difficult* –sucios, peligrosos y difíciles, o simplemente de escasa calificación y baja paga) que los nacionales cada vez con mayor frecuencia se dan el lujo de rechazar. Es imposible tratar en detalle la compleja experiencia de la migración de cada país asiático. En cambio, discutimos algunas tendencias generales, examinamos en forma breve una cantidad de países de inmigración y presentamos unos cuantos estudios de caso con mayor detalle.

Un desarrollo clave reciente es la feminización de la migración. A medida que crece la demanda de trabajadores en el sector de servicios, las mujeres han dominado ciertos flujos. Dos tercios de los migrantes de Indonesia entre 1984 y 1994 eran mujeres (Amjad, 1996: 346-349). La proporción femenina de origen filipino entre los trabajadores migrantes que por primera vez llegan al mercado de trabajo aumentó de 50 por ciento en 1992 a 61 por ciento en 1998. Los traslados dentro de Asia estaban dominados en particular por mujeres, mientras que los hombres conformaban todavía la mayor parte de los flujos hacia Arabia Saudita (Go, 2002: 66). La mayor parte de las mujeres migrantes se concentraba en trabajos considerados “típicamente femeninos”: trabajadoras domésticas, del entretenimiento (a menudo un eufemismo para decir prostitutas), personal de restaurantes, hoteles y líneas de ensamblaje de las industrias textil y electrónica. Trabajos que ofrecen bajos estatus, condiciones y salarios; asociados además con estereotipos patriarcales de docilidad femenina, obediencia y voluntad para dar servicios personales. La migración femenina tiene efectos considerables en la dinámica familiar y comunitaria. Las mujeres casadas tienen que dejar a sus hijos bajo el cuidado de otros y las largas ausencias afectan las relaciones y los roles de género.

El incremento en el servicio doméstico refleja crecimiento de hogares con dobles carreras profesionales en los nuevos países industriales asiáticos. Singapur es un buen ejemplo. Debido a las atractivas oportunidades de empleo para las mujeres de Singapur, es muy alta la tasa de empleadas domésticas extranjeras: en 1993, el 15 por ciento de los hogares tenía un sirviente que habitaba con sus patrones; se calcula que existían unas 81,000 trabajadoras domésticas extranjeras, 50,000 de las cuales provenían de Filipinas, 17,000 de Sri Lanka y 10,000 de Indonesia. Las comisiones por el reclutamiento (sobre todo a través de agencias especializadas) se deducían del sueldo de la servidumbre y podían llegar a \$2 mil dólares (Wong, 1996). El servicio doméstico lleva al aislamiento y a la vulnerabilidad de las jóvenes migrantes, las que con frecuencia tienen poca protección frente a las exigencias de sus patrones (Lim y Oishi, 1996).

Otra forma de migración femenina se desarrolló en Asia, hacia Europa y Australia, en los años ochenta: fue la de las llamadas “novias por correo” (Cahill, 1990). En los años noventa, se reclutaban novias extranjeras por los campesinos en las áreas rurales de Japón y Taiwán debido al éxodo de las mujeres locales hacia espacios urbanos más atractivos. Ésta era una de las pocas formas de inmigración permanente permitidas en Asia. Las jóvenes involucradas, provenientes de Filipinas, Vietnam y Tailandia podían experimentar un severo aislamiento social (OIM, 2000b: 65).

Una característica más de la migración laboral en Asia es el importante papel que juega la “industria de la migración”. La mayor parte del reclutamiento de trabajadores migrantes, tanto al golfo Pérsico como dentro de Asia se organiza por agentes de migración y por intermediarios laborales. Los gobiernos y los patrones en los países de recepción encuentran que es más fácil apoyarse en dichos intermediarios que organizar los movimientos por sí mismos. Las autoridades de los países de origen se han visto sin el poder suficiente para controlar las actividades de esa industria. Martin (1996: 201) calcula que es típico que los migrantes paguen comisiones equivalentes al 20 o 30 por ciento de sus ganancias del primer año. Para toda Asia, la industria de la intermediación de mano de obra podría alcanzar los 2.2 miles de millones de dólares por año.

Mientras que algunos agentes tienen actividades legítimas, otros engañan y explotan a los trabajadores. Por ejemplo, algunos tailandeses atraen a las jóvenes de las zonas rurales para que vayan a Japón, supuestamente para trabajar en restaurantes o fábricas y luego las entregan a los mafiosos *Yakuza*, quienes las mantienen en condiciones de semiesclavitud como prostitutas (Okunishi, 1996: 229-230). La prisión, la deportación e incluso la muerte son algunos de los riesgos que enfrentan los inmigrantes ilegales, mientras que los cabecillas de las bandas de contrabandistas de personas rara vez son aprehendidos. En la Navidad de 1996 se ahogaron 280 hindúes, paquistaníes y migrantes procedentes de Sri Lanka en el mar entre Malta y Sicilia. Fueron víctimas de una red internacional de contrabandistas de migrantes con tentáculos hacia el sur de Asia, medio oriente y sur de Europa. Los migrantes habían pagado hasta 9,000 dólares por el viaje fatal hacia la soñada prosperidad en Europa (Ferguson, 1997: 29). Aun cuando llegan seguros a Norteamérica o a Europa, muchos migrantes ilegales quedan sujetos por una “cadena de deudas” que los hace trabajar durante años para pagar las comisiones de los contrabandistas. Los trabajadores chinos que se trasladan ilegalmente desde la provincia de Fujian por las bandas de las “cabezas de serpiente” pagan hasta 30,000 dólares. Se cree que entre 100,000 y 200,000 migrantes sin autorización salen de China cada año con la ayuda de las mafias de contrabandistas (OIM, 2000b: 68-70).

Asia oriental

El milagro económico del oriente asiático ha implicado una fuerte demanda de mano de obra, pero los gobiernos han rechazado el reclutamiento de trabajadores extranjeros por miedo a llevar el cambio cultural y social a naciones que se consideran homogéneas y monoculturales. La combinación de la baja en la fecundidad, el envejecimiento de la población y el crecimiento de la migración indocumentada ha tenido como consecuencia serias contradicciones, que son más evidentes en Japón, pero que surgen también en Corea, Hong Kong y Taiwán.

Corea exportó mano de obra hacia el golfo Pérsico en los años setenta y ochenta, pero en la actualidad ya pasó la transición migratoria: para 1995, el PIB per cápita era de 10,000 dólares y las salidas en busca de empleo habían descendido en forma notable. En el año 2000, había 312,000 extranjeros en Corea. Su origen principal era China –100 mil en el 2000, de los cuales 57,000 eran de origen étnico coreano con nacionalidad china. Otros sitios de origen importante son Filipinas, Bangladesh, Tailandia y Mongolia. La política oficial es similar a la de Japón. Los trabajadores no calificados se encuentran con limitaciones para su ingreso y muchos trabajadores extranjeros (105,000 en el 2000) son clasificados como “aprendices”, pero de hecho son empleados largas jornadas. La mayoría (189,000 en el año 2000) son trabajadores indocumentados a quienes se les pagan bajos salarios y carecen de los derechos laborales básicos (Seol y Skrentny, 2003).

Hong Kong se ha transformado, de ser una economía industrial con mano de obra intensiva, en una economía posindustrial basada en el comercio, los servicios y la inversión, lo que ha llevado a déficits de trabajadores calificados y no calificados. Trabajadores expatriados altamente calificados provenientes de Norteamérica, Europa occidental y la India son reclutados para empleos con altos salarios en las finanzas, la administración y la educación. Trabajadores no calificados provenientes de China han entrado en grandes cantidades de manera ilegal. Muchas trabajadoras domésticas son reclutadas en Filipinas y otros lugares. En 1997, la situación se complicó por los temores respecto a los efectos de la reunificación con China. Muchos trabajadores altamente calificados emigraron a Estados Unidos, Canadá y Australia en busca de un sitio seguro (Skeldon, 1994). Algunos permanecieron en el país receptor apenas lo necesario para obtener el estatus de residente permanente o la ciudadanía y luego regresaron a Hong Kong para trabajar, trasladándose con frecuencia de un lugar y otro. A este grupo a veces se le conoce como “astronautas”, mientras que a los hijos que dejan en Canadá o Australia se les denomina “hijos de paracaídas” (Pe-Pua *et al.*, 1996). Mientras tanto, la situación política se ha estabilizado y

RECUADRO II
LOS DILEMAS DE UN PAÍS DE INMIGRACIÓN
EN EL ORIENTE ASIÁTICO: JAPÓN

Japón ha experimentado serios déficit de mano de obra desde mediados de la década de los ochenta. Primero admitió mujeres, sobre todo de Filipinas y Tailandia, para trabajar como bailarinas, meseras y recepcionistas. Luego las siguieron los hombres de esos países así como de Paquistán y Bangladesh, que trabajaban –por lo general ilegalmente– como obreros y albañiles. La población extranjera de Japón se incrementó de 817,000 en 1983 a 1.6 millones en 1999. Cerca del 41 por ciento es residente permanente (OCDE, 2001: 198), la mayoría coreanos reclutados como trabajadores antes y durante la Segunda Guerra Mundial. Otros grupos extranjeros han crecido también en forma rápida: los chinos de 75,000 en 1985 a 294,000 en 1999; los brasileños (ante todo *Nikkeijin*, descendientes de emigrados japoneses del pasado) de 2,000 a 224,000 y los filipinos de 12,000 a 116,000.

El gobierno japonés se opone enérgicamente a la inmigración debido a su preocupación por preservar la homogeneidad étnica. En 1989, las revisiones al Acta de Control de la Inmigración incluyeron severos castigos para los trabajadores extranjeros ilegales, los intermediarios y los patronos. No obstante, el reclutamiento de extranjeros poco calificados con origen étnico japonés sí estaba permitido, lo que generó un cierto alboroto por reclutar *Nikkeijin* de Brasil y Perú. Otras “entradas laterales” a Japón incluyen el reclutamiento de “aprendices” de países desarrollados, o el empleo de extranjeros registrados como estudiantes de las escuelas de idioma japonesas, a quienes se les permite trabajar 20 horas por semana. Con frecuencia los aprendices son utilizados como mano de obra barata (Oishi, 1995: 369). La “puerta trasera” de la migración laboral irregular parece ser tolerada por las autoridades japonesas, quienes probablemente cuentan con la capacidad institucional para eliminarla si quisieran. Los cálculos oficiales sitúan la cantidad de inmigrantes irregulares en Japón para 1999 en 252,000 –un decremento del nivel alcanzado en 1995 de 285,000 (OCDE, 1997; 2001: 198).

Los inmigrantes conforman sólo el 1.2 por ciento de la población japonesa de 126 millones. No obstante, las bajas tasas de natalidad y el envejecimiento de la población hacen probable que la inmigración crezca en el futuro, a pesar del actual estancamiento económico. Los jóvenes japoneses con niveles educativos altos no desean ocupar puestos en las fábricas. La política industrial del gobierno estimula la inversión en nueva tecnología para aumentar la productividad laboral, en tanto que muchas compañías trasladan sus operaciones de mano de obra intensiva hacia países de salarios bajos. Pero estas aproximaciones tienen límites: es difícil aumentar la productividad, cambiar de lugar los servicios o los trabajos de construcción y muchos empleos en las fábricas, como los que tienen que ver con los componentes de la industria automotriz, son parte de una compleja cadena de insumos que geográficamente no puede dividirse con facilidad. Un tema recurrente es la necesidad de que trabajadores que cuidan a los ancianos se hagan cargo de una población cada vez más añosa.

RECUADRO 11 (continuación)

La pregunta clave es si se estará dando el establecimiento. Una investigación reciente muestra que los trabajadores inmigrantes se concentraban notablemente en ciertos sectores u ocupaciones, con lo que se ocasionaba una dependencia estructural (Mori, 1997: 155). Esto podría estimular la presión de los empresarios para regularizar a los trabajadores indocumentados. Diferentes patrones de empleo se vinculan con diversas condiciones legales: trabajadores regulares (en especial *Nikkeijin*) encuentran empleo en las grandes empresas, mientras que los irregulares se ubican sobre todo en empresas pequeñas o en los empleos del sector informal. Un estudio de los recién llegados a los distritos de Shinjuku e Ikebukuro en Tokio encontró que existe cierto establecimiento a largo plazo, al igual que algunos matrimonios mixtos con japoneses (Okuda, 2000). Un estudio de los *Nikkeijin* en Toyota City detectó altos grados de concentración en ciertos conjuntos de apartamentos y que era frecuente el aislamiento con respecto a la población japonesa. Era habitual que surgieran conflictos en torno a temas cotidianos como el manejo de los desechos, el ruido y las infracciones al reglamento de tránsito (Tsuzuki, 2000). Komai (1995) encontró tendencias a matrimonios internacionales, formación de familias, concentración residencial y construcción de comunidades étnicas. Empezaron a surgir lugares de oración, negocios, asociaciones y medios de corte étnico.

Otra tendencia significativa es la situación gradualmente mejor –aunque todavía débil– de los inmigrantes con respecto a los derechos civiles políticos y sociales (Kondo, 2001). Los residentes de larga data, ante todo de origen coreano, siguen siendo extranjeros, incluso hasta la tercera o cuarta generación, por leyes de naturalización bastante restrictivas (Esman, 1994). Empero, los cambios legales de 1992 llevaron a un aumento gradual en las naturalizaciones: de 6,794 en 1990 a 16,120 en 1999 (de los cuales 10,059 eran coreanos) (OCDE, 2001: 337). Mori (1997: 189-206) encontró que las autoridades públicas abarcaban en forma gradual a los residentes extranjeros –incluso trabajadores irregulares– en los servicios de salud, educación y beneficencia. Se han iniciado programas de integración social, incluyen centros de servicio para el empleo de trabajadores extranjeros y educación para los hijos de extranjeros en términos de igualdad con los japoneses nativos (OCDE, 1998b: 131). Se han establecido muchas asociaciones voluntarias para mejorar los derechos de los inmigrantes.

continúan subiendo los ingresos por motivos laborales; los residentes extranjeros se calculaban en 509,000 en 1998 (OIM, 2000b: 63).

En 1992 Taiwán aprobó una política de mano de obra extranjera, que permitía el reclutamiento de trabajadores migrantes para ocupaciones donde hubiera déficits severos. La duración del empleo estaba limitada a dos años. En el 2000 había 380,000 trabajadores extranjeros legales y una cantidad desconocida de ilegales. Los trabajadores provenían sobre todo de Tailandia, Filipinas, Malasia e Indonesia. La mayor parte del reclutamiento la realizan intermedia-

rios de fuerza de trabajo, quienes cobran comisión a los trabajadores. Muchos se quedan ilegalmente después de dos años o cambian de empleo para acceder a mejores salarios y escapar al pago de comisiones a los intermediarios (Lee y Wang, 1996).

Asia sudoriental

El sureste de Asia se caracteriza por una enorme diversidad étnica, cultural y religiosa, al igual que por considerables disparidades en el desarrollo económico. Los gobiernos de los países de inmigración se preocupan por mantener complejos equilibrios étnicos y combatir las posibles amenazas a la seguridad.

Singapur depende en gran parte de los trabajadores migrantes provenientes de Malasia, Tailandia, Indonesia, Filipinas, Sri Lanka, la India y China. En el año 2000 había unos 590,000 –el 28 por ciento de la fuerza de trabajo. El empleo de extranjeros se multiplicó al triple entre 1993 y 2000, con la crisis asiática de 1997-1999 como responsable de una muy breve disminución (Abella, 2002). Los varones extranjeros trabajan en la construcción, los astilleros, el transporte y los servicios; las mujeres ante todo en los servicios domésticos y de otro tipo. El gobierno impone una cuota por trabajadores extranjeros para promover que los empresarios inviertan en nueva tecnología en vez de contratar a migrantes. No obstante, esto ha llevado a que se depriman los salarios de los migrantes en vez de que se reduzca el empleo de extranjeros. A los trabajadores no capacitados se les impide establecerse o llevar a su familia. Los migrantes por lo general trabajan largas jornadas, seis días a la semana y viven en barracas. Empero, el gobierno favorece la entrada de trabajadores capacitados y profesionales; les da un estatus privilegiado. Hubo unos 55 mil de ellos en 1997, cerca del 12 por ciento de la fuerza de trabajo extranjera (IOM, 2000b: 82). Estos migrantes –en especial los de etnicidad china– son estimulados a establecerse permanentemente.

Tailandia se convirtió en un importante exportador de trabajadores hacia el golfo Pérsico en los años ochenta. El rápido crecimiento económico en la década de los noventa disparó una transición migratoria, aunque los trabajadores tailandeses aún buscan trabajo en el extranjero. El tráfico de mujeres tailandesas para prostituirlas sigue siendo un problema importante. Los empleos en la construcción, la agricultura y la manufactura han atraído a grandes cantidades de trabajadores de Burma, Laos, Bangladesh y la India. Como en otros lugares, la crisis asiática originó intentos por expulsar a los trabajadores extranjeros, y unos 300,000 han sido repatriados (IOM, 2000b: 92). No obstante, pronto se reanudó el crecimiento: en el año 2000 se calcula que había unos 665,000. La vi-

RECUADRO 12
LOS DILEMAS EN LOS PAÍSES ASIÁTICOS
DE INMIGRACIÓN: MALASIA

En la actualidad Malasia tiene el mayor porcentaje de extranjeros en su población, comparada con los demás países de inmigración en Asia –al menos el 5 por ciento. La proporción en la población económicamente activa con empleo tal vez sea del doble de esa cifra. Malasia experimenta tanto emigración como inmigración. Los malasios con baja capacidad trabajan en Singapur, mientras que los miembros de las clases medias con ascendencia étnica china e hindú migran hacia Australia y Norteamérica. Pero los flujos de entrada exceden con mucho las cifras de salida: en el año 2000 había registrados 850,000 trabajadores extranjeros en Malasia (Abella, 2002). Casi dos tercios provenían de Indonesia, cifras menores de Bangladesh, Filipinas y Tailandia (IOM, 2000b: 85). El cálculo oficial de 1997 es que existía cuando menos un millón de trabajadores indocumentados. Uno más reciente es de 200,000 en el año 2000 (Abella, 2002). Es difícil saber si estas cantidades en realidad han descendido o si sólo es un caso de estadísticas poco confiables. Los estados de Sabah y Sarawak en el este de Malasia dependen aún más que la Malasia peninsular de los trabajadores extranjeros, con 700,000 migrantes en el 2000 –ante todo indonesios y filipinos. Durante siglos estas islas han sido parte de una zona geográfica de libre circulación entre pueblos, vinculados por relaciones de etnicidad y comercio. Los inmigrantes desempeñan un papel de importancia en las plantaciones y la economía informal (IOM, 2000b: 87).

Malasia es un país multiétnico de ingresos medios. Su complejo equilibrio es resultado de la importación de mano de obra colonial para las minas de estaño y para las plantaciones de caucho. En la actualidad la población ciudadana está compuesta de 61.9 por ciento de malayos, 29.5 por ciento de chinos y 8.6 por ciento de hindúes (*Far Eastern Economic Review*, 2000: 161). Una administración económica exitosa ha tenido como resultado el crecimiento económico y la industrialización rápidos desde los años ochenta, lo que ha convertido a Malasia en una “economía de segunda oleada entre los tigres asiáticos”, con serios déficit de mano de obra, sobre todo en el sector de la plantación. Malasia realizó la “transición migratoria” de ser exportador a importador de mano de obra a mediados de los años ochenta, relativamente temprano en su proceso de desarrollo. Lim atribuye este fenómeno a dos factores especiales: la población multiétnica que facilitó una rápida reactivación de las redes migratorias históricas; y la economía abierta orientada a la exportación, con altas tasas de inversión extranjera (Lim, 1996).

Las políticas gubernamentales consisten en una mezcla de intentos por regular la mano de obra extranjera, campañas de legalización y medidas de control fronterizo –como el plan de construir en 1996 un muro de 500 kilómetros junto a la frontera norte con Tailandia. En 1998, en respuesta a la crisis asiática, el gobierno anunció planes para reducir la fuerza de trabajo extranjera hasta un millón de trabajadores, a través de la deportación de indocumentados y la no renovación de contratos de los trabajadores legales (Pillai, 1999).

Sin embargo, pronto quedó claro que era imposible controlar la larga línea costera y que los trabajadores indocumentados dentro del país eran difíciles de identificar. Las magras condiciones en Indonesia llevaron a que las presiones migratorias se incrementaran, mientras que los patrones malayos buscaban retener a los trabajadores en los empleos industriales y de plantación, que carecían de atractivo para los trabajadores locales. Los cálculos sitúan las repatriaciones de 1998 en alrededor de 200,000.

La incapacidad de reducir la fuerza de trabajo extranjera de manera significativa durante la crisis, demostró la dependencia estructural de la economía malasia respecto a la importación de mano de obra. ¿Implica esto que se está dando un establecimiento a largo plazo? La investigación hecha por Kassim (1998) en establecimientos irregulares en los alrededores de Kuala Lumpur documentó procesos de formación comunitaria. Además, la migración familiar es común en Sabah, mientras que en Malasia peninsular son cada vez más las mujeres indonesias y filipinas que ingresan en los servicios como el trabajo doméstico y los hoteles (Pillai, 1999: 181-182). El incremento en la migración femenina lleva a la formación de familias y a una estancia de largo plazo. Sin embargo en agosto del año 2002, el gobierno aprobó una ley para disminuir el número de migrantes ilegales, por medio de severas sanciones que incluían multas gravosas, azotes y hasta cinco años en prisión. Decenas de miles de indonesios y filipinos huyeron, mientras sus países de origen enviaban veleros para evacuarlos. Los grupos de derechos humanos señalaron que los deportados incluían solicitantes de asilo como los rohingyas de Burma y achehneses de Indonesia, que hacen frente en su país de origen a la persecución (BBC, 2002).

Pillai consigna una politización de la migración. Hasta 1995 no era un tema público de importancia, pero desde entonces se ha convertido en una cuestión clave, con debates y declaraciones frecuentes en los medios por parte de los políticos (Pillai, 1999: 182-186). Este desarrollo está vinculado con la toma de conciencia de que la migración no es un fenómeno temporal, además, puede tener consecuencias sociales y culturales impredecibles. Para 1999, el gobierno se encontraba bajo la presión de la Asociación de Productores Agrícolas malayos, la industria de la construcción y algunos gobiernos estatales para que dejara entrar más trabajadores. La Federación de Sindicatos Malayos se opuso al reclutamiento de mano de obra, por sus efectos en los puestos de trabajo y los salarios para los trabajadores locales; mientras que las agrupaciones políticas chinas temían que la inmigración Indonesia alterara el equilibrio étnico dejándolos en desventaja. El partido del gobierno, el UMNO, y el principal partido de oposición islámico el PAS, apoyaron el ingreso de indonesios como un apoyo potencial a los intereses malayos e islámicos. Hubo polémicas frecuentes contra los inmigrantes ilegales como amenazas al orden y la salud pública. Pero un número creciente de organizaciones no gubernamentales (ONG) los apoyan. El juicio de Irene Fernández, líder de la organización de los derechos de las mujeres, *Tenganita*, por denunciar las malas condiciones en los centros de atención de migrantes se convirtió en un tema público sobresaliente (Jones, 2000).

gilancia es escasa y sólo 103,000 eran residentes legales (Abella, 2002). Es difícil distinguir con claridad entre los trabajadores migrantes y los refugiados, de forma especial en el caso de quienes provienen de Burma —el grupo más grande— y de Cambodia.

Países de emigración

Así como la periferia mediterránea impulsó la expansión industrial de Europa occidental hasta los años setenta, la industrialización de Asia tuvo sus propias áreas de reserva de mano de obra: China, los países del sur asiático, Filipinas e Indonesia se han convertido en proveedores importantes de fuerza de trabajo para la región y sin duda para el resto del mundo. La mayoría de los gobiernos de los países de origen asiático han establecido departamentos especiales para administrar el reclutamiento y proteger a los trabajadores, como la Oficina de Mano de Obra, Empleo y Adiestramiento de Bangladesh (OMOEA) y la Oficina de Protección a los Inmigrantes de la India. Los gobiernos de los países de origen de la mano de obra ven la migración como económicamente vital, en parte porque esperan les reduzca el desempleo y les proporcione entrenamiento y experiencia industrial, pero sobre todo por las remesas de los trabajadores (Appleyard, 1998b).

Las remesas contribuyen de manera significativa a la balanza de pagos de los países con severos déficit comerciales. Los trabajadores paquistaníes remitieron 1,400 millones de dólares en 1994, 17 por ciento del total de los ingresos del país provenientes de exportaciones de bienes y servicios. Los trabajadores hindúes enviaron 5,000 millones de dólares, el 14 por ciento de ese tipo de ingresos. La cifra para Bangladesh fue de 1,100 millones de dólares (34 por ciento) y para Sri Lanka 700 millones (17 por ciento) (OIM, 2000b: 123). (Estas cantidades son remesas mundiales, pero el componente mayor es el de remesas provenientes del oriente medio.) Los gobiernos asiáticos han aprobado políticas especiales para estimular la repatriación de los ahorros de los trabajadores, a través de los bancos estatales, para ayudar a que estén disponibles para propósitos de desarrollo e inversión (Taylor, 1999: 71). Sin embargo los trabajadores también traen consigo ganancias en forma de efectivo o de bienes de consumo. Millones de familias dependen de las remesas y han mejorado sus condiciones de vida debido a ellas. No obstante, el dinero con frecuencia se gasta en bienes suntuosos, dotes y vivienda, en vez de inversiones productivas. Dado que los migrantes casi siempre provienen de estratos medios y no de los grupos más pobres de las áreas de origen, las remesas a menudo exacerban la desigualdad social y llevan a un incremento en la concentración de la tenencia de la tierra (Castles, 2000).

Migrantes altamente calificados y estudiantes

La mayor parte de la migración asiática está compuesta por trabajadores con escasa calificación, pero también hay una movilidad creciente de profesionales, ejecutivos, técnicos y personal altamente calificado (véase capítulo 3). Una forma es la “fuga de cerebros”: personas entrenadas en la universidad que se trasladan de los países menos desarrollados a los más. Europa, América del Norte y Australia han obtenido miles de doctores e ingenieros provenientes de la India, Malasia, Hong Kong, y países similares. Gran Bretaña recluta enfermeras de Filipinas para el servicio nacional de salud. Alemania compete con otros países altamente desarrollados para atraer especialistas hindúes en Tecnología de la Información (TI). Estados Unidos obtiene muchos provenientes de Asia. Según el Departamento de Estado de Estados Unidos, el 69 por ciento de las visas H-1B patrocinadas por los patrones de 1990 a 1997 fueron concedidas a personas provenientes de la India, Filipinas, Japón y China (Abella, 2002).

Esa movilidad laboral puede ser un escape de los recursos para los países pobres y conducir a déficit de personal calificado. Hay reportes de que los hospitales filipinos cierran quirófanos porque todo el personal entrenado se ha ido al Reino Unido. Por otra parte, muchas personas con varios años de escolaridad no logran encontrar empleo en su terruño. Parece que las oportunidades de trabajo en el extranjero estimulan el crecimiento de instalaciones para el entrenamiento de personal de TI en la India y médico en Filipinas. Las remesas de migrantes calificados pueden ser benéficas. Muchos regresan cuando hay oportunidades disponibles, aportando nuevas experiencias y a veces entrenamiento adicional. Por desgracia, muchos migrantes altamente calificados se topan con que su ingreso a un trabajo apropiado en países desarrollados se ve restringido por la dificultad de asegurar el reconocimiento de sus credenciales o discriminación en las prácticas de contratación y promoción. Si no obtienen empleos calificados, su migración es a la vez una pérdida para sus países de origen y un desastre personal.

Otra forma de migración altamente calificada es la de ejecutivos, profesionales y expertos que son enviados al extranjero por sus compañías o por organizaciones internacionales. La inversión de capital en países menos desarrollados puede verse como una alternativa frente a la migración de personal con escasa capacitación hacia países desarrollados, pero conduce a traslados de personal calificado en la dirección opuesta. China tenía en el año 2000 unos 200,000 especialistas extranjeros, mientras que Malasia tenía 32,000 y Vietnam cerca de 30,000. Provenían de otros países asiáticos pero también de Estados Unidos, Europa y Australia (Abella, 2002). De igual forma son importantes los visitantes por negocios a corto plazo. Se registraron 2.6 millones de viajeros de esta

RECUADRO 13
LOS DILEMAS EN LOS PAÍSES DE EMIGRACIÓN: FILIPINAS

Filipinas es en la actualidad el exportador de mano de obra *par excellence* (como lo fue Italia en la generación pasada) con cerca de una décima parte de su población en el extranjero. El gobierno calcula que cerca de siete millones de filipinos trabajan fuera de su país y que enviaron 7,000 millones de dólares en 1999 (OIM, 2000b: 96). Se encuentran en todo el mundo. El establecimiento permanente en Estados Unidos, Canadá y Australia se incrementó a partir de la década de los sesenta. Bajo el régimen de la ley marcial de Marcos en los años setenta, la exportación de mano de obra se convirtió en un elemento clave de la política económica. Desde entonces, una cantidad siempre en ascenso de trabajadores extranjeros temporales o por contrato (CTE) ha migrado al exterior: primero a los estados del golfo Pérsico y luego a otros países asiáticos. Los filipinos tienen una creciente presencia en Europa, en particular Italia y España. La migración indocumentada, organizada con frecuencia por agentes, se ha incrementado y se estima que viven en el extranjero cerca de 1.9 millones de ellos (OIM, 2000b: 96). La emigración se ha vuelto parte de la vida cotidiana para millones de filipinos y sus comunidades.

Las salidas anuales de TEC según las cifras oficiales crecieron de 300,000 en 1984 a 559,000 en 1997. Ese año los trabajadores TEC conformaban hasta el 38 por ciento de los nuevos contratos, el 34 por ciento en los servicios, el 23 por ciento de los profesionistas, el 21 por ciento de las trabajadoras domésticas y el 12 por ciento de las trabajadoras en la industria del entretenimiento (OIM, 2000b: 96-97). Además 188,469 filipinos salieron de su terruño en 1997 como marineros en naves extranjeras (Battistella y Assis, 1998: 234). A pesar de los temores de que la crisis asiática provocaría el retorno de unos 100,000 trabajadores, las salidas de TEC de hecho se incrementaron ligeramente de 1998 (OIM, 2000b: 98).

El gobierno filipino adopta un papel activo en el manejo de la migración. Quienes desean trabajar en el extranjero tienen que registrarse con la Administración de Empleo Filipino en el Extranjero (AEFE). La Administración para el Bienestar de los Trabajadores en el Extranjero (ABTE) tiene la función de apoyar a los trabajadores y protegerlos de la explotación y el abuso. Se imparten seminarios de orientación previos a la salida para las trabajadoras del entretenimiento, domésticas y enfermeras. Filipinas tiene funcionarios especiales en sus consulados pero su cifra es relativamente baja: en 1993 había 31 agregados para el trabajo, 20 funcionarios del bienestar y 20 coordinadores para responder a las necesidades de 4.2 millones de trabajadores migrantes en 120 países (Lim y Oishi, 1996: 120). Los funcionarios a menudo son impotentes ante agentes sin escrúpulos y patrones abusivos, quienes algunas veces tienen el apoyo de la policía y otras autoridades en los países receptores.

La debilidad del gobierno filipino para proteger a los trabajadores vulnerables llevó en 1995 a la politización de las políticas migratorias. El 17 de marzo, una trabajadora doméstica, Flor Contemplación, fue colgada en Singapur tras habersele encontrado culpable de asesinato. El caso manchó las relaciones

entre los dos países y llevó a un acalorado debate en Filipinas. En ese entonces había más de 60,000 trabajadores filipinos en Singapur –la gran mayoría trabajadoras domésticas. Se han reportado frecuentes casos de abuso, entre ellos el no pago de los salarios, condiciones de trabajo precarias, maltrato y acoso sexual (Gonzalez, 1998: 5; Wong, 1996). Contemplación fue acusada del asesinato de un compañero filipino y del hijo de su patrón. El caso apareció como la culminación de una larga serie de humillaciones sufridas por los CTE en Singapur y otros lugares. Se dio una movilización en gran escala de los partidos de oposición, las asociaciones eclesiales, los grupos de mujeres, los sindicatos y las organizaciones de CTE. Se programó una serie de manifestaciones masivas que culminaron con la presencia de más de 25,000 personas en el funeral de Contemplación (González, 1998: 6-7).

La administración de Ramos se vio forzada a actuar. La migración de trabajadores domésticos a Singapur se suspendió, aunque de manera temporal y poco efectiva. En junio de 1995, el parlamento filipino aprobó un decreto de los trabajadores migrantes y de los filipinos en el extranjero –la “Carta Magna de los CTE”. Este decreto intentaba representar un cambio en la filosofía que se alejara de la primacía de las metas económicas, en favor de la protección a la dignidad y los derechos humanos de los filipinos. Las políticas específicas incluyeron el traslado selectivo que favorecía ciertas ocupaciones y destinos; medidas para mejorar la información recibida por los aspirantes a migrar; y una “aproximación de equipos nacionales” para mejorar la cooperación entre las agencias gubernamentales (Go, 1998).

Esta medida parece haber tenido poco efecto. No hay evidencia de que se haya dado reducción dramática alguna de la migración de mujeres dedicadas al entretenimiento o de trabajadoras domésticas, ni de mejoras sustanciales en las condiciones de los TEC filipinos. Tampoco parece haber sido más efectivo el gobierno filipino en su protección legal para los trabajadores. Una dificultad de importancia es la falta de voluntad para cooperar de los países reclutadores de fuerza de trabajo, a través de acuerdos bilaterales con Filipinas, o de su adhesión a instrumentos multilaterales como las convenciones de la ILO y la Convención de las Naciones Unidas Sobre los Derechos de los Trabajadores Migrantes y sus Familias, emitido en 1990. Para vigilar la puesta en práctica del decreto de 1995, el gobierno filipino tendría que detener la mayor parte de la emigración de mano de obra. Dado que el crecimiento de la fuerza de trabajo sigue siendo rápido, mientras que el desarrollo económico es lento, la consecuencia podría ser desempleo masivo y un descontento considerable. De ahí que Filipinas no pueda acabar con su dependencia de exportación de mano de obra, y el poder del mercado queda en manos, en forma desproporcionada, de los países que la importan.

clase provenientes del Japón en el año 2000, de los cuales 1,600 millones se dirigieron a otros países asiáticos (Abella, 2002). La inversión de capital del extranjero es un catalizador para el cambio socioeconómico y la urbanización,

mientras que los profesionistas viajeros no sólo son agentes del cambio económico, sino también portadores de nuevos valores culturales. Los vínculos que crean pueden estimular a las personas del país en desarrollo para trasladarse al país inversionista en busca de entrenamiento o empleo. Lim (1996: 329) ha mostrado que “los tres más grandes inversionistas extranjeros en Malasia –Taiwan, Japón y Singapur– son también los tres principales destinos de los trabajadores malasios emigrantes”. El retorno de los profesionistas viajeros conlleva nuevas experiencias y valores. Algunos observadores japoneses ven las estancias del personal altamente calificado en el extranjero como parte de la “internacionalización” de Japón y poderoso factor de cambio cultural (Susuki, 1988: 41).

La movilidad de estudiantes con frecuencia es un precursor de la migración calificada. Para finales de los ochenta había 366,000 estudiantes extranjeros en Estados Unidos, de los cuales casi la mitad provenía de Asia (Skeldon; 1992: 35). Australia expidió 86,277 visas de estudiante en 2000-2001 para una gran mayoría de estudiantes que provenían de Asia (DIMIA, 2001). Hay gran competencia entre los países desarrollados para atraer estudiantes que paguen matrícula. Muchas universidades australianas tienen ahora campus asiáticos. En 1996, cuando se dieron discursos y ataques racistas contra estudiantes asiáticos en Australia, los vicescancelleres de la universidad exigieron acción de parte del gobierno para contrarrestar el temido descenso en la inscripción de estudiantes.

Muchos ex alumnos permanecen en los países en desarrollo después de su graduación, en especial aquellos con doctorado. Según la National Science Foundation en 1997, en Estados Unidos había 23,559 miembros de las facultades de ciencia e ingeniería de origen asiático –10.5 por ciento de los académicos en estos campos (Abella, 2002). Australia cambió sus reglas de inmigración en 1999: en el pasado los estudiantes debían abandonar Australia al graduarse y esperar al menos dos años antes de solicitar migrar de regreso. Ahora se les permite permanecer en el país mientras se procesa su solicitud de inmigración. Muchos de estos estudiantes extranjeros que pagan matrícula, provienen de Asia, se concentran en las áreas de negocios y TI (Birrell, 2001). Estos traslados hacia los países desarrollados pueden, por tanto, ser parte de la fuga de cerebros.

Refugiados

A finales del año 2000, la UNHCR registró casi 5 millones de refugiados en Asia y el Pacífico –41 por ciento del total mundial de 12'100,000. Al utilizar el concepto más amplio de “poblaciones de preocupación para la ACRNU” (incluye a los solicitantes de asilo, a los que retornan, algunas personas internamente desplazadas y otros), el total de Asia y el Pacífico llegó a 7 millones –un tercio del

ILUSTRACIÓN 4
BALSEROS VIETNAMITAS EN MALASIA, 1978



Fotografía: UNHCR/K. Gaugler

total mundial (UNHCR, 2000a: 21). La principal fuente de refugiados es Afganistán, con 4'500,000 afganos en otros países, sobre todo Paquistán e Irán. Otros de los países de origen de refugiados incluyen Burma, Iraq, Vietnam, China, Bután, Timor Oriental, Filipinas y Corea del Norte (UNHCR, 2001: tabla 4).

Los dos éxodos de mayor duración en Asia desde 1945 han provenido de Indochina y Afganistán. Más de 3 millones de personas huyeron de Vietnam, Laos y Camboya después del fin de la guerra de Vietnam en 1975. Muchos se fueron como “balseros” navegando largas distancias en pequeños botes atiborrados de personas, con riesgo de naufragio y de ataques piratas. En los siguientes 20 años 2'500,000 personas encontraron nuevos hogares en otro lugar del mundo, mientras medio millón retornó. Más de un millón fue reubicado en Estados Unidos, con cifras menores en Australia, Canadá y Europa occidental. China aceptó cerca de 300,000 refugiados sobre todo de origen étnico Chino. Otros países asiáticos no estaban dispuestos a aceptar colonizadores. En 1989 se adoptó un “Plan de Acción Comprensivo” por parte de los países implicados. Las personas que ya se encontraban en los campos habían de ser reubica-

das, mientras que cualquier nuevo solicitante de asilo habría de ser evaluado para ver si realmente era víctima de persecución. Aquellos que se diagnosticaba como migrantes económicos habrían de ser repatriados. En 1979 Vietnam aprobó un "Programa de Salida Ordenada" para permitir la emigración legal, en particular de personas con parientes en el extranjero, que fue muy acelerado en 1989. Para 1995, la mayoría de los campos fueron cerrados y se consideró que la emergencia había pasado (UNHCR, 2000b: 79-103).

Hasta un tercio del total de 18 millones de la población afgana huyó del país en 1979, después de la intervención militar soviética. La gran mayoría encontró refugio en países vecinos como Paquistán (3.3 millones en 1990) e Irán (3.1 millones) (UNHCR, 2000b: 119). Hubo muy poca reubicación oficial en el extranjero. La emergencia afgana se dio poco después del éxodo indochino y había poca voluntad en los países occidentales para aportar hogar a las nuevas oleadas de refugiados. Además los líderes *mujadín* (de la resistencia islámica armada) querían utilizar los campos de refugiados como bases para el reclutamiento y entrenamiento. Por razones políticas, humanitarias, religiosas y culturales, Paquistán e Irán estaban dispuestos a proporcionar refugio durante amplios periodos. Paquistán recibió compensaciones sustanciales de Estados Unidos bajo la forma de apoyo militar, económico y diplomático. Irán, por otro lado, recibió poca ayuda externa, a pesar de ser uno de los principales santuarios para los refugiados (UNHCR, 2000b: 118).

El manejo diferencial de los casos vietnamita y afgano constituye un ejemplo de la manera en la que los movimientos de refugiados pueden convertirse en parte de consideraciones más amplias para la política exterior de las grandes potencias (Suhrke y Klink, 1987). Con el fin de la intervención soviética en 1992, cerca de millón y medio de refugiados afganos regresaron a casa. Sin embargo, el inicio de nuevos conflictos, la toma del poder por el fundamentalista Talibán, una sequía de cuatro años, y la desbastada condición del país retrasó el retorno del resto. En 2000 los afganos seguían siendo la población de refugiados más grande del mundo. Algunos hombres se fueron a trabajar en los estados del golfo Pérsico para ayudar a financiar los costos de reconstrucción de sus pueblos (UNHCR, 1995: 182-183). Un número creciente de afganos siguió hacia países occidentales entre 1990 y 2000, 155,000 buscaron asilo en la UE (datos inéditos del ACRNU).

Los eventos del 11 de septiembre del 2001 concientizaron al mundo sobre las consecuencias de situaciones prolongadas de conflicto y anarquía política. Afganistán se había convertido en el centro de la red terrorista global de Al-Qaeda. También era el productor mundial más importante de heroína. La gran diáspora de refugiados afganos llegó a verse como una parte de la amenaza a la seguridad mundial. La invasión de Afganistán encabezada por Estados

Unidos, se había diseñado para destruir a Al-Quaeda y los talibán, establecer un gobierno legítimo, y permitir el retorno de los refugiados. Sin embargo, se esperaba que el ataque inicial a finales del año 2001, precipitara nuevos flujos considerables de refugiados PID. El UNHCR y otras agencias humanitarias formaban parte de los planes para resolver la crisis y aportar financiamiento especial. En todo caso, los flujos de salida de los refugiados se limitaron en parte porque Paquistán e Irán cerraron sus fronteras, y en parte porque los talibán fueron derrotados rápidamente.

En marzo del año 2002 la autoridad afgana de transición del UNHCR dio inicio a un programa de retorno masivo. Para julio habían regresado más de 1'300,000 afganos, 1'200,000 paquistanés, y 100,000 iraníes. Esta repatriación inesperadamente rápida puso en severa crisis las finanzas del UNHCR (UNHCR, 2002a). La agencia se vio forzada a limitar la asistencia concedida a las familias que retornaban. Los países occidentales –dispuestos a gastar miles de millones en la intervención armada– no estaban listos para aportar fondos para la ayuda. Mientras tanto los gobiernos de Australia, el Reino Unido y otros países occidentales, comenzaron a rechazar a los solicitantes de asilo de origen afgano, aun cuando estaba lejos de saberse si las condiciones eran seguras en Afganistán.

Aparte de estos dos grandes movimientos de refugiados, ha habido un sinnúmero de éxodos de menor cuantía, pero no menos traumáticos para los implicados. Tras el fracaso del movimiento democrático en 1989, miles de chinos buscaron asilo en el extranjero. Los conflictos ligados con la ruptura de la antigua Unión Soviética llevaron a desplazamientos masivos en los años noventa, lo que afectó a muchos nuevos estados, incluyendo Georgia, Chechenia, Armenia, Azerbaiyán y Tayikistán. Unos dos millones se desplazaron internamente o se vieron forzados a huir atravesando fronteras (UNHCR, 1995: 24-25). Cuando menos 50,000 norcoreanos han huido hacia China. Otras poblaciones de refugiados de larga duración incluyen a los tibetanos y los butaneses en la India y Nepal, los burmeses en Tailandia y Bangladesh, y los indios Fiji en Australia y Nueva Zelanda. Los musulmanes de Mindanao (sur de Filipinas) han huido a Malasia para escapar del persistente conflicto interno. La larga guerra civil en Sri Lanka ha llevado a desplazamientos masivos internos, al igual que a salidas de refugiados. En 2001, se calculaba que 144,000 tamiles de Sri Lanka vivían en campamentos en la India, mientras que otros se hallaban dispersos por el mundo. Tras de que la gente en Timor del Este votó por la independencia en septiembre de 1999, la violencia por las milicias proindonesias apoyadas por el ejército indonesio obligaron a cuando menos 250,000 personas a cruzar la frontera hacia Timor del Oeste (todavía parte de Indonesia). Otro medio millón de timorenses del este (la mayoría de la población) se vio obligada a escapar a las montañas (UNHCR, 2001).

La experiencia asiática muestra la complejidad de las situaciones de refugiados en países menos desarrollados: es difícil que sean un simple asunto de persecución política individual. Casi en forma invariable las presiones económicas y ambientales desempeñan un papel importante. Los movimientos de refugiados como la migración laboral masiva, son resultado de las transformaciones sociales que actualmente se dan en Asia (Van Hear, 1998). Las diferencias étnicas y religiosas de larga data exacerbaban los conflictos y con frecuencia motivan altos niveles de violencia. La resolución de las situaciones que generan refugiados y el regreso a casa de éstos se ven obstaculizados por escasez de recursos económicos, y falta de garantías de respeto a los derechos humanos en los estados débiles y despóticos. Los países occidentales a menudo se han involucrado en luchas de formación de estados y naciones en Asia, incluyendo la guerra de Vietnam, los conflictos en Afganistán y muchos otros. Las respuestas a los solicitantes de asilo suelen estar condicionados por tales experiencias. Una de las expresiones más recientes de esta calamidad es la "solución del Pacífico" en Australia, que desplazó a los solicitantes de asilo hacia las islas vecinas como Nauru y Papúa Nueva Guinea (véase capítulo siguiente).

Perspectivas de la migración asiática

La migración asiática ha crecido en forma rápida desde los años setenta. Las estadísticas son inexactas, pero parece que para el 2000 había cinco millones de trabajadores asiáticos en los países petroleros del golfo Pérsico; más de cinco millones trabajaban en los principales países asiáticos importadores de mano de obra. Millones más han migrado de manera permanente a Estados Unidos y otros países occidentales. Además había cinco millones de refugiados. La mayoría de los migrantes asiáticos provenían de unas pocas áreas de origen, especialmente Filipinas, Indonesia, China, Tailandia y el sur de Asia, que se han convertido en reserva de mano de obra para la región y el mundo. La mayoría de los migrantes asiáticos está constituida por trabajadores poco capacitados, pero los flujos de personal altamente calificado se están incrementando.

Todo movimiento migratorio en Asia tiene características específicas, aunque hay tendencias generales significativas. Una es la falta de planeación a largo plazo: los movimientos se han conformado no sólo por las políticas gubernamentales para la fuerza de trabajo, sino también por las acciones de los patrones, los migrantes y la industria de la migración. La migración ilegal es muy alta y los agentes e intermediarios desempeñan un papel de importancia. Las políticas oficiales van desde la "casi negación" de la presencia de la mano de obra extranjera (Japón y Corea), hasta la "administración activa" (Singapur), con la mayoría de los países en algún punto intermedio (Miller y Martin, 1996: 195).

Las características relativamente generales de los sistemas de migración de la fuerza de trabajo en el medio oriente y Asia incluyen un control rígido de los trabajadores extranjeros, la prohibición del establecimiento definitivo, y la reunificación familiar, además de la negación de los derechos básicos. Muchos de los gobiernos implicados refieren explícitamente a la experiencia europea, en la que los trabajadores huéspedes temporales se convirtieron en colonizadores y nuevas minorías étnicas. Los sistemas estrictos de regulación están diseñados para evitar esto. ¿Tendrán éxito? Aunque la mayoría de los movimientos es temporal en intención, las tendencias hacia el establecimiento permanente comienzan a surgir en algunos lugares, como mostraron los ejemplos de Japón y Malasia. Pero estas tendencias son limitadas y no se encuentran sancionadas oficialmente. Cuando los europeos occidentales intentaron reducir sus poblaciones de extranjeros en los años setenta, encontraron que era difícil por varias razones: sus economías se habían vuelto estructuralmente dependientes de la mano de obra extranjera, los patrones querían una fuerza de trabajo estable, los inmigrantes estaban protegidos por un fuerte sistema legal, y el Estado de bienestar tendía a incluir a los no ciudadanos. ¿Existen tales presiones para el establecimiento en Asia? (Castles, 2001)

Ciertamente hay signos de una dependencia creciente respecto a los trabajadores extranjeros para los “empleos de tres D”, a medida que el crecimiento de la fuerza de trabajo se hace más lento en los países industrializados y los trabajadores locales rechazan las tareas menores. El éxito limitado de las políticas de repatriación durante la crisis asiática fue indicador claro de que la migración no puede revertirse fácilmente. En estas circunstancias los patrones buscan retener a los “buenos trabajadores”, los migrantes prolongan sus estancias y la reunificación familiar o la formación de nuevas familias en el país receptor acaban por darse. Las tendencias hacia la democratización y la legalidad también hacen difícil ignorar los derechos humanos. El crecimiento de las ONG que trabajan a favor de los derechos de los migrantes en Japón y Malasia, muestran la fuerza creciente de la sociedad civil en las nuevas democracias asiáticas. Por ende, sería razonable predecir que el establecimiento definitivo y una diversidad cultural en ascenso afectarán muchos países asiáticos importadores de mano de obra; aunque ningún gobierno tiene planes para lidiar con los efectos a largo plazo de la migración –incluso discutir el asunto es todavía casi un tabú en muchos países asiáticos.

A pesar del rápido crecimiento, los movimientos son todavía bastante pequeños en comparación con la vasta población asiática. Los trabajadores migrantes constituyen una proporción bastante pequeña de la fuerza de trabajo en países como Japón y Corea, en comparación con lo que sucede en Europa (si bien la proporción es grande en Singapur y Malasia). Sin embargo el potencial para el crecimiento es obvio. El subcontinente hindú aporta una vasta re-

serva de trabajo. La reforma económica y política en China podría abrir la puerta para la migración laboral masiva, mientras que la falta de reformas podría llevar a movimientos de refugiados. Indonesia y Filipinas tienen un crecimiento poblacional considerable, además, ven la exportación de mano de obra como parte vital de sus estrategias económicas. Las economías de rápido crecimiento de Asia oriental y del sudeste parecen destinadas a atraer grandes cantidades de trabajadores migrantes en el futuro. Es difícil creer que no tenga como resultado cierto grado de establecimiento definitivo, con efectos sociales y políticos de largo alcance. El siglo XXI ha sido llamado el "siglo del Pacífico" en términos de desarrollo económico y político, pero también será una época de movilidad poblacional de rápido crecimiento en la región asiática.

Lecturas recomendadas

La literatura sobre la migración asiática ha crecido exponencialmente en los últimos años. Las publicaciones del Scalabrini Migration Center (Quezon City, Filipinas) ofrecen excelente documentación actualizada. Incluyen el *Asian and Pacific Migration Journal* (APMJ) la revista, *Asian Migrant*, un atlas en la red (www.scalabrini.asn.au/atlas/) y servicio de información electrónico (www.scalabrini.asn.au/philsmc.htm). La *Asian Pacific Migration Research Network* es fuente de contactos e información (www.capstrans.edu.au/aprpn, o a través de www.unesco.org). Appleyard (1998b) es una buena obra sobre la emigración desde el sur asiático. La IOM (2000) tiene provechosos capítulos de síntesis sobre Asia y el Pacífico. Acerca de Japón, Komai (1995), Mori (1997) y Weiner y Hanami (1998) ofrecen buenos estudios en inglés. Para la mayor parte de los demás países, los artículos de las revistas constituyen aún las mejores fuentes.

Migrantes y minorías en la fuerza de trabajo

EL EMPLEO de los trabajadores extranjeros se ve influido con fuerza por las amplias tendencias de la macroeconomía. Esto se hizo evidente en Europa occidental cuando el empleo de mano de obra extranjera se estancó o declinó de manera generalizada entre 1975 y 1985; periodo de recesión y reestructuración. Sin embargo, para 1997 podía discernirse un patrón general de aumento en la migración internacional hacia el área de la OCDE (OCDE, 2001). Estaba relacionado con factores como el crecimiento espectacular de la economía estadounidense y la recuperación asociada de las economías de Europa occidental y una creciente demanda de mano de obra altamente calificada en muchos de los países de la OCDE. La mayor parte de la inmigración hacia los países de la OCDE, empero, continuaba bajo las autorizaciones de reunificación familiar más que por razones económicas.

Los eventos del 11 de septiembre del año 2001 contribuyeron a la recesión global. A lo largo de la historia, los trabajadores migrantes habían sido afectados en forma desmesuradamente adversa por las caídas económicas; además, había cierta evidencia de ello en Estados Unidos en los meses siguientes a los ataques, y en Malasia, donde decenas de miles de migrantes, provenientes sobre todo de Indonesia, fueron deportados en el año 2002, cuando el gobierno buscó poner en práctica regulaciones más estrictas para la inmigración. A pesar de los temores respecto a las posibles consecuencias económicas negativas de la guerra contra el terrorismo, el prospecto a corto y mediano plazos para la migración global en busca de empleo continuó bastante sólido en el primer aniversario del 11 de septiembre.

En 1986, la reunión de la OCDE sobre el futuro de la migración identificó las razones que subyacen a los prospectos a largo plazo para el crecimiento del empleo de inmigrantes: el envejecimiento de las sociedades occidentales, los desequilibrios demográficos entre regiones desarrolladas y en desarrollo en estrecha vecindad entre sí, el abismo entre el norte y el sur, la demanda continua de los patrones de mano de obra extranjera y el crecimiento de la migración

ilegal (OCDE, 1987). Además, durante la reunión se enfatizó la necesidad de comprender a la inmigración en su contexto global como algo vinculado de manera inextricable con las políticas económicas y exteriores, los desarrollos en el comercio internacional y la interdependencia creciente.

Este libro ha mostrado de qué manera la mayoría de los movimientos posteriores a 1945 empezaron como migración laboral, organizados a menudo por los patrones y los gobiernos. Con el tiempo los movimientos han cambiado su carácter, con una participación creciente de los migrantes no económicos, incluidos dependientes y refugiados. Los migrantes económicos se han diferenciado también, con una participación creciente de personal altamente calificado y empresarios. Las teorías de la migración laboral basadas en la economía política, que se desarrollaron en los años sesenta y setenta, enfatizaban el papel crítico de los trabajadores migrantes para aportar mano de obra poco calificada en la industria de la manufactura y en la construcción, y para limitar el crecimiento de los salarios en estos sectores. En la etapa posterior a la Guerra Fría, se desarrolló la necesidad de reexaminar esta economía política bajo la luz de las transformaciones del trabajo temporal al establecimiento permanente y la creciente diferenciación económica de los trabajadores migrantes. Entre las preguntas clave a plantear están las siguientes:

1. ¿Cuál fue el impacto en los trabajadores migrantes la reestructuración económica desde los setenta?
2. ¿Han persistido los modelos de segmentación en el mercado de trabajo por origen étnico y género surgidos en los años setenta, o se han dado cambios significativos?
3. ¿Qué variaciones se dan en los patrones de empleo según los criterios de antecedentes étnicos, género, tiempo de haber llegado, tipo de migración, condición legal, educación y entrenamiento?
4. ¿Qué variaciones se dan entre los países de inmigración, en especial en lo que tiene que ver con el alcance de la economía subterránea y cómo pueden explicarse?
5. ¿Cuál es la situación de los inmigrantes de segunda generación y las subsecuentes en el mercado de trabajo?, ¿se transmiten las desventajas de generación en generación?
6. ¿Es la discriminación institucional o informal un determinante de importancia para el empleo y la condición socioeconómica?
7. ¿Qué estrategias han adoptado los migrantes para tratar las desventajas en el mercado de trabajo (por ejemplo, el autoempleo, los pequeños negocios, la ayuda mutua, encontrar “nichos étnicos”)?

Este capítulo aborda las preguntas anteriores al analizar algunos de los principales hallazgos teóricos y empíricos respecto a los inmigrantes y los mercados laborales desde los años setenta. Se examina la complejidad creciente de los efectos del mercado de mano de obra inmigrante, junto con el material que ilustra las tendencias transnacionales en la segmentación del mercado de trabajo y la creciente polarización de las características del mercado de mano de obra inmigrante. Se incluye un estudio de caso de la evolución del empleo de extranjeros en las industrias automotrices y de construcción, para demostrar los efectos adversos de la reestructuración económica desde inicios de los años setenta sobre la mano de obra extranjera en ciertas industrias, e ilustrar los procesos de segmentación del mercado de trabajo.

Los migrantes en la economía informal

La comprensión del rol clave jugado por el empleo de muchos migrantes en la economía informal se ha incrementado desde mediados de los años setenta. Los estudios de los extranjeros legalizados, en particular, han aportado un conocimiento más profundo (OCDE, 2000: 53-78). A medida que los gobiernos intentan evitar el empleo ilegal de los extranjeros, requieren una mejor comprensión de la dinámica del mercado de trabajo en sectores de los que se sabía empleaban grandes cantidades de extranjeros en forma ilegal. Los que incluían de manera característica la mano de obra intensiva, eran la agricultura, la construcción de edificios, la jardinería y el mantenimiento de áreas verdes, la industria del vestido, hoteles y restaurantes, servicios domésticos, servicios de mantenimiento y limpieza, enfermería y, en Estados Unidos, la industria de empaquetado de carnes.

La demanda de trabajadores migrantes por los patrones persistía con frecuencia en sectores a pesar de la recesión y las altas tasas de desempleo de los ciudadanos. El empleo de los extranjeros que cumplían los requisitos persistía también frente a la puesta en práctica de sanciones contra los patrones y otras medidas que pretendían evitar el empleo ilegal (véase capítulo 4). En efecto, extranjeros que cubrían los requisitos legales para el empleo y algunos ciudadanos franceses con antecedentes inmigrantes afirman que debieron presentarse como extranjeros ilegales con objeto de conseguir trabajo agrícola en el sur de Francia.

Como se esbozó en el capítulo 3 respecto al sur y norte de Europa, las dimensiones y la naturaleza de la economía clandestina varían de un país a otro y de una región a la siguiente. También hay variaciones importantes en la voluntad y las capacidades de los gobiernos para regular los mercados de fuerza de trabajo. Prácticamente toda la migración laboral hacia el sur de Euro-

pa en décadas recientes se ha dirigido hacia el empleo en el sector informal (Reyneri, 2001).

Algunas investigaciones recientes, centradas en la migración ilegal y el contrabando de extranjeros, ven estos procesos como una forma no problemática de responder a las demandas del mercado de trabajo; además, sitúan los problemas en otra parte: los esfuerzos gubernamentales por regular la migración internacional (Harris, 1996). Tales visiones expresan también los países como México que envían la mano de obra y ven la migración ilegal de sus ciudadanos como impulsada por la demanda no cubierta de mano de obra en los países de destino. Estas perspectivas a veces presentan el empleo ilegal como heroico, enfatizan que los trabajadores migrantes pueden mejorar su bienestar socioeconómico en general y el de sus familias, al igual que el del país receptor por medio de ese empleo. Usando datos del Banco Mundial, que divide al mundo en 22 países de “alto ingreso” y 110 de “mediano y bajo ingreso”, Martin y Taylor calcularon que la persona promedio que se va de uno de estos últimos a uno de los primeros incrementa su ingreso en 10 o 20 veces (Martin y Taylor, 2001: 98). El significado de las remesas de los salarios hacia los lugares de origen se examinó en los capítulos 5 y 6.

Los gobiernos y las sociedades en los países que reciben grandes cantidades de trabajadores migrantes no autorizados, en ocasiones prefieren ignorar el flujo de llegada o verlo como benigno. Tal era el caso de Francia hasta alrededor de los años setenta. Pero es mucho más común que tanto la existencia de una economía clandestina como el papel que juegan los trabajadores migrantes en ella sean vistos como fuera de la ley y socialmente dañinos. Eso es lo que motivó la adopción de sanciones contra los patrones y otras medidas para castigar el empleo ilegal, no sólo de los extranjeros sino incluso de los ciudadanos. ¿Qué explica esta persistencia de la economía clandestina y del empleo ilegal de migrantes en ella?

En muchos casos, los gobiernos simplemente carecen de los recursos necesarios o la voluntad política para hacer cumplir sus leyes y reglamentos. El caso de los jornaleros mexicanos en Estados Unidos es particularmente ilustrativo. En 1970, según Philip Martin, había unos 750,000 residentes en Estados Unidos nacidos en México; en el año 2002 había más de nueve millones. Martin calcula que el 95 por ciento de los nuevos ingresos de mano de obra en cada temporada agrícola son de personas nacidas en el extranjero. Muchos mexicanos empiezan así su estancia en Estados Unidos como jornaleros ilegales. Martin calcula que de los 1'800,000 jornaleros empleados en la producción de alimentos básicos (algo distinto de la cría de ganado), más de la mitad estaba empleada de manera ilegal en el 2002 (Martin, 2002). Los jornaleros constituyen el segmento más pobre de la sociedad estadounidense y las tendencias

migratorias en los años ochenta y noventa estuvieron claramente ligadas con una pobreza creciente en las áreas rurales, por ejemplo en California (Taylor *et al.*, 1997).

Mientras que los empleados en la agricultura de mano de obra intensiva con frecuencia hacen surgir el espectro de la falta de mano de obra y de las cosechas que se pudren en los campos, es característico que exista un superávit de mano de obra. Una consecuencia es la depresión de los salarios. Los salarios de los trabajadores se estancaron en los años ochenta y noventa, sobre todo por la llegada de inmigrantes ilegales (Taylor *et al.*, 1997: 13-14). Una segunda razón es que los patrones tienen pocos incentivos para mejorar las condiciones de trabajo o las técnicas de administración. La sindicalización de los jornaleros en Estados Unidos entre 1965 y 1975, en particular en California, logró algunos progresos entre 1965 y 1975 con efectos saludables para los salarios. Pero éstos decayeron después en parte debido a que los terratenientes acudían a los contratistas de mano de obra agrícola (Taylor *et al.*, 1997: 14-16).

Con frecuencia se afirma que los ciudadanos estadounidenses evitan el trabajo agrícola, opiniones que encuentran eco en países como Alemania, Francia, España e Italia. Sin embargo, la supuesta "dependencia" de la agricultura de mano de obra intensiva respecto a los trabajadores migrantes requiere de un cuidadoso escrutinio. A menudo los propietarios están exentos de cumplir con reglas y reglamentos que se aplican en sectores no agrícolas. Además, las extensiones de tierra sembradas con productos que requieren de mano de obra en forma intensiva, primordialmente frutas y verduras, a menudo se ven incrementadas bajo la suposición de que estará disponible una holgada cantidad de trabajadores extranjeros. A medida que la globalización ha permitido que a lo largo del año exista oferta constante de frutas y verduras en los países más desarrollados, hay razones para poner en duda si una amplia producción agrícola de mano de obra intensiva en esos países constituye algo deseable, en particular si la producción compite con las exportaciones agrícolas de los países menos desarrollados, con altas tasas de desempleo, subempleo y emigración. Desde la perspectiva de las políticas públicas, en especial las dirigidas contra la migración ilegal, la producción agrícola de fuerza de trabajo intensiva ocurriría de manera óptima en áreas con una ventaja comparativa en lo que se refiere a costos de producción y comercialización. El alcance del empleo ilegal de extranjeros en la agricultura que requiere fuerza de trabajo intensiva dentro de los países más ricos no se limita a la explotación de los trabajadores migrantes, a quienes se les pagan bajos salarios, que por lo general trabajan en condiciones difíciles a merced de sus patrones. Es frecuente que los trabajadores agrícolas extranjeros y sus dependientes se vean forzados a habitar viviendas de baja calidad y a experimentar la segregación y el racismo. Las expresiones de violencia

antiinmigrante en España en el año 2001 y en el sur de Francia a principios de los setenta estaban muy relacionadas con las tensiones sociales que giraban sobre todo en torno al empleo ilegal de los jornaleros extranjeros (véanse capítulos 3 y 4).

Otros factores que explican la insistencia en la demanda por parte de los patrones de trabajadores sin autorización de empleo, incluyen el crecimiento de la subcontratación en sectores como la construcción, los textiles y los servicios de mantenimiento. Juega un importante papel el crecimiento de las industrias de servicio como los de mantenimiento del entorno y la jardinería en Estados Unidos y los domésticos prácticamente en todos los países desarrollados, incluso en países asiáticos y del medio oriente.

El debilitamiento de los sindicatos en la actual etapa de la globalización constituye otro factor de importancia. El empleo ilegal es poco usual en los sectores, firmas o industrias donde hay sindicatos fuertes. Aunque en Estados Unidos durante los años noventa, algunos de los más exitosos movimientos de sindicalización involucraron a trabajadores empleados en forma ilegal. Estos movimientos se dieron en un escenario general de caída en la sindicalización, además, contribuyeron a disparar el cambio en el liderazgo de la FAT-COI y su política hacia la migración ilegal que creó la estructura para la iniciativa de la migración entre México y Estados Unidos en el año 2001 (véase recuadro 2).

Como ha hecho notar Claude-Valentin Marie (2000), el trabajador ilegal de origen extranjero que labora en el sector informal puede ser considerado en muchas formas emblemático de esta era de globalización. Su precariedad, falta de derechos y flexibilidad, responden hoy a las exigencias de las firmas. En las circunstancias más extremas de explotación, los hombres, mujeres y niños objeto de tráfico se convierten en esclavos de nuestros días, en una cifra que a nivel mundial asciende a millones (véase capítulo 4).

Fragmentación creciente y polarización del empleo de los inmigrantes

Quizá lo más característico del empleo de los inmigrantes es la creación de núcleos o la concentración en puestos, industrias y sectores económicos particulares. La naturaleza sectorial de la concentración del empleo varía de un país a otro por factores históricos aunados a otras variables como las estrategias de los empresarios y los trabajadores extranjeros (OCDE, 1994: 37). El modelo de concentración del empleo de los inmigrantes dentro de un estado y una sociedad a menudo evoluciona con el tiempo. En Francia, un descenso en el empleo de extranjeros en las industrias automotrices y de la construcción desde 1973 ha encontrado su correlato en las nuevas concentraciones de extranjeros en un

sector de servicios que crece aceleradamente. Un estudio de la OCDE realizado en nueve países revelaba:

situaciones de contraste en la estructura de la fuerza de trabajo extranjera en comparación con el empleo nacional en cada tipo de actividad económica. El papel de la mano de obra extranjera difiere en los países incluidos en el estudio... A pesar de estas diferencias, las concentraciones de trabajadores extranjeros persisten en los sectores que con frecuencia son despreciados por los nacionales, aun cuando al mismo tiempo se ha dado una distribución de la mano de obra extranjera en todas las áreas de la actividad económica, en especial los servicios (OCDE, 1994: 37).

La persistencia de la segmentación en el mercado de trabajo es un tema común en muchos estudios sobre los inmigrantes y los mercados laborales. Castles y Kosack probaron la existencia de un esquema general de segmentación del mercado de trabajo entre los trabajadores nativos e inmigrantes en Europa occidental en los años setenta (Castles y Kosack, 1973). Collins considera el “impacto de la inmigración de la posguerra en el crecimiento y la fragmentación de la clase obrera australiana” como “uno de los aspectos más sobresalientes de la experiencia de la inmigración australiana” (Collins, 1991: 87). Un reporte del Departamento de Trabajo de Estados Unidos concluía:

La consecuencia actual más importante de la internacionalización, la reestructuración industrial y el crecimiento en el número de orígenes nacionales y el estatus legal de los nuevos inmigrantes es la diversificación de las condiciones bajo las cuales participan los recién llegados en el mercado de trabajo estadounidense. Hacen su entrada en el país con capacidades, recursos y motivaciones cada vez más diversos. Además, en una escala que está aumentando, arriban con diferentes estatus legales. A su vez, esta proliferación de estatus se puede convertir en nueva fuente de estratificación social y económica (U.S. Department of Labour, 1989: 18).

La gama y el significado de la diversidad del mercado de trabajo inmigrante se desdibuja por las perspectivas de política y de análisis que enfatizan la homogeneidad de los mercados laborales competitivos o los agudos contrastes entre los mercados de fuerza de trabajo primarios y secundarios (U.S. Department of Labour, 1989: 18). Es frecuente que carezca de sentido generalizar sobre los ingresos promedio y otros efectos de la inmigración en el mercado de trabajo; del mismo modo que carece de sentido asumir un interés general en las discusiones de la política de inmigración. La inmigración tiene efectos extremadamente desiguales sobre diferentes estratos sociales. Algunos grupos se benefician a partir de políticas que facilitan la expansión a gran escala de la migración de mano de obra extranjera, mientras que otros

se ven perjudicados (Borjas, 1999: 12-13). Quienes ganan son los grandes inversionistas y los patrones que están a favor de una inmigración extensa como parte de una estrategia de desregulación del mercado laboral. Quienes pierden son muchos de los propios migrantes, que se ven forzados a emplearse en puestos inseguros, donde son explotados, con pocas oportunidades de promoción. Entre los perdedores están también algunos miembros de la fuerza laboral ya existente, cuyos empleos y condición social podrían empeorar por tales políticas.

En los años ochenta hubo un repunte en la conciencia de que las fuerzas de trabajo de los inmigrantes se estaban tornando bipolares, con agrupaciones en los niveles más altos y más bajos del mercado laboral. El líder de la sección del ILO para los trabajadores migrantes llamó a la cantidad en ascenso de trabajadores extranjeros profesionistas, técnicos y sus parientes provenientes de Europa occidental, los migrantes "altamente invisibles"; según sus cálculos conformaban una cuarta parte de los residentes extranjeros que vivían legalmente en la antigua CE (Böhning, 1991a: 10). Los estadounidenses, canadienses, japoneses y europeos de los estados vecinos que no pertenecían a la CE, comprendían la mayor parte de esos migrantes altamente invisibles. No obstante, las poblaciones de residentes extranjeros, como los turcos en Alemania, estereotipados como obreros, incluyen además una cantidad sorprendente de profesionistas y empresarios.

Una polarización en las características del mercado de trabajo de los inmigrantes se hizo visible también en Estados Unidos. Borjas encontró un patrón general de disminución en la capacitación de las cohortes de inmigrantes posteriores a 1965, en comparación con las de inmigrantes anteriores. Lo cual es resultado de los cambios hechos en la ley de inmigración en 1965, que abrieron el país a la inmigración del mundo entero (véase capítulo 3). A medida que disminuyeron los ingresos de Europa occidental para favorecer los de Asia y América Latina, las diferencias entre las regiones en los parámetros socioeconómicos y educativos prevalecientes se vieron reflejadas en capacidades menores y mayor pobreza de los inmigrantes posteriores a 1965 (Borjas, 1990, 1999). Estados Unidos es mucho más atractivo a los mexicanos más pobres y menos privilegiados que para los mexicanos de clases media y alta, quienes muestran poca inclinación a emigrar de una sociedad marcada por la desigualdad extrema en la distribución del ingreso y en las oportunidades de vida (Borjas, 1990: 126). De ahí que apenas sorprenda que los jornaleros mexicanos que se legalizaron después de 1986 tuvieran en promedio apenas cuatro años de escolaridad.

La creciente polarización de los inmigrantes a Estados Unidos se hizo más aparente en las tasas de pobreza notablemente contrastantes de los diversos grupos nacionales de origen. La fracción de los inmigrantes provenientes de

Alemania e Italia que vivían en la pobreza era de 8.2 por ciento, mientras que los chinos y coreanos tenían tasas de pobreza de 12.5 y 13.5 por ciento, respectivamente; los de la República Dominicana y México sufrían de tasas que llegaban a 33.7 y 26 por ciento (Borjas, 1990: 148). De manera similar, Borjas encontró un fuerte vínculo entre un uso creciente de la beneficencia por parte de los inmigrantes y el carácter cambiante de la inmigración hacia Estados Unidos (Borjas, 1990: 150-162). Estas tendencias impulsaron a Borjas a defender los cambios en la ley de inmigración de Estados Unidos para aumentar el nivel de capacitación de los inmigrantes. El Acta de Inmigración de 1990 se proponía adjudicar casi el triple de visas reservadas para los trabajadores calificados, de 54,000 a 140,000 por año. Además, cada año se destinarían 10,000 visas para los inversionistas.

Como en Europa occidental, las proyecciones del mercado laboral para Estados Unidos alrededor de 1990 predecían un creciente déficit de personal altamente calificado. El Acta de Inmigración de 1990 estaba diseñada para aumentar la competitividad estadounidense en lo que era percibido como una competencia global por atraer fuerza de trabajo altamente capacitada. Al mismo tiempo, uno de los principales desafíos para el futuro que habría de enfrentar Estados Unidos se suponía que sería el de cómo encontrar trabajo con ingresos adecuados para las reservas existentes y proyectadas de trabajadores con poca o escasa capacitación, muchos de los cuales son miembros de minorías. No obstante, la defensa del reclutamiento temporal de trabajadores extranjeros para las industrias como los restaurantes y hoteles, la agricultura y la construcción, continuó a ambos lados del Atlántico, como en Alemania y Francia donde los patrones se quejaban de déficit de mano de obra a pesar de las tasas relativamente altas de desempleo. La política en torno a la segunda generación de políticas de trabajadores extranjeros temporales se examinó en el capítulo 4.

Un agudo patrón de segmentación del mercado laboral se hizo aparente también en Australia (véase capítulo 8). Collins identificó cuatro grupos de importancia:

1. varones nacidos en Australia, en países de habla inglesa y del norte de Europa, concentrados en forma desproporcionada dentro de los empleos burocráticos, de alta capacitación o de supervisión;
2. varones de países donde no se habla inglés que se concentraban densamente en los empleos de fabricación artesanal;
3. mujeres con antecedentes australianos o de habla inglesa en ventas y servicios de manera desproporcionada; y
4. mujeres con antecedentes en los que no se daba el habla inglesa que tendían a acceder a los peores empleos en las condiciones más precarias (Collins, 1978).

Para Collins: “quizá el punto crucial para comprender la inmigración australiana de la posguerra es que los migrantes de habla inglesa y los que no lo son tienen experiencias laborales muy diferentes” (Collins, 1991: 87).

Resulta por tanto evidente una segmentación en el mercado de trabajo dentro de las democracias industriales. Las divisiones tradicionales por género, que concentraban a las mujeres en el trabajo mal pagado y de bajo estatus, han sido abarcadas y reforzadas por las nuevas divisiones que afectan a los trabajadores inmigrantes de ambos sexos. A medida que se globaliza la migración, se dan brechas crecientes entre los inmigrantes y los no inmigrantes y entre distintas categorías de inmigrantes. Las tendencias futuras en el mercado laboral favorecerán la inmigración altamente calificada, pero la reserva de personas poco capacitadas que aspiran a inmigrantes es enorme y se ampliará exponencialmente en los años por venir.

La segmentación del mercado de trabajo lleva a la marginación de ciertos grupos en el largo plazo, incluyendo a muchos de los nuevos inmigrantes de orígenes no tradicionales. Por lo general no hay divisiones rígidas basadas en la raza, la etnicidad o la condición de ciudadanía. En cambio, algunos grupos han estado representados en forma excesiva en ciertas posiciones de desventaja. A los miembros de dichos grupos, les va bien como individuos en el mercado laboral, pero a la mayoría no. Las causas se encuentran no sólo en factores específicos como la educación, la duración de residencia, la experiencia previa en el mercado de trabajo o la discriminación. Por lo general se requieren explicaciones más complejas para dar una comprensión histórica de los procesos de migración laboral y de establecimiento, junto con su papel en una economía mundial cambiante.

Ciudades globales, empresarios étnicos y trabajadoras inmigrantes

Los patrones de migración internacional están estrechamente vinculados con los flujos de capital, la inversión, el comercio internacional, la intervención extranjera directa e indirecta de carácter militar, la diplomacia y la interacción cultural. El trabajo pionero de Sassen (1998) enfatizó cómo los patrones de inversión extranjera y de desplazamiento de ciertos empleos de la manufactura de Estados Unidos hacia fuera, han promovido nuevas corrientes migratorias hacia dentro (o han tendido a expandir los flujos previamente existentes). Sassen subraya la importancia del surgimiento de las ciudades globales como Nueva York o Los Ángeles, para comprender los futuros patrones de la migración. Los vínculos entre las ciudades globales y las distantes regiones dependientes crean paradojas en las que enormes riquezas y el empleo profesional ampliamente

remunerado, coexisten de manera conflictiva con el creciente empleo en la industria del servicio para personas escasamente capacitadas, en condiciones similares a las del Tercer Mundo para las industrias clandestinas. La informalización laboral y la creciente ilegalidad del empleo de los extranjeros son características de las ciudades globales. A menudo coincide un numeroso empleo de extranjeros con el alto desempleo de los ciudadanos y extranjeros residentes. Estos últimos es probable que pertenezcan a minorías y con frecuencia han sido las víctimas de las pérdidas de los puestos de trabajo en las industrias que han cambiado sus operaciones de manufactura hacia fuera del país.

Como se hizo notar en capítulos anteriores, algunos grupos inmigrantes han desempeñado tradicionalmente papeles clave en la economía como comerciantes y empresarios. Desde la recesión de los años setenta, un volumen creciente de investigaciones ha examinado a los empresarios inmigrantes y sus efectos. En las democracias industriales, una cifra creciente de inmigrantes se emplea a sí misma; estos son propietarios de pequeños negocios (Waldinger *et al.*, 1990). Lo más típico son los restaurantes étnicos, las tiendas de alimentos de “má y pá” y locales de venta al menudeo. Los negocios que son propiedad de los inmigrantes por lo general emplean a miembros de la familia del país de origen. Light y Bonacich, en su influyente estudio, *Immigrant Entrepreneurs* (1988), rastrean los orígenes de la comunidad empresarial coreana en Los Ángeles hasta la guerra de Corea, que llevó al establecimiento de extensos lazos transnacionales y eventualmente a la migración entre la República de Corea y Estados Unidos.

Los estudios en Francia enfatizaron de igual forma la compleja génesis de los empresarios inmigrantes. Abdelmalek Sayad, sociólogo francés, hizo notar que los “mercaderes del sueño” que proporcionaban alojamiento para los extranjeros ilegales, usualmente compatriotas, aparecían entre los primeros empresarios norafricanos en Francia (Vuddamalay, 1990: 13). En Alemania había 150,000 negocios propiedad de extranjeros en 1992, entre ellos 33,000 eran de los turcos, que generaron 700,000 puestos de trabajo en 1991 y registraron ventas por 25,000 millones de marcos alemanes (aproximadamente 17,000 millones de dólares) e invirtieron seis millones de marcos alemanes (*This Week in Germany*, septiembre 18, 1992: 4).

Los inmigrantes empresarios han sido evaluados de formas divergentes. Algunos académicos, como Fix y Passel, enfatizan el dinamismo económico de los inmigrantes empresarios con sus efectos positivos sobre el crecimiento económico y la calidad de vida de los consumidores:

La actividad empresarial de los migrantes mismos constituye otra fuente de creación de empleos. En 1990, casi 1.3 millones de inmigrantes (7.2%) eran autoem-

pleados, tasa marginalmente más alta que la de los nativos (7.0%)... Durante los años ochenta, los empresarios inmigrantes se incrementaron dramáticamente, en 1980 el 5.6% de los que vivían en Estados Unidos era autoempleado, pero para 1990 el mismo grupo de inmigrantes anteriores a 1980 (que había estado en este país por una década adicional) tenía una tasa de autoempleo de 8.4% (Fix y Passel, 1994: 53).

Una perspectiva más crítica pone énfasis en el sufrimiento humano que se deriva de la competencia intensa, las largas horas de trabajo, la explotación de la mano de obra familiar y de extranjeros ilegalmente empleados, los problemas sociales que se desencadenan, etcétera (Light y Bonacich, 1988: 425-435; Collins *et al.*, 1995). Los disturbios de 1992 en Los Ángeles revelaron una invisible tirantez entre los empresarios negros y coreanos en el área. Las tensiones entre ambos grupos se manifestaron en otras ciudades importantes de Estados Unidos, en fricciones que eran similares a los sentimientos antisemitas cuando se salieron de control los guetos estadounidenses en los años sesenta. Esas tensiones apuntan de nuevo a la necesidad de una aproximación amplia hacia la comprensión de la inmigración. La parte oscura de los empresarios inmigrantes se sintetizaba en un reporte de 1997:

La solidaridad étnica supuesta tiende a que se vean los negocios étnicos bajo otra luz, como excluyentes, con tendencias a formar clanes, presta a impedir el acceso a los negocios y las oportunidades de empleo a los nativos... Las transacciones informales de negocios en las comunidades inmigrantes que normalmente están reguladas por el chisme y el ostracismo a veces se pueden observar en formas claramente ilegales. Para algunos de los parientes involucrados, los tan valorados “fuertes lazos familiares” que mantienen abierta una tienda durante 24 horas al día pudieran, parecer explotadores e injustos. Incluso, hay razón para creer que el autoempleo migrante es más una estrategia de supervivencia que una indicación de éxito socioeconómico —más un bote salvavidas que una escalera (*Research Perspectives on Migration*, 1997: 11)

La investigación en los años ochenta y noventa iluminó un área todavía mayor en el conocimiento del rol que juega el mercado laboral de las mujeres inmigrantes. Houstoun *et al.* (1984) documentaron el predominio femenino en la inmigración legal a Estados Unidos desde 1930. Concluyeron que la estancia de las fuerzas militares estadounidenses en el extranjero desempeñaba un papel importante en ello. Hicieron evidente que casi unas 200,000 esposas de soldados, nacidas en Asia, residían en Estados Unidos a principios de los ochenta. Mientras que los migrantes varones en edad de

trabajar reportaban una tasa de participación en la fuerza de trabajo similar a la de los hombres del país (77.4 por ciento); las inmigrantes tenían menos probabilidades de reportar una ocupación que las mujeres estadounidenses. El patrón de polarización considerado previamente era mucho más pronunciado con las mujeres inmigrantes: se concentraban más en las ocupaciones altamente calificadas (28.1 por ciento) que las nativas, pero también lo hacían en los empleos de más bajo estatus en el trabajo burocrático (18.0 por ciento), los puestos operativos semicalificados en la manufactura (17.9 por ciento) y el trabajo para hogares privados (13.9 por ciento) (Houstoun *et al.*, 1984).

Los datos acerca del empleo femenino inmigrante en Australia revelaron una aguda segmentación. Collins y Castles utilizaron los datos del censo de 1986 para examinar la representación de las mujeres en la industria manufacturera. La cifra del índice 100 indica una representación promedio. Encontraron altos grados de representación excesiva para las mujeres nacidas en Vietnam (494), Turquía (437), Yugoslavia (358) y Grecia (315). Las mujeres nacidas en Estados Unidos (63), Canadá (68) y Australia (79) estaban subrepresentadas (Collins y Castles, 1991: 15). La concentración femenina en las industrias manufactureras que atravesaban por una reestructuración, las hacía desproporcionadamente vulnerables al desempleo. Se pensó que las mujeres inmigrantes con antecedentes en lugares en los que no se habla inglés estaban representadas en exceso en el trabajo de maquila para las industrias textiles, del calzado, electrónica, de empaques, de alimentos y verduras. Collins y Castles consideraban a estas trabajadoras como la sección tal vez más explotada de la fuerza de trabajo australiana (Collins y Castles, 1991: 19).

Morokvasic ha señalado que por lo general las mujeres inmigrantes de zonas periféricas que viven en las democracias occidentales e industriales:

representan una oferta de mano de obra que es a un tiempo la más vulnerable, la más flexible y, al menos al principio, la menos demandante. Se han incorporado en mercados laborales sexualmente segregados, el estrato más bajo de las industrias de alta tecnología o los sectores "más baratos" de aquellas industrias de mano de obra intensiva, que emplean el trabajo menos costoso para seguir siendo competitivas (Morokvasic, 1984: 886).

Los esquemas de migración laboral en la era posterior a la Guerra Fría siguieron con este tipo de incorporación del trabajo femenino; extendiéndolo a nuevas áreas de migración como el sur de Europa y el sureste asiático. La explotación de la mujer en el tráfico de personas se examinó en el capítulo 4.

Mano de obra extranjera en las industrias automotrices y de la construcción en Francia

En muchos países altamente desarrollados, los trabajadores migrantes se concentran marcadamente en las industrias automotrices y de la construcción. El que los patrones recurran a la mano de obra extranjera en estos sectores ha sido particularmente significativo –tanto en términos cuantitativos como políticos– en Francia. En el clímax de la inmigración laboral a inicios de los años setenta, unos 500,000 extranjeros estaban empleados en la industria de la construcción, esto es casi una cuarta parte de los extranjeros con empleo en Francia. En el ensamblado de vehículos automotrices había unos 125,000 extranjeros, lo que representaba uno de cada cuatro de los trabajadores de la industria automotriz. Sólo la industria de los servicios de limpieza tenía una tasa más alta de empleados extranjeros, en comparación con los empleados franceses en 1980 (M.J. Miller, 1984).

Los desproporcionados efectos de la recesión de los años setenta en los trabajadores extranjeros en la industria automotriz y de la construcción fueron incontrovertibles. Aunque los extranjeros representaban un tercio de los empleados del sector de la construcción, sufrieron entre 1973 a 1979 cerca de la mitad de las pérdidas totales de empleo; para 1989 habían descendido para representar el 17 por ciento de la fuerza de trabajo de la industria de la construcción (OCDE, 1992: 24). En la industria automotriz, el empleo total de hecho se incrementó en 13,000 para el mismo periodo, aunque los trabajadores extranjeros fueron golpeados fuertemente por los despidos, con una cifra que descendió a 29,000. Durante los años ochenta, decenas de miles de puestos de trabajo adicionales se perdieron, y los extranjeros se vieron afectados de manera desproporcionada.

Un reporte elaborado por la *Fédération Nationale du Bâtiment*, la principal asociación del sector de la construcción francesa, revela que el empleo total en el sector de la construcción declinó a 11.7 por ciento de 1974 a 1981. Pero la reducción del componente de trabajadores extranjeros, de alrededor de 150,000 empleos, representó una pérdida del 30 por ciento de la fuerza de trabajo extranjera en 1974, mientras que la disminución de 45,000 en la cifra de trabajadores franceses empleados representó tan sólo un descenso del 3.9 por ciento respecto a los niveles de empleo de 1974. En otras palabras, tres de cada cuatro empleos perdidos en la industria de la construcción de 1974 a 1981 habían sido de los extranjeros.

El empleo de estos trabajadores en las industrias de la construcción y automotriz alcanzó su máximo nivel en 1974, para sufrir luego una aguda contracción. No obstante, de acuerdo con una encuesta del Ministerio del Trabajo, los

trabajadores extranjeros todavía conformaban en 1979 el 28 y 18.6 por ciento de las fuerzas de trabajo de las industrias de la construcción y automotriz, respectivamente. Esto es aún más notable porque, además de detener el reclutamiento, el gobierno francés buscaba reducir el empleo de trabajadores extranjeros por medio de un programa que ofrecía incentivos en efectivo por la repatriación. También se dio un programa de *revalorisation du travail manuel*, que buscaba sustituir a los trabajadores extranjeros por franceses a través del mejoramiento de las condiciones de los trabajos manuales. Tanto los programas de repatriación como los de *revalorisation* tuvieron poco éxito.

Antes de 1974, la industria de ensamblado automotriz se caracterizaba por una alta tasa de rotación de los empleados extranjeros. Patrón que se alteró profundamente por la prohibición de reclutamiento de 1974. Consecuencias de importancia de la estabilización de la fuerza de trabajo extranjera fueron el envejecimiento de la fuerza laboral extranjera, su creciente sindicalización y cohesión sociopolítica al igual que el resentimiento por la discriminación percibida contra los extranjeros en términos de oportunidades en su carrera laboral. Para los años ochenta, la mayoría de los trabajadores automotrices extranjeros habían estado empleados por un mínimo de cinco años por su compañía. Por ejemplo, en la planta de Talbot-Poissy, en 1982, sólo uno de los 4,400 trabajadores manuales marroquíes empleados ahí había trabajado menos de cinco años. Unos 3,200 habían estado ahí por 10 años o más (Croissandeau, 1984: 8-9).

Es frecuente que los trabajadores extranjeros opten en grupo por unirse o votar a favor de diversos sindicatos, sea por su nacionalidad específica o de un taller específico. De ahí que el apoyo pueda cambiar radicalmente de un sindicato a otro, dependiendo de las visiones de los trabajadores extranjeros respecto a un programa específico del sindicato en cuanto a temas que les conciernen. La volatilidad de los vínculos con los sindicatos franceses se deriva en parte del desarrollo paralelo de organizaciones en gran parte autónomas que se dan a nivel de los talleres. En muchos casos, la cohesión de éstos se fundaba en la solidaridad nacional o religiosa. Para la década de los ochenta, los grupos de solidaridad islámica, cuyos lugares de contacto eran las salas de oración proporcionadas por la administración dentro de las fábricas, se habían convertido en una fuerza de importancia. En otros casos, los grupos revolucionarios clandestinos afectaban la forma de integración de los trabajadores extranjeros en las estructuras de los sindicatos.

El extraordinario sentido de identidad colectiva que se hizo evidente en los trabajadores extranjeros de la industria automotriz en los años ochenta se derivó de la estratificación que vinculaba a los que tenían antecedentes étnicos y religiosos similares en las líneas de ensamblaje y otros trabajos manuales. La notable concentración de trabajadores extranjeros en puestos de trabajo de poca

o escasa calificación en la planta de Renault-Billancourt era típica de las plantas automotrices que empleaban grandes cantidades de trabajadores extranjeros. Cualquier intento de explicar la certificación en los niveles bajos de la mayoría de los trabajadores extranjeros debe hacer referencia al proceso de reclutamiento. Citroën y, en menor grado, otras fábricas francesas de automóviles, deliberadamente seleccionaba a los trabajadores físicamente aptos pero escasamente educados para ocupar posiciones de trabajo manual. Se sentía que los bajos niveles de educación y un atraso general los hacían más adecuados para los empleos monótonos y a menudo físicamente extenuantes que a los franceses. De ahí que muchos fueran analfabetas.

Con pocas esperanzas de ascenso profesional, un buen número de trabajadores extranjeros en la industria automotriz se sentían frustrados con sus empleos. El desencanto y la dificultad de su trabajo se reflejaban en ausentismo y hábitos de trabajo por lo general poco disciplinados (Willard, 1984). Mientras que los patrones alguna vez apreciaban a los trabajadores extranjeros por su esfuerzo y disciplina, comenzaron a quejarse de problemas en la producción y el control de calidad. Las dudas de los patrones respecto a contratar mano de obra extranjera se concretaron en una ola de huelgas de obreros extranjeros primordialmente, que invadieron la industria en los años setenta, antes de hacer temblar sus cimientos en los años ochenta.

Estas huelgas hicieron surgir planes para la reestructuración y modernización de la industria automotriz francesa. Tanto Peugeot como Renault, las dos principales firmas (Peugeot había adquirido Citroën y Chrysler Europa a finales de los setenta), anunciaron planes de automatización de la producción a través del uso de robots industriales. La inquietud en las fábricas continuó esporádicamente hasta principios de los años noventa, pero nunca alcanzaría de nuevo dimensiones comparables a las del periodo 1973-1983. La industria de la construcción, con su tasa de sindicalización más débil, rampante empleo ilegal de extranjeros, subcontratación ampliamente difundida y el predominio de pequeños y medianos patrones, no experimentó inquietudes paralelas. No obstante, la reestructuración económica, según se veía a través de la ventana de estas dos industrias francesas, había afectado de manera desproporcionada el empleo de inmigrantes, trayendo consecuencias políticas de gran alcance.

Sin embargo, en otras industrias francesas, el empleo de extranjeros vivió un crecimiento entre 1973 y 1999. Esto fue particularmente cierto para los servicios y la industria del vestido. En otros países se han documentado desarrollos similares aparentemente contradictorios. Los migrantes son desproporcionadamente vulnerables a la pérdida del empleo durante las recesiones y los periodos de reestructuración económica en las industrias en declive, pero no en otras. Tapinos y De Rugi sugieren que “los trabajadores inmigrantes más sen-

sibles a la demanda fluctuante, parecerían ser más populares que los nacionales en los sectores sujetos a fuertes cambios cíclicos, pero también estarían en riesgo durante una recesión” (OCDE, 1994: 168).

El proceso de segmentación del mercado de trabajo

Las industrias francesas del automóvil y de la construcción fueron típicas de la situación en todos los países altamente desarrollados, en el sentido de que exhibieron un patrón de concentración de trabajadores extranjeros en los empleos menos deseables. Éstos a menudo eran insalubres, físicamente agotadores, peligrosos, monótonos o socialmente carentes de atractivo. Tal estado de cosas se conformaba por muchos factores en ambas industrias. El empleo de los trabajadores extranjeros y coloniales se había convertido en una tradición antes de la Segunda Guerra Mundial. En el periodo posterior a 1945 ambas industrias enfrentaron una seria escasez de mano de obra, problema que se resolvió a través del recurso a los extranjeros. El sistema de reclutamiento de trabajadores extranjeros legales ayudó a los patrones haciendo que el empleo y la residencia dependieran del trabajo en una cierta firma o industria –usualmente dentro de una ciudad o región– durante un periodo de varios años. Muchos obtuvieron con dificultad gradualmente la libertad para lograr movilidad en el empleo y en su lugar de residencia.

El sistema de reclutamiento canalizó a los trabajadores extranjeros hacia puestos menos atractivos. Los patrones deberían haber mejorado las condiciones de trabajo y los salarios de no ser por la disponibilidad de la mano de obra extranjera, o habrían sido incapaces de seguir en el negocio. El empleo de extranjeros de forma ilegal era raro en la industria automotriz: el tamaño de las firmas y la presencia de sindicatos fuertes lo hacía difícil. Pero era común en la industria de la construcción, donde afectó de manera adversa los salarios y las condiciones de trabajo. Esto tuvo el efecto paradójico de volver a la industria aún más dependiente de la fuerza de trabajo extranjera. A medida que el empleo en esa industria se devaluaba socialmente, los patrones con frecuencia podían encontrar sólo extranjeros para que realizaran el trabajo. Procesos similares afectaron a las trabajadoras extranjeras, las que se concentraron de manera notable en ciertos sectores de la manufactura, como el vestido y el procesado de alimentos, además de ocupaciones en el sector servicios como la limpieza, abastecimiento de comida y trabajo poco calificado en los servicios de salud. El empleo indocumentado femenino era incluso más común que el de los hombres, ya que las ideologías sobre las mujeres extranjeras como madres y amas de casa hacían más fácil integrar su papel en la fuerza de trabajo.

Había poco desplazamiento directo de los trabajadores franceses por parte de los extranjeros. Ciertos tipos de empleo fueron definidos socialmente como empleos para la mano de obra extranjera, y eran cada vez más evitados por los trabajadores franceses quienes, durante el largo periodo de la expansión de la posguerra, por lo general podían encontrar trabajo más atractivo en otros lugares. En efecto el empleo masivo de trabajadores extranjeros permitió la movilidad ascendente de muchos franceses. Este proceso general prevaleció hasta finales de los años setenta o inicios de los ochenta, cuando Francia entró en prolongada recesión y creció el desempleo.

Las estrategias de reclutamiento de los patrones contribuyeron también a la segmentación del mercado de trabajo entre los trabajadores franceses y extranjeros, algunos empresarios de la industria de la construcción preferían contratar a extranjeros ilegales, porque incrementarían sus márgenes de ganancia ya que no pagarían bonos ni impuestos por nómina, por ejemplo, además, hasta los años ochenta tenían riesgos mínimos de sanciones legales. Algunos patrones de la industria automotriz buscaban deliberadamente contratar a campesinos de baja escolaridad carentes de experiencia industrial, con el objeto de frustrar los esfuerzos de sindicalización de la izquierda. La estrategia tuvo el efecto de convertir el trabajo en la línea de ensamblaje en una opción menos atractiva aún para los trabajadores franceses. De la misma forma, los patrones de la industria del vestido encontraron que era particularmente fácil presionar a las mujeres extranjeras sin documentos para que realizaran maquilas con poca paga; por otra parte, esta situación se podía encontrar en prácticamente todos los países industriales (Phizacklea, 1990). En Francia, entre 1983 y 1991 el empleo en la industria del vestido, en su conjunto, descendió al 45 por ciento, pero el de los trabajadores extranjeros aumentó a 53 por ciento (OCDE, 1994: 40).

Eventualmente el modelo de estratificación étnica dentro de las plantas automotrices francesas se convirtió en un factor importante para la inconformidad de la fuerza de trabajo. La estrategia de divide y vencerás practicada por muchos patrones acabó por revertirse cuando los trabajadores extranjeros de la industria automotriz realizaron huelgas por la dignidad a finales de los años setenta y principios de los ochenta. La solidaridad étnica que produjo el proceso de segmentación en el mercado de trabajo, en muchas fábricas automotrices francesas fue un factor clave en la prolongación de las protestas. De igual forma se pueden encontrar paralelos en este renglón en los movimientos de los trabajadores migrantes en otros países (para Australia, véase, por ejemplo, Lever-Tracy y Quinlan, 1988).

El proceso de segmentación del mercado de trabajo es resultado, por lo general, de una combinación de racismo institucionalizado y racismo actitudinal más difuso. Esto se aplica sobre todo en países que reclutan "trabajadores hués-

pedes” bajo reglas legales y administrativas que restringen sus derechos en una forma discriminatoria. El estatus legalmente vulnerable de muchos trabajadores extranjeros refuerza, a su vez, el resentimiento contra ellos de los trabajadores ciudadanos, quienes temen que sus salarios y condiciones se vean debilitados. Esto puede combinarse con el resentimiento de los trabajadores extranjeros por razones sociales y culturales, lo que lleva a una peligrosa espiral de racismo. Estos elementos han afectado profundamente a los sindicatos y las relaciones laborales en los países que han experimentado inmigración de mano de obra desde 1945.

Inmigración, minorías y las necesidades del mercado de trabajo en el futuro

La suerte de los trabajadores marroquíes despedidos de la industria automotriz en Francia fue emblemática de un conjunto de problemas críticos a los que tuvieron que enfrentarse muchas democracias industriales. Todavía a principios de los años ochenta, una planta automotriz en el área típicamente parisina terminaba a mano los trabajos de pintura. Por lo general, equipos de trabajadores inmigrantes lo hacían y en muchos casos eran marroquíes. De todos los trabajadores marroquíes empleados en Francia en 1979 tan sólo en la industria automotriz estaba una cuarta parte de ellos. Se les reclutaba porque estaban deseosos de trabajar, existían redes de reclutamiento, además, tenían la reputación de ser un pueblo trabajador y aptos físicamente. Para 1990 la mayoría de los equipos de pintura habían sido reemplazados por robots. Muchos trabajadores quedaron sin empleo, y debido a la falta de antecedentes educativos, había poca esperanza de capacitarlos para que tomaran puestos que requirieran antecedentes escolares más avanzados. Su única esperanza para volver al empleo se basaba en hallar otro puesto manual que necesitara relativamente poca capacitación, pero esos puestos estaban desapareciendo.

A mediados de los años ochenta, en Europa occidental la reestructuración económica tuvo como resultado tasas de desempleo alarmantemente altas para los residentes extranjeros. En el año 2002, sus tasas de desempleo por lo general se encontraban muy por encima de las de la población en su conjunto. Todo indica que en el futuro cercano habrá todavía un superávit de trabajadores manuales respecto de las oportunidades de empleo. Las oportunidades se encontrarán sobre todo en el sector altamente calificado donde ya son visibles los déficit que continuarán en el futuro, o en la economía informal.

Las dificultades en el mercado de trabajo de los trabajadores despedidos se hacían más complejas por varias otras tendencias preocupantes. Los hijos de inmigrantes comprendían una porción creciente de la población en edad esco-

lar, pero tenían una probabilidad desproporcionada de tener un bajo rendimiento en la escuela, desertar tempranamente de ella, o entrar a la fuerza laboral sin el tipo de credenciales educativas y vocacionales que se requieren cada vez más para un empleo bien remunerado (Castles *et al.*, 1984: capítulo 6). Pero el escenario para los socialistas franceses implicaba a los descendientes de los trabajadores marroquíes despedidos de la industria automotriz, quienes dejaron pronto la escuela y se enfrentaron a raquíticos prospectos de empleo. El temor era que se llegara al síndrome del gueto al estilo de Estados Unidos, donde generaciones sucesivas de una población étnicamente distintiva queda atrapada en un círculo vicioso de desempleo que conduce al fracaso escolar y luego a la discriminación socioeconómica y finalmente a problemas en la vivienda.

Francia se enfrentó con una lucha cuesta arriba para asegurar que los miembros más vulnerables de la sociedad gozaran de una dosis razonable de igualdad de oportunidades. Los inmigrantes y sus descendientes conformaban una buena porción de la población en riesgo. Tal era la principal motivación detrás de los esfuerzos de Europa occidental por evitar la inmigración ilegal. Por lo general se sentía que la población más adversamente afectada por la competencia de parte de los extranjeros ilegales en los mercados de trabajo era la compuesta por las minorías existentes. Los efectos económicos generales de la inmigración suelen concebirse como marginalmente positivos (US Department of Labour, 1989; Borjas, 1999: 12-13). Pero los efectos en el mercado de trabajo de la inmigración y en particular de la ilegal son desiguales y se concentran espacialmente. En Estados Unidos algunos especialistas pensaban que los ciudadanos afroamericanos e hispanos eran los dos grupos más afectados por la inmigración ilegal. Sin embargo, estas conclusiones fueron cuestionadas y muchos grupos de defensa de hispanos vieron la inmigración ilegal como un flujo de entrada benigno, si no es que positivo, dado que aporta trabajadores muy necesarios, ayuda en los procesos de reunificación y de formación de comunidades.

Conclusiones

Este capítulo argumenta que la reestructuración económica desde los años setenta ha hecho aparecer nuevos flujos de inmigración y nuevos modelos de empleo de los inmigrantes. La ascendente diversificación de las situaciones de trabajo de éstos y sus efectos en los mercados de trabajo ha sido una consecuencia significativa. Una importante revisión de literatura sobre los impactos macroeconómicos de la inmigración desde mediados de los años setenta, señala que los estudios convergen “en concluir que la inmigración no causa la saturación del mercado de trabajo y no deprime el ingreso de los nacionales... Ésta

es quizás la contribución más importante que han hecho los economistas para clarificar los temas implicados” (OCDE, 1994: 164).

Quienes se oponen a la inmigración suelen argumentar que daña a los trabajadores de los niveles bajos al quitarles sus empleos y que puede dañar la economía del país receptor al afectar la balanza de pagos, causando inflación y reduciendo el incentivo para el mejoramiento de la productividad y el progreso tecnológico. Los economistas en países de inmigración de larga data como Estados Unidos y Australia han llevado a cabo gran número de investigaciones empíricas y análisis econométricos sobre estos tópicos. En Europa, en contraste, esa investigación se encuentra en pañales. El Consejo Nacional de Investigación (CNI) presentó hace poco un reporte llevado a cabo por un panel de los principales economistas y otros científicos sociales estadounidenses arrojó que el impacto agregado de la inmigración en la economía estadounidense era bastante pequeño. Sin embargo, encontraron que la inmigración “produce ganancias económicas netas para los residentes domésticos por varias razones. En el nivel más básico los inmigrantes incrementan la oferta de mano de obra, ayudando a producir nuevos bienes y servicios. Pero dado que se les paga menos de lo que representa el valor total de estos nuevos bienes y servicios, los trabajadores nacionales como grupo deben sacar ventaja” (Smith y Edmonston, 1997: 4). Ahora bien el reporte continúa para advertir:

Sin embargo, aun cuando la economía en su conjunto obtiene ganancias, puede haber perdedores al igual que ganadores entre los diferentes grupos de residentes estadounidenses, junto con los inmigrantes mismos, quienes ganan son los propietarios de los factores productivos que se complementan con la mano de obra de los inmigrantes –esto es trabajadores nacionales altamente calificados, y quizá propietarios del capital– cuyos ingresos se incrementarán. Aquellos que compran bienes y servicios producidos por la mano de obra inmigrante también se beneficiarán. Los perdedores serán los trabajadores nacionales menos capacitados que compiten con los inmigrantes cuyos salarios descenderán (Smith y Edmonston, 1997: 5).

Este hallazgo no es inesperado, pero no por ello menos importante. Grupos en competencia de trabajadores locales pueden, con razón, verse amenazados por la inmigración, lo que explica el que algunas personas de la clase trabajadora estén dispuestas a apoyar a los partidos que se oponen a la inmigración. Empero, los estudios econométricos realizados por el panel del NRC, revelaron que “la inmigración ha tenido un impacto adverso relativamente pequeño en los salarios y las oportunidades de empleo de los grupos nativos en competencia”. Es evidente que el impacto menor se debe al efecto de dispersión de la migración –donde descienden los salarios, los trabajadores tienden a trasladarse hacia áreas en las que éstos son mejores (Smith y Edmonston, 1997: 7).

Los economistas australianos han estudiado la migración por muchos años, dado que ésta ha sido el motor del crecimiento económico de su país desde los años cuarenta (Wooden, 1994; Castles *et al.*, 1998; Foster, 1996). Un estudio reciente llevado a cabo por el economista Will Foster concluye:

... que la inmigración impacta en la economía tanto el lado de la demanda como el de la oferta. Los inmigrantes generan empleos al igual que los ocupan; pagan impuestos al igual que exigen al gobierno; traen consigo fondos del extranjero y contribuyen a mayores exportaciones al igual que las importaciones... Pero más allá de su mera presencia, la evidencia de la investigación muestra que los efectos en la demanda y la oferta, de hecho se equilibran entre sí con tal precisión que apenas pueden detectarse impactos marginales para cualquiera de los indicadores económicos clave... Al grado de que cualquiera de las medidas usuales de la salud económica han sido afectadas significativamente, la evidencia es que la inmigración por lo general ha sido benéfica para la economía australiana, para los prospectos de empleo y los ingresos de los residentes australianos (Castles *et al.*, 1998: capítulo 3).

Los patrones de segmentación del mercado de trabajo por género y origen étnico que habían surgido en los años setenta, por lo general han continuado y de muchas formas incluso se han hecho más pronunciados en los años noventa. Pero el crecimiento de la migración ilegal, las continuas deficiencias en las estadísticas y la creciente interdependencia transnacional, de la que la migración internacional es una parte integral, hacen difícil generalizar sobre los efectos de los inmigrantes en el mercado laboral. Al escribir acerca de las mujeres inmigrantes, Morokvasic señala que “probablemente es una ilusión hacer generalizaciones basadas en estos hallazgos en diferentes partes del mundo... Sólo pueden ser interpretados dentro del contexto socioeconómico y cultural específico en el que se observan tales cambios” (Morokvasic, 1984: 895). Hay variaciones tremendas en los modelos de empleo de los inmigrantes según los antecedentes étnicos, nacionales, de género, de tiempo transcurrido desde el arribo, condición legal, educación y entrenamiento. Complican aún más el asunto las estructuras económicas diversas, políticas gubernamentales, patrones de discriminación y tradiciones legales.

En Europa occidental un estudio (Commission of the European Communities, 1990) documentó el continuado patrón de desventajas al que se enfrentan los inmigrantes en el empleo, la educación y la vivienda. La discriminación continuó a pesar de las políticas de integración de muchos gobiernos. La desigualdad es a menudo intergeneracional y plantea un grave desafío a las tradiciones sociales y democráticas de Europa occidental. En Estados Unidos el paso del tiempo ha sido testigo, en general, de una movilidad intergeneracional ascendente para los inmigrantes de origen europeo. La pregunta esencial

que se puede plantear acerca de los inmigrantes a Estados Unidos es: ¿serán los inmigrantes mexicanos o dominicanos como lo fueron los inmigrantes irlandeses e italianos del siglo XIX y principios del XX? Parece demasiado pronto para responder esta pregunta, pero la movilidad intergeneracional mostrada por oleadas previas de inmigrantes ha generado un contexto y una expectativa más optimistas de las que prevalecen en Europa occidental. Algo muy similar podría decirse para Australia y Canadá. Sin embargo, Borjas ha mostrado fuertes evidencias de que la desventaja intergeneracional para los migrantes pobres con poca educación y sus hijos en Estados Unidos estaba surgiendo como patrón (Borjas, 1999).

La discriminación institucional e informal han contribuido claramente a la desventaja de los inmigrantes. En Europa occidental la discriminación inherente en las restricciones en el empleo y la vivienda, que son característicos de las políticas de los trabajadores huéspedes, canalizaron a los inmigrantes hacia sectores económicos y tipos de trabajo específicos. El análisis del empleo de trabajadores extranjeros en las industrias automotriz y de la construcción demostró los efectos desproporcionados de las pérdidas de empleo a través de la reestructuración económica desde los años setenta. Sin embargo, en los ochenta el empleo de inmigrantes en Francia aumentó en forma notable en el creciente sector de servicios. Los extranjeros legalmente residentes gozaban de un estatus legal más seguro y de mayores derechos que en el pasado; lo cual permitió a muchos extranjeros el ajustarse a la reestructuración. Algunos migrantes han desarrollado sus propias estrategias para lidiar con las desventajas del mercado de trabajo. La sindicalización de empleados extranjeros en Europa occidental y movimientos como los que se vieron en la industria automotriz francesa significaron formas de adaptación. La proliferación de los empresarios inmigrantes fue otra.

La segmentación del mercado laboral es un elemento central en el proceso que lleva a la formación de minorías étnicas. Tiene además vínculos complejos con otros factores que llevan a la marginación de grupos inmigrantes (véanse capítulos 1, 8 y 9). El trabajo de bajo estatus, las altas tasas de desempleo, las malas condiciones de trabajo y la falta de oportunidades de promoción, son a la vez causa y resultado de otros determinantes del estatus de minoría: discapacidad legal, estatus inseguro en la residencia, concentración en la vivienda en áreas en desventaja, escasos prospectos educativos y racismo.

Algunos sociólogos señalan que en la década de los noventa el conflicto entre el trabajo y el capital ya no es el principal tema social en las sociedades avanzadas. Éste ha sido reemplazado por el problema de la *exclusión* de ciertos grupos respecto a la sociedad dominante. Tales grupos están económicamente marginados por inseguridad en el empleo, bajos salarios y desempleo frecuente; lo son además socialmente por su escasa educación y su exposición al crimen,

la adicción y la desintegración familiar; a más de políticamente por no tener capacidad para influir en la toma de decisiones en cualquiera de los ámbitos de gobierno. Todos estos factores se unen para producir marginación espacial: la concentración en ciertas áreas urbanas y suburbanas, donde las minorías de diversos tipos son orilladas, prácticamente aisladas y olvidadas por el resto de la sociedad (Dubet y Lapeyronnie, 1992). Ciertos grupos de inmigrantes han tenido una alta propensión a sufrir la exclusión social. Se encuentran en doble desventaja: no sólo están entre los grupos con más desventajas en la sociedad contemporánea, sino que con frecuencia se les etiqueta también como causa de los problemas. De ahí que los inmigrantes experimenten una ola creciente de racismo, la que los aísla todavía más. Este proceso de formación de minorías étnicas se discute en los siguientes capítulos.

Lecturas recomendadas

Böhning (1984) proporciona perspectivas comparativas sobre los migrantes en el mercado de trabajo. El trabajo de Sassen (1988) también es significativo para este tópico. Borjas (1990) y Portes y Rumbaut (1996) examinan la situación de Estados Unidos. El trabajo anterior de Piore (1979) todavía es útil. Lever-Tracy y Quinlan (1988) y Collins (1991) ofrecen análisis para Australia. Waldinger *et al.* (1990) es una obra excelente sobre pequeños negocios, en tanto que Phizacklea (1990) examina los vínculos entre género, racismo y clase, a través de un estudio de caso de la industria del vestido.

Además de su reporte anual titulado ahora *Trends in International Migration*, la OCDE ha producido un flujo significativo de reportes y publicaciones atinentes al tema. Muchos de ellos son resultado de congresos internacionales, entre ellos *The Changing Course of International Migration* (1993) y su sucesor, *Migration and Development* (1994). *Combating the Illegal Employment of Foreign Workers* (2000) ofrece importantes reflexiones acerca del empleo ilegal de los migrantes.

Entre los trabajos importantes sobre la globalización y el empleo de los migrantes Stalker (1994, 2000) y Castles (2000) ofrecen una visión global del empleo migrante. Libros clave de los últimos años sobre la economía de la migración internacional son los de Portes (1995), Borjas (1999) y su compilación (2000), y Rotte y Stein (2002). Los múltiples libros de Philip L. Martin sobre la economía de la migración (1991-2002) son importantes. Sobre Australia, véase Castles *et al.* (1998). Sobre el Reino Unido, véase Glover *et al.* (2001). Para una influyente perspectiva de Estados Unidos, véase *Committee for Economic Development* (2001).

Capítulo 8

El proceso migratorio: una comparación entre Australia y Alemania

ESTE CAPÍTULO presenta una comparación de los estudios de caso del proceso migratorio en dos países con tradiciones y marcos institucionales muy diferentes. A pesar de estas divergencias, hay paralelos significativos en el desarrollo de la migración y de la diversidad étnica, como podrá verse aquí. Esto lleva a la conjetura de que la dinámica del proceso migratorio (como se discutió teóricamente en el capítulo 1) puede ser lo suficientemente fuerte como para dejar de lado las estructuras políticas, las políticas gubernamentales y las intenciones de los migrantes. Lo cual no significa, sin embargo, que estos factores no sean importantes: aunque el establecimiento y la formación de grupos étnicos se haya dado en ambos casos, eso se ha dado bajo condiciones muy diferentes. También han diferido los resultados, que pueden caracterizarse como la formación de *comunidades* étnicas en el caso australiano, frente a la formación de *minorías* étnicas en Alemania. Los ejemplos tienen un interés adicional por los grandes cambios que se han suscitado en ambos países desde mediados de los años noventa en actitudes y políticas respecto a la migración.

Australia y Alemania: ¿dos casos opuestos?

Tanto Australia como la República Federal de Alemania (RFA) han experimentado movimientos demográficos masivos desde 1945. En ambos casos, la inmigración desde el extranjero inició a partir del reclutamiento oficial de trabajadores migrantes. Desde un principio, las áreas de origen eran en gran parte las mismas. No obstante, las similitudes parecen terminar ahí, los dos países suelen ser vistos como polos opuestos en el espectro de la migración.

Australia es considerado uno de los países clásicos de inmigración: nación nueva que se ha construido en los últimos dos siglos, a partir de la colonización y la inmigración. Al igual que Estados Unidos y Canadá, es un país escasamente poblado que ha estado abierto a la colonización desde Europa e

incluso, más recientemente, a otros países. A partir de 1947 se ha dado una política ininterrumpida de inmigración planeada, diseñada tanto para aumentar la población como para generar crecimiento económico. La inmigración ha sido sobre todo un traslado permanente de familias de futuros ciudadanos, convirtiéndola en un país de gran diversidad étnica con políticas multiculturalistas. Después de 1996 se modificó este modelo, presentándose cambios importantes.

En contraste, Alemania, por lo general, es vista como una “nación histórica” con raíces que se remontan varios siglos atrás, aun cuando su unificación como estado no se logró sino hasta 1871. Las políticas posteriores a 1945 enfatizaban el reclutamiento de “trabajadores huéspedes” temporales, aunque también ha habido grandes entradas de refugiado y de “alemanes étnicos” desde Europa del este. A pesar de la política de cero-inmigración que se ha seguido desde 1973, el fin de la Guerra Fría trajo consigo nuevos movimientos poblacionales de carácter masivo. Hasta finales de los años noventa, los gobiernos aseguraban que Alemania “no es un país de inmigración”. Pero desde entonces se han dado cambios importantes en las actitudes y en las políticas de inmigración e integración.

Al comparar los dos países debemos observar la manera en que el proceso migratorio se configura por una cantidad de factores: los orígenes y el desarrollo de los flujos migratorios; la incorporación en el mercado de trabajo; el desarrollo de las comunidades de inmigrantes; la evolución de los marcos legales y las políticas de gobierno; y las diversas formas en que los inmigrantes interactúan con la sociedad del país receptor.

Las tablas 3 y 4 ofrecen cifras para las poblaciones de inmigrantes en los dos países. Las de Australia son de lugares de nacimiento, ya que muchas personas nacidas en el extranjero se han convertido en ciudadanos. En el año 2001, alrededor del 22 por ciento de la población había nacido en el extranjero. Además, cerca del 27 por ciento de quienes nacieron en Australia tenían al menos un padre inmigrante. De ahí que casi la mitad de la población hubiera nacido en el extranjero o tuviera al menos un padre nacido fuera. También había cerca de 400,000 aborígenes o gente que procedía del estrecho de la isla de Torres (2.2 por ciento de la población total), quienes en realidad son los únicos “no inmigrantes” en Australia.

En 1999, Alemania tenía 7'300,000 residentes extranjeros que conformaban el 8.9 por ciento de la población total. En 1990, antes de la reunificación, había 5'300,000 en los antiguos *Länder* (estados) de la República Federal. Estas cifras pasan por alto a los extranjeros que se convirtieron en ciudadanos. No obstante, constituyen un grupo muy reducido dado que las tasas de naturalización son bajas.

Orígenes y desarrollo de los movimientos migratorios

Los movimientos migratorios hacia Australia y Alemania se describieron en los capítulos 2 y 3. Aquí discutimos diferencias y similitudes en las experiencias de inmigración posteriores a 1945.

En 1947, el gobierno australiano empezó un programa de inmigración a gran escala, diseñado para aumentar la población por razones tanto estratégicas como económicas. El propósito original era atraer colonizadores británicos, pero las áreas de origen pronto se diversificaron. A finales de los años cuarenta muchos inmigrantes provenían del este y centro de Europa, mientras que en los cincuenta y sesenta predominaron los del sur europeo. Muchos europeos del este fueron seleccionados en los campos de desplazados, mientras que los que provenían del sur se reclutaron por medio de acuerdos bilaterales con los gobiernos italiano, griego y maltés. Dado que el gobierno australiano quería a la vez trabajadores y colonizadores, el reclutamiento inicial trajo consigo procesos de migración en cadena, a partir de los cuales los migrantes ayudaron a parientes, amigos y gente de su terruño para que se les unieran.

TABLA 3
AUSTRALIA: POBLACIÓN INMIGRANTE POR LUGAR DE ORIGEN
(Miles)

<i>País de origen</i>	1971	1981	1991	1996	2001
Europa	2,197	2,234	2,299	2,217	2,133
Reino Unido e Irlanda	1,088	1,133	1,175	1,124	1,086
Italia	290	276	255	238	219
Ex Yugoslavia	130	149	161	n.d.	n.d.
Grecia	160	147	136	127	116
Alemania	111	111	115	110	108
Otras partes de Europa	418	418	457	618	604
Asia (incluye medio oriente)	167	372	822	1,007	1,155
Nueva Zelanda	81	177	276	291	356
África	62	90	132	147	183
América	56	96	147	151	161
Total	2,563	2,969	3,676	3,813	3,988

Fuente: Censos australianos.
n.d. = no disponible.

TABLA 4
RESIDENTES EXTRANJEROS EN ALEMANIA
(Miles)

<i>País de origen</i>	1980	1990	1995	1999
Turquía	1,462	1,695	2,014	2,054
Ex Yugoslavia	632	662	798	737
Italia	618	552	586	616
Grecia	298	320	360	364
Polonia		242	277	292
Croacia	-	-	185	214
Austria	173	183	185	186
Bosnia-Herzegovina		-	316	168
España	180	136	132	130
Holanda	-	111	113	111
Portugal	112	85	125	133
Otros países	978	1,355	2,084	2,340
Total	4,453	5,343	7,174	7,343
de los cuales, CE/UE	-	1,632	1,812	1,856

Fuente: OCDE (1992): tabla 10; OCDE (2001): tabla B.1.5.

Notas: Las cifras se refieren al 31 de diciembre y se aplican a las antiguas *Länder* de la República Federal de Alemania, desde antes de la reunificación hasta 1990, a toda Alemania para 1995 y 1999. La ex Yugoslavia incluye a Bosnia-Herzegovina y Croacia en 1980 y 1990, pero estos países se muestran por separado en 1995 y 1999. CE/UE se refieren a la Unión Europea de 15 países miembros.

Alemania había sido escenario de varios movimientos migratorios de importancia desde 1945. El primero y más grande fue el de ocho millones de expulsados (*Heimatvertriebene*) desde las partes perdidas del *Reich* y tres millones de refugiados (*Flüchtlinge*) que llegaron a la RFA procedentes de la RDA hasta 1961. Estas personas eran de etnicidad germana e inmediatamente se convirtieron en ciudadanos de la RFA. A pesar de las tensiones iniciales, fueron absorbidos en la población y aportaron una fuente voluntaria de mano de obra para el “milagro económico” de Alemania (Kindleberger, 1967).

El siguiente movimiento –el de los “trabajadores huéspedes” del área del mar Mediterráneo– habría de ser el que contribuyera más a convertir al país en una sociedad multiétnica. Como en Australia, el reclutamiento de mano de obra por el gobierno era la fuerza motriz, pero existió una diferencia considerable: los “trabajadores huéspedes” no debían establecerse en forma permanente (véase recuadro 6). El sistema de “trabajadores huéspedes” estaba diseñado para reclutar trabajadores manuales (tanto hombres como mujeres) para

trabajar en fábricas y otros empleos de baja capacitación en Alemania. Los trabajadores extranjeros tenían una condición legal especial que restringía la reunificación familiar, limitaba el acceso al mercado de trabajo y los derechos sociales; además, daba escasas oportunidades de convertirse en ciudadano. Pero el fin del reclutamiento laboral en 1973 dejó como secuela una tendencia a la reunificación familiar y el establecimiento permanente. Muchas personas provenientes del sur de Europa se retiraron, pero quienes se quedaron eran sobre todo de países más distantes y culturalmente muy distintos, en especial de Turquía y Yugoslavia.

El caso turco ilustra de qué forma la migración temporal se transformó en establecimiento y en formación de comunidades. Turquía no tenía una tradición de migración laboral internacional: el movimiento inicial fue resultado de las políticas alemanas de reclutamiento. El gobierno turco esperaba aliviar el desempleo interno y conseguir divisas extranjeras a través de las remesas de los trabajadores. Los migrantes mismos buscaban escapar de la pobreza, del desempleo y de la dependencia respecto a los terratenientes semif feudales. Se esperaba que el dinero devengado y las habilidades adquiridas en el extranjero estimularan el desarrollo económico nacional. De ahí que los participantes turcos compartieran al principio la expectativa alemana de la migración temporal. No obstante, cuando Alemania detuvo el reclutamiento en 1973, muchos trabajadores turcos se quedaron y continuó la reunificación familiar. Los migrantes se dieron cuenta de que las condiciones económicas en casa eran malas y que no tendrían oportunidad de volver a emigrar posteriormente a Alemania. En 1974 había poco más de un millón de residentes turcos en una población extranjera total de 4'100,000. Esta cifra creció a 1'600,000 para 1982 y dos millones para 1995. La reunificación familiar no fue la única forma de perpetuar la migración: el desorden político y el conflicto étnico en Turquía generó olas de solicitantes de asilo, quienes encontraron refugio en las comunidades turcas y kurdas en el exterior. Las políticas del gobierno alemán no fueron efectivas para evitar que siguiera la inmigración y el establecimiento. La deportación masiva, aunque debatida, nunca fue una opción real para un Estado democrático comprometido con un amplio abanico de acuerdos internacionales.

Para mediados de los años setenta, tanto Australia como Alemania tenían grandes poblaciones de colonos permanentes. Las autoridades australianas aceptaban el establecimiento definitivo y comenzaron a buscar formas de manejar la diversidad cultural. En contraste, Alemania negaba oficialmente la realidad del establecimiento. Desde finales de los años setenta, ambos países experimentaron nuevas formas de inmigración, lo que llevó a una mayor diversidad.

La inmigración en Australia llegó a ser de alcance global. La política de Australia Blanca se abandonó formalmente en 1973; la inmigración asiática en

gran escala inició a finales de los años setenta con el arribo de los refugiados indochinos. Para mediados de los años ochenta, Asia era el origen del 40-50 por ciento de las llegadas. Australia atrajo también a latinoamericanos (trabajadores y refugiados) y a africanos (en números bastante pequeños). Creció también la inmigración de neozelandeses (quienes pueden entrar libremente). En los años noventa, las crisis económicas y políticas trajeron consigo nuevos flujos de entrada provenientes de la Unión Soviética, la antigua Yugoslavia, el medio oriente y Sudáfrica. Tanto la migración de trabajadores calificados como los ingresos de refugiados conllevaron la entrada de los dependientes de los inmigrantes. La composición cambiante de las entradas de inmigrantes refleja estos cambios. En 1962-1963, el 84 por ciento de quienes ingresaron provenían de ocho países europeos, encabezados por el Reino Unido (44 por ciento). (Las estadísticas de la migración australiana se basan en los años financieros, de julio a junio.) El resto provenía principalmente de Italia, Grecia, Yugoslavia, España, Malta, Alemania y Holanda. Nueva Zelanda (1.3 por ciento) y Egipto (1.1 por ciento) eran los únicos países no europeos en la lista de los 10 primeros (Shu *et al.*, 1994). En contraste, en 1998-1999, sólo uno de los 10 primeros era europeo —el Reino Unido, con 10.4 por ciento. Nueva Zelanda era el primero con 22 por ciento. Le seguían el Reino Unido, China, Sudáfrica, Filipinas, Yugoslavia, India, Indonesia, Vietnam y Hong Kong (DIMIA, 2001).

Alemania ha tenido tres tipos principales de inmigración en años recientes: primero, los ingresos de los solicitantes de asilo de Europa del este y de países no europeos; segundo, las llegadas de migrantes económicos (tanto capacitados como no capacitados, documentados e indocumentados) de Europa y fuera de ella; y tercero, la inmigración de *Aussiedler* o “alemanes étnicos” de la ex Unión Soviética, Polonia, Rumanía y otros países del este de Europa.

El artículo 16 de la Ley Básica de Alemania de 1948, estableció el derecho de las víctimas de persecución a buscar asilo. Hasta 1993, a cualquiera que afirmara ser solicitante de asilo se le permitía permanecer mientras había una decisión oficial respecto a su estatus de refugiado, lo que a menudo tomaba varios años. El movimiento de solicitantes de asilo se volvió significativo a finales de los setenta, y creció en forma rápida a medida que se desmoronaba el bloque soviético, alcanzando los 100,000 en 1986, 193,000 en 1990 y 438,000 en 1992 (OCDE, 1995: 195). La extrema derecha percibió el temor de migraciones masivas de gente desesperada y empobrecida del este al oeste y del sur al norte, incrementándose los incidentes racistas. En 1993, tras un debate prolongado y emotivo, se enmendó el artículo 16, lo que permitió a la policía aduanal germana rechazar a los solicitantes de asilo por una diversidad de razones. También se tomaron medidas para agilizar el proceso. Como resultado, se redujeron a 322,600 en 1993, 116,400 en 1996 y 95,100 en 1999 (OCDE, 2001, 170).

En 1992 se incrementó el número de solicitantes de asilo en la ex Yugoslavia. Al principio, muchos eran gitanos, como la mayoría de los solicitantes de asilo de Rumania. Este grupo étnico se convirtió en el principal blanco de la violencia racista a mediados de 1992. Los flujos de entrada de los solicitantes de asilo se incrementaron agudamente durante la guerra de Bosnia-Herzegovina y para 1995 Alemania albergaba a 345,000 desplazados provenientes de la ex Yugoslavia (UNHCR, 2000b: 239). Después de 1995, Alemania firmó acuerdos con los gobiernos bosnio y serbio para facilitar la repatriación. Quienes huían de Kosovo en 1999 recibieron protección temporal, pero la mayoría se repatrió rápidamente después de la crisis. En 1999, de los 7'300,000 residentes extranjeros en Alemania, los refugiados y solicitantes de asilo alcanzaban 1'200,000. Más de 400,000 de éstos eran “refugiados de facto” –personas a las que se negaba el estatus de refugiadas pero que no podían o no querían irse por razones políticas o miedo a la persecución (OCDE, 2001: 173).

Alemania dio fin al reclutamiento de mano de obra migrante en 1973, pero regresó a programas de trabajo temporal en los años noventa, con trabajadores de Polonia y otros países del este y centro de Europa. Unos 40,000 trabajadores contratados se admitieron en 1999. Los trabajadores estacionales también son admitidos hasta tres meses al año para trabajar en la agricultura, la hotelería y la alimentación. En 1999 había 223,400 trabajadores temporales. Bajo el nuevo sistema de “tarjeta verde”, establecido en el año 2000 para atraer trabajadores altamente capacitados (en especial para el sector de tecnología de la información), para febrero de 2001 se habían admitido unas 5,000 personas. Esto era mucho menos de los 20,000 trabajadores que se planeaba recibir (OCDE, 2001: 174-175). El que no se alcanzara la cifra esperada se debió a la duración limitada de los permisos de trabajo y a las restricciones para la reunificación familiar. También existe cierta migración indocumentada hacia Alemania, aunque no hay cifras oficiales disponibles. Además, muchos ciudadanos de la UE viven y trabajan en Alemania. Ya que no requieren de permisos de trabajo, su cifra es desconocida.

Los *Aussiedler* son personas de ascendencia alemana cuyos ancestros han vivido en Rusia y en Europa del este durante siglos. Como los expulsados después de 1945, tienen el derecho de entrar a Alemania y exigir la ciudadanía. Los *Aussiedler*, por lo general, son de origen rural y suelen tener problemas considerables en la adaptación social y en la entrada al mercado de trabajo. Se les proporciona una gama de servicios y beneficios que les faciliten el establecimiento, lo que actúa como un factor importante de atracción. Las llegadas de *Aussiedler* se elevaron de 86,000 en 1987 a un máximo de 397,000 en 1990. En este último año, 148,000 provenían de la Unión Soviética, 134,000 de Polonia y 111,150 de Rumania. En una época de tensión social y desempleo creciente, los flujos de llegada de los *Aussiedler* se tornaron impopulares. A pesar del prin-

RECUADRO 14

EL PÁNICO INMIGRATORIO EN AUSTRALIA Y EL "CASO TAMPA"

Debido a lo difícil de su acceso, Australia ha tenido poca inmigración ilegal en el pasado. La inmigración siempre ha sido un tema político, pero el nivel de conflicto ha estado acotado. Esta situación ha cambiado dramáticamente desde 1996 por dos factores: el ascenso al poder del Partido Una Nación y el incremento en las llegadas de balseiros. El asunto resaltó con el "caso Tampa" en el año 2001 y una elección federal que se concentró en buena parte en la inmigración.

Durante la elección federal de marzo de 1996, Pauline Hanson, candidata del Partido Liberal en Queensland, atacó duramente los servicios para los aborígenes, a tal extremo que se le retiró la candidatura por parte de su partido. No obstante, ganó una curul como candidata independiente y rápidamente estableció el Partido Una Nación, que buscaba apoyo a partir de los sentimientos antiinmigrantes. En su discurso inaugural en el parlamento federal, Hanson atacó a los pueblos aborígenes, hizo un llamado a detener la inmigración y a abolir el multiculturalismo y advirtió de la "asianización" de Australia. Tanto la Coalición Liberal-Nacional gobernante, como el Partido Laboral Australiano (PLA) reaccionaron lentamente para condenar la política de Hanson. La tendencia hacia la racialización de la política tuvo efectos inmediatos. El reforzamiento de la política de inmigración se dirigía a las categorías que se declaraba lastimaban los intereses nacionales: la reunificación familiar y los solicitantes de asilo. La consecuencia fue un clima mucho más hostil hacia la inmigración y el multiculturalismo.

Esta situación se exacerbó por el incremento en las llegadas de balseiros en el norte de Australia. Éstos se clasificaban en dos grupos: personas de origen chino que entraban de contrabando para trabajar y solicitantes de asilo provenientes de Iraq, Afganistán y otros países, que entraban desde Indonesia, por lo general en botes de pesca contratados por los traficantes de personas. Las cantidades no eran muy altas tomando en cuenta los parámetros internacionales, y nunca excedían en mucho a los 1,000 anuales, pero provocaron campañas hostiles en los medios e indignación popular. Ruddock, ministro de inmigración, atacó a los solicitantes de asilo como "personas que se adelantan en la fila", al afirmar que tomaban empleos que debían ocupar los refugiados "genuinos" que eran apoyados por el ACRNU. Declaró que los balseiros eran una amenaza para la soberanía australiana. En 1999 el gobierno aprobó las Visas de Protección Temporal con duración de tres años (VPT), que no les concedía derechos para el establecimiento permanente o la reunificación familiar. Otra forma de disuasión ha sido evitar que los balseiros arriben a las costas australianas y enviarlos de regreso a Indonesia. Como resultado, pueden languidecer en detención obligatoria hasta por tres años. Las huelgas de hambre, las rebeliones, las heridas autoinflingidas e incluso el suicidio se han hecho eventos cotidianos. El gobierno aprobó también medidas legales para limitar el poder de las cortes en asuntos de asilo (Crock y Saul, 2002, capítulo 5).

En agosto del 2001 el asunto empeoró aún más, cuando el barco carguero *MV Tampa* recogió de un bote que estaba a punto de naufragar frente a las costas del norte de Australia más de 400 solicitantes de asilo (sobre todo de Afganistán e Iraq). El gobierno se negó a conceder permiso al capitán para atracar y el *Tampa* echó anclas cerca del territorio australiano de isla de Navidad. Esto fue el inicio de una saga que incluyó a la diplomacia internacional, acalorados debates públicos en Australia y una agitada actividad política. En la “Solución del Pacífico”, Australia intentó exportar a los solicitantes de asilo a sus vecinos Nauru y Nueva Guinea –y estaba dispuesta a gastar grandes cantidades de dinero en ello. El asilo se convirtió en el tema central en la elección de noviembre, la que dio la victoria al primer ministro liberal-nacional, Howard. Antes del caso *Tampa*, se preveía un triunfo del partido laboral. El presupuesto federal de 2002-2003 incluyó 2,800 millones de dólares australianos para las medidas de control de las fronteras –un incremento de 1,200 millones respecto al año anterior. En el año 2002 se aprobaron aún más medidas legislativas de control fronterizo (Castles y Vasta, 2003).

cipio de admisión irrestricta, el gobierno alemán autorizó una cuota anual. Los arribos de los *Aussiedler* se redujeron a un promedio de cerca de 220,000 anuales entre 1991 y 1995. En ese entonces se limitaron aún más las cuotas, con tan sólo 105,000 ingresos en 1999 (OCDE, 2001: 170).

Australia conserva un programa regular de migración, establecido por el gobierno sobre la base de consideraciones económicas, sociales y humanitarias. Las llegadas con fines de establecimiento permanente alcanzaron un promedio de 110,000 por año en los años ochenta y de 90,000 en los noventa. El actual gobierno ha incrementado la migración calificada y limitado los ingresos de familias. El programa de migración de 2001-2002 (85,000) representa un aumento considerable en el ingreso planeado de trabajadores calificados (45,500), mientras que las entradas se proyectan a 21,200. Esto no incluye a quienes ingresan provenientes de Nueva Zelanda, que alcanzaron la cifra de 31,600 en 1999-2000. Adicionalmente, el programa humanitario ha alcanzado el promedio de 12,000 ingresos anuales desde inicios de los años noventa. Australia sigue siendo parte de los 10 países en el mundo que en colaboración con el UNHCR tienen programas para el reasentamiento de refugiados procedentes de países de un primer asilo. No obstante, desde finales de los años noventa, un número creciente de solicitantes de asilo ha llegado en bote de manera ilegal (véase recuadro 14). (Para fuentes detalladas y análisis de la migración reciente en Australia véase Castles y Vasta, 2003.)

La integración de Australia en las redes globales y regionales ha llevado a un incremento en la migración temporal. En el periodo 2000-2001, se concedieron 160,157 permisos temporales de residencia, de los cuales 45,669 eran

para trabajadores calificados. Las visas para estudiantes extranjeros conformaban también una categoría creciente: 86,277 se concedieron. La mayoría de los estudiantes provenían de Asia (DIMIA, 2001). La emigración por parte de los australianos también está creciendo. Trabajar en el extranjero se ha convertido en parte de la experiencia profesional y personal, se cree que más de 800,000 ciudadanos australianos viven en la actualidad fuera del país.

Australia ha recibido seis millones de inmigrantes desde 1947. Aunque siempre se planeó el establecimiento definitivo, tiene consecuencias no previstas: la composición étnica de la población ha cambiado de una manera nunca prevista por los arquitectos del programa de migración. Esto debido en parte a que la necesidad de mano de obra durante las fases de expansión ha dictado cambios en las políticas de reclutamiento. También por la forma en que la migración en cadena ha implicado procesos migratorios que se autoperpetúan. La mayoría de la población extranjera de Alemania es herencia del reclutamiento de trabajadores huéspedes en los años sesenta y setenta. Un total de más de 20 millones de personas han migrado hacia Alemania desde 1945: más del 60 por ciento de ellos han vivido en Alemania más de ocho años (OCDE, 2001: 170). El mayor grupo es el los dos millones de turcos, de los cuales 750,000 de hecho nacieron en Alemania (Oezcan, 2002). Hoy en día los movimientos son complejos e impredecibles.

Incorporación al mercado laboral

Todavía hasta 1973, tanto las políticas de inmigración australianas como alemanas se preocupaban de reclutar una fuerza de trabajo manual. Los migrantes no británicos que recibían apoyo para sus pasajes hacia Australia eran enviados a empleos en lugares de construcción como el complejo hidroeléctrico de las montañas nevadas, la industria pesada, o las fábricas (Collins, 1991). En forma similar, la Oficina Federal del Trabajo alemana canalizaba a los trabajadores extranjeros a empleos calificados y semicalificados en la construcción y las fábricas; además hacía uso de reglas que restringían los permisos de trabajo para conservarlos ahí tanto como fuera posible.

Los movimientos anteriores a 1973 fueron sobre todo migración del ámbito rural al urbano: los campesinos y los jornaleros mediterráneos emigraban por la pobreza, la ruptura de las estructuras sociales debido a la guerra, y la caída de las industrias locales. Muchos intentaron trabajar en forma temporal en las economías industriales, con la intención de usar las ganancias en mejorar sus tierras o establecer pequeños negocios a su regreso. Incluso en Australia gran cantidad de trabajadores del sur de Europa esperaban regresar a casa, y en efecto así lo hicieron en los sesenta y setenta, cuando mejoraron las condi-

ciones en sus países de origen. No obstante, con el tiempo las intenciones de un buen número cambió cuando quedó claro que no les sería posible lograr sus objetivos en el terruño tan rápido como esperaban en un principio. Como resultado se orientaron hacia una estancia a largo plazo y a la movilidad ocupacional en el país de inmigración (tendencia que iba pareja con la reunificación familiar: Piore, 1979: 50 y ss.).

Sin embargo, los trabajadores se encontraron con que, después de haber ingresado en la parte más baja del mercado laboral, les era difícil promoverse. Con frecuencia no se reconocía la capacitación de los inmigrantes, haciendo que algunos trabajadores calificados acabaran en puestos sin posibilidades de ascenso. Los empleos típicos para los hombres eran las líneas de ensamblado de vehículos, la construcción y el trabajo en las fundidoras; para las mujeres la industria del vestido, los textiles y el proceso de alimentos. Las ocupaciones en los servicios como atención en lugares de comida, recolección de desechos, limpieza de oficinas y trabajos no calificados también se llegaron a conocer como "trabajo migrante" (véase Castles *et al.*, 1984; Collins, 1991). Los factores estructurales y reglas discriminatorias que llevaron al bajo estatus inicial fueron la causa de esquemas duraderos de segmentación del mercado de trabajo. Esto se aplicó en particular a las mujeres, cuya situación se vio afectada tanto por las estructuras patriarcales en los países de origen como por la discriminación de género en el de inmigración. Su estatus ocupacional, salarios y condiciones, por lo general eran los peores de todos los grupos en el mercado de trabajo (Phizacklea, 1983, 1990).

La reestructuración económica desde los años setenta ha implicado cambios importantes. Quienes entraron antes de 1973 cargaron con el peso de ésta, a medida que disminuían los empleos de escasa calificación en la manufactura. La investigación de la OCDE mostró que una vez que los trabajadores de más edad son despedidos en las recesiones, tienen después muy pocas probabilidades de que se les vuelva a contratar (OCDE, 1995: 37). Cuando desaparecen los puestos poco calificados en la manufactura, muchos de los migrantes carecen de las habilidades de idioma y la educación básica necesarias para el reentrenamiento (Baker y Wooden, 1992). En Australia, el desempleo durante las recesiones de 1974-1975, 1982-1983 y 1990-1992 fue significativamente más alto para los inmigrantes que tenían antecedentes diferentes a los de habla inglesa (no experiencia angloparlante, NEA) que para los otros trabajadores (Ackland y Williams, 1992). A los trabajadores que sí los tenían (experiencia angloparlante, EA) les iba mucho mejor. El censo de 1996 mostró tasas de desempleo de 10.9 por ciento para los trabajadores NESB, 6.4 por ciento para los ESB y 7.8 por ciento para la población en general. La tasa de desempleo para los extranjeros en Alemania en 1999 era de 18.4 por ciento,

más de dos veces el 8.8 por ciento que se daba en el caso de los alemanes (OCDE, 2001: 171).

Un buen número de los nuevos migrantes ya no se ajustan al viejo estereotipo del obrero migrante sin capacitación. En Australia, muchos de Taiwán, Corea, China, Hong Kong y Malasia encuentran trabajo en empleos para los que se requiere capacitación, profesional y administrativa. Son necesarios nuevos migrantes para que cubran los déficit de capacitación, y son vistos como vitales para el vínculo de la economía australiana con las grandes “economías de los tigres” en la región. Alemania, al igual que otros países de la UE, experimenta un creciente intercambio internacional de administradores y expertos.

Al mismo tiempo, la segmentación anterior de los trabajadores migrantes en formas específicas de empleo, significa que no se pueden reemplazar fácilmente por la mano de obra local, incluso en épocas de alto desempleo.

Los que recién llegan como dependientes, solicitantes de asilo o refugiados, a menudo aportan su mano de obra en empleos inseguros, casuales y mal pagados en el creciente sector informal. El reconocimiento reciente de la caída en la fecundidad en los países occidentales está cambiando las actitudes hacia la inmigración; algunos economistas y diseñadores de políticas argumentan que la “inmigración de reemplazo” de baja capacitación será necesaria para conservar en el futuro el equilibrio demográfico y el crecimiento económico (UNDP, 2000).

Los hijos de migrantes que han accedido a la educación y el entrenamiento vocacional en el país de inmigración es frecuente que obtengan mejores empleos que sus padres. La investigación en Australia señala una movilidad sustancial intergeneracional. Por ejemplo, el censo de 1991 mostró que el 18.8 por ciento de los australianos varones descendientes de griegos tenían grados universitarios, en comparación con tan sólo el 2.5 por ciento de sus padres. Varios grupos de inmigrantes europeos parecían compartir este patrón, aunque usualmente en menor grado (Birrell y Khoo, 1995). No obstante, los inmigrantes de segunda generación con bajos niveles educativos tienen pocas oportunidades de empleo estable. Hasta los años ochenta, muchos hijos de extranjeros reprobaban en las escuelas alemanas, mientras que pocos patrones estaban dispuestos a darles un lugar para su entrenamiento (Castles *et al.*, 1984: capítulo 6). Más recientemente han mejorado las tasas de logro en las escuelas. No obstante, una comisión gubernamental encontró que aún existían rezagos sustanciales en escolaridad y entrenamiento técnico en la población de hijos de inmigrantes (Süssmuth, 2001).

Cuando llegaron los inmigrantes originales en los años cincuenta y sesenta, era fácil encontrar empleos con una categoría de ingreso en la industria. Estos trabajos ahora son escasos y poco frecuentes, lo que hace que muchos jóvenes

miembros de los grupos étnicos minoritarios se enfrenten a un futuro de trabajo casual y de desempleo frecuente. Algunos grupos e individuos logran escapar de esta situación, pero otros más se quedan atrapados en un círculo vicioso: la incorporación inicial al trabajo no calificado y las áreas residenciales con pocas oportunidades educativas se refuerzan por procesos de racialización. Los jóvenes en busca de trabajo pueden ser rechazados porque la combinación de credenciales educativas de baja calidad, su apariencia étnica y vivir en ciertos barrios puede convertirse en un estigma, denotar marginalidad y ser poco dignos de confianza (Häussermann y Kazapov, 1996: 361).

Una salida del trabajo en las fábricas es autoemplearse: los “pequeños negocios étnicos” se han vuelto significativos en prácticamente todos los países industriales (Waldinger *et al.*, 1990). En Australia, algunos grupos migrantes tienen tasas más altas de autoempleo, o como propietarios de negocios, que la población nacida en la localidad. Pero muchas pequeñas empresas quiebran y es alta la tasa de autoexplotación (largas horas de trabajo, condiciones pobres, uso de mano de obra familiar, inseguridad). Un buen número de empresarios étnicos se concentran en “nichos étnicos” como el comercio al menudeo, los alimentos, la construcción y el transporte (Waldinger *et al.*, 1990; Collins *et al.*, 1995). En Alemania, para 1999, 263,000 residentes extranjeros se clasificaban como autoempleados, al igual que 23,000 trabajadores familiares (OCDE, 2001: 175).

Formación de comunidades

En Alemania, muchos trabajadores extranjeros encontraron hospedaje a su llegada en albergues o campamentos cercanos al lugar de trabajo. En Australia, el departamento de inmigración brindaba posada a los recién llegados, con frecuencia les buscaba trabajo y vivienda a largo plazo en el área cercana. A medida que creció la necesidad de hospedaje familiar, los migrantes tuvieron que entrar en el mercado general de vivienda. Varios factores los ponían en desventaja. La mayor parte tenía bajos ingresos y pocos ahorros. Los primeros en llegar carecían de conocimientos de la localidad y de redes informales. Algunos caseros se negaban a rentarles migrantes mientras que otros hacían negocio con ellos al proporcionarles alojamiento en condiciones de promiscuidad y mala calidad. En algunos casos se daba discriminación en la distribución de la vivienda pública, con reglas que excluían de hecho a los migrantes o los ponían al final de largas listas de espera (véanse Castles y Kosack, 1973: capítulo 7). Por ello tendían a concentrarse en el centro de la ciudad o en áreas industriales donde había alojamiento disponible a bajo costo. La calidad de éste y los servicios sociales locales (escuelas, instalaciones de salud y recreación) a menudo era muy baja.

En Alemania, dicha concentración persistió mucho después del asentamiento inicial. En Australia, donde hay una larga práctica de ocupación de casas propias, muchos migrantes fueron capaces de mejorar su situación. Para 1986, la mayoría de los europeos del sur tenía casa propia gracias a una vida frugal y largas jornadas de trabajo; así que su tasa de ocupación de casa propia era de hecho más alta que para la población nacida en Australia (ABS, 1989). Muchos permanecieron en sus áreas originales de establecimiento, aunque algunos se trasladaron a los suburbios. Grupos más nuevos, como el de los inmigrantes indochinos, también tuvieron una trayectoria similar.

Se ha debatido mucho en ambos países sobre la formación de “guetos étnicos”. De hecho, en estos países, a diferencia de Estados Unidos, hay muy pocas áreas con poblaciones que sean predominantemente minoritarias. En cambio, es posible encontrar segregación basada en la clase, a partir de la cual los migrantes comparten ciertas áreas con grupos en desventaja pertenecientes a la población local: trabajadores de bajos ingresos, desempleados, beneficiarios del seguro social y pensionados. Mas hay barrios en los que un grupo étnico en particular es lo suficientemente grande como para tener un efecto decisivo en su apariencia, cultura y estructura social. La comunidad turca de Kreuzberg en Berlín occidental es un caso muy conocido. En Australia puede hallarse un marcado ambiente italiano en el área de Carlton en Melbourne, o en Leichhardt y Fairfield en Sydney. Hay barrios chinos en el centro de Melbourne y Sydney, e indochinos en Richmond (Melbourne) y Cabramatta (Sydney).

La segregación residencial de los migrantes tiene un doble carácter: por un lado, puede significar vivienda y servicios sociales en malas condiciones, al igual que un aislamiento relativo en cuanto a la población mayoritaria; por el otro, ofrece la oportunidad de que se formen comunidades, desarrollen infraestructuras e instituciones de carácter étnico. El signo más visible de este desarrollo es el establecimiento de tiendas, cafés y agencias que atienden las necesidades especiales de los migrantes. Los “profesionales étnicos” –médicos, abogados, contadores– también encuentran oportunidades en esas áreas. Los pequeños propietarios de negocios junto con los profesionistas forman el corazón de las clases medias étnicas y asumen papeles protagónicos en las asociaciones. Los organismos de bienestar atienden las necesidades especiales de los inmigrantes, compensando a veces los huecos que hay en los servicios sociales. Las entidades sociales instauran lugares de reunión. Las culturales tratan de preservar la lengua, el folclor y la tradición del terruño; implementan clases para enseñar el idioma y la religión. Las asociaciones políticas de todos los signos luchan por la influencia dentro de la comunidad. Es frecuente que su punto de partida sea la política del país de origen, pero a medida que transcurre el tiempo de estancia sus propósitos se orientan más hacia el país de inmigración.

La religión juega una parte importante en la formación de comunidades. A veces los migrantes pueden unirse a las estructuras existentes: por ejemplo, muchos europeos del sur de Europa en Alemania y Australia se afiliaron a los templos católicos. Sin embargo, a veces encontraron que la religión se practicaba de manera que no respondía a sus necesidades (Alcorso *et al.*, 1992: 110-112). Con frecuencia los sacerdotes o las órdenes religiosas (como los escalabrianos de Italia) acompañan a los migrantes, lo que da un carácter nuevo a las iglesias en áreas de establecimiento reciente de migrantes. Los cristianos ortodoxos de Grecia, Yugoslavia y Europa del este debieron constituir sus propias iglesias y comunidades religiosas. En años recientes, el desarrollo religioso más significativo ha estado ligado con la migración de los musulmanes: turcos y norafricanos hacia Alemania; libaneses, turcos y malasios hacia Australia. El establecimiento de mezquitas de asociaciones religiosas ha tenido una alta prioridad. Templos budistas, hindis y bahá'í se pueden encontrar también en países que eran casi exclusivamente cristianos.

Estos desarrollos se pueden ver en todos los países de inmigración. Se encuentran en las encrucijadas del proceso migratorio, cuando los grupos de migrantes transitorios se convierten en comunidades étnicas. Establecer redes e instituciones comunitarias significa que cuando menos se ha tomado una decisión parcialmente consciente de empezar a "crear espacios" y construir una nueva identidad (Pascoe, 1992). La formación de comunidades está ligada con la idea de una estancia a largo plazo o permanente, al nacimiento, la educación escolar de los hijos en el país de inmigración, al papel de las mujeres como "guardianas culturales", y sobre todo a que la segunda generación llegue a la mayoría de edad (Vasta, 1992). En Alemania, una percepción creciente de la naturaleza a largo plazo de la estancia llevó a la creación de asociaciones turcas (Kastoryano, 1996). Aunque muchas eran islámicas, estaban dirigidas cada vez más a conseguir derechos sociales y políticos en Alemania. Además, estaban vinculadas con una nueva identidad colectiva que se expresaba en la exigencia de la doble ciudadanía: esto es, el reconocimiento de ser tanto turcos como alemanes.

El concepto de comunidad étnica desempeña una parte fundamental en los debates sobre la asimilación y el multiculturalismo. La formación de comunidades no es un proceso mecanicista o predeterminado y no todos los migrantes forman comunidades: por ejemplo, no puede decirse que exista una comunidad inglesa en Australia o una comunidad austriaca en Alemania. La formación de comunidades no se ocupa solamente del mantenimiento cultural, sino que también es una estrategia para tratar con la desventaja social y dar protección frente al racismo. Las relaciones e instituciones que conforman la comunidad se basan inicialmente en las necesidades individuales y de grupo. No obstante, a medida que se desarrollan las empresas económicas, las asociaciones culturales y socia-

les, así como los grupos políticos y religiosos, surge una conciencia de la comunidad. Este proceso de ninguna manera es homogéneo; se basa en cambio en luchas por el poder, el prestigio y el control. La comunidad étnica puede concebirse mejor como una red cambiante, compleja y contradictoria. Es más intensa y fácil de identificar en el área del barrio, pero está a su vez ligada con redes más amplias en los espacios nacionales e incluso más allá. Las comunidades étnicas pueden adoptar un carácter transnacional y proporcionar la base de redes de comunicación que unen a la gente a través de las fronteras y de las generaciones (véase capítulo 1).

Marcos legales y políticas gubernamentales

Hay semejanzas importantes en el proceso migratorio en Australia y Alemania, pero las leyes y políticas que conforman la posición de los inmigrantes en la sociedad hasta hace poco fueron muy diferentes. La disimilitud estaba ligada con las diversas experiencias históricas de la formación del Estado-nación. El modelo australiano incorpora un concepto territorial de construcción de la nación adecuado para lo que fuera una colonia de pioneros: si las reglas de inmigración permiten a una persona volverse residente permanente, entonces la política de ciudadanía consiente que se convierta en miembro de la comunidad política y de la nación. En contraste, cuando surgió el *Reich* alemán como el primer Estado alemán moderno en 1871, la nacionalidad no se definía por la territorialidad, sino a través de la etnicidad según se muestra en la lengua y la cultura. Una persona sólo podía obtener la nacionalidad alemana por haber nacido en la comunidad alemana, de modo que la “sangre” se convertía en una etiqueta de la etnicidad. Hasta el año 2000, la ciudadanía alemana se basaba en la *ius sanguinis* (ley de la sangre o de la nacionalidad a través de la ascendencia). Millones de extranjeros eran parte de la sociedad pero estaban excluidos del Estado y la nación. Ésta era la justificación detrás del lema notoriamente absurdo de “la RFA no es un país de inmigración” (véase Hoffmann, 1990).

En Australia, la reunificación familiar se aceptó desde el principio y los recién llegados eran estimulados a convertirse en ciudadanos australianos. El periodo inicial de espera de cinco años para la naturalización se redujo a tres y luego a dos. En la actualidad, dos tercios de los inmigrantes que han estado en Australia más de dos años se han hecho ciudadanos australianos. La ciudadanía se basa de manera fundamental en la *ius soli* (ley del suelo, o la nacionalidad basada en el nacimiento en un territorio), de tal modo que los niños nacidos en Australia de inmigrantes legales son ciudadanos automáticamente. Los inmigrantes que se convierten en ciudadanos australianos pueden conservar su nacionalidad anterior, así que la doble nacionalidad es común.

Para Alemania hay dos marcos legales distintos. El primero se aplica a personas de ascendencia étnica alemana, entre ellos los expulsados y refugiados después de 1945, así como los actuales *Aussiedler*. Tienen derecho a la ciudadanía y no son considerados extranjeros. El requisito de una estancia prolongada, las condiciones restrictivas, amén de los complicados procedimientos mantuvieron bajas las naturalizaciones. Los extranjeros que deseaban naturalizarse debían renunciar a su nacionalidad anterior. Para mediados de los años ochenta, más de tres millones de extranjeros alcanzaron el periodo requerido de 10 años de residencia, pero sólo unos 14,000 por año obtuvieron de hecho la ciudadanía (Funcke, 1991). Los hijos de padres extranjeros no tenían derecho automático a la ciudadanía y la gran mayoría de los inmigrantes junto con sus descendientes siguieron sin ser ciudadanos.

En el periodo que siguió a la reunificación alemana de 1990, las reglas restrictivas de la ciudadanía se identificaban como un obstáculo importante para la integración social y política, en especial para los jóvenes con antecedentes inmigrantes. Las organizaciones de inmigrantes y antirracistas hicieron campaña para facilitar la naturalización. Una demanda clave era el derecho a la doble ciudadanía. A ciertos grupos de inmigrantes, en especial los turcos, el gobierno de su sociedad de origen no les permitía que dejaran la nacionalidad. En cualquier caso, el renunciar a la afiliación previa podría implicar tanto una pérdida material (con respecto a la propiedad de tierras) como dificultades psicológicas.

La Coalición Verde-Socialdemócrata que llegó al poder en 1998 anunció que reformaría la ley de naturalización y permitiría la doble ciudadanía. Esta propuesta se topó con una fuerte oposición de los grupos conservadores. La ley de ciudadanía de 1999 (vigente a partir del año 2000) representa un cambio importante hacia la *ius soli*, pero no alcanza a conceder la doble nacionalidad. Los inmigrantes tienen derecho a la naturalización después de ocho años de residencia, con la condición de renunciar a su nacionalidad previa, que no hayan sido aprehendidos por algún delito grave, ser capaces de mantenerse ellos y a sus familias, adquieran las habilidades básicas en el manejo del alemán y declaren su lealtad a la ley básica. En Alemania los hijos de padres extranjeros consiguen la ciudadanía al nacer si cuando menos uno de los padres ha vivido legalmente en el país un mínimo de ocho años. Pueden conservar la doble ciudadanía hasta que alcancen la madurez, a los 23 años deben elegir entre la ciudadanía alemana y la del otro país. A pesar de la prohibición de doble ciudadanía se permiten muchas excepciones –se calcula que a principios de los años noventa había 1'200,000 personas con doble ciudadanía (Çinar, 1994: 54) y la cantidad ciertamente ha aumentado desde entonces. El número de naturalizaciones se incrementó con rapidez, alcanzando cerca de 107,000 en 1998 –aun antes de que la nueva ley entrara en vigor (Beauftragte der Bundesregierung, 2000: 33).

Las diferencias fundamentales en las visiones sobre inmigración e incorporación en la sociedad afectaron todos los aspectos de la política pública. El modelo australiano para la administración de la diversidad tuvo dos etapas principales. En los años cincuenta, el gobierno aprobó una política de *asimilacionismo*, basada en la doctrina de que los inmigrantes no británicos podrían ser absorbidos cultural y socialmente, además de que no se distinguirían de la población existente. El principio central del asimilacionismo era el tratamiento de los migrantes como “nuevos australianos”, que vivirían y trabajarían con los angloaustralianos, convirtiéndose rápidamente en ciudadanos. No había normatividad educativa especial para los niños migrantes, que se educarían como australianos. El pluralismo cultural y la formación de “guetos étnicos” se evitarían a toda costa.

Para los años sesenta, quedó claro que el asimilacionismo no estaba funcionando debido a la segmentación del mercado de trabajo, la segregación residencial y la formación de comunidades. Para los años setenta los partidos políticos también comenzaron a descubrir el potencial político del “voto étnico”. El asimilacionismo fue reemplazado por el *multiculturalismo*: la idea de que las comunidades étnicas que mantienen sus idiomas y culturas de las áreas de origen, eran legítimas y consistentes con la ciudadanía australiana mientras hubiera adhesión a ciertos principios (como el respeto por las instituciones básicas y los valores democráticos). Adicionalmente, el multiculturalismo significaba reconocimiento de la necesidad de leyes, instituciones y políticas sociales especiales para superar las barreras hacia la participación plena de diversos grupos étnicos en la sociedad (OMA, 1989).

En Alemania no se planteaba la cuestión de la asimilación. La Oficina Federal del Trabajo otorgaba permisos de trabajo y los “trabajadores huéspedes” eran controlados por una red de burocracia. La policía de extranjeros (*Ausländer-polizei*) expedía permisos de residencia, mantenía a los trabajadores extranjeros bajo supervisión y deportaba a aquellos que rompieran las reglas. Los departamentos de personal de los patrones proporcionaban los servicios sociales básicos y administraban los albergues de las compañías. Para lidiar con los problemas personales o familiares de los trabajadores extranjeros el gobierno aportó fondos para los cuerpos de beneficencia de la iglesia y privados (véase Castles y Kosack, 1973). Para los años setenta, los niños extranjeros entraban a las escuelas alemanas en grandes cantidades. Las autoridades educativas introdujeron una “doble estrategia” diseñada para integrar a los niños extranjeros temporalmente durante su estancia en Alemania, a la vez que para prepararlos para el regreso a su país de origen. El resultado fue un sistema de “clases nacionales”, “clases preparatorias” y “clases de lengua madre” que separaban a estudiantes extranjeros de los alemanes y evitaban que muchos de los niños extranjeros lograran éxitos educativos (véanse Castles *et al.*, 1984: capítulo 6). La

reunificación familiar significó también que los trabajadores comenzaran a dejar los albergues de las compañías y buscaran vivienda en la ciudad. La consecuencia fue un debate sobre la “política de extranjeros” que habría de continuar hasta el presente.

Tras la reunificación en 1990, el mito de no ser “un país de inmigración” se tornó insostenible (véase Bade, 1994). Después del asesinato de varios inmigrantes turcos por incendios provocados en Mölln en 1992, y en Solingen en 1993, hubo grandes manifestaciones antirracistas en toda Alemania. Las exigencias de integración política y social de los inmigrantes llevaron a reformar la ley de ciudadanía ya mencionada. No obstante, la izquierda siguió ambivalente acerca del multiculturalismo. Algunos lo veían en forma negativa como modelo para dar solidez a la identidad de los grupos étnicos y conservar culturas que se perciben como antimodernas y represivas, en especial hacia las mujeres, mientras que otros en la izquierda lo apoyaban como forma de enriquecer la vida cultural alemana (Cohn-Bendit y Schmid, 1993). Los conservadores están ahora por lo general a favor de modelos diseñados para lograr la integración económica y social, con la esperanza de que llevará en el largo plazo a la asimilación cultural.

En el año 2000, el gobierno alemán nombró una comisión para asesoría en inmigración, presidida por Rita Süßmuth, importante política de la Unión Cristiana Democrática (UCD). El reporte de la comisión declaró que Alemania, de hecho, había sido un país de inmigración durante muchos años, que necesitaba inmigrantes por razones tanto demográficas como económicas. La comisión propuso un sistema planeado de inmigración para promover el reclutamiento de personal calificado. Abogaba también por una política comprensiva de integración para resolver las desventajas sociales que sufrían los inmigrantes. La meta era lograr una participación plena en la sociedad, a la vez que se respetara la diversidad cultural. Esta política requería reformas y medidas especiales en educación, bienestar social, mercado laboral y otras áreas (Süßmuth, 2001). Junto con la ley de ciudadanía de 1999, el Reporte Süßmuth puede verse como un giro importante en las aproximaciones alemanas a la inmigración y el establecimiento. Se acerca al concepto de política pública multicultural que fuera típico de Australia en el pasado. Sin embargo, todavía no está claro hasta qué grado pueden ponerse en práctica tales medidas.

Interacción con la sociedad del país receptor

Las actitudes y las acciones de la población y estatales en el país de inmigración tienen efectos críticos en el proceso migratorio. A su vez, la formación de comunidades puede modificar o reforzar estos efectos. En ambos países el con-

trol de la mano de obra migrante por parte del estado, y su incorporación por parte de los patrones, establecieron las condiciones iniciales para el proceso de establecimiento. La discriminación al contratar promover, la falta de reconocimiento a las capacidades, además de los requerimientos diseñados explícitamente para limitar el derecho de los trabajadores migrantes a un tratamiento equitativo en el mercado laboral, pueden verse como formas de racismo institucional. Por lo general, cuando menos al principio los trabajadores locales y sus sindicatos apoyaron esa discriminación. Los sindicatos australianos sólo estuvieron de acuerdo con el reclutamiento de europeos provenientes del sur y el este en los años cuarenta, después de que éstos dieron garantías oficiales de que no competirían con los trabajadores locales por los empleos y la vivienda (Collins, 1991: 22-23). Los sindicatos alemanes exigían que los trabajadores extranjeros tuvieran el mismo trabajo y condiciones que los alemanes que cubrían los mismos empleos, pero apoyaban también los reglamentos que discriminaban a los "trabajadores huéspedes", lo que aseguraba que la mayoría de los extranjeros obtuvieran posiciones inferiores (Castles y Kosack, 1973: 129).

Las actitudes de los trabajadores locales hacia los migrantes eran parte de un cuadro más amplio. Muchos australianos sospechaban de los extranjeros. En términos cotidianos esto implicaba resistencia a rentarles alojamiento o tenerlos como vecinos, hostilidad hacia cualquiera que hablara una lengua extranjera en lugares públicos, desconfianza de los grupos visibles de forasteros y resentimiento hacia los niños extranjeros en la escuela. Sin embargo, las décadas sesenta y setenta fueron años de aceptación creciente a la diferencia, por el reconocimiento a la contribución que hacía la inmigración al crecimiento económico y la prosperidad. Esto permitió cambios tan dramáticos como la abolición de la política de Australia blanca, los primeros ingresos a gran escala de asiáticos en el país y la aprobación de políticas multiculturales.

En los años ochenta, hubo ataques por algunas figuras públicas y varias secciones de los medios contra la inmigración asiática y el multiculturalismo. Lo cual se dio en forma paralela al incremento de la violencia racista contra los aborígenes y los asiáticos (HREOC, 1991). Sin embargo, el gobierno del ALP adoptó una línea antirracista y hubo un apoyo considerable a favor del multiculturalismo. Ahora bien, después de la elección federal de 1996, la política antiminoritaria logró un nuevo impulso a través del crecimiento del Partido Una Nación y el gobierno Liberal-Nacional hizo poco por combatir el racismo o apoyar el multiculturalismo. En efecto, los recortes en los servicios para aborígenes e inmigrantes fueron parte de esta política y el ataque al multiculturalismo parecía reflejar un deseo de retornar la identidad monocultural más tradicional (véase recuadro 14).

En Alemania, la mayoría de los grupos sociales apoyó en sus inicios el sistema de “trabajadores huéspedes”, aun cuando existía discriminación informal como la negativa a rentar vivienda a los extranjeros, o su exclusión de bares y salones de baile. En los años setenta se dio una escalada de racismo, cuando el desempleo de los alemanes se convirtió en un problema por primera vez desde el “milagro económico”. Los turcos se habían convertido en el grupo mayor y más visible y el temor al Islam sigue siendo una poderosa imagen histórica en las culturas centro-europeas. La reunificación en 1990 se vio acompañada de vastos movimientos poblacionales; amén de una creciente incertidumbre económica y social, sobre todo en el área de la antigua RDA. El resultado fue una amplia hostilidad contra los inmigrantes y un aumento de la violencia racista organizada.

El surgimiento visible de las comunidades étnicas influyó en las actitudes públicas al igual que en las políticas de estado. Para quienes temían la competencia de los migrantes o se sentían amenazados por la diversidad, la existencia de comunidades puede confirmar la idea de que “se están apropiando”. Las áreas étnicas se pueden convertir en blanco de ataques racistas organizados y las minorías étnicas en foco de la movilización de la extrema derecha. Por otro lado, el contacto con culturas nuevas y algunos de sus símbolos más accesibles como la comida y el entretenimiento, puede romper con los prejuicios. Cuando los esfuerzos de las pequeñas empresas étnicas y la comunidad rehabilitan los barrios del centro de la ciudad, es posible que se desarrollen buenas relaciones intergrupales.

Se han dado vínculos complejos entre las comunidades étnicas y la sociedad más amplia. Las ramas locales de los partidos políticos en las áreas de las comunidades étnicas han necesitado miembros extranjeros y han tenido que considerar sus necesidades para atraer votos. Por ejemplo, el ALP estableció ramas griegas en Melbourne en los años setenta. Los sindicatos necesitaron atraer miembros inmigrantes; contrataron organizadores inmigrantes y publicaron material informativo en varias lenguas. Las iglesias se encontraron con que tenían que superar barreras y trabajar con las mezquitas y las asociaciones islámicas si querían mantener su papel social tradicional. Los artistas y los trabajadores de la cultura en las minorías y mayorías se encontraron con que podían enriquecer su creatividad al aprender de los demás. Se desarrollaron nuevas redes sociales multifacéticas en las áreas de las comunidades étnicas dentro de la ciudad. Esto dio a los miembros de la población mayoritaria una mayor comprensión de la situación social y la cultura de las minorías, además creó el fundamento para movimientos opuestos a la explotación y el racismo.

En el sector público prevalecieron tendencias similares. Tanto el estado alemán como el australiano experimentaron con el uso de las asociaciones étnicas

a manera de instrumentos para hacer llegar servicios sociales como la consultoría, la beneficencia familiar y el trabajo con jóvenes. Los propósitos y los métodos diferían, de tal modo que la relación a menudo era incómoda. Las agencias gubernamentales en ocasiones veían a las organizaciones étnicas tradicionalistas como instrumentos efectivos para el control social de los trabajadores, los jóvenes o las mujeres. Por otro lado, los líderes étnicos podían usar su nuevo papel para preservar la autoridad tradicional y hacer más lento el cambio tanto cultural como político. El Estado podía escoger con cuáles líderes étnicos trabajaría y cuáles ignoraría, y recompensar el comportamiento deseado a través de su patrocinio y financiamiento (Jakubowicz, 1989; Castles *et al.*, 1992c: 65-71). Pero la cooptación era un proceso doble: las agencias del Estado intentaban utilizar estructuras y asociaciones de las comunidades étnicas, si bien, a cambio, debían hacer concesiones. La cooptación se dio más pronto en Australia que en Alemania. En Australia, los liderazgos étnicos contaban con una base importante y se pensaba que “el voto étnico” afectaría el resultado de las elecciones (Castles *et al.*, 1992a: 131-133). En Alemania, los miembros de las comunidades étnicas carecían de peso político y se les percibía como algo que no pertenecía a la sociedad.

La expresión principal del acercamiento australiano se encontró en la política del multiculturalismo, con toda su red de cuerpos consultivos, agencias especiales y legislación para la igualdad de oportunidades que se desarrollaron entre 1973 y 1996. El actual gobierno de la coalición liberal-nacional alberga fuertes reservas acerca del multiculturalismo y ha desmantelado gran parte de las instituciones y servicios especiales. No obstante, en 1999 el gobierno lanzó Una Nueva Agenda para la Australia Multicultural (DIMA, 1999) que se apoyaba esencialmente en los principios de la declaración del ALP de 1989 sobre política multicultural (OMA, 1989).

En Alemania ha existido una oficina de gobierno para los extranjeros (bajo diversas figuras) desde finales de los años setenta. Esta agencia se había ocupado sobre todo de proporcionar información y parecía tener una influencia limitada en política. Pero hay tendencia al reconocimiento de las asociaciones étnicas y su incorporación en las iniciativas de política. En Berlín, Frankfurt y otros lugares se establecieron “comisiones para los extranjeros” u “oficinas para asuntos multiculturales”. Éstas buscan generar estructuras para el trabajo con los grupos de las comunidades étnicas y propagar reformas legales y administrativas. Desde los años setenta surgió una especie de “multiculturalismo de facto”, de manera especial iniciativas de educación local y de trabajo social. Esto no sorprende, dado el hecho de que los extranjeros conforman una parte sustancial de la población en las principales ciudades, pues la población extranjera se sitúa en proporciones del 30 por ciento en Frankfurt del Meno, al 24 por ciento en

Stuttgart y Munich, y el 13 por ciento en Berlín (Beauftragte des Bundesregierung, 2000). Es difícil pensar en cómo podría mejorarse la integración social sin que exista alguna forma de política diseñada para reconocer la diversidad cultural.

Conclusiones

La validez de la comparación entre Australia y Alemania puede ponerse en duda al argumentar que Australia es un “país clásico de inmigración”, mientras que Alemania es una “nación histórica” y no un “país de inmigración”. Este argumento no soporta el análisis. Ambos países han experimentado inmigración masiva. Alemania ha tenido más de 20 millones de inmigrantes desde 1945, uno de los movimientos poblacionales más grandes hacia cualquier país en la historia. Australia –con una inmigración de seis millones de personas desde 1945– ha tenido un flujo de ingreso muy alto en relación con su pequeña población. Ambos países reclutaron inicialmente a trabajadores migrantes en casi las mismas áreas en el mismo tiempo. Cualesquiera que sean las intenciones de quienes diseñan las políticas, ambos movimientos llevaron a patrones similares de segmentación en el mercado de trabajo, segregación residencial y formación de grupos étnicos. En ambos casos, las actitudes y comportamientos racistas de algunos sectores de la población de llegada han sido problemas para los inmigrantes. De ahí que haya grandes similitudes en el proceso migratorio, a pesar de las diferencias en políticas y actitudes. Estos paralelos son importantes porque, si los ejemplos aparentemente opuestos muestran patrones que se corresponden, sería posible encontrarlos también para otros países, los que se encuentran en algún punto entre estos dos casos en el espectro de la migración.

Pero las diferencias también son significativas y requieren de análisis. Se remontan a diferentes conceptos históricos de la nación y a las intenciones de los programas de migración de la posguerra. Las autoridades australianas deseaban el establecimiento permanente e hicieron grandes esfuerzos para convencer al público de esta necesidad. La migración en cadena y la reunificación familiar se vieron por lo tanto como legítimas y el modelo para el establecimiento se basó en la ciudadanía, los derechos plenos y la asimilación. El asimilacionismo eventualmente fracasó en su meta explícita de homogeneización cultural, pero sí aportó las condiciones para el establecimiento exitoso y el giro posterior hacia el multiculturalismo.

El gobierno alemán planeaba el reclutamiento temporal de mano de obra sin establecimiento y pasó al público esta expectativa. Las políticas oficiales fueron incapaces de evitar el establecimiento y la formación de comunidades. Pero estas políticas (y el fracaso persistente para adaptarlas a condiciones cambiantes) llevó a la marginación y la exclusión de los migrantes. Las consecuencias pue-

den sintetizarse al decir que el modelo australiano llevó a la formación de comunidades étnicas que son vistas como parte integral de una nación cambiante, mientras que el modelo alemán produjo minorías étnicas que no son vistas como parte legítima de una nación que no desea aceptar un cambio en su identidad. Esta es una simplificación extrema, pues también en Australia hay minorías étnicas: los pueblos aborígenes y algunos grupos de no europeos. De cualquier modo, la distinción capta una diferencia esencial en los productos de los dos modelos.

Aquí se encuentra la utilidad del concepto de proceso migratorio. Significa analizar todas las dimensiones de la migración y el establecimiento en consonancia a prácticas y estructuras políticas, económicas, sociales y culturales en las sociedades involucradas. Si los arquitectos de los "sistemas de trabajadores huéspedes" de la posguerra en Europa, hubieran estudiado el proceso migratorio en sus propias historias o en alguna otra, no habrían sido tan ingenuos como para creer que podían hacer que los flujos de migrantes se abrieran y cerraran como un grifo. Habrían entendido que el traslado de los trabajadores casi siempre conduce a la reunificación familiar y al establecimiento definitivo. Los miedos que conservan los propios gobiernos ante las minorías étnicas se convirtieron en profecías de autocumplimiento: al negar legitimidad a la reunificación familiar y el establecimiento, se aseguraron de que estos procesos se dieran en circunstancias desfavorables, lo que llevó a profundas divisiones en la sociedad.

Desde mediados de los años noventa, las actitudes y las políticas, tanto en Australia como en Alemania, han cambiado de manera dramática. Australia ha abandonado su actitud tradicionalmente abierta hacia los refugiados y la reunificación familiar. El gobierno ha adoptado una visión mucho más estrecha de los "intereses nacionales" en lo que se refiere a la inmigración y ha movilizado un considerable apoyo del público para lograr este cambio. Las políticas multiculturales se han diluido, aun cuando no se hayan abandonado por completo. Alemania abandonó finalmente la ideología de no ser un país de inmigración y parece apuntar hacia una política de inmigración más abierta y una aproximación más inclusiva en cuanto a la integración. Sería engañoso ver estos cambios en términos de convergencia. En vez de ello, aparecen como estrategias políticas específicas vinculadas con factores nacionales e internacionales complejos. No obstante, los cambios reflejan la ruptura de los modelos nacionales tradicionales de inmigración y ciudadanía en el contexto de la globalización de la migración.

Lecturas recomendadas

Jupp (2001) constituye una enciclopedia actualizada de la experiencia migratoria en Australia. La historia de migración y de la formación de grupos étni-

cos se discute en Lever-Tracy y Quinlan (1988), Collins (1991), Castles *et al.* (1992c) y Reynolds (1987), ofrecen una buena narración del tratamiento colonial de los pueblos aborígenes. Se pueden encontrar visiones panorámicas de los temas sociales y económicos en torno a la migración en Wooden *et al.* (1994) y Castles *et al.* (1998), en tanto que Vasta y Castles (1996) tratan el racismo. Davidson (1997) discute la ciudadanía y el nacionalismo en Australia. Dos documentos de importancia acerca de las cambiantes políticas sobre el multiculturalismo son OMA (1989) y NMAC (1999). Los cambios recientes en la política de refugiados se examinan en Mares (2001) y Crock y Saul (2002).

Para Alemania véanse Castles y Kosack (1973), Castles *et al.* (1984) y Martín (1991). Los lectores en lengua alemana encontrarán que también son útiles Hoffmann (1990), Leggewie (1990), Nirumand (1992), Cohn-Bendit y Schmid (1993) y Bade (1994). El reporte de la Comisión Süßmuth (2001) contiene gran cantidad de información y análisis; está disponible en alemán y en inglés.

Las nuevas minorías étnicas y la sociedad

LA MIGRACIÓN desde 1945 ha llevado a una diversidad cultural creciente y a la formación de nuevos grupos étnicos en muchos países. Tales grupos son visibles por la presencia de personas que lucen diferentes y que hablan sus propias lenguas, el desarrollo de barrios étnicos, el uso diferencial del espacio urbano, y el establecimiento de asociaciones e instituciones étnicas. En el capítulo 8 discutimos el proceso migratorio y sus consecuencias en dos países de inmigración muy diferentes. En este capítulo examinaremos un rango más amplio de sociedades occidentales. El tema es amplio, y debe incluir una descripción detallada de las relaciones étnicas en cada uno de los países de inmigración. Ello no es posible aquí por razones de espacio. En cambio se presentan breves resúmenes de la situación en países seleccionados –Estados Unidos, Canadá, Reino Unido, Francia, Holanda, Italia y Suecia– en recuadros dentro del texto. El análisis comparativo se basará en estos estudios de caso al igual que en los de Australia y Alemania presentados en el capítulo 8. Muchos países de inmigración en Europa y el resto del mundo no se discuten aquí, aunque puede haber gran cantidad de similitudes.

El propósito de este capítulo es mostrar las semejanzas y diferencias en el proceso migratorio; discutir por qué la formación de grupos étnicos y la diversidad creciente han sido aceptados con relativa facilidad en algunos países, mientras que en otros el resultado ha sido la marginación y la exclusión. Seguimos luego con el examen de las consecuencias para los grupos étnicos involucrados y para la sociedad en general. El argumento de fondo es que el proceso migratorio opera de manera similar en todos los países con respecto a la cadena de migración y establecimiento, la segmentación en el mercado laboral, la segregación residencial y la formación de grupos étnicos. El racismo y la discriminación también se encuentran en todos los países, aunque su intensidad varía. Las diferencias principales se deben situar en las políticas estatales de migración, establecimiento, ciudadanía y pluralismo cultural. Estas diferencias, a su vez, están vinculadas con diferentes experiencias históricas de formación del Estado-nación.

Aquí se discuten las cantidades de la población de minorías étnicas para varios países. Éste no es un término preciso y no corresponde con las categorías estadísticas de los gobiernos nacionales. Para algunos países hemos tenido que utilizar cifras de residentes extranjeros, las que pueden incluir a los niños nacidos de padres extranjeros en el país de inmigración, y que no conceden la ciudadanía por derecho de nacimiento en el territorio. Las cifras para los residentes extranjeros no incluyen a aquellos inmigrantes que se han naturalizado –por lo tanto, a grandes grupos en países como Francia, Suecia y Holanda. Las estadísticas para éstos muestran poblaciones en descenso, lo cual no significa necesariamente que las minorías étnicas se estén reduciendo. Para otros países (Estados Unidos, Canadá, Australia), utilizamos cifras de las personas nacidas en el extranjero, muchos de los cuales pueden ser ciudadanos del país de inmigración. Los hijos nacidos en el país no se incluyen, aunque pueden compartir el estatus étnico de sus padres. Estos países proporcionan también, a menudo, cifras basadas en otros criterios como la autoasignación de la etnicidad o la raza. La tendencia a conservar múltiples conjuntos de datos se da también en otros lugares (por ejemplo el Reino Unido, Suecia y Holanda). En cualquier caso, la ciudadanía extranjera o el nacimiento fuera del país no indica automáticamente una cierta posición social, por lo que el uso de otros indicadores y el análisis detallado siempre son necesarios para identificar a las minorías étnicas.

Políticas de inmigración y formación de minorías

Pueden distinguirse tres grupos de países. Los llamados “países clásicos de inmigración” –Estados Unidos, Canadá y Australia– han promovido la reunificación familiar y el establecimiento permanente y han tratado a la mayoría de los inmigrantes legales como futuros ciudadanos. Suecia, a pesar de sus antecedentes históricos tan diferentes, ha seguido políticas similares. El segundo grupo incluye a Francia, Holanda y Gran Bretaña, donde los inmigrantes de las ex colonias a menudo se convertían en ciudadanos en el momento de entrar. La inmigración permanente y la reunificación familiar por lo general se han permitido (aunque con algunas excepciones). Los inmigrantes de otros países han tenido una situación menos favorable, aunque el establecimiento y la naturalización frecuentemente se han permitido. El tercer grupo lo forman aquellos países que intentaron aferrarse a modelos rígidos de “trabajadores huéspedes”, sobre todo Alemania, Austria y Suiza. Éstos intentaron evitar la reunificación familiar; se resistían a dar un estatus de residencia segura y contaban con reglas de naturalización altamente restrictivas.

Las distinciones entre estas tres categorías no son absolutas ni estáticas. La apertura de Estados Unidos, Canadá y Australia sólo se aplicó a ciertos grupos: los tres tuvieron políticas de exclusión frente a los asiáticos hasta los años sesen-

ta. Estados Unidos permitía tácitamente la inmigración ilegal de jornaleros desde México, negándoles derechos. Francia tenía reglas muy restrictivas respecto a la reunificación familiar en los años sesenta. Alemania y Suiza no podían negar completamente la realidad del establecimiento y por tanto mejoraron las reglas para la reunificación familiar y la condición de residentes. Por ejemplo, a principios de los años ochenta, tres cuartas partes de los residentes extranjeros en Suiza tenían permisos de establecimiento (*Niederlassungsbewilligungen*) que les daban mucha mayor protección frente a la deportación.

RECUADRO 15
LAS MINORÍAS EN ESTADOS UNIDOS

La sociedad estadounidense es un complejo mosaico resultado de cinco siglos de inmigración. La población blanca es una mezcla del grupo de protestantes anglosajones blancos (PAB) que lograra la supremacía en el periodo colonial, y de inmigrantes posteriores que provenían de todos lados de Europa como parte de uno de los más grandes movimientos migratorios de la historia entre 1850 y 1914. La asimilación de los recién llegados es parte del “credo americano”, pero en realidad este proceso siempre ha sido selectivo.

Las sociedades aborígenes americanas fueron devastadas por la expansión blanca hacia el oeste. Los sobrevivientes fueron obligados a retirarse a las reservas, y todavía tienen una situación social marginal. Millones de esclavos africanos fueron trasladados a América entre los siglos XVII y XIX para trabajar en las plantaciones del sur. A sus descendientes afroamericanos se les mantuvo segregados e impotentes incluso después de la abolición de la esclavitud en 1865. Después de 1914, muchos migraron a las ciudades industriales en desarrollo del norte y el oeste. Desde los cambios a la ley de inmigración en 1965 (véase el capítulo 3) han llegado nuevos colonizadores sobre todo de América Latina y Asia. Los países asiáticos de origen predominante son Filipinas, China, Corea del Sur, Vietnam y la India.

En el año 2000 había 28.4 millones de personas nacidas en el extranjero (el 10 por ciento de la población). Esto se compara con una cifra tan baja como el 4.8 por ciento en 1970, pero es incluso más baja que la cuota del 14.7 por ciento de 1910. En 1999, seis estados (California, Nueva York, Florida, Texas, Nueva Jersey e Illinois) recibieron a más de dos tercios de la inmigración total. El cuadro que sigue muestra la clasificación por raza de acuerdo con el censo del año 2000. Las minorías étnicas constituyen ahora un cuarto de la población de Estados Unidos. La más marcada línea divisoria en la sociedad estadounidense sigue siendo aquella entre los negros (afroamericanos) y los blancos. Sin embargo, el número de hispanos excede ahora al de los blancos. Los hispanos son los descendientes de mexicanos que han sido absorbidos por Estados Unidos a través de su expansión al sudeste, al igual que inmigrantes recientes de países de América Latina. Los hispanos pueden ser de cualquier

RECUADRO 15 (continuación)

raza pero son vistos como un grupo distinto con base en su idioma y cultura. La población asiática también está creciendo en forma rápida.

El movimiento de los europeos y los afroamericanos hacia los trabajos industriales poco calificados en la primera parte del siglo XX llevó a la segmentación del mercado laboral y a la segregación residencial. En el largo plazo, muchos de los "miembros de etnias blancas" lograron movilidad ascendente, mientras que los afroamericanos se segregaron cada vez más. Las distinciones entre negros y blancos en ingresos, tasa de desempleo, condiciones sociales y educación son todavía extremas. Los miembros de grupos inmigrantes recientes, en especial provenientes de Asia, tienen altos niveles educativos y ocupacionales, mientras que muchos latinoamericanos carecen de educación y se concentran en las categorías sin capacitación.

POBLACIÓN EN ESTADOS UNIDOS POR RAZA Y ORIGEN HISPANO. CENSO 2000

	<i>Millones</i>	<i>Porcentaje</i>
Blanco	211.5	75.1
Negro	34.7	12.3
Indio americano, esquimal o aleutiano	2.5	0.9
Asiático o de las islas del Pacífico	10.6	3.7
Otra raza	15.4	5.5
Dos o más razas	6.8	2.4
Población total	281.4	100.0
Hispanos o origen latino (cualquier raza)	35.3	12.5

Fuente: Oficina del Censo de Estados Unidos, Perfil DP-1 de las características demográficas generales 2000.

La incorporación de los inmigrantes al "sueño americano" se ha dejado en buena parte a las fuerzas del mercado. No obstante, el gobierno ha desempeñado un papel considerable al facilitar la obtención de la ciudadanía estadounidense y a través de la educación escolar pública obligatoria como una forma de transmitir tanto el idioma inglés como los valores estadounidenses. La legislación aunada a la acción política después del movimiento de los derechos civiles en los años cincuenta y sesenta llevaron a un papel más importante a la clase media negra y a los cambios en los estereotipos de los negros en los medios masivos de comunicación. Sin embargo, el compromiso con las oportunidades equitativas y las medidas para combatir la pobreza disminuyó en la era de Reagan, lo que condujo a una tensión mayor en las comunidades. La violencia racista sigue siendo un serio problema para las minorías.

En los años noventa, la migración ilegal y los costos de la beneficencia para los inmigrantes se tornaron importantes temas políticos. Se estima que hay unos nueve millones de residentes ilegales, los que con frecuencia son vis-

tos como una nueva clase inferior. En 1994, los electores californianos aprobaron la propuesta 187 que negaba servicios sociales y educación a los inmigrantes ilegales, aunque su puesta en práctica fue evitada en gran parte por las cortes. En 1996 el Congreso estadounidense aprobó una ley que establece una clara línea entre los recursos de beneficencia que se distribuyen entre los ciudadanos y los residentes extranjeros. Lo anterior fue un estímulo para que muchos inmigrantes solicitaran naturalizarse. Otra ley en 1996 fue diseñada para reducir las entradas ilegales. Autorizaba más agentes de la patrulla fronteriza, más cercados y aparatos de seguridad a lo largo de la frontera entre México y Estados Unidos.

Fuente: Feagin (1989); Portes y Rumbaut (1996); IOM (2000b); OCDE (2001).

Un cambio importante ha sido la erosión de la condición privilegiada de los migrantes provenientes de las antiguas colonias hacia Francia, Holanda y Gran Bretaña. Hacer de los pueblos colonizados súbditos de las coronas holandesa o británica, o ciudadanos de Francia, era una manera de legitimar el colonialismo. En el periodo de escasez de mano de obra en Europa parecía también una forma cómoda de atraer mano de obra no calificada. Pero la ciudadanía para los pueblos colonizados se convirtió en un estorbo cuando se dio el establecimiento y descendió la demanda de mano de obra. Los tres países han retirado la ciudadanía de sus anteriores súbditos coloniales (con pocas excepciones) y los han puesto en el mismo nivel que a los extranjeros.

Se ha dado cierta convergencia en las políticas: los antiguos países coloniales se han hecho más restrictivos, mientras que los países que antes recibieron trabajadores huéspedes han establecido limitaciones menores. Pero ello se ha dado al mismo tiempo que una nueva diferencia: los países de la Comunidad Europea concedieron en 1968 una condición privilegiada a los migrantes del interior de la Comunidad. El establecimiento de la Unión Europea (UE) en 1993 fue diseñado para crear un mercado de mano de obra unificado, en el que todos los ciudadanos de la UE tuvieran derechos plenos para obtener empleo y beneficios sociales relacionados con el trabajo en cualquiera de los países miembros. Al mismo tiempo, tanto la entrada como la residencia se han hecho más difíciles para los nacionales de otros países fuera de UE, en especial de fuera de Europa.

Las políticas de inmigración tienen consecuencias para el estatus de los inmigrantes con respecto a los derechos en el mercado de trabajo, la participación política y la naturalización. Si las políticas originales de inmigración estaban diseñadas para conservar a los migrantes en el estatus de trabajadores tem-

porales móviles, hacen posible luego que el establecimiento se dé bajo condiciones de discriminación. Además, las ideologías oficiales de migración temporal crean expectativas dentro de la población receptora. Si una estancia temporal se convierte en establecimiento y los gobiernos involucrados se niegan a admitirlo, entonces se culpa a los inmigrantes de los problemas que se originan. Los discursos políticos que representan a la inmigración como amenazadora para una nación crean problemas para los inmigrantes de larga estancia e incluso para sus descendientes nacidos en el país de inmigración. Cualquiera que se ve diferente se convierte en sospechoso.

Uno de los efectos más importantes de las políticas de inmigración se da en las conciencias de los propios migrantes. En los países donde se acepta la inmigración permanente, a quienes se establecen se les da un estatus seguro en su residencia y la mayoría de los derechos civiles, es posible una perspectiva de largo plazo. En donde se mantiene el mito de la estancia a corto plazo, las perspectivas de los inmigrantes son inevitablemente contradictorias. El regreso al país de origen puede ser difícil o imposible, pero la permanencia en el país receptor es dudosa. Tales inmigrantes se establecen y forman grupos étnicos pero no pueden planear un futuro como parte de la sociedad más amplia. El resultado es el aislamiento, el separatismo y el énfasis en la diferencia. De ahí que las políticas de inmigración discriminatorias no puedan detener el logro del proceso migratorio pero sí convertirse en el primer paso hacia la marginación de los futuros colonos establecidos.

Posición en el mercado laboral

Como se mostró en el capítulo 7, la segmentación del mercado de trabajo con base en la etnicidad y el género se ha desarrollado en todos los países de inmigración. Esto era intrínseco del tipo de migración laboral que se practicaba hasta mediados de los años setenta: obtener mano de obra más barata o utilizar el creciente exceso de ésta para limitar el crecimiento de los salarios es una razón importante para reclutar trabajadores inmigrantes. La situación ha cambiado; los nuevos migrantes son más diversos en condiciones educativas y ocupacionales. Se da una tendencia hacia la polarización: el personal con alta capacitación es atraído, de manera temporal o permanente, además se le ve como un importante factor en la superación de las capacidades y la transferencia de tecnología. Los trabajadores con poca capacitación no son bienvenidos como trabajadores pero entran a través de la reunificación familiar, como refugiados o ilegalmente. Su contribución a las ocupaciones de baja capacitación, el trabajo casual, el sector informal y los pequeños negocios son de gran importancia económica pero oficialmente no se les reconoce.

La segmentación del mercado de trabajo es parte del proceso migratorio. Cuando las personas llegan de los países pobres a los ricos, sin conocimiento de la localidad o sin nexos, no manejan el idioma y no están familiarizadas con las formas de trabajo local, entonces su puesto de entrada en el mercado laboral es quizás en un nivel bajo. La duda es si más adelante tendrán una oportunidad para la movilidad ascendente. La respuesta depende en parte de las políticas de Estado. Es posible de nuevo discernir tres grupos. Algunos países implementan políticas activas para mejorar la posición que los inmigrantes y las minorías tienen en el mercado de trabajo mediante cursos de idioma, educación básica, entrenamiento vocacional y legislación contra la discriminación. Entre dichos países se incluye Australia, Canadá, Suecia, Gran Bretaña, Francia y Holanda. Estados Unidos tiene una posición especial: hay oportunidades iguales, acción "afirmativa" y legislación contra la discriminación pero muy poco en las medidas que tengan que ver con el idioma, la educación y el entrenamiento. Esto se ajusta al modelo de *laissez-faire* de la política social y los cortes en la intervención del gobierno en épocas recientes.

Los países que antes recibían "trabajadores huéspedes" forman una tercera categoría. Aunque hay medidas a favor de la educación y el entrenamiento de los trabajadores y la juventud extranjeros, también se han establecido restricciones en los derechos del mercado de trabajo. Durante el periodo de reclutamiento masivo de mano de obra, los permisos a menudo vinculaban a los trabajadores con ocupaciones, empleos o localidades específicos. Las reglas suizas para los trabajadores de frontera o temporales aún conservan tales restricciones, al igual que las alemanas para los trabajadores temporales provenientes de Europa del este reclutados en la década de los noventa. Sin embargo, la gran mayoría de trabajadores en ambos países ha logrado permisos de residencia a largo plazo, lo que prácticamente les da igualdad de derechos frente a los nacionales en el mercado de trabajo.

RECUADRO 16 LAS MINORÍAS EN CANADÁ

En 1996, los cinco millones de residentes extranjeros representaban el 17.4 por ciento de la población de Canadá, que ascendía a 28.5 millones. Los inmigrantes recientes (los que llegaron después de 1980) tienen un alto índice urbano. En 1996, el 70 por ciento vivía en las tres áreas metropolitanas canadienses más grandes, Toronto, Montreal y Vancouver, en comparación con tan sólo un cuarto de la población total.

La característica más notable es el descenso de los europeos y el aumento de los inmigrantes de Asia, América Latina y el Caribe desde 1981 (véa-

RECUADRO 16 (continuación)

se tabla *infra*). El censo de 1996 pedía, además que quienes respondían dieran sus "orígenes étnicos". (Las categorías complejas utilizadas no eran comparables con las anteriores.) La más grande era "orígenes múltiples" (sobre todo británico más algún otro origen) con 10.2 millones de personas (35.8 por ciento de la población). De los que declaraban "origen único", los canadienses estaban en primer lugar (18.7 por ciento), seguidos por los europeos (13.1 por ciento), originarios de las islas británicas (11.5 por ciento) y franceses (9.4 por ciento). Aquellos con origen en el este y el sudeste de Asia conformaban el 4.5 por ciento de la población y los aborígenes el 1.9 por ciento.

La historia canadiense se ha forjado por la lucha entre británicos y franceses. Después de 1945, los movimientos separatistas en el Quebec francófono hicieron de la cultura y el idioma áreas críticas de la lucha. Esto llevó a la devolución del poder a las provincias, a una política de bilingüismo y a dos idiomas oficiales. El referéndum más reciente a favor de la independencia de Quebec fue derrotado en 1995, sobre todo por el temor de la gente de la Primera Nación (aborígenes) y de los inmigrantes, a ser marginados en un estado francófono. Los conflictos en torno a los derechos a la tierra y la posición social de la gente de la Primera Nación juegan un papel importante en la vida pública canadiense. Los reclamos de tierra del pueblo *Inuit* se han arreglado a través del establecimiento del *Nunavut*, que les da el control de una quinta parte de la masa territorial en la región ártica. Otros grupos continúan socialmente marginados y luchan por el reconocimiento de sus peticiones.

En 1971, el multiculturalismo se proclamó como política oficial y se nombró un Ministerio de Estado para el Multiculturalismo. Tenía dos objetivos centrales: mantener los lenguajes y culturas étnicas y combatir el racismo. En 1982, los derechos a la igualdad y el multiculturalismo fueron elevados a la Declaración Canadiense de los Derechos y Libertades (Canadian Charter of Rights and Freedoms). El Acta de Igualdad en el Empleo de 1986 requería a los patrones que estaban bajo la regulación federal que evaluaran la composición de su personal, con el objeto de corregir las desventajas que enfrentaban las mujeres, las "minorías visibles", los nativos del país y los discapacitados. El acta del multiculturalismo de 1987, proclamaba éste como la característica central de la ciudadanía canadiense y establecía los principios del pluralismo cultural.

Desde 1980, la opinión pública sobre el multiculturalismo se ha vuelto más negativa. Las relaciones comunitarias se deterioraron a partir de un aumento en la discriminación contra los aborígenes y los ataques raciales a negros y asiáticos. La falta de voluntad de las autoridades para responder a los ataques racistas ha sido causa de politización entre las "minorías visibles". En 1993, el gobierno federal tomó medidas notables para reducir el énfasis en el multiculturalismo al colapsar la burocracia multicultural en un departamento amorfo nuevo: Herencia Canadiense. El énfasis ahora se daba a vivir juntos en ciudades multiétnicas. El gobierno inició el Proyecto Metrópolis –política importante que incluía investigadores y diseñadores de política de Canadá y otros países de inmigración.

CANADÁ: POBLACIÓN INMIGRANTE POR LUGAR DE NACIMIENTO
(Cifras del censo en miles)

<i>Área de origen</i>	<i>Total 1981</i>	<i>Total 1996</i>
<i>Europa</i>	2,568	2,332
de los cuales:		
Reino Unido	879	656
Italia	385	332
Alemania	155	182
Polonia	149	193
<i>América</i>	582	798
de los cuales:		
Estados Unidos	302	245
Caribe	173	279
América del sur y central	107	274
<i>Asia</i>	541	1,563
de los cuales:		
India	109	236
China	52	231
Filipinas	-	185
<i>África</i>	102	229
<i>Oceanía y otros</i>	56	49
<i>Total</i>	3,848	4,971

Fuente: Stasiulis (1988); Breton *et al.* (1990); OCDE (1992; 2001; tabla B.1.4); Stasiulis y Jhappan (1995); CIC (2002); y *Estadística Canadá* (2002).

Segregación residencial, formación de comunidades y la ciudad global

En muchos países de inmigración se da cierto grado de segregación residencial, aunque en ninguna parte es tan extrema como en Estados Unidos, donde hay áreas en las que existe una completa separación entre negros y blancos, además, en ocasiones también de los hispanos y asiáticos. En los otros países hay barrios de la ciudad en donde los grupos inmigrantes se concentran densamente, aunque rara vez forman la mayoría de la población. Las causas de la segregación residencial se discutieron en el capítulo 8. Se basan parcialmente en la situación de los migrantes como recién llegados, la falta de redes sociales y conocimiento de la localidad. La misma importancia tienen el estatus social y los ingresos de los trabajadores migrantes, ambos bajos. Otro factor es la dis-

crimación de los caseros: algunos se rehúsan a rentarles, mientras que otros hacen negocio con altos alquileres por viviendas miserables.

Las prácticas institucionales pueden estimular también la segregación racial. Inicialmente muchos trabajadores migrantes eran alojados por los patrones o las autoridades públicas. En Australia había albergues y campamentos para inmigrantes, en Alemania y Suiza barracas proporcionadas por los empleadores, y albergues administrados por los Fonds d'Action Sociale (FAS o Fondo de Acción Social) del gobierno de Francia, que por lo general tenían mejores condiciones que la vivienda privada alquilada, pero implicaban control y aislamiento. Los albergues estimulaban también la concentración: cuando los trabajadores dejaban su vivienda inicial tendían a buscar alojamiento en la cercanía.

En países en los que el racismo es relativamente débil, los inmigrantes a menudo se mudan de las áreas del centro de la ciudad hacia mejores suburbios, a medida que mejora su posición económica. Sin embargo, donde el racismo y la exclusión social son fuertes, persiste la concentración e incluso puede incrementarse. En el año 2001, Londres tenía el 49 por ciento de la población que conforma las minorías étnicas de Gran Bretaña. El 28 por ciento estaba formado por miembros de minorías étnicas (ONS, 2001). Algunos grupos se concentran densamente en áreas en desventaja, como las viviendas habitadas sobre todo por originarios de Bangladesh en Tower Hamlet (Londres). En Ámsterdam, una cuarta parte de la población pertenece a minorías étnicas como surinameses, antillanos, turcos y marroquíes y éstos se concentran en puntos del centro de la ciudad y la periferia. Estos grupos tienden a alcanzar tasas de desempleo altas en extremo, por ejemplo: más de la mitad de los turcos en Ámsterdam carecía de trabajo en 1991 (Cross, 1995).

La segregación residencial es un fenómeno contradictorio. En términos de la teoría de la formación de minorías étnicas expuesta en el capítulo 1, contiene elementos tanto de heterodefinition como de autodefinition. El peso relativo de los dos conjuntos de factores varía de un país a otro y de un grupo al siguiente. Los inmigrantes se concentran por razones económicas y sociales que se originan en el proceso migratorio; con frecuencia se mantienen fuera de ciertas áreas por el racismo. Pero también desean estar juntos para apoyarse mutuamente, desarrollar redes de relaciones familiares y de barrio, además, mantener sus idiomas y culturas. Los barrios étnicos permiten el establecimiento de pequeños negocios y agencias que atienden las necesidades de los inmigrantes, así como la formación de asociaciones de todo tipo (véase capítulo 7). La segregación residencial es, por lo tanto, precondition y resultado de la génesis de comunidades.

Es interesante que los países en los que la formación de comunidades se ha dado con mayor facilidad sean aquellos con mercados de vivienda flexibles y abiertos, basados sobre todo en la ocupación por el propietario, como en Australia, Gran Bretaña y Estados Unidos. El esquema del continente europeo de áreas de apartamentos que son propiedad de casatenientes privados no ha llevado a la formación de comunidades, mientras que los grandes desarrollos de viviendas de propiedad pública con frecuencia han conducido al aislamiento y a los problemas sociales, los que constituyen un importante caldo de cultivo para el racismo.

La inmigración y la formación de minorías étnicas está transformando las ciudades posindustriales de maneras contradictorias. Sassen (1988) ha mostrado cómo las nuevas formas de organización global de las finanzas, la producción y la distribución desembocan en “ciudades globales”, que atraen flujos de inmigrantes, tanto para actividades altamente especializadas como para empleos poco calificados en el sector de servicios, que atienden los lujosos estilos de vida de las élites. Lo que lleva a su vez a una reestructuración espacial de la ciudad, donde los factores interactuantes del nivel socioeconómico y los antecedentes étnicos conducen a formas rápidamente cambiantes de diferenciación entre los barrios.

Muchos inmigrantes son desplazados por poderosos factores sociales y económicos a áreas urbanas marginadas y aisladas; en éstas deben compartir el espacio con otros grupos marginados (Dubet y Lapeyronnie, 1992). Algunos habitantes originales perciben la segregación residencial como un amenazante intento deliberado por formar “enclaves étnicos” o “guetos”. Las áreas de concentración de grupos específicos de inmigrantes son, a menudo, foco de desavenencias con otros sectores marginados. La extrema derecha se ha movilizado en los países de Europa occidental desde los años setenta en torno al temor a los guetos. Los barrios de las minorías étnicas también pueden ser sitio de confrontaciones con el Estado y sus agencias de control social, en particular con la policía (véase capítulo 10). Una reacción oficial ha sido el diseño de políticas de dispersión para reducir las concentraciones étnicas.

La concentración étnica y la formación de comunidades se pueden ver como resultados necesarios de la migración a las ciudades globales. Tal vez originarían conflictos pero también conducirían a la renovación y el enriquecimiento de la vida y la cultura urbanas. Los grupos étnicos específicos nunca estarán completamente aislados o serán totalmente autosuficientes en las ciudades modernas. La interacción cultural y política se negocia en torno a complejos procesos de inclusión y exclusión y de transferencia cultural. Buena parte de la energía y de la capacidad de innovación dentro de las ciudades se basa en el

RECUADRO 17 LAS MINORÍAS EN EL REINO UNIDO

No proporcionamos tabla alguna para el Reino Unido debido a la dificultad de agrupar la población extranjera y la población de las minorías étnicas. En el año 2000, había 2.3 millones de residentes extranjeros en el Reino Unido (4 por ciento de la población total). Apenas poco más de un tercio eran ciudadanos de la UE. Los grupos más grandes eran los irlandeses (404,000), hindúes (153,000), ciudadanos de Estados Unidos (114,000), italianos (95,000), paquistaníes (94,000), africanos occidentales (85,000), franceses (85,000) y australianos (75,000). La población de las minorías étnicas, la mayoría de cuyos miembros nacieron en suelo británico de ancestros no europeos (lo que se originó con la Commonwealth), alcanza los cuatro millones (7.1 por ciento de la población total). Casi la mitad de ellos tienen sus orígenes en el subcontinente hindú (India, Paquistán y Bangladesh), el 13 por ciento en el Caribe y el 11 por ciento en África.

Los inmigrantes de la Commonwealth que llegaron antes de 1971 eran súbditos británicos que gozaban de todos los derechos (incluidos los electorales) una vez admitidos. Esta situación se acabó con las actas de inmigración de 1971 y de nacionalidad británica de 1981, que pusieron a los inmigrantes posteriores, a la par con los extranjeros. Los inmigrantes irlandeses gozan virtualmente de todos los derechos, incluyendo el del voto. Es relativamente fácil para los extranjeros obtener la ciudadanía después de cinco años de residencia legal en Gran Bretaña.

En las décadas de 1950 y 1960 los inmigrantes de la Commonwealth se concentraron en los trabajos menos deseables. Desde entonces, los diversos grupos inmigrantes y sus descendientes nacidos en el Reino Unido han tenido experiencias contrastantes. Los paquistaníes y bangladeshis se concentran en el trabajo manual semicalificado y tienen altas tasas de desempleo. Las mujeres de estos grupos tienen bajas tasas de participación en el trabajo asalariado. Los hindúes están bien representados en las ocupaciones profesionales, administrativas y otras no manuales; sin embargo, poseen también altas tasas de autoempleo. Las mujeres caribeñas han alcanzado logros razonables al acceder al trabajo no manual, mientras que los hombres no han sido tan exitosos.

En 1965, 1968 y 1976 se aprobaron actas sobre relaciones raciales haciendo ilegal la discriminación en los lugares públicos, el empleo y la vivienda. En 1976 se estableció una Comisión para la Igualdad Racial (CIR) que vigilaría estas leyes y promovería las buenas relaciones en la comunidad. Aunque el Frente Nacional y otros grupos racistas crecieron con rapidez en los setenta y reclutaron miembros de subculturas de la violencia juvenil como los *skinheads*. La violencia racista se convirtió en un problema significativo para asiáticos y afrocaribeños. En 1980-1981 el descontento de los jóvenes negros explotó bajo la forma de desórdenes en áreas del centro de la ciudad, sucediendo lo mismo en 1985-1986 y 1991. Tales problemas originaron que el gobierno adoptara medidas para combatir el desempleo de los

jóvenes negros, mejorar la educación, rehabilitar áreas urbanas y cambiar las prácticas policiales. Sin embargo, estas medidas tuvieron un éxito limitado en el clima de creciente desigualdad durante los años del régimen de Thatcher.

Persiste un fuerte contraste entre la igualdad formal de la que gozan las minorías étnicas y su experiencia cotidiana del desempleo, encarcelamiento, desigualdad en la educación y exclusión social. La población negra aún sufre discriminación por parte de la policía y otras organizaciones de servicio público. La investigación de Stephen Lawrence en 1999 (establecida para analizar la mala respuesta policiaca después del asesinato de un joven negro por parte de una banda de blancos) reveló la fuerza del racismo institucional. El acta (enmendada) de relaciones de raza del año 2000 dio a la CRE poderes de vigilancia mayores y un presupuesto más amplio. Todas las dependencias públicas están obligadas ahora a introducir esquemas para la igualdad entre razas y eliminar la discriminación. En el 2002, hubo desórdenes en las ciudades septentrionales de Oldham, Burnley y Bradford con participación de jóvenes de origen asiático. El Partido Nacional Británico, extrema derecha, buscó explotar los conflictos locales y tuvo cierto éxito electoral entre los votantes blancos que se sentían en desventaja por los programas especiales para las minorías étnicas.

Desde finales de los años noventa, el tema principal de inmigración ha sido el número de solicitantes de asilo, cantidad que se incrementó de 28,000 en 1993 a 93,600 en el 2000. Los medios y los políticos de derecha han hecho de éste un tema de soberanía nacional. Desde 1993 gobiernos sucesivos han propuesto tres nuevas leyes sobre inmigración y asilo, con una cuarta actualmente en debate. Cada una ha restringido las reglas de entrada e introducido medidas de disuasión como la aprehensión, la restricciones en la beneficencia, y limitaciones en el derecho al trabajo. A pesar de estas políticas, los solicitantes de asilo continúan llegando y es probable que una gran proporción se quede permanentemente. No está claro cómo las estrategias de integración desarrolladas para los inmigrantes anteriores procedente de la Commonwealth, habrán de aplicarse y qué tan efectivas serán para estos grupos diversos.

Fuente: Benyon (1986); Layton-Henry (1986; 2003); Home Office (1989); OCDE (1992, 2001); Solomos (1993); Solomos y Black (1995) y ONS (2001).

sincretismo cultural de las poblaciones multiétnicas, como ha mostrado Davis (1990) en el caso de Los Ángeles. Este sincretismo puede verse como un vínculo y un desarrollo creativos de aspectos de diferentes culturas, en un proceso de formación de comunidades, las que siempre tienen dimensiones políticas (Gilroy, 1987). Así como no puede haber un retorno a las poblaciones monoétnicas (siempre un mito, en cualquier caso), ni regresar a las culturas estáticas u homogéneas. La ciudad global con su población multicultural es un poderoso laboratorio para el cambio.

Política social

A medida que los migrantes se trasladaron al centro de las ciudades y a los pueblos industriales, se les culpó del aumento en los costos del alojamiento, la baja en la calidad de las casas y el deterioro de los servicios sociales. En respuesta, se desarrolló todo un conjunto de políticas sociales. Algunas veces éstas, diseñadas para reducir las concentraciones étnicas y aminorar las tensiones sociales, trajeron como resultado lo contrario.

En ningún lugar el problema ha sido más severo que en Francia. Después de 1968 se tomaron medidas para eliminar los *bidonvilles* (asentamientos irregulares) y hacer más accesible la vivienda pública a los inmigrantes. Se introdujo el concepto de *seuil de tolérance* (umbral de tolerancia), según el cual la presencia inmigrante debería limitarse a un máximo de 10 o 15 por ciento residentes en un edificio de viviendas o un 25 por ciento de estudiantes en una clase (Verbunt, 1985: 147-155; MacMaster, 1991: 14-28). Detrás estaba implícito que las concentraciones de inmigrantes representaban un problema y que la dispersión era la condición previa para la asimilación. Los subsidios a las sociedades de vivienda pública (*habitations à loyers modestes*, o viviendas de costo básico, VCB) estaban asociados con cuotas para los inmigrantes. Las VCB utilizaban los subsidios para construir nuevos edificios, donde se daba albergue sobre todo a familias francesas. Con el objeto de minimizar los conflictos con los franceses, las familias inmigrantes se concentraban en edificios específicos. Las VCB podían asegurar que se habían ajustado a las cuotas –en promedio para todos sus edificios– mientras que de hecho creaban nuevos guetos (Weil, 1991b: 249-258).

Para la década de los ochenta, el tema central de la política social era, por tanto, la situación de las minorías étnicas en las áreas del centro de las ciudades y en los grandes edificios de vivienda que las rodeaban. Éstas se estaban convirtiendo rápidamente en áreas de desempleo, problemas sociales y conflictos étnicos persistentes. Las políticas sociales se centraban en la juventud urbana; el gobierno socialista desarrolló una gama de programas para mejorar las condiciones sociales y de vivienda, elevar los resultados educativos y combatir el desempleo juvenil, en especial de aquellos con antecedentes en el norte de África.

Patrick Weil (que habría de encabezar la revisión de las políticas de inmigración y de nacionalidad del gobierno socialista en 1997) se topó con que las medidas de política de los años ochenta habían fracasado: estaban diseñadas para lograr la integración en la sociedad francesa, pero de hecho “ligaban todos los problemas de esos pueblos y barrios con la inmigración”. De ahí que la política social estimulara la concentración de las minorías, lo

RECUADRO
18 LAS MINORÍAS EN FRANCIA

En 1999, la cifra de residentes extranjeros alcanzaban 3.3 millones y representaban el 5.6 por ciento de la población total de Francia (véase tabla 5) —una caída respecto a los 3.6 millones (6.3 por ciento de la población total) de 1990. Esto no quiere decir que se haya reducido la población de origen inmigrante. Más de un millón de antiguos inmigrantes se han naturalizado. Además, había hasta medio millón de ciudadanos franceses provenientes de departamentos y territorios en África, el Caribe y las Islas del Pacífico. La población de origen inmigrante en Francia ha cambiado, de tener principalmente su origen en el sur de Europa en los años setenta a una que en forma primordial tiene antecedentes en el norte y el occidente de África.

A pesar del “modelo republicano” dominante que ofrece naturalización y derechos sociales iguales para los inmigrantes, hay una disimilitud considerable entre los grupos. Los ciudadanos de la Unión Europea gozan de todos los derechos básicos, a excepción del derecho al voto. Los inmigrantes de países fuera de UE (como Polonia y la antigua Yugoslavia) carecen de muchos derechos y con frecuencia están en una situación legal irregular. Aquéllos con antecedentes familiares o nacidos fuera de Europa (sean ciudadanos o no) constituyen las minorías étnicas. Éstas incluyen argelinos, tunecinos, marroquíes, jóvenes francoargelinos, africanos negros, turcos, colonizadores procedentes de departamentos y territorios fuera de Francia. Pueden tener derechos formales como ciudadanos franceses pero todavía sufren exclusión socioeconómica y racismo.

Hay una marcada concentración residencial en las áreas céntricas de las ciudades y en los edificios públicos de vivienda en la periferia de las ciudades. La situación laboral de las minorías étnicas está marcada por un estatus bajo, empleos inseguros y altas tasas de desempleo, en especial para los jóvenes. La discriminación y la violencia racistas, sobre todo contra los norafricanos, han sido un problema por varios años. Sin embargo, algunos jóvenes de antecedentes inmigrantes ha asegurado su movilidad ascendente a través de la educación. Una nueva clase de profesionales y hombres de negocios con antecedentes étnicos está surgiendo, conocidos popularmente como la *bourgeoisie* (término que se deriva del término coloquial *beurs*, aplicado a las personas de origen árabe).

En los años setenta, las políticas orientadas a la inmigración (en particular la reunificación familiar) se hicieron cada vez más restrictivas. Los allanamientos policíacos, las revisiones de identidad e incluso las deportaciones de inmigrantes convictos por faltas menores se volvieron cotidianas. En la década de los ochenta, el gobierno socialista mejoró los derechos de los residentes, concedió una amnistía a los indocumentados y permitió una mayor participación política. El racismo creciente, aunado a problemas cada vez más serios en las áreas de concentración de inmigrantes, llevaron a una serie de programas especiales para mejorar la vivienda, la educación y combatir el desempleo juvenil.

RECUADRO 18 (*continuación*)

La posición de las minorías étnicas en la sociedad francesa se ha tornado altamente politizada. Los inmigrantes adoptaron un papel activo en huelgas importantes, exigiendo derechos civiles, políticos y culturales. La segunda generación de inmigrantes del norte de África y las organizaciones musulmanas son fuerzas políticas emergentes. En las décadas de los ochenta y noventa, el descontento juvenil por el desempleo y las prácticas policíacas originó levantamientos en Lyon, París, y otras ciudades. Más recientemente, las campañas de los *beurs* han señalado la necesidad de un nuevo tipo de "ciudadanía por participación", basada en la residencia y no en la nacionalidad o la ascendencia. Esto implica la exigencia de una nueva forma de pluralismo que es muy ajeno al modelo asimilacionista francés.

En los años noventa, el gobierno de centro-derecha se volvió cada vez más restrictivo hacia las minorías. Esto se debió en parte a la creciente influencia del FN de extrema derecha, que obtuvo regularmente el 15 por ciento de los votos en las elecciones nacionales y logró el control de las autoridades locales en varias ciudades. La Loi Pasqua de 1993 (bautizada en honor del Ministro del Interior) restringía las reglas de inmigración y nacionalidad. Las condiciones de entrada y de reunificación familiar se hicieron más estrictas mientras que se facilitó la deportación. Se cambiaron las reglas de ciudadanía para los hijos de los inmigrantes, minando el principio republicano del *ius solis* (la ciudadanía a partir de haber nacido en Francia). En 1995 el temor al fundamentalismo islámico se convirtió casi en pánico cuando la violencia en Argelia se desbordó en ataques con bombas en el metro de París. Hubo deportaciones masivas de *sans papiers* (personas sin documentos), -inmigrantes que habían perdido su condición legal por la Loi Pasqua.

El gobierno socialista de 1997-2002 reafirmó el modelo republicano a través de leyes que restituyeron la *ius solis* para los descendientes de los inmigrantes e hicieron más laxas las reglas de entrada y residencia. El propósito era crear una situación segura para los inmigrantes legales al tiempo que se combatía la entrada ilegal. Sin embargo, los reclamos en el sentido de que la sociedad estaba amenazada por la criminalidad inmigrante y de que la identidad francesa estaba debilitándose por las minorías africanas y no europeas se volvieron puntos importantes de convocatoria para la extrema derecha. Le Pen, cabeza del Front National, impactó a Europa al ganar un quinto de los votos en la primera ronda de la elección presidencial en el 2002, al derrotar al candidato socialista, Jospin. El nuevo gobierno de centro-derecha empeñó su palabra de reducir la inmigración, además de fortalecer la ley y el orden.

Fuente: Verbun (1985); Wihtol de Wenden (1988, 1995); Wihtol de Wenden y Leavau (2001); Noiriel (1988); Costa-Lascoux (1989); Lapeyronnie *et al.* (1990); Weil (1991b); OCDE (2001); Hollifield (2003).

que hizo más lenta la integración, estimuló la formación de comunidades étnicas y fortaleció las filiaciones religiosas y culturales de grupo (Weil, 1991b: 176-179). La interpretación de Weil es parte de la tradición asimilacionista republicana francesa (véase más adelante). De hecho, el grado en el cual el Estado habría de proporcionar políticas sociales especiales para facilitar la integración de los inmigrantes está a discusión en la mayoría de los países de inmigración.

Las políticas especiales para los inmigrantes puede reforzar las tendencias a la segregación. Por ejemplo, la “estrategia dual” que se instrumentó en la educación alemana (véase el capítulo 8) creó clases especiales para los niños extranjeros, lo que causó aislamiento social y un pobre desempeño educativo. Las políticas de vivienda en Gran Bretaña no pretenden discriminar, pero aun así algunas veces han hecho surgir zonas de vivienda “negras” y “blancas”. En Holanda, los críticos de la política de minorías de los ochenta argumentaban que las medidas sociales culturalmente específicas de hecho incrementaban la marginación socioeconómica. Los esquemas suecos de vivienda pública para los inmigrantes han tenido como resultado un alto grado de concentración étnica y de separación de la población sueca. Por otro lado, las políticas sociales multiculturales se basan en la idea de que los inmigrantes necesitan servicios especiales para afrontar sus necesidades especiales con respecto a la educación, el aprendizaje del idioma y la vivienda.

De nuevo es posible proponer una clasificación general de las respuestas a las políticas sociales. Australia, Canadá, Suecia y Holanda han puesto en práctica políticas sociales activas para los inmigrantes y las minorías. La suposición fundamental ha sido que tales políticas no llevan al separatismo, sino que, por el contrario, conforman una precondition para la integración exitosa. Esto se debe a que la situación de los inmigrantes y las minorías étnicas es vista como el resultado tanto de las diferencias culturales y sociales, como de las barreras a la participación, las que se originan en la discriminación institucional e informal.

Un segundo grupo de países rechaza las políticas sociales especiales para los inmigrantes. Las autoridades estadounidenses consideran que las políticas especiales para los inmigrantes son una intervención gubernamental innecesaria. No obstante, la igualdad de oportunidades, las medidas contra la discriminación y a favor de la acción afirmativa han beneficiado a los inmigrantes, además, es posible encontrar medidas especiales de carácter social y educativo en el ámbito local. Los gobiernos franceses han rechazado las políticas sociales especiales bajo el principio de que los inmigrantes deben convertirse en ciudadanos y que cualquier tratamiento especial habrá de evitarlo. Sin embargo, como

TABLA 5
 POBLACIÓN EXTRANJERA RESIDENTE EN FRANCIA,
 HOLANDA, SUECIA Y SUIZA, 1999
 (Miles)

<i>País de origen</i>	<i>Francia</i>	<i>Holanda</i>	<i>Suecia</i>	<i>Suiza</i>
Italia	202	18	–	328
Portugal	554	9	–	135
España	162	17	–	86
Reino Unido	–	40	12	20
Finlandia	–	–	99	–
Polonia	–	–	16	–
Ex Yugoslavia	–	16	57	332
Argelia	78	–	–	–
Marruecos	504	120	–	–
Túnez	154	1	–	–
Turquía	208	101	16	80
Otros	1,002	330	287	388
Total	3,263	652	487	1,369
De los cuales: UE	1,196	196	–	800

Fuente: OCDE, 2001: tabla B.1.5.

Nota: Un espacio en blanco indica que determinado país de origen no está entre las principales fuentes de inmigrantes para el país receptor. Los grupos más pequeños se agrupan bajo la categoría "Otros". Las cifras francesas provienen del censo, las demás son de los registros de población.

ya se describió, se han generado algunos programas especiales. Entre 1979 y 1997 Gran Bretaña llevó a cabo una gama de políticas sociales en respuesta a la crisis urbana, la violencia racista y los desórdenes juveniles, a pesar del rechazo ideológico del gobierno conservador.

El tercer grupo de países es, de nuevo, el conformado por los antiguos reclutadores de "trabajadores huéspedes". Alemania ha puesto en práctica políticas contradictorias y cambiantes respecto al acceso de los inmigrantes al sistema de beneficencia altamente desarrollado. En los primeros años el gobierno delegó la prestación de servicios sociales especiales en las organizaciones caritativas vinculadas con las iglesias y el movimiento obrero. Aunque a los trabajadores extranjeros se les garantizaron derechos iguales a los beneficios de pensión y salud vinculados con el trabajo, se les excluyó de los de bienestar. Las demandas por pagos de seguridad social sobre la base de un empleo a largo plazo o por discapacidad, podían llevar a la deportación.

Mientras tanto, el establecimiento y la reunificación familiar han hecho necesario que los servicios para la familia, la juventud, la educación, la salud, y la edad avanzada, tomaran en cuenta las necesidades de los inmigrantes. La legislación contra la discriminación, o los programas de acción afirmativa no tienen mucha cabida en Alemania o Suiza: un buen número de leyes especifican trato preferencial para los nacionales sobre los extranjeros. No obstante, la violencia racista de principios de los noventa provocó que las autoridades alemanas buscaran maneras de superar la exclusión social de los inmigrantes, la que se veía como factor importante de contribución a los ataques de la extrema derecha.

RECUADRO 19 LAS MINORÍAS EN HOLANDA

En 1999 había 652,000 extranjeros residentes en Holanda: 4.1 por ciento del total de la población de 15.6 millones (véase tabla 5). La población extranjera ha disminuido desde 1993 cuando alcanzó su máximo de 780,000. No obstante, muchos inmigrantes se convierten en ciudadanos. La población nacida en el extranjero era de 1.6 millones en 1999 (10 por ciento de la población total), de los cuales el 58 por ciento eran ciudadanos holandeses. Los cinco principales países de los nacidos en el extranjero era Surinam (185,000), Turquía (178,000), Indonesia (168,000), Marruecos (153,000) y Alemania (124,000).

La población de las minorías étnicas se concentró de manera notable en las áreas urbanas, sobre todo en las cuatro ciudades más grandes (Ámsterdam, Róterdam, La Haya y Utrecht), donde es frecuente que vivan en barrios distintos. Los trabajadores del mediterráneo, Surinam y las Antillas obtenían sobre todo trabajos no calificados en la manufactura y los servicios. En los años ochenta los inmigrantes soportaron el peso de la reestructuración económica, con tasas de desempleo que fluctuaban entre el 20 por ciento y el 40 por ciento para algunos grupos. En 1999 el desempleo había disminuido para todos los grupos, pero era mucho mayor para los inmigrantes (9 por ciento) que para los no inmigrantes (3 por ciento). Los grupos minoritarios con altas tasas de desempleo incluían a los marroquíes (18 por ciento) y los turcos (13 por ciento).

La reforma de la Constitución de 1983 integró los derechos al voto municipal para los residentes sin ciudadanía. La política sobre minorías de 1983, se basaba en principios multiculturales y declaraba la necesidad de que existieran políticas sociales para integrarlas como grupos en vez de hacerlo como individuos. La preservación de la identidad cultural era un propósito clave. La política de minorías cubría a los trabajadores del mediterráneo y sus familias, a quienes tenían orígenes en Surinam y las Antillas, a los que procedían de las Malucas, a los refugiados (pero no a los solicitantes de asilo), a los gitanos y a los miembros de caravanas. En 1990 se estimaba que estos grupos alcanzaban

REGUADRO 19 (*continuación*)

la cifra de 876,385 personas. Empero, la política de minorías fue criticada sobre la base de que hacía muy poco por superar el desempleo, el bajo desempeño educativo y las desventajas sociales.

En 1994 se propuso una nueva política de integración, la que daba cobertura a los descendientes de turcos, marroquíes, surinameses y antillanos, así como a los refugiados. Ésta se propone reducir el rezago social y económico; consiste en dos elementos: una política para los "recién llegados" o "política de recepción", y una "política de integración". La de los "recién llegados" radica en cursos del idioma holandés, orientación social y entrenamiento vocacional; además, administrar los casos individuales para asegurar la promoción hacia niveles posteriores de educación o bien en el mercado laboral. A los inmigrantes que no participen se les puede privar de los beneficios de la seguridad social. La de integración se ocupa de mejorar la posición educativa y el mercado de trabajo para la juventud minoritaria, así como facilitar las condiciones de seguridad y de vida en los barrios. Esta aproximación se confirmó y reforzó en 1998 por la ley sobre la integración cívica de los recién llegados.

La ciudadanía es relativamente fácil de obtener, con un periodo requerido de cinco años. Holanda tiene leyes que prohíben el insulto racial, la incitación al odio racial, la discriminación y la violencia, además de la discriminación en el trabajo o en los lugares públicos. Las organizaciones que promuevan la discriminación racial pudieran prohibirse. Sin embargo, el racismo y la violencia racista son problemas vigentes. En el año 2001 el surgimiento del político Pim Fortuyn y su partido anti-inmigrante tomó a muchos observadores por sorpresa. Tras el asesinato de Pim Fortuyn en el 2002, la Lista de Pim Fortuyn (LPF) se convirtió en el segundo partido más fuerte, y en parte de un gobierno de coalición en donde estaba a cargo de la cartera de inmigración. Sin embargo, para finales del 2002 la LPF cayó en pedazos debido a conflictos internos. En las elecciones de enero del año 2003 perdió la mayor parte de sus escaños; los demócratas cristianos y socialdemócratas resurgieron como los partidos principales.

Fuente: Entzinger (1985, 2002); Muus (1991, 1995); OCDE (2001: 210-15).

Racismo y minorías

Se pueden distinguir tres categorías en los países de inmigración. Primero, cuando algunos colonizadores se han mezclado con la población general y no constituyen grupos étnicos separados. Con frecuencia se trata de grupos cultural y socioeconómicamente similares a la mayoría de la población receptora: por ejemplo los colonizadores británicos en Australia, los franceses en Suiza y los austriacos en Alemania.

Segundo, algunos colonizadores que forman comunidades étnicas: tienden a vivir en ciertos barrios y conservar sus idiomas y culturas originales aunque no se les excluye de la ciudadanía, la participación política, así como las oportu-

tunidades de movilidad económica y social. La comunidad étnica puede haberse desarrollado en parte a raíz de una discriminación inicial, pero las razones principales para su persistencia son culturales y psicológicas. Ejemplo de ello son los italianos en Australia, Canadá o Estados Unidos y la gente con antecedentes en el sur de Europa en Francia o en Holanda. Es probable que tales comunidades decrezcan en notoriedad con el tiempo, a medida que las generaciones posteriores se casan con otros grupos y salen de las áreas originales de concentración.

Tercero, algunos colonizadores forman minorías étnicas. Como en las comunidades étnicas, tienden a vivir en determinados barrios, así como preservar sus idiomas y culturas de origen. Pero casi siempre comparten una posición socioeconómica rezagada y son parcialmente excluidos de la sociedad más amplia por factores como un estatus legal débil, la negación de la ciudadanía, la negación de derechos sociales o políticos, la discriminación étnica o racial, la violencia y el hostigamiento racistas. Muestra de ello son los inmigrantes asiáticos en Australia, Canadá y Estados Unidos, los hispanos en Estados Unidos, los afrocaribeños y asiáticos en Gran Bretaña, los norafricanos y los turcos en la mayoría de los países del occidente europeo y los solicitantes de asilo sin antecedentes europeos en casi todas partes.

Todos los países examinados tienen las tres categorías pero aquí nos ocupamos sólo de la segunda y tercera. Es importante examinar por qué algunos inmigrantes adoptan la forma de comunidades étnicas, mientras que otros se vuelven minorías étnicas. Otra cuestión importante es por qué algunos inmigrantes tienen un estatus étnico minoritario en ciertos países en mayor medida que en otros. Dos grupos de factores parecen relevantes: aquellos relacionados con las características de los colonizadores mismos, y los relacionados con las estructuras sociales, las prácticas culturales y las ideologías de los países receptores.

Cuando se examina a los colonizadores no escapa a la observación que la diferencia fenotípica (el color de la piel, la apariencia racial) es la marca principal de quienes tienen el estatus de minoría. Una encuesta realizada en 1989 por la Comisión de la Comunidad Europea en todos sus países miembros, señalaba amplia aceptación de otros europeos. Sin embargo, había fuertes sentimientos de distanciamiento y hostilidad hacia los no europeos, en especial árabes, africanos y asiáticos. A grandes rasgos, uno de cada tres europeos creía que había demasiadas personas de otra nacionalidad o raza en su país, y esos sentimientos estaban más marcados en Bélgica y Alemania (Comisión de las Comunidades Europeas, 1989). El énfasis en la diferencia fenotípica se aplica aún más a minorías no inmigrantes, como los pueblos aborígenes en Estados Unidos, Canadá y Australia o los afroamericanos en Estados Unidos. Éstos constituyen, junto con los inmigrantes no europeos, los grupos más marginados en todos los países.

Existen cuatro posibles explicaciones para ello: la diferencia fenotípica puede coincidir con el arribo reciente, la distancia cultural, la posición socioeconómica o, finalmente, puede servir como blanco del racismo.

La primera explicación es parcialmente correcta: en muchos casos, los colonizadores negros, asiáticos o hispanos se encuentran entre los grupos de más reciente arribo. Los estudios históricos muestran instancias de racismo y discriminación contra de los inmigrantes blancos que son tan virulentas como las que se dan contra los no blancos en la actualidad (véase el capítulo 2). El arribo reciente puede hacer que un grupo parezca más amenazante, y éstos tienden a competir más con los grupos locales de bajos ingresos por los trabajos y la vivienda. Pero el arribo reciente no puede explicar por qué las poblaciones aborígenes son víctimas de prácticas de exclusión, ni tampoco por qué a los afroamericanos y a otras minorías de larga data se les discrimina. Tampoco por qué el racismo contra los grupos de blancos inmigrantes tiende a desaparecer con el tiempo, mientras que aquel que se ejerce contra los no blancos continúa por generaciones.

¿Qué hay respecto a la distancia cultural? Su significación depende en parte de cómo se defina la cultura. Algunos colonizadores no europeos provienen de áreas rurales con culturas preindustriales y puede tener dificultades para adaptarse a culturas industriales o posindustriales. Si bien muchos colonizadores asiáticos en Norteamérica y Australia tienen antecedentes urbanos y un alto nivel de educación. Esto no los protege del racismo y la discriminación. Si la cultura se define en términos del idioma, la religión y los valores, entonces algunos migrantes no europeos se perciben como diferentes a las poblaciones receptoras. Esto se aplica en particular a los musulmanes. El miedo al Islam tiene una tradición que se remonta a las cruzadas medievales. En años recientes, el temor al fundamentalismo, la pérdida de modernidad y de secularidad desempeñaron un papel importante. Pero se podría argumentar que éstos se basan en ideologías racistas más que en realidades sociales. El fortalecimiento de las afiliaciones musulmanas es a menudo un reflejo de protección de los grupos discriminados, de modo que el fundamentalismo es una especie de profecía de autocumplimiento.

En cuanto a la tercera explicación, la diferencia fenotípica con frecuencia coincide con el estatus socioeconómico. Algunos inmigrantes de países menos desarrollados carecen de la educación y del entrenamiento vocacional necesarios para la movilidad ascendente en las economías industriales. Pero incluso los inmigrantes altamente calificados pueden enfrentarse con la discriminación. Muchos que sólo pueden entrar al mercado laboral desde abajo y que después es difícil ascender. El estatus socioeconómico es tanto consecuencia de los procesos de marginación como causa del estatus de minoría.

Podemos por tanto concluir que la explicación más significativa para la formación de minorías se encuentra en las prácticas de exclusión por las poblacio-

nes mayoritarias y los estados en los países de inmigración. A estas prácticas de racismo y sus consecuencias las denominamos racialización de las minorías (véase capítulo 1). Las tradiciones y las culturas del racismo son fuertes en todos los países europeos y en las antiguas colonias de Europa. La mayor importancia del racismo y de la violencia racista desde finales de los setenta está vinculada con la creciente inseguridad que para muchos se deriva de los cambios económicos y sociales rápidos.

Violencia racista

La reunificación alemana en 1990 tuvo una cauda de violencia racista. Grupos neonazis atacaron los albergues de refugiados y a los extranjeros en las calles, algunas veces con el aplauso de los transeúntes. Al principio era peor en el área de la antigua Alemania democrática, pero en 1992 y 1993 varios inmigrantes turcos fueron asesinados en incendios provocados en Alemania occidental. En 1992 se registró oficialmente un total 2,600 actos de violencia con motivos racistas, ataques que arrojaron un saldo de 17 muertos (Baringhorst, 1995: 225). Pero estos incidentes no eran nuevos ni se confinaban a Alemania: el hostigamiento y los ataques racistas se han convertido en temas importantes de discusión en todos los países de inmigración.

RECUADRO 20 LAS MINORÍAS EN SUECIA

Hasta 1945 Suecia era un país relativamente homogéneo, con tan sólo una pequeña minoría aborigen: los sami o lapps (cerca de 10,000 en la actualidad). Después de 1945 se estimuló la migración laboral. El reclutamiento de trabajadores extranjeros se detuvo en 1972 pero continuó la reunificación familiar y la entrada de refugiados. En 1999, los 487,000 residentes extranjeros llegaban al 5.5 por ciento de la población total de 8.9 millones (véase tabla 5). De hecho, 918,000 personas habían nacido en el extranjero, pero el 40 por ciento tenía más de 20 años de permanencia, y 582,000 habían adquirido la ciudadanía sueca. Incluidos los hijos nacidos en Suecia de cuando menos un padre inmigrante. La población con orígenes inmigrantes es de 1.8 millones, o alrededor del 20 por ciento de la población. Un tercio de la población nacida en el extranjero proviene de países nórdicos (Finlandia, Dinamarca y Noruega), mientras que el resto tiene diversos orígenes, que incluyen la antigua Yugoslavia, Irak, Irán, Turquía, Somalia y Chile.

Los trabajadores inmigrantes están sobrerrepresentados en la manufactura y en las ocupaciones de baja calificación en los servicios. Están subrepresentados en la agricultura, el trabajo social y de atención a la salud, el trabajo

RECUADRO 20 (continuación)

administrativo, de oficina y en el comercio. El desempleo en Suecia alcanzó en 1993 una cúspide máxima del 8 por ciento. La tasa para los extranjeros era de 21 por ciento, mientras que para los no europeos llegaba al 37 por ciento. Los inmigrantes se han establecido sobre todo en las ciudades, la gente de la misma nacionalidad se concentra en ciertos barrios, lo que permite que se perpetúen los usos lingüísticos y culturales. En algunos barrios urbanos, los no europeos llegan al 75 por ciento de la población –cifra que se sitúa entre las tasas más altas de concentración étnica en Europa.

El incremento en la entrada de solicitantes de asilo a finales de los años ochenta condujo a campañas antiinmigrantes por grupos de extrema derecha. En 1988, un referéndum en el pequeño pueblo de Sjöbo decidió dejar fuera a los refugiados. Esto tuvo como resultado un incremento en la violencia racista que incluyó incendios provocados y ataques con bombas en los centros de refugiados. Desde 1989 el gobierno introdujo una serie de medidas para restringir la entrada de solicitantes de asilo. En 1992 la entrada de inmigrantes –en particular procedentes de la antigua Yugoslavia– alcanzó una cúspide de 84,000 pero en 1992 había descendido a 11,200. En la actualidad, los grupos extremistas violentos tienen pocos miembros y simpatizantes, pro la opinión pública se ha tornado mucho más escéptica acerca de la inmigración y el asilo.

En 1975, el parlamento estableció una política de inmigración con tres objetivos principales: *igualdad*, que se refiere a dotar a los inmigrantes de las mismas condiciones de vida que a los suecos; *libertad de elección*, que significa dar a los miembros de las minorías étnicas la posibilidad de escoger entre conservar sus propias identidades culturales o asumir la sueca; y *filiación* (*Partnership*), lo cual implica que los grupos minoritarios y los suecos se beneficien del trabajo conjunto. Desde 1975, los residentes extranjeros han tenido el derecho de votar y ser votados en las elecciones locales y regionales. Se planeó extender tales derechos a las elecciones nacionales pero resultó imposible lograr la mayoría parlamentaria requerida para una reforma constitucional. Se introdujeron leyes antidiscriminación en 1986 y 1994. El periodo de espera para la naturalización es de dos años para los escandinavos y cinco años para el resto de los países de procedencia, mientras que los niños nacidos de padres extranjeros residentes pueden obtener la ciudadanía en el momento de solicitarla. Se estableció una nueva ley de ciudadanía en el 2001, la cual reconocía la doble ciudadanía e hizo más expeditos los procedimientos de naturalización para algunos grupos. Las tasas de naturalización son altas.

Los inmigrantes gozan de los beneficios del alto estado de desarrollo en Suecia, al igual que de un cierto número de servicios especiales que comprenden cursos de idioma para los inmigrantes adultos. Los niños de los inmigrantes pueden recibir instrucción preescolar y escolar en su propio idioma dentro del currículo normal. Otras medidas incluyen los servicios de traductor e intérprete, los de información, fondos para las organizaciones de inmigrantes y cuerpos consultivos especiales. No obstante, tales políticas no parecen tener mucho éxito

para lograr una mayor igualdad y participación de las minorías en la sociedad sueca. En 1998 se introdujo una nueva política de integración y se estableció una nueva oficina de integración nacional. Esta política puso menos énfasis en la identidad étnica y el multiculturalismo y en la integración y la igualdad de oportunidades. En vista del alto grado de concentración étnica en las áreas urbanas, se estableció una “política metropolitana” para reducir la segregación y ayudar a obtener condiciones de vida igualitarias en las ciudades.

Fuente: Hammar (1985b); Ålund y Schierup (1991); Larsson (1991); OCDE (1995, 2001), Westin (2000).

En Gran Bretaña, la violencia racista encabezada por el Frente Nacional y el Movimiento Británico se incrementó a partir de los años setenta. La investigación realizada por la Oficina del Interior (1989) mostró el grado en el que la violencia se había convertido en una limitación importante en las vidas de las minorías étnicas. Desde 1986, todas las fuerzas policíacas han recopilado datos sobre los incidentes racistas. El Acta sobre Crimen y Desorden de 1998 introdujo nuevas categorías de “ofensas con agravantes racistas”. La encuesta británica sobre el crimen encontró que la cifra de incidentes considerados por la víctima como motivados por el racismo alcanzó los 280,000 en 1999 (un descenso del 27 por ciento en comparación a 1995). La cifra de ofensas con motivos raciales reportadas a la policía en 1999 fue de 47,814, aunque sólo pocas fueron encauzadas. Las ofensas incluían hostigamiento, heridas, ataque común y daño criminal (Oficina del Interior, 2000).

En Francia hubo en 1973 una serie de asesinatos de norafricanos. En los ochenta y los noventa, el Front National fue capaz de movilizar los resentimientos causados por el desempleo y el deterioro urbano y sublimarlos en torno a los temas de la migración y la diferencia cultural. Estados Unidos tiene una larga historia de violencia de blancos contra los afroamericanos. A pesar de las leyes antirracistas que logró el movimiento de los derechos ciudadanos, el Ku Klux Klan sigue siendo una fuerza significativa. Los asiáticos, los árabes y otras minorías también son objeto frecuente de ataques (ADL, 1988). Es frecuente la violencia policíaca contra las minorías. Los disturbios de Los Ángeles de mayo de 1992 fueron provocados por la brutalidad policíaca hacia un automovilista negro, misma que pasó impune ante las cortes.

Incluso países que se enorgullecen de su tolerancia, como Canadá, Suecia y Holanda, reportan una creciente incidencia de ataques racistas. En Suecia en 1998 se reportaron 2,622 ofensas de naturaleza racista, xenófoba o nazi (Westin, 2000). A mediados de los ochenta, el Comité de Investigación sobre el Fascismo y el Racismo del Parlamento Europeo, encontró que “las comunidades

inmigrantes... están sujetas diariamente a muestras de desconfianza y hostilidad, a continua discriminación... y, en muchos casos, a violencia racial, incluso al asesinato” (Parlamento Europeo, 1985). Una década más tarde, tales agresiones se habían vuelto tan frecuentes que rara vez eran la nota de ocho columnas. Según un estudio de la violencia racista en Europa, “para principios de los noventa, muchos grupos habían tenido que enfrentar la violencia y el hostigamiento racistas como parte amenazante de su vida cotidiana” (Björge y White, 1993: 1). Estos grupos incluían inmigrantes y solicitantes de asilo, pero además a minorías establecidas desde tiempo atrás, como los judíos y los gitanos.

El incremento en la violencia racista no ha quedado sin respuesta. Se han desarrollado movimientos antirracistas desde muy hace mucho tiempo en la mayoría de los países donde se dan procesos de establecimiento, basados con frecuencia en coaliciones entre organizaciones minoritarias, sindicatos, partidos de izquierda, iglesias y organizaciones de bienestar. Las organizaciones antirracistas han ayudado a impulsar la legislación para la igualdad de oportunidades, así como contra de la discriminación, además, políticas y agencias diseñadas para reducir la violencia. No obstante, el movimiento antirracista no ha sido efectivo para evitar el incremento en la violencia racial a principios de los noventa, aunque sí ha evitado que el asunto sea peor. De manera similar, las campañas políticas contra los solicitantes de asilo a principios del siglo XXI encontraron oposición en las ONG. Aunque, en la medida que los políticos estén ansiosos por capitalizar electoralmente estos temas, el racismo seguirá siendo un problema.

Las implicaciones políticas de las campañas opuestas a la inmigración se discuten en el capítulo 10. Las campañas racistas, el hostigamiento y la violencia son factores importantes en el proceso de formación de las minorías étnicas. Al aislar a los miembros y forzarlos a utilizar estrategias de defensa, el racismo puede llevar a la organización y el separatismo e incluso estimular el fundamentalismo religioso.

Minorías y ciudadanía

¿Por qué algunos países convierten a la mayoría de sus colonos (*settlers*) en minorías étnicas mientras que otros marginan sólo a grupos más restringidos? La respuesta no se da por las características de los migrantes, sino a partir de las historias, ideologías y estructuras de las sociedades involucradas. Diferentes modelos del Estado-nación conllevan ideas diferentes de ciudadanía (véase capítulo 1). Algunos países de inmigración dificultan en alto grado que los inmigrantes se conviertan en ciudadanos, mientras que otros otorgan la ciudadanía a cambio de la asimilación cultural, y un tercer grupo posibilita que los inmigrantes se vuelvan ciudadanos al tiempo que conservan sus identidades culturales específicas.

La ciudadanía es más que sólo un estatus formal que se demuestre por la posesión de un pasaporte. Es importante considerar los contenidos de la ciudadanía en términos de los derechos cívicos, políticos y sociales. Además, la posesión de la ciudadanía no es cuestión de todo o nada. Con el aumento en el tiempo de residencia, los inmigrantes adquieren formas de “casiciudadanía”, lo que les confiere algunos derechos, pero no todos. Una forma importante de ésta es la ciudadanía de la Unión Europea, lograda a través del Tratado de Maastricht en 1991. Las reglas para convertirse en ciudadano en varios países son complejas y han sufrido cambios considerables en años recientes (véase Çinar, 1994; Guizmeanes, 1995; Aleinikoff y Klusmeyer, 2000-2001).

Las reglas de la ciudadanía o la nacionalidad se derivan de dos principios en competencia: *ius sanguinis* (literalmente: ley de la sangre), que se basa en la ascendencia de un individuo en un país particular y *ius soli* (ley del suelo), basada en el nacimiento en el territorio del país. La *ius sanguinis* con frecuencia se vincula a un modelo étnico o *folk* del Estado-nación (típico de Alemania y Austria), mientras que el *ius soli* por lo general se relaciona con un Estado-nación construido a través de la incorporación de diversos grupos en un solo territorio (como el Reino Unido), o a través de la inmigración (Estados Unidos, Canadá, Australia, los países de América Latina). En la práctica, todos los estados modernos tienen reglas de ciudadanía basadas en la combinación de la *ius sanguinis* y la *ius soli* aunque puede predominar una u otra.

Naturalización de los inmigrantes

La tabla 6 muestra la adquisición de la ciudadanía en diversos países. Ésta incluye la naturalización y algunos otros procedimientos, como las declaraciones de personas nacidas de padres extranjeros en el país de inmigración. Hay una clara tendencia al incremento de la naturalización de los residentes extranjeros: al comparar 1998 con 1999, las cantidades y tasas eran más altas en todos los países (a excepción del Reino Unido). El número absoluto de naturalizaciones era alto en Australia, Canadá y Estados Unidos; sin embargo, no ha sido posible calcular las tasas de adquisición en estos países debido a la falta de datos sobre la población extranjera residente. En varios países europeos, de manera notable en Francia, Suecia y Holanda, las tasas de naturalización se han incrementado agudamente. Esto representa cambios en las reglas de naturalización y esfuerzos conscientes por estimular a los inmigrantes a convertirse en ciudadanos. No obstante, las tasas permanecen muy bajas en Alemania, Japón y Suiza. Alemania ha mejorado y es probable que lo haga aún más por la ley de ciudadanía de 1999 (véase capítulo 8).

RECUADRO 21
LAS MINORÍAS EN ITALIA

Italia, como otros países del sur de Europa, ha realizado una rápida transición de ser un país de inmigración a uno de emigración. Debido a las pobres condiciones económicas, siete millones de italianos emigraron en los 30 años posteriores a 1945. En la actualidad importantes comunidades italianas siguen vigentes en Estados Unidos, Argentina, Brasil, Australia, Alemania, Suiza y otras partes. Desde los años setenta el rápido crecimiento económico y una fecundidad en descenso han revertido los patrones previos, y hacen surgir la pregunta de si un país de emigración está en mejor posición para tratar con nuevas poblaciones inmigrantes que otros países de recepción.

La población extranjera residente en Italia se elevó de apenas 423,000 en 1985 a un millón en 1995 y siguió creciendo hasta alcanzar 1.7 millones en el 2000. Además, se calcula que hay hasta 300,000 extranjeros indocumentados residentes. Los extranjeros conforman aproximadamente el 3.5 por ciento de la población total de Italia de 58 millones. La tabla que sigue muestra apenas un pequeño incremento en los residentes de otros países de la UE, mientras que las poblaciones de Europa central y del este, de África y Asia se han incrementado con rapidez. Las tres comunidades más grandes son marroquíes, albanos y filipinos.

ITALIA: RESIDENTES EXTRANJEROS LEGALES POR REGIÓN Y PAÍS DE ORIGEN

	1994 (Miles)	1999 (Miles)	Porcentaje de incremento
<i>Europa</i>	239	458	79
Unión Europea	120	143	19
Europa central y del este	103	270	162
Albania	25	94	279
Yugoslavia	33	52	37
<i>África</i>	211	366	73
Marruecos	79	148	88
Túnez	36	51	42
Egipto	19	31	61
Senegal	19	32	62
Asia	106	209	97
Filipinas	26	59	126
China	16	41	161

Fuente: Istat (2001); ISMU-Cariplo (2001); citado aquí por Calavita (2003).

Nota: Estas cifras proporcionan cantidades diferentes para los totales de los residentes extranjeros en comparación con otras fuentes, pero de cualquier modo dan una buena muestra de las tendencias en la distribución por orígenes.

La mayoría de los inmigrantes son admitidos como trabajadores, aunque la cantidad de personas que entran por reunificación familiar y los solicitantes de asilo también se han incrementado. Los inmigrantes son fuente de mano de obra poco calificada, lo que representa un papel importante que sostiene la agricultura y la industria, en una época en que pocos jóvenes italianos están disponibles para tales labores. Los trabajadores indocumentados se concentran en la "economía informal", la que es significativa en Italia. Sin embargo, se ha incrementado la proporción de inmigrantes legales, en parte debido a cuatro programas de regularización desde los ochenta. Una gama de indicadores muestra que Italia se está convirtiendo en un país de establecimiento definitivo: incremento en la reunificación familiar, proporción más alta de inmigrantes femeninos (el 46 por ciento de quienes tenían permiso de residencia en 1999), duración más prolongada de la residencia, más nacimientos de parte de las mujeres extranjeras (4 por ciento de todos los nacimientos en 1999) y un número creciente de niños que entran a las escuelas italianas. Este desarrollo es controvertido y las encuestas de opinión muestran que muchos italianos se preocupan por la inmigración.

La Liga del Norte y la Alianza Nacional, de derecha, realizan una campaña contra la inmigración como una amenaza a la ley y el orden; se ha dado una notable violencia, en especial contra los inmigrantes no europeos. La izquierda propone la integración e incluso el multiculturalismo. Los sindicatos, los partidos de izquierda y grupos de defensa apoyan los derechos de los migrantes, mientras que las asociaciones de patrones llevan a cabo campañas a favor de un aumento en la inmigración. El Acta de Inmigración de 1998, promovida por las posiciones de centro e izquierda hizo más laxas las reglas de ingreso e incluía un conjunto de medidas de integración, aunque poco se ha hecho para ponerlas en práctica. No obstante, a nivel municipal, las autoridades locales de izquierda han promovido políticas para reconocer la diversidad y mejorar los servicios de las minorías, aunque con frecuencia hay un gran abismo entre la retórica y la puesta en práctica. En 2002, el gobierno de centro-derecha de Berlusconi aprobó una nueva ley de inmigración que daba marcha atrás a varias de las medidas de 1998. Enfatizaba el reclutamiento de los trabajadores temporales e introducía duras medidas en contra de la inmigración ilegal.

Fuente: King (2000); Mingione y Qassoli (2000); OCDE (2001: 192-197); Però (2001) y Calavita (2003).

La doble nacionalidad se ha convertido en algo importante para los inmigrantes porque parece una forma adecuada de administrar las identidades múltiples que surgen de la globalización. El principio de la ciudadanía singular se está erosionando en todas partes debido a los matrimonios mixtos. En muchos países, la nacionalidad de un niño nacido en el extranjero solía ser transmitida tan sólo a través del padre. Tales reglas se cambiaron para lograr la igualdad de los sexos en los setenta y ochenta. Una vez que las madres obtienen el mismo derecho a transmitir su nacionalidad que los padres, los matrimonios binacionales de inmediato tienen doble ciudadanía.

TABLA 6
ADQUISICIÓN DE LA NACIONALIDAD EN PAÍSES
SELECCIONADOS, 1988 Y 1999

<i>País</i>	<i>Adquisición de la nacionalidad</i>	<i>Tasa de adquisición</i>	<i>Adquisición de la nacionalidad</i>	<i>Tasa de adquisición</i>
	1998	1988	1999	1999
Australia	81,218	n.d.	76,474	n.d.
Bélgica	8,366	10	24,273	27
Canadá	58,810	n.d.	158,753	n.d.
Francia	46,351	13	145,435	45
Alemania	16,660	4	107,000	15
Italia	7,442	12	11,291	9
Japón	5,767	6	16,120	11
Holanda	9,110	14	52,090	94
Suecia	17,966	43	37,777	76
Suiza	11,356	11	20,363	15
Reino Unido	64,600	35	54,902	25
Estados Unidos	242,063	n. d.	463,060	n.d.

Fuente: OCDE, 1997 y 2001: tablas A.1.6. y B.1.6. Alemania: Beauftragte der Bundesregierung, 2000: 33.

n.d. = no disponible.

Nota: La tasa de adquisición de la nacionalidad se define aquí como el número de adquisiciones de la nacionalidad por cada 1,000 extranjeros residentes. La cifra para Francia incluye a los niños nacidos en Francia de padres extranjeros que declararon su intención de hacerse franceses. La cantidad de Alemania es de 1998 y excluye la naturalización basada en un derecho legal, el que se aplica principalmente a los "alemanes étnicos" de Europa del este. La cifra de Estados Unidos es de 1998. La comparación sólo tiene un valor de indicio, ya que las definiciones y procedimientos varían de un país a otro.

Austria, Dinamarca, Finlandia, Alemania, Japón, Luxemburgo y Noruega requieren legalmente la renuncia de la nacionalidad anterior al naturalizarse, mientras que otros países de la OCDE, incluyendo a Australia, Canadá, Francia, el Reino Unido y Estados Unidos, permiten la doble ciudadanía (Guimezanes, 1995: 165). Suecia, que por lo general aceptaba la doble ciudadanía en la práctica, ahora ha cambiado su ley para permitir la formalmente. Holanda introdujo este derecho en 1991, pero lo retiró en 1997 tras los reclamos de que los inmigrantes utilizaban la ciudadanía holandesa como instrumento que facilitaba viajar dentro de la UE, en vez del compromiso con Holanda (Entzinger, 2002). La creciente aceptación de la doble ciudadanía representa un importante cambio desde 1963, cuando la mayoría de los países

Europeos firmaron la Convención de Estrasburgo sobre la reducción de casos de nacionalidad múltiple.

Los requisitos legales para la naturalización (como el “buen carácter”, empleo regular, manejo del lenguaje, evidencia de integración) parecen bastante similares en diversos países, pero las prácticas reales son muy distintas. Suiza, Austria y (hasta hace poco) Alemania, imponen largos periodos de espera y complejas prácticas burocráticas para dejar claro a los solicitantes que la naturalización es un acto por gracia del Estado. En el otro extremo del espectro, los países clásicos de inmigración estimulan a los recién llegados a convertirse en ciudadanos. El gobierno australiano declaró un Año de la Ciudadanía en 1989, y después el vicepresidente Al Gore lanzó en 1995 una campaña denominada Citizenship USA. Más de un millón de personas se naturalizaron en 1996. En Texas, 10,000 nuevos ciudadanos juraron lealtad en una sola ocasión en diversas ceremonias masivas en el estadio de fútbol de los Vaqueros de Dallas y 6,000 en el centro de Convenciones de Houston (*Guardian Weekly*, 22 de septiembre de 1996). El acto de convertirse en estadounidense (o australiano o canadiense) se ve como un motivo de celebración y parte del mito nacional. En contraste, ser austriaco o suizo significa haber nacido como tal y la naturalización aún es excepción.

Estatus de la segunda generación

La transmisión de la ciudadanía a la segunda generación (los hijos de los inmigrantes originales), y a generaciones subsecuentes, es el tema clave para el futuro. Las variaciones nacionales son paralelas a las que se dan en la naturalización. En principio, los países de *ius soli* conceden la ciudadanía a todos los hijos nacidos en su territorio. Los países de *ius sanguinis* conceden la ciudadanía sólo a los niños de los ciudadanos previos. No obstante, la mayoría de los países en los hechos aplican modelos basados en una mezcla de los dos principios. Cada vez con mayor frecuencia, el derecho a la ciudadanía se deriva de la residencia a largo plazo en el país: la *ius domicili*.

La *ius soli* se aplica de manera más consistente en Australia, Canadá, Nueva Zelanda, Estados Unidos, Reino Unido e Irlanda. Un hijo de padres inmigrantes en Estados Unidos se convierte en ciudadano de Estados Unidos, incluso si los padres son visitantes o residentes ilegales. En Australia, Canadá y el Reino Unido, el niño obtiene la ciudadanía si cuando menos uno de los padres es ciudadano o residente legal permanente. Esos países utilizan el principio de la *ius sanguinis* para concederles la ciudadanía a los hijos de sus ciudadanos en el extranjero (Çinar, 1994: 58-60; Guimezanes, 1995: 159).

Una combinación de la *ius soli* y la *ius domicili* ha surgido en Francia, Italia, Bélgica y Holanda. Los niños nacidos de padres extranjeros en el territorio obtienen

la ciudadanía si éstos han sido residentes por un determinado periodo y cumplen con otras condiciones. Desde el año 2000, Alemania ha tenido arreglos similares –movimiento significativo que lo aleja del modelo de *ius sanguinis* (véase capítulo 9). Francia, Bélgica y Holanda aplican también el llamado “doble *ius soli*”. Los hijos de padres extranjeros, de los que cuando menos uno de ellos nació en el país, adquieren la ciudadanía en el nacimiento. Esto significa que los miembros de la “tercera generación” automáticamente se convierten en ciudadanos a menos que renuncien explícitamente a este derecho al llegar a la mayoría de edad (Çinar, 1994: 61).

La *ius sanguinis* todavía es el principio legal dominante en algunos países europeos al igual que en Japón (Guimezanes, 1995: 159). No obstante, en Europa occidental sólo Austria y Suiza aplican todavía el principio de manera estricta: los niños nacidos de extranjeros en el país no tienen derecho a la ciudadanía incluso si han vivido ahí toda su vida (Çinar, 1994: 68-69). Otros países de *ius sanguinis* han iniciado cuidadosamente la marcha hacia la *ius domicili*. Esto significa darles una *opción* para facilitar la naturalización a personas jóvenes de origen inmigrante. Los extranjeros que han residido en Suecia por cinco años antes de llegar a los 16 y que han vivido ahí desde esa edad, pueden hacerse ciudadanos por declaración entre las edades de 21 y 23. Reglas similares existen también en Bélgica (Çinar, 1994: 61; Guimezanes, 1995: 178).

La distinción entre los países de *ius sanguinis* y de *ius soli* sigue siendo significativa, aunque lo es menos que hace 10 años. En los primeros, los niños nacidos y criados en el país pueden toparse no sólo con la negativa a que se les conceda seguridad en la residencia, sino también a una clara identidad nacional. Son formalmente ciudadanos de un país que probablemente nunca han visto, e incluso al que pueden ser deportados bajo ciertas circunstancias. En los países con *ius soli* la segunda generación puede todavía tener múltiples identidades culturales, pero tienen una base legal segura sobre la cual hacer decisiones acerca de sus perspectivas de vida. La doble ciudadanía parece la mejor solución ya que evitará decisiones que extremadamente difíciles para muchos individuos.

Derechos lingüísticos y culturales

El mantenimiento del idioma y la cultura se ve como una necesidad y un derecho por parte de la mayoría de los grupos que se establecen. Muchas de las asociaciones que se originan en el proceso de formación de comunidades étnicas se ocupan del lenguaje y la cultura: enseñan la lengua materna a la segunda generación, organizan festivales y desarrollan rituales. El idioma y la cultura no sólo sirven como un medio de comunicación, sino que adquieren un significa-

do simbólico central para la cohesión del grupo étnico. En la mayoría de los casos, el mantenimiento del idioma se aplica en las primeras dos o tres generaciones después hay un rápido declive. El significado de los símbolos y rituales de la cultura puede durar mucho más tiempo.

Muchos miembros de la mayoría ven la diferencia cultural como amenaza a una supuesta homogeneidad cultural y a la identidad nacional. Las lenguas y culturas de los migrantes se convierten en símbolos de la otredad y marcas para la discriminación. Renunciar a ellos se ve como esencial para el éxito y la integración en el país de inmigración. El no hacerlo se considera como indicio de un deseo de separatismo. La hostilidad a diferentes idiomas y culturas se racionaliza con la afirmación de que la lengua oficial es esencial para el éxito económico; además de que las culturas migrantes son inadecuadas para una sociedad secular moderna. La visión alternativa es que las comunidades migrantes necesitan sus propios idiomas y culturas para desarrollar su identidad y autoestima. La conservación cultural contribuye a crear una base segura que ayuda a la integración del grupo en la sociedad más amplia, mientras que el bilingüismo ofrece beneficios para el aprendizaje y el desarrollo intelectual.

Las políticas y actitudes sobre la conservación cultural y lingüística varían notablemente. Algunos países tienen historias de multilingüismo. La política de Canadá de bilingüismo se basa en dos "idiomas oficiales": el inglés y el francés. Las políticas multiculturales han llevado a un reconocimiento y apoyo limitados en lo que se refiere a los idiomas de los inmigrantes, pero difícilmente han penetrado en los contextos dominantes como en los medios masivos. Suiza tiene una política multilingüe para sus idiomas fundadores, pero no reconoce los idiomas inmigrantes. Australia y Suecia aceptan el principio de la conservación lingüística y cultural, además tienen políticas de educación multiculturales. Prestan servicios en el área del lenguaje (interpretación, traducción, clases de idioma materno) y apoyan a las organizaciones culturales de las comunidades étnicas, aunque en ambos países el financiamiento se ha reducido en años recientes. En Australia, la radio y la televisión multiculturales son financiadas por el gobierno.

En Estados Unidos el idioma se ha vuelto un tema debatido. La tradición del monolingüismo se ve erosionada por el crecimiento de la comunidad hispánica: en ciudades importantes como Los Ángeles y Miami, la cantidad de hablantes del español está superando la de angloparlantes. Esto originó una reacción a finales de los ochenta, bajo la forma del "movimiento de sólo inglés" (US English Only Movement) que reclamaba una reforma constitucional para declararlo el idioma oficial. Varios estados realizaron consultas públicas para que se aprobara la medida, pero resultó extremadamente difícil de poner en práctica; las agencias públicas y las compañías privadas conti-

nuaron proporcionando material informativo y servicios multilingües. El monolingüismo también es el principio básico en Francia, Gran Bretaña, Alemania y Holanda. No obstante, todos estos países se han visto obligados ha introducir servicios idiomáticos para dar cuenta de las necesidades de los migrantes al comunicarse en los juzgados, las burocracias y los servicios de salud. El carácter multilingüístico de las aulas en las escuelas de los centros urbanos también ha llevado a medidas especiales para la integración de los niños inmigrantes y a un cambio gradual hacia políticas de educación multiculturales.

Minorías y nación

Con base en las comparaciones precedentes, a grandes rasgos, es posible dividir en tres categorías los países de inmigración (véase Castles, 1995).

El modelo de exclusión diferencial

La exclusión diferencial se encuentra en países en donde la definición dominante de la nación es la de una comunidad de nacimiento y descendencia (a lo que nos referimos como el “modelo *folk* o étnico” en el capítulo 1). El grupo dominante no está dispuesto a aceptar a los inmigrantes y sus hijos como miembros de la nación. Esta falta de disposición se expresa a través de políticas de exclusión de los inmigrantes (en especial por medio de los límites a la reunificación familiar y la negativa a conceder un estatus seguro de residencia), reglas restringidas de naturalización y la ideología de no ser países de inmigración. La exclusión diferencial implica que los inmigrantes sean incorporados en ciertas áreas de la sociedad (sobre todo en el mercado laboral) pero se les niega el acceso a otras (como los sistemas de bienestar, la ciudadanía y la participación política). Los inmigrantes se convierten en minorías étnicas que son parte de la sociedad civil (como trabajadores, consumidores o padres) pero excluidos de la participación plena en las relaciones económicas, sociales, culturales y políticas. Dado que las minorías étnicas por lo general están en desventaja socioeconómica, hay un fuerte y continuado vínculo entre clase y antecedentes étnicos. El modelo de exclusión diferencial se aplica a países de reclutamiento de “trabajadores huéspedes” en Europa occidental como Alemania, Suiza y Austria.

El modelo asimilacionista

La asimilación puede definirse como la política de incorporar a los migrantes en la sociedad a través de un proceso unilateral de adaptación: se espera que

renuncien a sus características distintivas en lo lingüístico, lo cultural o lo social, para confundirse con la mayoría de la población. El papel del Estado es crear condiciones favorables para este proceso a través de la insistencia en el uso del idioma dominante y la asistencia de los niños migrantes a las escuelas regulares. En la mayoría de los casos la asimilación se ha abandonado con el tiempo y ha sido reemplazada por “políticas de integración” más flexibles. Esto sucedió en la década de 1960 en Australia, Canadá y Gran Bretaña, cuando quedó claro que los inmigrantes estaban formando comunidades étnicas. Las estrategias de integración enfatizan que la adaptación es un proceso gradual en el que la cohesión grupal juega un importante papel. No obstante, la meta final es todavía la absorción en la cultura dominante, de manera que las políticas de integración a menudo son nada más una forma más lenta y suave de integración.

El modelo asimilacionista permite esencialmente que la gente convertida en miembro de la sociedad civil se una a la nación y al Estado a cambio de la asimilación cultural. El modelo asimilacionista se ha utilizado en todos los países de inmigración altamente desarrollados. En algunos países se ha dado una evolución que comienza con la exclusión diferencial, pasa por el asimilacionismo, va hacia la integración gradual y finalmente a los modelos multiculturales (Australia es un caso de ello). Hoy en día, de todos los países de inmigración altamente desarrollados, Francia es el más cercano al modelo asimilacionista. Algunos países europeos de inmigración son ambivalentes: las políticas de asimilación en algunas áreas (como el mercado de trabajo o las políticas sociales) pueden coexistir con el multiculturalismo en otros sectores (por ejemplo en la educación y la política cultural).

En algunos casos, el asimilacionismo parece derivarse de una mezcla entre los modelos “imperial” y “republicano” de los que se habló en el capítulo 2. Francia, Gran Bretaña y Holanda tienen aspectos de ambos modelos. Los tres países fueron poderes imperiales que convirtieron a sus súbditos coloniales en ciudadanos. Francia introdujo la noción de ciudadanía como una comunidad política después de la Revolución de 1789, aun cuando sus políticas hacia los pueblos colonizados conservaron elementos del “modelo imperial”. Gran Bretaña y Holanda se alejaron del modelo imperial a medida que sus imperios se derrumbaron después de 1945. La introducción de una forma más moderna de ciudadanía basada en la membresía de la comunidad política, con frecuencia implicó privar de la ciudadanía a los antiguos súbditos coloniales. La ambigüedad de la situación de las minorías refleja la naturaleza contradictoria y transitoria de estos estados postimperiales.

Una mirada más de cerca al modelo republicano en Francia muestra algunas de sus contradicciones. La esencia del modelo se encuentra en el pri-

mer reporte del Haut Conseil à L'Intégration (Alto Consejo para la Integración, o aCI):

Las concepciones francesas de integración habrían de obedecer una lógica de igualdad y no una lógica de minorías. Los principios de identidad e igualdad que se remontan a la Revolución y la Declaración de los Derechos del Hombre y los Ciudadanos impregnan nuestra concepción, fundada así en la igualdad de los individuos ante la ley, cualquiera que sea su origen, raza, religión... con la exclusión de un reconocimiento institucional de las minorías (HCI, 1991: 10, citado en Lloyd, 1991: 65).

La idea central es que los inmigrantes pueden (y deberían) integrarse en la comunidad política como ciudadanos franceses, pues esto traerá consigo la integración cultural. Los exponentes del modelo ven a Francia como temporalmente multiétnica, pero no como permanentemente multicultural. De acuerdo con Weil (1991b), la ciudadanía es en esencia una relación política expresada simplemente por la afirmación: "Celui qui vote est français et citoyen" ("una persona que vota es francesa y ciudadana"). Cualquier concesión de derechos (como el del voto local) a los no ciudadanos significa diluir este principio y podría llevar a nuevas identificaciones, no sólo por parte de los migrantes sino también por la población francesa sobre la base de "orígenes, sangre, raza o cultura". En esta visión, los derechos de las minorías llevan directamente al racismo. A pesar del énfasis en la integración política, la implicación de la homogeneización cultural es muy fuerte. Weil acaba por lamentar que "las grandes instituciones republicanas" se han debilitado demasiado para producir una identidad nacional (Weil, 1991b: 300-302; véase también Schnapper, 1994).

El modelo multicultural

La categoría final es el multiculturalismo (o pluralismo), el cual implica que a los inmigrantes deberían concedérseles derechos iguales en todas las esferas de la sociedad, sin que se espere de ellos que dejen de lado su diversidad, aunque usualmente con la expectativa de conformidad a ciertos valores centrales. En un país multicultural, la membresía de la sociedad civil que se inicia a partir del permiso para inmigrar, debería conducir a la participación plena en el Estado y la nación. Hay dos variantes principales. En la aproximación de *laissez-faire*, típica de Estados Unidos, se acepta la diferencia cultural y la existencia de comunidades étnicas, pero no se ve como papel del Estado asegurar la justicia social o apoyar el mantenimiento de las culturas étnicas. La segunda variante es

el multiculturalismo como política de gobierno, como en Canadá, Australia y Suecia –al igual que en ciertas áreas de política en otros países. Aquí, el multiculturalismo implica a la vez la voluntad del grupo mayoritario de aceptar la diferencia cultural y la acción del Estado para asegurar derechos iguales para las minorías.

Para los países clásicos de inmigración, el multiculturalismo aparece como la mejor manera de incorporar rápidamente a grandes grupos de inmigrantes culturalmente diversos en la sociedad. Además, el imperativo de convertir a los inmigrantes en ciudadanos refuerza la presión hacia una política multicultural: si se convierten en votantes, los grupos étnicos pueden ganar poder político. Suecia, en contraste, aparece como una anomalía: era una sociedad que era desusadamente homogénea hasta hace poco. Aún así ha tenido una colonización a gran escala y ha adoptado políticas multiculturales muy similares a las de Australia y Canadá. La razón parece estar en el modelo fuertemente intervencionista por parte del estado de la socialdemocracia sueca, que ha utilizado las mismas aproximaciones para integrar a los inmigrantes en la sociedad civil y el Estado que las que fueron utilizadas previamente para integrar a la clase trabajadora y reducir el conflicto de clase. Desde finales de los años ochenta el modelo sueco se ha enfrentado a dificultades crecientes: las limitaciones económicas han hecho más difícil financiar políticas sociales generosas, mientras que el apoyo público a la admisión de los refugiados ha declinado. La nueva política de integración aprobada en 1998 parece representar un alejamiento del multiculturalismo a favor de un mayor énfasis en la integración social y económica –tendencia muy similar a la nueva política de integración aprobada en Holanda en 1994 (véase recuadro 19).

El multiculturalismo siempre ha sido controvertido: incluso en Australia y Canadá se ha dado un debate continuo, con grupos que convocan de manera significativa a las políticas asimilacionistas. Para muchos miembros del grupo étnico dominante, el multiculturalismo aparece como una amenaza a su cultura e identidad. Otros lo critican por llevar a la aceptación superficial de la diferencia cultural sin conducir al cambio institucional real (véase Vasta, 1996). En efecto, la tendencia de los noventa era a alejarse del multiculturalismo. En Canadá, el énfasis se ha trasladado a “la herencia y la ciudadanía”. En Australia, el gobierno de centro-derecha electo en 1996 recortó severamente los programas y servicios multiculturales, aunque ha reafirmado los principios básicos del multiculturalismo (véase capítulo 8). No obstante, es demasiado pronto para decir que se esté abandonando: la creciente diversidad étnica genera presiones a favor de medidas por reconocer los derechos culturales y evitar la exclusión social, cualquiera que sea la etiqueta que se les dé a esas políticas. Los debates sobre estos temas juegan un papel importante en prácticamente todos

los países de inmigración, a medida que se empiezan a notar las dificultades de los modelos de exclusión y asimilacionista.

Conclusión

Nuestra comparación de diversos países de inmigración puede sintetizarse diciendo que la formación de grupos étnicos se da en todas partes pero bajo condiciones que varían en forma considerable. Lo cual lleva a diferentes resultados: en algunos países los grupos étnicos se convierten en marginados y excluidos, mientras que en otros adoptan la forma de comunidades aceptadas como parte de una sociedad pluralista.

La realidad en cada país es mucho más compleja y contradictoria de lo que puede mostrar nuestra breve exposición. A pesar de ello estas experiencias diferentes aportan algunas conclusiones útiles. La primera es que el reclutamiento temporal de mano de obra migrante quizá lleve al establecimiento permanente de cuando menos una proporción de los migrantes. La segunda es que el carácter de estos grupos étnicos en el futuro se determinará por lo que hace el Estado en las primeras etapas de la migración. Las políticas que niegan la realidad de la migración desembocan en la marginación social, la formación de minorías y el racismo. La tercera es que los grupos étnicos surgidos de la inmigración necesitan sus propias asociaciones y redes sociales, al igual que sus propios idiomas y culturas. Las políticas que niegan legitimidad a estas necesidades llevan al aislamiento y el separatismo. La cuarta es que la mejor manera de evitar la marginación y los conflictos sociales es otorgar derechos plenos a los inmigrantes permanentes en todas las esferas sociales. Esto implica volver más accesible la ciudadanía, incluso si ello desemboca en una doble ciudadanía.

El último punto tiene consecuencias de largo alcance: retirar el vínculo entre la ciudadanía y el origen étnico implica cambiar el principio que define al Estado-nación. Esto se aplica en particular a las naciones basadas en el modelo étnico. Los principios de la ciudadanía también necesitan redefinirse en los países con modelos posimperialistas o republicanos como Francia, Gran Bretaña y Holanda. Los países clásicos de inmigración –Australia, Canadá y Estados Unidos– ya se han acercado a la ciudadanía basada en la territorialidad y son capaces de incorporar a los recién llegados de diversos orígenes.

La migración, tanto a los países desarrollados como a los de reciente industrialización, quizá continuará en los años por venir, de modo que la presencia de las comunidades étnicas será parte inevitable de la sociedad. El impacto más directo se sentirá en “ciudades globales” como Los Ángeles, París, Berlín, Sydney, Singapur y Hong Kong. La formación de grupos étnicos y la reestructura-

ción espacial de la ciudad son fuerzas poderosas para el cambio, lo que puede originar conflictos y violencia, pero ser una gran fuente de energía e innovación.

La globalización lleva a múltiples identidades y pertenencias transnacionales. Los modelos de exclusión de los derechos y nacionalidad de los inmigrantes son cuestionables porque llevan a sociedades divididas. De igual manera, los modelos asimilacionistas tal vez no tengan éxito porque no logran tomar en cuenta la situación cultural y social de quienes se establecen. El modelo multicultural es combinación de un conjunto de políticas sociales para dar respuesta a las necesidades de los colonos, y una afirmación de la apertura que tiene la nación hacia la diversidad cultural. La ciudadanía multicultural parece la solución más viable para el problema de definir la membresía de un Estado-nación en un mundo cada vez más móvil.

Lecturas recomendadas

Feagin (1989) ofrece una buena visión general de las relaciones étnicas, con énfasis especial en Estados Unidos. Breton *et al.* (1990) presenta un estudio empírico concienzudo acerca de la identidad étnica y la clase en Canadá, en tanto que Reitz (1998) discute las dimensiones comparativas para Canadá, Estados Unidos y Australia. Koopmans y Statham (2000) aportan una compilación excelente de las políticas de incorporación de inmigrantes en Europa. Portes y Rumbaut (1996) es un buen estudio en Estados Unidos, en tanto que Carnoy (1994) analiza las relaciones de raza. Favell (1998) compara las perspectivas francesa y británica. King *et al.* (2000) proporciona estudios de los países de inmigración del Sur de Europa. Stasiulis y Yuval-Davis (1995) ofrecen una interesante comparación de las relaciones étnicas en las sociedades de establecimiento. Björge y Witte (1993) y Hargreaves y Leaman (1995) examinan el racismo y las respuestas a éste en Europa. Solomos (1993) y Solomos y Back (1995) son buenos libros sobre el Reino Unido. Ålund y Schierup (1991) aportan una narración escéptica del multiculturalismo sueco. El libro de Davis (1990) sobre Los Ángeles constituye un fascinante estudio de caso de la ciudad "posmoderna" y el papel de las minorías en su interior. Pueden encontrarse estudios sociológicos urbanos comparativos en Cross y Keith (1993) y Mingione (1996). El sitio en la internet de la Metropolis (www.international.metropolis.net) es fuente valiosa de información sobre las políticas de integración y temas urbanos en muchos países.

Migrantes y política

A MEDIDA que la migración internacional transforma a las sociedades, con frecuencia afecta de manera inevitable y profunda la vida política. No obstante, paradójicamente la migración internacional por lo común es vista como un fenómeno socioeconómico en buena medida carente de significado político. Este punto de vista es parte de la idea del trabajador temporal examinada anteriormente. Muy pocas personas previeron que la decisión de reclutar mano de obra extranjera tras la Segunda Guerra Mundial afectaría el panorama político de Europa occidental. Pero la inmigración llevó a un ambiente político significativamente diverso, que incluye ahora movimientos islámicos fundamentalistas, compuestos en buena parte por inmigrantes y su descendencia, al igual que partidos de extrema derecha y antiinmigrantes.

El significado de mayor durabilidad de la migración internacional bien puede estar en sus efectos sobre la política. Esto no es inevitable. En buena medida depende de la forma en que son tratados los inmigrantes por los gobiernos; los orígenes, momentos, naturaleza y contexto de un flujo migratorio particular. Hay diferencias si los migrantes fueron admitidos legalmente y se les permitió naturalizarse o si su entrada (legal o ilegal) fue vista meramente como temporal, pero se establecieron de manera permanente. Por una parte, los inmigrantes pueden convertirse rápidamente en ciudadanos sin un efecto político notable, a no ser por el aumento de más electores potenciales. Por otra, la migración internacional puede implicar un incremento de personas sin poderes políticos cuya marginalidad en esta área se conforma por diversos problemas socioeconómicos.

El universo de los posibles efectos políticos de la migración internacional es vasto, además en forma característica entrelaza los sistemas políticos de dos estados: el país de origen y la sociedad receptora. El significado político de la migración internacional puede ser activa o pasiva. Los inmigrantes pueden convertirse en actores políticos por sí mismos o manifestarse en apolíticos, lo que de por sí pudiera ser importante para el mantenimiento del *statu quo*. Por

otro lado, los inmigrantes con frecuencia se convierten en el objeto de la política: aliados para algunos y enemigos para otros. El capítulo 9 abordó ya un tema político clave: el grado en el que los inmigrantes y sus descendientes pueden convertirse en ciudadanos con pleno derecho a la participación política. Este capítulo no puede albergar esperanzas de hacer justicia a todas las demás facetas de la política en relación con la inmigración. Sólo se toman en cuenta algunos temas. Se enfatizan las fuerzas emergentes que han hecho de la política dentro y entre los estados un asunto más complejo y volátil.

Terruños y expatriados

La mayoría de los estados tiene importantes poblaciones de ciudadanos o súbditos que viven en el extranjero. Para muchos expatriados, si no es que la mayoría de ellos, el país de origen y su política aún es su preocupación principal. De igual forma, los gobiernos de las sociedades de origen de los migrantes mantienen con frecuencia una relación con los ciudadanos o súbditos en el extranjero. Estas políticas pueden ser impulsadas por preocupaciones tales como facilitar el envío de remesas. También pueden basarse en las preocupaciones por la seguridad nacional en aquellos casos en que las fuerzas de la oposición política están activas entre las poblaciones de expatriados y son percibidas como una amenaza al gobierno de la sociedad de origen.

Quizá el mejor ejemplo de un estado de origen que proyectara una forma de gobierno hacia sus ciudadanos en el extranjero es el de Argelia entre 1962 y 1990. Argelia logró su independencia de Francia sólo después de un conflicto que se prolongó por ocho años y que costó un millón de vidas. Durante la guerra de independencia, el principal partido revolucionario argelino, el Frente de Liberación Nacional, había generado una membresía y una infraestructura organizacional sustantivas en la Francia metropolitana. En Francia tras el cese de hostilidades, la organización Frente de Liberación Nacional se transformó en Amigos de los Argelinos en Francia (AAE).

El líder de la AAE por lo general era un funcionario de alto rango del Frente de Liberación Nacional y del gobierno argelino. En Francia la AAE disfrutaba de un estatus casi diplomático. Representaba los intereses de los emigrantes argelinos en los círculos donde se diseñaban las políticas, al igual que frente al gobierno francés. A lo largo de las décadas de 1960 y 1970, la AAE prácticamente monopolizó la representación de los argelinos en Francia, aunque se encontró con la oposición de grupos rivales como el proscrito Movimiento de los Trabajadores Árabes, organización comunista revolucionaria ligada a facciones palestinas radicales, que jugó un papel clave en la organización de las protestas contra los ataques a los argelinos y otros africanos del norte en 1973 (Mi-

ller, 1981: 89-104). En 1981 la AAE se opuso a la decisión del gobierno francés de conceder a los extranjeros el derecho a formar asociaciones (Weil, 1991b: 99-114). Antes de 1981, éstas requerían la autorización del gobierno para poder operar, lo que condenaba a la clandestinidad a los partidos opuestos al régimen argelino. La reforma de 1981 minó el virtual monopolio de la AAE y pronto surgió la oposición abierta al régimen.

El gobierno argelino estaba particularmente preocupado por la capacidad de los grupos fundamentalistas musulmanes, como el Frente de Salvación Islámica, de operar abiertamente en Francia, lo que no podían hacer en Argelia. Esta preocupación era compartida con otros gobiernos no islámicos en sociedades predominantemente musulmanas como Turquía y Túnez. La disidencia política que se expresaba en tierra francesa presagiaba la victoria fundamentalista en las elecciones de diciembre de 1991, aunque muchos argelinos que votaron por el Frente de Salvación Islámica no lo hicieron tanto a favor de una república islámica, sino que protestaban contra el gobierno del Frente de Liberación Nacional. La influencia de las políticas francesas con respecto a las asociaciones de extranjeros ilustra la forma en que la migración internacional vincula la política de dos sociedades.

Más recientemente, bajo el liderazgo del presidente Fox, México ha buscado fortalecer la relación del gobierno con la gran población que tiene antecedentes mexicanos en Estados Unidos, la que se estima en más de ocho millones, y de ellos aproximadamente la mitad con residencia legal en Estados Unidos. Aun antes de la llegada al poder de Fox, funcionarios consulares mexicanos militantes jugaron un importante papel al encabezar la oposición a la propuesta 187 en California, que pretendía negar servicios gubernamentales a quienes no fueran ciudadanos estadounidenses, como en el caso de la escuela para los niños que residían ilegalmente. La visita del presidente Fox a Estados Unidos poco antes del 11 de septiembre del 2001 tenía todos los visos de una campaña electoral y hacía emotivos llamados a la legalización e incremento en la entrada legal de los trabajadores mexicanos (véase recuadro 2).

Un factor que influye en los esfuerzos gubernamentales del terruño por mejorar las condiciones de los expatriados, se da sólo en aquellos casos en que éstos pueden votar en las elecciones del país de origen. Las modalidades para el voto de los expatriados varían considerablemente. Algunos países de origen como Turquía, Italia y México, requieren que los emigrantes regresen a casa para poder votar. Algunos otros como Argelia e Israel, permiten el voto consular. Otros más consienten el voto en ausencia, como en Estados Unidos. Efectivamente, los votos de los ausentes (*Absentee balloting*) por los nativos de Florida en el extranjero jugaron un papel clave en el disputado balance de la elección presidencial del 2000 en Estados Unidos. Las campañas electorales reflejan cada

vez más el peso de los electores en el extranjero. Los candidatos presidenciales de Ecuador y República Dominicana realizan campañas electorales en la ciudad de Nueva York, al igual que los partidos italianos y portugueses compiten por votos en París.

Sin embargo, el potencial de los emigrantes para influir los resultados electorales en su país de origen, no necesariamente se traduce en una representación efectiva de sus intereses por los gobiernos. En general, la historia de la representación diplomática de los intereses de los migrantes es deficiente, en parte porque los países de origen se muestran reacios a criticar el tratamiento que se da a los emigrantes, por miedo a ofender al gobierno del país receptor y poner en peligro el flujo de remesas. El poder asimétrico de los países de origen y de los estados receptores de inmigrantes, se demostró en forma clara cuando un Estado tras otro de Europa occidental impidieron unilateralmente el reclutamiento de trabajadores extranjeros en los años setenta.

Los inmigrantes como actores políticos en Europa

La inadecuada representación diplomática de los residentes extranjeros fue una de las razones para el surgimiento de distintos canales de participación y representación política en Europa. Sin duda hay razón para creer que la emergente participación inmigrante en la política de Europa occidental contribuyó a las decisiones que impedirían el reclutamiento de trabajadores extranjeros. Para principios de la década de 1970, extranjeros supuestamente neutrales en cuanto a política se habían involucrado en un número importante de huelgas industriales y movimientos de protesta. En algunos casos, grupos de extrema izquierda lograron movilizar a los extranjeros. Las huelgas compuestas en buena medida por trabajadores extranjeros en plantas automovilísticas francesas y alemanas (véase capítulo 7) demostraron el potencial desestabilizador de la mano de obra extranjera, lo cual obligó a los sindicatos a hacer más en favor de sus representados. En 1970, en general, los extranjeros estaban escasamente integrados en los sindicatos. Para 1980, se habían dado pasos significativos para modificar esta situación, lo cual se reflejó en las crecientes tasas de sindicalización, además en la elección de trabajadores extranjeros para los consejos laborales y en las posiciones de liderazgo sindical.

Los inmigrantes buscaron también la participación y representación en el gobierno local. En muchos países se instituyeron consejos asesores para dar voz a los inmigrantes en el gobierno local. Las experiencias con estos consejos asesores fueron variadas y algunas se interrumpieron. Hubo quienes se opusieron a ellas aduciendo que eran esfuerzos por cooptar a los extranjeros, mientras

que otros las vieron como una interferencia ilegítima de parte de los extranjeros en la política de la sociedad huésped. En algunos países se les otorgó el derecho a voto en las elecciones locales y regionales. Suecia fue pionera al respecto, pero la participación extranjera en las elecciones locales y regionales suecas decayó con el tiempo. Holanda fue el segundo país en conceder derecho al voto a los extranjeros que cumplieran con los requisitos. No obstante, los resultados de la votación de éstos han sido en cierta forma desalentadores (Rath, 1988: 25-35). Las propuestas de conceder derecho al voto local a los extranjeros que residen legalmente se volvieron temas políticos y constitucionales importantes, de manera particular en Francia y Alemania. Para el año 2001, Bélgica contaba con la red más amplia de estructuras consultivas para el gobierno local. Luxemburgo y Suiza se hicieron notar también por la variedad y extensión de la consulta a poblaciones extranjeras en el nivel local (Oriol, 2001: 20).

Para los años ochenta, los riesgos de conceder el derecho al voto eran bastante altos en muchas democracias occidentales. Los extranjeros a menudo se concentraban espacialmente en las principales ciudades y determinados barrios. Darles poder de elección afectaría dramáticamente el balance político en muchas elecciones locales. Quienes apoyaban que se concediera el derecho al voto municipal, por lo general lo veían como una forma de impulsar la integración, además de contrapeso a la creciente influencia de partidos como el FN en Francia. Sin embargo, existían ya muchos inmigrantes con derechos políticos, en particular en el Reino Unido. A mediados de los años ochenta, esto no evitó que surgieran rebeliones que incluyeran a los inmigrantes y sus hijos nacidos en suelo británico. Otorgar este derecho no era en sí mismo una panacea para los graves problemas que enfrentaban los inmigrantes en Europa occidental.

Desde la década de los setenta, los inmigrantes han articulado cada vez más sus preocupaciones políticas, participando y han buscado la representación. Los movimientos de protesta de los inmigrantes se convirtieron en parte del tapiz de la política de Europa occidental, a menudo afectaron el diseño de las políticas. Por ejemplo, huelgas de hambre constantes por los inmigrantes indocumentados y sus simpatizantes, por ejemplo, hicieron presión sobre las autoridades francesas y holandesas para volver más liberales las reglas en cuanto a la legalización (véase capítulo 4). Había gran variedad en los esquemas de participación política extranjera y en la representación de un país a otro; en algunos como Suecia se lograron éxitos importantes al institucionalizar parte de ella.

La movilización de los inmigrantes y las minorías étnicas fuera de los canales normales de representación política se vincula a menudo con la experiencia de exclusión, sea a través de la violencia racista o la discriminación institucio-

nal. Por ejemplo, los miembros de las minorías étnicas sienten con frecuencia que la policía está más preocupada por ejercer control social que por brindarles protección ante la violencia racista. En Gran Bretaña, la juventud afrocaribeña y asiática ha organizado grupos de autoprotección en contra de los ataques racistas. Subculturas de resistencia se han desarrollado en torno a la música reggae y el rastafarianismo para quienes proceden de las indias occidentales; el Islam junto con otras religiones para los asiáticos (Gilroy, 1987). La reacción de los gobiernos y los medios era ver a la juventud de las minorías étnicas como un problema de orden público, una “bomba de tiempo” social a punto de explotar. Existía un extendido pánico respecto a las supuestas altas tasas de criminalidad en las calles (asaltos) por parte de los jóvenes negros y tendencia a ver a los negros como el “enemigo interno” que amenazaba a la sociedad británica (Centre for Contemporary Cultural Studies, CCCS, 1982).

En 1981 y 1985 el descontento de la juventud negra explotó en rebeliones en muchos barrios de las ciudades (Sivanandan, 1982; Benyon, 1986). Posteriormente hubo nuevos disturbios, durante los cuales algunos jóvenes organizaban “arrancones” con autos robados y públicamente los corrían hasta destrozarlos en las calles de los barrios centrales; ante la aclamación de los espectadores. Tras los disturbios, la primera respuesta oficial fue insistir en que el tema central era el del crimen y quejarse de la falta de control por parte de los padres (Solomos, 1988). Los periódicos culparon del problema a los “extremistas enloquecidos de izquierda” y a los “expertos en luchas callejeras entrenados en Moscú y Libia”. Los desórdenes casi siempre se etiquetaban como “disturbios de jóvenes negros”. Pero de hecho había un alto grado de participación de jóvenes blancos (Benyon, 1986).

Los disturbios fueron causados por una cantidad de factores interrelacionados. Las relaciones comunitarias en deterioro y la falta de liderazgo político en contra del racismo eran las principales causas de la alienación de la juventud negra. Había concentraciones de personas discapacitadas (tanto negras como blancas) en barrios del centro de la ciudad, caracterizados por una alta tasa de desempleo, viviendas miserables, deterioro ambiental, altas tasas de criminalidad, abuso de drogas y ataques racistas. Como señala Benyon (1986: 268) las áreas en las que se dieron los disturbios estaban políticamente en desventaja: carecían de instituciones, oportunidades y recursos para presionar a quienes tenían poder político. Finalmente, estas áreas habían sufrido represión policiaca, experimentada por los jóvenes como racismo y hostigamiento deliberado. Los disturbios pueden verse como movimientos de defensa de la juventud minoritaria, relacionados con la protección de sus comunidades, al igual que con la afirmación de su identidad y cultura (Gilroy, 1987; Gilroy y Lawrence, 1988). Levantamientos urbanos similares tuvieron lugar

en Francia, donde surgió una segunda generación de jóvenes sobre todo de ascendencia árabe que se sentían franceses, pero se veían excluidos por la discriminación y el racismo. El espectro de la inseguridad se convirtió en un tema importante de campaña para los principales partidos franceses de derecha e izquierda, no sólo para el FN.

El temor a desórdenes posteriores ha originado respuestas multifacéticas de los gobiernos. Algunas de las medidas adoptadas por los regímenes francés e inglés se mencionaron en el capítulo 9. No obstante, es de dudarse si tales políticas pueden combatir de manera efectiva las poderosas fuerzas económicas, sociales y políticas que marginan a la juventud de las minorías étnicas. Además, la capacidad y voluntad de los gobiernos de Europa occidental de poner en práctica medidas de política social a favor de los inmigrantes ha descendido en muchos casos, lo que ha resultado en situaciones de exclusión social severa y persistente.

Tras el refuerzo de los poderes atribuidos a la Unión Europea en los años noventa, ésta se tornó en el factor de mayor importancia que afectaría a los migrantes y la política en Europa. Los ciudadanos de la UE que residen en otros estados-miembros tienen derecho a votar en las elecciones locales y europeas de sus países de residencia. En las elecciones municipales francesas del 2001 las estadísticas para las municipalidades de más de 3,500 personas indican que 204 ciudadanos de la Unión Europea que no eran franceses fueron electos como consejeros municipales, menos del 1 por ciento de todos los elegidos. Los ciudadanos de la UE representaban cerca del 2 por ciento de la población total (*La lettre de la citoyenneté*, 2001: 1). Muchos activistas proinmigrantes esperaban que el fortalecimiento del gobierno a nivel federal facilitara otorgar derechos a los nacionales de otros países y les extendiera la libertad de tránsito. Sin embargo, propuestas como ésta fueron detenidas. No obstante, las instituciones europeas se convirtieron en un importante foco de activismo político migrante en los noventa.

Nuevos temas y nuevas fuerzas políticas: el Islam en Europa occidental

Para 1970, el Islam era la segunda religión de Francia y para 1990 era la segunda religión de los franceses. En el año 2002 había unos 15 millones de musulmanes en Europa, incluyendo a 4 millones en Francia (Hunter, 2002: XIII; Leveau *et al.*, 2002: 140-141). A pesar de ello, todavía en 1970 el Islam era en gran parte invisible en Francia. Según Kepel y Leveau (1987), la afirmación del Islam desde entonces fue parte del establecimiento de los trabajadores extranjeros, el avance de la cadena migratoria. Se expresaba principalmente en la

construcción de mezquitas y salones de oración y a través de la formación de asociaciones islámicas. A su vez, la reacción de la afirmación musulmana, expresada sobre todo por el surgimiento del FN, ha debilitado las políticas de integración gubernamentales. Para 1990 la inmigración se había convertido en uno de los temas políticos clave en Francia y su politización en algunos momentos parecía amenazar la estabilidad de las instituciones democráticas francesas. La paradoja fue que en gran parte pasó inadvertido.

La politización se hizo visible alrededor de 1970 (Wihtol de Wenden, 1988: 209-219), cuando grupos estudiantiles de extrema derecha empezaron a manifestarse contra la *immigration sauvage*, o la migración ilegal. Hubo contramanifestaciones y surgió la violencia. Para 1972, los grupos extremistas que participaron de manera importante en esta violencia –la Liga Comunista Trotskista y el Nuevo Orden Neofascista– se prohibieron. Los grupos de izquierda continuaron movilizándose a los inmigrantes en varias luchas, como la larga huelga de inquilinos en el área de vivienda para extranjeros Sonacotra (Miller, 1978). Los elementos de extrema derecha, sin embargo, comenzaron a movilizarse sobre temas antiinmigrantes. François Gaspard (1990) narra cómo el FN comenzó a realizar campañas en las elecciones locales en el área de Dreux, cerca de París. Poco a poco el FN incrementó su parte del voto antes de lograr un dramático surgimiento en 1983, cuando obtuvo el 16.7 por ciento. En 1989 un candidato del FN ganó un escaño en la Cámara de Diputados en las elecciones de Dreux, con el 61.3 por ciento de los votos. En un intervalo de 11 años, el número de votantes de FN se incrementó de 307 a 4,716 (Gaspard, 1990: 205). Para 1997, el FN dominaba los gobiernos municipales de cuatro ciudades del sur, incluida Toulon, y era apoyado por cerca del 15 por ciento del electorado nacional. Casi 4 millones de ciudadanos franceses votaron por candidatos del FN en la primera vuelta de las elecciones legislativas de 1997. De ahí que el segundo lugar del candidato Le Pen en la primera vuelta de las elecciones presidenciales del año 2002 no refleje un incremento repentino en el apoyo por el FN.

La reacción francesa hacia el Islam fue irracional pero se fundaba en problemas concretos relacionados con la inmigración. La dimensión irracional se deriva del trauma de la guerra de Argelia y la asociación entre el Islam y el terrorismo. En 1982, tras una serie de huelgas paralizantes en las principales plantas de automóviles de la región de París, que implicaban sobre todo a trabajadores del norte de África (véase capítulo 7), el primer ministro Mauroy insinuó que Irán intentaba desestabilizar la política francesa al apoyar, a los grupos islámicos fundamentalistas (*Le Monde*, 1o. de febrero de 1983). A pesar de que no se mostró evidencia alguna de la participación iraní, era claro que los grupos islámicos estaban fuertemente involucrados, y el Partido Comunista Francés, así como su sindicato afiliado, la CGT, trataban desesperadamente de

recuperar el control del movimiento de huelga (Miller, 1986: 361-82). El Islam era visto por muchas personas como incompatible con la democracia porque no distinguía entre Iglesia y Estado. Los musulmanes franceses eran concebidos como influidos fuertemente por el fundamentalismo islámico cuando de hecho sólo una pequeña minoría se consideraba a sí misma fundamentalista y se dividía en múltiples organizaciones que a menudo competían entre sí (Kepel y Leveau, 1987).

Los problemas de integración que afectaban a la minoría islámica de Francia eran quizá más cercanos a la politización de los temas de inmigración. Gaspard (1990) narra cómo las tensiones en cuanto a la vivienda exacerbaron las relaciones entre Francia y los inmigrantes en Dreux. Éstos, en particular los que provenían del norte de África, en una cantidad desproporcionada, habitaban viviendas inadecuadas. A medida que progresaba el establecimiento y la reunificación familiar, cada vez más inmigrantes solicitaban viviendas con subsidio gubernamental, causando con ello graves fricciones cuando su número aumentaba mientras que el de residentes no inmigrantes disminuía. En poco tiempo, edificios enteros fueron vistos como asentamientos de inmigrantes. El aislamiento físico de muchos inmigrantes en viviendas por debajo de las normas de calidad, junto con los problemas educativos que enfrentaban las escuelas con una cantidad exageradamente no proporcional de niños inmigrantes, contribuyeron al malestar del que se nutrió el FN. Para la década de 1980, los jóvenes, sobre todo de origen musulmán del norte de África, la mayor parte de los cuales eran ciudadanos franceses, participaron en desórdenes urbanos que fueron muy inquietantes para los franceses.

El Partido Socialista francés buscó atraer apoyo haciendo un llamado a los votantes de origen norafricano. La organización proinmigrante *sos-racisme* fue en buena parte iniciativa del Partido Socialista. Éste apelaba claramente a los votantes como defensa contra el FN. No obstante, el apoyo a los socialistas se había desplomado dramáticamente para 1992 y eran abucheados en las manifestaciones de inmigrantes. El mensaje socialista de integración de los residentes extranjeros y de limitación de la inmigración ilegal era visto como proinmigrante por la extrema derecha y antiinmigrante por la extrema izquierda.

La cuestión de los *foulards* o chales islámicos portados por algunas niñas en la escuela a finales de los años ochenta fue ilustrativa del tema más amplio. En un país en el que la historia de la separación Iglesia-Estado está profundamente enraizada y sobresale políticamente, el uso de los chales en la cabeza le parecía a mucha gente incompatible con los principios mismos de la República francesa, que prohibía portar artículos religiosos. Por otro lado del debate estaba la afirmación de que la opción de traerlo era prerrogativa individual, asunto privado que no importaba a las autoridades públicas. Al final, las auto-

ridades francesas fallaron a favor de las niñas, pero no antes de que la cuestión se convirtiera en una *cause célèbre*. ¿Debían las cafeterías escolares servir comida *halal* (esto es, preparada según las prescripciones rituales islámicas)? ¿Debe concedérseles representación a los musulmanes en la política francesa, de la manera en que los católicos están representados a través de las consultas gubernamentales con los obispos y los judíos a través del consistorio? ¿Las fábricas francesas deberían respetar los días de fiesta islámicos además de las fiestas católicas? Cuando se apoyó al Islam, un conjunto de temas largamente latentes salió a flote, con resultados importantes para el sistema político francés.

Paradójicamente, el gobierno francés estimuló la creación de mezquitas islámicas y salones de oración en los años sesenta y setenta. El Islam era visto por algunos negocios y autoridades como un medio de control social. Se construyeron salones de oración en las fábricas con la esperanza de que los trabajadores del norte de África fueran menos susceptibles a unirse a los sindicatos de izquierda. Además, el apoyo al Islam era parte de una política de mantenimiento cultural diseñada para estimular la eventual repatriación de los trabajadores migrantes y sus familias. Arabia Saudita y Libia financiaron la construcción de mezquitas a lo largo de Europa occidental, con la esperanza de influir en el Islam emergente (Kepel y Leveau, 1987). A pesar de la separación de la Iglesia y el Estado en Francia, muchos gobiernos locales apoyaron la construcción de mezquitas como parte de una política de integración. La construcción se topó a menudo con una violenta oposición y muchas de ellas fueron bombardeadas. Otros gobiernos de Europa occidental también impulsaron el Islam a través de políticas que llevaron a profesores islámicos a Europa occidental. Estas políticas por lo general se derivaban de cláusulas de los acuerdos laborales bilaterales que concedían a los gobiernos de origen un papel en la educación de los niños migrantes. Muchas escuelas coreanas en Alemania estaban controladas por fundamentalistas islámicos. Tal institucionalización del Islam tal vez ha progresado más en Bélgica que en ninguna otra parte.

La mayoría de los musulmanes de Europa occidental veían su religión como un asunto privado. El caso Rushdie hizo de la identidad islámica un problema político mayor que el del catolicismo o el protestantismo. Salman Rushdie es un musulmán nacido en la India, ciudadano del Reino Unido, que escandalizó a muchos musulmanes con su libro *Los versos satánicos* y fue condenado a muerte por el ayatollah Jomeini en Irán. Las muy publicitadas manifestaciones en contra de Rushdie por parte de los musulmanes en Inglaterra, Francia y Bélgica confirmaron ante los ojos de algunas personas la incompatibilidad del Islam con las instituciones occidentales.

La crisis por la ocupación iraquí de Kuwait en 1990 generó también miedo a la subversión islámica. Los musulmanes en Francia apoyaban más a Iraq de lo

que lo apoyaba la sociedad francesa en conjunto (Perotti y Thepaut, 1991: 76-79). Pero muchos musulmanes se opusieron a la invasión, además la guerra del golfo no produjo el terrorismo y el descontento masivo en Europa occidental que algunos habían predicho. No obstante, era claro que el apoyo gubernamental francés para el esfuerzo bélico lo alienaba de la comunidad islámica en Francia. Las tensiones entre musulmanes y no musulmanes alcanzaron nuevas marcas. En Australia, de manera similar, los incidentes de abuso y hostigamiento contra los musulmanes, en particular las mujeres, se incrementaron durante la crisis del golfo, estimulando al gobierno para mejorar las relaciones comunitarias.

En Francia la reanudación de la violencia palestina-israelí en el 2001 tuvo repercusiones importantes. En un mes hubo más de 120 actos de violencia y vandalismo contra blancos israelíes. Se pensó que jóvenes de origen musulmán norafricano habrían perpetrado la mayoría de los ataques (Perotti y Thepaut, 2001).

Mientras que la gran mayoría de los inmigrantes musulmanes evitaban el fundamentalismo, Europa occidental ciertamente era afectada por el surgimiento del fervor religioso que recorría el mundo musulmán. El fundamentalismo a menudo tenía mayor atractivo entre los grupos que sufrían de diversas formas de exclusión social. A lo largo de Europa occidental, los musulmanes son afectados por tasas de desempleo desmesuradamente altas. En las áreas en que el desempleo se complica con problemas educativos y de vivienda y estas tensiones socioeconómicas subyacentes están cargadas con temas de identidad religiosa altamente politizados, son fuertes los ingredientes para las explosiones sociopolíticas. Basta con un incidente, por lo común un encuentro violento entre un joven musulmán y la policía, para que surja la violencia. Tal era el patrón detrás del desorden urbano en Francia en los ochenta y noventa. Los profundos problemas que enfrentaban los musulmanes de Europa occidental son una de las razones por las que la integración seguirá siendo la prioridad central de la política de inmigración para los gobiernos y la UE en un futuro previsible (Comisión de las Comunidades Europeas, 1990).

Como resultado del 11 de septiembre hubo cientos de arrestos de musulmanes que vivían en América del norte o Europa occidental por sospecha de involucramiento con Al-Quaeda y sus confederados. Y el papel desempeñado por ciertas mezquitas al radicalizar a los fieles se entendió y documentó mejor. Algunos observadores representaban al occidente como tierra fértil para la difusión del fundamentalismo islámico. Tales visiones no soportaron un escrutinio detallado. La red de Al-Quaeda estaba presente en muchas democracias occidentales, incluidas Canadá y Estados Unidos, pero tenían una base significativa de apoyo. La mayoría de los musulmanes en el occidente condenaban a Al-Quaeda y su terrorismo.

Los inmigrantes como objeto de la política: el crecimiento del extremismo antiinmigrante

Los franceses no eran los únicos que encontraban difícil comprender la realidad islámica emergente en su entorno. Bélgica se convirtió en escenario de desórdenes urbanos en 1991, cuando jóvenes sobre todo de origen marroquí se enfrentaron con la policía tras el rumor de que el partido político antiinmigrante, el flamenco Vlaams Blok, iba a organizar una reunión política en un área densamente poblada por inmigrantes (*The Bulletin*, 1991: 20). En parte como resultado de esta violencia, el apoyo al Vlaams Blok creció rápidamente en las elecciones belgas de 1991.

De manera similar, en 1994 en las elecciones municipales y regionales de Austria, el Partido Antiinmigrante de la Libertad estableció un avance importante al aumentar su proporción del voto a casi un cuarto. Eventualmente, el Partido de la Libertad casi logró la paridad con el Partido Socialista Austriaco y el Partido Popular; formó un gobierno con este último. Lo anterior precipitó una crisis en las relaciones entre Austria y la UE, ya que otros estados, miembros de la UE, consideraban inaceptables las posiciones sobre inmigración del Partido de la Libertad. En realidad, las preferencias de ese partido en cuanto a la migración no estaban tan alejadas de las corrientes principales de la UE. No obstante, el líder del partido, Jörg Haider renunció como presidente en el año 2000 a consecuencia de ese problema. En Italia, una reacción contra la inmigración fue parte importante de las convulsiones políticas de los años noventa. Las Ligas del Norte, Forza Italia y el neofascista Alianza Nacional expresaron su frustración respecto a la inmigración en diversos grados. Mientras tanto, el clero católico, influyente en política, y el Papa mismo, expresaron su apoyo a iniciativas humanitarias como la legalización. Muchos votantes italianos apoyaron a los partidos de derecha, protestando contra la profunda corrupción de los demócrata-cristianos y los socialistas. El voto de castigo contra una desacreditada *partidocracia* prevalecía mucho más que el antiinmigrante. Pero para el 2002 el segundo gobierno de Berlusconi anunció mano dura contra la inmigración ilegal.

Ciertamente el apoyo a los partidos antiinmigrantes implicaba un elemento de voto de castigo. Mientras que el 15 por ciento del electorado votó por el FN en Francia y un tercio de todos los votantes simpatizaba con las posiciones de éste respecto a la inmigración (Weil, 1991a: 82), también quedaba claro que estaba recibiendo parte del voto de castigo que tradicionalmente se le daba al Partido Comunista Francés. Al FN le fue particularmente bien en las áreas que tenían concentraciones de *Pied-Noirs*, los europeos repatriados de Argelia en 1962 y sus descendientes. La oposición del FN a las instituciones europeas también fue un importante punto de atracción para parte del electorado (Marcus, 1995).

En 1997 se esperaba que los candidatos del FN fueran poderosos contendientes en 200 de los 577 distritos legislativos de Francia. Sin embargo en la mayoría de las elecciones francesas si un candidato no gana el puesto directamente con más del 50 por ciento del voto, se realiza una segunda ronda. Después de la primera ronda de las elecciones, 133 candidatos eran elegibles para la segunda ronda al cosechar más del 12.5 por ciento del voto. Los candidatos de los partidos que han dado forma a las alianzas electorales nacionales –por lo general hay uno para los partidos con inclinaciones de izquierda y uno para los de derecha– se ven favorecidos en la votación de la segunda ronda. El FN ha encontrado difícil forjar tales pactos electorales fuera del área marsellesa y por tanto tiene pocas probabilidades de ganar curules en la Asamblea Nacional. Ganó sólo una curul en las elecciones de 1997 y ninguna el 2002. Sus candidatos recibieron menos de 400,000 votos en la segunda vuelta de las elecciones legislativas del 2002, menos del 2 por ciento de los votos emitidos (De Montvalon, 2002). La principal excepción en este patrón se dio en las elecciones de 1986 cuando el FN ganó 35 curules en la Asamblea Nacional. Esa elección fue conducida de acuerdo con nuevas reglas de representación proporcional, a diferencia de otras durante la Quinta República (Tiersky, 1994: 111-112).

Para el año 2000, se habían desarrollado movimientos políticos antiinmigrantes prácticamente en toda Europa, incluso en estados ex comunistas como la República Checa y Hungría. Muchos de estos movimientos tenían precedentes históricos. Parte del apoyo electoral más leal al FN, provenía de los sectores tradicionalmente identificados con la derecha antirrepublicana. Estas fuerzas se habían desacreditado en la Segunda Guerra Mundial, además, sus programas y políticas eran vistos por lo general como ilegítimos hasta la reacción antiinmigrante de los ochenta y noventa. Los temas de la inmigración han servido como entrada para los partidos de la extrema derecha en la corriente política dominante a lo largo de Europa, incluso en Escandinavia.

Sería un error descartar el ascenso en la votación a favor de los partidos antiinmigrantes como una mera expresión de racismo e intolerancia. Ya señalamos en el capítulo 1 que el apoyo a los grupos de extrema derecha con frecuencia es resultado de la perplejidad frente al acelerado cambio económico y social. El desgaste en la fuerza organizativa e ideológica de las agrupaciones laborales por los cambios en las estructuras ocupacionales también es importante. Los partidos de extrema derecha también generan apoyo como resultado de la insatisfacción pública, con ciertas políticas tales como las que tienen que ver con las solicitudes de asilo y la inmigración ilegal. Otros partidos extremistas han tenido peor suerte. El Frente Nacional en el Reino Unido, por ejemplo, parecía ganar fuerza a mediados de los setenta antes de que el Partido Conservador, bajo el liderazgo de Margaret Thatcher, se lo apro-

piara al adoptar partes clave de su programa (Layton-Henry y Rich, 1986: 74-75). El sistema bipartidista de Gran Bretaña y su ley electoral de “primero pasar el puesto” (*first past the post*) hace muy difícil que algún partido nuevo gane curules en la Casa de los Comunes.

Algunos académicos sugieren que el brote de los partidos de derecha ha tenido efectos antiinmigrantes en el espectro político (Messina, 1989). Se ha argumentado, por ejemplo, que las posturas socialistas francesas en cuanto a la inmigración se trasladaron hacia la derecha a medida que aumentó el apoyo al FN. Sin embargo, es difícil reconciliar la celebración del Partido Socialista de su antirracismo con esa tesis. Como observara Patrick Weil, “la inmigración puede parecer la arena ideal para diferenciar la política de derecha y de izquierda. El Partido Socialista, aunque primero y sobre todo François Mitterrand, encontró en la inmigración y el antirracismo un ámbito privilegiado para la intervención política” (Weil, 1991a: 95).

Migrantes y bloques étnicos electorales

El ejemplo más extremo de migración internacional capaz de transformar la política es el caso de Palestina e Israel de 1920 a 1939. La inmigración autorizada por los británicos incrementó la población judía en el territorio –bajo el mando inglés de Palestina– desde cerca del 10 por ciento hasta un tercio, a pesar de la feroz oposición palestina-árabe que incluyó huelgas, motines y revueltas. La meta de los principales sionistas era la creación de una tierra judía, que no necesariamente significaba la creación de un Estado judío. Una corriente sionista minoritaria –la llamada revisionista, encabezada por Vladimir Jabotinsky– proclamó la creación de un Estado judío en todo el territorio del mandato palestino, incluyendo el banco oriental del Jordán, como la meta del sionismo (Laqueur, 1972). Durante el Holocausto y la Segunda Guerra Mundial el movimiento sionista se radicalizó y la creación de un Estado judío en Palestina se convirtió en la meta suprema del movimiento. Los palestinos y otros árabes se habían opuesto largamente al proyecto sionista porque temían que desplazara a los palestinos árabes o los redujera del estatus mayoritario al minoritario. La violencia se desató en 1947, haciéndose realidad los peores temores de los árabes.

La política del Estado judío de Israel, creado en 1948, sigue influida fuertemente por la inmigración. Como resultado del flujo de llegada de los judíos sefarditas u orientales sobre todo de sociedades musulmanas durante los años cincuenta y sesenta, la población judía de origen sefardita sobrepasó a los judíos askenazi de origen europeo a mediados de los setenta. Este cambio demográfico benefició a los seguidores modernos de Jabotinsky y a los revisionistas:

el bloque Likud encabezado por Menahem Begin, quien fue electo primer ministro en 1977 con el apoyo de los judíos de origen sefardita. En 1990 comenzó una nueva ola de inmigración judía soviética, afectando de nuevo el equilibrio entre los judíos askenazi y sefarditas al igual que frente a los árabes. Cerca de un millón de judíos soviéticos llegaron a Israel entre 1990 y 2002.

En la actualidad, el voto de los judíos soviéticos representa cerca del 15 por ciento del electorado israelí, lo que afectó de manera decisiva los resultados de las elecciones generales que se iniciaron en 1992. Para la elección de 1996, un partido inmigrante encabezado por el antiguo disidente soviético Natan Sharansky ganó siete curules en el Knesset y se unió al gobierno de coalición dominado por el Likud. En la elección israelí del 2001, varios partidos, predominantemente de judíos soviéticos competían por los votos y de nuevo Sharansky recibió la mayoría de ellos. Algunos líderes judíos soviéticos, dejan de lado la expulsión masiva de los árabes israelíes y palestinos del banco occidental y de Gaza. En 2002, el gobierno de Jordania buscó asegurarse de que un ataque a Iraq no llevaría a una deportación masiva de palestinos (Perlez). Las encuestas revelaron un creciente apoyo para la “transferencia”, el eufemismo israelí para referirse a la limpieza étnica de los árabes palestinos.

El caso israelí ilustra de forma extrema el impacto potencial de un bloque electoral de inmigrantes en los resultados de los comicios. Los inmigrantes por lo general no son un factor tan importante como en Israel y no necesariamente votan en bloques étnicos. Aún así, la inmigración afecta claramente la política electoral en las democracias occidentales a medida que una cantidad creciente de extranjeros se naturaliza, y que las poblaciones de origen inmigrante se movilizan para votar. En el referéndum de 1996 sobre el futuro de Quebec y la Federación canadiense, los votantes inmigrantes de Quebec votaron de manera mayoritaria contra el referéndum y a favor del mantenimiento del *statu quo*. Afectaron el resultado de manera decisiva, lo que desató airados comentarios antiinmigrantes de parte de los líderes québeçois. En las cerradas elecciones alemanas de 2002, los 350,000 alemanes de ascendencia turca emergieron como bloque electoral potencialmente decisivo, cuyo apoyo pudo permitir a la coalición socialdemócrata-verdes salir victoriosa. Aunque sólo comprendía el 1 por ciento del electorado en el año 2002, se espera que el bloque electoral turco-alemán duplique su tamaño para el 2006. Por otro lado, los ciudadanos alemanes naturalizados de Europa del este, apoyan fuertemente a los partidos conservadores (Wüst, 2002).

La masa creciente de electores inmigrantes ha vuelto más sensibles a muchos partidos políticos y sus líderes ante los temas y preocupaciones multiculturales. En algunos casos, los debates sobre políticas de inmigración se han visto influidos por los cálculos electorales. En general, los partidos del ala iz-

quierda del espectro político parecen estar a la cabeza en su llamado a los electores inmigrantes, viéndose recompensados por sus esfuerzos. Los partidos conservadores a menudo se benefician electoralmente de la reacción antiinmigrante. Algunos partidos conservadores han empezado a competir ansiosamente por el electorado de origen inmigrante, en particular en Gran Bretaña y Estados Unidos. Tras las elecciones de 1996 algunos republicanos sentían que el presidente Clinton y los demócratas les habían tomado ventaja al promover una campaña de naturalización, mientras varios candidatos republicanos adoptaban posiciones antiinmigrantes. Subsecuentemente, George W. Bush hizo una campaña en el año 2000 en la que apelaba a los votantes hispanos y sus preocupaciones electorales condujeron a su iniciativa de inmigración orientada a México en el año 2001 (véase recuadro 2). El apoyo al multiculturalismo por la coalición conservadora que estaba en el poder en Australia de 1975 a 1982 parecía estar conectada también a las preocupaciones sobre el "voto étnico" (Castles *et al.*, 1992c). En varios países, nuevos bloques étnicos electorales empiezan a existir. Esto es visto como normal en algunas democracias, pero como un problema en otras.

Muchos inmigrantes naturalizados no se empadronan ni ejercen su derecho al voto. DeSipio sugiere que las afirmaciones de que los norteamericanos naturalizados participaban más que los otros norteamericanos en los años veinte y treinta no están empíricamente fundamentadas. Su revisión de los estudios sobre norteamericanos naturalizados en la elección de 1996 lo llevó a concluir que participan menos que otros norteamericanos, aun cuando se controlan las variables de las diferencias socioeconómicas. Estos ciudadanos tienen más probabilidades que la población en general de poseer características asociadas con la marginación política. Además, afirma que el proceso de adaptación política del inmigrante a Estados Unidos no es un proceso de grupo sino individual. La participación de los inmigrantes está moldeada por factores de clase y educación que dan forma, en general, a la participación en la política (DeSipio, 2001).

Las tasas de abstención son muy altas entre los electores de origen asiático a pesar de los esfuerzos de empadronamiento y participación dirigidos específicamente a ellos. En 1992, sólo 350,000 de los 2'900,000 estadounidenses calculados de origen asiático que vivían en California estaban empadronados (Choo, 1992). En 1992 el trigésimo tercer distrito del Congreso de Estados Unidos en California, que corresponde al centro de Los Ángeles, se consideraba uno de los distritos con mayor número de no ciudadanos: 225,116 de los 384,158 adultos residentes. Sólo el 13 por ciento de la población adulta votó en las elecciones de 1992. El 28 por ciento no ejerció su derecho al voto y el 59 por ciento no era susceptible de hacerlo porque no

era ciudadano. Ello en comparación con el promedio nacional del 52 por ciento de los adultos que sí votó, 44 por ciento que no lo hizo y 4 por ciento sin derecho por no ser ciudadano (*Washington Post*, 22 de mayo de 1994). Las tasas de abstencionismo son altas también para los ciudadanos franceses con antecedentes de inmigración. En la primera vuelta de las elecciones legislativas de 1997, el 32.1 por ciento del electorado se abstuvo y el 3.3 por ciento emitió boletas en blanco. Las tasas de abstención fueron especialmente altas en el distrito de St. Denis, densamente poblado por inmigrantes.

Las tendencias de la inmigración en las últimas décadas afectaron la política electoral en muchas democracias occidentales. La capacidad de los inmigrantes para naturalizarse y eventualmente para votar, constituye una preocupación importante para cualquier democracia. Que la participación política de los inmigrantes sea vista como legítima y consecuencia anticipada, separa las experiencias de Estados Unidos, Australia y Canadá respecto a las de muchas naciones de Europa occidental. La exclusión está implícita en el concepto de políticas de trabajadores temporales. Ésa es una razón por la que dichas políticas son lugar común en los contextos autoritarios y antidemocráticos, como las monarquías árabes del golfo. Las políticas de trabajadores huéspedes posteriores a la Segunda Guerra Mundial en los países de Europa occidental se volvieron acertijo cuando hubo establecimientos masivos no planeados ni previstos. Los trabajadores huéspedes y sus familias no podían excluirse de las democracias sin un doloroso daño al tejido democrático.

El Reino Unido constituye una excepción al patrón oeste europeo, en el sentido de que la mayor parte de los inmigrantes posteriores a 1945 –aquellos de la Commonwealth hasta 1971 y los irlandeses– ingresaron con derechos de ciudadanía y de voto. Sin embargo, como se dijo antes, esto parecía tener poco efecto en la posición socioeconómica de los inmigrantes, que era muy similar a la de los trabajadores huéspedes en el continente. La inmigración se volvió objeto de debate político ya desde 1958, cuando se suscitaron desórdenes raciales en el área de Notting Hill en Londres y otras regiones del país. En 1962, la ley británica de inmigración se hizo más rigurosa, estableciendo un precedente para medidas más restrictivas en el futuro. A finales de los sesenta, los políticos de derecha como Enoch Powell, advirtieron sobre el conflicto racial y los “ríos de sangre” que se perfilaban en el horizonte. La inmigración se politizó cada vez más a mediados de los setenta. El Frente Nacional, descendiente de la Unión de Fascistas Británicos de Oswald Mosley en los años treinta, jugó un papel clave al provocar violencia relacionada con la inmigración. Los neofascistas y la izquierda británicos lucharon en torno al tema de la inmigración en los setenta de una manera muy similar a aquella en que se habían confrontado varios

años antes los franceses neofascistas y los grupos de izquierda proinmigrantes (Reed, 1977).

Los frecuentes choques violentos, que entonces fueron considerados como atípicos de la política británica normalmente civilizada, se combinaron con el número creciente de inmigrantes que hicieron de la inmigración un tema clave en la elección general de 1979. Margaret Thatcher capitalizó hábilmente la respuesta inmigrante para acabar con el apoyo al Frente Nacional y lograr una victoria sobre el Partido laboral, que estaba apoyado por la mayoría de los votantes inmigrantes. Un panfleto de 1975 publicado por la Comisión de Relaciones de la Comunidad subrayaba el significado creciente de las minorías étnicas inmigrantes e incluso el Partido Conservador, como resultado, empezó a realizar esfuerzos por reclutar miembros de las minorías étnicas (Layton-Henry, 1981).

En elecciones generales y locales subsecuentes, la participación negra y asiática bretona se volvió más conspicua. En 1987, cuatro bretones negros fueron electos para el parlamento y tres de ellos se unieron con un miembro negro de la Casa de los Loes para formar un grupo parlamentario que seguía el estilo del grupo compuesto en ese entonces por los 24 miembros del Congreso estadounidense que conformaban un grupo negro. Cientos de bretones negros y asiáticos fueron electos para puestos en el gobierno local. En la ciudad industrial de Birmingham, por ejemplo, el primer musulmán fue electo como consejero municipal en 1982 (un laborista, como la mayoría de los funcionarios de origen inmigrante electos). En 1983 se eligieron otros dos laboristas musulmanes. Para enero de 1987 había 14 consejeros municipales de origen inmigrante, incluyendo seis musulmanes. Dentro del Partido Laborista de Birmingham en el área de Sparbroke 600 de los 800 miembros locales del partido eran musulmanes (Joly, 1988: 177-178). Pero, señalan Studlar y Layton Henry, esta creciente participación y representación negra y asiática en la política británica, por lo general no tiene como resultado una mayor atención hacia los temas y quejas de los inmigrantes (Studlar y Layton Henry, 1990: 288).

Parte de la dificultad que enfrentan los inmigrantes para hacer que sus preocupaciones entren en la agenda del Partido Laborista, se deriva de la necesidad por definir los temas grupales en términos de clase. No obstante, la formación de un partido alternativo de los inmigrantes no es una opción viable. De ahí que incluso en un país de Europa occidental donde la mayoría de los inmigrantes tienen derecho al voto, su participación y representación siguen siendo problemáticas. Los votantes de origen inmigrante pueden afectar de manera significativa los resultados electorales en 30-60 representaciones de las 650 que constituyen el parlamento de Gran Bretaña. Éstas se encuentran situadas en ciudades.

En Australia se ha dado un debate considerable respecto al impacto de la inmigración de la posguerra en la política. La mayor parte de los observadores argumentan que los efectos han sido muy limitados (Jupp *et al.*, 1989: 51). McAllister afirma “no ha tenido como consecuencia algún cambio discernible en el patrón general del comportamiento electoral. A pesar de la inmigración a gran escala, la clase social y no el lugar de nacimiento ha sido el fundamento para las divisiones entre los partidos políticos” (McAllister, 1988: 919). Un estudio del papel de los italo-australianos en la vida política encontró que no tenían un perfil alto y argumentaba que era típico de los inmigrantes en Australia (Castles *et al.*, 1992c). Los italianos no han establecido sus propios partidos políticos o sindicatos, ni han obtenido una representación significativa en el parlamento. Por otro lado, existe gran cantidad de consejeros locales y algunos alcaldes de origen italiano. Incluso en este ámbito de gobierno, los italoaustralianos están subrepresentados comparándose con la proporción que ocupan en la población. A pesar de ello, el “voto étnico” aparece como un “tema” que influye en el comportamiento de los líderes políticos australianos. No sólo hacen esfuerzos por acercarse a las asociaciones étnicas para movilizar el apoyo electoral, sino también concesiones a las necesidades e intereses étnicos en sus políticas.

La explicación de esta unión de un bajo perfil político con una articulación relativamente exitosa de sus intereses, parece descansar en la relativa apertura del sistema político australiano a los grupos inmigrantes, al menos en un nivel superficial. Como reacción a la inmigración masiva desde 1947, los gobiernos y sindicatos se han combinado para garantizar relaciones ordenadas en el ámbito industrial, lo que no amenazaría las condiciones laborales de los trabajadores locales. La política de asimilación desde los años cuarenta hasta principios de los setenta impulsó los derechos civiles y la ciudadanía, que sirvieron de fundamento para la integración política. Las políticas multiculturales después de 1972 aceptaron la legitimidad de la representación de intereses especiales a través de las asociaciones étnicas comunitarias. A sus liderazgos les fue reconocido un papel político, aun cuando limitado, en los cuerpos consultores del gobierno. De esta forma, los grupos inmigrantes lograron cierta influencia en los asuntos étnicos y las políticas de bienestar. Aun así, todavía estaban lejos de ejercer un ascendiente significativo en los procesos centrales de decisión tanto política como económica. La pregunta a responder es si esta situación cambiará a medida que la generación de inmigrantes, que en su mayoría tiene poca educación, abandona el escenario central y es reemplazada por una nueva segunda generación que tenga confianza en sí misma, y haya pasado por el sistema educativo australiano (Castles *et al.*, 1992b: 125-139).

Migración y seguridad

La dualidad de los migrantes internacionales como actores políticos y blancos de la política es quizá más vívida cuando se aborda el tópico cada vez más importante de la migración y la seguridad, en particular el del terrorismo político. El que una minoría de inmigrantes se haya involucrado en la violencia política contribuyó a resaltar de nuevo la migración internacional en las agendas de seguridad posteriores a la Guerra Fría. Una discusión tendenciosa e insuficientemente informada de la inmigración y el terrorismo fue parte de los elementos de la etapa posterior a la Guerra Fría; las nuevas medidas y leyes contra el terrorismo erosionaron la condición legal de los extranjeros en varias democracias occidentales, de manera notable en Alemania y Estados Unidos. Se pueden sintetizar tres casos para elucidar por qué las preocupaciones por la migración y la seguridad se han hecho tan importantes.

Hace mucho se sabe que los turcos de origen kurdo están sobrerrepresentados en los rangos de los emigrantes turcos. Había cerca de un millón en Europa en el año 2000 (Boulanger, 2000: 20). Sin embargo, durante la etapa de reclutamiento masivo, parecía no tener importancia política. En los ochenta, las aspiraciones kurdas de independencia o autonomía respecto a Turquía se intensificaron (véase recuadro 8). El PKT o Partido Kurdo de los Trabajadores, surgió como una fuerza importante y empezó una insurrección armada contra la República turca.

Se calcula que entre un cuarto y un tercio de los más de dos millones de ciudadanos turcos residentes en Alemania son de origen kurdo. Quizá unos 50,000 de estos simpatizan con el PKT y hasta unos 12,000 son miembros activos del partido o sus organizaciones de fachada (Boulanger, 2000: 23). Como se argumentó antes, no es poco común que los migrantes se comprometan activamente en los partidos políticos orientados al terruño. Lo que resulta inquietante para las autoridades alemanas y turcas es que el PKT haya transformado a Alemania en un segundo frente en su lucha, y con frecuencia haya atacado en consulados, aerolíneas y negocios turcos en ese país y otras partes de Europa occidental. Además, la represión turca de la insurrección encabezada por el partido, que cobró decenas de miles de vidas, complicó seriamente sus vínculos diplomáticos con los estados miembros de la Unión Europea. Las medidas turcas de contrainsurrección han incluido misteriosos batallones de la muerte, el destierro y la reubicación forzada de millones de civiles kurdos. Este telón de fondo hace que las actividades del PKT en suelo alemán y las medidas en su contra tanto turcas como alemanas sean emotivas y significativas en grado sumo. En efecto, el partido se convirtió en una de las preocupaciones principales de seguridad nacional para mediados de los noventa, en particu-

lar después de que su líder Öcalan amenazó con mandar bombarderos suicidas al estilo de Hamas contra blancos alemanes, en respuesta por la cooperación alemana con Turquía y su guerra contra el PKT.

A pesar de la decisión de declarar ilegal al PKT y sus organizaciones visibles, el partido posee una extensa infraestructura organizacional en Alemania y en los cercanos estados europeos. Sus tácticas han incluido marchas de protesta y huelgas de hambre. Las autoridades alemanas han prohibido sistemáticamente las manifestaciones en las calles sobre temas kurdos y turcos. No obstante, se han llevado a cabo muchas y a menudo desembocan en enfrentamientos violentos. Anteriormente, la participación en esos eventos era legalmente sólo una falta menor y los extranjeros residentes que se aprehendían en ellas no eran sujetos a la deportación. En 1996, el gobierno alemán buscó fortalecer su prohibición a las protestas callejeras del PKT haciendo que la participación en los eventos no permitidos fuera delito grave. Varios manifestantes kurdos fueron aprehendidos subsecuentemente y se recomendó su deportación, en una época en que las huelgas de hambre en las prisiones turcas habían costado la vida de numerosos prisioneros; la tortura y el maltrato de los prisioneros era asunto cotidiano. De ahí que la deportación de los activistas generara discusiones legales y de derechos humanos importantes, lo que polarizó la opinión pública alemana.

En 1999 el arresto de Abdallah Öcalan por autoridades turcas desató una ola de protestas kurdas en Europa y hasta lugares tan remotos como Australia. Tres kurdos fueron asesinados después de que intentaron entrar al consulado israelí en Berlín y grandes cantidades de manifestantes fueron heridos. Durante su juicio, Öcalan llamó a sus seguidores para que abandonaran la lucha armada. Esto tuvo como resultado un gran decremento en las actividades militantes kurdas en tierra alemana, pero la cuestión kurda no resuelta siguió vigente y con ello el potencial para un conflicto renovado.

Tales preocupaciones sin duda contribuyeron a la oposición de Alemania a un ataque bajo el liderazgo estadounidense a Iraq en 2002. La divergencia entre Alemania y Estados Unidos sobre Iraq dañó en general las relaciones diplomáticas entre aliados de largo tiempo. Este giro dramático tuvo mucho que ver con las perspectivas divergentes de los alemanes y los estadounidenses sobre el nexo de la migración y la seguridad en el medio oriente. Con una población calculada en 3'300,000 musulmanes dentro de una población total de 83 millones en Alemania, se estima que sólo 1 por ciento de los musulmanes son extremistas políticos (Johnson, 2002).

Al otro lado del Rin, las autoridades francesas lidiaban con la dispersión de la insurrección fundamentalista en Argelia hacia suelo francés. Una avanzada del Frente de Salvación Islámica, el Grupo Islámico Armado, impulsaba

una insurrección contra el gobierno argelino, que estaba dominado por los militares. Como se vio en la introducción y el capítulo 5, decenas de miles han muerto en una despiadada guerra de terrorismo y antiterrorismo en Argelia. Francia ha dado apoyo militar y económico al gobierno argelino, lo que se convirtió en el pretexto para que se extendieran las operaciones del Grupo Islámico Armado hacia el territorio francés. En 1955 una red de militantes emprendió una campaña de bombardeo, sobre todo en la región de París, antes de ser desmantelada. A finales de 1996, se pensaba que el Grupo Islámico Armado estaba detrás de otro bombardeo fatal, aunque ningún grupo se hizo responsable del ataque.

Las autoridades francesas emprendieron numerosos pasos para evitar los bombardeos y capturar a los dinamiteros. A las personas de apariencia norafricana se les sometía a revisiones de identidad rutinarias que eran aceptadas por la mayoría de los ciudadanos franceses y extranjeros residentes de antecedentes norafricanos como incomodidad necesaria. En efecto, la información proporcionada por estos individuos ayudó en gran medida al desmantelamiento del grupo terrorista, muchos de cuyos miembros murieron en enfrentamientos armados con la policía francesa. De vez en cuando, la policía francesa ha aprehendido grandes cantidades de sospechosos de simpatizar con el Grupo Islámico Armado.

Varios guerrilleros involucrados en los ataques contra hoteles en Marruecos, diseñados para desequilibrar una industria turística económicamente importante y despreciada por algunos militantes islámicos, eran ciudadanos franceses de antecedentes norafricanos. Se habían reclutado en una red fundamentalista en los suburbios parisinos y su inclusión era muy inquietante para la población francesa, incluida la mayor parte de la comunidad islámica. La evidencia disponible sugiere que la movilización de los ciudadanos de origen norafricano y residentes permanentes en Francia hacia las organizaciones islámicas inclinadas a la violencia es sumamente rara, pero este incidente particular avivó la preocupación de que pasara con más frecuencia.

Los temores parecían justificados tras el 11 de septiembre de 2001. Se arrestó a gran cantidad de individuos vinculados con el Grupo Islámico Armado y Al-Quaeda, sobre todo con origen en África septentrional, por estar mezclados en diversas intrigas, incluyendo un ataque a la embajada norteamericana en París. Muchos de los detenidos eran ciudadanos franceses de origen norafricano, entre ellos Zacarías Moussaoui, quien fue acusado de conspirar con los perpetradores de los ataques del 11 de septiembre. Cuando menos un ciudadano francés de ascendencia norafricana murió durante la campaña militar de los aliados contra los Talibán y Al-Quaeda en Afganistán. Los argelinos u otros individuos de antecedentes musulmanes de África septentrional vinculados con

el Grupo Islámico Armado figuraban de manera notable en los cientos de aprehensiones en el área trasatlántica. El resentimiento antioccidental de algunos detenidos estaba ligado a las injusticias sufridas por los migrantes y sus familias, además de su exclusión.

Estados Unidos ha recibido también grandes flujos de inmigrantes islámicos. La población total de musulmanes en Estados Unidos en 2002 se estimaba en tres millones, de los cuales dos millones eran inmigrantes (Pipes y Durán, 2002: 1). La mayoría de los inmigrantes musulmanes ha llegado en forma legal, pero muchos otros lo han hecho como solicitantes de asilo o ilegalmente. El Islam es uno de los grupos religiosos con más rápido crecimiento en Estados Unidos. Tan sólo la población de origen iraní, por ejemplo, se estimaba que alcanzaba más de un millón según una organización iraní-estadounidense (*The New York Times*, 29 de junio de 1995). Se han dado ingresos importantes de palestinos desde 1967, conectados con el desorden y las difíciles condiciones de vida que enfrentan los palestinos en el medio oriente.

Inmigrantes de origen oriental estuvieron involucrados de manera importante en el bombardeo en 1993 del World Trade Center. El ataque llevó a la adopción de una nueva ley antiterrorista en 1996, con implicaciones significativas para los derechos de los inmigrantes. La nueva ley daba poderes al nuevo gobierno para hacer más expedita la detención y deportación de extranjeros sin la revisión judicial acostumbrada. Se convirtieron en blanco de la ley también las actividades de recolección de fondos por parte de las organizaciones terroristas y sus fachadas. Un blanco importante de la ley de 1996 era Hamas, movimiento palestino islámico que surgió durante la intifada de los ochenta. Las autoridades israelíes se quejaban de que Estados Unidos se había convertido en importante base de operaciones y recolección de fondos para Hamas.

A finales de 1999, la captura de Ahmed Ressam y el descubrimiento de una conspiración para explotar el aeropuerto de Los Ángeles indicaba que el Grupo Islámico Armado de Argelia había extendido su gama de actividades hacia Norteamérica, poniendo a Estados Unidos en estado de alerta. Un estudio del año 2002 sobre 48 radicales musulmanes arrestados en 1993, incluidos los perpetradores de los ataques del 11 de septiembre, indicaba que un tercio de ellos eran turistas, otro tercio residentes legales permanentes, un cuarto residentes ilegales y tres de ellos solicitantes de asilo (Camarota, 2002).

Recién realizados los ataques, cientos de inmigrantes, sobre todo los oriundos de medio oriente, fueron arrestados por las autoridades estadounidenses. La legalidad de muchos de los arrestos fue puesta en cuestión. En algunos casos, los cargos se retiraron y los detenidos liberados. Pero los críticos denunciaban que había una violación generalizada de los derechos civiles de los detenidos.

Los solicitantes de visas originarios de medio oriente eran sujetos a un escrutinio adicional y los estudiantes eran interrogados sistemáticamente por las autoridades federales.

Estos tres casos ilustran por qué la migración es vista cada vez más como relacionada con las políticas de seguridad nacional en el área trasatlántica. Sin embargo, como ha demostrado Myron Weiner en particular, la preocupación por las implicaciones para la seguridad de la migración internacional ha sido un factor significativo en el mundo entero (Weiner, 1993). Un elemento común en las respuestas regionales trasatlánticas a la violencia ligada a la inmigración ha sido un incremento en la represión y la erosión de la condición legal de los extranjeros residentes. Con demasiada frecuencia, se ha dado una asociación entre inmigración y terrorismo cuando en realidad sólo unos cuantos inmigrantes han estado involucrados en éste.

La violencia organizada por motivos políticos contra los inmigrantes y las poblaciones nacidas en el extranjero es inquietantemente común. Ésa es la razón por la que Turquía, por ejemplo, declara que la seguridad de sus ciudadanos fuera del país es un objetivo primordial de su política exterior. La vulnerabilidad de los migrantes ante la violencia política parece haberse generado en el periodo de la posguerra. Aun así, las discusiones sobre la estrategia del terrorismo y el antiterrorismo políticos prestan poca atención a la violencia antiinmigrante.

El riesgo de una reacción exagerada a la violencia por un puñado de inmigrantes parece bastante alto. Sin minimizar la importancia de las barreras a la integración que enfrentan los inmigrantes de origen islámico en las democracias occidentales, el patrón general es de integración e incorporación. Los resultados de diversos sondeos sobre la población musulmana de Francia, tanto ciudadanos como no ciudadanos, confirman esto (Tribalat, 1995). El sondeo más importante encontró que las personas de antecedentes musulmanes argelinos eran de orientación bastante secular. La población de origen marroquí tiene una orientación más considerable. Sin embargo, como los católicos, los protestantes y los judíos en Francia, sólo una minoría practica su fe regularmente. Existe un considerable trato social y de pareja con no musulmanes, además de que los matrimonios mixtos no son infrecuentes. Los sondeos confirman la importancia de los problemas de desempleo y educativos que enfrentan los musulmanes de Francia, pero la tendencia general inconfundible de los hallazgos es que se está dando la integración.

Por supuesto que la integración proporciona seguridad a los inmigrantes y a la población anfitriona. Es factor decisivo en el largo plazo que afecta la migración y la seguridad. El riesgo que se corre con medidas como la legislación antiterrorista de 1996 y aquellas adoptadas después del 11 de septiembre del

2001 es que afecten de manera adversa la integración sin mejorar en forma notable la prevención del terrorismo. Como se ha dicho en otra parte de este libro, las políticas que excluyen a los inmigrantes al negarles derechos iguales arriesgan la generación de conflictos en el largo plazo. De ahí que sea inevitable la conclusión de que las democracias tienen un interés de seguridad vital en los derechos de los inmigrantes.

La creciente aunque tardía atención en la migración y la seguridad implica una paradoja. Muchos estados tienen un profundo interés sobre seguridad en la efectiva puesta en práctica de sus leyes y reglamentos de inmigración. Aun así, con demasiada frecuencia se adoptan medidas insuficientes o se tiene personal escaso en la vigilancia efectiva de las leyes y reglamentos. Las políticas establecidas o proclamadas a menudo se ven debilitadas por decisiones de financiamiento o empleo de personal o limitadas por una presión política para proteger ciertos grupos de votantes, clientes o (en especial en Estados Unidos), a quienes contribuyen a las campañas electorales. Una consecuencia es el vacío en la credibilidad que potencialmente pone en peligro a los extranjeros que entraron legalmente y que dependen de manera considerable de políticas bien administradas para asegurar que la inmigración y el establecimiento sean concedidos y son legítimos.

Hasta el momento, hay poca evidencia de que el racismo y la violencia en contra de los inmigrantes haya provocado reacciones violentas de éstos. Empero, el potencial para que el racismo y la violencia antiinmigrante genere terrorismo como respuesta no debe subestimarse, subrayando una vez más el interés de todos por la vigilancia contra quienes se oponen violentamente a los inmigrantes.

Conclusión

La migración internacional ha jugado un papel importante en la promoción de la política multicultural. La migración puede afectar de manera dramática a los electores, como atestigua el caso israelí, y los inmigrantes pueden influir en la política también a través de medios no electorales. Los inmigrantes han impulsado de manera fundamental la política transnacional a través de la vinculación entre los sistemas políticos de la sociedad de origen y la sociedad anfitriona. Los migrantes y las minorías son a la vez sujetos y objetos de la política. Una reacción antiinmigrante ha fortalecido el atractivo de los partidos de derecha en Europa occidental. Una forma en que la migración ha alterado de manera fundamental el panorama político de Europa occidental es a través de la constitución de organizaciones islámicas cada vez más capaces de expresarse, las que presentan un dilema a los sistemas

políticos democráticos: el negarse a aceptar su papel violaría los principios democráticos, sin embargo muchas personas ven sus objetivos y métodos como intrínsecamente antidemocráticos. La migración internacional ha impulsado nuevos grupos de intereses, nuevos partidos y nuevos temas. Muchos de los partidos políticos más recientes de Europa occidental, como el FN en Francia, proponen temas antiinmigrantes. La violencia contra los inmigrantes también es un factor en la formación de minorías étnicas y la movilización política.

En Estados Unidos, Canadá y Australia, la participación y la representación política inmigrante es menos problemática, en parte por la preponderancia de la inmigración legal de carácter familiar. No obstante, el que los extranjeros residentes y los residentes ilegales carezcan de derechos ciudadanos en las principales ciudades estadounidenses, mortifica cada vez más a las autoridades. Buena parte de la población de Nueva York no puede votar, sea porque no se han naturalizado o porque son residentes ilegales. Prácticamente en todas partes la migración internacional hace que la política sea más compleja. La movilización y el voto étnicos se están volviendo asuntos importantes en muchos países. Se puede ver otro tema nuevo en la política de naturalización. Hace una o dos décadas prácticamente nadie conocía la ley de naturalización o la consideraba importante. La naturaleza cambiante de la migración internacional y su politización ha modificado la situación. La mayoría de las democracias enfrentan ahora un problema a largo plazo que se deriva de poblaciones crecientes de extranjeros residentes que son incapaces o no desean naturalizarse; la condición de inmigrantes ilegales es particularmente problemática (Rubio-Marín, 2000).

La política de la inmigración está en constante reflujo, debido a los rápidos cambios en las corrientes migratorias al igual que en las transformaciones más amplias en los patrones políticos que están teniendo lugar en muchas sociedades occidentales. A medida que maduran los movimientos migratorios –al transitar las etapas de inmigración, establecimiento y formación de minorías– varía el carácter de la movilización y la participación políticas. Hay un cambio desde la preocupación por la política de la sociedad de origen hacia la movilización en torno a los intereses de los grupos étnicos en el país de inmigración. Si se niega la participación política a través de la declinación de la ciudadanía y de la negativa a proporcionar canales de representación, la política de la inmigración podría adoptar formas militantes. Esto se aplica en particular a los hijos de los inmigrantes nacidos en los países de inmigración. Si se les excluye de la vida política a través de la no ciudadanía, la marginación social o el racismo, es probable que en el futuro presenten un desafío de importancia a las estructuras políticas existentes.

Lecturas recomendadas

Miller (1981) ofrece uno de los primeros estudios comparativos del papel político de los trabajadores migrantes. Layton-Henry (1990) encamina los derechos políticos de los trabajadores migrantes en Europa occidental. El número especial de la *International Migration Review* 19: 3 (1985) da información sobre la situación política en varios países. Los estudios comparativos sobre la ciudadanía escritos por Brubaker (1989) y Hammar (1990) son de gran valor. Solomos y Wrench (1993) examinan el racismo y la migración en varios países europeos, en tanto que Layton-Henry y Rich (1986) se centran en Gran Bretaña. Shain (1989) examina las consecuencias de los movimientos de refugiados para el Estado-nación.

Entre los libros importantes más recientes se encuentran Ireland (1994) sobre la política de los inmigrantes en Francia y Suiza. Feldblum (1999), Geddes y Favell (1999) y Joppke (1999) examinan las dimensiones de la política migrante, los asuntos de la ciudadanía y las implicaciones de la migración para las identidades políticas y para el Estado. Gerstle y Mollenkopf (2001) aportan reflexiones contemporáneas e históricas sobre la incorporación política en Estados Unidos, en tanto que Rubio-Marin (2000) explora el desafío que plantea la migración, en particular la de carácter ilegal, a las instituciones democráticas en Estados Unidos y Alemania. Koslowski (2000) ofrece una introspección seminal en las implicaciones de los movimientos internacionales de población para el estudio de las relaciones internacionales, un tema explorado también por Miller (1998). Cohen y Layton-Henry (1997) aportan una compilación invaluable de contribuciones clave para el estudio de la política de la migración en la serie *International Library of Studies of Migration*.

Conclusión: la migración en la época posterior a la Guerra Fría

ESTE LIBRO ha señalado que la migración internacional es una constante, no un extravío, en la historia humana. Los movimientos poblacionales siempre han acompañado el crecimiento demográfico, el cambio tecnológico, el conflicto político y la guerra. En los últimos cinco siglos, las migraciones masivas han desempeñado un papel importante en el colonialismo, la industrialización, el surgimiento de los estados-nación y el desarrollo del mercado mundial capitalista. Sin embargo, la migración internacional nunca ha tenido el alcance ni ha sido tan significativa socioeconómica y políticamente como lo es ahora. Nunca antes los jefes de Estado han dado tal prioridad a las preocupaciones por la migración. Jamás en el pasado la migración internacional ha parecido tan pertinente para la seguridad nacional, ni se ha visto tan conectada con el conflicto y el desorden en una escala global. La violencia del 11 de septiembre de 2001, de la que el secretario de Estado Colin Powell afirma que marcó el comienzo de una nueva era en las relaciones internacionales, ofreció un mudo testimonio de estas tendencias centrales.

La piedra de toque de la era de la migración es el carácter global de la migración internacional: la manera en que afecta a cada vez más países y regiones y sus vínculos con intrincados procesos que afectan al mundo entero. Este libro se ha propuesto elucidar las causas principales, los procesos y los efectos de la migración internacional. Los patrones contemporáneos, según se discutió en los capítulos 3, 5 y 6 están enraizados en relaciones históricas y se conforman por una multitud de factores políticos, demográficos, socioeconómicos, geográficos y culturales. Estos flujos tienen como resultado una mayor diversidad étnica dentro de los países, además una profundización de los vínculos internacionales entre estados y sociedades. Las migraciones internacionales se ven afectadas en gran parte por las políticas gubernamentales, y de hecho pueden precipitarse por las decisiones de contratar trabajadores extranjeros o de admitir refugiados.

Aun así, las migraciones internacionales pueden también poseer un cierto grado de autonomía y no responder a las políticas gubernamentales. Como he-

mos visto, las políticas oficiales son incapaces con frecuencia de alcanzar sus objetivos e incluso pueden causar lo contrario de lo que se proponen. Las personas y los gobiernos dan forma a la migración internacional. Las decisiones que toman los individuos, las familias y las comunidades –a menudo con bases en información imperfecta y opciones limitadas– desempeñan un papel vital para determinar la migración y el establecimiento. Las redes sociales que surgen a lo largo del proceso migratorio ayudan a generar consecuencias a largo plazo. Los agentes e intermediarios que conforman la floreciente “industria de la migración” pueden tener sus propios intereses y propósitos. A pesar del crecimiento de los movimientos migratorios y de la fuerza de los factores que los desencadenan, la resistencia a la migración también crece en importancia. Grandes sectores poblacionales de los países receptores pueden oponerse a la inmigración. En ocasiones, los gobiernos reaccionan adoptando estrategias de negación, a la espera de que los problemas se terminen si se les ignora. En otras instancias se han realizado deportaciones y repatriaciones masivas. Los gobiernos presentan una gran variación en su capacidad de regular la migración internacional y en la credibilidad de sus esfuerzos por regular la migración no autorizada.

En el capítulo 1 proporcionamos algunas perspectivas teóricas sobre las razones por las que se dan las migraciones internacionales, además, discutimos cómo a menudo conducen al establecimiento permanente y a la formación de grupos étnicos distintos en las sociedades receptoras. Sugerimos que el proceso migratorio necesita entenderse en su totalidad como un sistema complejo de interacciones sociales, con un amplio rango de estructuras institucionales y redes informales, tanto en los países de origen como en los receptores, además de las que se dan en el nivel internacional. En un contexto democrático, la admisión legal de los migrantes casi siempre dará como resultado algún establecimiento, incluso cuando los migrantes son admitidos en forma temporal.

La comparación de dos países de inmigración muy diferentes –Australia y Alemania– en el capítulo 8, mostró cómo el proceso migratorio adopta sus propias dinámicas, conduciendo algunas veces a consecuencias imprevistas y no deseadas por los diseñadores de políticas. La aceptación de la aparente fatalidad del establecimiento permanente y la formación de grupos étnicos es el punto de partida necesario para cualquier consideración significativa de políticas públicas deseables. La clave para un diseño adecuado de políticas en este ámbito (como en otros) es comprender las causas y dinámicas de la migración internacional. Las políticas basadas en la incomprensión o en la simple ilusión están condenadas a fracasar. De ahí que si los gobiernos deciden admitir trabajadores extranjeros, deben, desde el principio, dar lugar a la posibilidad del establecimiento legal de quienes entran y, que es casi seguro

permanecerán en forma definitiva: una consideración que debe ser tomada en serio por los gobiernos de países tan distintos como Japón, Malasia, Italia y Grecia en la actualidad.

Hoy en día, los gobiernos y las personas en los países de inmigración tienen que enfrentar varios dilemas bastante serios. Las respuestas que instrumenten les ayudarán a conformar el futuro de sus sociedades, al igual que sus relaciones con los países más pobres del sur. Los temas centrales incluyen:

- La regulación de la inmigración legal y la integración de quienes se establezcan;
- Las políticas para tratar la migración ilegal;
- Encontrar “soluciones durables” a la presión de la emigración a través de mejores relaciones internacionales;
- El papel de la diversidad étnica en el cambio social y cultural y sus consecuencias para el Estado-nación.

Migración legal e integración

Prácticamente todos los estados democráticos, al igual que muchos que no lo son tanto, tienen poblaciones extranjeras crecientes. Como se mostró en los capítulos 3, 5 y 6, la presencia de los inmigrantes, por lo general se debe a un reclutamiento conciente de trabajadores, o a políticas de inmigración, o a la existencia de varios vínculos entre los países de origen y los receptores. En algunos casos (de manera notable Estados Unidos, Canadá y Australia), todavía existen políticas de inmigración a gran escala. Invariablemente éstas son selectivas: los migrantes económicos, los miembros de la familia y los refugiados son recibidos de acuerdo con ciertas cuotas políticamente determinadas.

Hay evidencia considerable en el sentido de que los ingresos planeados y controlados conducen a condiciones sociales aceptables para los migrantes, al igual que a una relativa paz social entre los migrantes y la población local. Los países con sistemas de inmigración por cuotas, con frecuencia deciden sobre ellos a través de procesos políticos que permiten la discusión pública y el equilibrio de intereses entre diferentes grupos sociales. La participación en la toma de decisiones incrementa la aceptabilidad de los programas de inmigración. Al mismo tiempo, esta perspectiva facilita la introducción de medidas para evitar la discriminación y la explotación de los migrantes, además para otorgarles servicios sociales que los apoyen en un establecimiento exitoso. Hay, por lo tanto, fuertes razones a favor de que se promueva el que los países que en la actualidad reciben inmigrantes avancen hacia políticas de inmigración planeadas.

Como se mostró en el capítulo 9, las obligaciones gubernamentales hacia las poblaciones inmigrantes toman forma por la naturaleza del sistema político en la sociedad anfitriona, al igual que por el modo de entrada de los recién llegados. Los gobiernos gozan de un derecho internacionalmente reconocido para regular la entrada de extranjeros, mismo que puede limitarse de manera voluntaria a través de la firma oficial de acuerdos bilaterales o multilaterales (por ejemplo en el caso de los refugiados). Es claro que hay una diferencia si el extranjero ha llegado a un territorio a través de medios legales o no. En principio, el curso adecuado de acción con respecto a los residentes extranjeros legalmente admitidos en una democracia es bastante claro. Debe concedérseles en forma rápida derechos socioeconómicos en una base de igualdad y una gran porción de libertad política, ya que de otra forma su estatus disminuiría la calidad de la vida democrática en sociedad. Sin embargo, a menudo este principio se ignora en la práctica. Como se mostró en los capítulos 4, 7 y 10, la inmigración y el empleo no autorizados los hacen especialmente vulnerables a la explotación. La legitimidad percibida de su presencia puede promover el conflicto y la violencia antiinmigrante.

El estilo de política basado en los trabajadores huéspedes tiene restricciones sobre el empleo y la movilidad residencial de los extranjeros legalmente admitidos; éstas parecen anacrónicas y administrativamente irrealizables. Son difíciles de reconciliar con los principios de mercado prevaletentes, por no decir de las normas democráticas. Lo mismo pasa con las restricciones a los derechos políticos. La libertad de expresión, de asociación y de reunión deben ser incuestionables. Bajo circunstancias normales de cooperación internacional no hay razón para restringir la capacidad de los inmigrantes recientes para participar en el sistema político de su terruño. La única restricción a los derechos legalmente admitidos, que parece compatible con los principios democráticos, es la de reservar a los ciudadanos el derecho al voto y el derecho a ocupar un puesto público. Esto sólo es justificable si a los extranjeros se les concede la oportunidad real de naturalización sin engorrosos procedimientos o altos precios. Pero, incluso entonces, algunos residentes extranjeros quizás decidirán no convertirse en ciudadanos por razones varias. Un sistema democrático necesita asegurar también su participación política. Esto puede significar el establecimiento de cuerpos representativos especiales para no ciudadanos residentes, o ampliar los derechos al voto a no ciudadanos que cubran los criterios de duración de la estancia (como en Suecia y en Holanda).

El carácter global de la migración internacional trae como resultado la convivencia y cohabitación de personas de contextos físicos y culturales cada vez más diversos. La severidad de los problemas de integración es altamente durable. En algunos casos, las autoridades públicas pueden considerar innecesario

diseñar políticas para facilitar la integración. En la mayoría, sin embargo, son necesarias medidas específicas y selectivas, con el fin de limitar el desarrollo de identidades socioeconómicas, culturales o políticas que puedan tornarse conflictivas. Es aquí donde los modelos multiculturales generados en Australia, Suecia y Canadá merecen un escrutinio cuidadoso. Lo que tienen en común es la aceptación de diversidad cultural y de los cambios sociales consecuencia de la inmigración. A los inmigrantes no se les fuerza a conformarse a un modelo cultural o lingüístico dominante, sino que pueden conservar sus idiomas nativos y su vida cultural si lo deciden así. La diversidad producida por la inmigración es vista como un enriquecimiento más que como una amenaza a la cultura predominante.

Una perspectiva multicultural mejora la vida democrática al permitir más opciones. Puede significar una redefinición de la ciudadanía para incluir los derechos culturales, junto con derechos civiles, políticos y sociales ampliamente aceptados. Con el paso del tiempo, se espera que la mayoría de los inmigrantes y sus hijos reconcilien su herencia cultural con la cultura prevaleciente y que ésta en cambio sea alterada de algún modo que tal vez la enriquecerá. El conflicto se habrá minimizado. No obstante, los modelos multiculturales tienen contradicciones y a menudo están sujetos a un debate acalorado y a la renegociación. Por ejemplo, el multiculturalismo puede proclamar el derecho de uso de una lengua materna, pero quienes no aprendan la lengua dominante pueden estar en desventaja en el mercado laboral. El mantenimiento de algunas normas culturales puede ser una forma de control social discriminatorio, en particular para las mujeres y los jóvenes. La línea divisoria entre la participación real del liderazgo étnico en la toma de decisiones y su cooperación a través del patrocinio de las agencias del gobierno puede ser bastante delgada.

Muchas personas argumentan que una aproximación explícitamente multicultural a la integración de los inmigrantes, puede no ser adecuada para todas las sociedades. Esto se aplica en particular a estados como Francia o Estados Unidos, que establecieron tradiciones de incorporación y asimilación de los inmigrantes. En estos países se cree que la integración política a través de la ciudadanía proporciona la precondition esencial para la integración social y cultural. Se piensa que las políticas culturales o sociales especiales para ellos perpetúan las distinciones y llevan a la formación de guetos. De ahí que el principio básico del modelo estadounidense es una política de descuido benigno (pero no impensado) en la esfera pública, y la confianza en el potencial integrador de la esfera privada: familias, barrios, organizaciones de solidaridad étnica y otros. No obstante, la formación de identidades raciales o étnicas en Estados Unidos y el aumento del conflicto étnico en Francia presentan ahora un desafío a tales aproximaciones.

Sin embargo, sea que se decida a favor de un descuido benigno o a favor de políticas multiculturales más explícitas, deben cubrirse ciertas precondiciones para evitar la marginación y aislamiento de las minorías. El Estado necesita adoptar medidas que aseguren que no haya un vínculo en el largo plazo entre el origen étnico y las desventajas socioeconómicas. Esto requiere de medidas legales para combatir la discriminación, políticas sociales que disminuyan las desventajas existentes y medidas educativas para asegurar oportunidades iguales y establecer la posibilidad de movilidad ascendente. El Estado también tiene la tarea de eliminar el racismo, combatir la violencia racial y, sobre todo, negociar con los grupos racistas organizados. Como se señaló en el capítulo 9, la discriminación y la violencia racistas son importantes factores que conllevan la formación de minorías étnicas en todos los países de inmigración examinados. Es claro que es muy necesaria la acción en esta área.

Regular la inmigración “no deseada”

Son escasos los prospectos de que en el corto o mediano plazos se den flujos significativamente crecientes de inmigración legal hacia las democracias occidentales. En Alemania y países similares, algunos observadores han sugerido que hay necesidad de acrecentar la inmigración para compensar las bajas tasas de natalidad y una población de mayor edad: los trabajadores extranjeros podrían aportar la mano de obra para el cuidado de los ancianos y otros servicios, al igual que para la industria de la construcción. Pero la inmigración no puede contrarrestar de manera efectiva el envejecimiento demográfico de las sociedades occidentales a menos que realmente se incremente de manera sustancial. Las limitaciones políticas no lo permitirán. Habrá cierto margen para la mano de obra altamente calificada, para la reunificación familiar y para los refugiados, pero no para un reavivamiento del reclutamiento masivo de trabajadores extranjeros que laboren en los puestos de bajo nivel. La mayoría de las democracias industriales tendrán que luchar para dar empleo adecuado a las poblaciones existentes de ciudadanos con baja capacitación y a los trabajadores extranjeros residentes. La situación, en general adversa del mercado de trabajo hará políticamente controvertido cualquier reclutamiento de mano de obra extranjera.

En la actualidad, uno de los desafíos más fuertes para muchos países es, por lo tanto, encontrar maneras de lidiar con flujos migratorios “no deseados”. La “migración no deseada” es un término ambiguo bastante amplio que incluye:

- a quienes cruzan la frontera de manera ilegal;
- a quienes entran legalmente pero permanecen más allá de lo permitido por sus visas o que trabajan sin permiso;

- miembros de la familia de los trabajadores migrantes que no pueden entrar legalmente por las restricciones en la reunificación familiar;
- solicitantes de asilo a los que no se considera refugiados genuinos.

La mayoría de esos migrantes vienen de países pobres y buscan empleo, pero por lo general carecen de calificación laboral. Esos trabajadores compiten en desventaja con la población local por los empleos no calificados, así como por la vivienda y servicios sociales. En los últimos 30 años, aproximadamente, muchas regiones del mundo han tenido un enorme incremento en esa “inmigración no deseada”. Claro que ésta no siempre es tan “indeseada” como se dice, ya que los patrones con frecuencia se benefician de los trabajadores con bajos sueldos, además, carecen de derechos y algunos gobiernos permiten tácitamente tales movimientos. Sin embargo, con frecuencia se ve a dicha inmigración en la base de los miedos públicos a las llegadas masivas. Es, por ende, un catalizador del racismo pues se encuentra en el centro de la agitación de la extrema derecha.

Los gobiernos consideran cada vez con mayor frecuencia detener la “inmigración no deseada” para salvaguardar la paz social. En Europa occidental, el resultado ha sido una serie de acuerdos diseñados para asegurar la cooperación internacional que detenga las entradas ilegales, y agilice el procesamiento de las solicitudes de asilo (véanse capítulos 3, 4 y 5). En Estados Unidos, Canadá y Australia se han adoptado también medidas para que mejore el control de las fronteras y se resuelvan más rápido las solicitudes de asilo. Varios países africanos y asiáticos han llevado a cabo medidas draconianas, como expulsiones masivas de trabajadores extranjeros (por ejemplo, Nigeria, Libia, Malasia), la construcción de cercas y muros a lo largo de las fronteras (Sudáfrica, Israel, Malasia), castigos severos para quienes ingresan de manera ilegal (corporales en Singapur; prisión o prohibición de entradas posteriores en muchos países) y sanciones contra los patronos (Sudáfrica, Japón y otros países). Además, en Italia, algunos países árabes y otros lugares, la policía lleva a cabo castigos no oficiales, entre ellos golpes en forma rutinaria. Como se vio en el capítulo 4, la efectividad de estas medidas es difícil de evaluar; sin embargo, la migración no autorizada sigue siendo una preocupación clara en todas partes.

No se necesita mucha imaginación para entender la dificultad de lograr un control efectivo. Las barreras a la movilidad contradicen las poderosas fuerzas de la globalización que llevan hacia un mayor intercambio económico y cultural. En una economía cada vez más internacional, es difícil abrir las fronteras a movimientos de información, mercancías y capital pero cerrárselas a la gente. La circulación global de la inversión y los conocimientos significa siempre que haya también movimientos de personas. Además, los flujos de personal alta-

mente calificado tienden, de igual forma, a estimular los flujos de trabajadores menos calificados. Los instrumentos de vigilancia fronteriza no pueden ser lo suficientemente afinados como para permitir la entrada sólo a aquellos que se desean y detener a todos los que no.

El asunto se complica más debido a varios factores: la disposición de los patronos para emplear a trabajadores extranjeros (con o sin documentos) para trabajos menores cuando los nacionales no tienen deseos de ocupar tales posiciones; la dificultad de responder adecuadamente a las peticiones de asilo y distinguir a los migrantes con motivos económicos de aquellos que merecen la condición de refugiados; y las obsolescencias e insuficiencias de la ley de inmigración. El debilitamiento de la organización de los trabajadores y el decremento en la membresía de los sindicatos en muchas democracias occidentales, tiende a incrementar también el empleo de extranjeros sin autorización. Igualmente, las políticas dirigidas a reducir la falta de flexibilidad del mercado de trabajo y a promover la competitividad pueden resultar en una mayor contratación, por parte de los patronos, de trabajadores extranjeros. Las políticas de bienestar social tienen también consecuencias no esperadas, al hacer más propicio el empleo de trabajadores extranjeros no autorizados.

De ahí que a pesar del deseo de los gobiernos por detener la migración ilegal, muchas de sus causas se encuentran en las estructuras políticas y sociales de los países de inmigración y en sus relaciones con áreas menos desarrolladas. Esto ha llevado a la necesidad de encontrar "soluciones duraderas" para atacar las causas subyacentes a la migración masiva. Pero no es probable que tales medidas traigan consigo una reducción rápida en la "inmigración no deseada". En el actual clima político no hay duda de que los países receptores continuarán regulando la migración y haciendo intentos por evitar la inmigración ilegal. Esto requerirá invertir más personal y recursos presupuestarios que en el pasado en la puesta en práctica de sanciones contra los patronos y la adjudicación de derechos de asilo. La aplicación de las leyes de inmigración probablemente tendrá una mayor prioridad en el futuro, aunque sea por el temor creciente sobre las consecuencias políticas de la continuación de migración ilegal y las implicaciones para la seguridad. Queda por ver qué tan exitosas pueden ser tales medidas.

Soluciones duraderas y relaciones internacionales

Es claro que la migración internacional no es la solución a las diferencias entre el norte y el sur. La migración no resolverá el problema de desempleo en el norte de África, ni reducirá de manera notable la diferencia en el ingreso y el salario entre Estados Unidos y México, ni tendrá un impacto significativo en

la pobreza rural en la India. La única esperanza realista a largo plazo para reducir la migración internacional reside en un desarrollo de bases amplias, sostenible en los países menos desarrollados, permitiendo que el crecimiento económico se sincronice con el crecimiento en la población y la fuerza de trabajo. Una conciencia creciente en los países altamente desarrollados, de que el control fronterizo por sí sólo no podrá detener la "migración no deseada", ha llevado a la discusión de las "soluciones durables" a fin de lograr una reducción a largo plazo de las presiones migratorias. Tales medidas son de una amplia gama y están vinculadas estrechamente con el debate sobre las estrategias de desarrollo para los países del sur. Incluyen una política comercial, la asistencia para el desarrollo, la integración regional y las relaciones internacionales.

La reforma de las políticas de intercambio podría ayudar a estimular el crecimiento económico en los países menos desarrollados. El tema más importante es el nivel de los precios de las materias primas en comparación con los productos industriales. Ello está ligado con las limitaciones en el comercio mundial a través de tarifas y subsidios. La conclusión de la ronda de Uruguay del AGCA y la formación de la OMC en 1994-1995, puede ayudar a mejorar las perspectivas de comercio de los países menos desarrollados, aunque es difícil tener la certidumbre, ya que Estados Unidos, Japón y la Unión Europea insistieron en garantías para sus propios productores de materias primas. La reforma al proyecto europeo común de la agricultura podría traer consigo importantes beneficios para los países menos desarrollados. Pero las políticas comerciales, en general, operan dentro de límites políticos muy estrechos: pocos políticos desean confrontar a los agricultores, trabajadores o empresarios de su país, en particular en tiempos de recesión económica. Las reformas favorables para las economías de los países menos desarrollados sólo se darán gradualmente, si es que llegan a concretarse.

La ayuda para el desarrollo es una segunda estrategia que pudiera ser útil para disminuir la migración "no deseada" en el largo plazo. Algunos estados tienen buenas credenciales al respecto, pero la ayuda internacional casi nunca se ha dado en un nivel suficiente como para impactar en realidad sobre los problemas del subdesarrollo. En efecto, el saldo de casi cinco décadas de políticas de desarrollo no es positivo. Aunque algunos países se las han arreglado para lograr un crecimiento sustancial, por lo general se ha incrementado la diferencia entre los países pobres y los ricos. La distribución del ingreso dentro de los países del sur se ha hecho más desigual, aumentando la distancia entre las élites pudientes y las masas empobrecidas. Los problemas del rápido crecimiento demográfico, el estancamiento económico, la degradación ecológica, los estados débiles y la violación de los derechos humanos todavía afecta a muchos países de África, Asia y América Latina. Además, el control de los recursos finan-

cieros mundiales por cuerpos como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial derivaron en políticas de crédito que han incrementado la dependencia y la inestabilidad de muchos países del sur.

La integración regional –creación de áreas de libre comercio y comunidades políticas regionales– algunas veces es vista como una forma de disminuir la migración “no deseada”, al reducir las barreras en el comercio y promover el crecimiento económico; lo mismo que al legalizar el movimiento internacional de mano de obra. Pero la integración regional exitosa, con frecuencia se da entre estados que comparten valores políticos y culturales; que además, se parecen entre sí en lo económico. En consecuencia, como se vio en el capítulo 4, la unidad de integración regional más exitosa en el mundo, la Unión Europea, ha visto poca movilidad laboral entre sus estados-miembros.

Quizás el impacto del 11 de septiembre del 2001, y el llamado posterior de Anan, secretario de las Naciones Unidas, para responder al ataque disminuyendo las disparidades globales, brinden la motivación para lograr un cambio real a través de la cooperación internacional. Lo que significaría restringir el intercambio internacional de armamento, modificar las condiciones de *intercambio* entre el norte y el sur y cambiar los sistemas financieros mundiales, de modo que estimulen una transferencia real de recursos de los países ricos a los pobres, en vez de que sea sólo en el otro sentido, como ocurre ahora. Significaría, además, basar los programas de ayuda para el desarrollo en los criterios de derechos humanos, protección ambiental, sustentabilidad ecológica e igualdad social.

No obstante, independientemente de qué tan exitosas puedan ser tales políticas –que tristemente, parecen utópicas a la luz del actual desorden mundial– éstas no traerán consigo reducción substancial de la migración internacional en el corto plazo. Como se mostró en los capítulos 2, 5 y 6, el efecto inicial del desarrollo y la integración en el mercado mundial es incrementar la migración desde los países menos desarrollados. Esto se da porque las primeras etapas del desarrollo tienen como resultado una migración del contexto rural al urbano, y a la adquisición, por parte de muchas personas, de los recursos financieros y culturales necesarios para la migración internacional. La “transición migratoria” –con la cual cesa la emigración y eventualmente es reemplazada por la inmigración– requiere de condiciones demográficas y económicas específicas, que pueden llevar generaciones para su desarrollo. Ni las medidas restrictivas ni las estrategias de crecimiento pueden evitar totalmente la migración internacional, cuando menos en el corto plazo, porque existen fuerzas muy poderosas que estimulan el movimiento poblacional. Éstas incluyen la ascendente difusión de la cultura global y el incremento de los movimientos de cruce de fronteras por las ideas, el capital, las mercancías y las personas. La comunidad mundial tendrá que aprender a vivir con los movimientos masivos de población por el futuro previsible.

Diversidad étnica, cambio social y el Estado-nación

La era de la migración ha cambiado al mundo y muchas de sus sociedades. La mayor parte de los países altamente desarrollados culturalmente, así como de los menos, se ha vuelto más diversa de lo que fue hace apenas una generación. Gran proporción, y podría decirse que la mayoría de los estados-nación deben enfrentar la realidad del pluralismo social. De hecho, pocas naciones modernas alguna vez han sido étnicamente homogéneas. Sin embargo, el nacionalismo de los últimos dos siglos luchó por crear los mitos de la homogeneidad. En sus formas extremas, intentó, además, establecerla a través de la expulsión de las minorías y del genocidio. El impresionante espectáculo de la “limpieza étnica” en las ruinas de la antigua Yugoslavia, muestra que todavía existen tales tendencias. Pero la realidad es que en el presente, la mayoría de los países deben enfrentarse con un nuevo tipo de pluralismo, y que –incluso si la migración pudiera detenerse mañana– éste afectaría a sus sociedades por generaciones.

Una razón por la cual la inmigración y el surgimiento de los nuevos grupos étnicos ha tenido tal impacto en la mayoría de los países altamente desarrollados, es que estas tendencias han coincidido con la crisis de la modernidad y la transición a las sociedades posindustriales. La migración laboral del periodo previo a 1973, parecía en ese momento reforzar el dominio económico de las antiguas naciones industriales. Hoy podemos interpretarla como parte de un proceso de acumulación de capital que precedió a un cambio primordial en la economía mundial. La creciente movilidad internacional del capital, la revolución electrónica, el descenso de las antiguas áreas industriales y el surgimiento de nuevas, son factores que han conducido a un rápido cambio económico en Europa occidental, América del norte y Australia. La erosión de la vieja clase obrera y el incremento en la polarización de la fuerza de trabajo han llevado a una crisis social en la que los inmigrantes se encuentran en doble riesgo: muchos de ellos sufren desempleo y marginación social, pero al mismo tiempo se les retrata como la causa de los problemas. Tal es la razón por la que el surgimiento de la “sociedad de los dos tercios”, donde los estratos superiores son pudientes, mientras que el tercio más bajo es socialmente excluido, se acompaña por el surgimiento del racismo y la generación de guetos ocupados por los que están en desventaja.

Lo anterior en ninguna parte es más evidente que en las ciudades globales de finales del siglo xx. Los Ángeles, Toronto, París, Londres, Berlín y Sydney –por nombrar algunas– son encrucijadas del cambio social, el conflicto político y la innovación cultural. Estas ciudades están marcadas por enormes diferencias: entre las élites corporativas y los trabajadores del sector informal

que les sirven; entre los suburbios ricos bien resguardados y los decadentes barrios centrales plagados de actos criminales; entre los ciudadanos de los estados democráticos y los no ciudadanos ilegales; entre las culturas dominantes y las culturas de las minorías. Estas diferencias pueden sintetizarse como aquellas existentes entre la inclusión y la exclusión. Los incluidos son quienes se ajustan a la propia imagen de una sociedad próspera, tecnológicamente innovadora y democrática. Los excluidos son el lado oscuro: aquellos necesarios para realizar los trabajos menores en la industria y los servicios, pero que no se ajustan a la ideología del modelo.

Ambos grupos incluyen a nacionales e inmigrantes, aunque los segundos tienen más probabilidades de pertenecer a los excluidos. A pesar de todo, los grupos están más estrechamente interconectados de lo que quisieran creer: la élite corporativa necesita de los inmigrantes ilegales, los prósperos habitantes de los suburbios necesitan de los habitantes de las favelas a los que tanto temen. A partir de este carácter contradictorio y múltiple de la ciudad posmoderna es que surgen su enorme energía, su dinamismo cultural y su capacidad de innovación. Pero estos elementos coexisten con un potencial para el resquebrajamiento social, el conflicto, la represión y la violencia. Es aquí donde la compleja interacción social y cultural entre diversos grupos étnicos puede en el futuro dar lugar a nuevas formas de sociedad.

La nueva diversidad étnica afecta a las sociedades de muchas maneras. Entre las más importantes se encuentran aquellas que se relacionan con los temas de la participación política, el pluralismo cultural y la identidad nacional. Como se mostró en el capítulo 10, la inmigración y la formación de grupos étnicos ya han tenido grandes efectos políticos en la mayor parte de los países desarrollados. Estos efectos son potencialmente desestabilizadores. La única solución parece consistir en ampliar la participación política para incluir a los grupos inmigrantes, lo que a su vez puede significar repensar la forma y el contenido de la ciudadanía y separarla de las ideas de homogeneidad étnica y asimilación cultural.

Esto lleva al tema del pluralismo cultural. Los procesos de marginación y aislamiento de los grupos étnicos han avanzado tanto en muchos países, que la cultura se ha convertido en una marca de exclusión por parte de algunos sectores de la población mayoritaria, y en mecanismo de resistencia por las minorías. Incluso si se llevaran a cabo intentos serios por terminar con todas las formas de discriminación y racismo, la diferencia cultural y lingüística permanecerá por generaciones, en especial si se da una nueva inmigración. Esto significa que las poblaciones mayoritarias deberán aprender a vivir con el pluralismo cultural, aun cuando signifique modificar sus propias expectativas acerca de las normas aceptables de comportamiento y de conformidad social.

Este movimiento hacia el pluralismo cultural corresponde a la emergencia de una cultura global, que se alimenta por los viajes, los medios masivos y la mercantilización de los símbolos culturales, al igual que por la migración. Esta cultura global dista mucho de ser homogénea, pero el universo de variaciones que permite tiene un nuevo significado, en comparación con las culturas étnicas tradicionales: la diferencia no necesita ya ser una marca de lo extraño y de la separación, sino en cambio una oportunidad para realizar opciones informadas entre una miríada de posibilidades. La nueva cultura global es, por lo tanto, apasionadamente sincrética, lo que permite combinaciones infinitas de elementos con diversos orígenes y significados. El obstáculo principal para la difusión de la cultura global es que coincide con una crisis política, económica y social en muchas regiones. Donde el cambio es rápido y amenazante, las culturas tradicionales estrechas parecen ofrecer un cierto grado de defensa. De ahí el resurgimiento del nacionalismo excluyente en áreas como la ex Unión Soviética y ex Yugoslavia, que habían estado aisladas tanto tiempo de las influencias globales. El cambio, ahora que ha llegado, se experimenta como un cataclismo. De ahí el resurgimiento del racismo en sociedades altamente desarrolladas, entre aquellos grupos que acabaron por ser las principales víctimas de la reestructuración económica y social.

Es claro que las tendencias hacia la inclusión política de las minorías y el pluralismo cultural, pueden amenazar la identidad nacional, en especial en los países en los que ésta se ha construido a partir de formas de exclusión. Si las ideas de pertenencia a una nación han estado basadas en mitos de pureza étnica o de superioridad cultural, entonces, realmente están amenazadas por el crecimiento de la diversidad étnica. Sea que la comunidad de una nación esté basada en pertenecer a un *Volk* (como en Alemania), sea que esté basada en una cultura unitaria (como en Francia); la diversidad étnica requiere de manera inevitable, ajustes políticos y psicológicos importantes. El cambio es mucho menor para los países que se han visto a sí mismos como naciones de inmigrantes, ya que sus estructuras políticas y modelos de ciudadanía están dirigidos a la incorporación de los recién llegados. Empero, estos países también tienen tradiciones históricas de exclusión racial y homogeneización cultural que todavía tienen que ser elaboradas. La asimilación de los inmigrantes, como se muestra de manera notable en el "sueño americano", parece menos viable en vista de los continuados movimientos de población, además de las fuertes tendencias hacia el mantenimiento cultural y lingüístico por las comunidades étnicas.

Esto significa que todos los países de inmigración tendrán que revisar su concepción de lo que significa pertenecer a sus sociedades. Los modelos monoculturales y asimilacionistas de la identidad nacional ya no pueden ser adecuados para la nueva situación. Los inmigrantes quizás tienen capacidad de lle-

var a cabo una contribución especial al desarrollo de nuevas formas de identidad. Parte de la condición migrante es desarrollar identidades múltiples, las que están vinculadas con las culturas, tanto del terruño como del país de destino. Dichas identidades personales incluyen nuevos y complejos elementos transculturales.

Los inmigrantes no son únicos en este renglón; las identidades múltiples se están convirtiendo en una característica casi general de la población de las sociedades modernas tardías. Pero son, sobre todo, los migrantes quienes se ven obligados por su situación, a tener identidades socioculturales en varios niveles; los que están en un constante estado de transición y renegociación. Además, desarrollan a menudo conciencia de su posición transcultural, la que se refleja no sólo en su trabajo cultural y artístico, sino también en la acción social y política. A pesar de los actuales conflictos en torno a los efectos de la diversidad étnica en las culturas e identidad nacionales, la inmigración ofrece perspectivas para el cambio. Debe existir la esperanza de que puedan surgir nuevos principios de identidad, los que no serán ni excluyentes ni discriminatorios, que proporcionarán la base para una mejor cooperación intergrupala. Además, las capacidades políglotas y la comprensión intercultural, comienzan a ser vistas como importantes recursos económicos en el contexto de comercio internacional e inversión.

De manera inevitable, las identidades transculturales afectarán nuestras estructuras políticas fundamentales. El Estado-nación democrático es una forma política bastante reciente, que se generó con las revoluciones americana y francesa y que logró dominio global en el siglo XIX. Se caracteriza por principios que definen la relación entre el pueblo y el gobierno, la que está mediada a través de la institución de la ciudadanía. El Estado-nación fue una fuerza innovadora y progresista en su nacimiento porque era incluyente y definía a los ciudadanos como sujetos políticos libres vinculados entre sí por estructuras democráticas. Pero el nacionalismo posterior de los siglos XIX y XX dio una vuelta entera a la ciudadanía al igualarla con la membresía en un grupo étnico dominante definido por líneas biológicas o culturales. En muchos casos, el Estado-nación se convirtió en un instrumento de exclusión y represión.

Los estados nacionales, para bien o para mal, es muy probable que se prolonguen. Pero la integración económica y cultural globales y el establecimiento de acuerdos regionales para la cooperación económica y política están minando la exclusividad de las lealtades nacionales. La era de la migración podría verse marcada por la erosión del nacionalismo y el debilitamiento de las divisiones entre los pueblos. Hay que admitir que existen tendencias que van en el otro sentido, como el racismo o el resurgimiento del nacionalismo en ciertas áreas. Las transformaciones por venir, tal vez sean dispares y es posible que

haya retrocesos, de manera especial en el evento de crisis económicas o políticas. Pero las tendencias centrales inevitables son la creciente diversidad étnica y cultural de la mayoría de los países, el surgimiento de redes transnacionales que vinculan las sociedades e emigración con los países de inmigración y el crecimiento del intercambio cultural. La globalización de la migración da pie al optimismo, porque genera cierta esperanza de unidad creciente en la manera de tratar los problemas que agobian a nuestro pequeño planeta.

Bibliografía

- ABELLA, M.I. (1995), "Asian migrant and contract workers in the Middle East", en R. Cohen (ed.), *The Cambridge Survey of World Migration* (Cambridge: Cambridge University Press).
- (2002), *Complexity and Diversity of Asian Migration* (Ginebra: manuscrito inédito).
- ABS (Australian Bureau of Statistics) (1989), *Overseas Born Australians: A Statistical Profile* (Camberra: Australian Government Publishing Service).
- (2002), *Population: International Migration* (ABS) (<http://www.abs.gov.au/austats/abs@.nsf/> Vol.2002).
- ACKLAND, R. y L. Williams (1992), *Immigrants and the Australian Labour Market: The Experience of Three Recessions* (Camberra: Australian Government Publishing Service).
- ADEPOJU, A. (1988), "Links between internal and international migration: the African situation", en C. Stahl (ed.), *International Migration Today*, vol. 2 (UNESCO/University of Western Australia).
- (2001), "Regional integration, continuity and changing patterns of intra-regional migration in Sub-Saharan Africa", en M. Siddique (ed.), *International Migration into the 21st Century* (Cheltenham/Northampton: Edward Elgar).
- ADL (Anti-Defamation League) (1988), *Hate Groups in America* (Nueva York: ADL of B'nai B'rith).
- ALCORSO, C., C. Popoli y G. Rando (1992), "Community networks and institutions", en S. Castles, C. Alcorso, G. Rando y E. Vasta (eds.), *Australia's Italians: Culture and Community in a Changing Society* (Sydney: Allen & Unwin).
- ALEINIKOFF, T.A. y D. Klusmeyer (eds.) (2000), *From Migrant to Citizens: Membership in a Changing World* (Washington, D.C. Carnegie Endowment for International Peace).
- (2001), *Citizenship Today: Global Perspectives and Practices* (Washington, D.C.: Carnegie Endowment for International Peace).

- ALEXANDRE, G. (2001), *La Question Migratoire entre la Republique Dominicaine et Haiti* (Dominican Republic: IOM).
- ÅLUND, A. y C.-U. Schierup (1991), *Paradoxes of Multiculturalism* (Aldershot: Avebury).
- AMJAD, R. (1996), "Philippines and Indonesia: On the way to a migration transition", *Asian and Pacific Migration Journal*, 5:2-3.
- ANDERSON, B. (1983), *Imagined Communities* (Londres: Verso).
- ANDREAS, P. (2001), "The transformation of migrant smuggling across the US-Mexico border", en D. Kyle y R. Koslowski (eds.), *Global Human Smuggling* (Baltimore: The Johns Hopkins Press).
- ANTHIAS, F. y N. Yuval-Davis (1989), "Introduction", en N. Yuval-Davis y F. Anthias (eds.), *Woman-Nation-State* (Londres: Macmillan).
- APPENZELLER, G. *et al.* (2001), "Kardinal Sterzinsky in Gespræch: Die Union fragt nur, was tut uns Deutschen gut" (*Tagesspiegel*, 19 de mayo de 2001).
- APPLEYARD, R.T. (ed.) (1988), *International Migration Today: Trends and Prospects* (París: UNESCO).
- (1991), *International Migration: Challenge for the Nineties* (Ginebra: IOM).
- (1998a), *Emigration Dynamics in Developing Countries*, vol. I, *Sub-Saharan Africa* (Aldershot: Avebury).
- (1998b), *Emigration Dynamics in Developing Countries*, vol. II, *South Asia* (Aldershot: Avebury).
- (1999a), *Emigration Dynamics in Developing Countries*, vol. III, *Mexico, Central America and the Carribean* (Aldershot: Avebury).
- (1999b), *Emigration Dynamics in Developing Countries*, vol. IV, *The Arab Region* (Aldershot: Avebury).
- ARCHDEACON, T. (1983) *Becoming American: An Ethnic History* (Nueva York: The Free Press).
- ARNOLD, F., U. Minocha y J.T. Fawcett (1987), "The changing face of Asian immigration to the United States", en J. T. Fawcett y B.V. Cariño (eds.), *Pacific Bridges: The New Immigration from Asia and the Pacific Islands* (Nueva York: Center for Migration Studies).
- ARONSON, G. (1990), *Israel, Palestinians and the Intifada: Creating Facts on the West Bank* (Washington, D.C., Institute for Palestine Studies).
- BADE, K.J. (ed.) (1994), *Das Manifest der 60: Deutschland und die Einwanderung* (Munich: Beck).
- BAGANHA, M. (ed.) (1997), *Immigration in Southern Europe* (Oeiras: Celta Editora).
- y E. Reyneri (2001), "New migrants in South European countries: An assessment", en R. Leveau, C. Wihtol de Wenden y K. Mohsen-Finan (eds.),

- Nouvelles citoyennetés: réfugiés et sans-papiers dans l'espace européen* (París: Institut français des relations internationales).
- BAKER, M. y M. Wooden (1992), *Immigrant Workers in the Communication Industry* (BIR, Camberra: Australian Government Publishing Service).
- BALIBAR, E. (1991), "Racism and nationalism", en E. Balibar e I. Wallerstein (eds.), *Race, Nation, Class: Ambiguous Identities* (Londres: Verso).
- e I. Wallerstein (eds.) (1991), *Race, Nation, Class: Ambiguous Identities* (Londres: Verso).
- BARINGHORST, S. (1995), "Symbolic highlights or political enlightenment? Strategies for fighting racism in Germany", en A. Hargreaves y J. Leaman (eds.), *Racism, Ethnicity and Politics in Contemporary Europe* (Aldershot: Edward Elgar).
- BARLÁN, J. (1988), *A System Approach for Understanding International Population Movement: The Role of Policies and Migrant Community in the Southern Cone* (IUSSP Seminar, Genting Highlands, Malaysia).
- BARTRAM, D. (1999) *Foreign Labor and Political Economy in Israel and Japan* (Madison: Dissertation, Department of Sociology, University of Wisconsin).
- BASCH, L., N. Glick-Schiller y C.S. Blanc (1994), *Nations Unbound: Transnational Projects, Post-Colonial Predicaments and Deterritorialized Nation-States* (Nueva York: Gordon and Breach).
- BATTISTELLA, G. y M.M.B. Assis (1998), *The Impact of the Crisis on Migration in Asia* (Quezon City, Philippines: Scalabrini Migration Center).
- BAUBÖCK, R. (1991), "Migration and citizenship", *New Community*, 18:1.
- (1994), "Changing the Boundaries of Citizenship: the Inclusion of Immigrants in Democratic Polities", en R. Bauböck (ed.), *From Aliens to Citizens* (Aldershot: Avebury).
- y J. Rundell (eds.) (1998), *Blurred Boundaries: Migration, Ethnicity, Citizenship* (Aldershot: Ashgate).
- BAUMAN, Z. (1998), *Globalization: the Human Consequences* (Cambridge: Polity).
- BBC (<http://news.bbc.co.uk/2/hi/asia-pacific/2163440.stm>) 1o. de agosto de 2002.
- BEAUFTRAGTE DER BUNDESREGIERUNG FÜR DIE BELANGE DER AUSLÄNDER (1993), *Das Einbürgerungs- und Staatsangehörigkeitsrecht der Bundesrepublik Deutschland* (Bonn: Beauftragte der Bundesregierung für die Belange der Ausländer).
- (2000), *Daten und Fakten zur Ausländersituation* (Berlín: Beauftragte der Bundesregierung für Ausländerfragen).
- BEDZIR, B. (2001), "Migration from Ukraine to Central and Eastern Europe", en C. Wallace y D. Stola (eds.), *Patterns of Migration in Central Europe* (Basingstoke: Palgrave).
- BELGUENDOUZ, A. (2001), "La Dimension Migratoire Maroc-Hispano-Européenne: Quelle Cooperation?", en *A New Security Agenda for Future Regional Co-operation*

- ration in the Mediterranean Region* (Rome: Fourth Mediterranean Dialogue International Research Seminar, Nato Defense College), noviembre de 2001.
- BELL, D. (1975), "Ethnicity and social change", en N. Glazer y D.P. Moynihan (eds.), *Ethnicity-Theory and Experience* (Cambridge, MA: Harvard University Press).
- BENSAÂD, A. (2002), "Voyage au bout de la peur avec les clandestins du Sahel" en *Le Monde Diplomatique Histoires d'Immigration*, 15-20.
- BERNSTEIN, A., L. Schlemmer y C. Simkins (1999), "A proposed policy framework for controlling cross-border migration to South Africa," en A. Bernstein y M. Weiner (eds.), *Migration and Refugee Policies: An Overview* (Londres: Pinter).
- y M. Weiner, (eds.) (1999), *Migration and Refugee Policies: An Overview* (Londres: Pinter).
- BENYON, J. (1986), "Spiral of decline: race and policing", en Z. Layton-Henry y P.B. Rich (eds.), *Race, Government and Politics in Britain* (Londres: Macmillan).
- BINUR, Y. (1990), *My Enemy, Myself* (Nueva York: Penguin).
- BIRKS, J.S., C.A. Sinclair e I.J. Seccombe (1986), "Migrant Workers in the Arab Gulf: The Impact of Declining Oil Revenues", *International Migration Review*, 20:4.
- BIRRELL, R. (2001), "Immigration On The Rise: The 2001-2002 Immigration Program", *People and Place*, 9(2).
- y S.-E. Khoo (1995), *The Second Generation in Australia: Educational and Occupational Characteristics, Statistical Report núm. 14* (Cambera: AGPS).
- BJÖRGO, T. y R. Witte (eds.) (1993), *Racist Violence in Europe* (Londres: Macmillan).
- BLACK, R. (1998), *Refugees, Environment and Development* (Londres: Longman).
- BLACKBURN, R. (1988), *The Overthrow of Colonial Slavery, 1776-1848* (Londres y Nueva York: Verso).
- BLUSTEIN, P. (2002), "Bush Shift on Foreign Aid Strengthens US Position at Summit", *Washington Post*, 16 de marzo de 2002.
- BÖHNING, W.R. (1984), *Studies in International Labour Migration* (Londres: Macmillan; Nueva York: St Martin's Press).
- (1991a) "Integration and immigration pressures in Western Europe", *International Labour Review*.
- (1991b) "International migration to Western Europe: What to do?", paper presented to the *Seminar on International Security* (Ginebra: Graduate Institute of International Studies, 15-20 de julio de 1991).
- BORJAS, G.J. (1989), "Economic theory and international migration", *International Migration Review*, Special Silver Anniversary Issue, 23: 3.

- (1990), *Friends or Strangers: The Impact of Immigration on the US Economy* (Nueva York: Basic Books).
- (1999), *Heaven's Door* (Princeton: Princeton University Press).
- (ed.) (2000), *Issues in the Economics of Immigration* (Chicago: University of Chicago Press).
- BOUDAHRAIN, A. (1991a), *Nouvel Ordre Social International et Migrations* (París: L'Harmattan/CIEMI).
- (1991b), "The new international convention: A Moroccan perspective", *International Migration Review*, 25:4.
- BOULANGER, P. (2000), "Un regard français sur l'immigration Kurde en Europe", *Migrations Société*, 12: 72.
- BOURDIEU, P. y L. Wacquant (1992), *An Invitation to Reflexive Sociology* (Chicago: University of Chicago Press).
- BOYD, M. (1989), "Family and Personal Networks in Migration", *International Migration Review*, Special Silver Anniversary Issue, 23:3.
- BOYLE, P., K. Halfacree y V. Robinson (1998), *Exploring Contemporary Migration* (Harlow, Essex: Longman).
- BRETON, R., W.W. Isajiw, W.E. Kalbach y J.G. Reitz (1990), *Ethnic Identity and Equality* (Toronto: University of Toronto Press).
- BRETTELL, C.B. y J.F. Hollifield (eds.) (2000), *Migration Theory: Talking Across Disciplines* (Nueva York y Londres: Routledge).
- BRIGGS, V.M., Jr. (1984), *Immigration Policy and the American Labor Force* (Baltimore, MD, y Londres: Johns Hopkins University Press).
- BRUBAKER, W.R. (ed.) (1989), *Immigration and the Politics of Citizenship in Europe and North America* (Lanham, MD: University Press of America).
- BUNDESGRENZSCHUTZAMT (2001), *Fulfillment of the Border Police Tasks in the Federal Republic of Germany* (Reporte personal, comunicación de Isabelle Vosswinkel, Polizeihauptkommissarin in BGS).
- CAHILL, D. (1990), *Intermarriages in International Contexts* (Quezon City: Scalabrini Migration Center).
- CALAVITA, K. (2003), "Italy: Immigration, Economic Flexibility and Policy Responses", en W. Cornelius, P. L. Martin y J.F. Hollifield (eds.), *Controlling Immigration: A Global Perspective* (Stanford, CA: Stanford University Press).
- CAMAROTA, S. (2002), *The Open Door* (Washington, D.C.: Center for Immigration Studies).
- CARNOY, M. (1994), *Faded Dreams: The Politics and Economics of Race in America* (Cambridge: Cambridge University Press).
- CASTELLS, M. (1996), *The Rise of the Network Society* (Oxford: Blackwells).
- (1997), *The Power of Identity* (Oxford: Blackwells).
- (1998), *End of Millenium* (Oxford: Blackwells).

- CASTLES, S. (1986), "The guest-worker in western Europe: An obituary", *International Migration Review*, 20:4.
- (1989), *Migrant Workers and the Transformation of Western Societies* (Ithaca, NY: Cornell University).
- (1995), "How nation-states respond to immigration and ethnic diversity", *New Community*, 21: 3.
- (2000), "The impacts of emigration on countries of origin", en S. Yusuf, W. Wu y S. Evenett (eds.), *Local Dynamics in an Era of Globalization* (New York: Oxford University Press for the World Bank).
- (2001), "International migration and the nation-state in Asia", en M.A.B. Siddique (ed.), *International Migration in the 21st Century* (Cheltenham/Northampton: Edward Elgar).
- , C. Alcorso, G. Rando y E. Vasta (eds.) (1992a), *Australia's Italians: Culture and Community in a Changing Society* (Sydney: Allen and Unwin).
- , H. Booth y T. Wallace (1984), *Here for Good: Western Europe's New Ethnic Minorities* (Londres: Pluto Press).
- , B. Cope, M. Kalantzis y M. Morrissey (1992b), *Mistaken Identity - Multiculturalism and the Demise of Nationalism in Australia*, 3a. ed. (Sydney: Pluto Press).
- y A. Davidson (2000), *Citizenship and Migration: Globalisation and the Politics of Belonging* (Londres: Macmillan).
- , S. Foster, R. Iredale y G. Withers (1998), *Immigration and Australia: Myths and Realities* (St Leonards NSW: Allen and Unwin).
- y G. Kosack (1973 y 1985), *Immigrant Workers and Class Structure in Western Europe* (Oxford: Oxford University Press).
- , G. Rando y E. Vasta (1992c), "Italo-Australians and Politics", en S. Castles, C. Alcorso, G. Rando y E. Vasta (eds.), *Australia's Italians: Culture and Community in a Changing Society* (Sydney: Allen and Unwin).
- y E. Vasta (2003), "Australia's immigration dilemma", en W. Cornelius, P.L. Martin y J.F. Hollifield (eds.), *Controlling Immigration: A Global Perspective*, 2a. ed. (Stanford, Stanford University Press).
- CCCS (Centre for Contemporary Cultural Studies) (1982), *The Empire Strikes Back* (Londres: Hutchinson).
- CERNEA, M.M. y C. McDowell (eds.) (2000), *Risks and Reconstruction: Experiences of Resettlers and Refugees* (Washington, D.C.: World Bank).
- CHAZAN, N. (1994), "Engaging the state: Associational life in Sub-Saharan Africa", *State Power and Social Forces* (Cambridge: Cambridge University Press).
- CHIMNI, B.S. (1998), "The geo-politics of refugee studies: A view from the South", *Journal of Refugee Studies*, 11:4.

- CHIN, K. (1999), *Smuggled Chinese: Clandestine Immigration to the United States* (Filadelfia: Temple University Press).
- CHISWICK, B.R. (2000), "Are immigrants favorably self-selected? An economic analysis", en C B. Brettell y J.F. Hollifield (eds.), *Migration Theory: Talking Across Disciplines* (Nueva York y Londres: Routledge).
- CHOO, A.L. (1992), "Asian-American political clout grows stronger", *Wall Street Journal*, 21 de febrero de 1992.
- CIC (Citizenship and Immigration Canada) (2002), *Canada's Recent Immigrants: A Comparative Portrait Based on the 1996 Census* (Ottawa: CIC).
- CINANNI, P. (1968), *Emigrazione e Imperialismo* (Rome: Riuniti).
- ÇINAR, D. (1994), "From aliens to citizens: a comparative analysis of rules of transition", en R. Bauböck (ed.), *From Aliens to Citizens* (Aldershot: Avebury).
- COHEN, P. y H.S. Bains (eds.) (1988), *Multi-Racist Britain* (Londres: Macmillan).
- (1987), *The New Helots: Migrants in the International Division of Labour* (Aldershot: Avebury).
- (1991), "East-West and European migration in a global context", *New Community*, 18:1.
- (1995), "Asian indentured and colonial migration", en R. Cohen (ed.), *The Cambridge Survey of World Migration* (Cambridge: Cambridge University Press).
- (ed.) (1995), *The Cambridge Survey of World Migration* (Cambridge: Cambridge University Press).
- (1997), *Global Diasporas: An Introduction* (Londres: UCL Press).
- y P. Kennedy (2000), *Global Sociology* (Basingstoke: Palgrave).
- y Z. Layton-Henry (eds.) (1997), *The Politics of Migration* (Cheltenham/Northampton, MA: Edward Elgar).
- COHN-BENDIT, D. y T. Schmid (1993), *Heimat Babylon: Das Wagnis der multikulturellen Demokratie* (Hamburgo: Hoffmann and Campe).
- COLLINS, J. (1978), "Fragmentation of the working class", en E.L. Wheelwright y K. Buckley (eds.), *Essays in the Political Economy of Australian Capitalism*, vol. 3 (Sydney: ANZ Books).
- (1991), *Migrant Hands in a Distant Land: Australia's Post-War Immigration*, 2a. ed. (Sydney: Pluto Press).
- y S. Castles (1991), "Restructuring, migrant labour markets and small business in Australia", *Migration*, 10.
- K. Gibson, C. Alcorso, S. Castles y D. Tait (1995), *A Shop Full of Dreams: Ethnic Small Business in Australia* (Sydney: Pluto Press).
- COMMISSION OF THE EUROPEAN COMMUNITIES (1989), *Eurobarometer: Public Opinion in the European Community. Special Issue: Racism and Xenophobia* (Bruselas: Commission of the European Community).

- (1990), *Policies on Immigration and the Social Integration of Migrants in the European Community* (Bruselas: Commission of the European Community).
- (2001), *Reforming Immigration* (Nueva York: Committee for Economic Development).
- CORNELIUS, W.A. (2001), "Death at the border: efficacy and unintended consequences of US immigration control policy", *Population and Development Review*, 27(4).
- , P. Martin y J. Hollifield (1994), *Controlling Immigration: A Global Perspective* (Stanford, CA: Stanford University Press).
- COSTA-LASCoux, J. (1989), *De l'Immigré au Citoyen* (París: La Documentation Française).
- CROCK, M. y B. Saul (2002), *Future Seekers: Refugees and the Law in Australia* (Sydney: Federation Press).
- CROISSANDEAU J.M. (1984), "La formation alternative au chômage?", *Le Monde de l'Education*, febrero.
- CROSS, G.S. (1983), *Immigrant Workers in Industrial France: The Making of a New Laboring Class* (Filadelfia: Temple University Press).
- (1995), "Race, class formation and political interests: a comparison of Amsterdam and Londres", en A. Hargreaves y J. Leaman, *Racism, Ethnicity and Politics in Contemporary Europe* (Aldershot: Edward Elgar).
- y M. Keith (eds.) (1993), *Racism, the City and the State* (Londres: Routledge).
- CROSSETTE, B. (2000), "UN Warns That Trafficking in Human Beings is Growing", *New York Times*, 25 de junio.
- (2002a), "Annans says Terrorism Roots are Broader than Poverty", *New York Times*, 7 de marzo.
- (2002b), "UN Coaxes Out the Wheres and Whys of Global Immigration" *The New York Times*, 7 de julio.
- CSIMCED (Commission for the Study of International Migration and Co-operative Economic Development) (1990), *Unauthorized Migration: An Economic Development Response* (Washington, D.C., US Government Printing Office).
- CURTIN, P. (1997), "Africa and Global Patterns of Migration", en W. Gungwu (ed.), *Global History and Migrations* (Boulder: Westview).
- DAVIDSON, A. (1997), *From Subject to Citizen: Australian Citizenship in the Twentieth Century* (Cambridge: Cambridge University Press).
- DÁVILA, R. (1998), *The Case of Venezuela* (The Hague: UN Technical Symposium on International Migration and Development paper).
- DAVIS, M. (1990), *City of Quartz: Excavating the Future in Los Angeles* (Londres: Verso).

- DE LATTES, A. y Z. de Lattes (1991) "International migration in Latin America: Patterns, implications and policies", *Informal Expert Group Meeting on International Migration* (Ginebra: UN Economic Commission for Europe/UNPF paper).
- DE LEPERVANCHE, M. (1975), "Australian immigrants 1788-1940", en E.L. Wheelwright y K. Buckley (eds.), *Essays in the Political Economy of Australian Capitalism*, vol. 1 (Sydney: ANZ Books).
- DE MONTALON, J.B. (2002), "Le gouvernement Raffarin 2 s'ouvre davantage à la société civile", *Le Monde*, 19 de junio.
- DECLÔITRES, R. (1967), *The Foreign Worker* (París: OCDE).
- DENG, F. (2001), *Report of the Seminar on Internal Displacement in Indonesia: Towards an Integrated Approach* (Nueva York: United Nations Commission on Human Rights).
- DERISBOURG, J.P. (2002), "L'Amérique latine entre Etats-Unis et Union européenne", *Politique Etrangère*, 67:2.
- DESSIPIO, L. (2001), "Building America, one person at a time: Naturalization and political behavior of the naturalized in contemporary American politics", en G. Gerstle y J. Mollenkopf (eds.), *E Pluribus Unum?* (Nueva York: Russell Sage Foundation).
- DEWIND, J., C. Hirschman y P. Kasinitz (eds.) (1997), *Immigrant Adaptation and Native-born Responses in the Making of Americans*, vol. 31 (Nueva York: Center for Migration Studies).
- DIEUX, H. (2002), "Transferts de pauvreté au Portugal", *Le Monde Diplomatique*, 5 de julio.
- DIMA (Department of Immigration and Multicultural Affairs) (1999), *A New Agenda for Multicultural Australia* (Camberra: DIMA).
- DIMIA (Department of Immigration and Multicultural Affairs and Indigenous Affairs) (2001) *Key Facts in Immigration* (Camberra: DIMIA).
- DOHSE, K. (1981), *Ausländische Arbeiter and bürgerliche Staat* (Konstein/Taunus: Hain).
- DRBOHLAV, D. (2001), "The Czech Republic", en C. Wallace y D. Stola (eds.), *Patterns of Migration in Central Europe* (Basingstoke/Nueva York: Palgrave).
- DUBET, F. y D. Lapeyronnie (1992), *Les Quartiers d'Exil* (París: Seuil).
- EL-SOHL, C. (1994), "Calculating the Risks of Resettlement: Egyptian Peasant Families in Iraq", en S. Shami (ed.), *Population Displacement and Resettlement: Development and Conflict in the Middle East* (Nueva York: Center for Migration Studies).
- ENGELS, F. (1962), "The Condition of the Working Class in England", en *Marx, Engels on Britain* (Moscow: Foreign Languages Publishing House).
- ENTZINGER, H.B. (1985), "The Netherlands", en T. Hammar (ed.), *European Immigration Policy: A Comparative Study* (Cambridge: Cambridge University Press).

- (2002), “The rise and fall of multiculturalism: The case of the Netherlands”, en C. Joppke y E. Morawaska (eds.), *Towards Assimilation and Citizenship: Immigration in Liberal Nation-States* (Londres: Palgrave).
- ESMAN, M.J. (1994), *Ethnic Politics* (Ithaca, Nueva York, y Londres: Cornell University Press).
- ESSED, P. (1991), *Understanding Everyday Racism* (Londres y Newbury Park New Delhi: Sage).
- EUROPEAN PARLIAMENT (1985), *Committee of Inquiry into the Rise of Fascism and Racism in Europe: Report on the Findings of the Inquiry* (Strasbourg: European Parliament).
- EVANS, L. e I. Papps (1999), “Migration Dynamics in the GCC Countries”, en R. Appleyard (ed.), *Emigration Dynamics in Developing Countries*, vol. IV, *The Arab Region* (Aldershot: Ashgate).
- FADIL, M.A. (1985), “Les effets de l’émigration de main d’oeuvre sur la distribution des revenus et les modèles de consommation dans l’économie égyptienne”, *Revue Tiers Monde*, 26:103.
- FAIST, T. (2000), *The Volume and Dynamics of International Migration and Transnational Social Spaces* (Oxford: Oxford University Press).
- FAKIOLAS, R. (2002), “Greek Migration and Foreign Immigration in Greece”, en R. Rotte y P. Stein (eds.), *Migration Policy and the Economy: International Experiences* (Munich, Hans Seidel Stiftung).
- FARRAG, M. (1999), “Emigration Dynamics in Egypt”, en R. Appleyard (ed.), *Emigration Dynamics in Developing Countries*, vol. IV, *The Arab Region* (Aldershot: Ashgate).
- FASSMAN, H. y R. Münz (1994), *European Migration in the Late Twentieth Century* (Laxenburg, Austria: International Institute for Applied System Analysis).
- FAVELL, A. (1998), *Philosophies of Integration: Immigration and the Idea of Citizenship in France and Britain* (Londres: Macmillan).
- FAWCETT, J.T. y F. Arnold (1987), “Explaining diversity: Asian and Pacific immigration systems”, en J.T. Fawcett y B.V. Cariño (eds.), *Pacific Bridges: The New Immigration from Asia and the Pacific Islands* (Nueva York: Center for Migration Studies).
- y B.V. Cariño (eds.) (1987), *Pacific Bridges: The New Immigration from Asia and the Pacific Islands* (Nueva York: Center for Migration Studies).
- FEAGIN, J.R. (1989), *Racial and Ethnic Relations* (Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall).
- FELDBLUM, M. (1999), *Reconstructing Citizenship* (Albany, Nueva York: State University of Nueva York Press).
- FERGANY, N. (1985), “Migrations inter-arabes et développement”, *Revue Tiers Monde*, 26: 103.

- FERGUSON, E. (1997), "Drowned in a sea of apathy", *Guardian Weekly*, 26 de enero.
- FINDLAY, S. (2001), "Compelled to Move: The Rise of Forced Migration in Sub-Saharan Africa", en M. Siddique (ed.), *International Migration into the 21st Century* (Cheltenham/Northampton: Edward Elgar).
- FISHMAN, J.A. (1985), *The Rise and Fall of the Ethnic Revival: Perspectives on Language and Ethnicity* (Berlín, Nueva York y Amsterdam: Mouton).
- FIX, M. y J.S. Passel (1994), *Immigration and Immigrants: Setting the Record Straight* (Washington, D.C.: The Urban Institute).
- FOOT, P. (1965), *Immigration and Race in British Politics* (Harmondsworth: Penguin).
- FOSTER, W. (1996), *Immigration and the Australian Economy* (Camberra, DIMA).
- FOX-GENOVESE, E. y E.D. Genovese (1983), *Fruits of Merchant Capital: Slavery and Bourgeois Property in the Rise and Expansion of Capitalism* (Nueva York y Oxford: Oxford University Press).
- FREGOSI, R. (2002), "Au-delà de la crise financière et institutionnelle, l'Argentine en quête d'un véritable projet", *Politique Etrangère*, 67: 2.
- FRENCH, H.W. (1990), "Sugar harvest's bitter side: Some call it slavery", *New York Times*, 27 de abril.
- (1991), "Haitians expelled by Santo Domingo", *New York Times*, 11 de agosto.
- FUNCKE, L. (1991), *Bericht der Beauftragten der Bundesregierung für die Integration der ausländischen Arbeitnehmer und ihrer familienangehörigen* (Bonn: German Government).
- GALLAGHER, A. (2002), "Trafficking, smuggling and human rights: Tricks and treaties", *Forced Migration Review*, 12.
- GALLAGHER, D. y J.M. Diller (1990), *At the Crossroads between Uprooted People and Development in Central America* (Washington, D.C.: Commission for the Study of International Migration and Cooperative Economic Development, Working Paper núm. 27).
- GARRARD, J.A. (1971), *The English and Immigration: A Comparative Study of the Jewish Influx 1880-1910* (Oxford: Oxford University Press).
- GASPARD, F. (1990), *Une petite Ville en France* (París: Gallimard).
- GEDDES, A. (2000), *Immigration and European Integration: Towards Fortress Europe?* (Manchester y Nueva York: Manchester University Press).
- y A. Favell (1999), *The Politics of Belonging: Migrants and Minorities in Contemporary Europe* (Aldershot: Ashgate).
- GEERTZ, C. (1963), *Old Societies and New States-The Quest for Modernity in Asia and Africa* (Glencoe, ILL: Free Press).
- GELLNER, E. (1983), *Nations and Nationalism* (Oxford: Blackwell).

- GERSTLE, G. y J. Mollenkopf (eds.) (2001), *E Pluribus Unum?* (Nueva York: Russell Sage Foundation).
- GIBNEY, M.J. (2000), *Outside the Protection of the Law: The Situation of Irregular Migrants in Europe* (Oxford: Refugee Studies Centre).
- GILROY, P. (1987), *There Ain't no Black in the Union Jack* (Londres: Hutchinson).
- y E. Lawrence (1988), "Two-tone Britain: White and black youth and the politics of anti-racism", en P. Cohen y H.S. Bains (eds.), *Multi-Racist Britain* (Londres: Macmillan).
- GLAZER, N. y D.P. Moynihan, (1975), "Introduction", en N. Glazer y D.P. Moynihan (eds.), *Ethnicity: Theory and Experience* (Cambridge, MA: Harvard University Press).
- GLICK-SCHILLER, N. (1999), "Citizens in transnational nation-states: The Asian experience", en K. Olds, P. Dicken, P.F. Kelly, L. Kong, y H.W.C. Yeung (eds.), *Globalisation and the Asia-Pacific: Contested Territories* (Londres: Routledge).
- GO, S.P. (1998), "The Philippines: A look into the migration scenario in the nineties", en OCDE (ed.), *Migration and Regional Economic Integration in Asia* (París: OCDE).
- (2002), "Detailed case study of the Philippines", en R. Iredale, C. Hawksley y K. Lyon (eds.), *Migration Research and Policy Landscape: Case Studies of Australia, the Philippines and Thailand* (Wollongong: Asia Pacific Migration Research Network).
- GOLDBERG, D.T. y J. Solomos (eds.) (2002), *A Companion to Racial and Ethnic Studies* (Malden, Mass. y Oxford: Blackwells).
- GONZALEZ, J.L.I. (1998), *Philippine Labour Migration: Critical Dimensions of Public Policy* (Singapore: Institute of Southeast Asian Studies).
- GUIMEZANES, N. (1995), "Acquisition of nationality in OECD countries", en OCDE (ed.), *Trends in International Migration: Annual Report* (París: OCDE).
- GURR, T.R. y B. Harf (1994), *Ethnic Conflict in World Politics* (Boulder, CO: Westview).
- GUTMANN, A. (ed.) (1994), *Multiculturalism: Examining the Politics of Recognition* (Princeton, NJ: Princeton University Press).
- HABERMAS, J. (2001), *The Postnational Constellation* (Boston: MIT Press).
- HALLIDAY, F. (1985), "Migrations de main d'oeuvre dans le monde arabe: l'envers du nouvel ordre économique", *Revue Tiers Monde*, 26:103.
- HAMMAR, T. (ed.) (1985a), *European Immigration Policy: A Comparative Study* (Cambridge: Cambridge University Press).
- (1985b), "Sweden", en T. Hammar (ed.), *European Immigration Policy: A Comparative Study* (Cambridge: Cambridge University Press).
- (1990), *Democracy and the Nation-State: Aliens, Denizens and Citizens in a World of International Migration* (Aldershot: Avebury).

- HARDT, M. y A. Negri, (2000) *Empire* (Cambridge, MA: Harvard University Press).
- HARGREAVES, A. y J. Leaman, (1995), *Racism, Ethnicity and Politics in Contemporary Europe* (Aldershot: Edward Elgar).
- HARRIS, N. (1995), *The New Untouchables: Immigration and the New World Worker* (Londres: I.B. Tauris)
- (1996), *The New Untouchables: Immigration and the New World Worker* (Harmondsworth: Penguin).
- HÁRS, A., E. Sik y J. Toth (2001), “Hungary”, en C. Wallace y D. Stola (eds.), *Patterns of Migration in Central Europe* (Basingstoke: Palgrave).
- HÄUSSERMANN, H. y Y. Kazepov (1996), “Urban poverty in Germany”, en E. Mingione (ed.), *Urban Poverty and the Underclass* (Oxford: Blackwell).
- HCI (Haut Conseil à l’Intégration) (1991), *Journal Official, Assemblée Nationale* (París: French Government, 7 de junio).
- HELD, D., A. McGrew, D. Goldblatt y J. Perraton (1999), *Global Transformations: Politics, Economics and Culture* (Cambridge: Polity).
- HOBBSBAWN, E. (1994), *Age of Extremes: The Short Twentieth Century, 1914-1991* (Londres: Michael Joseph).
- HOFFMANN, L. (1990), *Die unvollendete Republik* (Cologne: Pappy Rossa Verlag).
- HOLLIFIELD, J.F. (2000), “The politics of international migration: how can we «bring the state back in?»”, en C.B. Brettell y J.F. Hollifield (eds.), *Migration Theory: Talking Across Disciplines* (Nueva York y Londres: Routledge).
- HOLLIFIELD, J.F. (2003), “France”, en W. Cornelius, P. L. Martin y J. F. Hollifield (eds.), *Controlling Immigration: A Global Perspective* (Stanford: Stanford University Press).
- HOME OFFICE (1989), *The Response to Racial Attacks and Harassment: Guidance for the Statutory Authorities. - Report of the Inter-Departmental Racial Attacks Group* (Londres: Home Office).
- (2000), *Statistics on Race and the Criminal Justice System* (Londres: Home Office)
- HOMZE, E.L. (1967), *Foreign Labor in Nazi Germany* (Englewood Cliffs, NJ: Princeton University Press).
- HÖNEKOPP, E. (1999), *Central and East Europeans in the Member Countries of the European Union since 1990: Development and Structure of Migration, Population and Employment* (Munich: Institute for Employment Research).
- HOROWITZ, D. y G. Noiriél (1992), *Immigrants in Two Democracies: French and American Experience* (Nueva York: Nueva York University Press).
- HOUSTOUN, M.F., R.G. Kramer, y J.M. Barrett (1984), “Female Predominance in Immigration to the United States Since 1930: A First Look”, *International Migration Review*, 18: 4.

- HREOC (Human Rights and Equal Opportunity Commission) (1991), *Racist Violence: Report of the National Inquiry into Racist Violence in Australia* (Cambera: Australian Government Publishing Service).
- HUGO, G. (1993), *The Economic Implications of Emigration from Australia* (Cambera: Australian Government Publishing Service).
- (1994), "Migration and the Family", *Occasional Papers Series for the International Year of the Family: 12* (Viena: United Nations).
- HULSE, C.V. (2002), "Gephardt is Preparing a Measure to Legalize Illegal Immigrants", *New York Times*, 23 de julio.
- HUNTER, S. (2002), *Islam, Europe's Second Religion* (Nueva York: Praeger).
- IGNATIEFF, M. (1994), *Blood and Belonging: Journeys into the New Nationalism* (Nueva York: Vintage).
- INS (US Immigration and Naturalization Service) (2002a), *Statistical Yearbook of the Immigration and Naturalization Service, 1999* (Washington, D.C.: US Government Printing Office).
- (2002b), *Statistical Yearbook of the Immigration and Naturalization Service, 2000* (Washington, DC.: US Government Printing Office) (<http://www.ins.usdoj.gov/graphics/aboutins/statistics/yearbook2000.pdf>).
- INTERNATIONAL MIGRATION REVIEW (1985), Special Issue on Civil Rights and the Sociopolitical Participation of Migrants, 19:3.
- (1989), Special Silver Anniversary Issue, 23:3
- (1992), Special Issue on the New Europe and International Migration, 26:2.
- IOM (International Organization for Migration) (1999), *Trafficking in Migrants* (Ginebra: IOM Policy and Responses).
- (2000a), *Migrant Trafficking and Human Smuggling in Europe* (Ginebra: IOM).
- (2000b), *World Migration Report 2000* (Ginebra: IOM).
- IRELAND, P. (1994), *The Policy Challenge of Ethnic Diversity* (Cambridge, MA: Harvard University Press).
- ISMU-CARIPLO (2001), *Sesto Rapporto sulle Migrazioni in Italia* (Milan: Franco Angeli).
- ISTAT (2001), *Annuario Statistico Italiano* (Rome: Istituto Poligrafico dello Stato).
- JACKSON, J.A. (1963), *The Irish in Britain* (Londres: Routledge and Kegan Paul).
- JAKUBOWICZ, A. (1989), "The state and the welfare of immigrants in Australia", *Ethnic and Racial Studies*, 12: 1.
- JOHNSON, I. (2002), "Muslim extremism perplexes Germany on eve of elections", *The Wall Street Journal*, 20 de septiembre.
- y B. Gugath (2002), "Turkish Voters are Transforming Political Landscape in Germany", *The Wall Street Journal*, 29 de septiembre.

- JOLY, D. (1988), "Les musulmans à Birmingham", en R. Leveau y G. Kepel (eds.), *Les Musulmans dans la Société Française* (París: Presse de la Fondation Nationale des Sciences Politiques).
- JONES, S. (2000), *Making Money Off Migrants: The Indonesian Exodus to Malaysia* (Hong Kong y Wollongong: Asia 2000 Foundation and Centre for Asia Pacific Social Transformation Studies).
- JOPPE, C. (1999), *Immigration and the Nation-State* (Oxford: Oxford University Press).
- JUPP, J. (ed.) (2001), *The Australian People: An Encyclopedia of the Nation, Its People and Their Origins* (Cambridge: Cambridge University Press).
- , B. York y A. McRobbie (1989), *The Political Participation of Ethnic Minorities in Australia* (Camberra: Australian Government Publishing Service).
- KALDOR, M. (2001), *New and Old Wars: Organized Violence in a Global Era*, 2a. ed. (Cambridge: Polity).
- KASSIM, A. (1998), "The case of a new receiving country in the developing world: Malaysia", en *United Nations Technical Symposium on International Migration and Development* (La Haya: documento inédito).
- KASTORYANO, R. (1996), *La France, l'Allemagne et leurs immigrés: négocier l'identité* (París: Armand Colin).
- KAY, D. y R. Miles (1992), *Refugees or Migrant Workers? European Volunteer Workers in Britain 1946-1951* (Londres: Routledge).
- KEELEY, C.B. (2001), "The international refugee regimes(s): The end of the Cold War matters", *International Migration Review*, 35:1.
- KEPEL, G. y R. Leveau, (1987), *Les Banlieues d'Islam* (París: Seuil).
- KERR, M. y E.S. Yassin (1982), *Rich and Poor States in the Middle East: Egypt and the New Arab Order* (Boulder, CO: Westview Press).
- KHAROUFI, M. (1994), "Forced Migration in the Senegalese Mauritanian Conflict: The Consequences for the Senegal River Valley", en S. Shami (ed.), *Population Displacement and Resettlement* (Nueva York: Center of Migration Studies).
- KINDLEBERGER, C.P. (1967), *Europe's Postwar Growth: The Role of Labor Supply* (Cambridge, MA: Harvard University Press).
- KING, R. (2000), "Southern Europe in the changing global map of migration" en R. King, G. Lazaridis y C. Tsardanidis (eds.), *Eldorado or Fortress? Migration in Southern Europe* (Londres: Macmillan).
- (ed.) (2001), *The Mediterranean Passage: Migration and New Cultural Encounters in Southern Europe* (Liverpool: Liverpool University Press).
- , G. Lazaridis y C. Tsardanidis (eds.) (2000), *Eldorado or Fortress? Migration in Southern Europe* (Londres: Macmillan).

- KISER, G. y M. Kiser (eds.) (1979), *Mexican Workers in the United States* (Albuquerque: University of New Mexico Press).
- KLEKOWSKI VON KOPPENFELS, A. (2001), *The Role of Regional Consultative Processes in Managing International Migration* (Ginebra: IOM).
- KLUG, F. (1989) “«Oh to be in England»: The British case study”, en N. Yuval-Davis y F. Anthias (eds.), *Woman-Nation-State* (Londres: Macmillan).
- KOMAI, H. (1995), *Migrant Workers in Japan* (Londres: Kegan Paul International).
- KONDO, A. (2001), “Citizenship rights for aliens in Japan”, en A. Kondo (ed.), *Citizenship in a Global World* (Basingstoke: Palgrave).
- KOOPMANS, R. y P. Statham (2000), *Challenging Immigration and Ethnic Relations Politics* (Oxford: Oxford University Press).
- KOP, Y. y R.E. Litan (2002), *Sticking Together: The Israeli Experiment in Pluralism* (Washington, D.C.: The Brookings Institute).
- KOSLOWSKI, R. (2000), *Migrants and Citizens* (Ithaca, Nueva York Cornell University Press).
- KRAMER, R. (1999), *Developments in International Migration to the United States* (Washington D.C.: Department of Labour).
- KRATOCHWIL, H.K. (1995), “Cross-border population movements and regional economic integration in Latin America”, *IOM Latin America Migration Journal*, 13:2.
- KRITZ, M. (2001), “Population Growth and International Migration: Is There a Link?”, en A. Zolberg y P. Benda (eds.), *Global Migrants, Global Refugees* (Nueva York/Oxford: Berghahn Books).
- , C.B. Keely y S.M. Tomasi (eds.) (1983), *Global Trends in Migration* (Nueva York: Center for Migration Studies).
- , L.L. Lin y H. Zlotnik (eds.) (1992), *International Migration Systems: A Global Approach* (Oxford: Clarendon Press).
- KUBAT, D. (1987), “Asian Immigrants to Canada”, en J.T. Fawcett y B.V. Cariño (eds.), *Pacific Bridges: The new Immigration from Asia and the Pacific Islands* (Nueva York: Center for Migration Studies).
- KYLE, D. y R. Koslowski, (2001), *Global Human Smuggling* (Baltimore y Londres: Johns Hopkins University Press).
- KYMLICKA, W. (1995), *Multicultural Citizenship* (Oxford: Clarendon Press).
- La Lettre de la Citoyenneté* (2001), núm. 53, septiembre-octubre.
- LAACHER, S. (2002), “Comment les «papiers» peuvent changer la vie”, en *Le Monde Diplomatique, Histoires d’Immigration*.
- LAPEYRONNIE, D., M. Frybes, K. Couper y D. Joly (1990), *L’Intégration des Minorités Immigrées, Étude Comparative: France - Grande Bretagne* (París: Agence pour le Développement des Relations Interculturelles).

- LAQUEUR, W. (1972), *A History of Zionism* (Nueva York: Holt, Rinehart and Winston).
- LARSSON, S. (1991), "Swedish racism: the democratic way", *Race and Class*, 32: 3.
- LAYTON-HENRY, Z. (1981), *A Report on British Immigration Policy since 1945* (Coventry: University of Warwick).
- (1986), "Race and the Thatcher Government", en Z. Layton-Henry y P.B. Rich (eds.), *Race, Government and Politics in Britain* (Londres: Macmillan).
- (ed.) (1990), *The Political Rights of Migrant Workers in Western Europe* (Londres: Sage).
- y Rich P. B. (eds.) (1986), *Race, Government and Politics in Britain* (Londres: Macmillan).
- LAZCKO, F. (2001), "Irregular Migration in Central and Eastern Europe: An Overview of Return Policies and Procedures", en C. Wallace y D. Stola (eds.), *Patterns of Migration in Central Europe* (Basingstoke: Palgrave).
- LEBON, A. (2000), *Immigration et présence étrangère en France en 1999* (París: La documentation française).
- LEE, J.S. y S.-W. Wang (1996), "Recruiting and managing of foreign workers in Taiwan", *Asian and Pacific Migration Journal*, 5: 2-3.
- LEGGEWIE, C. (1990), *Multi Kulti: Spielregeln für die Vielvölkerrepublik* (Berlín: Rotbuch).
- LEQUIN, Y. (ed.) (1988), *La Mosaïque France* (París: Larousse).
- LEVEAU, R., C. Wihtol de Wenden y K. Mohsen-Finan (eds.) (2002), *Nouvelles citoyennetés: Réfugiés et sans-papiers dans l'espace européen* (París: Institut français des relations internationales).
- LEVER-TRACY, C. y M. Quinlan (1988), *A Divided Working Class* (Londres: Routledge).
- LIDGARD, J.M. (1996), "East Asian migration to Aotearoa/New Zealand: Perspectives of some new arrivals", *Population Studies Centre Discussion Papers: 12* (Hamilton: University of Waikato).
- LIGHT, I. y E. Bonacich (1988), *Immigrant Entrepreneurs* (Berkeley, CA: University of California Press).
- LIM, L.L. (1996), "The migration transition in Malaysia", *Asian and Pacific Migration Journal*, 5: 2-3.
- y N. Oishi (1996), "International labor migration of Asian women", *Asian and Pacific Migration Journal*, 5: 1.
- LLOYD, C. (1991), "Concepts, models and anti-racist strategies in Britain and France", *New Community*, 18: 1.
- LIUCH, V. (2002), "Apartheid sous plastique à El Ejido", *Le Monde Diplomatique, Histoires d'Immigration*, pp. 85-89.

- LOESCHER, G. (2001), *The UNHCR and World Politics: A Perilous Path* (Oxford: Oxford University Press).
- LOHRMANN, R. (1987), "Irregular Migration: A Rising Issue in Developing Countries", *International Migration*, 25: 3.
- LÓPEZ-GARCÍA, B. (2001), "La régularisation des Maghrébins sans papiers en Maroc", en R. Leveau, C. Wihtol de Wenden y K. Mohsen-Finan (eds.), *Nouvelles citoyennetés: réfugiés et sans-papiers dans l'espace européen* (París: IFRI).
- LOUÏÏTE-DANGUI, N. (1988), "L'immigration étrangère au Congo", en Association Internationale des Démographes de Langue Française, *Les Migrations Internationales* (París: Edition de PINED).
- LUCASSEN, J. (1995), "Emigration to the Dutch colonies and the USA", en R. Cohen (ed.), *The Cambridge Survey of World Migration* (Cambridge: Cambridge University Press).
- LUSO-AMERICAN DEVELOPMENT FOUNDATION (1999), *Metropolis International Workshop Preceedings* (Lisbon: Luso-America Development Foundation).
- LUTZ, H., A. Phoenix y N. Yuval-Davis (1995), "Introduction: nationalism, racism and gender", en H. Lutz, A. Phoenix y N. Yuval-Davis (eds.), *Crossfires: Nationalism, Racism and Gender in Europe* (Londres: Pluto Press).
- MACMASTER, N. (1991), "The «seuil de tolérance»: the uses of a «scientific» racist concept", en M. Silverman (ed.), *Race, Discourse and Power in France* (Aldershot: Avebury).
- MAGUID, A. (1993), "The importance of systematizing migration information for making policy: recent initiatives and possibilities for Latin America and the Caribbean", *IOM Latin America Migration Journal*, 11: 3.
- MANN, J.A. (1979), "For Millions in Colombia, Venezuela is El Dorado", 23 de diciembre.
- MARCUS, J. (1995), *The National Front and French Politics* (Nueva York: Nueva York University Press).
- MARES, P. (2001), *Borderline: Australia's Treatment of Refugees and Asylum Seekers* (Sydney: UNSW Press).
- MARIE, Claude-Valentin (2000), "Measures taken to combat the employment of undocumented foreign workers in France", en OCDE, *Combating the Illegal Employment of Foreign Workers* (París: OCDE).
- MARSHALL, T.H. (1964), "Citizenship and Social Class", en *Class, Citizenship and Social Development: Essays by T.H. Marshall* (Nueva York: Anchor Books).
- MARTIN, P.L. (1991), *The Unfinished Story. Turkish Labour Migration to Western Europe* (Ginebra: ILO).
- (1993), *Trade and Migration: NAFTA and Agriculture* (Washington, D.C. Institute for International Economics).

- (1996), "Labor contractors: a conceptual overview", *Asian and Pacific Migration Journal*, 5: 2-3.
- (2002), *Immigration and the Changing Face of Rural and Agricultural America* (Washington, D.C.: Urban Institute, documento inédito).
- MARTIN, P.L., A. Mason y T. Nagayama (1996), "Introduction to special issue on the dynamics of labor migration in Asia", *Asian and Pacific Migration Journal*, 5: 2-3.
- y M.J. Miller (2000a), "Smuggling and trafficking: A conference report", *International Migration Review*, 34:3.
- (2000b), *Employer Sanctions: French, German and US Experiences* (Ginebra: ILO).
- y J.E. Taylor (2001), "Managing Migration: The Role of Economic Policies", en A. Zolberg y P. Benda, *Global Migrants, Global Refugees* (Nueva York: Berghahn Books).
- y J. Widgren (1996), "International Migration: A Global Challenge", *Population Bulletin*, 51: 1.
- MARTÍNEZ, J.N. (1989), "Social Effects of Labour Migration: The Colombian Experience", *International Migration*, 27: 2.
- MARTINIELLO, M. (1994), "Citizenship of the European Union: A critical view", en R. Bauböck (ed.), *From Aliens to Citizens* (Aldershot: Avebury).
- MASSEY, D.S., R. Alarcón, J. Durand y González (1987), *Return to Aztlan. The Social Process of International Migration from Western Mexico* (Berkeley: University of California Press).
- MASSEY, D.S., J. Arango, G. Hugo y J.E. Taylor (1993), "Theories of international migration: A review and appraisal", *Population and Development Review*, 19.
- (1994), "An evaluation of international migration theory: The North American case", *Population and Development Review*, 20.
- , J. Arango, A. Kouaouci, A. Pellegrino y J.E. Taylor (1998), *Worlds in Motion, Understanding International Migration at the End of the Millennium* (Oxford: Clarendon Press).
- MCALLISTER, I. (1988), "Political attitudes and electoral behaviour", en J. Jupp, (ed.), *The Australian People: An Encyclopedia of the Nation, its People and their Origins* (Sydney: Angus and Robertson).
- MCCARTHY, J. (1995), *Death and Exile: The Ethnic Cleansing of Ottoman Muslims 1821-1922* (Princeton: Darwin Press).
- MEISSNER, D., D. Papademetriou y D. North (1987), *Legalization of Undocumented Aliens: Lessons from Other Countries* (Washington, D.C.: Carnegie Endowment for International Peace).
- MESSINA, A. (1989), "Anti-immigrant illiberalism and the «new» ethnic and racial minorities in Western Europe", *Patterns of Prejudice*, 23: 3.

- (1996), "The not so silent revolution: Postwar Migration to Western Europe," *World Politics*, 49.
- (ed.) (2002), *West European Immigration and Immigrant Policy in the New Century* (Westport y Londres: Praeger).
- MILES, R. (1989), *Racism* (Londres: Routledge).
- MILLER, A. (2002), *Leaving the Land of the Setting Sun: Transnationalization of Algerian Terrorism and Transatlantic Security* (Madison: University of Wisconsin, Senior Honors thesis).
- MILLER, J. (1985), "Wave of Arab migration ending with oil boom", *New York Times*, 6 de octubre.
- (1991), "Egyptians now replace other Arabs in Saudi jobs", *New York Times*, 4 de febrero.
- MILLER, M.J. (1978) *The Problem of Foreign Worker Participation and Representation in France, Switzerland and the Federal Republic of Germany* (Madison, WI: University of Wisconsin)
- (1981), *Foreign Workers in Western Europe: An Emerging Political Force* (Nueva York: Praeger).
- (1984), "Industrial policy and the rights of labor: The case of foreign workers in the French automobile assembly industry", *Michigan Yearbook of International Legal Studies*, vi.
- (1986), "Policy Ad-Hocracy: The Paucity of Coordinated Perspectives and Policies", *The Annals*, 485.
- (1989), "Continuities and Discontinuities in Immigration Reform in Industrial Democracies," en H. Enstzinger y J. Carter (eds.), *International Review of Comparative Public Policy*, vol. 1 (Greenwich, CT y Londres: JAI Press).
- (1991), "La nouvelle loi américaine sur l'immigration: vers un modèle d'après-guerre froide", *Revue Européenne des Migrations Internationales*, 7: 3.
- (1994), "Towards understanding state capacity to prevent unwanted migration: Employer sanctions enforcement in France, 1975-1990", *Western European Politics*, 17: 2.
- (1998), "International Migration in Post-Cold War International Relations", en Pontifical Council for the Pastoral Care of Migrants and Itinerant People (ed.), *Migration at the Threshold of the Third Millenium* (The Vatican: Pontifical Council for the Pastoral Care of Migrants and Itinerant People).
- (1999), "Prevention of unauthorized migration," en A. Bernstein y M. Weiner (eds.), *Migration and Refugee Policies: An Overview* (Londres y Nueva York: Pinter).

- (2002), "Continuity and Change in Postwar French Legalization Policy," in A. Messina (ed.), *West European Immigration and Immigrant Policy in the New Century* (Westport, CT y Londres: Praeger).
- y P. Martin (1996), "Prospects for cooperative management of international migration in the 21st century", *Asian and Pacific Migration Journal*, 5: 2-3.
- MILWARD, A. (1992), *The European Rescue of the Nation State* (Londres: Routledge).
- MINGIONE, E. (1996), *Urban Poverty and the Underclass* (Oxford: Blackwell).
- MITCHELL, C. (1989), "International migration, international relations and foreign policy", *International Migration Review*, Special Silver Anniversary Issue, 23: 3.
- (1992), *Western Hemisphere Immigration and United States Foreign Policy* (University Park, PA: The Penn State University Press).
- MOCH, L.P. (1992), *Moving Europeans: Migration in Western Europe Since 1650* (Bloomington, IN: Indiana University Press).
- (1995), "Moving Europeans: Historical migration practices in Western Europe", en R. Cohen (ed.), *The Cambridge Survey of World Migration* (Cambridge: Cambridge University Press).
- MONTWIELER, N.H. (1987), *The Immigration Reform Law of 1986* (Washington, D.C.: The Bureau of National Affairs Inc.).
- MORI, H. (1997), *Immigration Policy and Foreign Workers in Japan* (Londres: Macmillan).
- MOROKVASIC, M. (1984), "Birds of passage are also women", *International Migration Review*, 18:4.
- MORRISON, J. (1998), *The Cost of Survival: The Trafficking of Refugees to the UK* (Londres: British Refugee Council).
- MOSSE, G.C. (1985), *Towards the Final Solution* (University of Wisconsin Press).
- MÜNZ, R. (1996), "A continent of migration: European mass migration in the twentieth century", *New Community*, 22: 2.
- MUUS, P.J. (1991), *Migration, Minorities and Policy in the Netherlands. Recent Trends and Developments-Report for SOPEMI* (Amsterdam: University of Amsterdam, Department of Human Geography).
- (1995), *Migration, Immigrants and Policy in the Netherlands-Report for SOPEMI 1995* (Amsterdam: Centre for Migration Research).
- MYERS, N. y J. Kent (1995), *Environmental Exodus: an Emergent Crisis in the Global Arena* (Washington D.C.: Climate Institute).
- NIEVES, E. (2002), "Illegal immigrant death rates rises sharply in barren areas", *The New York Times*, 6 de agosto de 2002.
- NIRUMAND, B. (ed.) (1992), *Angst vor den Deutschen: Terror gegen Ausländer und der Zerfall des Rechtsstaates* (Reinbek bei Hamburg: Rowohlt).

- NMAC (National Multicultural Advisory Council, Commonwealth of Australia) (1999), *Australian Multiculturalism for a New Century: Towards Inclusiveness*, (Camberra: NMAC).
- NOBLE, K.B. (1991), "Congo expelling Zairian citizens", *New York Times*, 11 de diciembre.
- NOIRIEL, G. (1988), *Le creuset français: Histoire de l'immigration XIXe-XXe siècles* (París: Seuil).
- OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos - Organisation for Economic Cooperation and Development) (1987), *The Future of Migration* (París: OCDE).
- (1992), *Trends in International Migration: Annual Report 1991* (París: OCDE).
- (1994), *Trends in International Migration: Annual Report 1993* (París: OCDE).
- (1995), *Trends in International Migration: Annual Report 1994* (París: OCDE).
- (1997), *Trends in International Migration: Annual Report 1996* (París: OCDE).
- (1998a), *Migration, Free Trade and Regional Integration in North America* (París: OCDE).
- (1998b), *Trends in International Migration: Annual Report 1998*, París: OCDE.
- (2000), *Combating the Illegal Employment of Foreign Workers* (París: OCDE).
- (2001), *Trends in International Migration* (París: OCDE).
- OEZCAN, V. (2002), *Germany: Immigration in Transition* (Migration Policy Institute) (<http://www.migrationinformation.org/> vol.2002).
- OISHI, N. (1995), "Training or employment? Japanese immigration policy in dilemma", *Asian and Pacific Migration Journal*, 4:2-3.
- OKÓLSKI, M. (2001), "Incomplete Migration: a New Form of Mobility in Central and Eastern Europe. The Case of Polish and Ukrainian Migrants", en C. Wallace y D. Stola (eds.), *Patterns of Migration in Central Europe* (Basingstoke: Palgrave).
- OKUDA, M. (2000), "Asian newcomers in Shinjuku and Ikebukuro area, 1988-1998: Reflections on a decade of research", *Asian and Pacific Migration Journal*, 9: 3.
- OKUNISHI, Y. (1996), "Labor contracting in international migration: The Japanese case and implications for Asia", *Asian and Pacific Migration Journal*, 5: 2-3.
- OMA (1989), *National Agenda for a Multicultural Australia* (Camberra: AGPS).

- ONS (Office of National Statistics) (2001), *Population Trends. Autumn: 105* (Londres: ONS).
- ORIOU, P. (2001), "Des commissions consultatives au droit de vote", *Migrations Société*, 13: 73.
- OUEDRAOGO, D. (1994), "Population, migrations et développement", *Revue Européenne des Migrations Internationales*, 10: 3.
- PAPANTONIOU-FRANGOULI, M. y K. Leventi (2000) "The Legalization of Aliens in Greece", *International Migration Review*, 34:3.
- PARISOT, T. (1998), "Quand l'immigration tourne à l'esclavage", *Le Monde Diplomatique*, 20-21 de junio.
- PASCOE, R. (1992), "Place and community: The construction of Italo-Australian space", en S. Castles, C. Alcorso, G. Rando y E. Vasta (eds.), *Australia's Italians: Culture and Community in a Changing Society* (Sydney: Allen and Unwin).
- PEAN, L. (1982), "L'alliance hégémonique insulaire", *Le Monde Diplomatique*, agosto.
- PELLIGRINO, A. (1984), "Illegal immigration from Colombia", *International Migration Review*, 18: 3.
- PE-PUA, R., C. Mitchell, R. Iredale y S. Castles (1996), *Astronaut Families and Parachute Children: The Cycle of Migration from Hong Kong* (Camberra: ALPS).
- PERÒ, D. (2001), "Inclusionary rhetoric/exclusionary practice: An ethnographic critique of the Italian Left in the context of migration", en R. King (ed.), *The Mediterranean Passage: Migration and New Cultural Encounters in Southern Europe* (Liverpool: Liverpool University Press).
- PEROTTI, A. y F. Thepaut (1991), "Les répercussions de la guerre du golfe sur les arabes et les juifs de France", *Migrations Société*, 3: 14.
- PEAHLMANN, H. (1968), *Fremdarbeiter und Kriegsgefangene in der deutschen Kriegswirtschaft 1939-1945* (Darmstadt: Wehr and Wissen).
- PHIZACKLEA, A. (ed.) (1983), *One Way Ticket? Migration and Female Labour* (Londres: Routledge and Kegan Paul).
- (1990), *Unpacking the Fashion Industry: Gender, Racism and Class in Production* (Londres: Routledge).
- PICQUET, M., A. Pelligrino y J. Papail (1986), "L'immigration au Venezuela", *Revue Européenne des Migrations Internationales*, 2: 2.
- PILLAI, P. (1999), "The Malaysian state's response to migration", *Sojourn* 14(1).
- PIORE, M.J. (1979), *Birds of Passage: Migrant Labor and Industrial Societies* (Cambridge: Cambridge University Press).
- PIPES, D. y K. Durán (2002), *Muslim Immigrants in the United States* (Washington, D.C.: Center for Immigration Studies).

- PORTES, A. (ed.) (1995), *The Economic Sociology of Immigration* (Nueva York: Russell Sage Foundation).
- (1999), "Conclusion: towards a new world: The origins and effects of transnational activities", *Ethnic and Racial Studies*, 22: 2.
- y R.L. Bach, (1985), *Latin Journey: Cuban and Mexican Immigrants in the United States* (Berkeley: University of California Press).
- y J. Böröcz (1989), "Contemporary immigration: theoretical perspectives on its determinants and modes of incorporation", *International Migration Review*, 23: 83.
- y R.E. Rumbaut (1996), *Immigrant America: A Portrait*, 2a. ed. (Berkeley, Los Angeles, Londres: University of California Press).
- L.E. Guarnizo y P. Landolt (1999), "The study of transnationalism: Pitfalls and promise of an emergent research field", *Ethnic and Racial Studies*, 22: 2.
- POTTS, L. (1990), *The World Labour Market: A History of Migration* (Londres: Zed Books).
- PRICE, C. (1963), *Southern Europeans in Australia* (Melbourne: Oxford University Press).
- PROST, A. (1966), "L'immigration en France depuis cent ans", *Esprit*, 34: 348.
- PURDUM, S. (2002), "Several US allies criticized in Powell Report on slave trading", *New York Times*, 6 de junio.
- RATH, J. (1988), "La participation des immigrés aux élections locales aux Pays-Bas", *Revue Européenne des Migrations Internationales*, 4: 3.
- RAVENSTEIN, E.G. (1885), "The laws of migration", *Journal of the Statistical Society*, 48.
- (1889), "The laws of migration", *Journal of the Statistical Society*, 52.
- RAWLS, J. (1985), "Justice as fairness: Political not metaphysical", *Philosophy and Public Affairs*, 14: 3.
- REED, R. (1977), "National Front: British threat", *New York Times*, 18 de agosto.
- REITZ, J.G. (1998), *Warmth of the Welcome: The Social Causes of Economic Success for Immigrants in Different Nations and Cities* (Boulder, CO: Westview Press).
- Research Perspectives on Migration 1: 2* (1997) (Washington, D.C.: The Urban Institute and the Carnegie Endowment for International Peace).
- REX, J. (1986), *Race and Ethnicity* (Milton Keynes: Open University Press).
- y D. Mason (eds.) (1986), *Theories of Race and Ethnic Relations* (Cambridge: Cambridge University Press).
- REFYNERI, E. (2001), *Migrants' Involvement in Irregular Employment in the Mediterranean Countries of the European Union* (Ginebra: International Labour Organization).
- REYNOLDS, H. (1987), *Frontier* (Sydney: Allen and Unwin).
- RICCA, S. (1990), *Migrations internationales en Afrique* (París: L'Harmattan).

- RICHARD, A.O. (1999), *International Trafficking in Women to the United States: A Contemporary Manifestation of Slavery and Organized Crime* (Washington D.C.: Center for the Study of Intelligence).
- ROCHA-TRINDADE, M. (ed.) (1993), *Recent Migration Trends in Europe* (Lisboa: Universidade Aberta).
- ROMERO, F. (1993), "Migration as an issue in European interdependence and integration: The case of Italy", en A. Milward, F. Lynch, R. Ranieri, F. Romero y V. Sørensen (eds.), *The Frontier of National Sovereignty* (Londres: Routledge).
- ROSENAU, J.N. (1997), *Along the Domestic Foreign Frontier* (Cambridge: Cambridge University Press).
- ROTTE, R. y P. Stein (eds.) (2002), *Migration Policy and the Economy: International Experiences* (Munich: Haus Seidel Stiftung).
- RUBIO-MARIN, R. (2000), *Immigration as a Democratic Challenge* (Cambridge: Cambridge University Press).
- RUDOLPH, H. (1996), "The new *Gastarbeiter* system in Germany", *New Community*, 22: 2.
- SAFIR, N. (1999), "Emigration Dynamics in the Maghreb", en R. Appleyard (ed.), *Emigration Dynamics in Developing Countries*, vol. IV, *The Arab Region* (Aldershot: Avebury).
- SANZ, L.C. (1989), "The Impact of Chilean Migration on Employment in Patagonia", *International Migration*, 27: 2.
- SASSEN, S. (1988), *The Mobility of Labour and Capital* (Cambridge: Cambridge University Press).
- SCALABRINI MIGRATION CENTER (2001), *Scalabrini Migration Atlas 2001* (Quezon City, Filipinas: Scalabrini Migration Center) (<http://www.scalabrini.asn.au/atlas/Vol.2001>)
- SCHIERUP, C.-U. y A. Ålund (1987), *Will they still be Dancing? Integration and Ethnic Transformation among Yugoslav Immigrants in Scandinavia* (Stockholm: Almquist and Wiksell International).
- SCHNAPPER, D. (1991), "A host country of immigrants that does not know itself", *Diaspora*, 1: 3.
- (1994), *La Communauté des Citoyens* (París: Gallimard).
- SCOTT, J. (2002), "Foreign born in US at Record High", *New York Times*, 7 de febrero.
- SECCOMBE, I.J. (1986), "Immigrant workers in an emigrant economy", *International Migration* 24:2.
- y R.I. Lawless (1986), "Foreign worker dependence in the Gulf and international oil companies", *International Migration Review*, 20: 3.
- SEGURA, C. (2002), *Migration and Development in the Dominican Republic*, Unpublished paper.

- SELECT COMMISSION ON IMMIGRATION AND REFUGEE POLICY (1981), *Staff Report* (Washington, D.C.)
- SEMYONOV, M. y N. Lewin-Epstein (1987), *Hewers of Wood and Drawers of Water* (Ithaca, N.Y.: ILR Press).
- SEOL, D.-H. y J.D. Skrentny (2003), "South Korea: Importing undocumented workers", en W. Cornelius, P. L. Martin y J. F. Hollifield (eds.), *Controlling Immigration: A Global Perspective* (Stanford CA: Stanford University Press).
- SETON-WATSON, H. (1977), *Nations and States* (Londres: Methuen).
- SHAIN, Y. (1989), *Frontiers of Loyalty: Political Exiles in the Age of the Nation State* (Middletown, CT: Wesleyan University Press).
- SHAMI, S. (ed.) (1994), *Population Displacement and Resettlement: Development and Conflict in the Middle East* (Nueva York: Center for Migration Studies).
- (1999), "Emigration Dynamics in Jordan, Palestine and Lebanon", en R. Appleyard (ed.), *Emigration Dynamics in Developing Countries*, vol. IV, *The Arab Region* (Aldershot: Ashgate).
- SHAW, M. (2000), *Theory of Global State* (Cambridge: Cambridge University Press).
- SHIMPO, M. (1995), "Indentured migrants from Japan", en R. Cohen (ed.), *The Cambridge Survey of World Migration* (Cambridge: Cambridge University Press).
- SIDDIQUE, M. (ed.) (2001), *International Migration into the 21st Century* (Cheltenham/Northampton: Edward Elgar).
- SILVESTRI, S. (1999), "Libya and Transatlantic Relations: An Italian View", en R. Haass (ed.), *Transatlantic Tension* (Washington, D.C.: Brookings).
- SIMON, G. (ed.) (1990), *Les effets des migrations internationales sur les pays d'origine: le cas du Maghreb* (París: SEDES).
- SINGABY, T. E. (1985), "Migrations et capitalisation de la campagne en Egypte: La reconversion de la famille paysanne", *Revue Tiers Monde*, 26: 103.
- SIVANANDAN, A. (1982), *A Different Hunger* (Londres: Pluto Press).
- SKELDON, R. (1992), "International migration within and from the East and Southeast Asian region: A review essay", *Asian and Pacific Migration 1: I. Journal*.
- (ed.) (1994), *Reluctant Exiles? Migration from Hong Kong and the New Overseas Chinese* (Hong Kong: Hong Kong University Press).
- SMITH, A.D. (1986), *The Ethnic Origins of Nations* (Oxford: Blackwell).
- (1991), *National Identity* (Harmondsworth: Penguin).
- SMITH, J.P. y B. Edmonston (1997), *The New Americans: Economic, Demographic and Fiscal Effects of Immigration* (Washington, D.C.: National Academy Press).
- SMITH, R. (2001) "Current Dilemmas and Future Prospects of the Inter-American Migration System", en A. Zolberg y P. Benda (eds.), *Global Migrants, Global Refugees* (Nueva York: Berghahn Books).

- SOLOMOS, J. (1988), "Institutionalised racism: Policies of marginalisation in education and training", en P. Cohen y H.S. Bains (eds.), *Multi-Racist Britain* (Londres: Macmillan).
- (1993), *Race and Racism in Contemporary Britain*, 2a. ed. (Londres: Macmillan).
- y L. Back (1995), *Race, Politics and Social Change* (Londres: Routledge).
- y J. Wrench (1993), *Racism and Migration in Europe* (Oxford y Nueva York: Berg).
- SOYSAL, Y.N. (1994), *Limits of Citizenship: Migrants and Postnational Membership in Europe* (Chicago y Londres: University of Chicago Press).
- SPENCER, W. (2002), *The Middle East* (Guilford, CT: McGraw-Hill/Dushkin).
- STAHL, C. (ed.), (1988), *International Migration Today: Emerging Issues* (París: UNESCO).
- (1990), "South-North migration in the Asian-Pacific region", paper presented to the IOM *Conference on South-North Migration*, Ginebra.
- (1993), "Explaining international migration", en C. Stahl, R. Ball, C. Inglis y P. Gutman (eds.), *Global Population Movements and their Implications for Australia* (Camberra: Australian Government Publishing Service).
- STALKER, P. (1994), *The Work of Strangers* (Ginebra: ILO).
- (2000), *Workers Without Frontiers: The Impact of Globalization on International Migration* (Boulder: Lynne Rienner).
- STARK, O. (1991), *The Migration of Labour* (Oxford: Blackwell).
- STASIULIS, D.K. (1988), "The symbolic mosaic reaffirmed: Multiculturalism policy", en K.A. Graham (ed.), *How Ottawa Spends, 1988/89* (Ottawa: Carleton University Press).
- y R. Jhappan, (1995), "The fractious politics of a settler society: Canada", en D.K. Stasiulis y N. Yuval-Davis (eds.), *Unsettling Settler Societies* (Londres: Sage).
- y N. Yuval-Davis (eds.) (1995), *Unsettling Settler Societies* (Londres: Sage).
- STATISTICS CANADA (1996), *Selected Ethnic Origins, 1991*, www Site, Catalogue no. 93-315.
- (2002), *Immigrant Population by Place of Birth and Period of Immigration, 1996 Census, Canada, vol. 2002* (Statistics Canada)
- STEINBERG, S. (1981), *The Ethnic Myth: Race, Ethnicity and Class in America* (Boston, MA: Beacon Press).
- STICHTER, S. (1985), *Migrant Labourers* (Cambridge: Cambridge University Press).
- STIRN, H. (1964), *Ausländische Arbeiter im Betrieb* (Frechen/Cologne: Bartmann).

- STOLA, D. (2001), "Poland", en C. Wallace y D. Stola (eds.), *Patterns of Migration in Central Europe* (Basingstoke: Palgrave).
- STROZZA, S. y A. Venturini (2002), "Italy is no longer a country of emigration. Foreigners in Italy: how many, where they come from", en R. Rotte y P. Stein (eds.), *Migration Policy and the Economy: International Experiences* (Munich: Haus Seidel Stiftung).
- STUDLAR, D.T. y Z. Layton-Henry, (1990), "Non-white minority access to the political agenda in Britain", *Policy Studies Review*, 9: 2 (invierno).
- SUHRKE, A. y F. Klink (1987), "Contrasting patterns of Asian refugee movements: The Vietnamese and Afghan syndromes", en J.T. Fawcett y B.V. Carriño (eds.), *Pacific Bridges: The New Immigration from Asia and the Pacific Islands* (Nueva York: Center for Migration Studies).
- SÜSSMUTH, R. (2001), *Zuwanderung gestalten, Integration fördern: Bericht der unabhängigen Kommission 'Zuwanderung'* (Berlín: Bundesminister des Innern).
- SUZUKI, H. (1988), "A new policy for foreign workers in Japan? Current debate and perspective", *Waseda Business and Economic Studies*, 24.
- TAPINOS, G. (1984), "Seasonal workers en French Agriculture" in P. Martin (ed.), *Migrant Labor in Agriculture* (Davis: Gianni Foundation of Agricultural Economics).
- TAYLOR, E.J. (1987), "Undocumented Mexico-US migration and the returns to households in rural Mexico", *American Journal of Agricultural Economics*, 69.
- TAYLOR, J.E. (1999), "The new economics of labour migration and the role of remittances in the migration process", *International Migration*, 37(1).
- , P.L. Martin, y F. Fix, (1997), *Poverty amid Prosperity* (Washington, D.C.: The Urban Institute).
- TEFFELBAUM, M.S. y M. Weiner (1995), *Threatened Peoples, Threatened Borders: World Migration and US Policy* (Nueva York y Londres: Norton).
- TEKELI, I. (1994), "Involuntary displacement and the problem of resettlement in Turkey from the Ottoman Empire to the present", en S. Shami (ed.), *Population Displacement and Resettlement: Development and Conflict in the Middle East* (Nueva York: Center for Migration Studies).
- TIERSKY, R. (1994), *France in the new Europe: Changing yet Steadfast* (Belmont, CA: Woodsworth).
- TIRTOSUDARMO, R. (2001), "Demography and security: transmigration policy in Indonesia", en M. Weiner y S.S. Russell (eds.), *Demography and National Security* (Nueva York y Oxford: Berghahn Books).
- TOGMAN, J. (2002), *The Ramparts of Nations* (Westport y Londres: Praeger).
- TRIBALAT, M. (1995), *Faire France: Une Enquête sur les Immigrés et leurs Enfants* (París: La Découverte).

- TRILIN, A.D. (1987), "New Zealand's Admission of Asians and Pacific Islanders", en J.T. Fawcett y B.V. Cariño (eds.), *Pacific Bridges: The New Immigration from Asia and the Pacific Islands* (Nueva York: Center for Migration Studies).
- TZUSUKI, K. (2000) "Nikkei Brazilians and local residents: A study of the H Housing Complex in Toyota City", *Asian and Pacific Migration Journal*, 9(3).
- UN, ECONOMIC COMMISSION FOR EUROPE (1995), *International Migration Bulletin*, 7 (noviembre).
- UNHCR (United Nations High Commissioner for Refugees - Italian Office) (1991), *For Forty Years, UNHCR Alongside Refugees* (Rome: Vita Italiana).
- (1995), *The State of the World's Refugees: In Search of Solutions* (Oxford: Oxford University Press).
- (2000a), *Global Report 2000: Achievements and Impact* (Ginebra: United Nations High Commissioner for Refugees).
- (2000b), *The State of the World's Refugees: Fifty Years of Humanitarian Action* (Oxford: Oxford University Press).
- (2002a), *Afghan Humanitarian Update*, 63 (Ginebra: UNHCR).
- (2002b), *The State of the World's Refugees* (Oxford: Oxford University Press).
- UNPD (United Nations Population Division) (2000), *Replacement Migration: Is it a Solution to Declining and Ageing Populations?* (Nueva York: UN Population Division).
- USCR (US Committee for Refugees) (2001), *World Refugee Survey 2001* (Washington, DC: USCR, Immigration and Refugee Services of America).
- (2002), *World Refugee Survey 2002* (Washington D.C.: USCR, Immigration and Refugee Services of America).
- U.S. DEPARTMENT OF LABOR (1989), *The Effects of Immigration on the US Economy and Labor Market* (Washington, D.C.: US Government Document).
- U.S. GENERAL ACCOUNTING OFFICE (2000), *Alien Smuggling* (Washington, D.C.: U.S. General Accounting Office).
- VAN HEAR, N. (1998), *New Diasporas: the Mass Exodus, Dispersal and Regrouping of Migrant Communities* (Londres: UCL Press).
- VASTA, E. (1990), "Gender, class and ethnic relations: the domestic and work experiences of Italian migrant women in Australia", *Migration*, 7.
- (1992), "The second generation", en S. Castles, C. Alcorso, G. Rando y E. Vasta (eds.), *Australia's Italians: Culture and Community in a Changing Society* (Sydney: Allen and Unwin).
- (1996), "Dialectics of domination: racism and multiculturalism", en E. Vasta y S. Castles (eds.), *The Teeth are Smiling: The Persistence of Racism in Multicultural Australia* (Sydney: Allen and Unwin).
- y S. Castles (eds.) (1996), *The Teeth are Smiling: The Persistence of Racism in Multicultural Australia* (Sydney: Allen and Unwin).

- , G. Rando, S. Castles y C. Alcorso (1992), "The Italo-Australian community on the Pacific rim", en S. Castles, C. Alcorso, G. Rando y E. Vasta (eds.), *Australia's Italians: Culture and Community in a Changing Society* (Sydney: Allen and Unwin).
- VERBUNT, G. (1985), "France", en T. Hammar (ed.), *European Immigration Policy: A Comparative Study* (Cambridge: Cambridge University Press).
- VERTOVEC, S. (1999), "Conceiving and researching transnationalism", *Ethnic and Racial Studies*, 22(2).
- VUDDAMALAY, V. (1990), "Tendances nouvelles dans le commerce étranger en France", *Migrations et Société*, 2: 11.
- WALDINGER, R., H. Aldrich, R. Ward y Associates (1990), *Ethnic Entrepreneurs Immigrant Business in Industrial Societies* (Newbury Park, Londres, Nueva Delhi: Sage).
- WALLACE, C. y D. Stola (eds.) (2001), *Patterns of Migration in Central Europe* (Basingstoke/Nueva York: Palgrave).
- WALLMAN, S. (1986), "Ethnicity and boundary processes", en J. Rex y D. Mason, (eds.), *Theories of Race and Ethnic Relations* (Cambridge: Cambridge University Press).
- WEBER, M. (1968), *Economy and Society: An Outline of Interpretive Sociology*, G. Roth y C. Wittich (eds.) (Nueva York: Bedminster Press).
- WEIL, P. (1991a), "Immigration and the rise of racism in France: The contradictions of Mitterrand's policies", *French Society and Politics*, 9: 3-4.
- (1991b), *La France et ses Étrangers* (París: Calmann-Levy).
- WEINER, M. (ed.) (1993), *International Migration and Security* (Boulder, CO: Westview Press).
- y T. Hanami (eds.) (1998), *Temporary Workers or Future Citizens? Japanese and U.S. Migration Policies* (Nueva York: Nueva York University Press).
- WERNER, H. (1973), *Freizügigkeit der Arbeitskräfte und die Wanderungsbewegungen in den Ländern der Europäischen Gemeinschaft* (Nuremberg: Institut für Arbeitsmarkt-und Berufsforschung).
- WESTIN, C. (2000), *Settlement and Integration Policies towards Immigrants and their Descendants in Sweden* (Ginebra: International Labour Office).
- WHITE, G. (1999), "Encouraging Unwanted Immigration: A Political Economy of Europe's Efforts to Discourage North African Immigration", *Third World Quarterly*, 20:4.
- WIDGREN, J. (1994), *The Key to Europe: A Comparative Analysis of Entry and Asylum Policies in Western Countries* (Viena: ICMPD).
- WIEVIORKA, M. (1991), *LEspace du Racisme* (París: Seuil).
- (1992), *La France Raciste* (París: Seuil).
- (1995), *The Arena of Racism* (Londres: Sage).

- WIHTOL DE WENDEN, C. (1987), *Citoyenneté, Nationalité et Immigration* (París: Arcantère Éditions).
- (1988), *Les Immigrés et la Politique: cent-cinquante ans d'évolution* (París: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques).
- (1995), "Generational change and political participation in French suburbs", *New Community*, 21: 1.
- y R. Leveau, (2001), *La Bourgeoisie: les trois ages de la vie associative issue de l'immigration* (París: CNRS Editions).
- WILLARD, J.C. (1984), "Conditions d'emploi et salaires de la main d'oeuvre étrangère", *Economie et Statistiques*, enero.
- WONG, D. (1996), "Foreign domestic workers in Singapore", *Asian and Pacific Migration Journal*, 5: 1.
- WOODEN, M. (1994), "The economic impact of immigration", en M. Wooden, R. Holton, G. Hugo y J. Sloan (eds.), *Australian Immigration: A Survey of the Issues* (Camberra: AGPS).
- WÜST, A. (2002), *Wie wählen Neubürger?* (Opladen: Leske & Budrich).
- ZLOTNIK, H. (1998), *The Dimensions of International Migration* (The Hague: United Nations Technical Symposium on International Migration paper).
- (1999), "Trends of international migration since 1965: What existing data reveal", *International Migration*, 37(1).
- ZOLBERG, A.R. y P.M. Benda (eds.) (2001), *Global Migrants, Global Refugees: Problems and Solutions* (Nueva York and Oxford: Berghahn Books).
- , A. Suhrke y S. Aguao (1989), *Escape from Violence* (Nueva York: Oxford University Press).

Índice

PREFACIO A LA TERCERA EDICIÓN <i>Stephen Castles y Mark J. Miller</i>	5
SIGLAS Y ABREVIATURAS	7
INTRODUCCIÓN	11
Migraciones contemporáneas: tendencias generales	18
Migración internacional en el gobierno global	22
Diversidad étnica, racismo y multiculturalismo	24
Propósitos y estructura del libro	28
Lecturas recomendadas	30
Capítulo 1	
EL PROCESO MIGRATORIO Y LA FORMACIÓN DE MINORÍAS ÉTNICAS	33
La explicación del proceso migratorio	34
La formación de minorías étnicas	46
Conclusión	63
Lecturas recomendadas	65
Capítulo 2	
MIGRACIÓN INTERNACIONAL ANTES DE 1945	67
Colonialismo	70
Industrialización y migración hacia América del norte y Australia antes de 1914	74
Migración laboral dentro de Europa	77
El periodo entre guerras	81
Conclusión	84
Lecturas recomendadas	86

Capítulo 3

LA MIGRACIÓN A LOS PAÍSES ALTAMENTE DESARROLLADOS A PARTIR DE 1945	89
Migración durante la gran prosperidad	89
Migración en el periodo de reestructuración económica global	101
Conclusión	117
Lecturas recomendadas	118

Capítulo 4

EL ESTADO Y LA MIGRACIÓN INTERNACIONAL: LA BÚSQUEDA DE CONTROL	121
Sanciones a los patrones	123
Programas de legalización	126
Programas para la admisión temporal de trabajadores extranjeros	129
Los refugiados y el asilo	131
La integración regional	139
La “industria de la migración”	144
El contrabando y tráfico de personas	145
En síntesis: la restricción y las “causas de fondo”	148
Lecturas recomendadas	152

Capítulo 5

LAS SIGUIENTES OLEADAS:

LA GLOBALIZACIÓN DE LA MIGRACIÓN INTERNACIONAL	153
La región árabe	153
El norte de África y Turquía: ¿es aún la reserva de mano de obra de Europa occidental?	154
Migración árabe a los estados ricos en petróleo	160
Migración árabe hacia países no productores de petróleo	166
África al sur del Sahara	172
América Latina y el Caribe: cambio de área de inmigración a emigración	178
Conclusiones	187
Lecturas recomendadas	188

Capítulo 6

LAS NUEVAS MIGRACIONES EN LA REGIÓN ASIA-PACÍFICO	191
El desarrollo de la migración asiática	192

Migración asiática hacia Europa occidental, Norteamérica y Australasia	195
Migración hacia el medio oriente por contratos laborales	197
Migración laboral dentro de Asia	199
Asia oriental	202
Asia sudoriental	205
Países de emigración	208
Migrantes altamente calificados y estudiantes	209
Refugiados	212
Perspectivas de la migración asiática	216
Lecturas recomendadas	218

Capítulo 7

MIGRANTES Y MINORÍAS EN LA FUERZA DE TRABAJO	219
Los migrantes en la economía informal	221
Fragmentación creciente y polarización del empleo de los inmigrantes	224
Ciudades globales, empresarios étnicos y trabajadoras inmigrantes	228
Mano de obra extranjera en las industrias automotrices y de la construcción en Francia	232
El proceso de segmentación del mercado de trabajo	235
Inmigración, minorías y las necesidades del mercado de trabajo en el futuro	237
Conclusiones	239
Lecturas recomendadas	242

Capítulo 8

EL PROCESO MIGRATORIO:

UNA COMPARACIÓN ENTRE AUSTRALIA Y ALEMANIA	243
Australia y Alemania: ¿dos casos opuestos?	243
Orígenes y desarrollo de los movimientos migratorios	245
Incorporación al mercado laboral	252
Formación de comunidades	255
Marcos legales y políticas gubernamentales	258
Interacción con la sociedad del país receptor	261
Conclusiones	265
Lecturas recomendadas	266

Capítulo 9

LAS NUEVAS MINORÍAS ÉTNICAS Y LA SOCIEDAD	269
Políticas de inmigración y formación de minorías	270
Posición en el mercado laboral	274
Segregación residencial, formación de comunidades y la ciudad global	277
Política social	282
Racismo y minorías	288
Violencia racista	291
Minorías y ciudadanía	294
Minorías y nación	302
Conclusión	306
Lecturas recomendadas	307

Capítulo 10

MIGRANTES Y POLÍTICA	309
Terruños y expatriados	310
Los inmigrantes como actores políticos en Europa	312
Nuevos temas y nuevas fuerzas políticas: el Islam en Europa occidental	315
Los inmigrantes como objeto de la política: el crecimiento del extremismo antiinmigrante	320
Migrantes y bloques étnicos electorales	322
Migración y seguridad	328
Conclusión	333
Lecturas recomendadas	335

CONCLUSIÓN: LA MIGRACIÓN EN LA ÉPOCA

POSTERIOR A LA GUERRA FRÍA	337
Migración legal e integración	339
Regular la inmigración “no deseada”	342
Soluciones duraderas y relaciones internacionales	344
Diversidad étnica, cambio social y el Estado-nación	347

BIBLIOGRAFÍA	353
--------------------	-----

AMÉRICA LATINA Y EL NUEVO ORDEN MUNDIAL

Director: Raúl Delgado Wise

Títulos publicados

¿ADIÓS AL CAMPESINADO? DEMOCRACIA Y FORMACIÓN POLÍTICA
DE LAS CLASES EN EL MÉXICO RURAL

Gerardo Otero

CLANDESTINOS. MIGRACIÓN MÉXICO-ESTADOS UNIDOS
EN LOS ALBORES DEL SIGLO XXI

Jorge Durand • Douglas S. Massey

CONTROVERSIAS SOBRE SUSTENTABILIDAD.
LA COEVOLUCIÓN SOCIEDAD-NATURALEZA

Guillermo Foladori

COLAPSO Y REFORMA. LA INTEGRACIÓN DEL SISTEMA BANCARIO
EN EL MÉXICO REVOLUCIONARIO, 1913-1932

Luis Anaya Merchant

CRÍTICA DE LA ECONOMÍA VULGAR.
REPRODUCCIÓN DE CAPITAL Y DEPENDENCIA

J Osorio

DEL SIGLO AMERICANO AL SIGLO DE LA GENTE.
LATINOAMÉRICA EN EL VÓRTICE DE LA HISTORIA

Jesús Hernández Garibay

EL MÉXICO DE HOY. SUS GRANDES PROBLEMAS
Y QUÉ HACER FRENTE A ELLOS

Alonso Aguilar Monteverde • Fernando Carmona†

Guadalupe Barajas Zedillo • Rodolfo Barona Soriano

Agustín González • Jesús Hernández Garibay

Cecilia Madero Muñoz • Héctor Magaña Vargas

Ana I. Mariño • Gastón Martínez • Ana Francisca Palomera

Sofía Lorena Rodiles Hernández • Héctor Roldán Pérez

EN CONTRA DEL NEOLIBERALISMO:
EL DESARROLLO BASADO EN LA COMUNIDAD

Henry Veltmeyer • Anthony O'Malley

ENFRENTANDO LA GLOBALIZACIÓN.
RESPUESTAS SOCIALES A LA INTEGRACIÓN ECONÓMICA DE MÉXICO
Laura Carlsen • Tim Wise • Hilda Salazar
(Coordinadores)

FLEXIBLES Y DISCIPLINADOS. LOS TRABAJADORES BRASILEÑOS
FRENTE A LA REESTRUCTURACIÓN PRODUCTIVA
Noela Invernizzi

HACIA UNA POLÍTICA DE ESTADO PARA
LA EDUCACIÓN SUPERIOR EN MÉXICO
Daniel Cazés Menache • Raúl Delgado Wise
(Coordinadores)

LA GLOBALIZACIÓN DESENMASCARADA:
EL IMPERIALISMO EN EL SIGLO XXI
James Petras • Henry Veltmeyer

LA TRANSFORMACIÓN DE LA UNIVERSIDAD MEXICANA.
DIEZ ESTUDIOS DE CASO EN LA TRANSICIÓN
Axel Didriksson T. • Alma Herrera M.
(Coordinadores)

MÉXICO EN EL PRIMER AÑO DE GOBIERNO DE VICENTE FOX
Raúl Delgado Wise • Carmen Galindo • Luis González Souza
Arturo Guillén • José Merced González • Josefina Morales
Ana García-Fuentes • Isaac Palacios • Juan José Dávalos
Fernando Paz Sánchez • Héctor Díaz Polanco

La Era de la migración

Movimientos internacionales de población en el mundo moderno

se terminó de imprimir en la ciudad de México durante el mes de diciembre del año 2004.

La edición, en papel de 75 gramos, consta de 2,000 ejemplares más sobrantes para reposición y estuvo al cuidado de la oficina litotipográfica de la casa editora,



"El éxito de *La era de la migración* yace en su presentación del primer análisis comprensivo de la migración internacional como un proceso global. Sucesivas ediciones han ofrecido cuentas de los patrones migratorios a través del tiempo y el espacio, examinando las formas en que esta migración es moldeada por la estructura del sistema internacional, afectándolo. Esta tercera edición actualizada incorpora recientes desarrollos de importancia. También incluye un capítulo completamente nuevo, relacionado con las recientes preocupaciones sobre el impacto de la migración en aspectos de la seguridad y la soberanía. Así, resulta un nuevo texto esencial para el estudio de la migración internacional."

JEFFREY G. REITZ,
Universidad de Toronto, Canadá

"Esta tercera edición provee una revisión autorizada de las principales tendencias de la migración internacional en buena parte del mundo, así como un comentario inmejorable sobre la creciente literatura sobre migración. Los autores observan las circunstancias rápidamente cambiantes que superan las generalizaciones sobre la migración y los libros de texto. La exposición de los autores es un modelo de claridad y evita aseveraciones sobre la muerte de la soberanía o las populares pero contradictorias ideas de que las políticas de los estados receptores son uniformemente restrictivas, antiinmigrantes e ineficaces."

GARY FREEMAN,
Universidad de Texas en Austin

"Sin duda este libro permanece como la más completa y accesible introducción a los múltiples aspectos de los movimientos de población alrededor del mundo, desde las tendencias migratorias hasta las políticas de incorporación y antiinmigración. Combina perspectivas teóricas con ricos datos empíricos de actualidad; identifica problemas asociados con la migración, propone soluciones y provee extensas referencias para futuros estudios. Tanto los académicos como el público interesado y los estudiantes aprovecharán la lectura de este libro."

HELGA LEITNER,
Universidad de Minnesota

La era de la migración



9 789707 015418



SECRETARÍA DE
GOBERNACIÓN

SEGOB

SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN

I.N.M.

INSTITUTO NACIONAL DE MIGRACION



Universidad
Autónoma
de Zacatecas



CONOCER
PARA DECIDIR